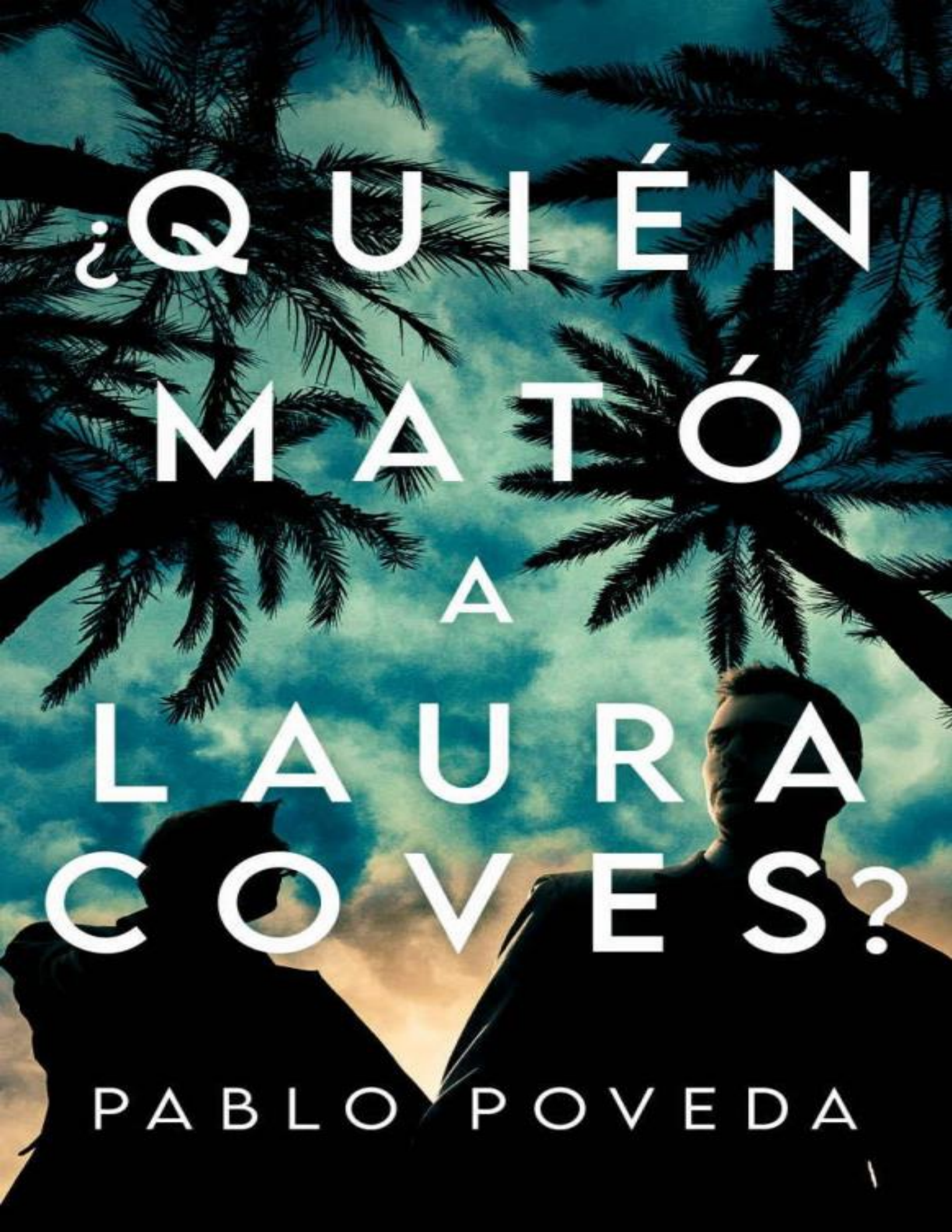

¿QUIÉN MATÓ A LAURA COVES?
PABLO POVEDA

¿Quién mató a Laura Coves?

Pablo Poveda

Copyright © 2021 por Pablo Poveda

Portada: Pedro Tarancón

Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798493940491

Imprint: Independently published

Pablo Poveda Books

Todos los derechos reservados

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Copyright © 2021 por Pablo Poveda

Portada: Pedro Tarancón

Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798493940491

Imprint: Independently published

Pablo Poveda Books

Todos los derechos reservados

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Dedicatoria

Nota del autor

Cita

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11

12. Capítulo 12

13. Capítulo 13

14. Capítulo 14

15. Capítulo 15

16. Capítulo 16

17. Capítulo 17

18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. Capítulo 25

26. Capítulo 26

27. Capítulo 27

28. Capítulo 28

29. Capítulo 29

30. Capítulo 30

31. Capítulo 31

32. Capítulo 32

33. Capítulo 33

34. Capítulo 34

35. Capítulo 35

36. Capítulo 36

37. Capítulo 37

38. Capítulo 38

39. Capítulo 39

40. Capítulo 40

41. Capítulo 41

42. Capítulo 42

43. Capítulo 43

44. Capítulo 44

45. Capítulo 45

46. Capítulo 46

47. Capítulo 47

48. Capítulo 48

49. Capítulo 49

50. Capítulo 50

51. Capítulo 51

52. Capítulo 52

53. Capítulo 53

54. Capítulo 54

55. Capítulo 55

56. Capítulo 56

57. Capítulo 57

58. Capítulo 58

59. Capítulo 59

60. Capítulo 60

61. Capítulo 61

62. Capítulo 62

63. Capítulo 63

64. Capítulo 64

65. Capítulo 65

66. Capítulo 66

67. Capítulo 67

68. Capítulo 68

69. Capítulo 69

70. Capítulo 70

71. Capítulo 71

72. Capítulo 72

73. Capítulo 73

74. Capítulo 74

75. Capítulo 75

76. Capítulo 76

77. Capítulo 77

78. Capítulo 78

79. Capítulo 79

80. Capítulo 80

81. Capítulo 81

82. Capítulo 82

83. Capítulo 83

84. Capítulo 84

85. Capítulo 85

86. Capítulo 86

87. Capítulo 87

88. Capítulo 88

89. Capítulo 89

90. Capítulo 90

91. Capítulo 91

92. Capítulo 92

93. Capítulo 93

94. Capítulo 94

95. Capítulo 95

96. Capítulo 96

97. Capítulo 97

98. Capítulo 98

99. Capítulo 99

100. Capítulo 100

101. Capítulo 101

102. Capítulo 102

103. Capítulo 103

104. Capítulo 104

105. Capítulo 105

106. Capítulo 106

107. Capítulo 107

108. Capítulo 108

109. Capítulo 109

110. Capítulo 110

111. Capítulo 111

112. Capítulo 112

113. Capítulo 113

114. Capítulo 114

¿Te ha gustado?

Sobre el autor

Libros

98. Capítulo 98

99. Capítulo 99

100. Capítulo 100

101. Capítulo 101

102. Capítulo 102

103. Capítulo 103

104. Capítulo 104

105. Capítulo 105

106. Capítulo 106

107. Capítulo 107

108. Capítulo 108

109. Capítulo 109

110. Capítulo 110

111. Capítulo 111

112. Capítulo 112

113. Capítulo 113

114. Capítulo 114

¿Te ha gustado?

Sobre el autor

Libros

A mi familia, a Ana, a Pedro, a Elche, mi ciudad, y a ti, que me lees y me das la oportunidad d
seguir soñando

A mi familia, a Ana, a Pedro, a Elche, mi ciudad, y a ti, que me lees y me das la oportunidad de seguir soñando.

Nota del autor

Este es un trabajo puramente de ficción. Todos los nombres que aparecen son ficticios y no se corresponden con la realidad. Sin ánimo de ofender a nadie, para esta obra, he utilizado un lugar como contexto para narrar una historia sobre diferentes personajes. Cualquier parecido con la realidad será el que la persona que lea este libro quiera darle.

Nota del autor

Este es un trabajo puramente de ficción. Todos los nombres que aparecen son ficticios y no se corresponden con la realidad. Sin ánimo de ofender a nadie, para esta obra, he utilizado un lugar como contexto para narrar una historia sobre diferentes personajes. Cualquier parecido con la realidad será el que la persona que lea este libro quiera darle.

«Mi pueblo es muy serio, mi pueblo es una palabra muy seria, Elche es una palabra muy seria históricamente desde el neolítico, Elche no se fundó ahora… Por aquí pasó Amílcar Barca César Augusto, infinidad de personajes que ahora están en otro planeta… Elche no es de hoy.. ¡Y el que no se sienta ilicitano que se muera y que se vaya!».

—Sixto Marco

«Mi pueblo es muy serio, mi pueblo es una palabra muy seria, Elche es una palabra muy seria históricamente desde el neolítico, Elche no se fundó ahora… Por aquí pasó Amílcar Barca, César Augusto, infinidad de personajes que ahora están en otro planeta… Elche no es de hoy… ¡Y el que no se sienta ilicitano que se muera y que se vaya!».

—Sixto Marco.

1

Quinientos metros más y habría terminado su entrenamiento diario.

La mañana comenzaba a ser calurosa en la ciudad de Alicante. El sol repicaba en la playa de Postiguet a medida que se acercaba el mediodía y la abundante masa de turistas transitaba en sendas direcciones por el paseo.

El sudor empapaba su pecho, notaba la humedad en los brazos y la boca reseca tras una hora sin pausa.

Correr le ayudaba a sentirse mejor, a silenciar la mente, aunque no era una aficionada a los deportes. No le gustaba el yoga, ni la meditación. Lo había probado todo y aquello era lo único que le funcionaba.

Marta Agulló se movía rápido, a un ritmo que superaba el de la mayoría de los corredores que encontraba por el camino. Para ella era lo habitual. Las pruebas de acceso al Cuerpo no le habían resultado complicadas.

Atravesó el paseo de la playa, acompañada por el ritmo machacón de la música electrónica que salía por sus auriculares y continuó por el bulevar del puerto. A la altura del cruce que llevaba a la Explanada, vislumbró un grupo de extranjeros que esperaban a que el semáforo cambiara de color. Todo sucedió en cuestión de segundos.

De pronto, sus sentidos se agudizaron y vio cómo la mano de un carterista accedía al bolso de una mujer de cabello rubio. La turista no notó su presencia hasta que sintió el tirón en su cuerpo.

El grito de la víctima provocó la confusión.

El círculo del paso de cebra se deshizo y los transeúntes que cruzaban desde el otro lado formaron una masa heterogénea.

Agulló no lo pensó dos veces.

Cuando el ladrón pegó el primer tirón, echó a correr por el paseo marítimo, en dirección a la antigua lonja de pescado.

Su padre siempre le decía que un agente no descansaba, incluso cuando no estaba de servicio.

Agulló salió disparada tras el ladrón, aumentando la velocidad y también el ritmo cardíaco. La fatiga se hacía presente en su cuerpo. Empezaba a sentir la deshidratación después de una hora corriendo. Ignoró las señales de su organismo y se concentró en el objetivo.

El delincuente era un varón delgado, de baja estatura, moreno y con el pelo rizado. Por su apariencia, ella pensó que no pasaría los veinticinco años y también que no tardaría en agotarse. Poco a poco, recortaba la distancia con él, pero aún estaba lejos de alcanzarlo.

El ladrón giró el rumbo, bordeando el Club de Regatas y adentrándose en la peatonal que llevaba al centro comercial Panoramis. Ella debía apresurarse. Si el sujeto entraba en los grandes almacenes, lo perdería de vista.

Cuando el muchacho parecía dirigirse hacia la puerta principal, un grupo de jóvenes le obstruyeron el paso y le obligaron a cambiar de dirección. Agulló apretó los puños, llenó los pulmones doloridos por la carrera y aumentó el ritmo, a pesar del cansancio. Cada zancada era más larga y también más sufrida, pero lo tenía acorralado.

La muchedumbre de la entrada, que parecía formar parte de una visita guiada, entorpecía el camino de la agente.

—¡Policía! ¡Apártense! —gritó a viva voz.

Las palabras disuadieron a los viandantes, que abrieron un pasillo. La presencia de ambos llamó la atención de los guardias de seguridad del recinto.

El chico corrió hacia un espigón y entendió que no había salida.

Ella rebajó la velocidad y vio su expresión de impotencia.

Era joven y el bolso valía lo suficiente para detenerlo.

Los ojos del ladrón buscaban una salida.

—¡Alto, Policía! —exclamó ella, acercándose a él. No iba armada, ni estaba de servicio, y pensó que lo más probable era que el delincuente sí tuviera con qué defenderse—. ¡No puedes huir! ¡Entrégate y no lo compliques más!

Era la primera vez que se enfrentaba a una situación como esa.

En comisaría le habían advertido de las consecuencias, pero ella se dejó llevar por el instinto y ahora comenzaba a arrepentirse por ello.

Debía ser precavida, pensó.

El muchacho no respondió, quizá porque no entendía el idioma, o porque seguía buscando una escapatoria.

Agulló se acercó unos metros más, pero él no parecía tenerle miedo.

Cada vez estaba más cerca del límite que separaba el muelle del agua.

—¡Entrégate!

Él la miraba desafiante y nervioso.

Con una mano sujetaba el bolso que había robado y con la otra se preparaba para golpear.

—No seas tonto, dame el bolso y entrégate.

Los pies del chico estaban cerca del borde de la superficie.

Ella estudió su lenguaje físico y entendió que, si avanzaba un centímetro, no dudaría en

ogolpearla. Sin embargo, en su cabeza también existía una segunda posibilidad, sin que saliera herida.

Con cada respiración, el muchacho se recuperaba de la carrera que había efectuado.

a —¡Por última vez, dame el maldito bolso! No te lo voy a repetir.

El mozo sonrió y sacó una navaja del bolsillo. Abrió la hoja y la levantó para que ella la viera . La agente sintió un escalofrío que la puso en alerta.

. La situación se complicaba, pensó, pero no iba a permitir que se escapara.

a Calculó rápido y tomó una decisión.

Cuando el caco extendió el brazo para disuadirla, Agulló lo esquivó y después fingió uabalanzarse sobre él.

. El chico no esperó el contraataque y retrocedió, olvidando que estaba tan cerca del agua.

Un fallo, un error que le saldría más caro que el bolso.

e Perdió el equilibrio, cambió de expresión y movió los brazos con torpeza.

s Agulló se acercó, le arrebató el objeto de las manos y lo dejó caer al muelle.

El ladrón se sumergió en las densas aguas del Club de Regatas, bañadas en combustibles y eaceites.

s La agente echó un vistazo al objeto y calculó que valdría más de mil euros.

a «Habría sido una pena ponerlo a remojo».

Los guardias de seguridad se acercaron a ella para socorrerla.

l —A mí, no, ¡a él! —explicó, mientras el chico intentaba nadar hacia la salida.

A lo lejos, la víctima del robo y su marido se acercaban a las puertas del centro comercial.

—¡Llamen a la Policía para que lo detengan! —ordenó y se giró para señalar a la propietaria sdel Louis Vuitton—. Esto pertenece a aquella mujer.

—Pero usted es policía —dijo el guardia jurado, desconcertado por la situación.

Agulló lo miró, sudando a borbotones, y suspiró.

—¿Por qué hoy nadie me escucha cuando hablo?

y
s

o

o

1

golpearla. Sin embargo, en su cabeza también existía una segunda posibilidad, sin que saliera herida.

Con cada respiración, el muchacho se recuperaba de la carrera que había efectuado.

—¡Por última vez, dame el maldito bolso! No te lo voy a repetir.

El mozo sonrió y sacó una navaja del bolsillo. Abrió la hoja y la levantó para que ella la viera. La agente sintió un escalofrío que la puso en alerta.

La situación se complicaba, pensó, pero no iba a permitir que se escapara.

Calculó rápido y tomó una decisión.

Cuando el caco extendió el brazo para disuadirla, Agulló lo esquivó y después fingió abalanzarse sobre él.

El chico no esperó el contraataque y retrocedió, olvidando que estaba tan cerca del agua.

Un fallo, un error que le saldría más caro que el bolso.

Perdió el equilibrio, cambió de expresión y movió los brazos con torpeza.

Agulló se acercó, le arrebató el objeto de las manos y lo dejó caer al muelle.

El ladrón se sumergió en las densas aguas del Club de Regatas, bañadas en combustibles y aceites.

La agente echó un vistazo al objeto y calculó que valdría más de mil euros.

«Habría sido una pena ponerlo a remojo».

Los guardias de seguridad se acercaron a ella para socorrerla.

—A mí, no, ¡a él! —explicó, mientras el chico intentaba nadar hacia la salida.

A lo lejos, la víctima del robo y su marido se acercaban a las puertas del centro comercial.

—¡Llamen a la Policía para que lo detengan! —ordenó y se giró para señalar a la propietaria del Louis Vuitton—. Esto pertenece a aquella mujer.

—Pero usted es policía —dijo el guardia jurado, desconcertado por la situación.

Agulló lo miró, sudando a borbotones, y suspiró.

—¿Por qué hoy nadie me escucha cuando hablo?

2

Viernes, 7 de agosto de 2008.
Sant Vicent del Raspeig, Alicante.

Su padre no aguantó lo suficiente para cumplir su última voluntad.

La vida no siempre era justa y en su caso se lo llevó antes de hora.

Ante la presencia del agente inmobiliario, Marta Agulló dio un último vistazo a la modesta casa familiar de Sant Vicent del Raspeig, una vivienda de dos plantas con patio interior en la que se había criado.

Entre esas paredes se quedarían todos sus recuerdos, los momentos de una infancia atípica pero feliz. Sin embargo, pensó que lo mejor que podía hacer, dado que no tenía más familia cercana, era ponerla en venta y deshacerse de ella.

Ahora ya no existía ningún motivo para estar allí.

—Aquí tiene —dijo y le entregó las llaves al agente, quitándose una gran carga emocional de encima—. Es toda suya.

El hombre llevaba un traje de color plateado y el cabello tieso por la gomina.

—Estupendo. Le prepararé una copia del contrato, con todo el papeleo.

—Por supuesto, no hay ninguna prisa.

—No la hay para usted, claro —respondió con un tono jocoso. Ella no reaccionó. El hombre rio nervioso, cruzó los brazos y miró al salón—. Esta casa se venderá sola. Ya lo creo.

«Por supuesto».

Marta Agulló abandonó la propiedad con un casco de motocicleta en el codo y la esperanza de regresar para firmar la venta. Se despidió del agente y caminó hacia su Vespa Primavera de color azul celeste para regresar a Alicante.

La calma de las calles del pueblo le recordaba a su niñez, a su padre y a las tardes que había pasado sola entre libros, mientras él se encargaba de cazar a los malos, como solía decirle.

Ella también se convirtió en policía, una decisión que nunca le gustó al padre, pero que terminó aceptando con orgullo.

Por desgracia, el inspector Agulló había fallecido dos años antes a causa de un infarto. Una muerte rápida, súbita como la que provoca un balazo en el centro del corazón. Una despedida dulce, o quizá entretenida, frente a la pantalla de la televisión mientras veía una serie española. Un suceso trágico, triste, pero esperado por su hija.

Tenía depresión, aunque nunca asistió a un médico. El coñac y el tabaco lo acompañaron durante diez años, después de que un cáncer se llevara a su esposa.

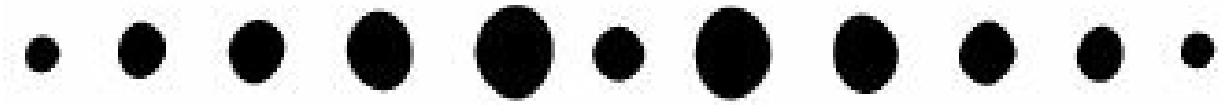
La última voluntad del padre era la de poder presenciar algún día, cómo su hija se convertía en inspectora del Cuerpo Nacional de Policía.

Marta le prometió que así sería, pero sólo si cortaba con sus vicios.

Ella cumplió con su parte del trato. Las pruebas eran duras, pero ella era inteligente y tenía buena forma física. Estudió, opositó y consiguió el ascenso.

Él no lo vio. No aguantó lo suficiente.

Por suerte, tampoco para escuchar cómo la vida de su hija se había convertido en un infierno tras el ascenso.



Había pasado casi un año desde su incorporación a la Comisaría Provincial, casi dos desde la marcha de su padre.

Algunas cosas habían mejorado, como su puntería.

En la galería de tiro de Jávea era una habitual. Disparar en frío no era un problema.

Sin embargo, otras, seguían igual que el primer día.

El cuerpo se le paralizaba cada vez que la idea de apuntar a una persona asomaba en su cabeza.

El porqué de esa reacción seguía siendo el mismo que la había llevado a empuñar una pistola.

Una noche primaveral de sábado, de camino a una discoteca junto a una amiga, la atracaron en plena calle.

Sintió impotencia, miedo y rabia por tener que entregar sus pertenencias bajo coacción.

Uno de los maleantes se insinuó, rozando su rostro con la hoja de la navaja.

Las piernas le temblaron tanto, que estuvo a punto de perder el equilibrio.

La Policía llegó tarde y los cacos desaparecieron.

Pasó dos noches sin dormir, aterrada por la cara de esos hombres y preguntándose cuántas mujeres tendrían que sufrir sus ataques hasta que los detuvieran. Ni el consuelo de su padre ni las palabras de los policías la calmaron. Pensaba que no sólo era injusto, sino que nadie debía pasar por aquello.

Y entonces descubrió qué hacer con su vida.

Cuando abrió la taquilla de los vestuarios, vio que alguien se había molestado en dejarle una nota de papel con un recordatorio escrito en rotulador rojo:

«IMPOSTORA AGULLÓ».

Ese era su seudónimo.

Un molesto juego de palabras.

«Aguanta, Marta. Quien cede una vez, no vuelve a ser respetado», se repetía recordando a su padre, cada vez que le gastaban una broma.

Tomó la nota, miró a su alrededor en busca de cómplices, la arrugó en una bola de papel y la lanzó a una papelera.

«Resiste. Ya llegará tu oportunidad».

Esa era la lección que le había enseñado su padre a lo largo de la vida.

«Demuestra lo que vales, habla por tus acciones y sólo así te ganarás el respeto de los demás».

Un consejo que llegó tarde y tal vez sería útil para él, un lobo de vieja escuela, pero no para ella.

La Comisaría Provincial de Alicante había pasado de ser un lugar de trabajo ameno y tranquilo, a convertirse en una fortaleza hostil en su día a día. Una subida de sueldo también implicaba un aumento de responsabilidades, de críticas y de zancadillas que evitar.

A muchos de sus compañeros, sobre todo los que estaban por encima de ella, todavía les costaba aceptar la posición que había adquirido. No les sentaba nada bien que Agulló se saltara la cola del ascenso con un examen.

Se licenció en Derecho por exigencias familiares. La madre quería un título para su hija y los abogados estaban bien considerados y ganaban un buen salario. El padre pensaba que una carrera como aquella la ayudaría a tener orden y solvencia en el futuro, pero Marta no estaba de acuerdo con esa forma de ver la vida.

Con los años, su padre tuvo razón.

En lugar de discutir, Agulló entendió que podría salir con título antes de tiempo, y los cinco años de carrera se convirtieron en cuatro, debido a su capacidad para memorizar los extensos y aburridos temarios por los que nunca mostró interés.

Después ingresó en la Academia de Ávila.

Medía un metro sesenta y cinco, cumplía con las exigencias de altura y también se manejaba por el inglés, gracias a una relación amorosa que había tenido años atrás con un chico irlandés afincado en Alicante. Debido a su pasión por el deporte desde niña, destacó en las pruebas físicas con unos tiempos envidiables.

Marta Agulló iba a encaminada a ser una agente ejemplar.

Era obediente, metódica, ágil y resolutiva, cualidades que no tardaron en levantar ampollas entre el resto de personal.

Pasaron algunos años, ganó experiencia y comprendió cómo funcionaba aquello. Sabía que podía dar más de sí y aspiraba a convertirse en una de esas mujeres duras y sin miedo que veía en la comisaría durante los turnos de noche.

Pero optar a inspectora no era sencillo: ni por el camino viejo, ni por el alternativo.

Las oposiciones para acceder a la Escala Ejecutiva eran duras y exigentes.

Y ella no era una conformista.

Dejó las pertenencias en la taquilla y salió al exterior del edificio para tomar un café antes de comenzar la jornada laboral. Algunos días sabía cuándo entraba, pero no cuando saldría. Esa mañana tuvo una extraña sensación al respecto.

Cruzó la calle y entró en la cafetería que había frente a la comisaría, un bar español como los de siempre, con su barra alargada de zinc, la pata de jamón en un extremo, la vitrina cargada de ensaladilla rusa, boquerones, magra frita con tomate y una televisión en lo alto. Uno de esos bares que huele a café torrefacto, a bocadillo de calamares y a anís. Un lugar en el que la vida se detiene mientras se está en él.

Pero la suya no se detuvo.

Más bien, la siguió recordando el calvario que sufría.

Al entrar, encontró a varios compañeros desayunando en la barra. Su presencia no pasó

desapercibida.

—¡Buenos días! —dijo, con el semblante serio.

Un hombre y una mujer la miraron, le devolvieron el saludo y se desplazaron al otro extremo de la barra.

La inspectora pidió media tostada con tomate rallado y aceite y un café cortado. Podía sentir los ojos punzantes.

La miraban como los buitres, desde la distancia.

«¡Que os den!», se dijo, asumiendo que la única manera de rehacer su vida sería pidiendo un traslado.

Y no lo descartaba.

Era lo único que podía salvarla en el futuro de una baja psicológica.

Vender la casa de su padre había sido el primer paso.

Mientras esperaba al desayuno, alzó la vista y puso atención a la televisión para distraerse.

«La ciudad de Elche da inicio esta noche a sus fiestas municipales y la conocida actriz ilicitana Carmencita Venezuela dará el pregón para los ilicitanos».

Elche, pensó, la eterna ciudad vecina que existía en un mundo aparte y a la que había visitado dos veces en su vida.

El resto eran comentarios y prejuicios del colectivo popular.

«¿Qué sabía ella realmente de Elche?», se preguntó, observando la pantalla.

«Nada», se dijo.

«Tendrás que ir algún día, antes de que te den un traslado», pensó y se rio.

Dio un bocado a la tostada y se limpió el aceite de la barbilla.

Las palmeras, las fiestas y los fuegos artificiales aparecían en la pantalla.

Se volteó a mirar a los otros policías.

¿Hasta cuándo duraría aquello?, se cuestionó. ¿Realmente merecía la pena todo lo que había sacrificado por llegar hasta allí?

«Siempre se ignora lo que ya se tiene… hasta que un día te ocurre una desgracia».

desapercibida.

—¡Buenos días! —dijo, con el semblante serio.

Un hombre y una mujer la miraron, le devolvieron el saludo y se desplazaron al otro extremo de la barra.

La inspectora pidió media tostada con tomate rallado y aceite y un café cortado. Podía sentir los ojos punzantes.

La miraban como los buitres, desde la distancia.

«¡Que os den!», se dijo, asumiendo que la única manera de rehacer su vida sería pidiendo un traslado.

Y no lo descartaba.

Era lo único que podía salvarla en el futuro de una baja psicológica.

Vender la casa de su padre había sido el primer paso.

Mientras esperaba al desayuno, alzó la vista y puso atención a la televisión para distraerse.

«La ciudad de Elche da inicio esta noche a sus fiestas municipales y la conocida actriz ilicitana Carmencita Venezuela dará el pregón para los ilicitanos».

Elche, pensó, la eterna ciudad vecina que existía en un mundo aparte y a la que había visitado dos veces en su vida.

El resto eran comentarios y prejuicios del colectivo popular.

«¿Qué sabía ella realmente de Elche?», se preguntó, observando la pantalla.

«Nada», se dijo.

«Tendrás que ir algún día, antes de que te den un traslado», pensó y se rio.

Dio un bocado a la tostada y se limpió el aceite de la barbilla.

Las palmeras, las fiestas y los fuegos artificiales aparecían en la pantalla.

Se volteó a mirar a los otros policías.

¿Hasta cuándo duraría aquello?, se cuestionó. ¿Realmente merecía la pena todo lo que había sacrificado por llegar hasta allí?

«Siempre se ignora lo que ya se tiene… hasta que un día te ocurre una desgracia».

3

Viernes, 7 de agosto de 2008.
Estadio Manuel Martínez Valero. Elche, Alicante.

El estadio del Elche Club de Fútbol vibraba como si fuera una final de la Copa del Rey.

Como cada año, los franjiverdes celebraban el torneo *Festa D'Elx*, la sexta competición má antigua de Europa y el partido más esperado del verano, que coincidía con las fiestas municipale y presentaba el estado de forma del equipo para la temporada venidera.

Ese año, el Elche C.F., que se encontraba en Segunda División, se enfrentaba a un riva histórico y fuerte de la primera categoría: el Real Betis Balompié.

La emoción de la afición era palpable, a pesar de la superioridad del conjunto sevillano, qu ganaba con diferencia de dos goles. Las banderas franjiverdes se agitaban, igual que hacían la bufandas. Los cánticos de las gradas impedían que se oyera el silbato del árbitro y los aplausos y las ovaciones se repetían cada vez que el conjunto local tocaba el balón.

Con el partido entrado en la segunda parte y una esperada derrota para los locales, un grup de hombres trajeados ocupaban la parte superior del palco. Entre ellos se encontraban e presidente del club, el alcalde de la ciudad y dos ediles del ayuntamiento.

Varias gradas más abajo, un hombre prieto, fornido, con una extendida calvicie, de mano gruesas, velludas y desgastadas, apretado en un traje italiano de color azul y una corbata d puntos, sostenía entre sus dedos un Farias encendido. Fumaba y hablaba a su acompañante, otr hombre de apariencia similar, aunque menos corpulento y con más pelo en la cabeza.

—Vamos a ver, Valero, las cosas como son… Tú eres el promotor de la obra, así que no m vengas con chorradas… —dijo, moviendo el cigarro al hablar. El interlocutor encogía el rostr ante la explicación del hombre—. ¡Che, arrea! ¿Es que no confías en mí? Dime tú, qué problem hay en que mi hijo se encargue del proyecto de excavaciones de la urbanización. Si no fuera d fiar, ni yo trabajaría con él. Es su empresa, sabe lo que hace, es un Coves. Todo queda e familia, ¡vamos, *home*! ¡Tú me dirás qué broma es esta!

—No es por eso, don Manuel… pero me lo pide ahora, a última hora. No puedo…

—No puedo, no puedo… ¿Qué hay de proteger [1]*lo nostre* y aquello de cuidar a las amistades ¿Sólo cuando te interesa?

—¿Lo nuestro? Don Manuel, le recuerdo que esto no lo hace gratis.

—¿Te recuerdo yo quién negoció los permisos de construcción? Y lo hice con ese de all arriba —dijo, demostrando su autoridad y señaló con el puro al alcalde, que se encontraba má

atrás—. Porque desde que aplicaron la Ley de Costas, los de urbanismo están muy burros… Y eso, dentro de la ciudad. Si nos vamos a la provincia, ya ni te cuento… Además, ahí en El Pine está la cosa como para hacer amigos, con todos los ecologistas esos, cada dos por tres dando la tabarra…

—Lo sé, lo sé y lo sé…

—Pues pareces tonto para saber tanto, Valero.

—Le entregué la parte que me exigió a cambio de los permisos —explicó con apuro—, pero para entonces ya había cerrado el contrato de excavaciones con otra empresa. Como comprenderá, no iba a esperar a que me diera el permiso sin tener el proyecto en cuestión. Lo tenía ya todo apalabrado. No puedo echarme atrás.

—¿Eres de Elche o dónde te has criado? Las palabras se las lleva el viento. Ni siquiera me preguntaste. Y una parte de esa parte de la que hablas, fue para contentar a quienes echaron la firmita y aprobaron el permiso. No me vayas de manso ahora, que estás siendo un desagradecido Valero, *collons*[2]…

—¿Qué quiere que le diga?

—¿De quién es la empresa, eh?

—De los Vives, los de La Hoya… La lleva el tío de mi yerno.

El hombre del puro dio una calada y exhaló el humo reflexionando sobre la respuesta de interlocutor. El partido le parecía un aburrimiento, sobre todo desde que el Elche no podía hace frente al equipo sevillano.

Pensó que no quería enemistades con las familias de La Hoya, una pedanía cercana a Elche Se encontraba en una situación fuerte y necesitaba aumentar su red de aliados para el proyecto que estaba gestionando. Antes del conflicto, convenía siempre negociar.

Se fijó en la sortija de oro con su inicial que llevaba en el meñique.

Después levantó la gruesa mano y le dio una palmada en la espalda a su acompañante.

—¿Los Vives? ¡Chico, calla!

—Así es.

—No me digas, ¿que tu yerno es un Vives? Menudo el *sarnacho*[3] con el que se casó tu hija…

—Pensé que lo sabía.

—Pues no. No me llegó la invitación de boda, vete tú a saber por qué… —contestó recordándole que no había sido invitado—. Pero, en fin, Valero, que bien… que la familia es lo primero y lo entiendo perfectamente.

—Gracias, don Manuel.

—¡Eso, sí, ojo! —remarcó—. Espero que sepas estar cuando lo necesite.

—¿Pero cuándo no ha sido así?

—Bueno, yo te lo digo… —le avió y le dio otra calada al puro—. Y dile al *espabilao* ese, que la próxima vez se vayan a excavar al desierto, ¡o a Dénia! Que el mundo es muy grande y aquí ya somos muchos.

—Lo sé, lo sé… No volverá a pasar. Todo esto es por culpa de mi hija y de su marido, ya sabe… Compromisos… —dijo, lamentando el malentendido y cambió de tema—. Por cierto, ¿se ha enterado de la última de Navarro?

—¡Uf! Ni hablar quiero de ése… Ya tengo suficiente con lo que hay.

—Ándese con ojo, don Manuel, que todos saben que ese hombre es un indeseable.

El hombre se ofendió ante la advertencia. Con un gesto brusco, giró el cuello, que parecía una tbarra de embutido, y sujetando el puro con la mano lo señaló a la cara.

—¿Será posible? —preguntó, molesto. Le sorprendió que, a esas alturas de la relación cuestionara su agudeza—. Te voy a decir una cosa, Valero, a ver si me entiendes… que entre tu y el Elche me estáis dando la tarde… El único que se tiene que andar aquí con ojo es tu yerno, no sea que a su tío se le estropee una excavadora… *Entingut?*[4]

El conjunto bético metió el tercer gol a falta de diez minutos para que concluyera el partido La moral de las gradas estaba por el suelo, pero el torneo no significaba demasiado para el club Enfadado tras la derrota y la conversación, el hombre frunció el ceño, maldijo en voz alta y se puso en pie.

—¿A dónde va, don Manuel?

—*A ma casa*[5] —dijo y se dispuso a abandonar el palco—. Ya hablaremos, Valero.

A la salida, sus ojos y los del alcalde se encontraron en la distancia.

El hombre lo saludó alzando la barbilla y acto seguido abandonó la grada.

N.d.T.: traducción del valenciano al castellano: lo nuestro.

N.d.T.: del valenciano, cojones.

N.d.T.: del valenciano, patán.

N.d.T.: del valenciano: entendido.

N.d.T.: del valenciano: a mi casa.

El hombre se ofendió ante la advertencia. Con un gesto brusco, giró el cuello, que parecía una barra de embutido, y sujetando el puro con la mano lo señaló a la cara.

—¿Será posible? —preguntó, molesto. Le sorprendió que, a esas alturas de la relación, cuestionara su agudeza—. Te voy a decir una cosa, Valero, a ver si me entiendes… que entre tú y el Elche me estáis dando la tarde… El único que se tiene que andar aquí con ojo es tu yerno, no sea que a su tío se le estropee una excavadora… *Entingut?*[4]

El conjunto bético metió el tercer gol a falta de diez minutos para que concluyera el partido. La moral de las gradas estaba por el suelo, pero el torneo no significaba demasiado para el club. Enfadado tras la derrota y la conversación, el hombre frunció el ceño, maldijo en voz alta y se puso en pie.

—¿A dónde va, don Manuel?

—*A ma casa*[5] —dijo y se dispuso a abandonar el palco—. Ya hablaremos, Valero.

A la salida, sus ojos y los del alcalde se encontraron en la distancia.

El hombre lo saludó alzando la barbilla y acto seguido abandonó la grada.

N.d.T.: traducción del valenciano al castellano: lo nuestro.
N.d.T.: del valenciano, cojones.
N.d.T.: del valenciano, patán.
N.d.T.: del valenciano: entendido.
N.d.T.: del valenciano: a mi casa.

4

Viernes, 7 de agosto de 2008.
Plaça de Baix. Elche, Alicante.

A las 22 horas, la plaza del Ayuntamiento se encontraba abarrotada de asistentes para presenciar la actuación de la Coral y la Banda Sinfónica interpretando el himno *Aromas Ilicitanos*. De los balcones privados colgaban banderas del Elche C.F. y de los del Ayuntamiento la bandera rojiazul que representaba los colores de la ciudad.

La mujer del balcón recibió una ovación de aplausos, bajo el tendido festivo, las palmeras y una luna llena que alumbraba con fuerza en una noche calurosa de verano. Carmen Venezuela ilicitana y famosa actriz tras aparecer en una serie de televisión nacional, recitaba el pregón para animar a los ciudadanos a disfrutar con intensidad de las fiestas de la ciudad.

A su lado, sin robarle protagonismo, se encontraba él, vestido de traje y camisa, aunque sin corbata. Se había cortado el pelo esa misma tarde para la ocasión y tenía la satisfacción de ver a pueblo, un año más, bajo sus pies.

La actriz terminó su discurso y aplaudió para concluir su recital, igual que el resto de equipo de gobierno que la acompañaban en el balcón principal. Después habló él y se despidió de la ciudadanía con un broche de palabras sobrio y acogedor.

Los aplausos se convirtieron en una masa uniforme de sonido que ya ni siquiera le producían excitación.

Su ciclo estaba a punto de acabar, pensó, y regresó al interior del salón.

La emoción era contagiosa, pero el equipo de gobierno no tenía mucho que celebrar. La oposición les había ganado terreno en las elecciones municipales, un año atrás, aunque todavía debían trabajar en su campaña para obtener un número de votos decente. La mayoría absoluta que arrastraban cuatro legislaturas seguidas se debilitaba. El resultado casi les obliga a pactar con formaciones residuales. Los escándalos de corrupción eran cada vez más sonados, aunque no se había juzgado a nadie todavía, y el descontento de la población, sumado a una crisis que arrasaba lentamente la economía, alimentaba el temor y la necesidad de un cambio de gobernantes.

Cauto y consciente de que toda hazaña caía, como así hicieron los imperios más fuertes, tenía claro que los próximos tres años determinarían su carrera y las vidas del resto de ilicitanos.

El servicio de bebidas descorchó las botellas de Juvé & Camps y sirvió las copas de cava a los asistentes. Entre abrazos, sonrisas cómplices y felicidad, los presentes brindaron por un año más lleno de satisfacciones profesionales y personales.

Muchos de los que allí estaban, se acercaron para hablar con la actriz y su pareja, un conocido deportista en el ámbito nacional. Ella bebía, reía a carcajadas y se sentía en una nube de agasajos. Otros se limitaron a aprovechar la ocasión para atacar al servicio de aperitivos y llenar el estómago.

Él tomó su copa, le pidió a su mujer que atendiera a los representantes políticos que había invitado de Alicante y brindó con quienes se acercaban a darle la enhorabuena. Después buscó un rostro concreto entre la multitud. Aquella noche activaba la cuenta atrás de un evento que cambiaría el futuro de su carrera.

«*Tabula Rasa*».

Cuando logró deshacerse de las conversaciones banales por puro interés, con la diplomacia que había adquirido con los años, se acercó a la persona que buscaba y la agarró del brazo.

—Por nosotros, *Miguelet* —dijo, dándole una palmada en la espalda. Aquel gesto lo transmitía todo—. Cuento contigo. Lo sabes, ¿verdad?

Miguel Boix, arquitecto municipal del Ayuntamiento y fiel apoyo durante todos aquellos años de carrera, era un hombre grueso, sudoroso, con bolsas bajo los ojos, calvo pero con cabello rizado y canoso a ambos lados de la cabeza. Tenía un bigote blanco y grueso como una brocha de pintar, que se le había teñido a causa de los puros que habitualmente fumaba.

Embutido en una americana de cuadros de color gris, levantó su copa, asintió con la barbilla cómplice de sus intenciones, y juntos brindaron por el brillante y próspero futuro.

Carraspeó antes de darle el sí.

Tras el breve intercambio de palabras, cruzó la mirada con un segundo hombre. Éste era más alto que él, más corpulento y con unos ojos profundos.

—¿Señor Bordonado? —preguntó, apretando con firmeza la mano del intendente general jefe de la Policía Municipal de Elche, el cargo más alto de su guardia pretoriana—. Por unas fiestas tranquilas. Sólo le pido eso.

—Esperemos que así sea —respondió con una ligera sonrisa.

—Por cierto, intendente, ¿sabe ya a quién apoyará?

El intendente apretó los labios, cuidadoso con su respuesta.

—Ambos candidatos son aptos para tomar mi relevo, así que todavía no me he decidido. ¿Qué piensa usted?

Él sonrió.

—No soy policía. Confío en su dictamen, como he hecho todos estos años. Elegirá al mejor, no me cabe la menor duda… —contestó y alzaron las copas a la vez—. *¡Visca la Mare de Déu!*[1]

—Eso es. ¡Por las fiestas de Elche!

Se despidieron y regresó al balcón para respirar un poco de aire puro del exterior. La noche estaba siendo angustiosa. La humedad del ambiente se pegaba a la piel.

Se escabulló por unos minutos de todos, caminó hacia su despacho y cerró con llave.

Después sacó el teléfono móvil, escribió un mensaje de texto y dudó durante unos segundos antes de pulsar la tecla verde.

Y entonces comprendió el alcance del detonador de una gran carga explosiva a cientos de kilómetros de distancia.

Para él, nunca un gesto tan cotidiano había significado tanta responsabilidad.

N.d.T.: del valenciano: viva la Madre de Dios.

5

Viernes, 7 de agosto de 2008.

Polígono industrial de Carrús. Elche, Alicante.

Mientras la ciudad celebraba el inicio de las festividades en el casco antiguo, dos Mercedes 190 de color negro tomaban el desvío de la carretera que atravesaba el polígono industrial y se adentraban por uno de los estrechos callejones que llevaban a los almacenes.

El tráfico era inexistente a esas horas. La gasolinera más cercana apenas registraba visitas.

Los vehículos se detuvieron frente a una fachada y apagaron las luces, quedándose en la penumbra.

Del primer coche salieron cuatro hombres y del segundo otros cinco. Sin cruzar palabra abrieron los maleteros y se repartieron un arsenal de bates de béisbol y barras de acero. Uno de ellos dictó el rumbo y se dirigió a una gran persiana metálica. Primero comprobó el interior y después la cerradura y pidió ayuda a dos de los hombres para levantarla.

Tras la persiana, el brillo de las luces iluminó los ojos del grupo.

El aire estaba viciado. Les sacudió un fuerte olor a cola adhesiva y material textil. Una docena de hombres y mujeres asiáticos trabajaba a destajo cosiendo suelas de zapato. Allí, escondidos en un rincón del polígono, nadie podía escucharlos.

El cabeza de la banda, un tipo fornido y de aspecto casual, fue el primero en pasar acompañado del resto de hombres. Con un gesto de su dedo índice, advirtió a los operarios para que no se alarmaran. Las máquinas seguían en marcha. El ruido parecía el de una turbina a toda velocidad.

Envió a varios de los hombres a que registraran el resto del almacén y después se acercó a una de las empleadas.

—¡Tú, para! —ordenó, pero la mujer continuaba en su tarea—. ¡Que pares, coño!

Con la mirada temerosa y clavada en la suela, se detuvo en seco.

—¿Y el encargado? —preguntó con voz seria. Al ver que no estaba dispuesta a contestar, se acercó a ella y le levantó la barbilla para encontrar sus ojos—. El EN-CAR-GA-DO.

—*Mi no entendel*…

—No me jodas, nena. ¿Dónde está?

Uno de los empleados salió a protegerla, musitando algo en mandarín que ninguno entendió.

El hombre respiró hondo y se dirigió a la mujer.

—¿Qué dice ese?

Ella negó con la cabeza.

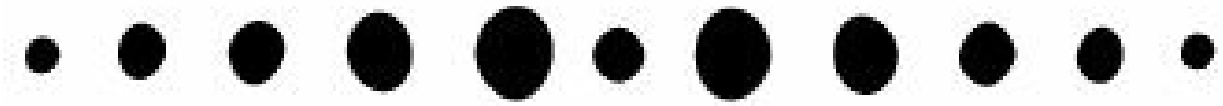
Él se frotó los ojos y contó hasta tres.

—¿Me decís dónde está el encargado o preferís que llame a la policía?

—No, no, *polisía* no…

Los ojos de la empleada se dirigieron al otro lado de la nave, a una pequeña puerta gris escondida por el mismo color que la pared, que separaba el almacén principal de una estrecha oficina. El ruido era tan fuerte que resultaba complicado notar la presencia de algo que no fueran esas máquinas.

El hombre se apartó de ella, hizo un círculo en el aire con el dedo para que siguieran trabajando y después, con otro gesto de mano, ordenó a sus hombres caminar hacia la entrada.



Treinta minutos, una buena sacudida de golpes y varios huesos rotos en la cara y en las costillas.

El encargado decidió razonar y aceptar la misiva que le enviaban los empresarios locales.

—Me has entendido, ¿verdad? —preguntó el cabeza del grupo, viendo cómo la sangre cubría la boca de aquel rostro hinchado, sentado sobre la silla de madera—. Dile a tu jefe que nada de horas extras ni de trabajo durante las vacaciones, ¿te queda claro?

—Sí, sí…

—La próxima vez no seré yo quien venga a avisaros —aclaró—. Primero tendréis a los sindicatos en la puerta, después a la policía y finalmente… bueno, ya conocéis el final. El último que se resistió, vio arder sus almacenes.

Los otros hombres se rieron.

—Sí, sí… Todo entendido.

—Muy bien… —contestó, se acercó al hombre moribundo y le dio una palmada en la cara. Después extendió el brazo y pidió que le cedieran el martillo—. Que no me entere yo de que me engañas.

—¡No, no, no! ¡Todo entendido!

—Sujétale el pie —ordenó a uno de los matones.

Ninguno se atrevió a detenerlo.

—¡No, *pol favol*! ¡Todo entendido!

—No sé… Es que no me fío de la barrera lingüística, así que mejor te lo digo en un idioma universal.

—¡No!

Con las dos manos levantó el martillo y le golpeó en el pie derecho con la fuerza de una bestia. El grito ahogado del encargado cruzó la puerta y se mezcló con el ruido de las máquinas.

—¡Hala! Arreando de aquí —indicó y dejaron al hombre en el interior de la oficina.

Los empleados habían detenido las máquinas por respeto al sufrimiento del jefe. Por un momento, el grupo de hombres sintió una extraña sensación en el ambiente, como si se hubiera sobrepasado en las maneras y aquella decena de trabajadores fuera a vengarse por lo que habían hecho.

Pero no ocurrió nada.

El líder chasqueó los dedos y rompió el tenso silencio.

—Y vosotros, ¿qué? ¡A casa, ya! ¡A disfrutar! —exclamó, animando a que se marcharan— Que son las fiestas del *poble, home*…

Entre risas y bromas, salieron del almacén, subieron a los vehículos y abandonaron e ,polígono industrial.

a Uno de los coches se desvió, dejando solo al Mercedes en el que viajaba el cabecilla de ıgrupo junto a su acompañante.

Dejaron atrás el parque industrial y bordearon la ciudad por una larga avenida hasta qu ıvislumbraron el puente de Barrachina, por el que pasaba el escaso caudal del Vinalopó. Al llega a la rotonda, tomaron la primera salida y entraron a la gasolinera que había al costado.

El conductor aguardó en el interior del vehículo.

El líder bajó del coche, observó al desconocido que esperaba junto a la entrada y buscó a empleado de la estación de servicio en el interior. Apartado, cerca de la zona de lavado, esperab un BMW antiguo de color azul marino.

Saludó, al tipo de la puerta alzando el mentón. Supuso que era parte del personal y se dirigi al otro coche cuando reconoció al piloto. Se acercó a la ventanilla y agachó la cabeza. E conductor le indicó que subiera.

—Mensaje transmitido —dijo en el interior.

a —¿Le ha quedado claro esta vez?

e —Sí, sin duda.

—Más te vale —comentó el otro y le entregó un sobre—. Aquí tienes, para ti y para tu socios del sindicato. Tu parte está separada con una cinta azul.

s Con una mirada golosa, abrió la solapa del sobre y comprobó el contenido.

o —De categoría. ¿Quién lo diría? La patronal y los sindicatos juntos para defender a trabajador.

El hombre negó con la cabeza.

—No te equivoques —respondió—. El único que vela por vosotros es don Ricardo. Y gracia ·a él, el resto se baja los pantalones.

e

a

a

ı

a

ı

El líder chasqueó los dedos y rompió el tenso silencio.

—Y vosotros, ¿qué? ¡A casa, ya! ¡A disfrutar! —exclamó, animando a que se marcharan—. Que son las fiestas del *poble*, *home*…

Entre risas y bromas, salieron del almacén, subieron a los vehículos y abandonaron el polígono industrial.

Uno de los coches se desvió, dejando solo al Mercedes en el que viajaba el cabecilla del grupo junto a su acompañante.

Dejaron atrás el parque industrial y bordearon la ciudad por una larga avenida hasta que vislumbraron el puente de Barrachina, por el que pasaba el escaso caudal del Vinalopó. Al llegar a la rotonda, tomaron la primera salida y entraron a la gasolinera que había al costado.

El conductor aguardó en el interior del vehículo.

El líder bajó del coche, observó al desconocido que esperaba junto a la entrada y buscó al empleado de la estación de servicio en el interior. Apartado, cerca de la zona de lavado, esperaba un BMW antiguo de color azul marino.

Saludó, al tipo de la puerta alzando el mentón. Supuso que era parte del personal y se dirigió al otro coche cuando reconoció al piloto. Se acercó a la ventanilla y agachó la cabeza. El conductor le indicó que subiera.

—Mensaje transmitido —dijo en el interior.

—¿Le ha quedado claro esta vez?

—Sí, sin duda.

—Más te vale —comentó el otro y le entregó un sobre—. Aquí tienes, para ti y para tus socios del sindicato. Tu parte está separada con una cinta azul.

Con una mirada golosa, abrió la solapa del sobre y comprobó el contenido.

—De categoría. ¿Quién lo diría? La patronal y los sindicatos juntos para defender al trabajador.

El hombre negó con la cabeza.

—No te equivoques —respondió—. El único que vela por vosotros es don Ricardo. Y gracias a él, el resto se baja los pantalones.

6

Sábado, 8 de agosto de 2008.

Basílica menor de Santa María. Elche, Alicante.

Llegó a las siete, una hora previa a la última misa del sábado y justo a tiempo para el turno de confesiones. Antes de entrar, echó un vistazo a la fachada exterior de la basílica de Santa María que daba a la plaza del Congreso Eucarístico. Aquel mismo año habían aprobado los presupuestos para la restauración del templo. No fue una tarea fácil, pero logró reunir el apoyo el dinero y las donaciones necesarias para que uno de los símbolos de la ciudad siguiera conservándose con decencia.

Entró en el templo, que estaba vacío a esas horas. Caminó por uno de los pasillos hasta el confesionario y accedió a él. Al otro lado, el párroco esperaba en silencio.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —recitó el sacerdote.

—Amén.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—¿Cuáles son los pecados que quieres confesar, hijo?

—Verá, don Severiano… —comentó él y la espalda del sacerdote se irguió en cuanto reconoció la voz. Su presencia no traía buenas noticias—, ni siquiera sé si el pecado nace antes o después de los hechos…

—Cuéntame, hijo. ¿Es algo que puedes evitar?

Él sopesó la respuesta unos segundos.

—Quizá. Es una decisión compleja.

—Que entiendo que ya has tomado.

—Más o menos —explicó—. Una solución que afectará al futuro de aquellos quienes me rodean y que no puedo acoger sin su apoyo. Ya me entiende.

La curiosidad del párroco por sus palabras era obvia, pero temía conocer más de lo necesario. Ser cómplice y confidente podía buscarle la ruina.

—En ese caso, tal vez deba consultar a esas personas antes de decidir por ellas.

El confesor aguardó unos segundos.

—Está usted en lo cierto —respondió con voz tranquila y amable—. Sabía que me diría algo así y por eso he venido directo a preguntarle.

—¿Cómo dice?

—Han sido muchos años juntos, don Severiano, y he hecho por usted todo lo que me ha pedido… Lograron un gran trabajo con la reforma de la fachada de la Basílica, ¿verdad?

—Pero… —titubeó nervioso y con torpeza. La voz del confesor cobraba un tono firme y seguro—. Ya le dije la última vez que la casa del Señor no es el lugar apropiado para hablar de esto…

—No me interrumpa y cállese mientras confieso —advirtió, tajante, al otro lado de la rejilla. Oyeron unos pasos e interrumpió el discurso. Él se asomó y vio a lo lejos una anciana junto a Cristo de la pared—. También le advertí que esta es mi última legislatura y que llegaría el momento de demostrar su lealtad. ¿Lo ha olvidado ya?

—¿Cómo se atreve a venir aquí a chantajearme? ¿Carece de escrúpulos?

—Eso mismo se preguntaría el clero, si se hiciera público que estaba enamorado de esa mujer. ¿Ya se ha olvidado de ella? ¿Cómo la llamaba?

—Miserable…

—Hay fotografías.

—No logrará convencerme.

—¿Y si la prensa aireara un artículo sobre usted? Hablando de su implicación en las comisiones del reparto de las donaciones recibidas para el mantenimiento de la Basílica…

—Es un desgraciado.

—Sólo soy un hombre que cumple con su silencio y que está preocupado por el porvenir de su pueblo y por el bien de sus ciudadanos, en los que le incluyo a usted.

—Señor, perdóname, pues debí escucharte cuando me advertiste…

—Corte el sermón, padre. Sabe de sobra que es el momento de barrer los escombros de esta ciudad. Necesito su apoyo, como usted necesita mi silencio para seguir adelante.

El sacerdote tragó saliva.

No tenía muchas opciones a elegir, así que optó por escuchar.

—¿Qué es lo que quiere?

—Algo ocurrirá esta noche. Evitarlo no está en su mano, tampoco en la mía. Ni siquiera en la de Dios, pues él también ha decidido… Mañana, cuando despierte, alguien irá a visitarlo y quiero que haga lo que esa persona le indique.

—Ni lo piense. No me amedrentará con sus amenazas ni me meterá en más líos. Cometí un error y pagaré por él.

—Ha cometido varios y puede terminar en la cárcel.

—Siga así porque no pienso ir solo.

—Lo que le digo, no es una amenaza, bien lo sabe el de arriba. Si no cuento con su respaldo en los próximos días, prepárese para lo peor.

—El Señor se apiadará de mí, pero no de usted.

—¿Qué queda de eso: «Ame a sus enemigos, haga bien y dé prestado sin esperar nada a cambio… Así será grande su recompensa»?

—Le pido que se marche, por favor. No me obligue a echarlo.

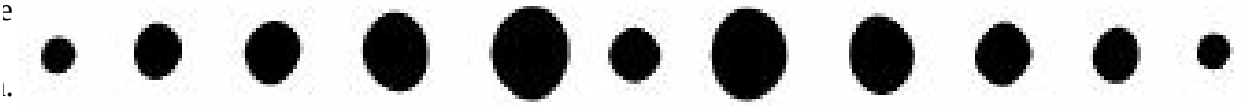
—Nunca provocaría tal cosa.

La hora de la eucaristía se acercaba.

El párroco se marchó del confesionario con un amargo regusto de la conversación. Su palidez era visible, así como el nerviosismo que arrastraba con sus movimientos.

Él abandonó el confesionario en la sombra, sin llamar la atención de los feligreses, y salió por la puerta que había al otro costado de la plaza. De pronto, se vio entre la multitud que atravesaba

la calle de San Pedro y con un gesto amable y silencioso, sonrió y se perdió por las callejuelas del casco antiguo de la ciudad.



Horas más tarde, ya entrada la noche, don Severiano cruzaba el puente del Ferrocarril con un desorbitado desasosiego que lo devoraba por dentro. En la mano izquierda sujetaba un rosario de madera con el que contaba las oraciones. La mano derecha la llevaba apretada en un puño cargado de impotencia y culpa.

La presencia del sacerdote era indiferente a los transeúntes que cruzaban a esas horas el puente, la mayoría de ellos jóvenes y ebrios, que caminaban en dirección a las barracas populares.

Don Severiano miró hacia la ciudad, los huertos de palmeras, las laderas del río, la torre de Santa María y la cúpula de la Basílica. Continuó rezando para sus adentros, buscando una respuesta divina a la aceptación de sus pecados. Pero era tarde para él, demasiado tarde para pedir perdón por el mal que había provocado.

Terminó el recuento, recogió el rosario y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Después miró al cielo.

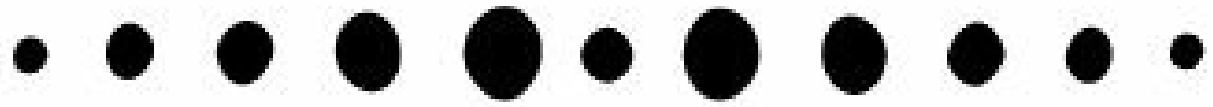
«Perdóname, Padre, por todos los pecados que cometí. Caí en el error de creerme superior, sin ver este tiempo a quien tenía delante… El mismísimo Satanás, bien vestido, en un miserable político comprometido».

Cuando terminó, observó la valla que protegía el puente y miró hacia ambos lados.

«*Acta est fabula*[1]», susurró, tomó impulso y saltó al vacío.

N.d.T.: Acta est fabula es una locución latina que significa en español «La función ha terminado».

la calle de San Pedro y con un gesto amable y silencioso, sonrió y se perdió por las callejuelas del casco antiguo de la ciudad.



Horas más tarde, ya entrada la noche, don Severiano cruzaba el puente del Ferrocarril con un desorbitado desasosiego que lo devoraba por dentro. En la mano izquierda sujetaba un rosario de madera con el que contaba las oraciones. La mano derecha la llevaba apretada en un puño cargado de impotencia y culpa.

La presencia del sacerdote era indiferente a los transeúntes que cruzaban a esas horas el puente, la mayoría de ellos jóvenes y ebrios, que caminaban en dirección a las barracas populares.

Don Severiano miró hacia la ciudad, los huertos de palmeras, las laderas del río, la torre de Santa María y la cúpula de la Basílica. Continuó rezando para sus adentros, buscando una respuesta divina a la aceptación de sus pecados. Pero era tarde para él, demasiado tarde para pedir perdón por el mal que había provocado.

Terminó el recuento, recogió el rosario y lo guardó en el bolsillo del pantalón.

Después miró al cielo.

«Perdóname, Padre, por todos los pecados que cometí. Caí en el error de creerme superior, sin ver este tiempo a quien tenía delante… El mismísimo Satanás, bien vestido, en un miserable político comprometido».

Cuando terminó, observó la valla que protegía el puente y miró hacia ambos lados.

«*Acta est fabula*[1]», susurró, tomó impulso y saltó al vacío.

N.d.T.: Acta est fabula es una locución latina que significa en español «La función ha terminado».

7

Madrugada del domingo, 9 de agosto de 2008.
Pantano de Elche. Elche, Alicante.

El agua de la presa descendía en una cascada y rompía contra las rocas más abajo. Los mosquitos sedientos de sangre se movían invisibles alrededor de sus cabezas, provocando un molesto zumbido difícil de ignorar.

Los dos hombres se miraron a los ojos en silencio, bajo el potente resplandor de la luna llena. Ninguno sabía qué era lo siguiente que debían hacer, pero ambos tenían la certeza de que habían cometido una grave equivocación.

El más alto señaló a su compañero sin espetar palabra, y luego al cuerpo que había en el suelo, a unos pasos de él.

—¿Cuándo ha sucedido? —quiso saber, todavía incrédulo de que estuviera muerta. Pronto aquella calma se transformaría en un montón de nervios—. Dime que sigue con vida.

El compañero reaccionó con lentitud. No asimilaba la situación.

Tragó saliva con dificultad, respiró hondo y guardó silencio. Luego dio una ojeada para asegurarse de que nadie los había visto.

A esas horas y en aquel lugar era poco probable que alguien los visitara.

Agachó la mirada hacia el cadáver que tenía frente a sus pies.

Una corona de sangre espesa le rodeaba la nuca. El rostro guardaba la expresión del último segundo, antes de morir.

Ni siquiera había tenido la oportunidad de cerrar los ojos.

El hombre negó con la cabeza unas cuantas veces. Se agachó y le bajó los párpados.

—¿Y si ya estaba muerta? Esa chica no estaba bien cuando ha subido al coche —dijo consciente de que su pesadilla no había hecho más que empezar. Un pequeño desliz y el plan cambiaba por completo. De su boca salió la pregunta mágica—. ¿Qué hacemos ahora?

Con los brazos en jarra, el más alto suspiró, echando el aire hacia arriba y se frotó el rostro inquieto.

—¿Eres estúpido? —preguntó—. La hemos cagado… ¡Joder! ¡La has golpeado!

—Ha sido un accidente… —lamentó, encogiendo las cejas y mirando de soslayo al cuerpo. Su voz quebrada transmitía la falsa pena por lo sucedido. En su interior no sentía nada—. No siquiera la he tocado… Le he preguntado y no reaccionaba.

—Ya ves para lo que ha servido… —dijo el otro, que empezaba a cansarse de estar allí Pensó que discutir no les solucionaría el problema. Debían regresar a la ciudad antes de qu amaneciera y de que algún curioso los sorprendiera—. Tenemos que largarnos.

El compañero pestañeó dos veces seguidas sin entender qué significaba aquello.

—¿Y dejarla aquí?

—¿Tú qué crees, pardillo?

—Este no era el plan.

—Ya lo sé, *tonto del cul*, pero no contábamos con esto —señaló—. Se queda aquí, ¿qué má da? No la encontrarán hasta mañana, como mínimo.

—¿Y qué le diremos a…?

—Tú cierra la boca y será mejor que no la abras —ordenó, antes de que terminara la pregunt —. De eso me encargaré yo, de salvarte el pescuezo, porque esto ha pasado por culpa de t torpeza.

El sentimiento de responsabilidad hundió sus pulmones por unos segundos.

—Lo siento.

—Sí que lo vas a sentir, sí… —murmuró el alto y echó a caminar por el oscuro sendero d tierra—. Haremos cuentas y te lo descontaré del reparto. ¡Venga, arrea!

Antes de marcharse de allí, el compañero se giró para comprobar el cadáver por última vez Flexionó las rodillas, le agarró la muñeca izquierda y le desabrochó el reloj redondo de plata, a l vez que se mordía el labio.

Era un objeto goloso. Le había echado el ojo desde que la vio y se había prometido llevárselo consigo esa noche. Le podrían dar una buena suma en las casas de empeño, pero tenía un destin mejor para él.

—¿Se puede saber a qué esperas? —preguntó, girándose hacia su compañero.

Guardó el reloj en el bolsillo del pantalón y se santiguó ante ella con un último despido pidiéndole perdón a Dios por lo sucedido.

Después dio media vuelta y siguió los pasos del otro hombre.

Se alejaron de la presa y descendieron a oscuras por el mismo camino de tierra que habían tomado para llegar hasta allí. La humedad se desprendía de sus cuerpos como también lo hacía e perfume de esa chica a la que habían abandonado, pero el aire resultaba frío.

Caminaron en silencio y sin cruzar una palabra. El más alto reflexionaba y el otro jugaba co el reloj, con la mano metida en el bolsillo del pantalón.

Llegaron al merendero donde les esperaba el Ford Fiesta IV de color azul marino, con e guardabarros de plástico gris y su característica forma de huevo.

El más alto abrió las puertas y los dos subieron al vehículo.

Arrancó el motor y, con las luces apagadas puso la primera marcha, tomando la carretera secundaria que conectaba con el camino de los Magros. El silencio en el interior del vehículo er incómodo. El larguirucho, después de lo que había hecho, no se atrevía a hablar del tema. Pero a él no le importó. Estaba concentrado en la carretera.

A medida que se alejaban del pantano, el peso de la conciencia se volvía más ligero.

Dejaron atrás la autovía. Encendió las luces y alcanzaron la glorieta que conectaba con e puente del Bimilenario. Al otro lado de la ventanilla se podía contemplar la quietud de un ciudad sumida en el sueño de descanso.

Aceleró, atravesaron el puente y salieron por el primer desvío de la glorieta, que llevaba a campus universitario y al centro de la ciudad. A esas horas, el huerto de palmeras que bordeab

.la carretera de doble sentido era un conocido punto de encuentro para el sexo casual de pago. Las esombras y la penumbra ponían un interrogante al carácter de la mujer o del hombre que hacía guardia con lencería fina, a la espera de que los clientes, casi siempre varones, detuvieran su vehículo para hablar con ellos.

No lo dudó ni un segundo y aminoró hasta meterse en el camino de tierra que llevaba a interior del huerto. La policía no solía merodear a esas horas por la zona.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el compañero, nervioso al sentir la presencia de dos spersonas al otro lado del huerto.

El bajo levantó una mano del volante y le hizo una señal de silencio con el dedo índice Segundos después, los tacones de unos zapatos altos se clavaban sobre la tierra.

a —Hola, guapos… —dijo una mujer con voz grave, aproximándose a la ventanilla.

ı El conductor la observó de reojo, el compañero miró hacia sus rodillas.

Entre tanta sombra y el exceso de maquillaje y complementos, resultaba complicado averiguar si se trataba de un hombre o de una mujer, si no hubiese sido por la voz de ultratumba que salía de su garganta y esos dedos de alfarero del tamaño y el grosor de un puro.

e —¡Largo de aquí! —ordenó el conductor, chasqueando los dedos. Apagó las luces y la meretriz no logró ver sus rostros. Se inclinó confundida y entendió que aquel asunto no le .incumbía.

a La vigilaron por el espejo retrovisor hasta que regresó a la carretera.

Cuando desapareció, abrió la guantera del vehículo, encendió un viejo Nokia, pulsó el prefijo ɔpara ocultar el número y marcó de memoria uno que después borraría.

ɔ El compañero lo miró expectante, acariciando la correa del reloj de plata en el bolsillo.

Con el terminal en la mano, suspiró a la espera de que alguien lo atendiera. Todavía estaba oscuro, pero poco a poco, el cielo se volvía más claro.

, Sonrió hacia sus adentros.

No le importaba esa chica, ni tampoco el hombre que tenía al lado. En ocasiones, el viento parece que sopla en nuestra contra, cuando en realidad nos está ofreciendo una oportunidad nventajosa.

l Esta era la suya, pensó para sus adentros.

El accidente abrió una grieta, una posibilidad que no contemplaba.

ı Entonces alguien descolgó al otro lado de la línea.

l

a
a
a

l
a

l
a

la carretera de doble sentido era un conocido punto de encuentro para el sexo casual de pago. Las sombras y la penumbra ponían un interrogante al carácter de la mujer o del hombre que hacía guardia con lencería fina, a la espera de que los clientes, casi siempre varones, detuvieran su vehículo para hablar con ellos.

No lo dudó ni un segundo y aminoró hasta meterse en el camino de tierra que llevaba al interior del huerto. La policía no solía merodear a esas horas por la zona.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el compañero, nervioso al sentir la presencia de dos personas al otro lado del huerto.

El bajo levantó una mano del volante y le hizo una señal de silencio con el dedo índice. Segundos después, los tacones de unos zapatos altos se clavaban sobre la tierra.

—Hola, guapos… —dijo una mujer con voz grave, aproximándose a la ventanilla.

El conductor la observó de reojo, el compañero miró hacia sus rodillas.

Entre tanta sombra y el exceso de maquillaje y complementos, resultaba complicado averiguar si se trataba de un hombre o de una mujer, si no hubiese sido por la voz de ultratumba que salía de su garganta y esos dedos de alfarero del tamaño y el grosor de un puro.

—¡Largo de aquí! —ordenó el conductor, chasqueando los dedos. Apagó las luces y la meretriz no logró ver sus rostros. Se inclinó confundida y entendió que aquel asunto no le incumbía.

La vigilaron por el espejo retrovisor hasta que regresó a la carretera.

Cuando desapareció, abrió la guantera del vehículo, encendió un viejo Nokia, pulsó el prefijo para ocultar el número y marcó de memoria uno que después borraría.

El compañero lo miró expectante, acariciando la correa del reloj de plata en el bolsillo.

Con el terminal en la mano, suspiró a la espera de que alguien lo atendiera. Todavía estaba oscuro, pero poco a poco, el cielo se volvía más claro.

Sonrió hacia sus adentros.

No le importaba esa chica, ni tampoco el hombre que tenía al lado. En ocasiones, el viento parece que sopla en nuestra contra, cuando en realidad nos está ofreciendo una oportunidad ventajosa.

Esta era la suya, pensó para sus adentros.

El accidente abrió una grieta, una posibilidad que no contemplaba.

Entonces alguien descolgó al otro lado de la línea.

8

Domingo, 10 de agosto de 2008.
Arenales del Sol. Elche, Alicante.

Su mujer lo despertó zarandeándolo.

—Cariño, ¿qué es ese ruido? —preguntó, todavía soñolienta.

Confundido, abrió el ojo derecho y comprobó la mesilla de noche.

El teléfono móvil no se movía. El zumbido procedía de otra parte.

Segundos después, a medida que salía de la nebulosa del sueño, se dio cuenta del origen de la vibración.

—Tranquila, duerme —comentó, poniendo los pies sobre el suelo y colocándose las gafas.

Debía ser cauteloso. Su mujer no sabía nada. De hecho, nadie estaba al corriente de aquella operación.

A pesar del calor de agosto, seguía utilizando camiseta interior blanca de tirantes para dormir. Suspiró agotado a causa del esfuerzo, y caminó hasta el cuarto de baño. Se puso el albornoz, entornó la puerta y se aseguró de que su esposa seguía en la cama.

Después abrió el mueble, desprendió un falso azulejo y extrajo un teléfono de tapa de detrás de este. El aparato vibraba y en la pantalla aparecía un número desconocido.

Debía de ser él, pensó. Nunca estaba seguro.

Utilizaba cuentas de prepago y cambiaba de tarjeta cada seis meses. Sólo una persona tenía su número, pero nunca podía fiarse del todo.

Tragó la saliva espesa y caminó hacia el salón, cerrando las puertas que encontraba por su paso para que ella no oyera nada. El bonito y amplio espacio conectaba con una alargada terraza desde la que se podía contemplar la playa, el amanecer mediterráneo y, a lo lejos, la isla de Tabarca. La séptima altura le permitía sentirse casi en el aire, flotando entre las nubes. Observó las gaviotas que hacían círculos en el cielo y decidió atender al teléfono que no cesaba de vibrar.

Pulsó la tecla verde y lo acercó al oído, pero no espetó palabra.

Era parte del protocolo de seguridad, al menos, hasta que reconociera la voz de su interlocutor.

—Trabajo terminado —dijo la voz cansada del hombre, al otro lado de la línea.

Él suspiró aliviado y se humedeció los labios con la lengua. Quería asegurarse de que todo había ido bien.

—Perfecto. ¿Cómo ha reaccionado ella?

—No como esperábamos.

Sin despegar el terminal de la oreja, fue hasta la cocina, preparó una cafetera moka y esperó a que saliera el café. Aquello le ayudaría a pensar con claridad.

—¿Qué? —preguntó sin alzar la voz, sintiendo un ligero ardor en la boca del estómago. La úlcera péptica que le habían diagnosticado meses atrás, le hacía la existencia más difícil. Cualquier disgusto se manifestaba como un fuerte puñetazo en los intestinos—. ¿Qué clase de explicación es esa?

—Un pequeño contratiempo —aclaró, temeroso—. Algo no ha salido bien.

La presión aumentó sobre el estómago.

La cafetera expulsó el vapor y él apagó el fuego.

—Dime que no la han tocado —dijo mientras servía el café en una pequeña taza blanca de porcelana. La conversación adoptaba un matiz de tensión.

—Tocarla no, no exactamente.

No era la respuesta que esperaba y eso lo enfadó todavía más.

Abrió un armario, sacó una botella de Magno y vertió un chorro de brandy en el café. Luego lo removió con una cucharilla y dio un sorbo. La mezcla de café caliente con el licor entró como un bálsamo en su garganta.

—¿De qué me estás hablando? ¿Le han puesto la mano encima? Te lo dejé bien claro. Espero que esos idiotas…

—Oiga…

—Sé precavido, ¿entendido? —contestó, antes de que mencionara su nombre. Toda medida de privacidad era necesaria. Agarró la taza y caminó hacia el balcón para sentarse en una butaca mirando a la inmensidad del mar—. Respira y cuéntame lo que ha pasado.

La otra voz esperó unos segundos en silencio.

—No la han tocado, ni siquiera han forcejeado con ella.

—¿Entonces? Un susto lo sufre cualquiera. No hay por qué alarmarse.

—Sí, sí que lo hay…

—Mira, de verdad, como no vayas al grano, me va a sentar mal el café. Habla claro, te lo exijo.

—Será mejor que se lo tome con calma… La chica está muerta —sentenció la voz sin más preámbulos. La respuesta lo sobrecogió. En efecto, era un contratiempo, pues no estaba dentro del plan. Un pequeño detalle que cambiaba por completo la hoja de ruta. De pronto, sintió cómo los bronquios se le encogían, impidiendo que el oxígeno llegara a los pulmones. Se bebió el contenido de la taza de un trago y se puso en pie para agarrarse a la barandilla del balcón. El aire fresco de la mañana sopló su cabello.

—¿Muerta? ¿La han matado? —pronunció en voz baja, consciente de que sus vecinos y su esposa lo oirían si alzaba el tono—. Dime que no.

—Lo siento, pero para mí también es difícil de informar…

—No. Quiero una explicación, ahora.

—Al parecer, han tenido un pequeño traspiés. La chica ha resbalado al retroceder. Se ha abierto la cabeza contra una roca en la caída.

Las palabras le produjeron una fuerte exaltación que reprimió apretando el puño que le quedaba libre. Todo se ajustaba al plan. No era muy difícil. Contaba con que ocurriría una desgracia porque se lo había pedido a él. Era un patán y había elegido con torpeza a los verdugos.

Entró de nuevo en el salón, se acercó al mueble bar, abrió la puerta y sacó una cajetilla azul y ablanca de cigarrillos Ducados. Allí encontró un portarretratos con una fotografía de varia décadas atrás. En ella aparecía él con su mujer, junto a su hija pequeña, que ahora tenía más d aveinte años.

. Pensó en ella y también en esa chica.

e Dejó la foto y borró el horrible pensamiento de su cabeza.

Regresó a la terraza para no viciar el aire del interior con el fuerte olor del humo del tabac negro.

Luego sacó un cigarrillo y lo prendió con desasosiego.

—¿Eres consciente de la gravedad de la situación?

e —Ojalá pudiera contarle otra cosa…

—Parece una broma de mal gusto.

—Lo sé.

La primera calada liberó su adrenalina.

ɔ La segunda estimuló la atención para concentrarse en la conversación.

ɔ —¿Dónde estaban? —preguntó con desinterés.

—Lejos.

ɔ —Especifica… A estas alturas…

—En el pantano.

—¿Quién les ha dicho que fueran hasta allí? ¿Es que no fui claro?

a —Pensaron que sería un lugar seguro.

a Lamentó lo ocurrido y comenzó a arrepentirse de todo aquello.

—Pensaron, pensaron… Todo estaba pensado, ¡demonios! —reprochó, dándole énfasis a su enfado—. No había lugar para la improvisación. Te pedí que le dieran un susto, nada más… pero esto es horrible.

—Lo sé, lo sé… Las cosas no han salido como esperábamos —explicó, intentando exculparse —. Son fiestas en la ciudad y es complicado sorprender a alguien a solas sin que nadie te vea. No ɔles quedó otra opción para hablar con ella…

—¿Me estás tomando el pelo?

s —El problema es que ahora reclaman su parte.

ɔ —¿Qué?

ɔ —En serio.

l —¡Ni hablar! ¡Han hecho lo que han querido! —gritó y sintió cómo su voz se perdía en e ecielo. Respiró hondo y dio otra larga calada—. Esto no era lo acordado.

—La verdad es que no, y tampoco parece que les preocupe —respondió el interlocutor con ıdesasosiego. Sus palabras lo sorprendieron tanto que no vaciló al encender un segundo cigarrillo —. Y eso es lo más grave, que les importa un cuerno…

—¿Son consciente del peligro que corren ahora?

—Ya lo creo que sí —respondió—. Por esa misma razón nos quieren chantajear con más adinero. Por mi parte, juro que negaré haberlos conocido.

El chantaje le pareció obsceno, insultante, pero no iba a discutir las opciones sin etranquilizarse antes. No era a sí mismo a quien se había referido y eso agravaba la situación. Era auna cuestión de intereses, no una disputa personal.

s Los primeros rayos de sol se abrieron paso en las baldosas de la terraza. Debía poner fin a esa llamada. Ahora, esos dos eran un problema menor.

—¿Dónde la han abandonado?

La voz chasqueó la lengua.

—Cerca de la presa —respondió, reticente a darle la localización para que no cambiara de idea—. Uno de ellos me ha amenazado con contarlo todo si lo detienen.

—Eres un inútil… —comentó, enfadado—. De esto te vas a encargar tú. Lo sabes, ¿verdad?

—¿De qué, exactamente?

—De hacerlos desaparecer.

Sintió una presencia a su espalda, al otro lado de la cristalera que separaba el balcón del salón.

Se giró y vio a su mujer despeinada, con el rostro hinchado y los ojos legañosos.

—Necesito hablar con usted en persona.

—No vuelvas a llamar a este teléfono, ya sabes cómo localizarme —dijo y sintió que su esposa se acercaba—. Pídeles tiempo y diles que el plan sigue. Pensaré algo.

—Está bien.

Después pulsó el botón rojo y guardó el viejo terminal en el bolsillo de la bata.

—¿Con quién hablabas, cariño? —preguntó la mujer con recelo—. No son horas para telefonear a nadie.

—Con nadie, tú lo has dicho —comentó y aplastó el resto del cigarro en el cenicero. La esposa observó las dos colillas, la taza de café y entendió que la llamada no había sido agradable —. ¿Por qué no tuestas pan, rallas un poco de tomate y preparas otra cafetera?

Ella se acercó a él, ignorando su petición y lo agarró de las manos.

—¿Va todo en orden?

—Trabajo.

La miró en silencio.

Le hubiera gustado explicarle lo que sucedía, pero para él, confiar ciegamente en las personas era un signo de debilidad.

Ella era una buena mujer y una perfecta esposa, pero ni los veintidós años de matrimonio la convertían en una cómplice ideal. Las personas con moral y buenas intenciones eran las primeras que traicionaban al prójimo. De eso sabía bastante. Al final del día, si habían actuado bien, no tenían por qué cargar con los errores del otro.

La abrazó, agarró su cabeza y la puso sobre su pecho.

—Por supuesto que sí, no te preocupes… —le murmuró al oído, mirando hacia la costa— lLas personas como yo nunca tienen vacaciones… Tres años más, y todo habrá terminado…

—Eso dijiste la última vez. El trabajo es tu vida.

—Será mejor que desayunemos. Odio pensar con el estómago vacío.

Ella se separó unos centímetros y estudió su rostro.

—Hay algo que escondes. Lo noto en tus ojos.

—Confía en mí, ¿quieres? —preguntó, mirándola, ejerciendo una ligera presión en su cabeza scon las dos manos—. Parece que no me conocieras… Si hubiese algo importante, serías la primera en saberlo.

—¿Dónde la han abandonado?

La voz chasqueó la lengua.

—Cerca de la presa —respondió, reticente a darle la localización para que no cambiara de idea—. Uno de ellos me ha amenazado con contarlo todo si lo detienen.

—Eres un inútil… —comentó, enfadado—. De esto te vas a encargar tú. Lo sabes, ¿verdad?

—¿De qué, exactamente?

—De hacerlos desaparecer.

Sintió una presencia a su espalda, al otro lado de la cristalera que separaba el balcón del salón.

Se giró y vio a su mujer despeinada, con el rostro hinchado y los ojos legañosos.

—Necesito hablar con usted en persona.

—No vuelvas a llamar a este teléfono, ya sabes cómo localizarme —dijo y sintió que su esposa se acercaba—. Pídeles tiempo y diles que el plan sigue. Pensaré algo.

—Está bien.

Después pulsó el botón rojo y guardó el viejo terminal en el bolsillo de la bata.

—¿Con quién hablabas, cariño? —preguntó la mujer con recelo—. No son horas para telefonear a nadie.

—Con nadie, tú lo has dicho —comentó y aplastó el resto del cigarro en el cenicero. La esposa observó las dos colillas, la taza de café y entendió que la llamada no había sido agradable —. ¿Por qué no tuestas pan, rallas un poco de tomate y preparas otra cafetera?

Ella se acercó a él, ignorando su petición y lo agarró de las manos.

—¿Va todo en orden?

—Trabajo.

La miró en silencio.

Le hubiera gustado explicarle lo que sucedía, pero para él, confiar ciegamente en las personas era un signo de debilidad.

Ella era una buena mujer y una perfecta esposa, pero ni los veintidós años de matrimonio la convertían en una cómplice ideal. Las personas con moral y buenas intenciones eran las primeras que traicionaban al prójimo. De eso sabía bastante. Al final del día, si habían actuado bien, no tenían por qué cargar con los errores del otro.

La abrazó, agarró su cabeza y la puso sobre su pecho.

—Por supuesto que sí, no te preocupes… —le murmuró al oído, mirando hacia la costa—. Las personas como yo nunca tienen vacaciones… Tres años más, y todo habrá terminado…

—Eso dijiste la última vez. El trabajo es tu vida.

—Será mejor que desayunemos. Odio pensar con el estómago vacío.

Ella se separó unos centímetros y estudió su rostro.

—Hay algo que escondes. Lo noto en tus ojos.

—Confía en mí, ¿quieres? —preguntó, mirándola, ejerciendo una ligera presión en su cabeza con las dos manos—. Parece que no me conocieras… Si hubiese algo importante, serías la primera en saberlo.

9

Un Mercedes Clase E plateado, de finales del siglo anterior, cruzaba la carretera nacional de Dolores, que unía la ciudad de Elche con el municipio del sur de la región. Una berlina alemana elegante y distinguida por sus faros redondos y su gran tamaño.

Frente al vehículo, kilómetros de asfalto vacío, huertos de palmeras y un cielo de luz única y brillante que se alejaba de lo habitual. A ambos lados de la carretera se podían contemplar los bancales de viñedos, naranjos y almendros, además de una larga extensión de secarrales por donde pasaba el Vinalopó, un río del que sólo quedaba su nombre, pues su caudal tenía cada vez menos profundidad.

El sol irradiaba con fuerza sobre el capó de la carrocería. Sentado en el asiento del conductor Manuel Coves sujetaba con sus envejecidas manos el robusto volante de piel, apretando con los dedos los extremos de la rueda. Manejaba la máquina con precisión, como si aún le quedara mucha vida para seguir haciéndolo.

Por el estéreo sonaban las estrofas de Aromas Ilicitanos, una habanera conocida en la ciudad y que estaba ligada a su infancia y a sus raíces.

Ese día cumplía setenta y cinco años, pero en su interior hacía décadas que el reloj se había detenido.

Se ajustó las monturas de sol Oliver Peoples que le había regalado su hija Manuela el año anterior por la misma fecha.

Unas gafas de pasta transparente y con los cristales de color verde botella. Se sentía tan bello como Gregory Peck y tan truhan como Bruce Willis en Chacal.

—Manolo, ¿puedes bajar el aire? —le preguntó su esposa en valenciano. Era la única persona de la familia con quien lo hablaba. Se habían conocido así y desde entonces no existió razón ni circunstancia que lo cambiara—. Voy a agarrar un constipado.

No era para menos.

Josefina Miralles, su esposa, o Fina a secas, como la llamaba él, comenzaba a sentir el molesto frío que expulsaba el sistema de climatización del coche. Los treinta y cinco grados de exterior seguían siendo calurosos para él, que iba ataviado con el traje italiano que había comprado para la ocasión. Ese día, además estrenaba una camisa blanca a medida con las iniciales bordadas en el pecho y un fular que protegía su cuello, dotándole de un aire juvenil.

El hombre alteró la temperatura del vehículo y ella lo agradeció con un gesto de barbilla. Después, con la visión oculta en sus gafas de sol con forma de concha, la mujer miró hacia la ventanilla y permaneció callada.

Estaba hermosa, pensó él en silencio y no compartió su pensamiento.

El tiempo, la vejez, los años que seguían juntos, las diferencias que los distanciaban cada vez más y la unión de un matrimonio incuestionable habían dejado a un lado la intimidad de la pareja, más allá de lo sexual.

En el recuerdo permanecían las palabras sinceras de afecto, las caricias y el intento de un amor que un día quiso llegar a ser, pero que se quedó en la contienda. Pero a esas alturas, cuando todo está resuelto, cuando la vida no era más que un sendero recto y cuesta abajo, Manuel prefería centrarse en sus nietos, en el sacrificado imperio que había construido con los años, en lo que había disfrutado haciéndolo y en el poco tiempo que le quedaba a cargo de él.

«Todavía hay esperanza en la muchacha», pensó, refiriéndose a Laura, para él, la más lista de los tres nietos que tenía.

No le interesaba mirar atrás, al pasado, pues era el modo más rápido de tropezar.

A la altura de una glorieta, tomó el desvío que los separaba de la carretera de doble sentido y condujo bordeando las fincas privadas hasta que llegó a la puerta del local en el que se reuniría la familia.

El Estanquet era un restaurante de carretera con fama en la ciudad, especializado en arroces de interior y uno de los favoritos de Manuel.

«Quien paga, manda», pensaba. Dado que siempre abonaba la cuenta, también elegía el sitio donde celebraban su natalicio.

El lugar, decorado con vegetación y situado entre la carretera y los bancales de los alrededores, estaba formado por una casa que había sido convertida en un restaurante con un enorme salón interior y algunas mesas en la terraza.

Encontró una sombra en la explanada de asfalto y aparcó bajo un techo metálico. Luego echó un vistazo en busca de los coches de sus hijos. Le pareció extraño no verlos allí, pero Josefina golpeó la ventana de cristal con la uña para indicarle que uno de ellos acababa de llegar.

El rostro de Manuel dibujó una sonrisa que se borró en cuanto reconoció el Jaguar verde oliva del yerno.

—Es Manuela —comentó la mujer desde su asiento, vigilando los movimientos del coche y saludando con la mano.

—Y el fantoche de su marido —respondió él, liberando el cinturón de seguridad.

No le caía bien su yerno y tampoco se había molestado en llegar a un entendimiento con él. Una relación cordial cargada de cláusulas.

Daniel Brotons era médico, como su padre. Había tenido una buena vida de joven y una adecuada formación como estudiante. No tenía problemas económicos, pues combinaba el hospital con la consulta privada y la lista de clientes que había heredado, sin contar el apoyo familiar.

Pero, para Manuel, Brotons no era más que un fanfarrón, un idiota, un perdonavidas y un chafardero sin nociones para los negocios.

—Manolo, no empieces, que es tu cumpleaños.

—Por eso mismo, mujer, porque es mi cumpleaños…

—Tengamos la fiesta en paz. Hazlo por la chiquilla.

—En efecto, así haré, como siempre —respondió y soltó un gruñido gutural. Su mujer tenía razón, se dijo. Lo haría por Manuela, su hija, que para algo llevaba su nombre, y también por su nieta Lorena que, aunque se apellidaba Brotons y soplaba los vientos por su padre, algún día espabilaría.

El matrimonio bajó del vehículo y esperó a los más jóvenes a la sombra, junto a la puerta de zrestaurante.

a Manuela Coves, la hija menor de la pareja, era la viva imagen de su padre, con la cara redonda, los ojos saltones y los carrillos pronunciados.

ı Había heredado también parte de la fisionomía de Josefina, que era más delgada que él. Sin ɔembargo, la genética de Nolita, como la llamaba Manuel cuando se ponía paternal, no se librabɑ ldel aspecto rollizo que había marcado a toda una generación de Coves. Y lo mismo ocurría con ɔla joven Lorena.

Manuel se fijó en las dos mujeres con alegría. Tanto su hija como su nieta estaban hermosas y eradiantes. Él no podía verlas de otra manera.

Si su mujer era el faro que iluminaba su vida, ellas eran los farolillos que la acompañaban. Lo único que lamentaba era que su nieta fuera en ocasiones tan mustia como un geranio sin regar.

y —¿Cómo va, don Manuel? —preguntó el médico, ofreciéndole la mano.

a —Todo bien, yerno, gracias —respondió sin demasiado interés y recibió el abrazo de su hija.

—Feliz cumpleaños, papá.

s —Gracias, Nolita. Otro año más, ¿eh?

Después se acercó la más joven.

ɔ —Felicidades, yayo —dijo ella y lo abrazó sin fuerza, como si le hubiera caído un collar de pétalos marchitos—. Para la edad que tienes, te conservas muy bien.

s —Así es, guapa —dijo y sonrió—. ¡Y que dure! Para que el abuelo os siga manteniendo ɯmuchos años más.

Ella esbozó una mueca sin mostrarle los dientes.

ó El yerno tomó la iniciativa y entró en el restaurante, a pesar de que aún quedaban algunos ɯamiembros por llegar al convite.

Manuel dio un segundo vistazo al aparcamiento, pero nadie apareció en aquella llanura de ɑasfalto y tierra.

La nieta lo esperaba allí fuera.

y —Venga, yayo, ya llegarán. Si sabes que siempre vienen tarde.

—Quizá les haya pasado algo… —comentó y encontró un gesto de molestia y envidia en el rostro de la muchacha. Comprendió que debía tratarlos a todos por igual, aunque la familia de ..hijo era su debilidad.

—Yo te diré qué ha pasado —explicó, molesta—, que son unos tardones y tú se lo permites ɑdesde que tengo memoria.

l —Lo joven que eres y lo lista que has salido… Tienes razón, ya vendrán… Vamos adentro.

ɔ Cuando se acercaron a la entrada, el hombre abrió y sostuvo la puerta para que la joven pasara.

ı Ella lo miró extrañada.

—¿De verdad, yayo? Eso está pasadísimo de moda.

—Te diré algo, nena —respondió el hombre, esperando a que cruzara el umbral para agarrarla por el codo con suavidad y confesarle un secreto al oído—. En esta vida hay que tener modales. Sin educación, nadie te respetará, y sin respeto no llegarás a nada.

ɑ

ı

ɑ

l

a

n
a
n

y

o

e

o

s

e

l
l

s

n

a
.

10

El Rolex que apretaba su muñeca marcaba las tres horas menos diez minutos de la tarde.

Sentados alrededor de una mesa redonda con mantel blanco y cristalería fina, Manuel Coves se impacientaba. En la distancia, otros comensales disfrutaban de los encuentros familiares y amistosos del fin de semana.

Su yerno, sentado frente a él, hablaba con su hija Lorena, quien había optado por colocarse allí y no junto al abuelo. A su vez, su esposa conversaba con Manuela sobre banalidades del día a día, que ya habían discutido antes por teléfono. De vez en cuando, alguna pregunta recaía en él para justificar algo. Manuel se limitaba a asentir con la cabeza, fingiendo que ponía atención al tema principal.

Con la espera, les sirvieron tres cervezas y varias botellas de agua.

—¿Saben ya lo que van a comer? —preguntó uno de los empleados del restaurante.

—Sí —confirmó el hombre—, pero vamos a esperar a los que faltan.

—Entonces, ¿esperamos a que lleguen?

El abuelo arqueó una ceja.

—Ya me has oído decir que sí.

El camarero se retiró y su esposa le propinó un codazo que le alcanzó el costado.

—*Collons*… —se quejó.

—No seas tan grosero, por Dios —replicó en valenciano en voz baja—. El chico no tiene culpa.

—Es que parece tonto o quizá lo es. ¿Para qué lo repite si ya me ha oído?

—Se llama cortesía —añadió la hija—. De serlo a parecerlo existe una diferencia.

—Con una, basta… No se puede ser tan panoli.

La discusión se zanjó en cuanto los ojos del cumpleañero se dirigieron a la entrada. Por fin, su hijo José, elegante, con la piel tostada por el sol, prieto y chulo como el padre, entraba en el restaurante vestido con una americana, a pesar de las altas temperaturas.

Llevaba una camisa blanca desabotonada hasta el esternón y una fina cadena de oro que había recibido en la comunión.

José era un Coves de la cabeza a los pies: melena al viento y una sonrisa pícara de quien no toma con seriedad nada.

Un bala perdida, a fin de cuentas, para su padre.

A él lo acompañaban su mujer Montserrat y su hijo Miguel, el mayor de los nietos y de quien esperaba que no fuera como el padre. Pero para el patriarca faltaba una persona, la más

importante de todas.

—¿Qué hay, familia? Perdonad la espera, ya sabéis, lo de siempre… —se excusó el varón mientras daba dos besos a las damas y una palmada en el hombro a su cuñado. José Coves tenía una empresa de excavaciones que el padre utilizaba para subcontratar y lavar dinero. Estaba predestinado y dispuesto a ser el heredero del negocio familiar cuando el jefe no pudiera hacerse cargo de él. Para Manuel, COVEX S.L., la empresa de suelas de calzado que había construido de la nada, era su vida. Le costaba ceder toda su obra a un hijo que pasaba más tiempo en los bares de copas que con su familia. Pero tenía esperanza en que la herencia saltara de generación. Y era algo que confiaría en la astuta Laura.

—Felicidades, Manuel —le dijo su nuera, acompañando sus palabras con un beso en la mejilla, que desprendía olor a perfume caro—. Se ha puesto muy guapo para la ocasión.

—¿Qué menos, mujer? —preguntó con picardía y la señaló con las palmas de las manos. Montserrat era una dama hermosa y una buena nuera. No le importaban los problemas que tuviera con José, siempre y cuando no afectara a sus hijos. No era su asunto—. ¿Dónde está la reina del baile?

La pregunta levantó algunas ampollas en el nieto.

—Viene en su coche, yayo —respondió Miguel.

—El coche es de los dos —aclaró el padre, saltando de la conversación en la que se encontraba—, así que ponte firme con tu hermana.

—Podría decirte lo mismo —comentó la esposa.

El marido calló.

—Eso díselo a ella, que no ha parado de utilizarlo desde que se sacó el carné —argumentó el pequeño.

—¿Por qué no podéis venir en un coche, como la gente normal?

Su nieto Miguel, que tenía veintisiete años, intentó sentarse en la silla vacía que había junto al abuelo, cuando encontró la mirada de éste.

—¿Está ocupada? —preguntó, desafiante. Manuel la guardaba para su nieta y él era consciente de aquello. No obstante, alguien debía abrirle los ojos al abuelo para que se diera cuenta de lo que hacía. Miguel estaba dispuesto a ganarse ese puesto. Todos conocían el fervor que tenía por ella, pero ella lo toreaba como quería.

—Claro que no, hijo… Oye, ¿por qué no llamas a tu hermana para saber cuánto le queda?

El muchacho estiró el brazo y lo cogió por los hombros.

Después agarró un vaso de cerveza recién servido por los camareros y se acercó a su abuelo.

—Yayo, disfruta tu día… Laura hace tiempo que dejó de ser una niña, ya llegará. Tiene veinticinco años y es mayorcita —explicó, aislándolo con sus palabras del resto de la mesa y brindó con él—. ¡Feliz setenta y cinco cumpleaños!

Los vasos chocaron y el amargo trago de cerveza a Manuel Coves le supo a rayos.

El padre de la joven se hartó de esperar y ordenó que trajeran dos ensaladas de capellanes, un plato típico de la zona compuesto de tomates, olivas, ajo, pimientos secos, aceite y capellanes en salazón.

—No voy a beberme esto a palo seco, ¿no? —argumentó.

Manuel lo miró con desprecio y se preguntó qué habría hecho para que el Señor lo castigara de esa manera.

Los minutos pasaron en la esfera del Rolex.

El desasosiego se apoderó de su cuerpo.

Algo no iba bien allí dentro y tampoco fuera de ese restaurante.

Sintió un molesto calor por todo su cuerpo y pensó que debía ser la falta de aire. Se desprendió del pañuelo y se lo entregó a su esposa para que lo guardara en alguna parte.

La silla de al lado seguía vacía. Los padres comenzaban a inquietarse con cierta vergüenza.

—Esta chiquilla… —comentó la abuela y se dirigió a su hijo—. Si la llevarais más atada…

—Ya vale, mamá —espetó José Coves—. No me digas cómo educar a mis hijos. Eso faltaba…

—Es que os toma el pelo… —comentó la hermana—. Laura, lo que necesita es…

La mirada intimidante de José le impidió continuar.

—No me hagas hablar, hermana.

—Un poco de calma, por favor —pidió la madre, levantando las cejas—, que es el cumpleaños de vuestro padre.

Para Manuel no habría nada que celebrar hasta que ella no apareciera.

El teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje.

El hombre sacó un fino terminal metalizado y lo abrió.

No reconoció el número y sospechó que sería una felicitación.

Siempre hay alguien que llama el día de tu cumpleaños cuando estás sentado a la mesa a punto de comer.

—¿Diga? —preguntó, agobiado—. ¿Quién es?

La voz del otro lado lo dejó sin respiración. Sus ojos se quedaron quietos y el resto de los familiares confió en que reaccionase, pero no lo hizo.

De pronto, sin que nadie lo esperara, el teléfono cayó al suelo y Manuel Coves se desplomó sobre el tablero redondo, arrastrando con él el mantel de tela, tirando la cristalería y provocando un estruendo en el salón.

Algo no iba bien allí dentro y tampoco fuera de ese restaurante.

Sintió un molesto calor por todo su cuerpo y pensó que debía ser la falta de aire. Se desprendió del pañuelo y se lo entregó a su esposa para que lo guardara en alguna parte.

La silla de al lado seguía vacía. Los padres comenzaban a inquietarse con cierta vergüenza.

—Esta chiquilla… —comentó la abuela y se dirigió a su hijo—. Si la llevarais más atada…

—Ya vale, mamá —espetó José Coves—. No me digas cómo educar a mis hijos. Eso faltaba…

—Es que os toma el pelo… —comentó la hermana—. Laura, lo que necesita es…

La mirada intimidante de José le impidió continuar.

—No me hagas hablar, hermana.

—Un poco de calma, por favor —pidió la madre, levantando las cejas—, que es el cumpleaños de vuestro padre.

Para Manuel no habría nada que celebrar hasta que ella no apareciera.

El teléfono móvil comenzó a vibrar en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje.

El hombre sacó un fino terminal metalizado y lo abrió.

No reconoció el número y sospechó que sería una felicitación.

Siempre hay alguien que llama el día de tu cumpleaños cuando estás sentado a la mesa a punto de comer.

—¿Diga? —preguntó, agobiado—. ¿Quién es?

La voz del otro lado lo dejó sin respiración. Sus ojos se quedaron quietos y el resto de los familiares confió en que reaccionase, pero no lo hizo.

De pronto, sin que nadie lo esperara, el teléfono cayó al suelo y Manuel Coves se desplomó sobre el tablero redondo, arrastrando con él el mantel de tela, tirando la cristalería y provocando un estruendo en el salón.

11

Domingo, 10 de agosto de 2008.

Unas horas antes.

A primera hora de la mañana, la comisaría de Elche no tardó en telefonear a la central de Alicante para relevar el caso. La Brigada de Homicidios se encontraba en la capital y la Unidad de Delitos Violentos de la comisaría de Elche no podía hacerse cargo de la investigación.

La fuerte luz del exterior cruzaba la ventana de la oficina hasta alcanzar el tablero de escritorio de roble y el teclado negro que había sobre éste.

Juan Écija, el comisario provincial, colgó el teléfono, se recostó en su silla acolchada y miró a la mujer que tenía frente a él.

Después vaciló varios segundos antes de hablar.

—Llega justo a tiempo, inspectora.

—¿Para qué? —preguntó, desconcertada.

Agulló tensó las facciones.

Había entrado en ese despacho con el cometido de resolver su situación. Debía hablar de su reciente ascenso y de cómo estaba gestionando las tensiones que había generado entre sus compañeros.

Pero ahora Écija tenía otras intenciones.

—Su primer caso. ¿Le gusta el verano?

Ella negó con la cabeza.

—¿De qué me está hablando, comisario?

—Han llamado de Elche. Han encontrado el cadáver de una joven de unos veintipocos, a las afueras de la ciudad. Dicen que todo apunta a un asesinato —comentó, aún reflexionando sobre la conversación que había finalizado al aparato—, pero no están seguros de ello. Delitos Violentos ha solicitado refuerzos.

La inspectora Agulló carraspeó, tragó saliva y cogió aire.

«Buenas noticias, para mí, claro».

Siempre había deseado afrontar un primer caso de asesinato.

—¿Cómo que no están seguros? —quiso averiguar con la torpeza propia de su inseguridad. Marta Agulló era la más joven del Cuerpo en Alicante y todavía tomaba decisiones como si caminara en un campo de minas.

—¿Puedo preguntarle algo, Agulló? —exploró con curiosidad.

—Adelante.

El superior alzó la mirada y ladeó la cabeza.

—¿Tiene familia en Elche, inspectora?

La cuestión la desubicó.

—No, comisario. Soy de Alicante.

—Algún pariente cercano, alguna prima que viva allí…

—Lamento decirle que no —respondió y frunció el ceño—. Mis raíces son de San Vicente y de Jijona.

—Buen turrón.

—¿Qué ocurre, señor? No comprendo a dónde quiere llegar con tanto rodeo. Se supone que me había citado para hablar de…

El comisario miró por encima del hombro de la mujer y se aseguró que la puerta de su despacho estaba cerrada. Después hizo una mueca de desagrado, como si sintiera una dolencia que no le permitía explicarse con naturalidad.

—Verá, existe un pequeño aprieto con este caso.

Ella asintió, todavía sin comprender cuál era el problema, más allá de la catástrofe que mencionaba.

—Nos enfrentamos a situaciones así todos los meses. ¿Qué lo hace especial?

—Esta vez es diferente.

—¿Por?

—El margen de tiempo del que disponemos, el lugar y la víctima.

—Disculpe, pero no le sigo.

—¿Le suena el apellido Coves?

Ella negó con la cabeza.

—¿Debería?

—Se supone que sí. Es cultura popular.

—Si me nombrara a la Dama… tal vez, pero siento decepcionarlo. Mis conocimientos sobre nuestros vecinos son escasos… —respondió, harta de tanta pregunta.

—Comprendo.

—Mire, no quiero ser impertinente…

—Entonces, no lo sea.

El comisario Écija la observó fijamente, atento a su reacción. Agulló era leal y educada, pero también una persona con paciencia limitada.

Eran muy pocos los agentes que se atrevían a llevarle la contraria al mandamás.

—El cadáver encontrado es de la nieta de Manuel Coves, un conocido empresario ilicitano del calzado, con mucha influencia en la ciudad —aclaró, rascándose el mentón—. Es pronto para hablar, pero es probable que no haya sido una muerte accidental, aunque hay que considerarlo todo. La víctima trabajaba en el gabinete de comunicación del Ayuntamiento y estaba muy bien relacionada. Los compañeros de Elche tienen razones para sospechar de un ajuste de cuentas o de una venganza personal. En cualquier caso, no son buenas noticias.

—¿Teme a la presión mediática?

—Me preocupa que esto pueda desencadenar otros problemas. La víctima era de buena familia. Son las fiestas municipales y para ellos son tan importantes como las Hogueras aquí —prosiguió con la explicación—. Si los medios hacen hincapié en la inseguridad ciudadana tendremos una situación crítica… Por si fuera poco, hace unos días, un sacerdote saltó por un puente. El clima social comienza a crisparse.

—Vaya, no sabía nada.

—Quiero que se encargue usted, Agulló.

Las palabras le provocaron un sudor frío en la espalda.

—¿Está seguro? Sería mi primera investigación.

—Siempre hay una primera vez para todo.

—Me siento halagada, aunque, con mis respetos, hay compañeros más experimentados qu yo y que conocen mejor la ciudad.

—Ha estudiado con fervor para sentarse ahí. ¿Qué le preocupa ahora, no estar a la altura?

—No, no es eso…

—¿Entonces?

—No lo sé.

—Pero yo sí. Si rechaza esta oportunidad, les dará la razón a sus compañeros y será un jarró de oficina de por vida. Le dirán que no es una policía de verdad, que no ha tenido calle, sól escritorio… En fin, ya conoce cómo se las gastan. Creo en usted, Agulló. No me haga a m también pensar que se ha sacado la oposición por el salario.

La contundente respuesta del comisario la dejó helada. Por supuesto que no lo había hech por el dinero, se dijo, pero eso no justificaba el temor que sentía al fracaso.

—¿Puedo pedirle algo?

—Depende.

—Me gustaría contar con alguien más experimentado. Al menos, en esta ocasión.

Él la miró con complicidad. Sin mencionarlo, ya había aceptado la proposición.

—No se preocupe, no estará sola. Mientras usted dudaba, he pensado en ello. Pediremo ayuda a Madrid.

—Aquí tenemos gente muy válida, señor. Me temo que esta decisión creará má confrontación.

—Me importa muy poco lo que piensen de mí, inspectora. No ingresé en el Cuerpo para hace amigos. Son los resultados los que me interesan —replicó, ofendido por la contestación de l subordinada. El intento de Agulló por ganar aliados allí dentro, le había salido mal—. Y uste debería pensar del mismo modo que yo. Un externo experimentado le vendrá bien a su prime caso. Trabajarán de igual a igual y no bajo su mando. Sacará sus propias conclusiones sin vers influenciada por la opinión o los gestos de terceros. Además, aquí, la mayoría están agarrados de pantalón por los machos.

Ella llenó los pulmones. La presión era palpable en el interior de aquel cuarto.

—Entiendo que no me va a preguntar si lo tomo o lo dejo.

—¿Qué más quiere? ¿Dietas por las horas extra?

—Recibido.

—No malgastemos más tiempo, la esperan en Elche…

—¿No debería esperar a mi compañero?

El comisario parecía estar cerca de perder los nervios.

—Pronto lo conocerá, así que empiece sin él —dijo y escondió la cabeza entre los hombro —. Un último detalle, por cierto…

—Usted dirá.

—No sería conveniente que esto se alargara más de unos días.

—Por supuesto… —dijo ella, decepcionada con el encuentro y aterrada por lo que esperaba a otro lado de la puerta—. Será mejor que me ponga en marcha.

La inspectora abandonó la silla y caminó nerviosa hacia la salida.

«¿Unos días? ¿Está loco?».

Se mordió la lengua en silencio y se guardó la docena de preguntas que tenía para el superior.

Después pensó que era mejor olvidarse de ello.

Ya se lo había recordado.

El comisario no estaba allí para hacer amigos y menos aún para dar explicaciones a los subordinados.

Antes de salir del despacho, el superior carraspeó, llamando su atención.

—Agulló, espere.

Ella atendió de lado.

—¿Sí, señor?

La mirada de aquel tipo le preocupó.

—Vaya al grano y no pierda el tiempo con papeleos burocráticos —señaló—. Me gustaría que fueran discretos, ¿queda claro?

—Como el agua.

La inspectora aguardó quieta durante unos segundos y después se marchó.

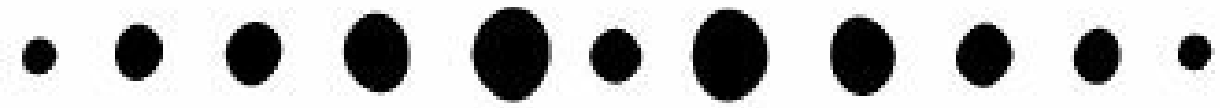
Cuando llegó al exterior, vio a varios agentes almorzando en el bar, riendo y haciendo grandes gestos de complicidad entre ellos. A ella nunca la aceptaron en el grupo.

Pronto cambiaría la historia, se dijo.

Los ojos de una compañera que ahora era su subordinada, se cruzaron con los suyos provocando un chispazo de rechazo.

El instante duró menos de un segundo, pero dolió para una eternidad.

La inspectora caminó hacia su vehículo y puso rumbo a la ciudad vecina.



El Peugeot 307 tomó la circunvalación que cruzaba por Bacarot y la llevaba hacia el pantano por la parte norte de la ciudad vecina. El entorno era árido y el tráfico inexistente. Montes de tierra amarilla a su alrededor y bancales secos formaban parte del paisaje que tenía delante.

Encendió la radio en busca de una emisora local donde informaran de lo ocurrido. La prensa aún no se había enterado del suceso. No dispondría de mucho tiempo hasta que eso sucediera pensó, con las manos al volante. En las ciudades pequeñas, los chivatos tenían la boca más grande, se dijo.

Condujo durante cincuenta minutos, reflexionando sobre la reunión con el comisario Écija y analizando meticulosamente sus palabras.

Agulló ponía atención a los detalles que otros compañeros pasaban por alto. Por supuesto ninguno de ellos se había dado aún cuenta de sus talentos más escondidos. Ella había sido marcada desde el primer día. Y el recelo también lo manifestaban sus compañeras más cercanas.

A la altura del polígono industrial de Elche, tomó el desvío que la sacó de la AP7, siguiendo las instrucciones que encontraba por el camino y condujo hacia el norte. Entendió que estaba cerca de su destino cuando el paisaje cambió de color y la escasa vegetación bordeaba la

carretera. Poco después, vislumbró la gran extensión del pantano y también los coches patrulla de los compañeros que la esperaban con impaciencia.

Aparcó sobre una llanura sin asfaltar, levantando una polvareda por su paso. Los agentes reconocieron a la persona que iba al volante.

Todos hombres, pensó.

Después se recogió la melena oscura en una cola de caballo y bajó del vehículo. Los rayos del sol golpearon con fuerza sobre su espalda.

Presintió que iba a ser un caluroso y soporífero día de trabajo.

Lo primero que hizo fue identificarse. Uno de los hombres la invitó a que se acercara. Echó un vistazo a su alrededor y no encontró nada extraño.

—Inspectora Agulló, de Homicidios —dijo al aproximarse a los dos agentes uniformados que esperaban junto a un zeta. Había algo raro en sus miradas—. Han solicitado ayuda, ¿no es así?

—Así es, inspectora —contestó uno de ellos, adelantándose al compañero. Se presentaron como Montes y Vizcaíno. Agulló los estudió. Eran jóvenes, menores que ella y parecían recién salidos de la Academia. Uno de ellos no dejaba de mirarle la delantera, aunque fingiera disimular al hacerlo.

—¿Quién me pone al corriente?

Unos pasos sobre la grava interrumpieron la conversación. Los dos novatos se giraron y la inspectora ladeó la cabeza.

Con gafas de sol de aviador, camiseta marcada y vaqueros, un hombre moreno de unos cuarenta años se acercó por la salida de un camino sin asfaltar. Sus andares manifestaban una excesiva confianza y un aire de grandeza que hacía pequeños a los otros. Pero iba a necesitar algo más que aquello para intimidar a la inspectora. Allí nadie la podía juzgar.

—¿Inspectora Agulló? —preguntó, moviendo las caderas con cada paso como un felón en una película de vaqueros. Después le ofreció la mano—. Soy el inspector Sempere, de Delitos Violentos.

—Un placer —contestó ella, notando el áspero y descuidado tacto de su mano.

El hombre sacó un paquete de cigarrillos Fortuna del bolsillo trasero del pantalón, le dio un toque con el dedo y se puso uno entre los labios.

—¿Fuma?

—No.

—Pues, bien que hace —contestó, lo encendió y pegó una bocanada. Le dio la espalda y regresó al sendero de tierra por el que había llegado—, espero que no le importe que yo sí lo haga.

—¿Puede llevarme al cadáver?

—Claro, por aquí.

Escoltados por los otros dos agentes, los pasos del inspector la guiaron hasta la presa del pantano, que a su vez caía por una cascada de gran altura.

El olor a descomposición la advirtió de la ubicación.

Protegido con una manta térmica para que los insectos no se hicieran con él, el cadáver de Laura Coves esperaba a ser recogido.

Agulló sintió una fuerte arcada que reprimió con éxito. No quería mostrar fragilidad ante quienes no parecían inmutarse por el hedor putrefacto que desprendía la víctima.

—Es ella, ¿verdad?

—Veinticinco años, de buena familia y con una próspera vida por delante —dijo Sempere

adando otra calada al cigarrillo y sujetándolo entre los dedos. Después miró de reojo la manta— No soy médico, pero presiento que debió de morir esta madrugada, por el estado en el que se sencuentra… Se abrió la cabeza contra la roca que hay debajo de ella, ¿ve la sangre reseca?

—La veo.

—Pues hay que ser muy torpe para caer así.

l —La mala suerte nos persigue a todos —añadió ella y observó el rostro del cadáver, que estaba hinchado y con los músculos tensos—. No era su noche. ¿Un golpe mortal?

—Diría que sí.

ó —¿Hora?

—De madrugada, por el estado.

e —¿Sola?

—Lo dudo. Hay algunas huellas en el camino, de dos calzados diferentes.

n «Alguien debió de taparle los ojos».

n Un pequeño detalle que expresaba una gran cantidad de información.

r De repente, la mente de Agulló viajó a toda velocidad por los pasillos de su memoria revisando documentos y libros sobre los perfiles psicológicos hasta dar con un pequeño dato. Un instante fugaz condensado y manifestado en aquello que llamamos intuición.

a —Pero no es médico.

—No, no lo soy… pero tampoco es el primer fiambre que recojo, ¿comprende? —dijo y soltó suna bocanada de humo—. Lo más destacable es que el cuerpo no presenta señales de agresión de aningún tipo, así que me pregunto qué diablos hacía aquí una chica así, a esas horas y en este rlugar. No es muy común. No es toxicómana, ni fulana, ni…

La inspectora dio algunos pasos alrededor del cadáver.

n —¿Han encontrado algo más?

s —Sí… —dijo él y se limpió el incipiente sudor de la frente—. Varios compañeros han avisado de un Ford Fiesta calcinado en el interior de un huerto de palmeras. El coche llevaba matrículas falsas y el número de serie manipulado. Mis compañeros lo están examinando. No hay testigos y las fulanas no vieron nada…

—¿Cómo dice?

Él chasqueó la lengua.

—Nada, se lo explicaré más tarde.

y —Está bien… Que envíen a la Científica para que tome muestras y analice el terreno, antes ode que sea inútil —ordenó y se detuvo en seco—. Dígame, Sempere…

—¿La verdad o lo que es correcto en estos casos?

—Lo que piensa —dijo y le clavó los ojos—. ¿Cree que la mataron?

—Podría pensar que sí.

l —Si lo sospecha, ya es un comienzo. ¿Algún nombre?

El hombre aguardó unos segundos antes de responder.

—Ahora mismo… no —dijo y suspiró—. Verá, su familia es bastante conocida en la ciudad epero no es la única que tiene dinero. Lo más normal habría sido un asalto a la casa, un robo, algo del estilo, pero no esto. Esto es…

e —Macabro.

—Chapucero.

—¿Un posible ajuste de cuentas?

, —¿Qué? —cuestionó él—. Ahora mismo no lo creo.

—¿Por qué?

—Es una larga historia, inspectora… pero para hacerle un resumen, las cosas han estado muy tranquilas en los últimos años. No tiene sentido. Sería rizar el rizo.

—Comprendo. ¿Quién la ha encontrado?

—Los de las basuras, a primera hora de la mañana. Hay un merendero más abajo. La vieron a lo lejos.

—Será mejor que acordonen todo el camino y que analicen el espacio en busca de pruebas. ¿Han enviado ya a alguien de la Unidad Científica para examinar el entorno?

Sempere se dirigió a los otros y los tres se rieron.

—Inspectora… Nos separan treinta kilómetros y un par de décadas de trámites burocráticos… Sé que es lo que tiene que decir, pero creo que nos apañaremos hasta que aparezcan.

Los dos agentes observaban a Agulló, que aún seguía pálida a causa del fuerte olor.

Escuchó las palabras del inspector y respiró para recomponerse.

—Pediré que envíen a alguien —afirmó con seguridad—. Y me encargaré personalmente de que no tarden una eternidad.

—Como quiera… —comentó, apagó el cigarrillo en el suelo de un pisotón y señaló al cadáver entre una nube de humo—. ¿No va a echar un vistazo, por lo menos?

Ella sintió la garganta seca.

Sabía que eran los primeros síntomas de unas náuseas venideras.

Por desgracia, para cumplir con el manual y dejar claro de que era como ellos, debía acercarse al cadáver, destaparlo y demostrarles que estaba acostumbrada a esa clase de rutinas.

Respiró hondo y aguantó el oxígeno.

«Mantén la mente en blanco y no pienses en ello».

Se acercó al cuerpo, bajo la punzante mirada de los tres. Flexionó una pierna, después la otra. El hedor era cada vez más intenso y el zumbido de las moscas que volaban alrededor de esa chica la distraían.

Regurgitó con fuerza y se tapó la boca para que no la vieran.

La mano derecha le temblaba, pero no impidió que destapara la manta y descubriera el rostro de esa chica.

Era el primer cadáver que observaba de cerca.

Tenía los ojos cerrados, la piel pálida e hinchada como una sepia y los mechones dorados sobrevueltos alrededor de su cabeza. Sus labios, ahora morados, no volverían a besar a nadie.

Echó un vistazo rápido, descubriéndola hasta la cintura.

Un cuerpo perfecto, pensó, unos senos redondos y un vientre plano.

Lamentó que existieran muchas razones para matar a una chica así… y ninguna de ellas justificada. Por último, casi sin aire, se aseguró de que el cuerpo estaba intacto. No había signos de violencia. Sin embargo, encontró una pequeña marca morada sobre la muñeca izquierda, un hematoma que apenas se apreciaba.

Pero una fuerte náusea la impidió seguir con el estudio.

«¡Oh, Dios!».

Antes de que arruinara la escena del crimen, se levantó, giró su cuerpo y vomitó los restos del desayuno frente a los pies de Sempere, salpicando la punta de sus botas de piel.

—¡Cuidado, inspectora! Dios mío, lo que está soltando… —le reprochó, apartándose y sujetándola del brazo para que no cayera.

Los otros dos agentes se giraron, ocultando la risa.

Cuando Agulló vació el estómago, sintió un fuerte mareo que la llevó a perder el equilibrio.

—Tranquila, la tengo. No se caerá —dijo él y agachó el rostro para mirarla por encima de las monturas—. Un golpe de calor. No es nada.

Ella asintió y retiró el brazo de su mano.

—Me temo que sí, gracias —contestó, avergonzada, aunque sin perder la posición—. Que envíen a alguien… para que se lleve el cadáver a la morgue antes de que termine irreconocible.

«No sea que lo vomite…», dijo uno de los agentes por lo bajo.

—¡Vosotros! A lo vuestro, ya habéis oído… —ordenó Sempere, chasqueando los dedos— Lamento lo ocurrido, ¿algo más que pueda hacer por usted?

Agulló tragó saliva con dificultad.

Su reino por una botella de agua bien fría.

—Necesito conocer todos los detalles de la víctima, de su familia y de su entorno… Lo que me pueda dar… será de ayuda.

—Claro… —afirmó él y apretó los labios con voz distante. Después tiró la colilla y la aplastó La diversión había terminado—. Sígame. Le marcaré el camino.

Cuando Agulló vació el estómago, sintió un fuerte mareo que la llevó a perder el equilibrio.

—Tranquila, la tengo. No se caerá —dijo él y agachó el rostro para mirarla por encima de las monturas—. Un golpe de calor. No es nada.

Ella asintió y retiró el brazo de su mano.

—Me temo que sí, gracias —contestó, avergonzada, aunque sin perder la posición—. Que envíen a alguien… para que se lleve el cadáver a la morgue antes de que termine irreconocible.

«No sea que lo vomite…», dijo uno de los agentes por lo bajo.

—¡Vosotros! A lo vuestro, ya habéis oído… —ordenó Sempere, chasqueando los dedos—. Lamento lo ocurrido, ¿algo más que pueda hacer por usted?

Agulló tragó saliva con dificultad.

Su reino por una botella de agua bien fría.

—Necesito conocer todos los detalles de la víctima, de su familia y de su entorno… Lo que me pueda dar… será de ayuda.

—Claro… —afirmó él y apretó los labios con voz distante. Después tiró la colilla y la aplastó. La diversión había terminado—. Sígame. Le marcaré el camino.

12

Domingo, 10 de agosto de 2008.
Calle de Rafael Calvo. Chamberí, Madrid.

El calor mesetario de la capital calentaba el asfalto con saña. Agosto y Madrid juntos eran un sinónimo de inactividad. La ciudad estaba desierta, los bares cerrados y era el único periodo del año en el que se podía distinguir el cantar de los pájaros.

Esa jornada no tenía mucho trabajo.

Iba a hacer una semana desde que Asuntos Internos le había abierto una investigación.

Un roce entre compañeros, aunque él lo llamaba una traición.

Principios, ideales sobre la lealtad y el aprecio… Todo se fue al carajo.

Le había dado una buena sacudida a otro policía con un rango superior al suyo.

Varias provocaciones culminaron en un tabique nasal roto y la mandíbula desencajada.

«Él solito se lo buscó».

Su pareja se había acostado con aquel.

El Cuerpo de la comisaría de Chamberí estaba de su lado, aunque el apoyo moral no iba a mejorar su situación.

Terminó el segundo café en la barra de La Zaguina, el bar de confianza que había al otro lado de la comisaría y del que tantos recuerdos guardaba.

Doce años de servicio y cinco en ese lugar como para echarlo todo a perder en cuestión de días, lamentó mientras dejaba una moneda de dos euros sobre la barra.

«¿De qué sirve la reputación, si cualquier bobo puede hacerte sombra?».

Se observó en el reflejo y le gustó lo que vio. El cabello ondulado, oscuro como esa barba cerrada y áspera le daba un aire interesante. Algunas chicas le decían que se parecía a ese conocido actor gallego, pero más fornido, y eso lo halagaba, aunque no lograba levantar su ánimo.

Hacía tiempo que arrastraba un episodio desafortunado, sumado a una mala racha encauzada y una relación que iba directa al despeñadero.

El agente opositor, el listo, el pulcro, el ético, el político, tuvo que cruzarse en sus vidas.

«¿A cuántos tequilas está uno de perder la decencia?».

Y entonces su feudo peligró para siempre.

«Pero tú no te metiste aquí para hacer las reglas, sino para obedecerlas».

El camarero le hizo una señal para que no se preocupara por la cuenta. Junto a las botellas de licores del fondo, vio la placa que los compañeros del Cuerpo le regalaron al propietario del local.

—Invita la casa, Peralta —dijo el empleado.

Apreció el detalle, pues todos conocían su historial. Lamentó que el rumor hubiera corrido tan rápido. Él no era lo que ahora decían sobre él.

Cometió un error.

«Pues sí, bien, como todos».

Y luego pasó aquello.

Lo estaba pagando demasiado caro.

Peralta sabía que podía ser su último día merodeando por allí.

Salió a la calle, cruzó la acera y sintió el aire abrasador de la mañana madrileña. Las calzadas estaban desiertas, los apartamentos vacíos y los establecimientos que abrían se ahogaban en el asco. Ni siquiera los turistas se acercaban a la zona.

Pensó en las familias de la calle de Almagro y alrededores.

Quizá disfrutarían de un largo periodo vacacional en Sotogrande, Marbella o Comillas mientras él y sus compañeros se encargaban de que las bandas organizadas no desvalijaran los edificios en su ausencia.

Subió los peldaños del edificio, un viejo complejo de ladrillo en el que el Ministerio hacía tiempo que no invertía en reformas.

Saludó al agente de la puerta, se ajustó el cinturón del pantalón vaquero y descubrió que se había manchado la camisa floreada que llevaba esa mañana. Una estrafalaria prenda que no pasaba desapercibida.

Al cruzar el umbral, la subinspectora García se acercó a él con un montón de papeles en la mano. Era ancha de espalda a causa de la natación, tenía una melena oscura como una pantera y una mirada con carácter que apartaba a los valientes.

La compatibilidad de carácter ayudaba a que su relación fuera cordial. Existía cierta complicidad entre ellos. García se había ganado su respeto por marcar límites propios entre tanto gallo de corral y él siempre la trató igual que al resto.

Y también existían unos sentimientos sobre los que él prefería no pensar.

—Melchor, tienes visita —comentó, antes de abandonar la comisaría.

—¿Y eso?

—Balmes.

—¿El comisario? Creía que seguía de vacaciones.

—Lo estaba.

—Maravilloso… Gracias por el aviso —dijo y se rascó la barba áspera de varios días—. ¿A dónde vas?

Ella señaló hacia la calle, sin dar demasiada explicación.

—Tengo que hacer un papeleo… ¿Te veo después y me cuentas?

—Sí, claro, ¿por qué no? —preguntó y aspiró nostálgico—. Suerte con eso.

Una mirada cómplice bastó para alumbrar de esperanza el rostro de la mujer.

Las largas piernas de la inspectora, ceñidas en unos vaqueros negros, cruzaron los peldaños de la puerta y desaparecieron tras la esquina.

Peralta estaba al corriente de lo que pasaba con ella: un divorcio, un hijo de tres años de por medio y peleas con abogados sobre la custodia.

Como subinspectora, tenía problemas para atender a las demandas que exigía su exmarido.

«Otro listo de los cojones que no parará hasta conseguir lo que pide».

El inspector conocía al sujeto. Había investigado a la subordinada, sin demasiada profundidad, para entender cuáles eran los motivos de su ineficiencia en los últimos meses. Una vez que se enteró del incidente, optó por dejarla en paz. No tenía la confianza para hablar de ello si la subinspectora no estaba dispuesta a abrirse con él. A Peralta no le gustaba meter las narices en el plato ajeno, aunque aquello se hubiera convertido en el deporte de la comisaría.

Cruzó el pasillo y se aproximó al marco de la puerta del despacho. A medida que se acercaba podía descubrir la figura trajeada del comisario Sergio Balmes, su superior y el de todos los que merodeaban por allí.

La presencia no resultaba extraña si no fuera porque Balmes se había ido a pasar con su sfamilia una semana a su finca de Cenicientos, un pueblo madrileño al oeste de la Comunidad.

Balmes lo esperaba comprobando el teléfono móvil, sentado en la butaca de su despacho rodeado de sus banderines y de los diplomas que con tanto orgullo exhibía.

El superior notó la presencia, guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y se movió a ,ambos lados girando la silla.

—Peralta, ¿qué hay? Espero que no le moleste —comentó, jocoso—. ¿Tiene un momento?

—¿Ya se ha hartado de los críos, jefe? —preguntó y tomó asiento frente a él. Por la aindumentaria y el carácter de cada uno, eran la noche y el día.

Balmes había escalado en la profesión como él, por experiencia, por haber pasado en el barro emás tiempo del necesario, pero tenía algo que Peralta no logró desarrollar con los años: una actitud decente.

El comisario Balmes era un ambicioso estratega, fiel con el Cuerpo y poco ortodoxo a la hora ade tomar decisiones que estuvieran fuera de lo reglamentado.

Una brillante carrera y una vida estable le habían llevado a preguntarse qué había al otro lado de la montaña, mientras los tipos como Peralta seguían observando la cima.

Esa era la parte que envidiaba de Balmes.

Con un poco de empeño y la suerte bien labrada, en unos años llegaría a comisario provincial y después se jubilaría.

Todo formaba parte de un plan que había trazado meticulosamente una década antes.

Indiferente ante la impertinencia del inspector, se meció el flequillo canoso hacia atrás y se colocó las monturas de vista, antes de dirigirse al subordinado.

—Si no fuera importante, no habría venido hasta aquí.

—Existe el teléfono.

—No para esto.

El inspector tragó saliva y respiró hondo.

—¿Es sobre lo de Asuntos Internos?

El jefe lo observó con detenimiento. El silencio era tenso, como si eligiera las palabras adecuadas para no herir al policía.

—Le dije que haría todo lo que estuviera en mi mano. Lo recuerda, ¿verdad?

Peralta chasqueó la lengua.

—Eso dijo. ¿Qué ha conseguido?

—Esta mañana me han llamado de Alicante.

Peralta movió la cabeza, confundido.

—¿Alicante?

—Sí.

—¿Qué tiene que ver Alicante con mi caso?

—Todo y nada, dependiendo de usted.

—Que yo sepa, de mí depende bien poco.

—¿Cuánto hace que no sale de Madrid? En su tiempo libre, quiero decir.

El inspector comenzó a incomodarse por el giro de la conversación.

—¿Importa eso ahora?

—Le vendría bien un poco de aire fresco… Esta ciudad puede ahogar a cualquiera y más en everano.

—No sé qué insinúa, pero le agradecería que fuera al grano. No se me dan bien los acertijos.

—Se lo diré de otra forma.

—Le escucho…

El comisario cambió el tono y juntó las manos.

—Una chica de veinticinco años hallada muerta en Elche, junto a la presa de un pantano —adisparó—. No hay signos visibles de violencia ni de violación. Un… aparente… accidente.

Peralta lo miró decepcionado. Le parecía una tomadura de pelo.

—Bingo. Caso resuelto, ¿no?

El comisario suspiró, se frotó la frente y miró hacia el techo.

—Le dije que le ayudaría.

—Y todavía no me ha dicho cómo.

—Pues ponga de su parte… —contestó y regresó al respaldo del asiento—. Verá, Peralta, hay una cuestión con su expediente. Asuntos Internos ha solicitado su historial de casos resueltos.

—Se nota que no tienen faena.

—Han insistido en que les envíe el informe del caso de La Vaguada.

Peralta tragó saliva.

Aquel fue el primer error en su carrera.

Romperle la crisma a ese inútil era otra cosa muy diferente, pensaba.

—Hágalo. Está todo en orden.

—Todo, todo… Irán hasta el final.

—Por un perro que maté…

—Los de Asuntos Internos no vacilan.

—¿Qué es lo que desea, comisario?

—Que me haga un favor… y no habrá caso de La Vaguada que valga.

«Será cabrón».

—Dispare.

—Quiero que vaya a Alicante y ayude a la brigada que lleva la investigación del caso que le he comentado.

La orden le provocó un sudor frío en la columna vertebral. Nunca le habían pedido algo así. Temió que Balmes se estuviera deshaciendo de él.

—Si no me equivoco, ya existe una Brigada de Homicidios en Alicante… Que se encarguen ellos y deme otra cosa. No creo que sea para tanto.

—Por eso le estoy pidiendo el favor, inspector —recordó con voz seria—. El comisario provincial de Alicante es un buen amigo. Me ha llamado personalmente para solicitar ayuda.

—¿Una cadena de favores?

—Más o menos. Usted obedezca, haga su trabajo y todos estaremos contentos.

Peralta refunfuñó.

—¿Dónde está la gracia del asunto? Porque hay un truco, ¿verdad?

—Es un tema muy delicado, por eso quiero que se encargue usted.

—¿Cómo no? Un inspector con un historial impecable.

—Le estoy dando una segunda oportunidad.

—A punta de pistola, comisario.

—Es uno de mis mejores hombres. Sólo le pido que no repita lo de La Vaguada.

—Exige demasiado.

—La víctima es una persona conocida en Elche y su familia posee gran influencia en todos los ámbitos.

—¿Influencia?

—¿Echa de menos sus días en Anticorrupción?

Peralta miró a otra parte. La conversación estaba siendo de lo más entretenida.

—Así que Elche… Los zapatos, el fútbol, las palmeras…

—Sí, y también La Dama.

—Ya decía que me sonaba de algo —comentó y regresó al hilo principal—. ¿Por qué uno de los nuestros?

—No quieren involucrar a ningún agente con posibles contactos en la ciudad.

—Ajá… Déjame que lo entienda… Esto va más allá que lo de esa chica.

—Écija ha pedido ayuda.

—Pero mi especialidad son las desapariciones, no esto… Para eso está la UDYCO.

Balmes apretó los labios. Las explicaciones se las darían en la ciudad costera.

—Le informarán de todo cuando llegue.

—¿Tanto le debe a ese comisario?

Balmes suspiró. Tal vez Peralta fuera el mejor resolviendo los casos, pero él era un caso sin solución.

—Mi relación con el comisario Écija viene de mucho tiempo atrás. Mire, serán unos días, le tratarán bien y estará de regreso antes de lo que imagina. Le ayudará un poco de brisa levantina. Dicen que es buena para el humor.

Impotente, el inspector apretó los puños sobre las rodillas para aguantar el enfado.

—Eso no es lo que hablamos. Me dijo que me ayudaría con Asuntos Internos, no esto.

—Le estoy dando una segunda oportunidad para que olviden el caso de La Vaguada.

—Le está haciendo un favor a su amigo.

—Muestre un poco de gratitud, inspector —espetó alzando el índice—. Quizá sea incapaz de verlo ahora, pero le estoy tendiendo un puente de plata para que su situación mejore… y no crea que disfruto. Yo también pongo en riesgo mi nombre. Lo necesito en esta comisaría porque, a pesar del desastre que es, resulta más eficiente que cinco policías juntos.

—Lo sé, de lo contrario, estaría ya en la calle…

—Asuntos Internos no es muy diferente a Hacienda. Cuando descubren algo que pueden sacarte, van a por ti hasta desangrarte… Con ellos, lo mejor es llegar a un acuerdo.

—Parece que tiene experiencia en el asunto.

—Y usted que lleva días sin dormir. Hágase un favor, vaya, encuentre al asesino de esa chica y ponga de su parte.

—Y si no…

—Se quedará aquí en Madrid, oxidándose entre estas cuatro paredes, mientras ve como el

único tren al que pudo subirse se aleja, y su carrera profesional se va con él… Usted decide… H prometido que mañana estaría listo para trabajar.

Las duras palabras lo dejaron inquieto.

El inspector Peralta se levantó, se ajustó la camisa floreada y soltó un bufido antes d abandonar la habitación.

—Aprecio su oferta, pero… ya he decidido.

La expresión de desprecio en su rostro habló por él.

Balmes le mostró la palma de la mano para que reflexionara una vez más sobre su decisión.

—Piénselo de verdad, por favor.

—¿Es una orden?

—Es un buen policía, Peralta, pero la ha fastidiado por partida doble… Que sepa que n todos disponen de una ocasión así.

—Es fácil decirlo.

—En realidad, lo es —respondió—. Complicar lo sencillo, nos mantiene ocupados… y resolver problemas, nos hace sentir realizados… No hay más, Peralta. Se llama naturaleza humana.

«Y yo lo llamo quitarse el muerto de encima».

único tren al que pudo subirse se aleja, y su carrera profesional se va con él… Usted decide… He prometido que mañana estaría listo para trabajar.

Las duras palabras lo dejaron inquieto.

El inspector Peralta se levantó, se ajustó la camisa floreada y soltó un bufido antes de abandonar la habitación.

—Aprecio su oferta, pero… ya he decidido.

La expresión de desprecio en su rostro habló por él.

Balmes le mostró la palma de la mano para que reflexionara una vez más sobre su decisión.

—Piénselo de verdad, por favor.

—¿Es una orden?

—Es un buen policía, Peralta, pero la ha fastidiado por partida doble… Que sepa que no todos disponen de una ocasión así.

—Es fácil decirlo.

—En realidad, lo es —respondió—. Complicar lo sencillo, nos mantiene ocupados… y resolver problemas, nos hace sentir realizados… No hay más, Peralta. Se llama naturaleza humana.

«Y yo lo llamo quitarse el muerto de encima».

13

Domingo, 10 de agosto de 2008.
Elche, Alicante.

A pesar de las náuseas que aún sentía, la inspectora Agulló condujo siguiendo la indicaciones que Sempere le daba con los intermitentes de su coche.

Atravesaron una ciudad desierta en una mañana que se acercaba al mediodía. La única presencia era la de aquellos que abrían sus comercios, sin demasiada esperanza, o pasaban el sofocante verano a la sombra de los soportales de los edificios.

Las dudas y las inseguridades aterrizaron en la cabeza de la inspectora, a medida que cruzaba los semáforos en verde.

El rostro hinchado de esa joven seguía latente en su retina. No era capaz de desprenderse del olor dulzón y putrefacto que desprendía su cuerpo.

Tampoco podía detener su mente, elucubrando hipótesis que resolvieran la causa de la muerte. A simple vista, parecía un crimen casual: un robo, una extorsión o un ajuste de cuentas. Incluso cabía la posibilidad de que hubiese sido un accidente fortuito, se dijo.

Pero la actitud desconfiada del inspector ante el cadáver la alertaba de lo contrario. Los tipos como Sempere no aparecían en los manuales que había estudiado.

¿Y si no era capaz de resolver la investigación?, se preguntó, absorbida por la duda. Depositaba demasiadas esperanzas en el refuerzo que llegaría de Madrid.

La comisaría de Policía Nacional de Elche se encontraba situada casi a las afueras del centro urbano, rodeada de huertos de palmeras e institutos de educación secundaria, ahora vacíos y sin vida a causa del verano.

La inspectora se fijó en la batería de los zetas aparcados bajo el sol, frente a la fachada del edificio.

Sempere estacionó en la zona reservada para los agentes y ella aprovechó un hueco que encontró al otro lado de la acera.

Cuando bajó del vehículo, el húmedo calor le dio de bruces, provocando una fuerte bajada de tensión en su cuerpo.

Agulló cogió aire y se agarró a la puerta del vehículo durante unos segundos, dándole la espalda al policía para que no la viera.

—¿Todo bien? —preguntó él, cerrando la puerta de su coche y caminando hacia la entrada de las intendencias policiales.

—Sí… Todo en orden —contestó ella, bajando la voz y mirando a su alrededor. Recuperó e aliento y le mostró el teléfono, como si hubiera estado ocupada con algo importante. Con la boc seca y el estómago revuelto, siguió los pasos del compañero—. Espero que recojan el cadáver d esa chica a tiempo. Hay algo que me gustaría comprobar más tarde.

—No se preocupe ahora por eso… Mis hombres saben cómo proceder —contestó acercándose a los peldaños de cemento.

—¿Se refiere a esos dos agentes?

—Sí.

—Estupendo…

Sempere saludó al policía que custodiaba la garita y después se identificó frente al segund que controlaba la entrada a las instalaciones, aclarándole quién era la mujer que lo acompañaba La inspectora dio un rodeo, observando que al otro lado quedaban las oficinas donde tramitaba los documentos de identidad.

Los dos policías subieron unas escaleras y caminaron hacia el interior de una oficina. Él s detuvo frente a una máquina expendedora y le dirigió una mirada.

—¿Un café?

—No, gracias —rechazó—. Eso no es café.

El café químico de esas máquinas no le sentaba nada bien.

—¿Agua? También tenemos del grifo.

La mujer asintió. Sempere pulsó el botón y la máquina expulsó un chorro de café de dudos color en el interior de un vaso de plástico.

Después introdujo una moneda y sacó una botella de agua fría para su compañera.

—Gracias —dijo ella, pegando un largo trago antes que el malestar invadiera su cuerpo.

—¿Y qué es eso que ha descubierto? —preguntó él con un ligero interés, observándol desafiante mientras sujetaba el vaso de plástico y esperaba a que hablara.

Ella apuró los movimientos para ganar tiempo.

La pregunta la había sorprendido desarmada.

—No he dicho que haya descubierto nada.

—Pero ha visto algo, ¿verdad?

La insistencia la acorralaba contra la máquina de café. Agulló pestañeó y desvió los ojo hacia la sala. Estaban solos.

—Su muñeca izquierda tenía la marca de la pulsera de un reloj. Alguien debió de quitárselo.

El inspector aguardó varios segundos en silencio antes de responder.

—¡Ajá! —exclamó, sorprendido, alzando el mentón—. Era eso. Yo también lo he visto…

—Y no ha dicho nada.

—No le he dado importancia —explicó, dio un sorbo al café y continuó—. En ese caso descartaríamos el accidente.

—Así, ¿sin más? No tiene argumentos para decir eso.

—No me parece un percance. Los relojes no desaparecen por arte de magia.

—Quizá se lo robaron antes.

—Puede ser, ¿qué piensa usted?

Ella ladeó el rostro.

—¿Lo pregunta o sigue bromeando?

—Tengo curiosidad por conocer su opinión.

—Entonces tendremos que esperar a que los de la Científica aporten el informe completo

lQuizá encuentren fibras, ADN o alguna clase de prueba que nos ayude a aclarar cuál ha sido la arazón… Lo que está claro es que pasarán unos días hasta que eso suceda.

e Sempere frunció el ceño al escuchar las palabras.

—Algunos días pueden convertirse en semanas, inspectora.

, —Ya sabe cómo funcionan estas cosas por aquí.

Él negó con la cabeza.

—¿Y usted? No disponemos de tanto tiempo, ¿por qué cree que he pedido ayuda? — respondió y caminó hacia la entrada de un despacho.

—Mañana se incorporará otro inspector. Viene de Madrid.

o —Ah, ¿sí? —preguntó, desanimado—. Perfecto. Menuda fiesta…

. —Pensé que se alegraría.

n —Ya conoce el dicho. Tres son multitud —dijo y le dio la espalda—. En fin, será mejor que le ponga al día.

e Giró el pomo e invitó a la compañera a que pasara.

—Tenemos tiempo.

—Si usted lo dice…

Lo que ella no imaginó era lo que había allí dentro.

o

a

s

,

.

Quizá encuentren fibras, ADN o alguna clase de prueba que nos ayude a aclarar cuál ha sido la razón… Lo que está claro es que pasarán unos días hasta que eso suceda.

Sempere frunció el ceño al escuchar las palabras.

—Algunos días pueden convertirse en semanas, inspectora.

—Ya sabe cómo funcionan estas cosas por aquí.

Él negó con la cabeza.

—¿Y usted? No disponemos de tanto tiempo, ¿por qué cree que he pedido ayuda? —respondió y caminó hacia la entrada de un despacho.

—Mañana se incorporará otro inspector. Viene de Madrid.

—Ah, ¿sí? —preguntó, desanimado—. Perfecto. Menuda fiesta…

—Pensé que se alegraría.

—Ya conoce el dicho. Tres son multitud —dijo y le dio la espalda—. En fin, será mejor que le ponga al día.

Giró el pomo e invitó a la compañera a que pasara.

—Tenemos tiempo.

—Si usted lo dice…

Lo que ella no imaginó era lo que había allí dentro.

14

El olor a tabaco y aire cerrado le encogió la nariz.

Varias carpetas amontonadas sobre el teclado negro del ordenador de un pequeño escritorio una papelera rebosante de envases, cartones de zumo y envoltorios de chocolatinas.

«¡Qué desastre!».

Sempere parecía ser el paradigma del desorden. Y el caos material era un reflejo de la gestión de la vida personal. Se preguntó cómo podía ser eficiente entre montones de papeles archivadores y vasos de café vacíos en los muebles.

Era probable que no tuviera pareja, pensó ella.

Nadie se quedaba mucho con un tipo así.

Levantó la vista y miró hacia las ventanas que daban al exterior.

Por ellas se podían contemplar los huertos de palmeras.

Junto a uno de los cristales, tras el escritorio, observó un tablón de corcho en el que e inspector había construido dos organigramas con fotografías y nombres. Todas las imágenes era de hombres.

Sospechó que pertenecería a un asesinato.

—¿Está de huelga el personal de limpieza en este departamento? —preguntó, sorprendida po el estado de la oficina.

Sempere aplastó el vaso de café y lo lanzó a la papelera.

Este rebotó contra la pared y cayó sobre la montaña de plástico.

—Tres puntos.

—¿Intenta sorprenderme?

—No sea tan dura conmigo, le recuerdo que es domingo —contestó con una sonrisa fingida y apoyó el trasero en el borde de su escritorio, cruzando los brazos—. Algunos hemos trabajad durante las últimas horas sin cese…. Escuche, no sé lo que le habrán dicho en Alicante, pero…

—Me han dicho que usted me lo contaría —contestó y evitó la discusión—. ¿A qué se refier cuando dice que no es un caso normal? ¿Por qué es tan especial la víctima?

Sempere se rascó la barbilla, áspera por la barba rugosa que había dejado crecer en lo últimos días.

—Porque es Laura Coves.

—Sí, ¿y?

—¿No le suena?

Agulló se encogió de hombros. Su forma de hablar le recordó al comisario Écija.

—Es un nombre común.

—No en esta ciudad.

—Me han enviado para ayudarle. Su trabajo es ponerme al día.

—En la capital no interesan los problemas del resto de la provincia.

—Ya me ha oído. No he venido a discutir.

Él apretó los labios en silencio, agachó la mirada y asintió con la cabeza. De una pila de libros sacó un periódico doblado y lo lanzó a la mesa.

—Ahí tiene, quédeselo. Le vendrá bien conocer el contexto.

La inspectora observó la portada del diario Información.

—¿De qué va esto, Sempere?

El hombre señaló al segundo titular.

La construcción del centro comercial de Elche sale a concurso público

El Ayuntamiento de Elche ha publicado la convocatoria pública para la creación del primer centro comercial de la ciudad. El proyecto ganador se levantará sobre una extensión de 45.000 metros cuadrados brutos, situada a las afueras de la ciudad.

Entre las compañías presentadas a la convocatoria, cabe mencionar la sonada Unión Temporal de Empresas entre Covex S.L., administrada por el ilicitano Manuel Coves, y NAVAELX S.L, administrada por Ricardo Navarro.

La inspectora entornó la mirada.

—¿Quién es esta gente?

Él señaló al organigrama.

Ahora tenía algo de sentido para ella, pero no el suficiente.

—¿Y qué tiene que ver esto con la muerte de esa chica?

—En principio, nada.

—No soy muy buena con las indirectas, pero intuyo que me quiere decir algo.

—Verá, podríamos quedarnos aquí el resto de la mañana mientras le explico quién era Laura Coves, a qué se dedica su familia y por qué se nos van a echar encima si no encontramos a responsable antes de que terminen las fiestas municipales… así que le propondré algo.

El inspector se acercó a la montaña de carpetas y agarró una. La abrió y extrajo tres fotografías en blanco y negro que entregó a la inspectora. En ellas aparecía un Audi TT oscuro por una carretera despejada. La imagen era borrosa, pero junto al piloto aparecía la silueta de una joven que coincidía con la víctima.

—¿Es ella?

—Son de Tráfico. Me debían un buen favor.

Después se acercó al escritorio y buscó entre los folios hasta que dio con dos hojas. Las agarró y se las entregó. Parecían declaraciones.

—Dos testigos la vieron subir a un coche como este, cerca de la madrugada —indicó y continuó con la búsqueda—, poco antes de que las cámaras lo fotografiaran.

—¿A dónde quiere llegar?

—Un momento, ya casi está. No desespere… —dijo y sacó una última carpeta del desorden de la mesa. La abrió y buscó una ficha con varios folios sujetos por un clip—. Aquí tiene.

Bajo un forro de plástico transparente que protegía la ficha, apareció el rostro de un muchacho moreno en una foto de tamaño carné.

Sempere desplazó la ficha hacia el cuerpo de la inspectora, que seguía parado junto al marco de la puerta, y se lo ofreció.

—¿Quién es? —preguntó ella, intrigada por la respuesta—. ¿Lo conoce?

—Andrés Navarro —dijo y señaló al organigrama. Agulló leyó el apellido en lo alto de la pirámide—. Es el nieto de uno de esos empresarios.

—Pero… ¿está seguro de que era ella?

—Escuche, por favor…

La inspectora volteó la cara hacia atrás y le entregó la documentación. Temió que Sempere estuviera jugando.

—Supongo que tiene una explicación.

—Si lee las declaraciones de los testigos, comprobará que los vieron discutir antes de subir al coche —explicó, señalando al folio—. Andrés Navarro es el más joven de una poderosa y peligrosa familia, los Navarro. Llevo detrás de ellos desde hace años. El chico tiene fama de prepotente y de violento.

—Espere… Esto sucedió anoche. Las fotos demuestran que la carretera estaba desierta. ¿Me puede explicar de dónde ha sacado a esas dos personas?

—Uno sabe moverse rápido en la ciudad. Elche no es Nueva York. Se oyen cosas, se ven cosas y se llega antes a los sitios.

—¿Y no tendrá nada que ver con su investigación paralela?

—Se lo repito, inspectora…

—Presiento que intenta conducirme hacia su interés.

—Relájese, ¿quiere? Nadie tiene por qué saber nada. Lo importante de esta historia es quién es ese chico —respondió, pasando de largo de la cuestión planteada—, y por qué Laura Coves estaba en su coche…

—Ni siquiera lo puede confirmar.

—Ah, ¿no? ¿Y esto qué es? —cuestionó, señalando a los documentos—. Verá, es obvio que parece nuestro sospechoso principal.

Agulló retrocedió, recordando las palabras de Écija.

—Sé lo que intenta.

—En absoluto.

—Entonces confirme que es ella.

—Es usted muy cerrada. Le recuerdo que hay dos testigos que la vieron.

—Llámelos —ordenó la inspectora—. Me gustaría conocer su versión.

—Está bien, como desee…

—Ahora.

Sempere llenó los pulmones. Sintió la necesidad de encenderse un cigarrillo, pero dejó el paquete de tabaco sobre el escritorio, recordando que no podía fumar allí dentro.

—Mire, Agulló, seré franco con usted. Aquí nos conocemos todos. Llevo años investigando por mi cuenta a estas familias para demostrar su mala praxis desde hace décadas… y ha sido todo en vano. El que más y el que menos tiene alguna clase de relación con ellos y siempre me encuentro con algún callejón sin salida que me tumba todo el trabajo. La han enviado a usted porque, aparentemente no tiene nada que perder, no tiene ningún vínculo con ellos, no saben nada de su vida… y por eso creían que iba a estar al margen de su influencia. Pero métase en sus asuntos y le aseguro que encontrarán a alguien, a un primo lejano, a un comisario provincial que les deba un favor… Créame, el mundo es un pañuelo, así que mejor sonarse los mocos en uno de confianza.

—Su discurso es halagador, inspector. Haga esa llamada.

—Sólo intento ganarme su confianza.

La inspectora sintió un fuerte latigazo en la boca del estómago.

No tenía la menor idea de quiénes eran esos muchachos, ni tampoco quiénes eran sus familias, pero las pruebas no eran suficientes para sospechar de nadie. Volvió a mirar el rostro de aquel chico y sintió el acecho de un problema que crecía despacio.

El inspector avisó a los agentes que habían tomado la declaración y pidió que le avisaran cuando estuvieran los testigos en la comisaría. Después colgó.

—Antes ha dicho que había encontrado huellas de dos zapatos diferentes en la escena del crimen.

—Sí, puede ser. O puede que estuvieran allí antes.

—¿Y el coche calcinado?

—Puede que no tenga que ver con esto —respondió—. Aún están investigando lo sucedido.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir al respecto?

—¿Qué quiere que le diga?

—Pide que confíe en usted, pero se niega a confiar en mí.

—No estoy acostumbrado a trabajar con gente de fuera, ¿vale?

—Es usted quien ha solicitado la ayuda.

—Creo que la hemos solicitado los dos.

—Sempere, será mejor que nos llevemos bien desde el principio.

—Tengo el mismo interés que usted por encontrar a quien ha hecho esto, pero necesita tener un pie dentro si quiere resolver la investigación sin provocar daños a terceros.

—Daños a terceros… —comentó con sorna—. ¿Cómo quiere que tome en serio lo que dice?

—Le propongo algo… Vayamos a hablar con el chico, inspectora. Es un punto de partida —señaló, convencido—. Nada de presiones ni de interrogatorios. Sólo algunas preguntas y lo que hable por sí solo… Después sacará sus conclusiones. Es domingo y sé dónde encontrarlo, pero usted tardaría días en dar con él.

—No podemos hacer eso.

—Como poder, podemos. Tan sólo quiero saber a dónde fue y qué pasó con ella. Nada más.

La inspectora intentaba descifrar sus intenciones. La actitud de Sempere, jugando a los atajos y saltándose el manual, era descarada. Él conocía mejor la idiosincrasia del entorno, pero ella no lo conocía a él.

Sempere rio y se recostó en su asiento.

Después se quedó mirándola, expectante a su reacción.

—Está ciego. No sé qué pretende, pero se ha equivocado conmigo.

—Una cosa por la otra, inspectora. No sea usted quien mira a otra parte.

—Sólo intento ganarme su confianza.

La inspectora sintió un fuerte latigazo en la boca del estómago.

No tenía la menor idea de quiénes eran esos muchachos, ni tampoco quiénes eran sus familias, pero las pruebas no eran suficientes para sospechar de nadie. Volvió a mirar el rostro de aquel chico y sintió el acecho de un problema que crecía despacio.

El inspector avisó a los agentes que habían tomado la declaración y pidió que le avisaran cuando estuvieran los testigos en la comisaría. Después colgó.

—Antes ha dicho que había encontrado huellas de dos zapatos diferentes en la escena del crimen.

—Sí, puede ser. O puede que estuvieran allí antes.

—¿Y el coche calcinado?

—Puede que no tenga que ver con esto —respondió—. Aún están investigando lo sucedido.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir al respecto?

—¿Qué quiere que le diga?

—Pide que confíe en usted, pero se niega a confiar en mí.

—No estoy acostumbrado a trabajar con gente de fuera, ¿vale?

—Es usted quien ha solicitado la ayuda.

—Creo que la hemos solicitado los dos.

—Sempere, será mejor que nos llevemos bien desde el principio.

—Tengo el mismo interés que usted por encontrar a quien ha hecho esto, pero necesita tener un pie dentro si quiere resolver la investigación sin provocar daños a terceros.

—Daños a terceros… —comentó con sorna—. ¿Cómo quiere que tome en serio lo que dice?

—Le propongo algo… Vayamos a hablar con el chico, inspectora. Es un punto de partida —señaló, convencido—. Nada de presiones ni de interrogatorios. Sólo algunas preguntas y lo que hable por sí solo… Después sacará sus conclusiones. Es domingo y sé dónde encontrarlo, pero usted tardaría días en dar con él.

—No podemos hacer eso.

—Como poder, podemos. Tan sólo quiero saber a dónde fue y qué pasó con ella. Nada más.

La inspectora intentaba descifrar sus intenciones. La actitud de Sempere, jugando a los atajos y saltándose el manual, era descarada. Él conocía mejor la idiosincrasia del entorno, pero ella no lo conocía a él.

Sempere rio y se recostó en su asiento.

Después se quedó mirándola, expectante a su reacción.

—Está ciego. No sé qué pretende, pero se ha equivocado conmigo.

—Una cosa por la otra, inspectora. No sea usted quien mira a otra parte.

15

Como cada domingo de verano al mediodía, la carretera de doble sentido que unía Elche con Santa Pola estaba abarrotada de vehículos llenos de gente que se dirigía a la costa con la intención de desconectar de la semana laboral.

Una recta de asfalto separaba las pedanías cercanas a la ciudad, los viejos campos de cultivos. Una tangente que dejaba a la vista las interminables parcelas cargadas de pinares y palmeras, que ocultaban el interior de las enormes mansiones privadas que se habían construido a ambos lados. Los viajeros que repetían el mismo trayecto durante años, cada último día de la semana en los meses de julio y agosto soñaban con averiguar lo que había dentro de aquellas villas kilométricas.

Pero los sueños no siempre se cumplen.

En algunos tramos de la carretera descansaban las coronas para alguien que había fallecido en un accidente de tráfico. Flores coloridas, vivas o marchitas, pero destacables entre tanta aridez y desierto. Flores que se convertían en parte de un decorado.

Ofrendas que muchos de aquellos pasajeros olvidaban en cuanto las parcelas se hacían pequeñas en los espejos retrovisores y el mar aparecía por el otro lado.

En ocasiones, soñar lo justo es lo más sano.

Un Audi TT Roadster descapotado y de color gris oscuro dejaba la angosta carretera, para desviarse por una glorieta e incorporarse a uno de los caminos viejos que atravesaban la zona rural.

El joven que lo conducía, con los ojos protegidos con unas gafas de sol negras y el flequillo al viento, aceleró por el camino de Torres de Baix, bordeando las pinadas y las vetustas casas de Camp D'Elx, la mayoría descuidadas y en ruinas, rodeadas de extensos bancales de tierra y secarrales. El sol calentaba la tapicería del vehículo, el termómetro marcaba por encima de los treinta y cinco grados y las guitarras de *Smoke on the Water* de Deep Purple sonaban con fuerza por estéreo:

"Humo en el agua,

Fuego en el cielo".

Y el joven no pudo evitar en el profundo desastre de la noche anterior.

Después de la pelea vino el despecho.

Y la rabia pagó con una tercera persona.

«No debiste acostarte con ella».

La resaca le golpeó la cabeza dos veces. Subió el volumen y aumentó la potencia de la guitarras. Pensó que un baño en la piscina le ayudaría a recuperarse.

El teléfono volvió a sonar.

Comprobó la pantalla deseando que fuera ella, arrepentida por la discusión de la velad anterior, pero no tuvo esa suerte.

Era su padre.

Pisó el acelerador.

"Humo en el agua,

Fuego en el cielo".

El morro de una furgoneta Citroën C-15 apareció por el cruce de La Vaquería y, en u despiste, reaccionó con brusquedad.

Primero fue el claxon.

El teléfono salió disparado contra el asiento del copiloto.

Después frenó en seco y el corazón palpitó más rápido que el motor de su coche.

La furgoneta se apartó y el deportivo se salió del camino, haciendo vibrar el volante, si llegar a colisionar contra el muro de cemento que delimitaba una de las propiedades.

Sólo un segundo más, y el descapotable habría servido como chatarra para desguazar.

Él no habría tenido tanta fortuna.

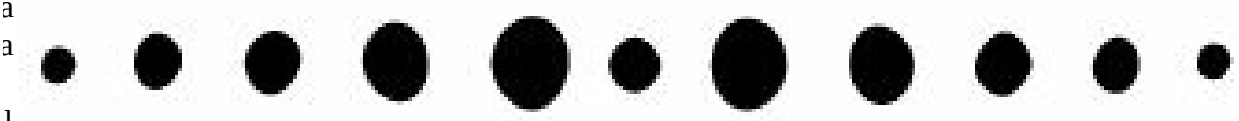
El conductor de la furgoneta mantuvo la bocina pulsada mientras le gritaba desde l ventanilla, pero él no podía oír nada debido a la música. Un fuerte zumbido le atravesó lo tímpanos. Notó las pulsaciones golpeándole en la sien como el bombo de la batería. No podí creerlo.

Movió las extremidades y se aseguró de que mantenía la agilidad.

Sin mirar atrás, aceleró el vehículo y continuó camino abajo, viendo cómo el desconocido s perdía en dirección contraria.

Sintió el desastre de cerca, pero tendría que esperar un poco más.

Aquel parecía su día de suerte.



Las cámaras de vigilancia identificaron su llegada. La enorme puerta de acero que separaba e exterior de la villa se desplazó hacia un lado. El descapotable cruzó una llanura de asfalt rodeada de setos y palmeras, que culminaba junto a una glorieta con una enorme fuente en e centro.

Apagó el motor y reconoció los vehículos de sus familiares. Cuando decidió buscar e teléfono que se había perdido bajo el asiento del acompañante, advirtió la presencia de los tre enormes perros de su abuelo: dos pastores alemanes de gran tamaño y un mastín español. Má obedientes que los humanos y menos temerosos a la hora de actuar.

La vigilancia perfecta para hacer frente a las visitas indeseadas.

Los cánidos se acercaron al vehículo, lo olieron y después regresaron al camino de adoquine que llevaba al interior de la villa.

Andrés Navarro se olvidó del teléfono y abandonó el coche, reflexionando sobre lo ocurrido minutos antes y en la reprimenda que su padre le daría por llegar tarde.

Pese a todo, pensó que era un muchacho afortunado.

Él no lo había elegido, pero esas cosas nunca se eligen. Tampoco el dónde, ni el cuándo Tenía a su alcance todo lo que cualquier joven de su edad podía desear. Todo, al menos, lo que se pudiera conseguir con dinero. A menudo, su abuelo le recordaba que poseer aquel privilegio también incluía una gran responsabilidad.

«Cosas de viejos».

Echó a andar por las baldosas que se iniciaban tras la primera fuente de Villa Castellana. Era el nombre que su abuelo había puesto a los seis mil metros cuadrados de extensión que formaban la finca. Una enorme propiedad construida a finales de los años ochenta del siglo anterior. Estaba compuesta por un largo jardín, una pista de tenis, una piscina, una casa de invitados y una vivienda de tres plantas de estilo levantino, con una larga arcada alrededor del porche exterior una fachada de granito, amplios ventanales y un tejado de teja árabe con dos chimeneas. Cada verano se reunían bajo los casi ochocientos metros cuadrados que los abuelos habían comprado para pasar el resto de sus días con la familia y junto al mar, sin alejarse demasiado de la ciudad.

Cuando llegó a la piscina, notó que algo se movía en el agua.

El tamaño de aquella balsa era casi olímpico.

Al otro extremo, acostada sobre una colchoneta hinchable de color rosa, con un biquini negro que contrastaba con su morena piel, Alejandra flotaba como un nenúfar en aguas tranquilas.

Ella atendió a su presencia, bajándose las gafas de sol para clavarle la mirada.

El joven se preguntó por qué no estaría con el resto.

—Vas a enfermar, si sigues bronceándote de esa manera, prima —comentó, viendo cómo el ligero impulso del agua la arrastraba hacia él.

—No me hables como si fueras mi padre, Sito.

«Sito».

De Andrés.

De Andresito.

Odiaba esas cuatro letras juntas.

Sólo permitía que su abuela lo llamara así, pero lo cierto era que todos lo hacían cuando les venía en gana. Y lo detestaba.

La muchacha se dejó arrastrar hasta que llegó a los peldaños de azulejos de la piscina Después bajó de la colchoneta y caminó al exterior. Andrés no pudo obviar lo que tenía delante que no era menos que una sirena de veinticinco años, de pelo oscuro como el carbón, piel tostada por exponerse largas horas al sol y unas piernas brillantes, de infarto. Todavía recordaba el beso que ella le había dado un verano atrás.

Una estupidez, un error, una mala borrachera, pensaba él.

Pero temía que Alejandra estuviera enamorada de su único primo. Y eso sí que era un problema para todos.

Por su parte, ella era consciente de las sensaciones que provocaba en su primo, y él se preguntaba cuándo había pasado de ser una adolescente para convertirse en una mujer, con todas las acepciones que conllevaba aquello.

Empapada de agua, se acercó sonriente a él.

—Será mejor que vaya a decirles que he llegado —comentó el muchacho, señalando la casa.

—¿Me pasas la toalla? —preguntó, sugerente. Su manera de comportarse era tan sensua como incómoda. Él se acercó a la tumbona, la agarró y se la lanzó, rompiendo con la tensión que ella había generado—. Gracias… Me han preguntado si te vi anoche.

—¿Y qué les has dicho?

—¿Tú qué crees? —cuestionó, ofendida—. Soy tu prima, no un detective. No me pagan por vigilarte, aunque, si lo hicieran…

—Últimamente están muy pesados.

—Y tú les das razones para que lo estén.

—Preocúpate de que no dirijan la atención hacia ti.

—¿Dónde te metiste? Desapareciste después de que nos encontráramos en la barraca. Te vi con esa…

Porque, como cada año en las fiestas locales, durante los Moros y Cristianos, y antes de que se celebrara el Misteri, los jóvenes se reunían en las barracas municipales.

—No sé de qué hablas. Estuve allí todo el tiempo.

—Embustero. Te vi salir del recinto con ella.

—El ron te nubla la memoria. Eso no sucedió. ¿Te digo con quién te vi yo, prima?

—Los ojos no mienten, Sito.

—Los tuyos, sí. Ambos sabemos lo que vimos.

Se abstuvo de continuar porque no le iba a gustar el desenlace. Lo que hiciera con su vida, no era asunto de ella. O de eso quería convencerse.

Andrés le dio la espalda y tomó rumbo al porche principal.

—Será mejor que vaya a decirles que he llegado —comentó el muchacho, señalando la casa.

—¿Me pasas la toalla? —preguntó, sugerente. Su manera de comportarse era tan sensual como incómoda. Él se acercó a la tumbona, la agarró y se la lanzó, rompiendo con la tensión que ella había generado—. Gracias… Me han preguntado si te vi anoche.

—¿Y qué les has dicho?

—¿Tú qué crees? —cuestionó, ofendida—. Soy tu prima, no un detective. No me pagan por vigilarte, aunque, si lo hicieran…

—Últimamente están muy pesados.

—Y tú les das razones para que lo estén.

—Preocúpate de que no dirijan la atención hacia ti.

—¿Dónde te metiste? Desapareciste después de que nos encontráramos en la barraca. Te vi con esa…

Porque, como cada año en las fiestas locales, durante los Moros y Cristianos, y antes de que se celebrara el Misteri, los jóvenes se reunían en las barracas municipales.

—No sé de qué hablas. Estuve allí todo el tiempo.

—Embustero. Te vi salir del recinto con ella.

—El ron te nubla la memoria. Eso no sucedió. ¿Te digo con quién te vi yo, prima?

—Los ojos no mienten, Sito.

—Los tuyos, sí. Ambos sabemos lo que vimos.

Se abstuvo de continuar porque no le iba a gustar el desenlace. Lo que hiciera con su vida, no era asunto de ella. O de eso quería convencerse.

Andrés le dio la espalda y tomó rumbo al porche principal.

16

Domingo, 10 de agosto de 2008.
Calle de Bravo Murillo. Tetuán, Madrid.

El comisario Balmes le había dado dos opciones: una era pudrirse en Chamberí, ser el cabeza de turco de la ineficacia de Asuntos Internos y después terminar pidiendo una excedencia; la otra era desplazarse hasta Alicante. Una ciudad que conocía bien poco, más allá de los viajes esporádicos de juventud a Benidorm, o la visita veraniega de infancia a los familiares madrileños que veraneaban en Torrevieja.

Dejó el orgullo y la tozudez a un lado e intentó reflexionar con claridad.

Todos los argumentos para salvar su carrera profesional señalaban a la capital levantina, a excepción de uno. Si fracasaba, regresaría con la cabeza gacha, demostrando lo que más temía que su eficiencia pasaba por horas bajas.

Balmes lo tenía bien agarrado.

Era el comisario.

Su hermano, una de las cucarachas que hacía y deshacía en Asuntos Internos.

Y Peralta, el inspector que había levantado con orgullo la eficacia de Chamberí.

«Hoy por ti, mañana por mí… y pasado por mí, también».

Pero eso ya era cosa del ayer.

Si quería mantener el puesto en la comisaría, debía aceptar sin rechistar. Balmes sumaría puntos y su hermano metería la mano en su investigación.

¿Quién no cedería ante una oferta así?, se preguntó.

Todos sabían que la comisaría de Chamberí comenzaba a oler a cerrado, a vieja escuela, a pesar de las incorporaciones de los últimos años. Los comisarios sin arrugas en el pantalón aquellos que ascendieron a lo largo de su carrera mediante oposiciones, limpiaban las oficinas arrinconando a quienes aún creían en la meritocracia.

Melchor Peralta era uno de ellos. También lo era la subinspectora Sonia García, pero cada vez quedaban menos. Nadie esperaba una década a que el milagro del ascenso ocurriera, sufriendo la jornada como un mileurista, manchándose los pies de barro detrás de gentes de mal vivir mientras los municipales ganaban más haciendo menos. Era una realidad presente. La vocación también tenía un precio y a nadie le sorprendía que las últimas remesas de inspectoras fueran cortadas por el mismo patrón.

Pero no todos valían para estudiar.

Peralta era más de instinto que de memorizar un manual con cientos de párrafos.

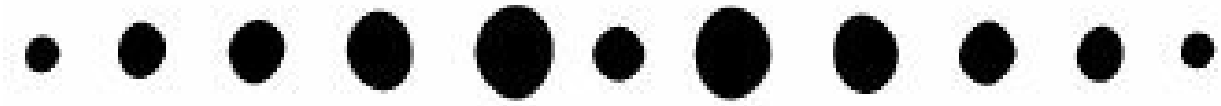
Salió de la boca de metro y encontró el heterogéneo tránsito bidireccional de Bravo Murillo.

«Alicante, ¿eh?», se preguntó frente al escaparate de una agencia de viajes.

El anuncio era tan paradisíaco, que se había descolorido por los rayos del sol.

Peralta era un hombre de muchos principios, de escasas palabras y con un final que se asomaba a lo lejos.

Tal vez Balmes tuviera razón, pensó, y no le viniera mal un poco de brisa marina.



Esa misma tarde, desde su piso de Bravo Murillo y sin demasiado entusiasmo, telefoneó a Balmes y aceptó la propuesta.

«Cuatro días no son tantos», se convenció, reflexionando acerca del periodo exigido para solucionar el caso.

«Hasta puede que me sobren dos», bromeó.

Estaba convencido de que no se alargaría más.

Después se dirigió hacia la ventana del pequeño salón que daba a la larga y bulliciosa calle, y cerró para evitar que el ruido de los transeúntes lo pusiera de mal humor.

El segundo B del 109 de Bravo Murillo era su casa desde hacía más de nueve años. Madrid no era una ciudad acogedora para quien llegaba a la capital con un sueldo modesto, pero uno se acostumbraba a sus relieves rugosos.

Después de Ávila, el primer y último destino fue aquel. Regresar a Ciudad Real no estaba en sus planes, si quería prosperar en la vida.

Tuvo suerte, aunque no la buscó, y su condición de policía ayudó a que el casero le dejara el alquiler de los cincuenta metros cuadrados de apartamento en una cuota asumible.

Después pasaron los años, subió peldaños profesionales y también la nómina. Pudo cambiar de barrio, comprar un inmueble a las afueras como habían hecho otros agentes, pero algo lo ataba allí. Tal vez la vida, el vapor de las cafeteras o los rostros que a diario pasaban por debajo de balcón. Miradas como la suya, llenas de esperanzas que algún día se harían realidad.

Decidió quedarse con el ruido del corazón de Tetuán y la frontera de Chamberí, con los que madrugaban antes que el resto, trabajaban más horas y cobraban menos. Decidió quedarse allí como el anónimo que disfruta de unos churros con chocolate caliente a primera hora de la mañana, como el local vacío que separaba los bajos del edificio de un VIPS y una cafetería del barrio.

El inspector agarró una bolsa de equipaje y la puso sobre la cama.

Abrió la puerta del armario y se encontró frente al espejo. Peralta era moreno, con mucho vello. Tenía la mandíbula marcada por el afeitado.

Sus bíceps estaban fuertes, debido al ejercicio que practicaba, y su pecho era ancho. El físico le había ayudado con las mujeres y su condición de poco hablador colaboraba a que ellas mantuvieran el interés. Aprendió a mantenerse callado, por el bien de todos.

Echó un vistazo a su escaso vestuario.

«Cuatro días».

No entraba en sus planes quedarse mucho tiempo por el Levante y optó por lo necesario: ropa interior, un par de pantalones vaqueros, una bolsa de aseo y algunas camisas vistosas. Su presencia llamaba la atención, aunque no se esforzara por hacerlo. Su juventud había estado emarcada por las guitarras ruidosas y las motocicletas de gran cilindrada, y algo quedaba de todo aquello. Se sentía una estrella del rock en un entorno de coplas y fandangos.

Pensó en el viaje, en llevarse un libro que no iba a leer o si cargar el reproductor MP3 de música.

Finalmente decidió que compraría una revista en la estación.

Balmes le había prometido que se encargaría de su estancia y de los billetes, así que no debía preocuparse por nada más. No esperaba grandes lujos por su parte.

De pronto, un ruido lo distrajo.

Dos pitidos, un mensaje de texto.

Era la inspectora García.

Lo leyó y respondió rápido.

Lamentó que aquella cita sonara a despedida.

«Cuatro días».

No entraba en sus planes quedarse mucho tiempo por el Levante y optó por lo necesario: ropa interior, un par de pantalones vaqueros, una bolsa de aseo y algunas camisas vistosas. Su presencia llamaba la atención, aunque no se esforzara por hacerlo. Su juventud había estado marcada por las guitarras ruidosas y las motocicletas de gran cilindrada, y algo quedaba de todo aquello. Se sentía una estrella del rock en un entorno de coplas y fandangos.

Pensó en el viaje, en llevarse un libro que no iba a leer o si cargar el reproductor MP3 de música.

Finalmente decidió que compraría una revista en la estación.

Balmes le había prometido que se encargaría de su estancia y de los billetes, así que no debía preocuparse por nada más. No esperaba grandes lujos por su parte.

De pronto, un ruido lo distrajo.

Dos pitidos, un mensaje de texto.

Era la inspectora García.

Lo leyó y respondió rápido.

Lamentó que aquella cita sonara a despedida.

17

Madrid seguía siendo Madrid, aunque fuera un domingo de agosto.

El ritmo habitual de la ciudad desaparecía durante el verano. La Plaza Mayor se convertía en una llanura del Viejo Oeste, la estatua de Cascorro moría de tristeza entre el silencio y las altas temperaturas y Lavapiés regresaba a los claroscuros de sus callejones.

Toda la actividad se concentraba en el Centro, a excepción de los puntos calientes de cada barrio.

Años atrás había patrullado por los aledaños de Sol, en busca de los carteristas que se escondían tras cometer un hurto. Para las calles que lindaban con la carrera de San Jerónimo, el descanso no existía. Las legendarias tabernas se renovaban ante la demanda de turistas que caminaban desorientados en el corazón del Madrid más clásico. Eran carne de cañón, una presa fácil. No había español que no hubiera pasado una vez en su vida por esas calles sin caer en la trampa de la hostelería. Y ni hablar de los que se comunicaban en otra lengua. Los locales abrían siete días a la semana hasta bien entrada la noche, alimentando las bocas a los hambrientos que gastaban allí parte del presupuesto de sus vacaciones. El menú, el de siempre: picaresca española y precios desorbitados.

A Peralta no le importaba citarse allí, pero esta vez lo haría en los alrededores de la Estación de Atocha, otro de los puntos más calientes de la ciudad.

La zona le traía buenos recuerdos y aún guardaba el sabor de los primeros meses en la capital cuando todo estaba por descubrir y las aceras olían a la fritanga que desprendía El Brillante, el conocido bar de bocatas de calamares. Pocas experiencias se repiten en la vida, como la de conocer una ciudad por primera vez.

El inspector salió por la boca de metro, rodeado de transeúntes que se movían en sendas direcciones y de animadores en busca de unas monedas para ganarse el jornal.

Peralta llevaba un suéter liso de color granate que marcaba sus brazos y olía a suavizante. Estaba nervioso. La inspectora y él compartían una tensión sexual sin resolver desde hacía tiempo. Un imposible, diría él, dada la situación de García y el hermetismo de Peralta.

No quería mezclar lo personal con lo profesional. Había aprendido la lección.

Su compañera lo citó en la cafetería San Ildefonso, al otro lado de la estación. Un bar de policías, viajeros y trasnochadores que funcionaba como lugar de encuentro para la fauna que merodeaba por los alrededores de Atocha. El aspecto no era ideal. Una barra acolchada, un servicio con cara amarga y una carta con muchos huevos: rotos, fritos, con jamón, con morcilla o encima de un sándwich.

Cuando llegó a la puerta, dio un vistazo al interior, pero no encontró a su cita.

Se apoyó en la barra, pidió una caña y la esperó.

—Disculpa, siento llegar tarde —lamentó ella, bajando los escalones. Peralta giró la cabeza y encontró sus ojos. La inspectora vaciló un segundo y no lo besó en la mejilla—. ¿Llevas mucho esperando?

—He pedido una caña.

Ella le sonrió.

—Que sean dos.

La compañera se colocó frente a él, apoyando el codo en la superficie de mármol y estableciendo la distancia necesaria para relajar la tensión que se respiraba entre los dos.

Peralta sacó el sobre de burbujas que guardaba y se lo entregó.

—Gracias… —dijo ella, avergonzada.

El contenido del paquete era la verdadera razón del encuentro.

Setecientos euros para afrontar los gastos de su hijo.

Tras investigarla, fue él quien se ofreció a hacerlo a cambio de no recibir explicaciones. Ella se negó al principio y confesó sentirse en deuda con él, aunque Peralta no tenía más interés que el de recuperar a la inspectora que conocía. Sabía de buena mano que el exmarido llevaba meses sin pasar la manutención obligatoria, y los gastos estaban asfixiando a su compañera.

El camarero sirvió los dos vasos acompañados de un platillo con olivas verdes.

Agarraron sus cervezas, se miraron y brindaron.

—¿Por qué brindamos? —preguntó él, mirándola pensativo.

—No sé… —dijo ella, alzando los hombros, todavía sonriente por la ayuda. La camiseta le marcaba la delantera y se ceñía a su cintura—, por las cosas buenas.

—¿Eso existe?

—Eso dicen —respondió ella y bebieron.

La cerveza entró en sus gargantas como un jarabe balsámico.

—¿Te has enterado ya?

—Algo he oído —confirmó, sin entrar en detalles. Después se limpió la espuma del labio superior con un inocente movimiento de lengua—. ¿Te vas a quedar mucho tiempo allí?

—Ni hablar —respondió, enfatizando sus palabras con un gesto de cabeza—. Me han dado cuatro días. ¿Por qué lo preguntas?

—Por hacerte una visita.

—En otra ocasión. Balmes sólo quiere que desaparezca de su vista.

—¿Un caso especial?

—No lo sé, ni siquiera he leído el informe —contestó y chasqueó la lengua—. Una chica, un posible asesinato, algo sobre dos familias metidas en negocios turbios…

—Suena interesante. Mejor que un caluroso agosto madrileño.

—No me gustan los culebrones.

—¡Pero si te encanta analizar a las víctimas!

—Ya sabes a lo que me refiero —explicó—. Esto siempre resulta igual.

—Llámame si necesitas cualquier cosa. Ya sabes que tengo un enchufe…

—Te lo agradezco —dijo, desviando el tema, pero ella insistió.

—Recuerda que no juegas en casa.

—Estaré bien, no te preocupes. ¿Cómo va lo tuyo?

—Va. Las custodias compartidas son complicadas.

—Entiendo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Ella no respondió, sino que lo miró con seriedad. No pareció agradarle la pregunta.

—Ya has hecho más que suficiente… Si no hay nada que pueda hacer yo, tampoco creo que pueda nadie.

Peralta levantó los dedos índice y corazón para formar el signo de victoria y retrocedió.

—Descuida—rectificó—, estaba siendo cortés. Te necesito al cien por cien.

La respuesta afectó a la inspectora.

—Perdona, no quería ofenderte —dijo y le tocó la rodilla con la mano. Él notó el gesto—Estoy un poco irritada. Las cosas no salen como me gustaría.

La mujer retiró la mano y bajó la mirada.

«Ni a ti, ni a nadie, Sonia».

—Mejorará. Siempre lo hace.

—Además, estoy harta de que todos… ya sabes… me vean de esa manera.

El tono de sus palabras le dio a entender de qué hablaba.

—Eres la jefa. Pensaba que los tenías a raya.

—De frente —respondió, dando un segundo trago que casi vació el vaso de cerveza—. Por la espalda es otra historia.

—Por la espalda mataron al César.

—Menos mal que estás tú —comentó y esperó una reacción por su parte.

Peralta vació su vaso de un trago.

No le iba a dar ese placer.

—Eres una buena policía y cumples con tu trabajo. Ojalá todos te vieran así.

Los ojos de la mujer se entornaron. No entendía nada de lo que decía su compañero.

Peralta se incomodó.

—Escucha, aún tengo algunas cosas que hacer antes del viaje.

Sacó la cartera y dejó un billete de cinco euros sobre la vitrina de cristal que había en la barra

—Al menos, tómate una segunda, anda…

—Mañana tengo que estar aquí para subirme al tren de las siete —explicó sin ninguna convicción—. Continuaremos a la vuelta.

—Entiendo.

La mujer manifestó su decepción con un suspiro.

—Quería asegurarme de que estás bien… Ahora te quedas tú al mando de lo que pase en la comisaría… Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Sí, claro —dijo y aceptó la retirada—. Lo que necesites.

La tensión se transformó en una gélida sensación.

—Será mejor que me vaya.

—Sí, y yo, ahora que lo pienso…

Caminaron juntos hasta el otro lado del paseo. La estación nunca dejaba de impresionar a policía, pero esa tarde no podía apreciarla lo suficiente. Le ardía el estómago a causa del estrés Se preguntó cómo podía ser tan patán.

Cerca de la boca de metro y bajo el luminoso azul del Brillante, volvieron a mirarse de frente y comprendió que sería la última ocasión hasta su regreso a la capital.

Con las palmas sudorosas y la voz temblorosa, Melchor Peralta sacó fuerzas de las entrañas y carraspeó.

—Escucha, Sonia… —arrancó, llamándola por su nombre—. Yo…

—¿Sí?

Todo lo que tenía en la mente, se borró como el rastro de un avión en el cielo. Las palabras desaparecieron, los transeúntes se cruzaron entre los dos y la voz se le quebró hasta quedarse muda.

—Te llamaré… para saber cómo va todo.

Los ojos de la mujer se mantuvieron estáticos.

Eran el reflejo de la decepción.

—Claro —respondió, se acercó a él y lo abrazó con delicadeza. El inspector sintió un escalofrío al oler su perfume. Era un abrazo de amiga, un adiós físico a toda oportunidad futura —. Gracias, Melchor. Eres un buen tipo.

—No digas nada.

—Suerte… y regresa pronto.

Se despidieron y cada uno tomó un rumbo distinto.

Arrepentido, descargó su ira con un fuerte puñetazo contra la pared.

Varios transeúntes lo miraron de reojo. El resto lo ignoró por completo.

Raros había muchos en Madrid.

Tantos como personas arrepentidas por el miedo a ser rechazadas.

—¿Sí?

Todo lo que tenía en la mente, se borró como el rastro de un avión en el cielo. Las palabras desaparecieron, los transeúntes se cruzaron entre los dos y la voz se le quebró hasta quedarse muda.

—Te llamaré… para saber cómo va todo.

Los ojos de la mujer se mantuvieron estáticos.

Eran el reflejo de la decepción.

—Claro —respondió, se acercó a él y lo abrazó con delicadeza. El inspector sintió un escalofrío al oler su perfume. Era un abrazo de amiga, un adiós físico a toda oportunidad futura —. Gracias, Melchor. Eres un buen tipo.

—No digas nada.

—Suerte… y regresa pronto.

Se despidieron y cada uno tomó un rumbo distinto.

Arrepentido, descargó su ira con un fuerte puñetazo contra la pared.

Varios transeúntes lo miraron de reojo. El resto lo ignoró por completo.

Raros había muchos en Madrid.

Tantos como personas arrepentidas por el miedo a ser rechazadas.

18

Domingo, 10 de agosto de 2008.
Elche, Alicante.

Cuando Andrés se acercó al porche de la vivienda, reconoció el olor a sofrito y conejo que salía por la puerta. El aroma abrumador le despertó tantos recuerdos como le abrió el apetito Moría por un plato de arroz cocinado por su abuela.

Cada domingo, salvo contadas excepciones, la casi octogenaria doña Paula Soler, junto a su cuñada Dolores, cocinaban arroz con costra para los nueve miembros de la familia Navarro que se reunían en el salón de la villa.

Un plato autóctono compuesto de arroz, longaniza, butifarra, azafrán y huevo, horneado en un perol de barro. Una tradición que no cambiaba con el paso de los años, a pesar del dinero que ganaban con los distintos negocios familiares y las comodidades que tenían en sus vidas. Y lo que más sentía doña Paula era que ningún miembro de la familia, ni sus hijos, ni sus nietos mostraba el mínimo interés en conocer el secreto de su receta para continuar con el legado.

Andrés cruzó la puerta por la que colgaba una cortina de tiras metálicas de color dorado y encontró la mesa preparada en el salón principal de la entrada. El hambre le atizó en cuanto vio los platos de jamón, queso curado, almendras y longaniza seca sobre la mesa. Para su sorpresa no había nadie presente. Al fondo de uno de los pasillos que llevaba a la amplia cocina, podía escuchar a su abuela y a su tía abuela conversando sobre la comida. Desde otra habitación, la música de zarzuelas salía por el altavoz de una radio y se mezclaba con una acalorada discusión que mantenían su padre, su tía María del Carmen y su abuelo Ricardo.

Miró a ambos lados, se acercó a la mesa y levantó una de las servilletas que protegían los aperitivos de los insectos.

No sabía qué plato atacar primero.

Nadie podía descubrir que había sido él.

—¿Tú crees que son horas de llegar? —preguntó su madre, vestida con una bata veraniega de color azul marino y sujetando una caja enorme rectangular. El chico reculó ante la presencia— Deja eso y ayúdame, anda, que yo sola no puedo.

Sin rechistar, subió los peldaños y cargó con la pesada caja.

—¿Qué hay aquí dentro, un muerto?

—No seas bobo, ¡por Dios! —dijo la madre, rechistando—. Es otro juego de cubiertos. Tu abuela los quiere cambiar.

El muchacho apoyó la caja en la mesa y se fijó en los que había sobre el mantel. Para él aquellos estaban bien así.

—¿Y el tío? No lo he visto.

—¿Tu tío Roberto?

—Sí. No tengo otro. El abogado del Diablo —respondió con sorna, refiriéndose a su tío Roberto Ródenas, el abogado del abuelo Ricardo para los negocios familiares.

Era como su consejero, el único de la familia con quien no mantenía lazos de sangre y, por lo tanto, podía discutir las decisiones financieras sin que el sentimiento le nublara el pensamiento. Como buen murciano, Ródenas no tenía el menor reparo en decirle al suegro lo que pensaba a respecto de sus acciones, siempre de frente, sin miramientos y con el mejor uso de la palabra. Y aunque al abuelo no le gustaba oír ciertos argumentos, apreciaba la seguridad y la confianza de yerno, de quien estaba orgulloso por el matrimonio con su hija y la nieta que le habían dado.

—¡Cállate, Sito! Un día de estos la vamos a tener si te oye… —reprochó la madre, intentando no reírse con él—. Está en el jardín, hablando por teléfono.

Sofía Campello era una mujer esbelta y astuta.

Lo había sido de joven y su genética, junto a una vida acomodada y libre de estrés, le ayudaba a mantener la línea a los cincuenta y tres años. La madre bebía los vientos por su hijo. Era el único que tenía y lo amaba con todo su corazón, a pesar de que fuera un muchacho malcriado que no sabía valorar nada.

Que se comportara así, en parte era por su culpa, pero su marido se llevaba la mayor tajada.

Ricardo hijo era un desastre de esposo. Un golfo y un vicioso. Ella no se atrevía a pararle los pies.

La razón por la que Sito era hijo único eran las infidelidades del padre. Le había sido desleal a la esposa en varias ocasiones, lo que provocó que la mujer perdiera toda la confianza en sí misma. Después llegó la vasectomía. Un remedio para evitar sorpresas y comprometer la poca dignidad que le quedaba.

Como su padre, Ricardo se dedicaba al negocio familiar. Tenía una empresa de embalajes especializada en cartón. Los números iban bien y permitían el tren de vida de la familia, aunque no era un secreto que la empresa se utilizaba para lavar dinero de otras operaciones.

Esa mañana, su hermana María del Carmen había llegado con preguntas a la villa familiar. Vivía ajena a los negocios, pues era su esposo quien los manejaba con el padre, pero se había enterado del último error de su hermano.

Doscientos mil euros en pérdidas durante tres noches de póquer en una timba ilegal.

O lo que era lo mismo: Ricardo hijo se había apostado una propiedad que no era suya, sino de su padre. Y ahora debía cumplir con su palabra.

La conversación era acalorada.

—¡Me parece una desfachatez, papá! —gritaba la hija—. ¡Esa casa tenía un valor sentimental para nosotros!

—¡Te daré el dinero, si es lo que quieres! —exclamó el hermano.

—No sé qué voy a hacer contigo —respondió el abuelo, conteniendo la furia—. Un día me va a buscar un problema. ¡Parece mentira que seas mi hijo!

—¿Y te parece poco? —cuestionó la hija—. ¡Un día te meterán en la cárcel por su culpa!

La música pretendía evitar que las palabras alcanzaran la cocina, pero el vocerío de los Navarro era superior a las notas musicales.

En el salón, con una mirada cómplice, la madre advirtió al joven para que no se acercara a la

,habitación en la que sucedía la discusión.

Como ilicitana que era, sabía cuándo mantenerse al margen de un redil que no era el suyo. Y es que los Navarro, a pesar de que se criaran en la Vega Baja del Vinalopó y posteriormente en la ciudad de Elche, aún mantenían el temperamento y la fuerza de la sangre castellana que corría por las venas del abuelo.

—¿Te divertiste anoche? —preguntó la mujer con voz detectivesca. Sus palabras decían más de lo que significaban.

. Andrés abrió la caja y comenzó a reemplazar los cubiertos de cada comensal, siguiendo las instrucciones de la señora e intentando ignorar el griterío.

—Sí, como siempre —respondió con recelo—. Son las fiestas de la ciudad.

Él tampoco era idiota y temía que su prima se hubiese ido de la lengua antes de su llegada. El ambiente ya ardía como para echar más leña, pensó.

Cuando llegaban los meses de verano, algunos fines de semana, por voluntad de su padre, el matrimonio dormía en la residencia familiar de Villa Castellana, junto a los abuelos y la tía Dolores. Sofía Campello no era muy partidaria de hacerlo, pero a esas alturas del matrimonio apoco podía cambiar a su marido. Era mejor tenerlo allí que dormir sola en su vivienda, sabiendo que su esposo pasaba la noche con malas compañías en un casino.

Así y todo, siempre se salía con la suya.

—Tu prima tenía mejor cara que tú cuando ha llegado —respondió, reprochándole el aspecto pálido y desaliñado que presentaba—. No deberías conducir sin haber dormido. Podrías acostarte un poco antes… Un día vamos a tener una desgracia.

—No me des lecciones, mamá —respondió, dirigiendo los ojos a la otra sala—. Bastante hay aquí…

Ella hizo un ademán de disconformidad. El hijo no soportaba que le dijeran la verdad a la cara.

De pronto, la conversación del salón contiguo se detuvo, aunque la música siguió sonando. Una silueta apareció junto a las puertas de cristal opaco y estas se abrieron para dentro.

—¡Que sea la última vez que le hablas así a tu madre! —exclamó Ricardo Navarro, su abuelo con la tez colorada y la mirada punzante—. ¿Pero qué clase de juventud estamos criando?

. Era un hombre delgado y de estatura media, pero con la vigorosidad de un púgil. Tenía el cabello frondoso, ondulado y canoso desde hacía años, peinado hacia atrás, como la mayoría de los hombres de su generación, y fijo a la cabeza con brillantina. Esa mañana llevaba unas bermudas chinas de color crema, una camisa blanca con las mangas dobladas y las abarcas menorquinas que se ponía cada año a principios de julio.

Sus ojos verdes contrastaban con el color pálido de su piel, que se camuflaba con el vello oscuro de su cuerpo y los lunares que dejaba a la vista.

—Ven aquí a saludar a tu abuelo —ordenó.

Detrás de él aparecieron el padre y la tía con cara de sofoco. A pesar de los años, el viejo seguía poniendo a cada uno en su lugar.

Sin embargo, su nieto, rebelde por naturaleza, ignoró el mandato y se quedó junto a la madre ordenando los cubiertos.

Andrés se acercó a él, consciente de la reprimenda que su padre no era capaz de darle. El abuelo lo agarró por los hombros, se dieron dos besos en las mejillas y después lo llevó al salón y le ordenó que se sentara en el enorme sofá.

La sala era amplia y tenía una cristalera que daba al otro lado del jardín, una mesa de roble en

el centro, un mueble para una televisión antigua y una decena de portarretratos familiares que Zacaparaban todos los estantes. Encima de la pantalla había un mueble rectangular donde aguardaba las botellas de licor. Por la radio seguían sonando zarzuelas de la Orquesta Sinfónica aEspañola. El patriarca, aficionado a las emisoras clásicas, se había encargado de coleccionar la música de su infancia. Para él, era una manera de regresar a sus primeros años, una niñez pobre sen mitad de una guerra en la que los misiles atravesaban las corralas del centro de Madrid hasta hacerlas añicos. Una niñez con brumas en la que sufrió la pérdida de un padre que lo obligó a ser sel cabeza de la familia.

Las zarzuelas, los pasodobles y las guitarras de Andrés Segovia, Francisco Tárrega o Manuel de Falla eran capaces de llevarlo a una época en la que todo estaba por hacer y no había nada lescrito. Por unos cuantos momentos, mientras sonaba la canción, él era un niño feliz rodeado de los suyos.

l Con una mano agarró el pescuezo del muchacho y cerró los dedos con la otra, uniendo pulgar aíndice y corazón para decir algo importante.

, —Escucha, Sito, no te diré que no puedes, porque eso lo tendría que hacer el bobo de tu padre o—explicó, humedeciéndose los labios con la lengua—, pero no debes hablarle así a tu madre ¿me oyes?

—Sí, abuelo, lo siento —contestó el chico, reducido ante la presencia del hombre, ahora con ola cabeza gacha y la mirada en el suelo—. Es que, a veces…

e Ricardo Navarro le apretó el pescuezo.

—No quiero ni una excusa más, ni tampoco una falta de respeto a tus padres, ni a nadie en yesta familia —señaló, clavándole las garras como un ave a su presa—. Vives como un rey, pero eso no significa que lo seas, así que compórtate como lo que eres.

a El hombre lo soltó y liberó la mano. Después las colocó tras la espalda y se acercó a la cristalera.

. —Lo siento, no lo volveré a hacer.

—Seguro.

, —Te lo digo de verdad, abuelo.

—A mí me puedes decir misa, que no soy el cura —respondió y le dio la espalda—. Un lhombre que habla por sus palabras y no por sus acciones, no es un hombre, sino una alimaña.

e Ricardo Navarro había escuchado esa excusa tantas veces, que ya no la creía. Detestaba la sarrogancia y la soberbia en la que crecía el joven, pero albergaba en él la esperanza de que fuera sdistinto a su hijo.

—Tienes suerte, Sito, de que seas mi favorito —explicó, lamentándose—. Tú y tu prima otenéis mucha suerte… Si fueras mi hijo, ya te habría puesto en tu sitio.

—¿Y qué habrías hecho, pegarme?

El abuelo se giró y lo observó. El rostro desafiante del muchacho era un reflejo de él, durante osu juventud.

Se acercó, estiró el brazo y lo agarró por el pescuezo con firmeza. Después pegó la frente a la ,suya.

—No, mucho peor —murmuró—. Te tendría trabajando de sol a sol en la fábrica, hasta que lcambiaras de actitud, ¿te enteras?

y Después se separó y le dio otra vez la espalda.

El veinteañero asintió con la cabeza, todavía aturdido por la resaca, esperando a que el abuelo nterminara de una vez con sus quejas de siempre. No le faltaba razón. La responsabilidad era de

esus padres y Andrés era consciente de que no harían nada al respecto, que él no pudiera evitar.

e —Te escucho, abuelo.

a —Ven aquí, ven —ordenó.

a Cuando el muchacho se acercó al cristal, le señaló a la fuente del jardín.

e —¿Ves eso?

a —¿El qué?

r Rápido como un ave rapaz, la mano del abuelo chocó con la parte trasera del cráneo del nieto provocando una sonora colleja que le dejó un picor desagradable.

l —¡Espabila, *coñe*! —exclamó, volviendo a unir las manos—. No puedes ir tan confiado po ala vida.

e —Pero, abuelo…

—¡Escúchame, Sito! —interrumpió con voz firme—. Tienes ya una edad como para entende ,ciertas cosas. Empieza a actuar como la persona madura que debes ser.

—¿A qué viene tanta reprimenda? Si estás enfadado, no la pagues conmigo.

e El abuelo entornó la mirada, se acercó a él y husmeó.

, —Hueles a resaca, ¿crees que me vas a engañar?

El chico se frotó los ojos.

a —Es hora de que te dejes la marcha, la bebida, el trasnochar… y que busques una buena muchacha que te quiera y que te complemente de verdad, como yo hice con tu abuela. Sólo as mantendrás la cabeza firme para sobrevivir en este mundo. Pronto cumplirás los treinta y, si no ncambias, acabarás siendo un pardillo con la cabeza llena de pájaros.

o —Todavía quedan cinco años para eso… No pienso casarme tan joven.

El hombre se giró y le clavó los ojos como una serpiente.

a —Pues deberías. Cinco años suponen un suspiro en esta vida —respondió el hombre—. Ta vez tú no te cases… pero yo tampoco estaré vivo para verlo cuando lo hagas. No acabes con la poca esperanza que le queda a tu abuelo, muchacho.

—Esperanza… ¿De qué?

Las voces se multiplicaron en el comedor contiguo.

a —De que puedas formarte en el negocio familiar.

—No me interesan vuestros negocios, abuelos.

a —¿Será posible? ¡*Mañaco*[1] desagradecido! ¿Y qué vas a ser? ¿Profesor de escuela?

a —Mejor eso que un cacique y un matón, ¿no crees?

El abuelo se incendió y levantó el dedo, colocándoselo a la altura de la cara.

a —¿Eso es lo que piensas de tu familia? ¿Crees que es eso a lo que nos dedicamos?

—Es lo que dicen.

—¡Madura, muchacho!

e Las puertas de cristal se abrieron y doña Paula Soler, delgada como un espárrago y vestida con una bata con estampados de margaritas, llamó a los dos hombres.

a —Dejaos de chácharas y a la mesa —ordenó la mujer con voz firme, irrumpiendo en la habitación sin importarle la conversación—. El arroz está casi listo y el aperitivo está servido.

e El abuelo alzó la mirada por última vez hacia su nieto, dejándole un poso amargo en el cuerpo y se retiró en silencio.

Cuando se acercó a su esposa, esta le tocó el brazo.

o —Ricardo, no queda «congelado» —susurró.

e

Él asintió.

—Mañana iré a Elche y traeré más —comentó y continuó caminando.

La abuela se quedó mirando al nieto.

—No hagas enfadar a tu abuelo, que bastante tiene con lo demás, el pobre hombre… Eres lo que más le importa, Sito.

El nieto asintió, se dirigió a su silla en silencio y pensó que era tarde para cumplir las expectativas del abuelo.

N.d.T.: Del valenciano manyaco y, esta, a su vez, de monycot. Joven que tiene el rcomportamiento propio de un niño.

Él asintió.

—Mañana iré a Elche y traeré más —comentó y continuó caminando.

La abuela se quedó mirando al nieto.

—No hagas enfadar a tu abuelo, que bastante tiene con lo demás, el pobre hombre… Eres lo que más le importa, Sito.

El nieto asintió, se dirigió a su silla en silencio y pensó que era tarde para cumplir las expectativas del abuelo.

N.d.T.: Del valenciano manyaco y, esta, a su vez, de monycot. Joven que tiene el comportamiento propio de un niño.

19

Domingo, 10 de agosto de 2008.

Estación de trenes de Alicante, Alicante.

Fue un viaje largo, más de lo que había calculado. Una avería a la altura de Villena provocó una espera de más de veinte minutos. Llegaba con hambre a la ciudad, pues no había tomado más que un café en la estación de trenes y un pequeño bocadillo de jamón serrano por el que le habían cobrado cinco euros.

No aprendía de los errores.

Se planteó la visita como un ejercicio rutinario, como un campamento de verano al que envían a uno por obligación. Balmes se había salido con la suya y le dio a Peralta instrucciones muy claras: una vez llegado a Alicante, visitaría la Comisaría Provincial para identificarse. Allí se harían cargo de él, como si fuera el primo lejano que ha llegado a pasar unos días y desconoce el funcionamiento de la casa.

El comisario se había encargado de reservar la habitación para que no tuviera que preocuparse.

«Hostal Campoy», leyó en el reverso de la tarjeta de cartón donde había anotado la dirección.

No habría jacuzzi, pensó.

Conocía cómo se las apañaba el Cuerpo a la hora de escatimar en gastos. A fin de cuentas tampoco era su dinero. Había dormido en lugares con menos estrellas que el cielo de Madrid y se dijo que sobreviviría.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Alicante, los pasajeros del vagón se levantaron para agarrar sus maletas. Ansiosos, generaron un tapón humano frente a la puerta de salida impidiendo que nadie más pudiera alcanzar el pasillo. El civismo desaparecía y, de pronto, a todos se les olvidaba de que no viajaban solos. Las ganas de pisar tierra firme, de reencontrarse con los seres queridos, de acercarse a la playa o de iniciar unas vacaciones tardías, sacaban sus instintos más primitivos.

Peralta esperó sentado a que el vagón se vaciara. Al otro lado de la salida no habría nadie con un cartel que llevara su nombre.

Agarró su bolsa y cruzó el umbral del vagón, cuando un fuerte soplo de aire húmedo con olor a salitre le dio de frente. La sequedad de la capital se transformaba en un sudor pegajoso que se adhería a su piel.

El cielo se veía azul, la estación rebosaba de viajeros y transeúntes y el sol no estaba dispuesto a dar tregua ni en la sombra.

Se acercó al quiosco de la estación para comprar un botellín de agua y echó un vistazo a los titulares de la prensa local. Uno de ellos le llamó en particular la atención.

La ciudad de Elche da comienzo a sus fiestas municipales

—Me llevaré esto —dijo, señalando la botella y el ejemplar del diario Información. Después dejó las monedas sobre el mostrador y agarró el periódico para verlo más de cerca. En la fotografía de la portada aparecía un hombre con gafas sin montura, bolsas bajo los ojos y el cabello peinado hacia atrás.

«A tiempo para la fiesta».

Le gustaba comprar la prensa, aunque después no leyera el diario de principio a fin. Era un viejo hábito. Le hacía sentirse informado, conectado con una época ya lejana, debido a la transformación digital. Un periodo pasado en el que hasta las noticias podían esperar al día siguiente.

Se bebió el agua de un trago y abandonó la estación con el diario en una mano y la bolsa de equipaje en la otra.

Dado que desconocía dónde se encontraba su hostal y que el tiempo no jugaba a su favor optó por visitar la comisaría lo antes posible.

En los alrededores del edificio, junto al aparcamiento de pago, una fila de taxis esperaba a los pasajeros que buscaban un transporte bajo aquel sol infernal.

—¿Está libre? —preguntó, señalando al vehículo. El taxista bajó del Seat blanco y le ayudó con el equipaje.

—¿A dónde va?

—A la Comisaría Provincial —contestó ya dentro—. ¿Queda lejos?

El conductor lo miró de reojo y negó con la cabeza.

—No, cinco minutos… Siete, en el peor de los casos.

«Bendita precisión», pensó el policía, jactándose de la manera en que algunos conductores calculaban los trayectos.

El hombre, que estaría cerca de la jubilación, puso las manos al volante y fijó la atención a frente. El aire climatizado salía con fuerza de los ventiladores traseros.

Peralta bajó la ventanilla un poco y sintió el frío y el calor de una brisa que se mezclaba en el interior de la carrocería.

—¿Es siempre así? La humedad, digo.

—Es el peor momento del año. Estamos en agosto.

—Ahora entiendo por qué nunca veraneo en la playa… —comentó con sorna, rompiendo el hielo con un humor propio que sólo llegaban a entender sus más allegados. Aquel desconocido respondió con silencio, con un gesto de hombros y un gruñido—. Moriría asfixiado.

—En el interior es más seco… pero no hay playa —replicó, como si no le importara lo que había oído—. Además, aquí está ahora todo el mundo.

Aprovechó la interacción para conocer mejor su destino.

—Por casualidad, ¿se encuentra muy lejos la ciudad de Elche?

El conductor alzó la vista por el retrovisor y lo miró extrañado, como si el hombre que tenía detrás no hubiese abierto un mapa de carreteras en su vida.

—A unos treinta kilómetros… Veinticinco minutos en coche, o menos… Todo va relacionado con la prisa que tenga.

—¿Es una ciudad grande?

—Según a quién le pregunte —contestó y dibujó una sonrisa en su rostro—. Yo que soy salicantino, diría que es un pueblo grande.

Cinco minutos más tarde, tal y como había pronosticado aquel tipo, el vehículo se detuvo frente a un edificio moderno de varias plantas, con la fachada de cemento gris.

Sin duda, no tenía nada que ver con la comisaría de Chamberí.

Desde la ventanilla, ya podía imaginar el olor a nuevo y el ruido de las botas sobre el brillante pavimento recién fregado.

—Aquí es —comentó el hombre—. La Comisaría Provincial…

En los peldaños de las escaleras, varios agentes uniformados hablaban mientras fumaban un cigarrillo. Peralta se fijó en el taxímetro y abonó la carrera con un billete de diez euros.

—Ahí tiene.

El taxista asintió y volteó la cabeza.

—No viene de vacaciones, ¿verdad?

Peralta negó y sonrió sin mostrar los dientes.

—Es usted un gran observador.

El elogio despertó la simpatía del conductor.

—Echo muchas horas en el coche. Me fijo en los detalles.

—No me extraña.

Ambos salieron, Peralta recogió su equipaje y agradeció el servicio.

—Antes de marcharse, aproveche para darse un baño en la playa, que le sentará bien…

Después el taxista regresó al coche y desapareció en el primer cruce que había al final de la calle.

Los dos agentes se quedaron vigilando a Peralta, a la espera de sus movimientos. El inspector los miró y vaciló en mostrar su placa, pero no jugaba en casa. Subió los peldaños, cruzó la entrada y se acercó al agente que custodiaba el paso.

Las miradas del personal se clavaron en él. El aspecto desenfadado del inspector llamaba la atención y su bolsa de equipaje resultaba, cuanto menos, sospechosa. Mostró la placa y se identificó en la entrada.

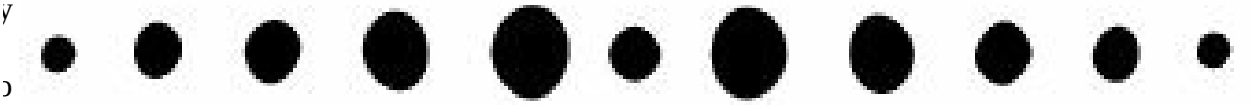
—Soy el inspector Peralta… Vengo desde Madrid —aclaró, disipando las dudas—. Me espera el comisario provincial Écija.

El agente miró de soslayo a su compañera con un gesto de estupefacción, demostrando que no estaba al corriente de la llegada de nadie.

—Por aquí, por favor —señaló y lo dirigió hasta el escáner—. ¿Podría poner la bolsa ahí? Son medidas de seguridad.

—Sí, claro… —dijo y dejó el bulto en la cinta.

El equipaje cruzó la máquina de rayos equis y el inspector procedió a pasar por debajo de los sensores. El sistema pitó y los pilotos rojos se encendieron. Antes de que el agente le diera instrucciones, Peralta se levantó la camisa y le enseñó la cartuchera, frunciendo el ceño y mirándolo con cara de pocos amigos. No entraba en sus planes hacer aquello, pero debía marcar ciertas líneas si iba a quedarse por allí un tiempo—. Está bien, pase.



El agente llevó al inspector hasta la puerta de un despacho que se ubicaba en la segunda planta del edificio. Por su recorrido, se sorprendió del clima de trabajo que había en las instalaciones más parecido al de una corporación que a lo que estaba acostumbrado. La realidad era que la Comisaría Provincial de Alicante estaba prácticamente nueva y eso se notaba en la luz que desprendían los tubos de los techos, el brillo de los azulejos, la pulcritud del inmobiliario y en la actitud de los agentes que trabajaban en sus escritorios. Un mundo ajeno al que él conocía. El suyo era más zafio y austero. Y pensó que allí las jornadas serían más tranquilas que las capitalinas.

El agente uniformado tocó a la puerta y avisó de su llegada.

Después invitó al inspector a que entrara.

En el interior del despacho, que era una amplia oficina cargada de cuadros, fotografías con personalidades y condecoraciones, esperaba el comisario provincial Écija. Estaba acomodado en su asiento de piel y con el rostro iluminado por la pantalla plana de su ordenador de escritorio.

Ante la presencia del inspector, el comisario Écija se puso en pie y le dio un repaso con la mirada. Peralta dejó el equipaje y el diario en el suelo, junto al marco de la puerta.

—Bienvenido, inspector Peralta —dijo, recibiéndolo con amabilidad y firmeza—. Balmes me ha hablado maravillas de usted.

—Un gusto, comisario Écija —contestó Peralta, maldiciendo a su superior de Madrid—. Estoy seguro de que exagera.

—Siéntese, por favor —ordenó con un gesto de mano y regresó a su silla—. ¿Es su primera vez en Alicante?

—Alguna excursión familiar en el pasado, poco más…

—Me refería, como agente.

—En ese caso, sí.

—Espero que haya tenido un viaje tranquilo.

—No me quejo.

—Ya he comprobado dónde se hospedará —comentó, alzando las cejas con desaprobación—. Cada vez los presupuestos son más ajustados… Aun así, espero que esté cómodo.

—Me las apañaré.

Écija se fijó en el periódico doblado que Peralta había dejado en el suelo.

—¿Poniéndose al día?

—No he tenido tiempo, todavía. Parece que llego en un momento festivo.

—Así es. ¿Agua?

—Estoy bien, gracias —dijo, aún sofocado por la humedad del ambiente. El silencio se alargó unos segundos más. Peralta dio un vistazo rápido al despacho, evitando el férreo contacto visual con el superior que tenía delante. Finalmente, regresó a él para reanimar la conversación y

observó que Écija lo había estudiado durante toda la pausa—. ¿Estamos esperando a alguien en particular?

El comisario sonrió y salió del trance. Después se frotó las manos.

—Sí, aunque me temo que tardará en regresar a la comisaría —explicó, chasqueando la lengua—, así que le haré una introducción del caso mientras tanto…

El comisario tiró de un cajón de su escritorio, sacó una carpeta de papel amarilla y se la entregó. Peralta la abrió y pegó una ojeada a los documentos impresos que tenía delante.

En ellos aparecía el expediente de Laura Coves, los atestados de lo ocurrido esa misma mañana, las imágenes de las cámaras de tráfico y las declaraciones de los testigos.

Peralta dejó la documentación sobre la superficie, se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—Es información reciente. La he solicitado mientras llegaba.

—Era guapa, muy hermosa.

—¿Importa eso?

—Sí y no —dijo y comprobó de nuevo la fotografía de la víctima—. Hay mucho hijo de perra que se obsesiona con perfiles fuera de su alcance, para demostrar su poder.

—Entiendo…

—La belleza es subjetiva, ¿no cree?

—La belleza atiende a unos cánones. Suele ir acompañada de vanidad y soberbia… y más a estas edades.

—Ajá… —comentó el comisario, cuestionando su explicación.

—Una chica muerta en un lugar remoto, sin signos de agresión física o sexual… —dijo Peralta y se rascó el áspero mentón—. Se me ocurren varios escenarios… ¿Quién está a cargo del caso?

—La inspectora Agulló no tardará en reunirse con usted. Es una buena agente y aprende rápido, aunque le falta experiencia en el campo… algo que a usted le sobra.

Peralta miró hacia ambos lados.

—Si no me equivoco, aquí tienen una Brigada de Homicidios para toda la provincia.

—Así es.

—¿Por qué no se hacen cargo ustedes?

La incomodidad del inspector era notable. Algo no encajaba.

Peralta se cuestionó quién le estaba haciendo el favor a quién.

Si Balmes a Écija, o al revés.

—No habría llamado a Madrid si no estuviéramos ante una situación singular.

—¿Cómo de singular?

—El poco tiempo del que disponemos y el entorno de la víctima. Ambos, combinados, forman una bomba de relojería que debemos detener antes de que explote… Por desgracia, aunque le suene extraño, la única vía para cerrar el caso con éxito es depositando toda mi confianza en un desconocido como usted.

observó que Écija lo había estudiado durante toda la pausa—. ¿Estamos esperando a alguien en particular?

El comisario sonrió y salió del trance. Después se frotó las manos.

—Sí, aunque me temo que tardará en regresar a la comisaría —explicó, chasqueando la lengua—, así que le haré una introducción del caso mientras tanto…

El comisario tiró de un cajón de su escritorio, sacó una carpeta de papel amarilla y se la entregó. Peralta la abrió y pegó una ojeada a los documentos impresos que tenía delante.

En ellos aparecía el expediente de Laura Coves, los atestados de lo ocurrido esa misma mañana, las imágenes de las cámaras de tráfico y las declaraciones de los testigos.

Peralta dejó la documentación sobre la superficie, se recostó en la silla y cruzó los brazos.

—Es información reciente. La he solicitado mientras llegaba.

—Era guapa, muy hermosa.

—¿Importa eso?

—Sí y no —dijo y comprobó de nuevo la fotografía de la víctima—. Hay mucho hijo de perra que se obsesiona con perfiles fuera de su alcance, para demostrar su poder.

—Entiendo…

—La belleza es subjetiva, ¿no cree?

—La belleza atiende a unos cánones. Suele ir acompañada de vanidad y soberbia… y más a estas edades.

—Ajá… —comentó el comisario, cuestionando su explicación.

—Una chica muerta en un lugar remoto, sin signos de agresión física o sexual… —dijo Peralta y se rascó el áspero mentón—. Se me ocurren varios escenarios… ¿Quién está a cargo del caso?

—La inspectora Agulló no tardará en reunirse con usted. Es una buena agente y aprende rápido, aunque le falta experiencia en el campo… algo que a usted le sobra.

Peralta miró hacia ambos lados.

—Si no me equivoco, aquí tienen una Brigada de Homicidios para toda la provincia.

—Así es.

—¿Por qué no se hacen cargo ustedes?

La incomodidad del inspector era notable. Algo no encajaba.

Peralta se cuestionó quién le estaba haciendo el favor a quién.

Si Balmes a Écija, o al revés.

—No habría llamado a Madrid si no estuviéramos ante una situación singular.

—¿Cómo de singular?

—El poco tiempo del que disponemos y el entorno de la víctima. Ambos, combinados, forman una bomba de relojería que debemos detener antes de que explote… Por desgracia, aunque le suene extraño, la única vía para cerrar el caso con éxito es depositando toda mi confianza en un desconocido como usted.

20

Domingo, 10 de agosto de 2008.

Viejo camino de Santa Pola. Elche, Alicante.

Un suculento aperitivo compuesto de quisquilla de Santa Pola, jamón ibérico, longaniza seca queso curado de Minaya y una bolsa de papas artesanas Caipaje, para pasar al plato estrella qu era el arroz con costra. Cuarenta minutos después, los escasos restos de arroz del perol de barr indicaban que la comida llegaba a su fin.

Ricardo Navarro presidía un extremo de la larga mesa rectangular, acompañado de sus nietos La otra punta la ocupaba su esposa.

Brindaron con tinto jumillano y discutieron los mismos temas de cada fin de semana.

Para el patriarca existía una regla inquebrantable: a la mesa no se discutía sobre política negocios o creencias, a pesar de que él nunca comulgara con nada ni con nadie. La familia era s única religión y la mesa el templo sagrado.

Llegaron al postre con los estómagos hinchados, la sangre espesa y la necesidad de hacer l siesta, en cuanto terminaran los cafés.

Andrés sintió un fuerte sueño que se apoderaba de él. La comida le había ayudado deshacerse del malestar que arrastraba de la noche anterior. Pero el cargo de conciencia pesab más que una soporífera resaca.

Su prima, desde el otro de la mesa, lo observaba en silencio, haciendo montañas de arroz ambos lados del plato para aplastarlos y así fingir que se lo había comido todo. Estaba pasand por un momento complicado al que nadie ponía atención, a excepción de su abuelo. La obsesió por su físico, envidiable para muchas otras chicas de su edad, resultaba enfermiza.

—Nena, come y no juegues con el arroz —comentó el abuelo, dándole un ligero golpe con e codo sin que el resto lo notara. Ella agachó la mirada, consciente de su descuido—. Sé lo qu intentas y eso no es bueno… Una chica de tu edad tiene que comer para desarrollarse.

—No tengo hambre, abuelo —dijo e hizo un gesto con las manos señalándose los pechos—, y ya estoy desarrollada.

—No seas maleducada. En esta casa nunca se deja un plato vacío, por respeto a ti misma y los demás. Tu abuela y tu tía han pasado horas en la cocina.

—Mira a Sito —dijo la muchacha, desviando la atención del problema—. Él tampoco come y no le dices nada.

El abuelo miró al otro lado y encontró el rostro apagado del nieto.

—¿A ti qué te pasa?

—¿A mí? —preguntó, confundido, saliendo de su propia nebulosa—. ¿De qué?

—¿En qué os estáis convirtiendo? Seguro que si os ponen cualquier porquería procesada…

—Me cuesta comer, abuelo. Sabes que siempre cumplo, pero hoy tengo el estómago cerrado.

El hombre, decepcionado, miró a los dos nietos.

—Si supierais lo que significa no comer ni un chusco de pan duro durante cuatro días, no perdonaríais bocado.

—Deja a los chiquillos, Ricardo, ¡por Dios! —exclamó su hermana Dolores, sentada junto a la joven y se dirigió a ellos—. Comed lo que tengáis ganas. Lo que sobre, para la cena.

—Menudo consuelo… —murmuró la chica.

La señora la agarró por el brazo.

—No seas tan desagradecida, niña… A ver si tengo que darle la razón a tu abuelo... ¡Y mira que me cuesta!

Todos rieron y rompieron la ligera tensión que se había formado en el ambiente.

Ricardo Navarro era un hombre controlador con los negocios y la familia también era parte de su empresa. Pero la edad y la delegación de responsabilidades le habían ayudado a entender que existían ciertas cosas fuera de su control. Algunas de ellas eran sus nietos, a quienes no podía castigar por quererlos demasiado. Así y todo, mantenía su carácter con esfuerzo para evitar que se le echaran encima.

La comida terminó y dieron paso a los dulces, que estaban compuestos de rollos de anís y lazos de hojaldre y miel para disfrutar con el café y el coñac, y varios pedazos de pastel de Milhojas, el postre estrella de la ciudad, compuesto de fino hojaldre casero relleno de crema y glaseado con azúcar.

—¿Y a ti qué demonios te ocurre? —preguntó el abuelo, arrastrando hacia sí un pedazo de pastel de Milhojas—. ¿Por qué estás tan mustio?

—Eso, Sito, ¿por qué tienes esa cara de lechuga rancia? —preguntó la prima.

—Chitón, niña —respondió contundente y el abuelo alzó el mentón—. ¿Por qué no le echas una mano a tu abuela?

—¡Abuelo!

—Ve y compensa lo de la comida. Eres su favorita.

La muchacha se levantó enfadada, pero no se atrevió a rebatir al mayor.

Sólo Sito tenía agallas y libertad para hacerlo. Ni siquiera Roberto, su yerno, a pesar de su franqueza, era capaz de negar una orden como aquella.

El abuelo se sirvió más café, agarró la botella de coñac y vertió un pequeño chorro que luego disolvió con la cuchara.

Con el mismo cubierto, partió un pedazo de pastel, espolvoreando el azúcar sobre el mantel y desmontando el merengue en dos mitades.

—Pruébala, está muy buena.

—Ya te he dicho que no tengo apetito, abuelo.

—Entiendo… —asumió con la cabeza.

Su hijo Ricardo había desaparecido de la mesa, junto a su cuñado Roberto. Ambos fumaban un purito en el jardín, al otro lado de la pared del salón. Ricardo padre observó a su hijo desde la mesa.

Se cuestionó qué habría hecho mal para que fuera tan desconsiderado. Quizá no hiciera nada. Puede que Ricardo hijo estuviera menos capacitado de lo que a él le hubiese gustado. La culpa

tiñó su corazón como el depósito roto de tinta de una estilográfica. Debió pasar más tiempo con él cuando era pequeño y ahora era tarde para rectificar, lamentó. Para un padre como él, resultaba complicado aceptar que su hijo era un zoquete. Los años pasaban y no hacían más que reforzar la imagen que tenía de él cuando era adolescente.

Por fortuna, con Sito sentía que la vida le había dado una segunda oportunidad. Se veía a sí mismo de joven, a un muchacho con mucho potencial y, gracias a él y a la suerte divina, en una situación más favorable que la que encontró el abuelo en plena Guerra Civil. Sin embargo, Sito, aque se había criado entre algodones, disfrutaba de una nublada juventud en la que los problemas eran banales y el plato siempre estaba servido en la mesa.

Cuando el joven se dio cuenta de que el abuelo se había quedado callado, cosa que rara vez hacía, y tenía la mirada clavada en la ventana, se puso en alerta.

—¿Te preocupa algo, abuelo?

—Me pregunto qué milagro debe suceder para que no acabes como tu padre.

El comentario lo confundió.

Nunca hablaba mal sobre su familia en público.

—¿Por qué dices eso? A papá le han ido bien las cosas.

—No me hagas reír.

La discusión que habían tenido horas antes, entre bambalinas, no era la primera. Desde bien joven, su hijo había demostrado su incompetencia. Ricardo recordó la noche en la que tuvo que yrescatar a su hijo del casino de Torrevieja antes de que lo molieran a palos. También los varios enegocios que quebraron por confiar en quien no debía. Como un milagro, Ricardo siempre yllegaba a tiempo para salvarlo y pensó que ese era su mayor error.

Pero ningún padre abandona a su hijo.

—Es fácil que te vaya bien cuando el camino está marcado, ¿sabes? Hay que ser muy torpe para salirte de él…

—¿Qué quieres decir?

—Que un buen hombre debe obtener lo que desea por sus propios medios. No hay más. De lo contrario, se convierte en un inútil.

El nieto suspiró en silencio y sus ojos lo llevaron a un retrato familiar que había en un mueble del salón.

—Háblame sobre él.

—Estamos hablando de ti, Sito.

—No, abuelo… —comentó, miró a ambos lados y se aseguró de que no hubiese nadie pescuchándolos. Después acercó la cabeza—. Me refiero a tu hermano, el tío Francisco Javier. ¿Qué le pasó realmente?

Ricardo apretó la cuchara contra el pastel hasta que lo rompió en dos partes y uno de los pedazos salió despedido en la mesa.

Hablar de su difunto hermano le removía las entrañas. Puede que hubieran pasado veinte años, pero seguía sin superarlo.

Rememorar a su hermano significaba recordar a los Coves.

Llenó los pulmones, cerró los ojos, agarró la botella de coñac y vertió otro chorro en los arestos de café que quedaban en la taza.

—Lo que le pasó al tío, fue una desgracia —contestó, apesadumbrado al rememorar el .percance—, pero también una injusticia. Hablar de ello, me remueve.

—Creía que había sido un accidente laboral.

Los ojos atravesaron al muchacho.

—Cada uno de vosotros sois especiales y por eso siempre os he querido a todos por igual pero vivo con la esperanza de que me enterréis y no al revés. Sin embargo, perder a un hermano tan pronto… Es diferente.

—Me habría gustado conocerlo.

—Era un buen hombre. La mala suerte se cebó con él. Forma una familia, Sito, cuida de ella pero no te acostumbres a nadie. Todos te abandonan en algún momento.

Antes de que el nieto respondiera, la irrupción de Dolores Navarro, su tía abuela, los distrajo Su expresión de preocupación los puso en alerta. Con un paño en la mano, la mujer envió una seña muda a su hermano.

—¿Qué sucede, Lola?

—Preguntan por el chiquillo —dijo ella con recelo—. Dicen que son de la policía.

El hombre miró a la criatura y frunció el ceño.

Andrés tuvo un mal presentimiento de la situación.

—¿Qué policía?

—La Nacional.

—Espero que no sea el boceras de Sempere… siempre tocando los bemoles a deshoras.

—No lo sé, Ricardo. Es una pareja.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó el chico.

—Hablar contigo. Parece importante.

—Es domingo —respondió Navarro—. Que se vayan a molestar a su madre. No tenemos por qué atenderlos.

El muchacho se levantó y le puso una mano en la espalda a su abuelo. Con una fuerza aplastante, el hombre lo agarró del antebrazo para impedir que saliera.

—Iré a comprobar qué quieren. Confía en mí, abuelo.

—En boca cerrada no entran moscas —dijo, incrédulo y lo soltó. Después se dirigió a su hermana—. Avisa a Roberto. No quiero dejarlo a solas con ellos.

Los ojos atravesaron al muchacho.

—Cada uno de vosotros sois especiales y por eso siempre os he querido a todos por igual, pero vivo con la esperanza de que me enterréis y no al revés. Sin embargo, perder a un hermano tan pronto… Es diferente.

—Me habría gustado conocerlo.

—Era un buen hombre. La mala suerte se cebó con él. Forma una familia, Sito, cuida de ella, pero no te acostumbres a nadie. Todos te abandonan en algún momento.

Antes de que el nieto respondiera, la irrupción de Dolores Navarro, su tía abuela, los distrajo. Su expresión de preocupación los puso en alerta. Con un paño en la mano, la mujer envió una seña muda a su hermano.

—¿Qué sucede, Lola?

—Preguntan por el chiquillo —dijo ella con recelo—. Dicen que son de la policía.

El hombre miró a la criatura y frunció el ceño.

Andrés tuvo un mal presentimiento de la situación.

—¿Qué policía?

—La Nacional.

—Espero que no sea el boceras de Sempere… siempre tocando los bemoles a deshoras.

—No lo sé, Ricardo. Es una pareja.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó el chico.

—Hablar contigo. Parece importante.

—Es domingo —respondió Navarro—. Que se vayan a molestar a su madre. No tenemos por qué atenderlos.

El muchacho se levantó y le puso una mano en la espalda a su abuelo. Con una fuerza aplastante, el hombre lo agarró del antebrazo para impedir que saliera.

—Iré a comprobar qué quieren. Confía en mí, abuelo.

—En boca cerrada no entran moscas —dijo, incrédulo y lo soltó. Después se dirigió a su hermana—. Avisa a Roberto. No quiero dejarlo a solas con ellos.

21

¿Eran los Navarro una familia peligrosa? El peligro era relativo para ella, más bien porque nunca lo había experimentado.

Sempere la engatusó para ir hasta allí.

Ella quería interrogar al chico y ponerle rostro al organigrama que había visto en el despacho del ilicitano. La historia que rodeaba a la víctima despertaba su interés.

Los resultados de los análisis de la Unidad Científica tardarían varios días en llegar a la comisaría. Mientras tanto, había que avanzar. Empezarían las pesquisas, las diferentes hipótesis con las que jugar. Debía aprovechar la oportunidad que existía cuando la información era confusa y líquida. Tal vez no tuviera la experiencia del hombre que iba con ella, pero había estudiado cientos de casos y de patrones que se repetían.

Las cuarenta y ocho horas siguientes al crimen eran cruciales para atrapar al culpable. En la mayoría de los casos, la Policía se veía en un limbo legal que le impedía avanzar mientras el criminal ponía en marcha su plan de fuga.

Esta vez no sería así.

Llegaron la enorme propiedad y tocaron al timbre.

Sempere estaba al otro lado del coche, apoyado en la puerta y esperando a que alguien moviera la enorme compuerta metálica que los separaba de la villa.

El inspector se dirigió a ella con recelo.

—No se exceda —indicó, señalando a la entrada—. Sea amable, comunique la noticia y nos marchamos.

—Un poco tarde para los consejos, ¿no cree?

Él chasqueó la lengua con desagrado.

Escucharon unas pisadas que se aproximaban desde el otro lado.

—¿Inspectora? Tenga un poco de tacto, que es domingo.

Ella asintió con la cabeza.

La compuerta se desplazó hacia un lado, dejando a la vista el interior de la entrada, la vegetación que bordeaba el camino de asfalto y la fuente que había junto a los vehículos. Era una familia adinerada que podía permitirse esa clase de lujos, pero no esperó que aquella villa tuviera el aspecto de la mansión de Falcon Crest.

Una silueta apareció tras la compuerta.

Sus miradas se cruzaron y reconoció al muchacho que tenía delante. En silencio, mientras se aproximaba a ellos, intentó no juzgarlo antes de hora. Por sus andares desairados, protegidos po

una altivez impregnada a su piel y no impostada, Andrés Navarro daba la impresión de llevar una vida muy placentera a su temprana edad, sin límites ni preocupaciones.

—¡Buenas tardes! —dijo el muchacho, acercándose a la linde de la propiedad—. ¿Querían verme?

Sempere lanzó una mirada fulminante a su compañera.

Agulló leyó su postura corporal. Había algo de preocupación en el rostro del joven.

—¿Andrés Navarro?

Él asintió.

—¿Ocurre algo?

Sempere se mantenía de brazos cruzados tras ella.

La inspectora le mostró una fotografía de la víctima.

—¿Conoce a esta persona?

Los ojos del muchacho se abrieron de par en par.

Sus dedos intentaron tocar la imagen, pero la agente la retiró.

—Sí —respondió, ligeramente alterado—. ¿De qué va todo esto?

El inspector carraspeó.

—¿Me podría decir dónde estuvo anoche?

—De fiesta, como todo el mundo.

—¿Hay personas que lo puedan corroborar?

—¿Qué? Por supuesto, medio pueblo —dijo, intranquilo—. ¿Qué ocurre con ella?

Por encima del muchacho, la inspectora vislumbró varias siluetas humanas, con dificultad debido al contraluz. Eran dos tipos, uno de ellos caminaba despacio y el otro se acercaba a la entrada a toda velocidad.

—Lo siento, pero no puedo darle esa información.

Desesperado, el chico saltó el umbral, agarró a la inspectora del brazo con fuerza y la zarandeó. Era más alto que ella y estaba nervioso.

La policía se quedó en blanco.

Su cuerpo se tensó y el miedo la paralizó.

—¿Qué le ha pasado a Laura?

En un acto reflejo, la inspectora se desprendió del chico.

—¡No digas nada, Andrés! —exclamó su tío Roberto, a escasos metros de los agentes. Lo sujetó por los hombros para meterlo en la finca. Después miró a Sempere con desprecio—. Soy su abogado. El muchacho no dirá nada, así que pierden el tiempo aquí.

—Puedo detenerlo en este mismo instante —respondió Agulló, impasible—. Por asalto a una agente.

—Entonces hágalo, señora —dijo una voz que apareció por detrás. Su tono era tan relajado que disipó la tensión. Ricardo Navarro, acompañado de su bastón de madera con cabeza de águila de marfil, se acercó a la entrada de su villa, sin llegar a poner un pie fuera. Dirigió una mirada de desprecio al inspector Sempere, que seguía parado atrás, y después miró a la compañera—. Lamento este malentendido, pero el muchacho no irá a ninguna parte. No está en disposición de hablar hoy con nadie. Comprenda que, siendo su familia, tratemos de protegerlo corrigiendo sus errores.

Desafiante, el anciano optó por una actitud cordial y amable, muy diferente a como actuaba dentro de su feudo.

Elevó el bastón, lo clavó en el exterior de la finca y salió de ella, dejando atrás a sus

afamiliares.

—Si me lo permite, yo contestaré a las preguntas. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

La mujer tragó saliva y sintió la presencia de aquel hombre rodeándola como una serpiente antes de asfixiarla.

—Soy la inspectora Agulló, de Homicidios.

—Un placer, señora —dijo y sonrió—. Es usted muy hermosa… Mi nombre es Ricardo Navarro, soy el abuelo del muchacho y me cuestiono qué es tan importante para que usted venga aquí, a mi casa, un domingo durante la sobremesa.

—Su nieto puede estar implicado en una investigación —aclaró, relajando el tono de voz— No hemos venido a molestar, sólo a hacerle unas preguntas.

—Comprendo… ¿De qué se le acusa? Como ha dicho homicidios…

—De nada, en principio.

—¿Entonces, qué preguntas son esas, inspectora?

Andrés Navarro intentó hablar, pero el abuelo lo miró para que callara.

—Se las tendría que hacer a él.

—Ya… —dijo y se frotó la mano que sujetaba el bastón—. Traiga una orden y podrá llevárselo… De momento, si no se le acusa de nada, el chico se queda. Sea lo que sea eso que busca, no está aquí.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello, señor Navarro? —preguntó ella, levantando el mentón. Mencionar su nombre dibujó una sonrisa malvada en el rostro del anciano.

—Le diré algo, inspectora, ya que parece una señora comprensiva e inteligente —comentó y se acercó a ella, encogiendo la cabeza y dejando su pelo blanco al brillo de los rayos del sol— Somos una familia honrada, trabajadora y muy unida. Cuidamos los unos de los otros y nos protegemos en este mundo hostil en el que nos ha tocado vivir a todos… Mi padre sirvió a los dos bandos. Un pobre hombre sin más convicción que su familia, que luchó por la República y murió disparando a los rusos al frente de la División Azul… Pero nunca cuestionó a quienes le daban órdenes desde arriba, pues su única patria era el hogar al que volvería cuando todo terminara. Eso le prometieron y él se lo creyó, pero no fue así… y no regresó nunca.

—¿Y qué quiere decir con eso, señor Navarro?

—Que yo tampoco la cuestiono, como imagino que usted no pone en duda a quien tiene por encima, ¿verdad?

—Así es.

—Sin embargo, hay una pequeña diferencia entre nosotros dos.

—No hace falta que lo jure.

—¿No me cree?

—Sorpréndame.

—Verá, por mi padre, he sentido desde siempre una gran cautela ante la ley, pero también he aprendido que el respeto no significa lealtad —respondió, levantó el bastón y caminó hacia el interior de la finca. El sol formó una sombra alambrada sobre su figura y la puerta comenzó a cerrarse despacio—. Ante lo que está escrito, cedo, pero sé que no puedo confiar en su palabra… Usted defiende el sistema y yo a mi familia… Es su naturaleza, como la del escorpión y la rana ¿conoce la fábula? Ahora márchese… Vuelva con esa orden y podrá hacerle al muchacho todas las preguntas que quiera.

s

22

La desgracia arruinó el día de su cumpleaños.

Deseó que aquel desmayo se lo hubiese llevado para siempre.

Arremangado y con la camisa blanca abierta hasta el ombligo, Manuel Coves descansaba sobre una camilla en el interior de la clínica. Un hombre lo acompañaba y era el médico que lo atendía.

Éste le colocó un brazalete conectado a una máquina y encendió el tensiómetro.

Manuel seguía confundido.

Se preguntó si había sido una pesadilla, un revés de la imaginación, pero le costaba creerlo. Su camisa seguía manchada de aceite tras derrumbarse sobre la mesa del restaurante.

Recordaba cómo y por qué había sucedido.

—Se pondrá bien, don Manuel —dijo el médico, comprobando los números que aparecían en el aparato—. La conmoción sufrida ha provocado el desmayo. No es para menos…

El tacto, incapaz de mencionar la pérdida de su nieta, aceleró el pulso al hombre, quien aún se sentía torpe para articular palabra.

«Dios Santo, ¿qué he hecho para que me trates así?».

—¿Han venido conmigo, doctor? Mi familia, digo.

Él afirmó con un gesto de cabeza y suspiró.

—Lo que le voy a decir no es fácil de aceptar, pero sí de entender —respondió, midiendo sus palabras—. No goza de la edad ni de la salud necesaria para aplacar esta clase de golpes emocionales, por lo que, si fuera usted, mantendría la calma o lo intentaría en los días venideros, ya me entiende…

Mirando al techo, con la presión en el brazo y un fuerte dolor en el cuello, Manuel Coves tragó la espesa saliva.

—¿Cómo se atreve a pedirme eso?

—No se lo pido. Es usted ya mayor para decidir por su cuenta, pero su cuerpo no lo soportará.

El hombre se incorporó con dificultad, se quitó el brazalete y lo dejó caer al suelo. Después clavó su mirada en la cara de aquel hombre.

—Mi nieta ha fallecido el día de mi cumpleaños. Me han arrebatado mi joya más preciada en mi aniversario… El dolor en mí y en mi familia es tan profundo que podría cavar un agujero en el Mediterráneo… Y usted pretende que me quede quieto, que me serene y que guarde la calma…

—Puedo recetarle algunas pastillas. No debería alterarse.

—¿Tiene familia, doctor?

El hombre suspiró.

—A usted le conviene reposar, llevar una vida tranquila.

—*I vostè, se'n pot anar a la merda!* [1]—exclamó y su voz traspasó la puerta, haciéndose oír a otro lado de los tabiques—. *Desgraciat!*

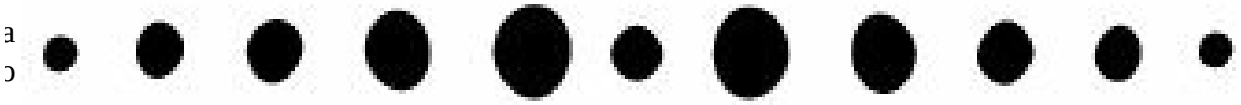
El médico ignoró la reprimenda, recogió el aparato y dio un respingo para manifestar su resignación.

—Le diré a su familia que pueden pasar a verlo. Con suerte, en un par de horas estará en su casa.

—Eso. Ya ha hecho suficiente por mí.

El médico caminó hasta la puerta y se dirigió a él antes de abandonar la sala.

—Don Manuel, lamento su pérdida, pero piense en los que aún siguen vivos.



Una vez que el médico desapareció, Manuel Coves se abotonó la camisa y puso los pies en el suelo. Notaba su cuerpo más hinchado de lo habitual.

La punzada que sentía en el pecho era la causa.

Cuando terminó de vestirse, pensó en regresar lo antes posible a su casa para cambiarse de ropa. Una reacción habitual cuando las personas activan el piloto automático en su cabeza frente a una situación de mucho estrés. No razonó el pensamiento. Manuel era consciente de que los suyos lo necesitaban vivo, al menos, hasta que su nieta descansara en paz.

La primera persona en pasar a visitarlo no pertenecía a su familia. No le sorprendió. Sospechó que alguien se habría tomado la molestia de dar el aviso.

—Don Manuel, ¿cómo se siente? —preguntó el hombre con voz alicaída y se acercó al empresario.

Estrecharon la mano y Coves lo agarró por el codo para enfatizar el saludo. Era el hijo mayor que no tuvo.

Coves lo había visto crecer en las calles de la ciudad, prosperando en ellas como un novato ayudando a aquel hombre para que tuviera un gran futuro en la Policía Municipal de Elche.

Ahora, Romualdo Bernabéu era todo un respetable inspector de cuarenta y cinco años, con el cabello oscuro, rizado y apelmazado. Santapolero de nacimiento, casado y con una hija adulta hacía más de dos décadas que Bernabéu era el susurro que informaba a Coves sobre lo que sucedía en la ciudad, de los planes de quien gobernara en ese momento y de las decisiones que se tomaban desde lo más alto de la Jefatura.

Su brazo derecho, su ahijado de la legalidad.

Bernabéu gozó de una carrera silenciosa, respaldada por la clase política. Una subida imparable, lenta, pero sobria, año tras año, lo había llevado a lo más alto de la jerarquía.

Manuel Coves siempre estuvo a su lado, incluso en los peores momentos, cuando Bernabéu fue salpicado por la corrupción, poco después de alcanzar la Jefatura.

Él se declaró inocente. Aseguró ante todos que alguien intentaba tenderle una trampa. Cierto o no, una investigación lo acusó de haberse llevado comisiones por la compra, por parte de consistorio, de uniformes de la Policía Municipal a una empresa local.

A pesar de los intentos de algunos políticos por manchar el nombre del agente, Coves y sus socios hicieron callar a la prensa, la investigación policial no fue concluyente y el inspecto olvidó el episodio como quien se desprende de una pesada carga.

Bernabéu era la esperanza del cambio. Con él portando el laurel, convirtiéndose en e intendente general jefe del Cuerpo, comenzaría una nueva era para los empresarios acólitos d Coves. Una sucesión que interesaba a partes iguales a los dos hombres que había en la sala. Un cuestión de tiempo y de dinero. El policía tenía el apoyo de los suyos, un expediente impecable y dos décadas de servicio a la ciudad del que muy pocos podían sentir tanto orgullo como él.

—¿Tú qué crees, Romualdo? Todavía no asimilo que este mal sueño haya sucedido.

—Le acompaño en el sentimiento, don Manuel —respondió el inspector, se separó y se frot la frente manifestando su impotencia—. Sabe que voy a hacer lo que esté en mi mano par agarrar a quien lo haya hecho.

Manuel Coves, que escuchaba atentamente, arqueó una ceja.

—Así que es cierto, ¿ha sido un asesinato?

—No nos adelantemos, don Manuel… Todavía no es del todo evidente, aunque hay razone para pensar en ello… Su nieta fue abandonada en la presa del pantano… y los nacionales ha encontrado un vehículo calcinado en el huerto de Revenga, a las afueras de la ciudad.

—¿Hay testigos?

—No, que sepamos.

Coves hacía un esfuerzo por controlar su ira. Las palabras del médico habían calado en él.

—Un incendio en un huerto de palmeras y nadie ve nada. Insólito.

—Es probable que el aviso lo diera alguno de las pobres muchachas que hacen noche en es zona. Estoy convencido de ello, pero prefieren alejarse de los problemas.

El anciano reflexionó unos segundos en silencio.

Necesitaba pensar con claridad, organizar las piezas para entender qué había sucedido. Per esta vez era diferente. Su regla de oro era la de no mezclar los negocios con el sentimiento, si embargo, en este caso no existía manera de separar las dos cosas.

—¿Algún sospechoso?

—Lo averiguaré pronto. ¿Tenía problemas su nieta con alguien? Algún acosador, algú novio, alguna rencilla personal… Toda información es útil.

—Estuvo saliendo con un muchacho hace años, pero eso es agua pasada. Últimamente la veí muy centrada con su puesto en el gabinete del ayuntamiento. Habla con ellos, aunque no cre que alguien tuviera una razón para hacerle daño.

—No hay que descartar a nadie.

—¿Quién lleva la investigación? ¿Ese sarnacho[2] de Sempere?

El policía negó con la cabeza.

—Han puesto a una inspectora de Alicante al mando. No sabemos quién es. Sempere está e la retaguardia.

—Necesito que me hagas un pequeño favor, Romualdo… —dijo y gimió, agotado—. Es un situación excepcional.

—Lo que precise, don Manuel.

—Pon a tus informadores a trabajar con discreción, entérate sin levantar sospechas y tráeme al malnacido que haya matado a la pobre Laura —respondió con rotundidad—. No quiero que el alcalde ni el intendente se metan en mis asuntos. Y menos aún la nacional. Es una cuestión de honor y mi nieta debe ser ajusticiada como Dios manda.

El policía, sin alternativa alguna, asintió en silencio y aceptó los términos y condiciones que el empresario le impuso.

—Ahora, si me permites, necesito ver a mi familia y regresar a mi casa. Estoy agotado. Vuelve más tarde.

—Así haré, don Manuel —dijo el hombre, le estrechó con firmeza la mano y se dirigió a la puerta. Pero recordó algo que le hizo detenerse—. Por casualidad, ¿sabe usted si su nieta tenía relación con alguno de los Navarro?

Cuando escuchó el apellido, Manuel Coves sintió cómo su corazón se apretaba y las arterias colapsaban.

—¿Por qué mencionas a esa gente?

—Una pareja de mis agentes ha visto a Sempere y a la compañera hablando con ellos, en la entrada de la finca. Supongo que estarán cotejando las posibilidades y a todo su entorno más directo.

El hombre levantó el brazo y apostilló con el dedo:

—Seguro que es por la noticia de la UTE. Déjalos que pierdan el tiempo dando rodeos. Mi nieta tenía clase y con eso te lo digo todo.

—Descuide, don Manuel —contestó, bajando los ánimos del empresario—. Tal vez sea una casualidad y esté hablando más de la cuenta. Será mejor que me vaya.

—Seguramente sea así.

El inspector Bernabéu abandonó la sala. Manuel Coves sintió cómo sus fuerzas se desvanecieron de golpe. Buscó apoyo en la camilla y se sentó en ella.

«Esto no puede estar pasándome a mí».

La remota posibilidad de que la familia Navarro tuviera algo que ver con la muerte de su nieta, lo ponía de los nervios. Tenía que ser por otro motivo. La prensa se había ido de la lengua demasiado rápido con la noticia. Pero no podía hacer nada al respecto.

Si era un concurso público, había que actuar con transparencia.

Al menos, aparentarla.

Rezó para que las cavilaciones de Bernabéu hubiera sido un desliz como producto de su habladuría. El policía podía tener la lengua demasiado larga cuando no sabía qué decir.

La puerta se abrió y la esposa de Manuel entró acompañada de su hija.

Las dos, con los rostros empapados de lágrimas, lo achucharon con fuerza contra sus pechos. El perfume femenino lo hizo sentirse en casa.

Las abrazó como pudo. Los tres lloraron juntos, derramando cada lágrima en honor a la pobre Laura. Detrás de ellas, sin fuerzas y con los rostros pálidos, entraron su hijo José y su mujer Montserrat, los padres de la niña, agarrados de la mano. Esperaron a que las dos mujeres les dieran un respiro y se detuvieron a unos centímetros. Después, su esposa, Josefina, abrazó a la nuera con fuerza y ambas se sumieron en un mar de lágrimas. Por último, accedieron el médico y a su hija. El abuelo les echó una mirada. Parecían afectados, aunque no como el resto.

Manuel Coves jamás olvidaría el rostro de su nieta Alejandra, indiferente ante el dolor, como si la pérdida de su prima fuera la de una desconocida cualquiera.

En su interior algo se rompió para siempre y pensó que esa muchacha no albergaba sino toda

ela maldad que existe en el mundo, pues cuando alguien de la misma sangre se va de esa manera
llas entrañas se retuercen sin lógica alguna.

e —¿Cómo está el chico? —preguntó el hombre a su hijo. Se levantó de la camilla y se abrazaron con pesar—. Lo siento, muchacho…

e José Coves se derrumbó en un fuerte sollozo sobre su padre, empapándole de lágrimas parte de la camisa del traje. El abuelo se separó de él y caminó hacia la salida. En el pasillo, junto a la .sala de espera, el pequeño de los varones de la familia aguardaba silencioso, con la mirada clavada en el azulejo blanco de la pared. Cuando notó la presencia de su abuelo, irguió la espalda ay disimuló su estado.

a —¿Yayo? —preguntó y lo abrazó—. Me alegra que sólo haya sido un susto.

El hombre le sostuvo el rostro con la mano y le dio varias palmadas en el pescuezo sin desviar sla vista.

—¿Cómo te sientes, hijo?

El muchacho desvió la mirada hacia el interior y observó a su padre llorando. Después aregresó al cabeza de familia.

s —Laura no merecía morir. Deben pagar por lo que han hecho.

El abuelo estudió sus ojos y tensó el semblante. En el rostro de aquel joven se percibía más odio que pena, más impotencia que vacío.

i —Nadie lo merece, nadie… Pero ojo por ojo no te sanará la pérdida. Hay que confiar en la ley. El inspector Bernabéu hará todo lo posible para que atrapen a quien ha cometido semejante asalvajada y se pudra en una celda, ¿me oyes?

—No quiero que vaya a la cárcel y que salga antes de lo previsto. Lo quiero bien muerto.

Manuel Coves volteó la mirada y observó a la familia.

e —Escucha, Miguel —dijo, sujetándole el rostro con las dos manos—, la pérdida de tu hermana es y será un duro golpe para todos… Tus padres no se encuentran en condiciones de atenderte en estos momentos. Nos enfrentamos a unos años muy duros y Dios sabe qué nos ıtraerán… Por eso te pido que seas fuerte.

a —Sabes que lo soy, yayo.

El hombre le dio un toque en la sien.

—Aquí —dijo y después señaló al corazón del joven—. Y aquí. La gente solo verá lo que tu le permitas ver… Por eso no quiero que cometas ninguna insensatez antes de hora, *entingut*?

ı —Lo sé, yayo.

—A veces, todos somos hipócritas. Ahora es tu turno. Honra a tu hermana, mantente erguido y recurre a mí cuando los demonios te coman por dentro, pero a nadie más —ordenó, le asestó .otra palmada y un beso en la mejilla—. Ve con tus padres. Será mejor que nos marchemos de este inmundo hospital.

eN.d.T.: del valenciano: ¡y usted se puede ir a la mierda!

rN.d.T.: en valenciano sarnatxo, tonto, idiota.

e

a

y

ɔ

a

la maldad que existe en el mundo, pues cuando alguien de la misma sangre se va de esa manera, las entrañas se retuercen sin lógica alguna.

—¿Cómo está el chico? —preguntó el hombre a su hijo. Se levantó de la camilla y se abrazaron con pesar—. Lo siento, muchacho…

José Coves se derrumbó en un fuerte sollozo sobre su padre, empapándole de lágrimas parte de la camisa del traje. El abuelo se separó de él y caminó hacia la salida. En el pasillo, junto a la sala de espera, el pequeño de los varones de la familia aguardaba silencioso, con la mirada clavada en el azulejo blanco de la pared. Cuando notó la presencia de su abuelo, irguió la espalda y disimuló su estado.

—¿Yayo? —preguntó y lo abrazó—. Me alegra que sólo haya sido un susto.

El hombre le sostuvo el rostro con la mano y le dio varias palmadas en el pescuezo sin desviar la vista.

—¿Cómo te sientes, hijo?

El muchacho desvió la mirada hacia el interior y observó a su padre llorando. Después regresó al cabeza de familia.

—Laura no merecía morir. Deben pagar por lo que han hecho.

El abuelo estudió sus ojos y tensó el semblante. En el rostro de aquel joven se percibía más odio que pena, más impotencia que vacío.

—Nadie lo merece, nadie… Pero ojo por ojo no te sanará la pérdida. Hay que confiar en la ley. El inspector Bernabéu hará todo lo posible para que atrapen a quien ha cometido semejante salvajada y se pudra en una celda, ¿me oyes?

—No quiero que vaya a la cárcel y que salga antes de lo previsto. Lo quiero bien muerto.

Manuel Coves volteó la mirada y observó a la familia.

—Escucha, Miguel —dijo, sujetándole el rostro con las dos manos—, la pérdida de tu hermana es y será un duro golpe para todos… Tus padres no se encuentran en condiciones de atenderte en estos momentos. Nos enfrentamos a unos años muy duros y Dios sabe qué nos traerán… Por eso te pido que seas fuerte.

—Sabes que lo soy, yayo.

El hombre le dio un toque en la sien.

—Aquí —dijo y después señaló al corazón del joven—. Y aquí. La gente solo verá lo que tú le permitas ver… Por eso no quiero que cometas ninguna insensatez antes de hora, *entingut*?

—Lo sé, yayo.

—A veces, todos somos hipócritas. Ahora es tu turno. Honra a tu hermana, mantente erguido y recurre a mí cuando los demonios te coman por dentro, pero a nadie más —ordenó, le asestó otra palmada y un beso en la mejilla—. Ve con tus padres. Será mejor que nos marchemos de este inmundo hospital.

N.d.T.: del valenciano: ¡y usted se puede ir a la mierda!

N.d.T.: en valenciano sarnatxo, tonto, idiota.

23

Para los Navarro —y para muchos otros empresarios locales—, el congelado tenía más acepciones que los alimentos refrigerados a bajas temperaturas. Era una manera de referirse a dinero sin declarar de la economía sumergida. La forma de ocultarlo era muy sencilla: se amontonaban los fajos de billetes, se forraban de plástico y después se escondían en cámaras frigoríficas hasta que el hielo formaba un bloque tan fuerte que impedía ver su interior.

Los ladrillos de hielo se guardaban en las neveras de las casas de campo y se ocultaban tras los alimentos refrigerados. De este modo, cientos de miles de euros quedaban fuera de la circulación sin que Hacienda lo supiera.

El efectivo manda, eso decían a menudo refiriéndose al dinero en metálico.

Disponían de él de una manera segura y rápida, sabiendo dónde se encontraba en cada momento. Debido al plástico, cuando el hielo se deshacía, los billetes quedaban intactos.

A finales de los noventa, varios negociantes locales del sector del calzado habían sido denunciados por los sindicatos de trabajadores por malversación de fondos, pagos irregulares y lavado de dinero.

El inspector Sempere, entonces subinspector, colaboró con la investigación que la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal de la Policía Judicial llevó a cabo sin éxito, junto a la Guardia Civil.

El episodio le ayudó a entender cómo funcionaban los negocios en la ciudad. La UDEF sólo encontró trabas y los propios agentes nunca aportaron ningún dato que fuera de utilidad.

Aquel sería el comienzo de su investigación.

—Extraño, pero cierto —señaló Sempere, dejando constancia de la influencia de los acusados sobre el aparato de la ley—. Bueno, diría que más cierto que extraño.

A modo de introducción, Sempere puso en contexto a la inspectora, para que entendiera la situación. La muerte de Laura Coves podía traerles problemas si actuaban con desacierto.

—Los Coves y los Navarro son la noche y el día —explicó y se acercó al tablón que colgaba de la pared—. Los primeros pertenecen al núcleo duro de la ciudad, aliados de otras familias empresarias como los Bru o los Quiles, todos ilicitanos de varias generaciones. Sin embargo, los Navarro son foráneos.

—¿Foráneos? —preguntó ella, extrañada—. Pensaba que ese término se había extinguido.

—No me malinterprete. Hablamos de negocios —aclaró él—. Los Soler, los Soledad, los Navarro, los Peñalver… Todos manchegos, castellanos, andaluces… Llámelos como quiera, todos son ilicitanos a simple vista, pero tienen una manera diferente de hacer negocios. Sin

embargo, la llegada del productor chino y su competencia desleal, basada en las mismas prácticas que todos ellos llevaron a cabo años atrás para competir con los italianos con un producto más barato, ha provocado un periodo de paz entre las familias locales. El motivo sigue siendo el mismo de antes, pero el enemigo que viene de fuera ya no es de otra provincia, sino de otro país.

—Si entras en el juego, no pretendas cambiar las reglas.

—Ciertas personas no piensan así cuando ven amenazadas sus fuentes de ingreso. Hace unos años prendieron fuego a varias naves industriales chinas. Por suerte, no había ningún empleado en ellas. En los últimos meses, han aumentado los ataques a los trabajadores asiáticos, pero nadie quiere denunciar. Con la crisis económica que se avecina, no sabemos qué ocurrirá.

—¿Y lo defiende?

—Comprendo el particular proteccionismo que practican, ya que ley no hace nada para defenderlos.

—Un proteccionismo con leyes propias, por lo que entiendo…

—De no ser por ellos, esta ciudad seguiría siendo un huerto de palmeras sin desarrollo.

La inspectora, abrumada por la densa información, prefirió no entrar en una discusión sobre las cuestionables prácticas de los empresarios. Era obvio que Sempere apoyaba ciertas posturas de los locales.

Optó por centrarse en la muerte de esa chica. Seguía sin comprender el peligro de la relación que había entre Laura Coves y el muchacho de la otra familia.

—Es muy interesante lo que me cuenta, pero para que me aclare, inspector… —comentó agotada y se frotó la nariz con los dedos en un acto inconsciente—. ¿Qué relación puede existir entre los dos jóvenes y por qué es tan conflictiva?

Sempere se rascó la cabeza. Llevaba varias horas ahí dentro con esa mujer.

—La UTE es lo que pone todo en peligro —especificó—. Créame, si estas dos familias han llegado a un acuerdo significa que el único interés es económico. Y el interés ha de ser enorme.

—¿Qué pasa? ¿Se niegan el saludo en la calle?

Sempere movió la cabeza como si inspectora hubiese dicho una estupidez.

—Casi… Ocurrió hace mucho. El hermano de Navarro trabajaba como empleado para Manuel Coves en su primera fábrica. Murió a causa de un accidente laboral. Un fallo mecánico. Por entonces, Navarro no era el hombre que es hoy y no pudo hacer nada.

—¿Y Manuel Coves?

—Se lavó las manos para evitar la prisión —contestó con cierta pena en su tono—. De ahí viene todo.

—Podría haber empezado por esa parte.

—Mire, no me preocupa el hecho de que esos chicos tuvieran una relación. Más bien, es probable que vivieran ajenos a las realidades de sus familias… Lo preocupante de este asunto es que Andrés Navarro tenga alguna clase de implicación en la muerte de Laura Coves.

—¿Una venganza, después de tantos años?

—No lo sé… Si Navarro lo hubiera querido, hace años que Manuel Coves estaría en una caja de pino.

—¿Entonces?

—Sólo sé que me cuesta entender que el chico la matara. Hay demasiado en juego.

—Eso tiene más sentido.

—Debemos considerar cada uno de los posibles escenarios. Que se conocieran, que tuvieran

suna relación, que la llevara a alguna parte… —explicó, con la voz grave y cansada y se cruzó de
ıbrazos para apoyarse en la balda de la ventana—. Hay que preguntar a su entorno, a las familias
ea sus amigos, conocer los detalles de la vida de esta chica. Existe un vacío entre la fotografía que
etomaron las cámaras de tráfico y la hora de su muerte. Y ese es el vacío que debemos tratar de
llenar antes que nada.

s
ɔ
e

a

e
s

ı

ó
r

ı

a
.

í

s
s

a

ı

una relación, que la llevara a alguna parte… —explicó, con la voz grave y cansada y se cruzó de brazos para apoyarse en la balda de la ventana—. Hay que preguntar a su entorno, a las familias, a sus amigos, conocer los detalles de la vida de esta chica. Existe un vacío entre la fotografía que tomaron las cámaras de tráfico y la hora de su muerte. Y ese es el vacío que debemos tratar de llenar antes que nada.

24

No muy lejos de Villa Castellana, junto a la rotonda que conectaba la carretera de Balsares con la de Elche-Santa Pola, las letras azules del BLUE STAR parpadeaban bajo el sol radiante de la tarde. Cualquiera que pasara por allí entendería qué era aquello: una parcela alargada con aparcamiento privado, un fortín de gran altura de color blanco, con la fachada tapiada, y oculto por la frondosa vegetación de pinos que rodeaba el terreno.

Una vez cruzada la puerta de la nave industrial, la hora del exterior no importaba y la noche se volvía eterna. Una barra de bar infinita, semicircular, repleta de botellas y rodeada de mujeres forzadas para trabajar en el placer ajeno.

Era el ambiente de un club de copas sin música, imitando un escenario casi real, si no fuera porque los hombres que llenaban el local no experimentaban, ni por asomo, nada de lo que se vivía allí dentro, al otro lado de las paredes.

Una pareja de extraños cruzó la entrada custodiada por un grandullón. El guardia de cuello ancho y con un tatuaje que llegaba hasta la garganta los conocía. Eran habituales y despertaban la curiosidad de los mirones. La alfombra roja los llevó al bar y allí pidieron una ginebra con tónica y un ron con Coca-Cola.

La camarera, vestida de un modo más discreto que las demás empleadas, sirvió los combinados.

—¡Anímate, Pecos, hombre! —exclamó el más bajo de los dos, dándole una fuerte palmada en el costado a su compañero, que le sacaba dos cabezas de altura—. Que de aquí nos vamos a Caribe. Ya me lo imagino, saliendo de esta basura… ¿Sabes qué es lo que quiero?

Pero El Pecos, apodado de esa manera por su parecido con el rubio de Los Pecos, se llamaba Eduardo Martín y no prestaba atención a lo que decía El Macaco, el tipo que estaba con él. Aquel hombre con cara de primate era realmente violento cuando se incendiaba. Tenía la expresión fruncida y las cejas pobladas, y nadie se atrevía a llamarlo por su apodo.

—No, ¿qué es? —preguntó, lento, acariciando el reloj de plata en el bolsillo del pantalón.

—Montar un restaurante. Siempre he querido ser un chef famoso en el mundo —dijo fantaseando, con la mirada en el techo. El dinero que les iban a pagar por aquel trabajo cumpliría su sueño—. Casa Morales, especialista en arroces y fideuá. ¿Qué te parece?

—Suena bien.

El Macaco entornó la mirada y dio un trago a la copa.

—No sé de cocina, pero aprenderé. Vamos a tener todo el tiempo del mundo —dijo y sus dientes rechinaron—. ¡Venga, bebe, coño!

Dieron un sorbo y recordó que no iría muy lejos si seguía acompañado de ese larguirucho a todos lados. Aquella noche formaba parte de su despedida. No iba a compartir el botín y se desharía de él en cuanto hicieran la entrega. Bastaba con tenderle una trampa. Una paliza no era suficiente, pues se le podían cruzar los cables. Había que ponerle un señuelo y esperar a que cayera en él.

—Oye, Javier —comentó, cabizbajo—, ¿y si nos la juega?

El Macaco lo agarró del pescuezo y juntó sus cabezas.

—¡Cierra el pico! ¿Quieres? ¡Olvídate de eso, collons! —exclamó y lo sorprendió con una ligera, pero sonora, bofetada—. Lo tenemos contra las cuerdas. Si canta, él va detrás. Nosotros ya hemos pasado por el talego, pero él es un mierda…

—Si tú lo dices, así será...

—Pues claro que lo digo yo, ¡che! —dijo, después lo soltó y con el vaso de tubo entre los dedos, apuntó a una de las muchachas que había en el bar esperando a que las abordaran— Ahora, vamos a vaciar la escopeta, que la llevo cargada de estrés, ¡ja,ja!

El Macaco se alejó para hablar con una muchacha rubia con peluca y ojos azules. Tenía la piel pálida y llevaba maquillaje hasta en los brazos, para disimular los golpes que los matones del propietario les daban cuando se negaban a trabajar. Eduardo lo sabía de buena fuente, porque su novia se lo había contado. Él detestaba esos ambientes, pero estaba allí por ella. Toda ayuda era poca para sacarla de ese lugar y confiaba en que algún día ambos serían libres.

Se acercó a la barra y llamó a la camarera.

—¿Otro?

Él negó con la cabeza.

—¿Está Sherezade por aquí?

Así se llamaba ella y así lo deseaba creer él.

Sherezade era un seudónimo más de los muchos que había utilizado.

En un servicio le explicó que su nombre era persa y significaba que procedía del más bello lugar en el mundo, aunque fuera original de Norilsk, la ciudad más contaminada de su país, en donde el aire sabía a azufre.

La camarera arqueó las cejas.

Conocía al cliente y su historia.

Se iba a la cama con Sherezade y nunca se acostaba con ella. La trataba bien, hablaban durante una hora y le pagaba de más. Y como compañera, sabía que encantar a uno de esos hombres ingenuos o necesitados de cariño era una cuestión de suerte. No todas tenían la misma fortuna.

Consciente de que Sherezade había entrado media hora antes a una de las habitaciones con otro cliente, la camarera debía mantenerlo ocupado hasta que apareciera.

—Sí, pero ha salido un momento —dijo, insegura, desviando la mirada—. Tenía que hacer unos recados.

—Está bien, esperaré —respondió con calma—. Le he traído algo, un regalo.

La mujer sonrió, sintiendo lástima por él y también por ella.

—Deja que te ponga una copa —contestó y se dispuso a preparar otro vaso con hielos y ginebra.

—Una tónica es suficiente. No me gusta beber.

—Invita la casa.

Ella sirvió el refresco, él aguardó unos minutos mirando a su alrededor, observando cómo e

acompañero molestaba a dos mujeres.

—¿Te cae bien tu amigo? —preguntó la camarera y reculó al sentir que entraba en territorio aprohibido. Nunca había que indagar demasiado—. Perdona, no he dicho nada.

—No es mi amigo… Es un conocido.

Sherezade apareció junto a un varón por las escaleras que llevaban a las habitaciones. Si E Pecos se giraba y la veía con el cliente, la catástrofe estaba servida.

Rápida, la camarera se acercó a él y lo agarró del brazo para mantenerlo ocupado.

—¿Qué haces? —preguntó, confundido.

—Espera, creo que tienes algo en el ojo…

—No tengo nada, estoy bien.

—¡Ya está! ¡Era una pestaña!

El hombre se apartó y la empujó hacia atrás.

—No me gusta que me toquen los desconocidos.

La tensión amargó la conversación. Ella no respondió. Sabía que podía arruinarle la tarde a su amiga y hacerle perder los cien euros que iba a cobrar, además de recibir una buena sacudida po sparte de uno de los vigilantes.

—¿Va todo bien por aquí? —preguntó la meretriz, dejando un fuerte halo de perfume dulzón ay barato para camuflar el asqueroso olor a sexo impregnado hasta en los poros de la piel—. ¿Una visita sorpresa?

—Tu amiga se toma muchas confianzas —señaló.

Sherezade llevaba un vestido de color rojo neón que le dejaba al descubierto la espalda y en e que se marcaban las voluptuosas prótesis mamarias.

—No seas así con Abril. Es una buena chica.

Él la observó con indiferencia.

—¿Vamos? —le preguntó, cogiéndola por la cintura de un modo protector y no sexual. En ocada encuentro, Sherezade se preguntaba si esa sería la ocasión en la que le pediría acostarse con ella, pero nunca llegaba ese momento.

Después de meses acudiendo, entendió que su problema era otro.

—¡Dale bien fuerte, Pecos! —exclamó el Macaco cuando lo vio marcharse por los escalones enfatizando las palabras con un vulgar gesto de manos.

La mujer lo guio por un pasillo de luz tenue y sombras rojizas.

Abrió una puerta y lo invitó a entrar a una de las habitaciones.

El hombre se sentó en el borde de la cama y esperó a que ella hiciera lo mismo. Eduardo estaba nervioso, pensando si a su dama le gustaría el regalo que tenía para ella.

—¿Quieres tomar algo, cariño? —preguntó con su fuerte acento.

—Estoy bien —dijo, con la mirada agachada—. Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —quiso saber, fingiendo sorpresa—. ¿Y qué es?

—Un regalo.

La mujer se acercó al cliente y le dio un beso en la mejilla. Después le acarició el pecho con una mano y el cabello con la otra.

—Eres un hombre tan bueno, Eduardo…

Él tembló. Las caricias lo estaban excitando, pero quería centrarse en el obsequio. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y agarró el reloj.

—Cierra los ojos.

La dama levantó las cejas.

—¿Para qué?

—Ciérralos. Es un regalo.

Durante un instante, Sherezade sintió el peligro bajo su piel. El pulso se le disparó y los pensamientos horribles se apoderaron de ella. No era la primera vez que un hombre mentía y tampoco la primera que sufría los abusos de un cliente. Aquel hombre no dejaba de ser un desconocido para ella, a pesar de que hubiera estado con él una veintena de veces.

Llenó los pulmones, rezó en ruso lo que sabía y entornó los párpados.

El hombre la agarró de una mano, sujetó su muñeca con cuidado y ella sintió algo frío y metálico en la piel. Entonces comprendió que no le haría daño.

—Ábrelos.

Los ojos brillaron al descubrir el obsequio que colgaba de su muñeca. Era hermoso. Un reloj de plata para ella.

—Pero… ¿Eduardo? Esto vale mucho dinero.

Él sonrió y se quedó quieto.

—Es para ti. Me gusta verte feliz.

—¿De dónde lo has sacado?

—Eso no importa.

Ella levantó la muñeca y se sintió perfecta con él.

—Me encanta —confesó y le dio otro beso en la mejilla—. Gracias. Eres un amor…

—Cuando lo vi, supe que sería para ti… Hay algo más.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

No estaba acostumbrada a las sorpresas agradables.

—¿Otro regalo?

Él dibujó una mueca en su rostro.

Lo hacía poco, pero esa sonrisa era real.

—Pronto, muy pronto, abandonaremos este lugar. Te juro que la próxima vez que venga a verte, será para sacarte de aquí, ¿me oyes?

A la chica se le formó un nudo en el estómago. Aquellas palabras iban cargadas de peligro. Ninguna chica salía del club por voluntad propia, si no era con los pies por delante.

Ella lo miró, conteniendo la angustia y aguantando la lágrima de pena que deseaba caer por su mejilla. Después apoyó la cabeza en su hombro y juntos pasaron el resto de la hora en silencio sentados en el borde de la cama.

—¿Para qué?

—Ciérralos. Es un regalo.

Durante un instante, Sherezade sintió el peligro bajo su piel. El pulso se le disparó y los pensamientos horribles se apoderaron de ella. No era la primera vez que un hombre mentía y tampoco la primera que sufría los abusos de un cliente. Aquel hombre no dejaba de ser un desconocido para ella, a pesar de que hubiera estado con él una veintena de veces.

Llenó los pulmones, rezó en ruso lo que sabía y entornó los párpados.

El hombre la agarró de una mano, sujetó su muñeca con cuidado y ella sintió algo frío y metálico en la piel. Entonces comprendió que no le haría daño.

—Ábrelos.

Los ojos brillaron al descubrir el obsequio que colgaba de su muñeca. Era hermoso. Un reloj de plata para ella.

—Pero… ¿Eduardo? Esto vale mucho dinero.

Él sonrió y se quedó quieto.

—Es para ti. Me gusta verte feliz.

—¿De dónde lo has sacado?

—Eso no importa.

Ella levantó la muñeca y se sintió perfecta con él.

—Me encanta —confesó y le dio otro beso en la mejilla—. Gracias. Eres un amor…

—Cuando lo vi, supe que sería para ti… Hay algo más.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

No estaba acostumbrada a las sorpresas agradables.

—¿Otro regalo?

Él dibujó una mueca en su rostro.

Lo hacía poco, pero esa sonrisa era real.

—Pronto, muy pronto, abandonaremos este lugar. Te juro que la próxima vez que venga a verte, será para sacarte de aquí, ¿me oyes?

A la chica se le formó un nudo en el estómago. Aquellas palabras iban cargadas de peligro. Ninguna chica salía del club por voluntad propia, si no era con los pies por delante.

Ella lo miró, conteniendo la angustia y aguantando la lágrima de pena que deseaba caer por su mejilla. Después apoyó la cabeza en su hombro y juntos pasaron el resto de la hora en silencio, sentados en el borde de la cama.

25

Domingo, 10 de agosto de 2008.

Comisaría Provincial de Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

La reunión no se alargó más de lo necesario. El comisario Écija les había asignado un escritorio en una habitación privada, alejada del resto. A partir de su llegada, Peralta tendría independencia para tomar las decisiones que considerara oportunas, siempre y cuando las consultara antes con Écija.

—Protocolo y seguridad, como comprenderá.

El comisario le habló del problema con la ciudad vecina, sobre los empresarios del calzado de las muchas familias que habían construido fortunas a raíz del desarrollo industrial, y también de las que habían aprovechado la coyuntura para crecer mediante prácticas sospechosas.

Écija hizo hincapié en la familia de la víctima, los Coves, conocidos en el Cuerpo debido a los numerosos negocios que gestionaban bajo COVEX S.L., la sociedad fundada por el abuelo de la familia durante los años setenta del siglo anterior.

—¿Y cómo es que todavía siguen operando?

La empresa había sido investigada en varias ocasiones por Hacienda y por la Brigada de Delitos Económicos, acusada de lavado de dinero, contratación irregular, evasión de impuestos tráfico de mercancías no homologadas, malversación de fondos, tráfico de influencias en los concursos de obra pública, en la política, en los propios sindicatos, y uso de talleres clandestinos para evitar pagos a la Seguridad Social, entre muchas de las causas que figuraban en la lista de acusaciones. Pero ninguna de las causas abiertas llegó a puerto, por falta de pruebas y de testigos y gracias a una aparente transparencia legal.

—¿Son más listos que el resto? —cuestionó el comisario Écija—. No lo creo. Ni siquiera son los que más tienen… Y no ser los primeros, en este caso les da la ventaja de jugar en segundo plano.

Peralta tomó nota de los detalles que el comisario enumeraba. El litoral mediterráneo de la Península era una tierra de oportunidades y hasta el más ingenuo conseguía hacer negocio con el de fuera. Tomó una nota mental para más tarde.

Por último, planteó las primeras hipótesis que él había barajado, todavía sin poseer las conclusiones de la Unidad Científica sobre el cadáver y sobre el coche calcinado.

—Consideramos el ajuste de cuentas —señaló el comisario—. No digo que sea entre familias tal vez haya alguien más.

—Por lo que dice, no les faltarán enemigos.

—No es lo habitual en esta gente. Derramar sangre son palabras mayores.

Peralta, cruzado de brazos, se rio para sus adentros al escuchar cómo el comisario se incluía en el caso del que no sería partícipe.

—¿Existe alguna familia enfrentada con los Coves?

El superior se encogió de hombros.

—Lo desconozco. Habría que investigar las actividades de los últimos años, aunque todo es papel mojado.

Peralta se frotó los ojos acusados de cansancio y empezó a sentir en los pulmones el aire pesado de aquel despacho.

—Está bien. Me pondré a ello —dijo y ojeó de nuevo la fotografía de la chica, que había en el informe. Después cerró la carpeta para abandonar la sala—. ¿Dónde está mi compañera?

—Parece que tarda más de lo previsto —respondió y tamborileando con los dedos sobre el escritorio de madera—. No se preocupe, tómese libre el resto de la jornada, para acomodarse y mimetizarse con el entorno. Deje su equipaje en el hotel, disfrute de la ciudad unas horas y mañana se reunirá con ella.

—Ni de broma voy a quedarme quieto —murmuró.

—¿Cómo dice?

—Que está bien.

—Mejor… Por cierto, ahora que lo menciona, hay una cosa que debe saber sobre ella.

—No me lo diga… Es pariente suyo o algo parecido.

El comisario sonrió.

—No, en absoluto. Lo que quiero decirle es que la inspectora Agulló es… ¿Cómo expresarlo?

—Inténtelo con palabras.

Écija chasqueó la lengua y dio un largo suspiro.

—Metódica.

—¿En el campo? —preguntó, curioso—. Es lógico. Es inspectora de Homicidios.

—Sí, así es.

—¿Es lo que quería transmitir?

—Más o menos…

—Entonces estará preparada.

—Eso esperamos.

—Ajá.

El comisario se levantó de la silla y lo acompañó a la puerta, no sin antes darle una palmada en la espalda. El inspector no entendía a qué venía tanto contacto físico.

—Se llevarán bien —dijo el superior y le señaló su despacho—. Estoy seguro de que ambos aprenderán mucho el uno del otro.

—He venido a resolver un crimen, comisario —dijo con voz seria—. Espero que su inspectora no sea problemática.

—Lo sé y descuide, me han hablado de su carácter —respondió y la confianza asumida generó un ligero ambiente de incomodidad entre los dos. Écija sonrió y suspiró—. Relájese Peralta, esto no es Madrid, ni yo soy Balmes… Bienvenido a la brigada.

a

s

e

l

l

y

y

?

a

s

ı

a

,

26

Domingo, 10 de agosto de 2008.

Los Arenales del Sol. Elche, Alicante.

El fulgor que el sol dejaba en el cielo comenzaba a apagarse a medida que la noche se acercaba. Sentado a la mesa de una heladería de la avenida principal, disfrutaba de una horchata en la que bañaba un *fartón*[1] que se deshacía en pedazos.

Se encontraba solo, pero seguro.

Allí nadie lo reconocía, ya que la mayoría eran turistas de fuera y de lejos, de tan lejos que se comunicaban con lenguas que no le resultaban familiares. Le sorprendía que ocurriera algo así en un lugar que siempre había pertenecido a los habitantes de su ciudad.

Los tiempos cambian, pensó.

Luego se preguntó dónde estaría su esposa, si seguiría en la playa disfrutando del sol vespertino. Había intentado fingir normalidad a lo largo del día. Después de la llamada, aquella jornada no empezó con buen pie y temía que lo notara. Llevaban casados tantos años que era un libro abierto para ella.

Terminó la merienda, a pesar de que se acercaba la hora de la cena, y sacó el paquete de tabaco negro. Encendió un cigarrillo, cruzó las piernas despobladas de vello y contempló las ruinas del hotel. Un monstruo de ladrillo que seguía en pie desde su construcción en los años cincuenta, a pie de playa, y que arrastraba cuentos y leyendas. Un trozo de historia que nadie se había atrevido a demoler. Pero su fijación en el edificio era nula. Su mente estaba en otra parte. Se había metido en un buen número, el primer acto había terminado y ahora debía prestar atención al resto de la función.

Y todo por una cuestión de dinero, poder y principios.

«En torno a eso gira el mundo, ¿no?», reflexionó, fumando compulsivamente.

El plan inicial había ido como la seda, pensó. El idiota de Bernabéu les había encargado el trabajo a dos quinquis. Su orden fue clara como el agua: un susto a la chica, para que los Coves y los Navarro se enfrenten, rompan la UTE y permanezcan al margen de la operación.

Sin unión de empresas, por separado no podían hacerse cargo del centro comercial.

Esa era la idea original.

Pero aquellos dos hicieron lo que les vino en gana.

Un año antes y por las mismas fechas, durante la procesión de la Roà en la que participaba junto con su esposa, en su desesperación le había pedido un milagro a la Virgen de la Asunción

patrona de los ilicitanos, en el interior de la Basílica de Santa María. A pesar de su agnosticismo político y de postín, para comulgar con los votantes, creía como el que más y participaba en las actividades que el clero organizaba para las esferas más altas del municipio. Porque en esa ciudad, hasta el más ateo era creyente.

La Virgen de la Asunción obró el milagro y lo manifestó de la manera menos predecible. Seis meses más tarde, mientras cenaba en su domicilio junto a su mujer, oyó de soslayo a su hija hablando con una amiga por teléfono. La conversación giraba en torno al rumor de que Laura Coves, quien estaba en boca de todas las chicas de su generación en Elche, había accedido a un gabinete de comunicación del Ayuntamiento, gracias a su abuelo.

La noticia no le gustó. La mínima sospecha de nepotismo podía alertar a la oposición.

«Y todos saben cómo termina esto», pensó.

Un rumor que habría quedado en algo anecdótico aquella noche si no hubiese sido porque Manuel Coves y Andrés Navarro le habían comunicado su interés conjunto por el proyecto de un nuevo centro comercial, a las afueras de la ciudad.

La noticia ni siquiera era pública. Por entonces, él ya había iniciado las negociaciones con una tercera parte interesada procedente de Holanda, instalada en Torrevieja y camuflada en diferentes empresas pantalla registradas en Londres y Luxemburgo. El contacto extranjero estaba dispuesto a llegar un acuerdo de reparto mucho mayor que el impuesto por la unión de Coves y Navarro, quienes, a cambio de la asignación le darían una pequeña comisión.

Estaba harto de ser el primero en dar la cara y el último en recibir. Llevaba demasiados años poniendo la mejilla y el escozor era notable. Había llegado el momento de girar el tablero e invertir los roles.

Aquella velada cambió de por vida su forma de ser.

Conocía a la muchacha y había sido él quien le ofreció el puesto, pero no fue capaz hasta aquel instante, de entender la oportunidad que tenía delante.

A partir de ese momento, sintió interés por conocerla mejor.

Pronto descubrió que se veía con alguien y averiguó que, como todos, la muchacha también tenía enemigos. A pesar del riesgo, la espió a fondo para ahondar en su vida. Micrófonos en el espacio de trabajo, pinchazos en las llamadas. Tenía los contactos y el poder suficiente para hacerlo. Su seguridad estaba en juego.

Y no le agradó lo que descubrió entre sus secretos.

Laura era como una moneda. Tenía dos caras que utilizaba a su antojo, en función de con quién tratara. Elaboró una lista de nombres, encargó a Bernabéu que redactara un informe e investigó sus razones. Después ató los cabos y las pesquisas lo condujeron a tres personas. Una de ellas era Andrés Navarro. Obtuvo fotografías de sus encuentros y corroboró el noviazgo.

Un Navarro con una Coves.

Conocía a las dos familias y sabía que el romance no tumbaría el acuerdo. No sólo dependía de ellos, sino también afectaba al resto de empresas que se nutrían de las operaciones de las dos principales.

Hacía falta algo con más fuerza, se decía.

Una mañana, en su despacho, revisando las grabaciones del teléfono móvil, oyó una conversación que lo puso en guardia.

«Creo que me ha descubierto».

Laura Coves no era la niña buena que todos creían conocer. Igual que su abuelo, la ambición no tenía límites para ella y todos los caminos, hasta los más cortos, la llevarían a su meta.

Su plan era retorcido.

Quería deshacerse de él, sacar sus trapos más sucios a la luz, frenar su plan de jubilación.

Siguió escuchando. No podía creerlo cuando supo que el sacerdote también le daría la espalda.

Daba por sentado que la muchacha estaba en el gabinete para ampliar su red de contactos pero jamás pensó que metería en su propia casa a una intrusa.

Información a cambio de poder.

Todo encajaba, pensó, convencido.

La firma de publicidad financiada por el abuelo, la carrera respaldada por el segundo partido mayoritario… Con una Coves en el equipo de gobierno, la red de empresas se ampliaría, los tentáculos llegarían al ayuntamiento y se moverían con total independencia.

¿Y él?, se preguntó. No quería ni imaginar lo que le pasaría.

Entonces entendió que debía deshacerse de ella antes de que pusiera en peligro la gran operación, sus tres últimos años de carrera política y su prometedor futuro como hombre de negocios.

Laura debía desaparecer y tenía que parecer que Navarro era el culpable de lo sucedido.

Y lo mismo debía pasar con quienes pretendían traicionarlo.

Todo debía parecer una sucesión de casualidades.

Estudió sus rutinas, continuó monitorizando sus movimientos y vigiló cada paso que daba… hasta que encontró la llave que abriría su puerta.

Cuando acudió a su cita, presintió que estaba ante la persona adecuada.

El secreto se desveló y el final de Laura había sido dictado.

La idea le pareció frívola, pero pensó que el horrible episodio reforzaría su imagen política. Nada podía derrumbar a un pueblo unido contra una causa como aquella.

Todos saldrían ganando.

Ahora debía esperar a la reacción. El primer paso ya se había dado.

Antes de anticiparse, tenía que meditar como un buen estratega.

La situación era delicada y todas las cartas estaban sobre el tapete.

Si la ejecución salía bien, habría una guerra entre familias, tan pronto como descubrieran lo ocurrido. Conocía las consecuencias de aquello: un par de almacenes ardiendo y varios escándalos en público que le servirían a él para justificar la segunda parte del plan.

Se sintió un genio.

«Tú no eres ningún criminal», se repitió, con la intención de apaciguar el remordimiento interior.

«El cambio siempre requiere sacrificio».

Aplastó la colilla contra el cenicero, dejó unas monedas en la mesa y avisó a la camarera para decirle que se marchaba. Después decidió dar un paseo junto al mar. Aquello lo tranquilizaría un poco.

La brisa iba de frente, aplastando el polo de color azul contra su pecho y el bañador rojo en sus muslos.

Caminó en dirección norte, hacia el final de la calle.

Los bloques de viviendas que ocupaban ambos lados de la calzada eran iguales: colmenas de ladrillo, balcones amplios divididos en dos o tres partes y toldos verdes o a rayas blancas y azules. Una aberración a los ojos, parecida a las vistas en sus viajes a las viejas repúblicas soviéticas, a diferencia de que la costa ayudaba a olvidar el horror.

Cuando llegó al final del paseo, se detuvo ante la avenida de Menorca, una perpendicular que limitaba el fin de la zona residencial y el inicio de una enorme extensión salvaje de dunas, tierra y costa que unía las playas de Arenales del Sol, El Altet y Urbanova.

Al fondo se podía ver la bahía de Alicante y sus montañas.

Observó la hora y decidió dar la vuelta y regresar a su casa. Su esposa se preguntaría dónde se había metido. Él llegaría cansado tras el paseo y lo suficientemente hambriento para no despreciar la cena que acompañaría con vino. De postre tomaría un vaso con dos dedos de whisky en el balcón y después se iría a la cama.

Cuando se dispuso a cruzar a la otra acera para caminar en dirección contraria, un todoterreno de la Policía Local giró desde la avenida y se detuvo a su costado.

De primeras, no le dio la menor importancia.

Ni siquiera prestó atención al coche, pero cuando notó que aminoraba la velocidad, se giró de cara a él.

Reconoció al agente, que iba solo. Dedujo que el mensaje debía de ser muy importante para entregarlo en persona.

—¿Buscando a alguien? —preguntó en plena calle, haciéndose el sorprendido. Debía mantener las apariencias—. El mar hoy está agitado.

El rostro de preocupación confirmó sus sospechas.

—¿Le llevo a casa? Parece un poco perdido.

—Estoy bien, gracias.

—Venga, suba.

Él suspiró y miró al frente. Estiró los brazos fingiendo cansancio y respiró para ganar tiempo asegurándose de que nadie los estaba viendo.

—El médico me ha recomendado pasear a diario.

—Seguro que puede cumplir mañana.

Antes de contestar, un niño subido en un monopatín pasó por su lado a toda velocidad.

El movimiento lo desestabilizó y los nervios le pasaron factura.

—¡Crío de mierda! —gritó, reculando al instante. Aquel comportamiento no era propio de él. Ante las miradas, aceptó la invitación del policía y ocupó el asiento del acompañante—. No respetan nada los críos de ahora. Si por mí fuera, a más de uno se le quitaban las ganas de hacer el zángano.

El inspector Bernabéu, vestido de uniforme, al volante del coche, invadió el carril contrario para tomar el sentido opuesto.

No estaba allí por mera casualidad. Más bien, eran muy pocas las personas que conocían su paradero exacto. Todos pensaban que disfrutaba de los veranos en el apartamento de Santa Pola. Y aunque se encontraba a varios kilómetros de distancia de la vieja residencia, eran suficientes para mantener despistados a los buscones.

—Es por la otra dirección.

El hombre cambió de marcha y siguió hacia el final de la avenida para subir por la cuesta.

—Le llevaré por una ruta alternativa, si no le importa.

—Pues claro que me importa —espetó con el semblante arrugado—. Supongo que no pasaba por casualidad por aquí.

—Supone bien, don Diego.

—¿Es sobre esos dos memos? He pensado en cómo solucionar lo ocurrido.

El policía se humedeció los labios con la lengua.

—Yo también, señor.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué has pensado?

—Déjeme que se lo explique en unos minutos.

—Con tanto secretismo, mi mujer empieza a sospechar que tengo una amante.

—Verá, ya que no permite que lo llame, déjeme contárselo en un lugar seguro. No me gustaría que nos vieran juntos.

—Quizá exagero con lo de la amante, pero sé que sospecha de algo, aunque no sabe todavía de qué. Será mejor que consigas otras dos líneas pronto.

—Lo haré.

—¿Has ido a ver a Manuel Coves?

—Sí —contestó serio, concentrado en la conducción.

—¿Cómo está?

—Bien, se recuperará.

—Ese gordo no morirá de un infarto… ¿Qué te ha dicho?

—Confíe en mí… Unos minutos… y se lo explicaré todo.

—Como quieras… —dijo, se cruzó de brazos y miró por la ventanilla—. Pero unos minutos te pueden cambiar la vida para siempre, Bernabéu.

Dulce típico de Alboraya que es un tipo de bollo alargado blando, dulce y absorbente que se moja en horchata.

—Yo también, señor.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué has pensado?

—Déjeme que se lo explique en unos minutos.

—Con tanto secretismo, mi mujer empieza a sospechar que tengo una amante.

—Verá, ya que no permite que lo llame, déjeme contárselo en un lugar seguro. No me gustaría que nos vieran juntos.

—Quizá exagero con lo de la amante, pero sé que sospecha de algo, aunque no sabe todavía de qué. Será mejor que consigas otras dos líneas pronto.

—Lo haré.

—¿Has ido a ver a Manuel Coves?

—Sí —contestó serio, concentrado en la conducción.

—¿Cómo está?

—Bien, se recuperará.

—Ese gordo no morirá de un infarto… ¿Qué te ha dicho?

—Confíe en mí… Unos minutos… y se lo explicaré todo.

—Como quieras… —dijo, se cruzó de brazos y miró por la ventanilla—. Pero unos minutos te pueden cambiar la vida para siempre, Bernabéu.

Dulce típico de Alboraya que es un tipo de bollo alargado blando, dulce y absorbente que se moja en horchata.

27

No fue una buena idea presentarse en la residencia de los Navarro.

—¿En qué país vive, Agulló? —le preguntó Sempere, poco antes de regresar a la comisaría de Elche para despedir la jornada—. ¿En el de Alicia?

No habían pasado ni veinticuatro horas para que el inspector sacara el tono paternalista que llevaba dentro.

«En España, como todos, so imbécil».

Le recordó a su difunto padre, aunque había una gran diferencia entre ambos: el inspector no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

Ella pensó que al ilicitano le molestaba su presencia y que había solicitado ayuda con el fin de no hacerse notar. Tras lo visto en su despacho, sospechó que tenía suficientes enemigos para complicar sus pesquisas. Sempere sabía que el caso de Laura Coves era el inicio de algo que estaba relacionado con su investigación personal. El policía no iba a soltar el pez gordo.

Deseó que su disputa no se convirtiera en un problema a medio plazo.

Por su parte, Agulló aún se movía en un mundo sobre papel. Un mundo de leyes memorizadas, de protocolos y manuales, pero ajeno al de otros agentes.

Agradeció su ayuda a Sempere, quien se retiró de la jornada con un amargo sabor de boca.

—Un consejo para el futuro, inspectora… Piense dos veces sus acciones antes de actuar —comentó el policía—. Estarán preparados la próxima vez.

Agulló no respondió, se subió al Peugeot y tomó la autovía que la llevaba directa a Alicante.

Por el trayecto tuvo tiempo suficiente para reflexionar sobre lo ocurrido en su primera jornada. No conseguía olvidar el rostro de esa joven, ni tampoco el olor que desprendía. Esa muchacha podía haber sido cualquier otra, pensó y lamentó con impotencia que el sistema seguía fallando. No importaba el endurecimiento de las penas ni el aumento de agentes como ella. Los verdugos actuaban sin miedo, sin responsabilidad. Los casos se repetían con tanta frecuencia que la opinión pública ya estaba sedada ante la desgracia.

La muerte de Laura Coves justificaba una vez más por qué había ingresado en el Cuerpo.

Cuando llegó a la capital levantina, el cielo se mostraba casi apagado, dando paso a una noche brillante y cerrada.

Era tarde, el reloj pronto marcaría las diez y se sentía hambrienta.

Aparcó el vehículo en el reservado para el Cuerpo y se percató de que las luces del departamento seguían encendidas. Estaba agotada y había tenido un día horrible como para enfrentarse a sus compañeros o al comisario, quien probablemente no estaría allí.

Entregó las llaves en la primera planta, recogió el casco de motocicleta y dejó el arma reglamentaria.

Por un momento, fantaseó con la escena del crimen, imaginando a los dos presuntos hombres que habían matado a esa chica. Se imaginó apuntándoles y sintió miedo.

Miedo a disparar.

Miedo al fracaso.

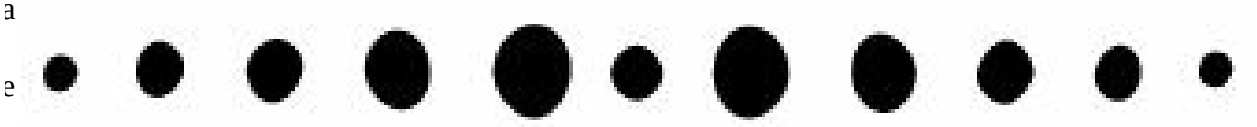
El pulso se le aceleró y decidió marchase de allí.

Si todas las personas tienen un secreto, aquel era el de Agulló.

Pero las probabilidades de abrir fuego eran muy bajas.

«Proporcionalidad, oportunidad y congruencia».

Se despidió de los compañeros de la primera planta, se puso el casco integral, subió a una Vespa de color turquesa y tomó dirección al centro de la ciudad, soñando en abrazar la almohada hasta que el despertador sonara de nuevo.



Unas horas antes de que la inspectora regresara a la ciudad, Melchor Peralta abandonó las instalaciones de la comisaría, siguiendo las sugerencias del comisario Écija.

«Tres días más».

Un taxi lo llevó hasta el hotel de una estrella de la calle del Capitán Segarra, situado en pleno centro, a uno de los costados del Mercado Central de Alicante. El Hostal Campoy era un viejo edificio harapiento de cuatro alturas, con la fachada manchada por la contaminación del tráfico y las persianas amarillentas por el paso de los años.

Una estrecha construcción encajada entre dos bloques de viviendas que le daban el aspecto de una alargada y aplastada barra de pan.

Al dejar el taxi, le sorprendieron los cuatro tubos luminosos que brillaban alrededor de los bajos y del primer piso, encuadrando la palabra HOSTAL.

«Ya le vale, comisario».

Una vez dentro de la estrecha recepción, el encargado lo atendió con amabilidad. Prefirió no darle detalles de su visita. Reservó tres noches, las tres que pagaba el Cuerpo. Ni una más con su dinero, se dijo.

Recogió la llave y subió por las escaleras hasta la tercera planta, cruzándose con dos huéspedes con rasgos de extranjeros.

Al abrir, se alegró de que la habitación diera al exterior. Dejó la bolsa de equipaje y el periódico de la mañana sobre una cama de cuerpo y medio con un juego de sábanas que le hizo recordar a su infancia. El interior olía a cerrado, así que abrió la ventana y el ruido del tráfico se coló en el cuarto. El aparato de aire acondicionado, que había sido de color blanco antes presentaba un aspecto gris y deteriorado. La habitación era tan minúscula que el espejo y el lavabo quedaban fuera del cuarto de baño.

Oyó un traqueteo seguido de unos gritos. Cerró la ventana y buscó de dónde procedía el ruido. Eran los gemidos de una dama en la planta superior.

Se rio en soledad.

Sin ánimo de permanecer allí más tiempo, agarró la llave y salió a la calle para pegar un bocado y respirar el aire de la ciudad.

Alicante bullía de vida en pleno agosto. El tráfico de las avenidas manifestaba el ambiente festivo de la gente.

En las terrazas de los bares no cabía un alma más y los camareros entraban y salían de los establecimientos con un ritmo frenético.

Lo primero que sintió Peralta al caminar por la calle fue el aire caliente y pegajoso de la costa. Él prefería el calor seco y le incomodaba tener la piel sudada todo el tiempo. Después llegó el olor a pescado podrido de los aledaños del mercado de abastos. El fuerte calor apotenciaba la peste que quedaba tras el trasiego matinal.

Salió de allí sin rumbo alguno, en busca de un bar en el que llenar el estómago. Atravesó la bajada, dejando atrás una calle estrecha de bares taurinos y caminó cuesta abajo hacia la rambla que terminaba en el paseo marítimo. La mezcla de transeúntes era variopinta y poco tenía que ver con el Madrid vacío y tórrido del momento. Turismo. Eso significaba Alicante. Turismo de ingleses, alemanes, holandeses… Grupos de jóvenes ebrios, adultos pasados de rosca. Una estampa que contrastaba con las imágenes de familias normales compartiendo helados, parejas de enamorados disfrutando de la noche y cenas románticas en bonitas terrazas a pie de calle.

Nada extraño que el inspector no hubiera visto antes por Sol o Gran Vía.

Tal vez fuera porque la mayoría de los que allí estaban, disfrutaban de sus vacaciones, o quizá siempre había sido así y era cierto aquello de que los levantinos sabían cómo vivir la vida.

La ausencia de compañía le atizó la conciencia. Las parejas de tórtolos con las que se cruzaba le recordaron a la subinspectora García. Pensó que le habría gustado ver aquello. Las entrañas se le removieron como un remolino de agua. Lo último que deseaba era meterse en su vida, romper lo que habían construido.

Callejeó guiándose por su instinto hasta que dio con una estrecha calzada que llamó su atención. Frente al lujoso hotel Hospes Amérigo encontró la cervecería Layton, un pequeño local de dos plantas, rebosante de clientes.

Echó un vistazo a los platos de sepia, a las gambas, a las raciones de croquetas y a las tablas de pulpo a la plancha.

Poco que ver con los bocatas de calamares que acostumbraba comer entre horas, pensó.

Predispuesto a probar, entró para abrirse hueco en la barra.

Entre el griterío, aprovechando el viaje al Levante, disfrutó de unas cigalas frescas, de una ración de ensaladilla rusa y de media de mojama, regando la cena con cerveza y acompañando con un poco de pan con tomate. Para el postre pidió un café solo y el camarero lo invitó a un chupito de licor de hierbas.

Salió satisfecho, con el deber cumplido y el buche lleno, y optó por dar un paseo de vuelta para bajar la cena.

Somnoliento y cansado, tomó la cuesta hasta el principio de la rambla, abriéndose camino entre la muchedumbre que empezaba la noche.

Al cruzar el paso de cebra de una esquina, sintió el reflejo del faro de una motocicleta que se acercaba a toda velocidad. El inspector retrocedió, la moto frenó en seco frente a las barras pintadas y el silencio del pánico se apoderó de la calle.

Peralta, con el corazón a mil por hora, se fijó en la conductora: una mujer de unos treinta años.

—¿Por qué no miras por dónde vas? —preguntó, enfadado—. ¡Casi me llevas por delante!

La inspectora Agulló, paralizada por el desencuentro, cogió aire antes de responder.

—¡Lo siento! ¿Vale? —exclamó sin bajar de la moto—. No te he visto. El ángulo es muy corto.

Peralta ladeó la cabeza con desprecio.

—¡No te fastidia! Ahora la culpa será mía… ¿Quieres que te dé también la razón?

Ninguno de los dos se atrevía a abusar de su posición.

—Ya te he dicho que lo siento, ¿qué más quieres?

—Pues que lleves cuidado, ¡joder! Pon atención a la carretera, por el bien de todos.

—¿Has terminado ya? —preguntó, incómoda.

El inspector reprimió sus palabras.

—Piérdete de mi vista, petarda… —murmuró y siguió caminando.

Ella no respondió. Era lo más inteligente. Había tenía suficiente con Sempere, como para rematar la noche con ese desconocido.

Su padre siempre le decía que no se bajara al nivel de un idiota, porque perdería.

Salió por la calle, acelerando en dirección al siguiente semáforo.

Peralta se olvidó del asunto en cuanto tocó las sábanas. Por suerte o por desgracia, sus caminos se cruzarían antes de lo que esperaban.

—¿Por qué no miras por dónde vas? —preguntó, enfadado—. ¡Casi me llevas por delante!

La inspectora Agulló, paralizada por el desencuentro, cogió aire antes de responder.

—¡Lo siento! ¿Vale? —exclamó sin bajar de la moto—. No te he visto. El ángulo es muy corto.

Peralta ladeó la cabeza con desprecio.

—¡No te fastidia! Ahora la culpa será mía… ¿Quieres que te dé también la razón?

Ninguno de los dos se atrevía a abusar de su posición.

—Ya te he dicho que lo siento, ¿qué más quieres?

—Pues que lleves cuidado, ¡joder! Pon atención a la carretera, por el bien de todos.

—¿Has terminado ya? —preguntó, incómoda.

El inspector reprimió sus palabras.

—Piérdete de mi vista, petarda… —murmuró y siguió caminando.

Ella no respondió. Era lo más inteligente. Había tenía suficiente con Sempere, como para rematar la noche con ese desconocido.

Su padre siempre le decía que no se bajara al nivel de un idiota, porque perdería.

Salió por la calle, acelerando en dirección al siguiente semáforo.

Peralta se olvidó del asunto en cuanto tocó las sábanas. Por suerte o por desgracia, sus caminos se cruzarían antes de lo que esperaban.

28

Lunes, 11 de agosto de 2008.

Comisaría Provincial de Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

A las ocho y media de la mañana, la inspectora Agulló aparcaba su motocicleta en la zona reservada para los agentes. Frente a la comisaría, el bar de los policías rebosaba del ambiente de la hora del desayuno.

Miró de reojo y recordó que nunca había sido invitada a formar parte de aquello.

El personal del edificio se movía con agilidad como cada lunes. La inspectora llegaba puntual, vestida de paisano, con un polo ajustado, de color azul marino, que le marcaba el abdomen, y unos pantalones vaqueros. Era delgada y de estatura media. Nunca destacó por sus atributos físicos, aunque eso no significaba que no los tuviera. Durante la universidad, optó por pasar desapercibida, mientras los chicos se fijaban en las que buscaban un poco de atención.

Perder a su madre supuso un varapalo emocional. Después se hizo cargo de su padre, quien se apagaba lentamente. Él creía que era al revés, pero ella era consciente del problema que tenían delante. La situación familiar y laboral la alejaron de las relaciones por un tiempo. Decidió centrarse en la oposición. Así y todo, Agulló tuvo algunos noviazgos, aunque ninguno de ellos fructífero.

Ahora que había puesto la casa de sus padres en venta, se sintió dispuesta a rehacer su vida o mejor dicho, empezar a vivir.

Esa mañana se recogió la melena oscura en una coleta, dejando caer algunos mechones sobre el rostro. Nerviosa por la llegada del nuevo compañero, sentía curiosidad por ver qué aspecto tendría. En el fondo, agradecía que el comisario la hubiera ayudado. Sempere le resultaba un tipo extraño e interesado. Sin embargo, como alguien ajeno al entorno y con la experiencia que no poseía, pensó que todo sería más fácil.

Subió las escaleras hasta la planta de su departamento y encontró al comisario Écija en su despacho, sentado y tecleando en el ordenador.

Se alegró de ser la primera en llegar.

Al tocar a la puerta de la oficina, el superior alzó la vista con una sonrisa y se puso en pie.

—¡Buenos días, comisario! —saludó ella.

—Inspectora, venga por aquí —dijo y procedió a indicarle el camino al despacho que les habían asignado—. Su compañero está ansioso por conocerla.

—No es el único que está ansioso —respondió con una ligera sonrisa—. Espero tener mejo suerte que con el de Elche.

Écija arqueó una ceja y se detuvo frente a un despacho cerrado.

—¿Todo bien por allí?

—Sí, nada grave. Redactaré el informe más tarde.

—Al menos, deme un destacado.

Ella se encogió de hombros y lo miró con inocencia.

—Supongo que… nada que no sepa ya.

—Si tiene algún problema, hágamelo saber —dijo y le dio un toque en el brazo con la mano Después la incomodó con la mirada—. El comisario Javaloyes es un buen amigo.

—Gracias.

Écija abrió la puerta y la empujó hacia dentro.

Sentado en el escritorio, el inspector Melchor Peralta leía la prensa local hasta que advirtió l visita. Despacio, sus ojos se despegaron de las páginas y se encontraron con los de Agulló.

Un chispazo provocó un fuego entre los dos.

La mandíbula de Peralta se tensó y la espalda de la inspectora se irguió.

—Agulló, le presento a Melchor Peralta, inspector de la Brigada de Homicidios de Madrid uno de los mejores en su trabajo, quince años de experiencia en el campo y su compañero en est investigación.

Los dos inspectores se quedaron callados.

Écija los observó, esperando una respuesta por alguna parte.

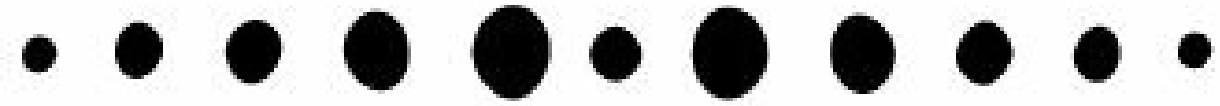
—¿Me he perdido algo?

—No —dijo Peralta y cerró el diario—. Creo que no.

El superior se dirigió a la mujer.

—¿Y usted?

—Yo tampoco lo creo.



El comisario Écija abandonó la sala. Peralta se quedó mirándola sin saber cómo romper el hielo y ella no quería ser la primera en hablar.

—Escuche, inspectora, sobre lo de anoche… —dijo él, quebrando el incómodo silencio—, yo no sabía nada.

—¡No! —interrumpió ella, avergonzada—. Fue mi culpa.

—Un mal día para los dos, supongo… —agregó él, quitándole importancia—. Finjamos que nunca ocurrió y… fin de la historia.

Ella lo miró desconcertado.

Espero unos segundos.

—Pero es que sí, sucedió.

Él frunció el ceño y se preguntó qué pretendía esa mujer.

—Intento empezar con buen pie. No lo arruine.

—Por un momento, pensé que me iba a agredir. Usted no puede ir así por la vida.

Peralta respiró hondo y apretó los puños. Había mucha tarea por hacer.

—Ahora que ya nos conocemos, procure no atropellarme y así no habrá problemas.

—¿Una amenaza?

—Sé dónde encontrarla si intenta huir —dijo con gracia, pero ella no reaccionó—. ¿Qué tal s nos ponemos a trabajar en el caso?

—Sí, será lo mejor —contestó y se acercó al escritorio. Lo primero que vio fue una edició del Información. Le sorprendió que alguien de fuera tuviera interés en las noticias locales— ¿Poniéndose al día?

Peralta miró al periódico y se rio.

—Más o menos… Los diarios son el espejo de la sociedad.

—Es la primera vez que oigo algo así. ¿Y qué ha visto? Si se puede saber…

—¿Qué sabe del sacerdote que saltó por el puente?

—¿Cómo dice?

Peralta abrió la gaceta, pasó las páginas y le mostró la noticia:

«El párroco de la Basílica de Santa María fallece días antes de la celebración del Misteri»

«Don Severiano Robles, el párroco de la Basílica ilicitana, se quitó la vida el pasado sábad por la noche, saltando al vacío desde el puente del Ferrocarril. Aunque los motivos para hacerl apuntan a una avanzada depresión, la Policía no descarta otras hipótesis que justifiquen e suicidio».

Agulló entornó los ojos, sorprendida.

—No sabía nada. ¿Qué aporta esto al crimen de Laura Coves?

Peralta sujetó la página y leyó en voz alta:

—La fortuita e inesperada pérdida del párroco ha conmocionado a la ciudad. Una figur apoyada por la clase política de Elche y por los ciudadanos, debido a su lucha para que l Basílica y los símbolos identitarios de la ciudad recibieran el reconocimiento y las ayuda económicas que merecían.…

—¿Y bien?

—Extraño, cuanto menos. ¿Es usted creyente, inspectora?

—No.

—Entonces, ¿no cree en otra vida?

La pregunta le recordó a sus padres. Prefería no hablar de ello.

—¿Podemos seguir?

Él asintió.

Agulló observó el montón de carpetas que el inspector Peralta tenía en la mesa. Supuso qu llevaría allí unas horas más que ella y también que Écija se habría encargado de poner a s disposición lo que necesitara.

No supo muy bien cómo actuar. Ella no tenía nada.

—La estuve esperando ayer, pero no llegó a tiempo. Así que me he tomado la molestia d empezar por mi cuenta —dijo, cerró el periódico y lo puso a un lado del escritorio. Él tambié sabía con quién trataba. Los «cerebritos» no eran santo de su devoción, pero debía hacer un excepción con esa mujer si quería regresar cuanto antes a Madrid—. ¿Qué tiene, inspectora?

Agulló se sentó a la mesa, dejó la carpeta azul delante de ella y se la empujó hacia e compañero.

—Una chica muerta y un coche quemado —explicó con voz seria. Peralta observaba las fotografías del cadáver y del vehículo, fijando la atención en cada detalle. Después comprobó las capturas de las cámaras de tráfico y por último ojeó el informe por encima—. Dos personas la vieron en un coche con un chico, horas antes de morir. Las cámaras de tráfico confirmaron los testimonios. Cerca del cadáver encontraron las huellas de dos zapatos diferentes, por lo que alguien debió arrastrarla hasta allí, pero…

—No ha sido él —intervino, cortándole el habla.

—¿Qué?

—El chico… —señaló a la foto y buscó su nombre—. Andrés Navarro. No lo hizo él.

—Todavía no he terminado. ¿Cómo puede estar tan seguro?

—No fue un crimen pasional.

—Parece convencido.

—Lo estoy.

—Así que es verdad lo que comentaba Écija de usted…

—De mí dicen muchas cosas… —respondió y señaló la fotografía del cadáver—. ¿Ha visto su expresión?

Ella negó con la cabeza y estiró el cuello para observar la imagen.

—¿Qué tiene de raro?

—Debieron bajarle los párpados. Si se fija en la mandíbula y en los músculos del rostro, lo último que sintió fue miedo —apuntó el inspector—. El informe indica que se abrió la cabeza con una roca. ¿Qué dice la Científica?

La mujer se rio, pero él no lo entendió.

—Me gustaría reírme con usted.

—Lo siento, inspector. Esto es Alicante —aclaró, tapándose los labios—. Las cosas llevan más tiempo… Ni que fuera nuevo… Supongo que tendrán el informe en una semana.

—Ni de broma —cuestionó y descolgó el teléfono que había sobre la mesa—. Una cosa es la autopsia del cadáver y otra lo que encuentran a su alrededor. Se llama prioridad.

—Pues aquí no hay de eso.

Peralta se preguntó si su compañera le estaba gastando una broma de mal gusto, pero entendió que no era así.

—Cojonudo… —lamentó y dio un respingo—. Seguiremos con lo que tenemos… Regresando a la escena del crimen, si se fija en el cadáver… parece que la chica esté dormida. El asesino tuvo compasión con ella. La mató por accidente.

—Aun así, no podemos descartar al muchacho con el que estuvo.

—¿Tiene coartada?

—No ha querido declarar… todavía.

—¿Me puede contar más detalles sobre él?

Ella suspiró.

—Es largo de explicar. Está relacionado con su familia.

—Los Navarro.

—¿La conoce?

—No, pero Écija me habló sobre la familia de la víctima y acerca de sus gestiones. Me imagino que se refiere a lo mismo.

—Supongo…

—¿Hay algún informe al respecto, que pueda revisar?

—Más tarde le presentaré a la persona especializada en el tema —comentó con sorna, aunque pasó desapercibida para él—. ¿Sabe? Yo también vi algo en la escena, un detalle que mis ojos no obviaron.

La inspectora clavó una uña esmaltada en la fotografía de la víctima.

—¿Ve su muñeca? Parece que le arrebataron el reloj de pulsera que llevaba encima.

Peralta emitió un murmullo que ella no entendió.

—No hay aparentes signos de violencia —comentó él.

—Ni siquiera parece que la agredieron sexualmente, aunque deberíamos esperar a la autopsia

—Se lo he dicho, no fue un asesinato pasional. Puede que le robaran el reloj a posteriori, una vez muerta. Es una práctica habitual entre los toxicómanos.

—O para hacernos creer en un móvil.

Peralta dejó la foto sobre la mesa y levantó la vista.

—Descarte esa idea —comentó y apartó la fotografía del escritorio—. ¿Qué averiguó allí?

—Aún debo redactar el informe.

—¿Cree que voy a esperar a leerlo?

Armada de paciencia, la inspectora Agulló le narró la jornada del domingo: desde la visita al pantano al encuentro accidentado con los Navarro.

Le resumió la explicación que el inspector Sempere le había dado sobre el entorno, la coexistencia de las familias empresarias, la UTE, el proyecto del centro comercial y su relación con aeste.

—Sempere afirma llevar años tras ellas y no ha logrado sacar nada que pueda demostrar ante un juez.

—Tal vez no lo haya —respondió, tajante y eludiendo el tema—. Es habitual en estos casos aque la familia intente proteger al muchacho, incluso si no tiene nada que ver… A nadie le gusta que le toquen su propiedad. Por otro lado, las fotos no significan gran cosa. La relación tampoco aNo tenemos nada, en principio.

—¿El optimismo es parte de su éxito?

—Es normal que reaccione así en su primer caso —dijo, demostrando que había hecho sus ódeberes—. ¿Confía en ese inspector?

—Lo mismo que en usted.

—¿Y en las personas?

—¿De qué va esto?

—No me conoce de nada.

—A él tampoco —señaló ella—, y no tengo por qué cuestionar a ninguno. Los tres tenemos un objetivo en común.

—Confíe en su instinto y desconfíe del resto —apostilló.

—¿Lo dice porque es mi primera vez?

—Nunca hay dos primeras veces.

Peralta la miró de lado, en silencio, entendiendo por qué lo habían mandado hasta allí con ella. La inspectora Agulló era una novata de manual. Esa era la diferencia entre alguien que pasaba una década oliendo a asfalto y calabozos y una persona que subía en la jerarquía como euna rata de biblioteca.

—Se lo agradezco, pero sé cuidar de mí misma.

—Tan sólo le pido que esté de mi lado —le contestó. Alguien tocó a la puerta y un compañero de la brigada entró—. ¿Qué ocurre ahora?

—Siento interrumpir, pero preguntan por ustedes desde la comisaría de Elche.

—Es lunes y agosto. A nadie le gusta trabajar, pudiendo estar de vacaciones.

—Siento interrumpir, pero preguntan por ustedes desde la comisaría de Elche.
—Es lunes y agosto. A nadie le gusta trabajar, pudiendo estar de vacaciones.

29

Lunes, 11 de agosto de 2008.
La Portalada. Elche, Alicante.

El rumor de la noticia corrió como la pólvora.

Andrés podía engañar a toda su familia, menos a su abuelo Ricardo.

Tras la visita de la policía a la villa, el muchacho negó tener alguna clase de relación con la pequeña de los Coves y juró, por encima de su cadáver, decir la verdad.

Por su parte, Ricardo Navarro no esperó a que la confesión de su nieto fuera cierta y ordenó a su yerno que se preparara por lo que pudiera llegar. Puede que las lágrimas de cocodrilo de joven convencieran a la mayoría de la familia, pero el anciano sabía que cuando el río sonaba, la catástrofe se acercaba. Que estuviera relacionado con la chica, no le agradaba lo más mínimo. Los Coves representaban aquello que detestaba: el engaño, el mercadeo, las malas maneras a la hora de hacer negocios y, sobre todo, ese carácter fenicio, altivo y soberbio con el que trataban a los demás.

Después de varias décadas de enfrentamientos y de zancadillas financieras, se acercó un periodo de paz. La llegada del competidor asiático fue el punto de inflexión que consiguió que todos los empresarios firmaran un acuerdo para hacer frente al invasor extranjero.

Ricardo Navarro, a pesar de su carácter, sabía cuándo poner la mejilla mientras ésta le diera beneficios.

Con talante y mirando por los suyos, mantuvo una impostada cordialidad con las demás familias locales que poseían más influencia entre la clase política, aceptando los términos de estas y tendiendo puentes para los posibles proyectos futuros de la ciudad.

Pero la paz nunca era eterna.

Aquella mañana, encerrado en su cuarto, Andrés Navarro comprobaba nervioso el muro de noticias de su recién abierto perfil de Facebook.

No había actividad de Laura Coves y se preguntó dónde estaría.

Lamentó haberse acostado con esa desconocida, pero se sentía despechado en esos momentos.

De la noche al día, Laura había cambiado de opinión.

¿Quién se creía que era para romper con él?, se preguntó. Ni siquiera creyó que hablara en serio.

Comprobó dos veces el buzón de mensajes privados de su cuenta creyendo que ocurriría un milagro, que Laura se arrastraría con un texto de rendición y que todo quedaría en un infanti

enfado, pero no fue así.

Cabreado, revisó los mensajes del móvil y borró cada uno de los que había recibido y enviado en las últimas semanas.

«Maldita estúpida».

Entonces escuchó el motor de un vehículo que se aproximaba a la propiedad. Levantó la vista y se acercó a la ventana.

La familia vivía en un chalet de tres plantas, con piscina y jardín privados, ubicado en la zona de La Portalada, una de las áreas residenciales de la ciudad con más poder adquisitivo de Elche.

El viejo BMW serie 3 de color granate metalizado del abuelo, con sus faros redondos y separados y el sonido característico que hacía, aparcó, lentamente, junto a la puerta de la casa.

Al abuelo Navarro le gustaba aquel coche alemán y se negaba a cambiarlo hasta que dejara de funcionar.

Andrés se preguntó qué haría su abuelo allí.

Aunque los visitaba a veces cuando pasaba por la ciudad, no era habitual que saliera de su finca durante el verano. El motivo debía de ser excepcional, pensó el chico, y sospechó que estuviera relacionado con lo ocurrido el día anterior.

De pronto, el móvil vibró en su mano.

Reconoció el contacto.

—¿Te has enterado de la noticia? Mi novia acaba de contármelo…

Un escalofrío recorrió la espina del chico hasta hacerlo temblar.

Tragó saliva con dificultad e intentó que su voz sonara lo más normal posible.

—No, ¿de qué estás hablando?

Pegado a la ventana y con el aparato en la oreja, vigilaba desde su habitación los movimientos del cabeza de familia.

El abuelo aparcó, bajó del coche y fue al maletero.

—Laura Coves está muerta.

—No seas imbécil, Luis. No tiene gracia.

—Hablo en serio. La policía encontró ayer su cadáver. ¡Es muy fuerte!

El corazón se le detuvo por unos segundos.

Un frío sentimiento lo agarró como una babosa. Una cosa era leerlo en el diario y otra era escucharlo de su mejor amigo. La noticia lo devastó y la angustia se apoderó de él.

—¿Estás ahí, Andrés?

—No, no puede ser cierto…

Respiró hondo y aguantó las lágrimas. Ni siquiera su amigo estaba al tanto de la relación. Si se mostraba frágil y lloraba delante de él, terminaría con su imagen de indiferente y los rumores lo acecharían como un avispero agitado.

—Estuviste el sábado con ella, ¿verdad?

—¿Qué insinúas?

—La policía hará preguntas, Andrés.

—Tú también estabas allí —añadió, defensivo, pero entendió que su amigo no lo estaba acusando de nada—. Laura habló con mucha gente esa noche. Es increíble.

—La ciudad está alucinando con la noticia.

Ricardo tragó saliva. Las lágrimas se convirtieron en dolor.

Al otro lado de la ventana, el abuelo sacó una caja de limones y melocotones del coche, cerró el maletero y se dirigió a la puerta. Sus brazos se mantenían saludables.

A pesar de su edad, aún se sentía fuerte para cargar con peso.

El timbre de la vivienda sonó.

—Tengo que dejarte.

—¡Espera! No cuelgues… Sara y algunos amigos vamos a ir al tanatorio para darle el pésame a la familia.

Andrés negó con la cabeza, aunque su interlocutor no podía verlo.

—Hablamos más tarde y me cuentas cómo ha ido… Confío en ti.

Oyó a su abuelo charlando con su madre en la entrada de la vivienda y preguntando por él.

—Somos amigos, ¿no?

Después sintió cómo el anciano subía los peldaños que llevaban a su habitación.

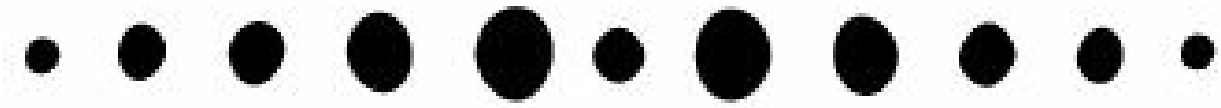
—Gracias —dijo y colgó.

Dejó el aparato en la mesa y se quedó unos segundos en silencio, reflexionando sobre la noticia.

La manivela de la puerta se giró.

Pulsó el botón de apagado del monitor y la pantalla quedó negra.

—Hombre, Sito, ¿ya ni bajas a saludar a tu abuelo?



Ricardo Navarro echó un vistazo al desordenado cuarto de su nieto y pensó que, a su edad, él ya había aprendido a respetarse a sí mismo.

En un espacio más angosto que aquel y con menos comodidades vivió durante años junto a sus hermanos. Nunca se quejó, pues había quien no tenía un techo en las noches heladas de lluvia.

El exceso de lujos, de buena vida, había alejado a su nieto de la realidad y de la verdad que rodeaba la existencia humana: el planeta era un lugar hostil, cruel, en el que nadie te compensaría por el esfuerzo.

Buscó un hueco en la cama y se sentó en el borde.

Después echó un vistazo a las baldas, llenas de cedé-s de música, videojuegos y algunos manuales de la universidad.

—¿Dónde están los libros? —preguntó, curioso.

—Prefiero las películas.

—¿No te gusta leer? ¿Qué os enseñan, entonces?

—Los libros son un peñazo, abuelo. Me quedo dormido.

La mirada del familiar manifestó su desprecio.

Él no tuvo la suerte de ir a la escuela y tampoco de que le enseñaran a leer, pero se educó con dedicación y paciencia.

Primero con los cuentos, después con los episodios de Pérez-Galdós y más tarde con los manuales de contabilidad y negocios.

Aprendió el significado de nuevas palabras, las memorizó para escribirlas y, lo mejor de todo, entendió que el alcance al conocimiento era poder.

De las novelas pasó a los libros de matemáticas, de economía básica y de negocios, sin olvidar a Maquiavelo o a Séneca, para entender mejor a sus competidores. Su biblioteca nunca destacó por las ediciones ni por proteger a los grandes maestros de la literatura, pero cada libro le sirvió para complementar su carácter, forjar su mundo y afilar su visión de la vida.

Con las manos en las rodillas, estudió al chico, que seguía igual de pálido que el día anterior recordándole a los empleados que recibía en su despacho, muchos años atrás, para escarmentarlos antes del despido.

«Si la mirada es el espejo del alma, Dios sabe qué corrompe la tuya, muchacho».

—Os he traído algunos melocotones de la finca —comentó, rompiendo el hielo y analizando el lenguaje corporal de su nieto. Andrés se sentía observado cuando el abuelo estaba presente— Tu abuela se ha empeñado en que los trajera.

—Muy bien, abuelo —dijo, desinteresado y un poco nervioso.

El hombre levantó la mano, como si fura el ala de un halcón, y le sacudió una seca colleja que le escoció el pescuezo.

—¡Joder!

—¿Tú te crees que son formas de contestar a tu abuelo? ¡Me cago en la mar salá, Sito! ¿Que diablos te pasa?

El chico se frotó la parte trasera del cuello para aliviar el dolor.

—No me pasa nada, ¿qué quieres que te diga? Estás siempre con lo mismo.

El hombre miró hacia la puerta, se levantó y la entornó para que su madre no los escuchara. Luego regresó, pero no volvió a sentarse y habló al muchacho desde la altura:

—Quiero ayudarte.

—¿Te he pedido ayuda?

Levantó la mano, pero no llegó a tocarlo.

—Cuéntame qué hacía la policía ayer en casa.

Todavía molesto, Andrés alzó la vista y no vio a su abuelo sino a Ricardo Navarro, el mismo que gestionaba la fábrica, poniendo firmes a los encargados delante del resto de empleados. Era una mano de hierro en un guante de seda.

—Ya os lo dije ayer. No tengo ninguna relación con esa chica ni nada que ver con ella.

—¿Me tomas por idiota, embustero?

—¡Te lo juro!

—No jures en vano delante de mí —respondió, apuntándole con el índice—. Toda mi vida he mantenido los negocios alejados de la familia, pero es obvio que, si no tratas a la familia como otro negocio, esta acaba influyendo en el resto de las obligaciones.

—¿De qué estás hablando?

—Cuéntale la verdad a tu abuelo —respondió, insistente y con seriedad—. Sin mentiras, sin trampas. De hombre a hombre.

—No digas chorradas, por favor…

—Escucha, niñato. Hay una operación muy importante junto a los Coves… Y me refiero a dinero, a mucho dinero… El mismo que paga todo lo que tienes aquí.

—Abuelo…

—Antes de que digas nada, ya sabes lo que opino sobre ellos —continuó—. Pero mis opiniones no valen dinero ni mis juicios generan riqueza. Si viviera acorde a mis principios, es probable que hubiera fallecido como mi padre. Eso es todo lo que te puedo decir, de momento… Así que, si estás relacionado con lo que le ha ocurrido a esa joven, será mejor que me lo digas…

—Si hay algo que te perjudica a ti, también me perjudica a mí y a mis negocios. Y si hay algo que
daña mis negocios, es probable que termine afectándote directamente… ¿Ves?

El chico se cubrió el rostro con las manos.

—Lo sé, abuelo, lo sé…

—La familia y la empresa siempre están relacionadas. Lo que afecta a tu bolsillo, también
afecta a tu forma de ser y, por ende, a los más queridos. Tu abuelo, todo lo que desea es ayudarte
para que no te pase nada.

El muchacho se derrumbó ante el discurso del hombre. Ricardo era implacable con la
dialéctica y hablaba desde el corazón, pero su tono y sus maneras eran feroces como las de un
lobo.

—Tenía una relación a escondidas con ella… —confesó, con los ojos llenos de lágrimas e
incapaz de mirar a su abuelo—, pero rompió conmigo. Lo siento, sé que te avergüenzas de mí, sé
que todos lo haréis cuando se haga público, pero por esa razón no podía deciros nada…

El chico clamaba un consuelo que nunca llegaría. Para su abuelo, Andrés debía aprender a
llorar solo.

—Nadie tiene por qué saberlo —dijo, sin más y sin reproche alguno—. El amor se olvida.
Otra vendrá que te curará las heridas.

—Está muerta, abuelo.

—Llámalo como quieras.

—Muerta de verdad —aclaró—. La han matado… Y van a decir que estuvo conmigo antes de
morir.

La respuesta inquietó al anciano hasta confundirlo. Eran palabras mayores y no contaba con
ese matiz. Esperaba escuchar cualquier explicación, cualquier error humano, deleznable, pero
corregible, de un modo u otro. Sin embargo, la muerte de la chica iba más allá del problema y no
sólo ponía en peligro su negocio, sino también la integridad de su familia.

—¿Quieres decir que la han asesinado?

El chico se limpió los mocos y lo miró a los ojos.

—Eso dicen…

—¿Y por qué pensarían que estuvo contigo?

—Nos acostamos en mi coche… pero yo no la maté.

—¿Qué pasó después?

—Discutimos y se marchó… Desapareció. Eso fue todo.

—¿Y qué hiciste tú? —preguntó, reconstruyendo los hechos.

El chico desvió la mirada.

—Estaba enfadado, ¿vale?

—Dime que no la mataste.

—No la maté.

—¡¿Y qué diablos hiciste?!

Andrés tardó unos segundos en responder.

—Me acosté con otra.

El abuelo se calmó y miró al nieto con desprecio. Le parecía una indecencia lo que confesaba
pero eso no lo volvía culpable sino inocente.

—Eso explica algunas cosas… —comentó, ocultando el cabreo que ardía por dentro.

Debía pensar con frialdad antes de dejarse llevar por la emoción.

Tomó aire, tragó saliva y buscó las palabras adecuadas para hablar con el muchacho roto y

edesvalido que tenía ante sus ojos.

Le daba pena, pero no sentía ninguna clase de compasión hacia él, sino más bien una lástima despreciable por actuar de esa manera. Le recordaba a su padre, pero ¿quién demonios se parecía a él?, pensó.

La culpa era de los padres y no de los abuelos. Por eso él sentía la responsabilidad de ayudarlo, ya que con su hijo había fallado por falta de tiempo. Era otra época y había que elegir entre el pan y la familia. Cometió el error de darle a sus hijos todo lo que necesitaron, menos la figura presente de un padre. Con la pequeña fue más fácil, ya que siempre lo admiró, pero a Ricardito no tuvo quien lo frenara cuando se volvió rebelde, desagradecido y egoísta. En el fondo, lo único que pedía era un poco de atención, lamentaba.

Su nieto, debido a las frustraciones del padre y al consentimiento de la madre, se comportaba de un modo similar, pero aún estaba a tiempo de recibir un correctivo.

Necesitaba su ayuda, debía convertirlo en un muchacho coherente y sensato, como él, en lugar de ser un inmaduro plagado de miedos y excusas.

Le puso la mano en el hombro para mostrarle su apoyo.

—Estoy perdido, abuelo…

—¿Dónde demonios está tu padre para ayudarte?

—Trabajando, como siempre…

Pero sus palabras sonaban huecas en los oídos del anciano.

—Escucha, Sito, olvídate de eso ya y no vuelvas a mencionarla —ordenó y se puso en pie— Me encargaré de ti, pero tienes que hacer lo que diga a partir de ahora.

—Claro, lo que sea…

—Pues date una ducha, que hueles a jabalí… y no tardes. Te esperaré abajo.

—Pero… ¿a dónde vamos?

—No preguntes, ya me has oído.

La orden fue tan severa que el chico se limitó a levantarse y caminar hacia el cuarto de baño. Cuando desapareció de la habitación y oyó el grifo del agua, Ricardo echó un vistazo al desorden y husmeó entre sus cosas en busca de alguna estúpida prueba que pudiera comprometerlo.

Cogió el llavero del coche del nieto y lo guardó.

Después sacó el teléfono de concha del bolsillo de sus pantalones caquis y llamó al yerno.

—Roberto, sí, soy yo… Es sobre el muchacho. La ha fastidiado, pero bien… ¿Estás en la fábrica? Estupendo. Necesito que nos reunamos en una hora en mi oficina… Y llama a los de Santa Pola… Sí, hay un encargo por hacer. No esperaba menos de ti, gracias.

Guardó el teléfono y abrió y cerró los dedos de las manos.

Respiró hondo, estiró el cuello, cambió de actitud y bajó los peldaños de las escaleras.

—¿Paula? —preguntó, con voz dulce, buscando a su nuera—. Oye, mi querida señora pregunta si necesitáis una vajilla para la casa. Tenemos una que no usamos y hemos pensado que tal vez vosotros…

desvalido que tenía ante sus ojos.

Le daba pena, pero no sentía ninguna clase de compasión hacia él, sino más bien una lástima despreciable por actuar de esa manera. Le recordaba a su padre, pero ¿quién demonios se parecía a él?, pensó.

La culpa era de los padres y no de los abuelos. Por eso él sentía la responsabilidad de ayudarlo, ya que con su hijo había fallado por falta de tiempo. Era otra época y había que elegir entre el pan y la familia. Cometió el error de darle a sus hijos todo lo que necesitaron, menos la figura presente de un padre. Con la pequeña fue más fácil, ya que siempre lo admiró, pero a Ricardito no tuvo quien lo frenara cuando se volvió rebelde, desagradecido y egoísta. En el fondo, lo único que pedía era un poco de atención, lamentaba.

Su nieto, debido a las frustraciones del padre y al consentimiento de la madre, se comportaba de un modo similar, pero aún estaba a tiempo de recibir un correctivo.

Necesitaba su ayuda, debía convertirlo en un muchacho coherente y sensato, como él, en lugar de ser un inmaduro plagado de miedos y excusas.

Le puso la mano en el hombro para mostrarle su apoyo.

—Estoy perdido, abuelo…

—¿Dónde demonios está tu padre para ayudarte?

—Trabajando, como siempre…

Pero sus palabras sonaban huecas en los oídos del anciano.

—Escucha, Sito, olvídate de eso ya y no vuelvas a mencionarla —ordenó y se puso en pie—. Me encargaré de ti, pero tienes que hacer lo que diga a partir de ahora.

—Claro, lo que sea…

—Pues date una ducha, que hueles a jabalí… y no tardes. Te esperaré abajo.

—Pero… ¿a dónde vamos?

—No preguntes, ya me has oído.

La orden fue tan severa que el chico se limitó a levantarse y caminar hacia el cuarto de baño. Cuando desapareció de la habitación y oyó el grifo del agua, Ricardo echó un vistazo al desorden y husmeó entre sus cosas en busca de alguna estúpida prueba que pudiera comprometerlo.

Cogió el llavero del coche del nieto y lo guardó.

Después sacó el teléfono de concha del bolsillo de sus pantalones caquis y llamó al yerno.

—Roberto, sí, soy yo… Es sobre el muchacho. La ha fastidiado, pero bien… ¿Estás en la fábrica? Estupendo. Necesito que nos reunamos en una hora en mi oficina… Y llama a los de Santa Pola… Sí, hay un encargo por hacer. No esperaba menos de ti, gracias.

Guardó el teléfono y abrió y cerró los dedos de las manos.

Respiró hondo, estiró el cuello, cambió de actitud y bajó los peldaños de las escaleras.

—¿Paula? —preguntó, con voz dulce, buscando a su nuera—. Oye, mi querida señora pregunta si necesitáis una vajilla para la casa. Tenemos una que no usamos y hemos pensado que tal vez vosotros…

30

Manuel Coves movió cielo y tierra para despedir a su nieta lo antes posible y que así pudiera descansar en la eternidad. Era justo y necesario para él, para la muchacha y para que el dolor comenzara a diluirse lo antes posible. Coves era consciente de que un hombre dañado por los sentimientos era un hombre frágil para los negocios. Cuanto antes terminara el duelo, antes comenzaría a sanar.

Tan sólo tuvo que descolgar el teléfono, marcar a ciertos amigos influyentes en la política regional, en los tribunales y en las Fuerzas de Seguridad del Estado para cobrarse algunos favores pendientes en el pasado.

Todo salió como esperaba. La mañana del lunes, después de que el cadáver pasara menos de veinticuatro horas en la morgue, Laura Coves descansaba en un ataúd, maquillada, con el semblante hinchado, tieso y sin expresión, y cubierta por un vestido azul oscuro. La autopsia había sido rápida, pero los resultados de los análisis llevarían algo más de tiempo.

El féretro se encontraba tras una vitrina de cristal, rodeado de velas, de coronas de flores y de una fotografía de su juventud.

Todos los miembros de la familia Coves aguardaban en el interior de la capilla ardiente, ellos de traje y ellas con vestidos negros ajustados, de una pieza, que llegaban a las rodillas.

Además de la tramitación para que la misa se celebrara al día siguiente, Manuel Coves se encargó en persona de poner un anuncio en los dos diarios provinciales con más tirada. Avisó a los políticos y a los medios de comunicación locales del asesinato de su nieta.

Laura Coves siempre había estado en boca de todos, en el objetivo de las cámaras cuando acompañaba a su abuelo a los eventos públicos. Apuntaba maneras, decía el cabeza de familia que era su ángel de la guarda. En unos años, tan pronto como desarrollara su carrera en el gabinete de comunicación del Ayuntamiento de Elche, la joven de la familia tenía el beneplácito del abuelo para fundar su propia agencia de publicidad y comunicación. Él confiaba en ella aunque no entendiera demasiado el mundo moderno.

Pero Manuel Coves no pretendía rendir un homenaje a su nieta, ni darle más importancia a suceso de lo que merecía. Más bien, su intención, fuera de lo común y con una postura de lo más inteligente y discreta, era la de avisar a los canallas que estaban tras el crimen, de que pronto les llegaría su hora. Manifestando su poder mediático y su influencia sobre los demás, dejaba constancia de que no tardaría en dar con ellos. Estaba convencido de que ningún agujero de la ciudad sería buen escondite para aquellas ratas.

A medida que pasaba la mañana, las primeras visitas no tardaron en llegar a la capilla ardiente. La prensa, en el exterior del enorme tanatorio, esperaba a que algún miembro de la familia saliera. Seis fornidos guardias de seguridad contratados por el propio Coves protegían la entrada de los reporteros.

Numerosas caras conocidas de la localidad y de la provincia se acercaron al ataúd de la difunta para darle el último adiós y presentar sus condolencias a los parientes. Por allí también pasaron los representantes de algunas conocidas familias de empresarios locales, como los tres hombres que aparecieron juntos, vestidos con trajes oscuros de mangas anchas y un pin del Elche C.F. en la solapa. Aquellos tres tipos de rostros ojerosos y aspecto sombrío pertenecían al círculo más próximo al abuelo. Eran los hombres de confianza y para Coves representaban a la otra familia.

El primero que se le acercó fue Ximo Macià «el buitre», un hombre de edad madura con las cejas gruesas y pobladas, una calva brillante y un cuello alargado en el que se le pronunciaba la nuez. Su nombre definía su carácter: tranquilo, callado, observador y depredador.

A su lado estaba Toni Verdú «el trencaous», corpulento y con los rasgos de un boxeador retirado. El seudónimo venía por la tienda de ultramarinos que regentaba su padre en el pasado y también por la fama que había ganado pateando las entrepiernas de más de un bocazas.

El último en darle el pésame fue Arturo Miralles «el arquitecto», un hombre de pelo blanco con una gruesa verruga bajo el ojo derecho y con la mirada de quien no deja cálculo al azar. A igual que el resto, poseía su empresa y su negocio nada tenía que ver con los edificios. Miralles era contable, una persona de números, aficionada a los acertijos. Planificaba con astucia y construía laberintos legales para eludir las inspecciones de Hacienda.

El pequeño de los Coves observaba a su abuelo y a sus amigos a unos metros de distancia. Conocía a esos hombres. Siempre habían estado alrededor de su abuelo, como parte de decorado. Sin embargo, ahora podía entender qué representaban.

La pobre Josefina se ocultaba los ojos llenos de lágrimas tras unas gafas de sol oscuras, igual que hacía su hija Manuela, quien la acompañaba en todo momento. Montserrat, la esposa de José Coves, consolaba a un marido derrotado y demacrado por el golpe más trágico que le había dado la vida. José Coves necesitaba a su esposa más que nunca.

La noche anterior, bañado en lágrimas y en un arrebato de sinceridad, confesó a su compañera sentimental que necesitaba ayuda. Prometió que dejaría los casinos, la cocaína y el alcohol. Le juró que sería con Manuel un padre de verdad, y no una figura ausente y egoísta. Quizá no fuera consciente de lo tarde que llegaba a esa conclusión.

De no estar allí, Montserrat le hubiera pedido el divorcio al final del verano.

Ahora, ella debía ocuparse de otros asuntos, pero anularía su matrimonio en cuanto las aguas regresaran a su cauce, pensaba. Después tendría tiempo para cobrarse el pesar que había soportado en los últimos dos años, una carga emocional alimentada de infidelidades y mentiras.

La mujer lo abrazó sin perder de vista a Miguel, quien permanecía pendiente del teléfono y junto a su abuelo Manuel.

Junto a la entrada, siendo los últimos en recibir el pésame de los visitantes, Lorena Brotons y su padre guardaban el respeto y la compostura, mostrándose afectados.

Montserrat Miralles se apartó del marido y se acercó su sobrina.

—Lorena, hija —le susurró al oído—. Saca a tu primo a la cafetería para que coma algo. Lleva desde ayer sin pegar bocado.

La chica sonrió, acarició el brazo de su tía y asintió con la cabeza.

—No te preocupes, tía. Te prometo que lo hará.

—Gracias, cielo.

Lorena caminó a la vitrina donde descansaba su difunta prima y se aproximó al joven, que seguía con la mirada clavada en sus zapatos.

—Voy a la cafetería a por un café y un cruasán.

—Estoy bien.

—Tu madre me ha dicho que no comes desde ayer.

Entonces alzó la vista para encararla.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó, señalando a la difunta—. Se han olvidado del broche de apelo que el abuelo le regaló. Tengo que decírselo. Era su favorito.

Y también el de Lorena. Era el único broche femenino que había pasado por generaciones de sCoves. Laura siempre lo lucía con orgullo.

La joven miró al féretro y regresó la mirada a su primo.

—¿Vienes o qué? Nadie se va a mover de aquí.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí?

Ella lo miró. Alargó el brazo y lo agarró de la muñeca.

—No lo hago, es por tu madre —dijo y se acercó a él para susurrarle al oído sin que los ,escucharan—. Te invito a un cigarro.

El abuelo parecía ocupado con esos tres hombres. No le había hecho caso en toda la mañana y spensó que no notaría su ausencia.

Entonces una presencia irrumpió en la sala, absorbiendo la atención de las miradas presentes. Las voces se apagaron y el silencio reinó. Se formó un pasillo entre el invitado y Manuel Coves .El empresario carraspeó y se frotó las manos.

Vestido con traje negro a rayas y el cabello oscuro y peinado hacia un lado, el hombre entró en la sala, saludando con la mirada escondida bajo las lentes cuadradas y los párpados caídos. Se lacercó a Manuel Coves y su esposa se quedó atrás, junto a Josefina. Sin mentar palabra exigió éintimidad y los tres acompañantes se retiraron a la vez, igual que los jóvenes.

Con postura firme pero sosegada, cruzó las manos y después tocó a Manuel Coves mostrando su afecto.

—Me avisaron anoche, Manuel. Lo siento muchísimo… Laura era… —lamentó y llenó los epulmones con dolor—. En fin, qué voy a decir que usted no sepa. No quiero imaginar lo que aestarán pasando…

—Gracias por acudir, don Diego. Aprecio el detalle por su parte. En estos momentos, la familia debe permanecer unida.

—Faltaría más, Manuel… —dijo y se humedeció los labios—. Haremos un día de luto en la aciudad y cancelaré las fiestas de esta noche. No hay nada que celebrar. Estoy seguro de que los ilicitanos lo entenderán y manifestarán su apoyo.

—El gesto le honra, pero espero que el sacrificio de mi nieta sirva para que esta atrocidad no se repita.

—Descuide —respondió, relajado, con el talante y la oratoria que lo caracterizaba—. Me encargaré en persona de encontrar a quien lo hizo.

Manuel Coves se acercó a su oído.

—¿Y se sabe algo ya?

—Todavía es pronto, Manuel, todavía es pronto —respondió y ejerció una ligera presión en la espalda del empresario—. Encontraron un coche calcinado a las afueras… La policía baraja

diferentes hipótesis… Ahora es momento de pensar en su familia, de despedir a su nieta y de recuperarse. Le informaré de todo lo que llegue a mis oídos.

Desconfiado, el empresario asintió y le devolvió el saludo para despedirlo, no sin antes dirigirle unas últimas palabras.

—Don Diego —dijo en voz alta para que lo escucharan todos—, es usted un buen alcalde y mi familia y yo comprendemos que es un hombre con mucha responsabilidad. Eso le honra. Sepa usted bien, en nombre de todos, que nunca olvidaré lo que ha hecho por nosotros.

Rodeado de miradas atentas como si fuera un diamante, Diego Soler recibió el comentario con escepticismo, a pesar de su aparente gratitud. Acto seguido, avisó a su esposa y ambos abandonaron el tanatorio.

diferentes hipótesis… Ahora es momento de pensar en su familia, de despedir a su nieta y de recuperarse. Le informaré de todo lo que llegue a mis oídos.

Desconfiado, el empresario asintió y le devolvió el saludo para despedirlo, no sin antes dirigirle unas últimas palabras.

—Don Diego —dijo en voz alta para que lo escucharan todos—, es usted un buen alcalde y mi familia y yo comprendemos que es un hombre con mucha responsabilidad. Eso le honra. Sepa usted bien, en nombre de todos, que nunca olvidaré lo que ha hecho por nosotros.

Rodeado de miradas atentas como si fuera un diamante, Diego Soler recibió el comentario con escepticismo, a pesar de su aparente gratitud. Acto seguido, avisó a su esposa y ambos abandonaron el tanatorio.

31

La primera visita a la ciudad, para él. La segunda, de manera oficial, para ella.

Agulló había estudiado el mapa de la ciudad vecina para no perderse como en su anterio visita. No quería ser el objeto de las gracias de Peralta.

Si la memorización era una de sus virtudes, la falta de orientación se sumaba a sus defectos.

Harta de confundirse cuando viajaba, se obligaba a comprobar el destino en los mapas y callejeros. Consultaba los nombres de las calles, sus números, los locales, memorizaba varios puntos de referencia y después los buscaba cuando se encontraba allí.

Esa jornada el cielo tenía un color brillante y muy claro, con una luz diferente a la que Peralta solía ver en Madrid.

Sería una mañana muy calurosa, pensó y observó las vías del tren que separaban la costa rocosa del asfalto.

A la salida de Alicante, la emisora de radio se perdía a causa de las interferencias. Dejaron atrás la ciudad, las fábricas, el palmeral y San Gabriel. En cuestión de minutos, el paisaje se convirtió en una estrecha vía de doble sentido y de naves industriales, edificios en ruinas, desguaces de vehículos y descampados llenos de maleza. A lo lejos se podía ver el aeropuerto, los aviones que aterrizaban para traer a los que querían disfrutar de la Costa Blanca, y un mar picado y turquesa que se fundía con el azul del horizonte.

El silencio fue mutuo durante los primeros kilómetros de viaje.

—¿Ha trabajado en más casos parecidos a este? —preguntó ella, rompiendo el hielo y bajando el volumen del ruido de la radio.

—No, por desgracia… Hay mucho cabrón suelto.

—¿Y los ha cerrado?

—¿Usted qué cree?

—Claro, qué cosas tengo…

—Soy de carne y hueso, como la gente normal —dijo—. Algunos se cierran, otros se archivan. Eso es todo. Si tienes suerte, atrapas al que lo ha hecho y te llevas una palmada de superior de turno, porque no hay más, ¿sabe?

—La gente normal también se equivoca.

—A nosotros no nos pagan por nuestros errores…

La inspectora apretó el volante.

—Pues esto no es Madrid. Aquí suceden otras cosas, y no digo que sean de menor importancia, pero no disponemos de los mismos recursos.

—Puede ir con ese cuento a otro. Un agente está preparado para trabajar aquí y en China.

—Si usted lo dice…

—Relájese, Agulló —intervino, haciéndole un gesto con la mano—. Me importa un carajo que sea su primer asesinato. Está ciega si no ve que Écija la ha puesto a prueba…

—No entiendo a qué se refiere.

Él la miró de reojo.

—Es obvio, ¿no? —preguntó y se rio—. Es verano, hay un crimen en la región turística de país… ¿Sabe lo que significa eso?

—En esta zona se cometen cientos de delitos por estas fechas, pero usted conoce los datos por supuesto…

—No vaya por ahí —respondió, dando un respingo—. Es temporada alta, hay más personas de lo habitual en todo el litoral y la economía está haciendo la caja del resto del año… No hay noticias, el país está paralizado. Un paso mal dado y nos puede caer la de Dios.

—¿No exagera un poco?

—¿Cree en las casualidades?

—A veces.

—Usted y yo somos la noche y el día.

—Écija insistió en que no quería a ningún policía vinculado a la ciudad —explicó recordando las palabras del superior—. Temía que lo entorpeciera todo.

—Pues menos mal.

—Conozca a Sempere y opine después. Es su especialidad, ¿no? Las primeras impresiones digo…

—A veces me equivoco. Déjeme que le pregunte una cosa.

—Dispone de vía libre.

—¿Cuántos años tiene?

Ella lo miró de soslayo.

—¿Intenta ligar conmigo?

—O posee el elixir de la juventud… o es muy joven para ser inspectora.

Ella tensó los músculos de la cara. Écija no era el único que la estaba poniendo a prueba.

—Opositè para la plaza.

—Lo suponía.

Agulló apretó los puños.

—¿Algo que objetar? Si cree que es el primero que me va a juzgar por ello…

—No se lo tome como algo personal.

—No lo hago. Es usted el desconfiado, no yo.

Peralta hizo una mueca. La inspectora sabía aguantar los golpes. Y estaba soportando toda la amargura de un inspector que todavía no se había bebido el segundo café.

Pensó que había tenido suficiente y que lo mejor sería que se llevaran bien, si iban a compartir tantas horas.

—Perdone, me estoy comportando como un idiota…

—Mi padre fue inspector del Cuerpo, de los de antes —dijo ella, quitándole importancia al asunto y siendo más perspicaz que él—. Estaba enfermo. Su voluntad era verme como inspectora antes de morir, si es lo que quería saber.

Sorprendido, asintió con la cabeza.

—Así que de familia… ¿Era buen tirador?

—Se le daba bastante bien.

—¿Le enseñó a disparar?

—No. Eso corrió por mi cuenta.

—¿Le gusta?

—No demasiado. Me defiendo, ¿y a usted?

Él sonrió.

—Más de lo que debería. Procuro dar en la diana… Lamento haberla juzgado antes de hora.

—No importa… ¿Puedo preguntarle yo algo?

—Adelante.

—¿Lo ha hecho porque soy mujer o por conseguir la plaza y saltarme la meritocracia?

A Peralta se le atragantaron las palabras. No esperaba ese giro de conversación.

—Por lo segundo, sin duda.

—Lo suponía —dijo ella y sonrió, repitiendo las mismas frases que había usado el compañero antes.

—Entiendo que no me va a decir su edad, ¿verdad?

—Ni en sueños, Peralta.

—¿Por qué, es de mala educación?

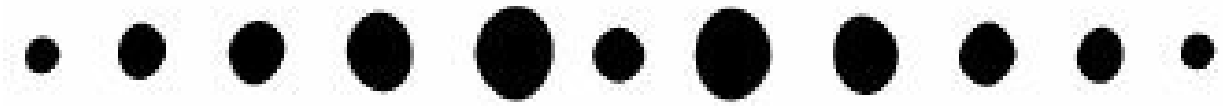
—Me llamó petarda, ¿qué espera? Haga sus cuentas.

Peralta refunfuñó.

—Borrón y cuenta nueva, ¿le parece?

—Borrón y cuenta nueva —expresó ella y vio el cartel que anunciaba la entrada a la ciudad de Elche—. Estamos llegando, ¿algo más antes de zanjar esta conversación?

—Suficiente por hoy —dijo, observando el paisaje de palmeras por la ventanilla—. Tan sólo espero que, si tiene que disparar, no lo piense demasiado.



El ala este de la ciudad de Elche era una jungla de cemento sin vida, sin peatones y casi sin tráfico. Un escenario habitual en las mañanas veraniegas debido a la huida masiva de sus habitantes a las zonas costeras de los alrededores.

Atravesaron el barrio de Altabix, observando el oasis de palmeras, rotondas y viviendas unifamiliares de gran tamaño a ambos lados de la carretera hasta que el escenario dio lugar a un paisaje más empobrecido.

Dos calles separaban los chalets del barrio de Los Palmerales, una de las zonas más conflictivas de la ciudad y el principal mercado de la droga.

Peralta miraba por la ventanilla el lienzo social que tenía ante sus ojos: una calle a medio asfaltar y llena de escombros, palmeras y basura. Una furgoneta destartalada cruzaba la esquina arrastrando un remolque lleno de chatarra. La fachada de un bloque de viviendas circular manchada de aerosol, con las persianas atascadas, las ventanas rotas y una mula atada a la verja del bajo del edificio. Varios vecinos alrededor de un banco, tocando las palmas y fumando mientras vigilaban los coches que entraban y salían del poblado.

La inspectora se detuvo ante el semáforo y los hombres del otro lado de la calzada los vigilaron sin detener el ritmo de las palmas.

—Parece que tengan un don para reconocernos —comentó, curiosa.

—Han visto más policías que nosotros.

El semáforo cambió de color, los inspectores continuaron su viaje y los chivatos siguieron con el ritmo de las palmas sin moverse del sitio.

Lo siguiente fue otro huerto de palmeras, varios institutos públicos y los alrededores del Hospital General, por donde merodeaban prostitutas y drogadictos. A ellas se las podía ver de lejos, a la sombra y con unos conjuntos que saltaban a la vista. Ellos aparecían entre los coches demacrados, con los rostros cadavéricos y con la piel ennegrecida por la mugre y el fuerte sol de la temporada. Pedían limosna, asaltaban a los visitantes del hospital en los aparcamientos de los alrededores y gritaban, consumidos por la abstinencia.

—Carajo, ¿están en huelga los servicios de limpieza? —comentó el inspector con sorna.

Llegaron a la comisaría. El ambiente era tranquilo a esas horas. Algunos ciudadanos esperaban su turno en las escaleras exteriores. Cuando se quitaron los cinturones de seguridad Peralta se dirigió a ella.

—Antes de entrar ahí… —dijo y esperó a que ella centrara su atención en él—, recuerde que somos los que estamos a cargo de este asunto. Deje que ese inspector hable, pero no le cuente más de lo necesario.

Ella asintió sin tomar demasiado en serio sus palabras.

Bajaron del coche, el calor húmedo se pegó a sus cuerpos y se dirigieron al interior de la comisaría. Tras identificarse, uno de los agentes de la entrada avisó al inspector para que acudiera a recibirlos.

La espera duró unos minutos hasta que la silueta de aquel hombre apareció por las escaleras. Sempere mascaba chicle como si fuera un caballo y caminaba con aires de grandeza.

Cuando el ilicitano vislumbró la presencia de la pareja, le regaló una sonrisa a ella y, distante, saludo a su compañero.

—Pensaba que se habrían perdido… —comentó, jocoso, y estrechó la mano con los dos— Usted debe de ser el madrileño.

—Mejor si me llama Peralta.

—Claro —dijo, indiferente, moviendo la mandíbula al mascar—. ¿Qué tal la llegada a la *terreta*? ¿Le gusta?

—Bien, pero prefiero el calor castellano.

Sempere rechistó y soltó un soplido.

—Vengan a mi despacho, por aquí… —dijo con desgana, señalando a los peldaños—. Hoy hay faena.

—¿Faena? ¿Es usted marino?

Agulló sintió la testosterona a su alrededor.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, subiendo las escaleras después de Sempere—. ¿Hay algo nuevo?

Alcanzaron la primera planta, cruzaron el pasillo que los llevaba a la oficina del inspector y Sempere se detuvo en la puerta, impidiéndoles el paso.

—Tenía usted razón, Agulló —dijo, deshaciéndose del chicle en la papelera de metal que había junto a la puerta—. La víctima sufrió un robo después de su muerte.

Los dos inspectores de Alicante se miraron en silencio con complicidad.

Sempere levantó los hombros.

—¿Qué pasa? No necesito a cinco agentes para que me digan lo que ya sé… —reprochó justificando su talento—. La falta de recursos te afila el instinto.

Peralta lo miró con recelo.

Se preguntó si se referiría al caso de La Vaguada.

Demasiado retorcido, pensó.

—Vaya al grano, inspector —ordenó.

—Está de camino una colaboradora que conoce la procedencia del reloj. Les ruego que tengan tacto.

—Por supuesto —dijo ella. Sempere abrió la puerta y los invitó a pasar—. ¿De quién se trata?

—Es una sorpresa para nuestro compañero.

Peralta dio un vistazo al despacho y observó lo que el ilicitano tenía allí dentro.

—Detesto las sorpresas —rumió.

Después siguió los pasos de la inspectora.

Sempere levantó los hombros.

—¿Qué pasa? No necesito a cinco agentes para que me digan lo que ya sé… —reprochó, justificando su talento—. La falta de recursos te afila el instinto.

Peralta lo miró con recelo.

Se preguntó si se referiría al caso de La Vaguada.

Demasiado retorcido, pensó.

—Vaya al grano, inspector —ordenó.

—Está de camino una colaboradora que conoce la procedencia del reloj. Les ruego que tengan tacto.

—Por supuesto —dijo ella. Sempere abrió la puerta y los invitó a pasar—. ¿De quién se trata?

—Es una sorpresa para nuestro compañero.

Peralta dio un vistazo al despacho y observó lo que el ilicitano tenía allí dentro.

—Detesto las sorpresas —rumió.

Después siguió los pasos de la inspectora.

32

Lunes, 11 de agosto de 2008.

Comisaría de la Policía Nacional. Elche.

La agenda del teléfono móvil fue decisiva para elaborar una lista de amigos, familiares y posibles sospechosos. Un operativo de agentes se encargó de citar y tomar la declaración de los números más frecuentados por la víctima. A excepción de sus padres y otros miembros de la familia, diez de los quince contactos seleccionados pertenecían a compañeros de estudios.

De esos diez, tres de ellos se encontraban fuera de la ciudad desde hacía una semana y tenían coartada para justificar la ausencia.

Los cinco restantes eran tres chicas y dos chicos.

Dos de las jóvenes se comunicaban casi a diario con Laura, según el registro de llamadas y mensajes del aparato, por lo que la policía sospechó que tendrían una relación cercana. La tercera chica era una compañera de trabajo en el gabinete de comunicación del ayuntamiento.

Su amistad era puramente laboral.

En cuanto a ellos, uno de los números pertenecía a su hermano Miguel. El otro a Ramón Sepulcre, un amigo del círculo fraterno y a quien la víctima y la familia conocían desde la escuela primaria.

—El resto son números aleatorios —explicó Sempere, señalando el listado telefónico que había extraído del terminal—. Tardaremos un poco más en averiguar a quién pertenecen.

—Buen trabajo. ¿Qué hay de las declaraciones?

—Aquí están —dijo el ilicitano y le entregó un montón de folios impresos—. Puede tomarse la molestia si quiere, pero no encontrará gran cosa. Todos aseguran haber coincidido con la víctima en algún momento de la noche. La mayoría lo hizo en la barraca del colegio Ferrández Cruz.

—¿Barraca?

—Sí, barraca —repitió el ilicitano.

Agulló intervino.

—Es una especie de discoteca móvil, como los escenarios que se preparan para las ferias, ya sabe… —aclaró ella, ante la ignorancia—. Las instalan en los colegios y son populares durante las fiestas municipales.

—Entiendo.

—El compañero no parece muy feriante.

Peralta levantó los ojos.

—Nunca me han gustado las aglomeraciones —dijo, examinando por encima las declaraciones, sin encontrar ningún dato que saltara a la vista—. ¿Nadie le ha preguntado sobre la chica?

Sempere miró desconcertado.

—Es de primero de academia. Mis hombres han localizado, tomado y redactado el testimonio de diez personas en tiempo récord.

—Ninguno dice nada revelador. ¿Qué pasa con la familia? ¿Han ido ya a su domicilio?

—Todavía no. Creemos que puede esperar unas horas a ser interrogada.

—No es tiempo de lo que disponemos.

—En Elche nos conocemos todos —repuso—. No está de más mostrar un poco de respeto.

Peralta se quedó pasmado ante la falta de agilidad de sus compañeros. De ocurrir en su comisaría, ya habrían oído los gritos de Balmes.

—Le conocerán a usted, pero no a mí.

En silencio, echó un vistazo a la oficina y se fijó en el panel de corcho que colgaba junto a la pared.

—¿Qué eso todo eso? ¿La Cosa Nostra?

—La *Costra Nostra*, más bien…

Agulló y Sempere rieron, pero Peralta no cazó el juego de palabras que referenciaba al plato típico de arroz.

—Yo también me quiero reír, ¿qué es tan gracioso?

—Es parte de una investigación que manejo desde hace tiempo.

Peralta se acercó a las fotografías.

—Extraoficial, sospecho.

—Archivada.

—Pues eso…

Observó con detenimiento la pirámide de nombres.

El esquema era austero, pero suficiente para entender la estructura de las organizaciones. Reconoció algunos apellidos y recordó las noticias del diario y la explicación de la compañera.

—¿Quiénes son estos hombres?

Fingió interés.

—Empresarios locales.

—¿Qué han hecho? ¿Forman parte de alguna trama?

Sempere suspiró.

—Llevo una década investigando diferentes corruptelas… Todos están implicados de alguna manera, pero no hay forma de demostrarlo.

—¿No la hay porque no existe o porque no tiene pruebas?

—¡Oiga! —exclamó, enfadado al ser cuestionado.

—Pregunto.

—Es más complejo que eso.

—Comprendo… —dijo y echó un vistazo a los apellidos. La fotografía del puesto más alto de uno de los organigramas pertenecía a Manuel Coves, un hombre grueso y calvo, vestido con chaqueta y con pelo a los lados de la cabeza. Tenía la mirada de un tiburón y los mofletes de un cachalote. Sempere lo había señalado como el jefe de una organización.

Debajo de él aparecía su hijo, José Coves, un cincuentón más apuesto que el padre y con una

media melena que le caía a la altura del cuello.

Debajo de éste, tres hombres más, vestidos también con traje y menores que el alto mando Sus apellidos eran Macià, Miralles y Verdú, y el inspector los había identificado como los socios Finalmente, debajo de cada nombre se desarrollaban otros tres organigramas que conectaban con una extensa lista de figurantes.

Peralta echó un vistazo rápido y comprendió que algunos apellidos como Castaño, Irles Verdú, Pastor o Román se repetían.

Continuó con la observación y pasó a la lista que había al lado.

La pirámide se duplicaba, a excepción de que los hombres de la fotografía tenían un aspecto más rudo y no llevaban ropas elegantes.

Le sorprendió que hubiese diferencias desde el principio.

En lo más alto, Ricardo Navarro, un tipo de cabeza alargada, tupé canoso y mirada hostil conectaba al mismo nivel con Roberto Ródenas, a quien Sempere había identificado como asesor.

Debajo de Navarro se extendían tres ramas: la primera tenía la foto marcada de un hombre Mario Ruso. Era un retrato antiguo, de otra época pasada. El rotulador rojo formaba una cruz en su cara y entendió que había fallecido o que estaría entre rejas. De él no salían más nombres.

De la segunda rama crecían tres apellidos y tres rostros varoniles con semblante hostil Miguel Soledad, un hombre de cara ancha y bigote frondoso, que parecía tener relación con los sindicatos de trabajadores; Francisco Gutiérrez, un tipo moreno de cara delgada y con ojeras, y que estaba señalado como guardia portuario; por último, el más sorprendente de todos y quien también tenía el rostro marcado con una cruz roja, Enrique Peñalver, vestido con el uniforme de la Guardia Civil. Como remate al esquema y en último lugar, aparecía Ricardito Navarro, del que sospechó que sería el hijo del cabeza de lista.

—La chica… Laura Coves —apuntó—. ¿Tiene relación directa con alguno de estos hombres?

Sempere se alegró de que dijera aquello.

Era su caso, su tema preferido de conversación, su única obsesión.

—Laura Coves es la nieta de Manuel Coves —aclaró y se acercó al tablón para señalar la foto de su abuelo. Después hizo lo mismo con el organigrama conjunto, como si fuera un profesor— Y Andrés Navarro es el nieto de Ricardo Navarro.

—¿El mismo al que visitaron ayer?

Sempere suspiró, esperando que alguien reconociera su talento.

—Sí.

—¿Fue idea suya?

—Así es.

—¿Y cree que fue adecuado?

—Le dije a la inspectora que nos ahorraríamos mucho tiempo.

Peralta miró a su compañera con incredulidad y repitió el gesto con él, encogiendo la nariz con desagrado.

—Usted es idiota, y no es una pregunta.

El inspector vaciló antes de responder. Las palabras se le resbalaban de la boca.

—¿Cómo dice?

—¿Sabe su comisario acerca de esto?

—Lo sabrá cuando llegue el momento.

—Pues entonces no moleste al personal. Sea cierto o no, esta clase de acciones nos puede

entorpecer el trabajo.

—Escuche, usted no sabe nada. Esta familia…

Peralta dio un paso al frente para callarlo.

—Sólo sé una cosa —aclaró delante de los dos—. Si usted mete la pata, yo me hago responsable.

—Se equivoca, Peralta. Aquí lo manejamos de otro modo.

—No me interesa conocer el sistema. Si no existe una relación entre el chico y la víctima, el resto sobra.

—¡¿Es que no sabe leer?! —exclamó Sempere, alzando la voz—. Está todo en el informe que redacté. Andrés Navarro iba en el coche con ella. Hay testigos y fotografías.

—Sí, el joven que conducía el Audi —intervino Agulló—, pero no está claro qué hizo después.

—A eso me refiero. ¿Han averiguado sus hombres dónde se metió durante las horas siguientes?

Alguien llamó a la puerta desde fuera. La tensión de la conversación se suspendió en el aire.

El agente uniformado abrió unos centímetros.

—¡¿Qué *collons* pasa ahora?! —gritó Sempere.

—La colaboradora, inspector, está aquí.

El ilicitano dio un fuerte respingo e hizo una señal con la mano para que los acompañaran. La pareja se quedó sola en el despacho.

Cuando la inspectora procedió a salir, Peralta la agarró del brazo y se acercó al oído.

—Lo sabía. Es un imbécil.

—¿Es la primera impresión?

—La primera y la definitiva.

—Es un comienzo. Por fin estamos de acuerdo en algo.

—No bromeo, Agulló. Es un imbécil de manual… y rara vez me equivoco.

entorpecer el trabajo.

—Escuche, usted no sabe nada. Esta familia…

Peralta dio un paso al frente para callarlo.

—Sólo sé una cosa —aclaró delante de los dos—. Si usted mete la pata, yo me hago responsable.

—Se equivoca, Peralta. Aquí lo manejamos de otro modo.

—No me interesa conocer el sistema. Si no existe una relación entre el chico y la víctima, el resto sobra.

—¡¿Es que no sabe leer?! —exclamó Sempere, alzando la voz—. Está todo en el informe que redacté. Andrés Navarro iba en el coche con ella. Hay testigos y fotografías.

—Sí, el joven que conducía el Audi —intervino Agulló—, pero no está claro qué hizo después.

—A eso me refiero. ¿Han averiguado sus hombres dónde se metió durante las horas siguientes?

Alguien llamó a la puerta desde fuera. La tensión de la conversación se suspendió en el aire.

El agente uniformado abrió unos centímetros.

—¡¿Qué *collons* pasa ahora?! —gritó Sempere.

—La colaboradora, inspector, está aquí.

El ilicitano dio un fuerte respingo e hizo una señal con la mano para que los acompañaran. La pareja se quedó sola en el despacho.

Cuando la inspectora procedió a salir, Peralta la agarró del brazo y se acercó al oído.

—Lo sabía. Es un imbécil.

—¿Es la primera impresión?

—La primera y la definitiva.

—Es un comienzo. Por fin estamos de acuerdo en algo.

—No bromeo, Agulló. Es un imbécil de manual… y rara vez me equivoco.

33

Lunes, 11 de agosto de 2008.

Parque Industrial de Elche. Torrellano, Elche.

Ricardo Navarro condujo en silencio, acompañado de su nieto, hacia el Polígono Industrial de Elche Parque. Allí se encontraba la nave industrial de NAVAELX S.L., el lugar en el que empezó todo: una pequeña fábrica de suelas de zapatos de crepelina, que Navarro había fundado aportando el capital recogido en sus años de juventud.

Para hablar de ello, había que remontarse al pasado.

Durante la primera mitad del siglo y antes de la Guerra Civil, muchos negocios se levantaron mediante las llamadas «bicicletas».

Hacer la bicicleta era una práctica local que consistía en dar una letra de cambio a otra persona para que ésta pudiera solicitar un préstamo en el banco para su negocio. Después, la persona que recibía el crédito devolvía el favor al primer prestador con otra letra de cambio y este retiraba los bienes de la cuenta bancaria, dejando al banco sin depósito. La práctica de la bicicleta era segura. Si el negocio quedaba en bancarrota, la empresa daba un «persianazo» dejando impagos, una deuda bancaria y a los empleados en la calle.

Ricardo Navarro nació seis años antes de que diera inicio la Guerra Civil. Por causas ajenas a él, recibió una educación austera desde pequeño y supo sacar rédito a la mentalidad local aportando su grano de arena. Si bien había prestamistas para realizar la bicicleta, después de la Guerra todo se complicó debido a la Dictadura. Navarro, que había perdido a su padre en la lucha contra los soviéticos (y años más tarde a su hermano en un accidente laboral) no obtuvo ayuda por parte del Régimen.

Perdió la ilusión.

Entendió que no existía la patria, ni los ideales.

La Tierra era un lugar hostil en el que sobrevivía no sólo el más fuerte, sino quien entendía cómo adaptarse al entorno. En tiempos tan convulsos, hasta el rico tenía que asegurarse la supervivencia. Y él aprendió a sobrevivir. Desde joven, comprendió que las oportunidades que no existían, había que crearlas al precio que fuera.

Con observación y estudio, entró de peón en una fábrica de tapices y terminó siendo el encargado a la edad de cuarenta años.

Llegaron los años 70, España crecía económicamente y también se resquebrajaba a nivel político. Para entonces, Ricardo se encontraba en su mejor momento: conocía a los empleados de

las oficinas de los bancos, así como a los secretarios de los sindicatos y los inspectores de Hacienda que revisaban las cuentas de la fábrica para la que trabajaba.

Dado que Eugenio Ors, el jefe de la compañía y único socio de la empresa confiaba en él y se ausentaba más de lo común, Ricardo tejió una red de fieles que le permitió poner sus negocios en marcha antes de fundar su propia empresa.

Primero empezó con la usura, prestando dinero a aquellos que lo habían perdido todo para que pusieran en marcha sus negocios, a condición de que tendrían que devolverlo con un interés muy alto. Con las ganancias pagaba a los empleados del banco, que eran los primeros en hacer la vista gorda, y se aseguraba de que parte de los bienes volvieran a circular. Quien osaba desafiar su palabra, sufría las consecuencias de su tajante temperamento.

A diferencia de otros caciques de trinchera de la época, Ricardo apenas bebía alcohol y eso lo convertía en una persona intimidatoria. Practicaba ejercicio, levantaba peso y, sobre todo, cuidaba de las mujeres de su vida: su esposa Paula, su madre Vicenta y su hermana María de los Dolores, conviviendo los cuatro juntos en una misma casa hasta el fallecimiento de la madre.

Un año después, celebraron la boda de María Dolores con Mario Ruso, un pescador santapolero que aseguraba haber nacido en la isla de Tabarca y poseer raíces genovesas. Según contaba con orgullo, una parte de su familia había emigrado a Murcia y otra se había instalado en Santa Pola.

Celebraron la boda en el hotel Huerto del Cura de Elche, a cuenta de Ricardo. A pesar de que los Ruso eran unos liantes, aceptó a su cuñado como familia dado que hacía feliz a su hermana y tenía un tacto en las negociaciones que él se negaba a aprender. Más tarde, Mario se incorporó a la empresa familiar.

En cuestión de años, los Navarro pasaron de ser un clan humilde y foráneo que se había dedicado en un principio a los trabajos del campo, a un apellido que se pronunciaba con precaución en las conversaciones de los patrones locales. En El Boquerón de Plata, un famoso bar donde se reunían los empresarios para cerrar sus operaciones, nadie se atrevía a mencionar dicho apellido si no era para dictar sentencia. Las historias sobre el escabroso final de aquellos que habían intentado burlarse de su servicio, se transformaron en violentos mitos que asustaban a los más ricos.

¿Era Ricardo Navarro un criminal? Nadie se atrevía a señalarlo como tal, pues nunca logró nadie demostrarlo.

Con la llegada de la Transición, Ricardo Navarro, además de padre de familia, se transformó en empresario.

A finales de la década de los setenta fundó NAVAELX S.L. con cincuenta empleados y una nave industrial en el polígono. Un periodo de bonanza que también le reportó beneficios. La incertidumbre política, el auge insostenible de los revolucionarios y el temor a un nuevo periodo bélico, puso en alerta a los empresarios, quienes comenzaron a sufrir las presiones sindicales de los trabajadores. Pese a todo, Elche no dejaba de ser una ciudad con carácter autóctono.

Navarro, que por entonces se había aliado con otras familias durante la posguerra y el desarrollo industrial, ofreció sus servicios de protección a los empresarios ilicitanos a cambio de una generosa tarifa. Por una parte, pagaba a los sindicatos para que compensaran a los empleados y los tuvieran relajados durante unos meses. Por otra, los alentaba a la huelga o financiaba sus altercados cuando algunos atrevidos despreciaban la protección que Navarro les ofrecía.

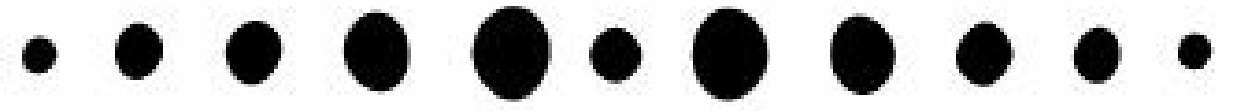
La red se extendió desde Elche hasta Santa Pola, operando también en el puerto marítimo bajo la supervisión de su cuñado. Con los Ruso de aliados, los servicios se ramificaron. Primero

efue la seguridad, después el contrabando. Pero a finales de la década de los noventa, un infarto se llevó al pobre Mario para siempre.

e Para entonces, debido a la regeneración política de las Fuerzas del Estado, los servicios de extorsión y protección desaparecieron y dieron lugar a otros intereses como el del sector urbanístico. Con la llegada de la crisis del calzado y el aterrizaje del competidor asiático, los aempresarios más influyentes de la ciudad se reunieron en el Casino de Elche para firmar la paz y sunir fuerzas.

a Y como era de esperar por todos, Ricardo Navarro no faltó a la cita.

r



Durante el trayecto, Ricardo sintió un ligero ruido líquido en el interior del coche. Temió que la tapicería del maletero estuviera empapada. Había planificado mal la mañana. La demora provocaría que el hielo se deshiciera. Aparcó en la parte trasera de la nave industrial y salió a revisar el maletero.

—¿Qué sucede, abuelo?

—Nada, no pasa nada —dijo, abrió y comprobó las dos neveras en las que guardaba el dinero congelado. Como supuso, el hielo se había deshecho. El agua salía de las cajas de plástico— Anda, échame una mano, Sito.

Al nieto le sorprendió ver las bolsas transparentes derretidas, pero no hizo ningún comentario al respecto.

Juntos agarraron una de las neveras y vaciaron el agua sobre el asfalto de la calle. El joven observaba mudo, siguiendo las órdenes del abuelo.

Sabía lo que era aquello: dinero negro.

A lo largo de su vida había oído rumores sobre la procedencia de la fortuna familiar, pero nunca llegó a ver nada extraño en su casa.

El hombre estudió su reacción. Vació la nevera de agua, introdujo las bolsas y cerró la puerta trasera de un golpe.

Después se dirigió al chico.

—¿Qué, sorprendido?

—No sé por qué —respondió.

—Eso pensaba yo —dijo y se sacudió las manos—. Ahora, vamos a ver a tu tío.

Entraron por una puerta metálica que daba al almacén de carga y descarga de los camiones. El ruido de la maquinaria llegaba desde el otro lado de la nave. La fábrica mantenía el mismo aspecto de su inauguración, porque, para Ricardo, si algo funcionaba, no había motivos para cambiarlo.

Aquel lugar le recordaba sus primeros años de bonanza.

Un viejo ascensor los llevó a la planta superior de la fábrica. Allí se encontraban las oficinas aisladas del ruido de la producción y en lo alto, para poder vigilar el movimiento de los operarios.

El piso de arriba había sido modernizado por fuerza mayor de los tiempos que corrían. Las habitaciones estaban separadas por mamparas de cristal transparente por las que se podía ver lo que ocurría dentro, a excepción del despacho del abuelo, que tenía el aspecto de una fortaleza.

La planta poseía una sala de juntas, una oficina con varios ingenieros que se encargaban de los diseños, el departamento de contabilidad dirigido por Roberto Ródenas, y el despacho de Ricardo Navarro, al final del pasillo.

Andrés siguió los pasos de su abuelo, a quien todos saludaban cuando cruzaba el corredor. En su cabeza, durante el trayecto, no pensó en otra cosa que no fuera el funeral de Laura y la pérdida de la persona que tanto amaba. El remordimiento lo ahogaba. Seguía conmocionado. Le costaba creer que fuera cierto y, peor todavía, no se podía perdonar lo que había hecho.

Ricardo Navarro tocó a la puerta de la oficina de Ródenas y le hizo una señal para que acudiera con ellos.

Una vez llegados los tres en el interior de su despacho, Navarro se aseguró de que nadie los interrumpiera durante una hora.

—Siéntate, Sito —ordenó el abuelo, señalando el sofá Chesterfield de color negro que había a un lado de la pared. La mirada de los dos hombres lo devolvió al chico a la realidad—. Veamos por dónde comenzar… Lo primero es que nadie más de la familia puede saber sobre esto… ¿Claro?

—Tu abuelo y yo vamos a ayudarte en lo que podamos para que te dejen tranquilo, pero debes contarnos con detalle lo que ocurrió la noche del domingo.

El interrogatorio intimidó al muchacho. Toda su vida había logrado evadir las preguntas incómodas de sus padres cuando le pedían explicaciones. Y ahora, no conocía otra manera de actuar.

—Yo no la maté, ya lo he dicho antes.

—No te he preguntado eso, Sito.

El chico miró al abuelo con cara de pocos amigos.

—¿Qué coño quieres que diga?

—¡Vigila esa lengua, zagal! —advirtió el tío.

El abogado de la familia se aflojó el nudo de la corbata y se quitó la chaqueta azul del traje. Hacía calor allí dentro y les llevaría un rato hasta que el muchacho hablara. El abuelo se dirigió al escritorio, sacó una botella de coñac, un vaso de cristal corto y se sirvió un chorro.

Dio un sorbo, se aclaró la garganta y se sentó en el borde del escritorio.

—¿Le pegaste?

—¡No! —respondió, mirando hacia otro lado.

—Dímelo a la cara si quieres que te crea. ¡Sé un hombre, por Dios! ¿Le pegaste cuando rompió contigo? ¿Sí o no?

El chico se enfrentó a él.

—¡En la vida la tocaría! Ya te he dicho que no, abuelo.

Ricardo Navarro conocía ese brillo. Confiaba en su palabra y no tenía más motivos para faltar a ella.

Esperó unos segundos, aumentando la presión. El chico siguió allí plantado, aguantando la respiración y con el rostro empapado de sudor.

—¿Te acostaste con ella?

No respondió. El abogado se acercó a él y lo agarró de la camiseta, levantándolo a pulso del sofá.

—¡Me cago en mi suerte, Andrés! ¡Contesta, carajo!

—¡Sí! —bramó y apartó a su tío de un empujón. El abuelo no intervino en la disputa—. ¡No acostamos el interior de mi coche! ¡Pero eso fue todo lo que pasó! ¿Es lo que queríais oír?

Esa sí que fue una sorpresa para los tres.

Navarro se levantó de la mesa y le asestó un bofetón que desestabilizó el nerviosismo de chico. Para él, todo tenía solución con una buena bofetada a tiempo. Andrés no esperó el golpe y no reaccionó.

Antes de que se diera cuenta, el abuelo le estaba ofreciendo el vaso con coñac.

—¡Bebe, te sentará bien! —ordenó, dio un largo suspiro y regresó a su posición. Andrés se tragó el alcohol y sintió la garganta ardiendo—. Te pareces a tu abuelo y tienes que aprender a controlar ese pronto, o acabarás metido en un lío…

—¡Soy inocente, tenéis que creerme!

—Eso, a la policía le trae sin cuidado —respondió el abogado, tajante—. Te voy a decir lo que pasará… Te acostaste con una chica a la que han asesinado. Si el problema ya es grave, lo es todavía más viniendo de una familia como los Coves.

—Laura era una buena chica.

—Peor nos lo pones —apostilló el abogado—. Diego Soler es un hijo de perra. Dará su brazo a torcer para que la presión social caiga sobre ti.

—Y sobre nuestros asuntos —añadió el abuelo.

—El comisario Javaloyes apretará a su equipo para que encuentren al culpable… —siguió el suyerno—. Ese Sempere se desquitará, después de tantos años a la sombra.

—Y las pistas apuntarán hacia ti.

—Me estáis asustando…

—¿Qué pasó después? Me has dicho que te dejó.

—Discutimos y se fue.

—¿Os vio alguien?

—No creo… Estábamos alejados del centro.

—Bien, pues eso no fue así, ¿entendido?

—¿Qué quieres decir?

El abuelo suspiró y miró a su compinche.

—No podemos mentir sobre el sexo, pero sí acerca de la discusión… Así que no existió. ¿A dónde se marchó después?

—No lo sé… Me dejó, me reprochó que nunca tendría algo serio conmigo y se largó.

—¿Cómo reaccionaste?

—Le dije que se arrepentiría.

—¿Eso fue todo?

—Y que era una imbécil… Supuse que regresaría con sus amigos para contarle lo ocurrido.

—¿La esperaban en alguna parte?

—No lo sé. Era tarde, habíamos bebido… Si lo hubiera sabido…

—Sigue, ¿qué pasó después? —insistió el abuelo.

Tanta pregunta lo agobiaba. Sito se sentía nervioso y confundido.

—Regresé a la barraca, estuve con mis amigos y…

—¿Y la chica que has mencionado antes?

—Estaba despechado y ella borracha. Nos conocíamos de antes… Sé que me seguía desde hacía tiempo, pero yo pasaba de su cara… Fue algo sin importancia. Aproveché la ocasión y

fuimos a su casa… En ese momento pensé que Laura se enteraría a la mañana siguiente.

—Para ser un Navarro, piensas bien poco.

—No es del todo malo —añadió el tío, que estaba más preocupado por la defensa—. ¿Te vi gente?

—Sí, creo que sí.

—Estupendo. Hay testigos y tenemos una coartada.

—¡No, no! ¡Ni hablar! No quiero meterla en esto.

—Zagal, no estás en posición de decidir. Ya «la has metido» bastante.

—Óyeme bien, Sito —intervino el abuelo—, me importan un cuerno tus sentimientos. Para empezar, es probable que hayan encontrado restos de ti por todo el cuerpo de la pobre muchacha La policía buscará la manera de hacerte caer en su juego para que colabores y te prestes a dona una muestra de ADN.

—Nada de hablar con ellos —indicó Ródenas—, y nada de colaborar.

—Implicaremos a quien sea necesario. Tu tío sabe manejar estas situaciones…

—¿Estáis locos?

—Protegemos lo nuestro —explicó Navarro—. Cuando consigan una prueba y asocien lo prestos contigo, serás el principal sospechoso. Para entonces, quiero que estés preparado.

—Eso es absurdo. Soy inocente y tengo una coartada. El tío Roberto lo ha dicho.

—No podemos poner todos los huevos en la misma cesta —dijo el abogado—. Esa chica puede contar otra versión si quiere.

—Confío en la justicia.

—No seas bobo, Sito —reprendió Navarro—. La justicia es un ideal patético para los ignorantes.

—Pues seré un estúpido, pero soy inocente.

—¡Cierra el pico, *coñe*! —exclamó, levantando la voz—. Te repites como un loro. El que no lo entiendes eres tú. Piensa con claridad, hay más asuntos en juego. Los Coves y nosotros tenemos un acuerdo que mantener. Si la policía te señala como sospechoso, romperán el convenio y tendremos un problema. Y por ahí no estoy dispuesto a pasar, Sito… Otra vez, no.

—¿Y qué queréis que haga?

—Nada. La nieta de Manuel Coves está muerta y no te quitarás esa cruz en un tiempo —aclaró, advirtiendo el futuro que estaba por llegar—. Desaparecerás de la vida pública unos meses y nosotros te vamos a decir cómo. Nada de bares o discotecas. Quedan prohibidas las salidas y el ocio nocturno hasta final de año. Para entonces, el pueblo estará a otra cosa…

—¿No crees que estás exagerando? Me voy a volver loco.

—Prefiero un nieto encerrado que uno bajo tierra.

—¡Abuelo, relájate! Se te va la cabeza…

—Mira, muchacho, algunas cosas no han cambiado en este pueblo desde que llegué… El fervor por el arroz con costra, por el Elche, por los fuegos artificiales y por cortarle las pelotas a quienes tocan a su familia, ¿me oyes?

—Si la policía te interroga en nuestra ausencia —añadió el tío, hablando como su defensa— evita nombrar a terceras personas, a amigos, lugares o fechas concretas. Buscarán a esos sujetos y los obligarán a declarar en tu contra. Lo mismo harán con las pruebas que encuentren.

—Esto es alucinante. ¿Y los culpables de verdad?

—Haz lo que se te ordena y chitón. Tu tío responderá por ti. Mientras tanto, nosotros nos encargaremos del resto, ¿queda claro?

—Qué remedio… —dijo, derrotado.

—Ah, y tu coche… —recordó y le mostró el llavero—. Estará confiscado unos días.

—No…

—Confía en tu familia, que es la única que se preocupa por ti… No quedará rastro de esa chica en él.

Andrés comprendió la dimensión de su problema.

La muerte de Laura Coves era la llave que abría las cuentas pendientes del pasado.

A diferencia de los abuelos, las generaciones más jóvenes no habían heredado las rivalidades de sus antecesores.

Para él, Laura Coves había sido una chica como cualquier otra. La razón por la que ocultaban su relación no era por sus familias, sino porque ella se lo había pedido a él, para mantener su reputación. Un argumento absurdo. Estaba enamorado de ella y creía que era recíproco. Aquella noche lo utilizó. Un revolcón de despedida antes de romperle el corazón en pedazos. Algo hizo cambiar a Laura de parecer. Ella se bajó del coche y le espetó que lo suyo jamás funcionaría. Él intentó detenerla y la muchacha le pidió que se olvidara del asunto. Esa fue la última vez que la vio, marchándose de su vida con un amargo final.

Si hubiera insistido un poco más para retenerla en el coche…, pensó.

Si no la hubiera dejado marcharse sola por aquella calle solitaria y oscura, quizá Laura siguiera viva.

La culpa pesaba en su conciencia, Laura era historia y ahora él formaba parte de esa pesadilla

Se sintió como un idiota, ajeno a la realidad en la que había vivido hasta ese momento. Hacía un buen rato que no escuchaba las voces de su tío y de su abuelo. Sus pensamientos lo nublaban con los últimos instantes de conversación en el interior de su coche.

Debía hablar con Laura y explicarle que nunca quiso herirla, aunque no volviera a oír su voz Necesitaba despedirse de ella y descargar la penumbra que ardía en sus entrañas.

Se preguntó qué diría la familia de ella, si se atreviera a acudir al último adiós.

—Qué remedio… —dijo, derrotado.

—Ah, y tu coche… —recordó y le mostró el llavero—. Estará confiscado unos días.

—No…

—Confía en tu familia, que es la única que se preocupa por ti… No quedará rastro de esa chica en él.

Andrés comprendió la dimensión de su problema.

La muerte de Laura Coves era la llave que abría las cuentas pendientes del pasado.

A diferencia de los abuelos, las generaciones más jóvenes no habían heredado las rivalidades de sus antecesores.

Para él, Laura Coves había sido una chica como cualquier otra. La razón por la que ocultaban su relación no era por sus familias, sino porque ella se lo había pedido a él, para mantener su reputación. Un argumento absurdo. Estaba enamorado de ella y creía que era recíproco. Aquella noche lo utilizó. Un revolcón de despedida antes de romperle el corazón en pedazos. Algo hizo cambiar a Laura de parecer. Ella se bajó del coche y le espetó que lo suyo jamás funcionaría. Él intentó detenerla y la muchacha le pidió que se olvidara del asunto. Esa fue la última vez que la vio, marchándose de su vida con un amargo final.

Si hubiera insistido un poco más para retenerla en el coche…, pensó.

Si no la hubiera dejado marcharse sola por aquella calle solitaria y oscura, quizá Laura siguiera viva.

La culpa pesaba en su conciencia, Laura era historia y ahora él formaba parte de esa pesadilla.

Se sintió como un idiota, ajeno a la realidad en la que había vivido hasta ese momento. Hacía un buen rato que no escuchaba las voces de su tío y de su abuelo. Sus pensamientos lo nublaban con los últimos instantes de conversación en el interior de su coche.

Debía hablar con Laura y explicarle que nunca quiso herirla, aunque no volviera a oír su voz. Necesitaba despedirse de ella y descargar la penumbra que ardía en sus entrañas.

Se preguntó qué diría la familia de ella, si se atreviera a acudir al último adiós.

34

Tenía la piel pálida, casi tan blanca como el esmalte de sus uñas. Su cabello era castaño tirando a rubio y su pelo fino y claro, sin fuerza, tal vez debido a su genética y a la anemia causada por una la mala alimentación. Llevaba una blusa de satín sin mangas. Era muy delgada y por eso no tenía mucho pecho, pero el sostén le realzaba la figura.

Peralta se fijó en su mirada vacía y cristalina, apagada por una vida de sueños robados y alimentada por un montón de mentiras.

Cuando Sempere cerró la puerta del despacho, la presentó como Olga.

Peralta y Agulló no necesitaron más que un cruce de miradas para sacar sus propias conclusiones: prostituta en algún club de carretera y confidente de la policía con la promesa de recuperar su pasaporte, abandonar el burdel y rehacer su vida en otra parte del continente.

Junto a las manos de la mujer había un café de máquina y un reloj de plata con la esfera rectangular, en el interior de una bolsa de plástico transparente.

—Olga colabora con la policía desde hace unos meses… —inició Sempere, buscando las palabras adecuadas—. Nuestra brigada abrió una investigación a raíz de un episodio de maltrato de una de las chicas del club en el que trabaja… Por desgracia, la víctima no quiso denunciar y en fin… lo de siempre. Sus jefes tienen el negocio blindado y legalmente no podemos hacer mucho si ellas no testifican en contra.

—¿Cómo ha sabido que es el reloj de la chica? —preguntó la inspectora, recelosa. Algo no encajaba en esa historia—. Ninguno de los dos sabíamos qué aspecto tenía el reloj.

—He visto la foto en el periódico de esta mañana —confesó la mujer con voz quebrada y un fuerte acento eslavo—. Estaba desayunando en el bar… Una chica muerta, asesinada… Después he visto el reloj… *O Bozhe*!

La inspectora le mostró la fotografía del periódico.

—¿La conoce de algo?

La mujer comprobó la imagen y desvió la mirada.

—No.

Agulló sintió que ocultaba algo.

El gesto angustiado impactó a los otros policías.

—¿Por qué a la prensa, Sempere? —preguntó Peralta—. ¿Tiene incontinencia?

—No he sido yo quien ha filtrado la imagen —contestó, pero no le creyeron.

Decía la verdad. Los tres desconocían que Manuel Coves se había encargado de que su nieta ocupara las páginas de los diarios.

—Siga, por favor —intervino Agulló y retiró la imagen, tranquilizando a la cortesana—. E importante que nos cuente lo que sepa sobre el reloj.

Sempere se acercó a ella.

—Te daré un poco de agua… Explica cómo llegó a ti, Olga —indicó con voz paternal—. E importante que nos cuentes los detalles.

Se frotó los ojos empañados y la nariz congestionada que aguantaba el llanto y pegó un trag al vaso de agua que el policía le había servido.

—Son dos tipos muy raros, pasan todas las semanas por el club desde hace unos meses… — confesó, entrecortada—. Uno de ellos es mi cliente.

—¿Podría describir su aspecto? —preguntó Agulló, pero Peralta la tocó en el brazo y le guiñ un ojo para que no la interrumpiera.

—Siga, por favor.

Había que dejarla confesar hasta que se quedara sin habla. Luego la interrogarían par comprobar si los detalles coincidían con los de la primera versión.

La mujer respiró hondo y buscó los ojos del único hombre en quien confiaba.

—Anoche estuvo en el club con su amigo… Estaba serio, preocupado —describió pronunciando cada sílaba como si tuvieran sonidos más largos—. No es un hombre normal. E muy callado, hermético y nunca quiere el servicio, sólo hablar…

—¿Hablar? —cuestionó Peralta.

—Sí… Pero ayer se comportó de una manera extraña.

—Especifique, por favor —pidió Agulló.

La mujer encontró en su mirada un apoyo, un entendimiento profundo, una empatía por s condición.

—Estaba pensativo, muy tierno y me dijo que tenía un regalo para mí… Me obligó a que m tapara los ojos y yo pensé que me haría daño, pero después los abrí y vi el reloj de plata… N pregunté de dónde había salido, pues a veces los clientes hacen estas cosas…

—¿Le dijo algo más? —preguntó la inspectora.

—No, bueno… sí. Me prometió que me haría libre, que me sacaría del club —explicó y l miró a ella con una sonrisa triste—. Es lo que hacen… Unos se enamoran, otros traen regalos pero todos hacen promesas que nunca cumplen.

Peralta carraspeó.

—Por casualidad, ¿le explicó de dónde sacó el reloj?

La mujer negó dos veces.

—Dijo que cuando lo vio, sabía que era mío. Hoy, al ver la foto de esa chica y…

Sempere la consoló por segunda vez y se apartó para hablarle a sus compañeros.

—Los conocen como «El Macaco» y «El Pecos», tienen antecedentes por atracos de poc monta y varios altercados en la vía pública. Se han librado de la cárcel en dos ocasiones por falt de pruebas y tienen fama de violentos a la hora de actuar… No hay constancia de que haya tenido otra actividad laboral fuera del estraperlo, el hurto o el tráfico de hachís.

—Se llama Eduardo —dijo la mujer, al escuchar el historial del cliente—. En el fondo es u buen hombre. Yo sé que no haría daño a una dama.

—Eso tengo que verlo, señora —comentó Peralta—. ¿Con qué frecuencia va al club? ¿Tien una cita fija o es imprevisible?

Ella movió los dedos y no supo qué responder.

—¿Sabe dónde podríamos encontrarlos? —preguntó la inspectora.

La mujer se encogió de hombros.

—Es probable que los conozcan en la barriada de Los Palmerales —aclaró Sempere—. Uno de ellos está empadronado en el domicilio familiar, aunque no sabemos si vive ahí. El padre murió hace años y la madre sufre una minusvalía de cuello para abajo. Es probable que también le robe la pensión que tiene, pero es un punto de partida.

Peralta se rascó el mentón.

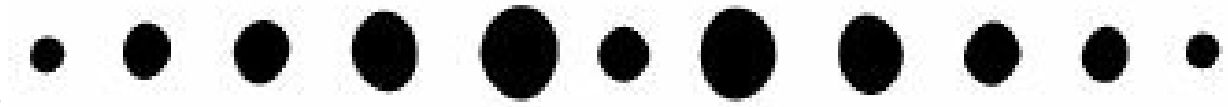
Era obvio que su mente funcionaba más rápido que la de sus compañeros.

Se dirigió a la mujer:

—¿Le dijo cuándo volvería a verlo?

Ella negó con la cabeza.

—No puso una fecha, pero me juró que no sería una visita, sino un rescate.



El interrogatorio de Olga terminó cuando Sasha, el encargado de vigilar a las chicas le avisó con un mensaje de texto de que debían volver al club. Sasha era ucraniano y sus brazos eran de tamaño de dos bloques de hormigón. Había mantenido una relación con Olga años atrás, cuando él trabajaba como portero en una discoteca de Torrevieja y ella era *escort* de lujo para su jefe. Olga era joven, ganaba dinero, se codeaba con personajes importantes que iban desde empresarios a políticos y desayunaba con champaña francesa en la cubierta de los yates.

Pero entonces llegaron las malas compañías, los gastos excesivos, la adicción a la cocaína y después a la heroína.

Sasha fue testigo de aquello y vio cómo Olga se transformaba en Sherezade. Primero le prestó dinero y después la deuda cayó en el propietario de la discoteca.

El traspaso del cielo al infierno se cerró con una transacción económica. El jefe de ambos la vendió por unos cuantos miles de euros, a cambio de que Sasha trabajara para el gerente de BLUE STAR.

Él no se negó. Aquellos hombres no razonarían su marcha.

Y lo más importante: Olga aún le debía dinero.

En ocasiones la llevaba a un salón de belleza para que se sintiera más hermosa. También a las tiendas del centro de la ciudad, donde Olga gastaba el poco dinero que tenía ahorrado. Se hacían pasar por una pareja de turistas para disimular. Pero en la mayoría de los viajes, Olga se reunía con clientes particulares que pagaban servicios exclusivos, a espaldas del club. A cambio, él recibía un gran porcentaje, saldando la deuda pendiente que mantenían, y ella guardaba el poco dinero que sobraba en una cuenta que sus jefes no podían controlar.

Esa mañana, el matón no tenía la menor idea de que Olga estaba arriesgando la vida de los dos en un despacho policial.

Abandonó la comisaría y un taxi la recogió en la entrada.

—Tendremos que tirar de ese hilo… —comentó Peralta, apoyado en la mesa del despacho— a ver qué averiguamos. Si abandonan la ciudad, será difícil seguirles la pista.

—¿Qué sugiere, inspector? —preguntó Sempere, desafiante, como si él ya hubiera cumplido con su parte—. Si quieren largarse, lo harán.

—No sabe cuánto me anima escuchar eso… ¿También le va a soplar esto a la prensa?

El ilicitano sacó pecho para defender su postura.

—Le juro que no sé nada sobre la foto. Soy el primer sorprendido.

—¿Confía en sus hombres?

—De momento, más que en usted.

—¡Basta, por favor! —interrumpió la mujer, frenando el enfrentamiento—. ¿Qué tal si nos concentramos un poco?

—Eso digo yo —respondió Peralta. Los otros lo miraron desconcertados esperando una explicación—. ¿Qué tenemos? Aún nada. Un robo y dos quinquis. ¿*Post mortem*? A saber…

—La descripción de esos dos hombres encaja con las huellas encontradas junto al cadáver.

—¡Bah! Casualidades.

—Usted ha dicho que cree en ellas.

Peralta dio un bufido.

—Yo digo muchas cosas… Volveremos a esto más tarde. ¿Ha averiguado ya dónde están los familiares más cercanos a la víctima?

—Sí, en el tanatorio… —informó Sempere—. El abuelo se ha encargado de empapelar la ciudad con al anuncio.

—Estupendo, ya tenemos al soplón —dijo y tendió la mano—. Pues a mover el trasero. Inspectora, déjeme las llaves del coche.

—¿Qué? ¿Para qué?

—¿Tengo que darle explicaciones por todo? Ustedes dos buscarán a esos dos en la barriada que ha mencionado Sempere. Yo me daré una vuelta por el tanatorio. Al final de la jornada nos reuniremos aquí.

El compañero local carraspeó para interrumpir su orden.

—Sin generar discordia, le repito que no creo que sea una buena idea, inspector… ¿No puede esperar un día más?

—Se repite demasiado. Ayer probaron suerte y no les salió bien. Ahora me toca a mí… Además, hay que repartir el trabajo. Andamos justos de tiempo.

—¿Es así como funciona, Peralta? —preguntó Agulló, cruzándose de brazos—. Somos un equipo y las decisiones se discuten.

—Si quieren discutir, háganlo sin mí. Las llaves, por favor.

—No pienso darle las llaves.

Peralta se enfadó y dio otro bufido.

—¿Sempere, tampoco? —preguntó. Los otros lo miraban perplejo—. ¿Me van a dejar un maldito coche o qué?

El ilicitano accedió y le lanzó las llaves al compañero.

—Gracias —dijo, clavándole la mirada a su compañera, que seguía observándolo con desdén—. Ahora, en movimiento, que se nos va el día…

—Sí, la espero fuera, inspectora, antes de que me entre la *malafollá*[1] … —dijo Sempere y abandonó el despacho, dejándolos atrás.

·, La decepción de Agulló era evidente en su rostro. La actitud de Peralta la había cogido po
sorpresa. ¿De qué iba?, se preguntó. Después de aquel discurso sobre la confianza y la unidad
ɔahora la trataba como un estorbo. Antes de tomar las escaleras, la inspectora sintió cómo la manc
del compañero la agarraba por el codo.

En un acto reflejo, se giró para ponerse en guardia.

—¿Y ahora qué? —preguntó, molesta.

Él retrocedió, retiró los dedos sin desviar los ojos de su rostro y se quedó en silencio unos
segundos. Agulló empezaba a odiarlo cuando hacía aquello.

—Recuerde lo que le he dicho antes, inspectora —respondió en voz baja—. Algo me huele a
spodrido.

—Ya… Pues empiece con una ducha.

aN.d.T.: mala leche, cabreo.

s

a

'.

a

s

e

.

ɹ

ɹ

ɹ

y

La decepción de Agulló era evidente en su rostro. La actitud de Peralta la había cogido por sorpresa. ¿De qué iba?, se preguntó. Después de aquel discurso sobre la confianza y la unidad, ahora la trataba como un estorbo. Antes de tomar las escaleras, la inspectora sintió cómo la mano del compañero la agarraba por el codo.

En un acto reflejo, se giró para ponerse en guardia.

—¿Y ahora qué? —preguntó, molesta.

Él retrocedió, retiró los dedos sin desviar los ojos de su rostro y se quedó en silencio unos segundos. Agulló empezaba a odiarlo cuando hacía aquello.

—Recuerde lo que le he dicho antes, inspectora —respondió en voz baja—. Algo me huele a podrido.

—Ya… Pues empiece con una ducha.

N.d.T.: mala leche, cabreo.

35

Lunes, 11 de agosto de 2008.
Barrio de Los Palmerales. Elche.

Sempere iba de copiloto en el coche patrulla, dando indicaciones a la inspectora. El destino, e punto negro del narcotráfico local. El ilicitano le explicó que, en las últimas dos semanas, l policía había incautado un kilo de heroína, cien gramos de cocaína, noventa de hachís y más d cuarenta mil euros en metálico.

Después pasó al tema principal. No le agradaba la presencia del tercer compañero. E vehículo abandonó la comisaría y cruzó una rotonda que pasó cerca del hospital. Se detuviero en un semáforo y observaron las viviendas sociales del conflictivo vecindario.

—¿Le cae bien?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? El madrileño —dijo, con un acentuado retintín en su voz—. ¿Ha notado e deje chulesco? Se cree que los de provincia somos tontos, cuando el único idiota que hay aqu es…

—Fui yo quien le pedí un refuerzo al comisario Écija —interrumpió, defendiendo a Peralta impidiendo al compañero que terminara la frase—. Nos guste o no, fue a quien mandaron. Dice que es de los mejores.

—¿De los mejores en qué? ¿En cabrear al personal?

—Dele un poco de tiempo. Se está adaptando.

Sempere resopló con un ligero desprecio.

—Como todos, no le fastidia… ¿Eso se lo ha dicho Peralta?

Apoyaba el codo en la ventanilla del vehículo.

—Él es más bien parco en palabras…

—Un seco, como los de Madrid.

La inspectora pensó que tal vez Peralta fuera un poco tosco, pero se quejaba menos que e ilicitano.

—Cree que el chico no lo hizo.

—¿Y cuál es su teoría?

—No lo sé. Pregúntele luego. Él es el experto.

—Ya… ¿Qué opinión tiene de él, Agulló?

Ella lo miró de reojo.

—¿Qué espera escuchar?

—¿Quiere que le diga lo que pienso de este asunto?

—Lo dirá igualmente. Puestos a sincerarnos, adelante…

A Agulló se le daba mejor escuchar que rebatir, sobre todo si era ante los que creían tener la razón, y Sempere parecía una de esas personas.

La experiencia con su padre le había dado un curso intensivo en conversaciones con policías.

—Sé que es más sensata que él, puede que porque es de aquí y entiende cómo funcionan las cosas… No vamos a cerrar el caso en días, ni en semanas. Usted lo sabe.

—El inspector se llevará una decepción si escucha eso. Odia el calor.

—Le hablo en serio. Tengo la corazonada de que existe una relación entre el crimen y las familias.

Ella levantó las cejas, sorprendida. Peralta estaba en lo cierto, se dijo. La cabeza de ese hombre giraba alrededor del monotema.

—Lo importante ahora es detener a los autores del crimen.

—Sí, tal vez tenga razón… —dijo y se adentró en la avenida principal del distrito. En las puertas de los edificios, de los bares y de las tiendas, las personas los miraban con recelo. No eran bienvenidos—, pero dudo que eso cambie nada.

Aparcaron frente a un sucio portal, levantando una polvareda entre los escombros de la calle.

El calor hacía más presente el olor a orín de las esquinas. Las calles estaban a medio asfaltar. Al final de la calzada se podía leer una placa con el nombre de la vía. Era la que buscaban. Lo más complicado era dar con el número. Algunos vecinos los habían borrado de los edificios.

Echaron un vistazo a su alrededor. Todas las fachadas tenían el mismo aspecto.

—Maldita sea… —lamentó el inspector—. Les preguntaré a esos de ahí.

Un grupo de hombres comentaba en un círculo, frente a la puerta del único bar que había abierto. No era la primera vez que Sempere se dejaba ver por esa zona. No tardaron en reconocerlos.

—¿Cómo va? —preguntó el inspector, acercándose al corro. Uno de ellos silbó a un niño y el pequeño salió disparado hacia el interior de un edificio. La carrera no pasó desapercibida para la inspectora—. ¿Echando la mañana?

—*Caaro*, agente —dijo el más alto y también el más grueso. Tenía la piel tostada, una barriga hermosa y llevaba una camiseta de tirantes. No les intimidaba su presencia—. ¿De visita por el barrio?

—Buscamos a dos vecinos —comentó y les entregó una fotocopia con las caras de los dos sospechosos—. Quizá los conozcáis.

Los hombres del corrillo le echaron un vistazo al papel y se rieron.

—*Pos* quizá sí, quizá no, sabe usté… Por aquí pasa mucha gente y nosotros no nos enteramos de *ná*… Que hay gente *mu* mala con mala *intensione*', *pos* sí, como en *tos laos*… Pero nosotros *tamos* aquí *tol* día, charlando, cantando, *tranquilicos*, sin meternos con *naide*… *usté mentiende*.

Sempere miró a la compañera.

En silencio, ella intentaba recordar la distribución del callejero que había consultado.

La barriada de edificios en mal estado generaba la sensación de estar todo el tiempo en el mismo lugar. De un vistazo, unió el bar que había tras esos hombres con una parada de autobús de la esquina. Luego confirmó el escondite de los sospechosos cuando el niño regresó del portal que se encontraba al otro lado de la calle.

—Supongo que tampoco sabéis lo que han hecho.

—No queremos saber *ná*, que luego *to'* se cuenta y mal…

El inspector notó el regreso del niño y su compañera le dirigió una mirada de complicidad.

—Demos una vuelta, a ver qué encontramos —dijo la inspectora.

El gesto generó cierto nerviosismo en el grandullón.

—¿Es *mu* grave?

—Vosotros, a tocar las palmas —respondió Sempere, desdeñoso, y se acercó a su compañera—. ¿Dónde están?

—Creo que por ahí… Deberíamos echar un ojo a ese bloque.

—¡*Triquitrí, tracatrá*! —gritó el grandullón, palmoteando.

Agulló intuyó la señal.

No había ni un segundo más que perder.

Se acercaron al ruinoso portal y cruzaron el umbral que los llevó dentro.

Un fuerte e insalubre hedor a humedad los sacudió de lleno.

—¡Uf! —lamentó ella, tapándose la nariz—. ¡Por Dios! Qué olor…

—Aquí dentro somos queso para ratones.

—Pero queso en mal estado…

La inspectora palpó el arma reglamentaria en su cintura.

Sempere asintió y tomó la iniciativa.

Subieron las escaleras sin hacer ruido, oyendo las discusiones que llegaban del otro lado de las puertas de los apartamentos, evitando el zumbido de las moscas que buscaban un agujero por el que salir y procurando que ningún vecino advirtiera su presencia.

En la segunda planta vieron un largo pasillo y buscaron la puerta que llevaba al domicilio de Eduardo Martín.

Los cables del timbre habían sido arrancados.

El inspector se giró hacia su compañera antes de llamar a la puerta.

—Por si acaso, déjeme hablar a mí esta vez.

—No queremos saber *ná*, que luego *to'* se cuenta y mal…

El inspector notó el regreso del niño y su compañera le dirigió una mirada de complicidad.

—Demos una vuelta, a ver qué encontramos —dijo la inspectora.

El gesto generó cierto nerviosismo en el grandullón.

—¿Es *mu* grave?

—Vosotros, a tocar las palmas —respondió Sempere, desdeñoso, y se acercó a su compañera —. ¿Dónde están?

—Creo que por ahí… Deberíamos echar un ojo a ese bloque.

—¡*Triquitrí*, *tracatrá*! —gritó el grandullón, palmoteando.

Agulló intuyó la señal.

No había ni un segundo más que perder.

Se acercaron al ruinoso portal y cruzaron el umbral que los llevó dentro.

Un fuerte e insalubre hedor a humedad los sacudió de lleno.

—¡Uf! —lamentó ella, tapándose la nariz—. ¡Por Dios! Qué olor…

—Aquí dentro somos queso para ratones.

—Pero queso en mal estado…

La inspectora palpó el arma reglamentaria en su cintura.

Sempere asintió y tomó la iniciativa.

Subieron las escaleras sin hacer ruido, oyendo las discusiones que llegaban del otro lado de las puertas de los apartamentos, evitando el zumbido de las moscas que buscaban un agujero por el que salir y procurando que ningún vecino advirtiera su presencia.

En la segunda planta vieron un largo pasillo y buscaron la puerta que llevaba al domicilio de Eduardo Martín.

Los cables del timbre habían sido arrancados.

El inspector se giró hacia su compañera antes de llamar a la puerta.

—Por si acaso, déjeme hablar a mí esta vez.

36

Lunes, 11 de agosto de 2008.

Tanatorio Crematorio d'Elx. Carrús, Elche.

Las primeras impresiones fueron suficientes para saber qué clase de persona era Sempere Callo duro, se dijo. Sospechó que sería un obstáculo en la investigación. El clásico perfil de inspector ermitaño que no estaba acostumbrado a recibir órdenes y menos de alguien de fuera Una clase no muy diferente a la suya. Lo había visto antes en otras comisarías de provincia y ahora lo tenía en Elche.

Pero lo raro fue que solicitara refuerzos. ¿Para qué?, se cuestionó. Siempre existía una razón De manera indirecta, Sempere atrajo a Agulló, y esta fue la causa de que ahora él se encontrara perdido entre cemento y palmeras.

Siguió las indicaciones de tráfico hasta el tanatorio que había a las afueras de la ciudad cercano al polígono de Carrús.

Cruzó el área industrial, un sombrío invernadero de naves. La mayor parte de los almacenes eran de mercancía asiática. Letras rojas en lo alto de las fachadas que anunciaban SUPER BAZAR o ZAPATOS. Notó la presencia de empleados chinos moviéndose por los alrededores de las naves. Lo hacían con sigilo, sin llamar la atención, como si no tuvieran sombra.

Entre las furgonetas destacaba algún todoterreno con lunas tintadas. No le sorprendió que la historia de aquellas familias de empresarios hubiera terminado uniéndolos a todos. Pensaban que después de explotar la mano de obra barata en el extranjero, protegerían su feudo sin represalias Ahora experimentaban el dolor de su propio veneno.

Aparcó en uno de los laterales del edificio y dio un vistazo desde el asiento del coche. La gente entraba y salía y se detenía a hablar en la puerta, antes de despedirse. Optó por pasar desapercibido y no le costó mucho esfuerzo.

Los guardias de la entrada disuadían a la prensa, que atosigaba a los visitantes en busca de un titular.

Con las gafas de sol puestas y un atuendo demasiado casual para la ocasión, Peralta cruzó el vestíbulo del tanatorio, pegó una ojeada a la capilla y subió las enormes escaleras centrales que llevaban a la primera planta. El bullicio procedía de allí. Unas personas esperaban a que otras salieran. A lo lejos reconoció a Manuel Coves, el patriarca de la familia, quien recibía el pésame de una señora en ese instante. Era el mismo de la fotografía. También vio a su hijo. Aquella

melena no pasaba desapercibida, pensó. No buscaba formar un revuelo con su presencia, pero l discreción tampoco era su fuerte.

Se alejó y caminó hacia la cafetería. Una pareja de muchachos pasó por delante de él.

El aparato de climatización no funcionaba y el aire era denso e irrespirable en ese espacio Pidió un café solo en la barra y salió a la terraza para tomárselo fuera. Se sentó en un rincón apartado de la puerta, y fue entonces cuando la figura de una mujer llamó su atención.

Ella ignoró su presencia, pues ni siquiera lo miró. Era una mujer atractriva, a sus ojos. L recordó a la subinspectora García, pero con más estilo.

Vestía un conjunto negro con discretas lentejuelas en los hombros. Tenía el cabello oscuro y fino, los huesos delgados, la piel tersa, tostada y con notables arrugas en el cuello. La imaginó e biquini, calentándose al sol junto a una piscina. Pero su expresión afligida le indicó que sería un de las más cercanas a Laura Coves.

De un bolso sacó un cigarrillo y lo encendió, sujetándolo con sus largos y finos dedos. Con l primera calada descubrió que no estaba sola. Echó el humo hacia arriba, con alivio, formand una nube en el aire. Con la segunda, accedió a hablar con él.

—¿Quiere uno?

—No, gracias.

—Como mira tanto…

Ella simuló sonreír y se fijó en su atuendo.

—Lo siento, por la parte que le toque.

—Gracias.

Pasaron los segundos hasta que él decidió reiniciar el diálogo.

—¿Conocía a la chica?

Ella señaló hacia atrás. Una lágrima cayó por debajo de las gafas de sol y le alcanzó la boca Le costaba hablar de ello.

—Era mi hija… —dijo, rota y temblando. El instinto alertó al inspector. Le sorprendió que l madre estuviera apartada del resto, pero, en el fondo, era lo que parecía necesitar—. ¡Dios! Esto hablando en pasado…

—Vaya… Lo lamento, de veras —comentó él, incapaz de articular palabra para consolarla— A su hija debía de quererla mucha gente.

—Todavía no me ha dicho qué hace aquí.

—Tampoco lo ha preguntado.

—¿Y qué se le ha perdido en este lugar, señor…? —dijo, mirándolo de lejos, sujetando e cigarro y dejando que se consumiera.

—Peralta, Melchor Peralta.

—Melchor… —contestó y exhaló el humo—, como el rey mago… Tiene su gracia.

—Estoy aquí por trabajo.

—Un lugar acogedor. ¿Es de la funeraria? Espero que hayan elegido un coche elegante par Laura.

El inspector se mostró indiferente ante el comentario. Ella aún seguía conmocionada por l aceptación de la realidad. Su mente era frágil en esos momentos, el dolor oscurecía su juicio y s cabeza buscaba un contacto con la normalidad para eludir la verdad.

—Soy policía.

La mujer se quedó helada.

—Y entiendo que ha venido a hacer preguntas —dijo e hizo una mueca—. No es el lugar ni e

amomento más apropiado. ¿Es de aquí?

Él se mantuvo en silencio.

—Verá, odio este espectáculo —confesó—. Es una farsa. No conozco a esa gente y lo peor es .que, siendo la madre, no puedo despedir a mi hija como me da la real gana.

, —Es un ritual que tenemos para presentar nuestro apoyo…

—Esto no tiene nada que ver con mi Laura… —murmuró con los dientes pegados, pero e einspector logró oír sus palabras.

—¿Cómo dice?

y La mujer apagó el cigarrillo con brusquedad en una papelera.

ı —No he dicho nada.

a La contestación despertó el interés del policía.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Laura. Hay algo que…

a —No se esfuerce, no le diré nada aquí —respondió tajante, se limpió la humedad de los ojo oy aspiró hondo—, pero le atenderé en mi casa más tarde… si lo desea.

—Lo tomaré como una invitación.

—Debo regresar. Mi familia me necesita.

La señora desapareció de la terraza. Peralta observó sus andares pesados, como un caball agotado tras una intensa carrera.

Dio un último sorbo a la taza de café y procedió a marcharse de allí.

.

a

y

.

l

a

a

ı

l

momento más apropiado. ¿Es de aquí?

Él se mantuvo en silencio.

—Verá, odio este espectáculo —confesó—. Es una farsa. No conozco a esa gente y lo peor es que, siendo la madre, no puedo despedir a mi hija como me da la real gana.

—Es un ritual que tenemos para presentar nuestro apoyo…

—Esto no tiene nada que ver con mi Laura… —murmuró con los dientes pegados, pero el inspector logró oír sus palabras.

—¿Cómo dice?

La mujer apagó el cigarrillo con brusquedad en una papelera.

—No he dicho nada.

La contestación despertó el interés del policía.

—Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Laura. Hay algo que…

—No se esfuerce, no le diré nada aquí —respondió tajante, se limpió la humedad de los ojos y aspiró hondo—, pero le atenderé en mi casa más tarde… si lo desea.

—Lo tomaré como una invitación.

—Debo regresar. Mi familia me necesita.

La señora desapareció de la terraza. Peralta observó sus andares pesados, como un caballo agotado tras una intensa carrera.

Dio un último sorbo a la taza de café y procedió a marcharse de allí.

37

Lunes, 11 de agosto de 2008.
Barrio de Los Palmerales. Elche, Alicante.

Su habitación seguía igual que cuando era niño, a excepción de las grietas que marcaban las paredes y de las manchas de humedad formadas en lo alto de las esquinas. Hacía más de un año que la madre de Eduardo no vivía con él, al menos, de manera consciente.

La minusvalía la había transformado en una persona dependiente y la demencia en un ser desconocido para él, incapaz de reconocer a su propio hijo.

Pero Eduardo supo convivir con la situación. Cuando lo llamaba, él asentía y permitía que la mujer le hablara de lo que en ese momento se le ocurría. En la mayoría de los casos, las conversaciones no tenían un hilo conductor y los temas saltaban de uno a otro sin el menor sentido. Después, Eduardo encendía la televisión del salón y dejaba a su madre postrada en una mecedora acolchada hasta el día siguiente. No podía abandonarla ni tampoco solicitar más ayuda a los servicios sociales. La pensión era todo lo que tenía y era consciente de que se la quitarían si descubrían cómo la trataba.

Esa mañana, su madre dormía en el dormitorio. Todavía no había despertado. La dejaba descansar hasta entrado el mediodía. Le parecía conveniente, pues no podía salir del apartamento. Él administraba la contabilidad de la casa. Aportaba cuando ganaba algo de dinero, la mayoría procedente de atracos a pequeños comercios y gasolineras. También vendía hachís en las puertas traseras de los institutos de los niños adinerados. Pero esa mañana todo iba a cambiar. Lo tenía planeado.

Con la cantidad que les iban a pagar por lo de esa muchacha, Eduardo se independizaría de su madre, sacaría a Sherezade de aquel burdel de carretera y juntos viajarían muy lejos, para comenzar una nueva vida libre de problemas.

Con la maleta abierta sobre la cama, dobló las únicas dos camisas blancas que tenía —ya amarillentas—, el viejo pantalón del traje, la americana, e introdujo todas las prendas en el equipaje.

Su compañero, apoyado en el marco de la puerta de la habitación, fumaba un canuto sin parar de hablar. Estaba contento y muy risueño. La yerba lo volvía grandilocuente. Había ido hasta su casa para darle la noticia. Esa noche les pagarían y, a partir de entonces serían libres.

Desde hacía un tiempo, El Macaco vivía con él o, mejor dicho, vivía a su costa, que era diferente. Tras descubrir que El Pecos tenía una casa y una pensión para él solo, se instaló de

manera atemporal hasta que resolvieran el asunto de la chica. Ni siquiera le preguntó qué le parecía la decisión. No lo necesitaba. Todos en el barrio le temían, así que entraba y salía cuando le venía en gana, sin avisar, sin advertir de cuáles eran sus planes.

—¿Te has despedido de tu novia? —preguntó, riéndose a la vez que pegaba otra calada a porro—. Mira que enamorarte de una fulana…

La nube densa de humo nublaba su rostro.

Eduardo abrió la ventana de la habitación para que el aire limpiara el ambiente. El olor a guiso de carne y cebolla que llegaba del piso inferior era aún más desagradable.

—No la llames así. La fuerzan a trabajar.

—¡Venga, hombre! Y yo me chupo el dedo… Con lo que nos van a dar, podrás tirarte a la que quieras… —dijo, mirándolo de reojo—. Seremos libres, Pecos, ¡libres!

—Más grandes y conocidos que Tonico «El Boig».

—Sí, claro. Eso son cuentos, *atontao*.

—Tonico existe y está vivo. Es una prueba de que se puede salir del barrio.

—A estas alturas, Tonico debe de tener más años que Tutankamón… —replicó—. Además ¿no te parece raro que nunca volviera? ¡Venga, ya! No digas más tonterías, anda…

Después fue a la cocina. El canuto le estaba dando hambre.

Abrió los cajones de los armarios a su antojo y encontró media barra de pan casero y un chorizo seco colgado en la despensa. Destapó una botella de vino tinto a la que le quedaban dos dedos de líquido. Emitió un gruñido y se apoyó en la encimera de la cocina.

Agarró un cuchillo largo, cortó el embutido en varios cachos y los acompañó con un pedazo de pan. Después tomó la botella y le pegó un par de tragos para aclararse la boca. Mientras llenaba la barriga, pensó que su compañero era un tonto, un idiota que no iba a saber aprovechar el dinero ni las oportunidades. Pero aquel pardillo no iba a frenar su camino. Él tenía una idea mejor. Se desharía de él cuando llegara el momento oportuno. No sentía ningún tipo de aprensión por hacerlo.

—¿Dónde es el encuentro? —preguntó el alto.

Con un trozo de chorizo en los dedos y la botella en la mano, El Macaco regresó a la habitación.

—Será por la noche, a la una, en los huertos del campo de fútbol.

Eduardo arqueó una ceja.

—¿Y si sale algo mal?

El Macaco se acercó a su compañero y le palmoteó el hombro.

—¿Qué va a salir mal, muchacho? —preguntó, se levantó la camisa y le enseñó un revólver Smith Wesson con la empuñadura de madera. Luego se rio—. ¡Che! Relaja… que es disuasoria.

—¿De dónde la has sacado?

—¿Y a ti qué cojones te importa? —cuestionó, ofendido—. Últimamente preguntas mucho Pecos.

Eduardo guardó silencio y prosiguió doblando las mangas de la camisa.

El compañero notó que se había excedido con él.

—Me la han prestado.

—Nos puede meter en un problema.

—¿Crees que no lo sé? No soy tan pardillo —respondió, agitando el cuello de la botella— Además, ¡no me fío de ese madero!

A Eduardo no le gustaban las armas, ni tampoco el alcohol. Su madre siempre le decía

ecuando aún tenía la cabeza lúcida, que se alejara de ambas cosas porque eran un invento de ɔDiablo.

Él le daba la razón.

l Siempre que alguien moría en el barrio, era por culpa de las armas, de la bebida, de la droga (de alguna enfermedad contagiosa.

De pronto, sin esperarlo, oyeron un ruido por las escaleras.

a El Macaco le hizo una señal a su compañero para que no se moviera y alguien golpeó a la puerta.

—¿Esperas visita? —susurró, desconfiado.

a Eduardo detuvo lo que hacía y negó en silencio.

El Macaco apoyó botella en el suelo y empuñó el revólver en la parte trasera de la cintura Después se acercó a la puerta dando silenciosas pisadas y comprobó quién había al otro lado.

Un niño, se dijo y guardó el arma. Pensó que traería algún recado.

—¿Qué pasa? —preguntó con molestia.

, El pequeño lo miró.

—¡Agua, agua!

La palabra erizó el vello del Macaco y la criatura desapareció por las escaleras.

ı Rápido y nervioso, corrió hacia el cuarto para alertar a su compañero.

s —¡Tú, deja eso y muévete! ¡Venga!

—¿Por qué tanta prisa? ¿Quién era?

ɔ —¡Que vienen!

s —Pero ¿quién viene?

r —¿Quién va a ser, payaso? ¡La pasma!

a El aviso impidió que terminara de preparar la maleta.

e Eduardo abandonó la habitación y se dirigió al cuarto de su madre.

Ella seguía dormida, arropada por una sábana fina. Le hubiese gustado despedirse con unas breves palabras. Pensó que tal vez no pudiera regresar más tarde, pero no se atrevió a despertarla

a —¿Estás sordo o eres imbécil? ¡Déjala y tira para la cocina ya! —exclamó, agarrándolo de brazo—. ¡Por el patio! Hay que salir cagando hostias.

—¡Que me sueltes, coño! ¡Que es mi madre y no la voy a dejar ahí!

Furioso, El Macaco lo agarró del cuello de la camisa y lo zarandeó hacia él con violencia.

—¿Eso es lo que quieres, tonto del *cul*? Después de todo lo que hemos hecho para llega hasta aquí y vas a permitir que te *encalomen*[1] el muerto… ¿Eso es lo que quieres?

r El pulso se les aceleró cuando oyeron las pisadas de los agentes en el interior del rellano. Los nervios se apoderaron de ambos. Pensaron que vendrían a por ellos y que lo harían armados. S no desaparecían, tumbarían la puerta y terminarían con su sueño de libertad.

ɔ, La única salida era el patio de luces que conectaba con la vivienda que pertenecía al bloqu contiguo. El patio parecía un foso debido a la cantidad de cristales de botellas y colillas qu había en él. La altura era suficiente como para romperse unos cuantos huesos con la caída. La única opción viable era cruzar a través de los cables que servían para tender la ropa.

Esa o entregarse.

Y la segunda nunca era una opción.

·. Oyeron las voces de los policías. Reconocieron a un hombre y a una mujer. Estaban justo a otro lado de la entrada.

,

l Uno de ellos golpeó en la madera.

Nadie les respondió.

Con el corazón alterado, los dos se miraron y entendieron que no existía otra salida.

ɔN.d.T.: v. tr. Endosar, darle a la fuerza algo a alguien que no lo quería o no lo necesitaba.

a

.

s

.

l

r

s

i

e

e

a

l

Uno de ellos golpeó en la madera.

Nadie les respondió.

Con el corazón alterado, los dos se miraron y entendieron que no existía otra salida.

N.d.T.: v. tr. Endosar, darle a la fuerza algo a alguien que no lo quería o no lo necesitaba.

38

Nadie respondió a la llamada. El inspector Sempere aguardó unos segundos y volvió a tocar a la puerta. Agulló sintió una punzada en el pecho. No era la primera vez que visitaba a un sujeto como policía, pero sí en aquellas condiciones.

Dado que nadie respondió, Sempere optó por la segunda vía. Comprobó que la cerradura era débil y que una patada bastaría para derrumbar la puerta. Los dos agentes tenían la certeza de que los estaban esperando.

—¡Abran la puerta! —gritó y golpeó, esta vez con la palma de la mano para que el impacto fuera más sonoro—. Me cago en sus muertos… Sé que están ahí.

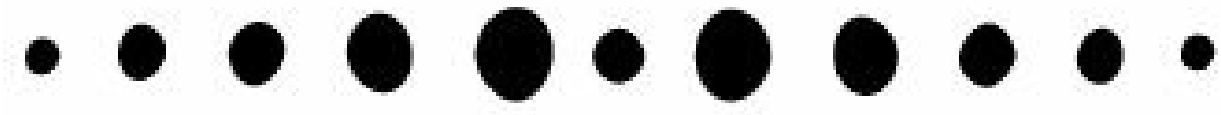
—Tendremos que regresar con una orden —comentó ella, comprobando que no había movimiento por las escaleras—. No podemos hacer otra cosa.

—Entonces los perderemos.

—Ya, pero…

—Lo siento, inspectora —contestó Sempere y dio un paso atrás para tomar impulso—. Esta vez tendrá que saltarse el protocolo.

Acto seguido, echó el cuerpo hacia atrás, levantó la pierna y asestó una fuerte patada al espacio que quedaba entre la cerradura y la puerta. El primer intento sólo hizo ceder algunas tuercas. El golpe la asustó. El segundo impacto desmontó la fina puerta de madera. Los tornillos cayeron al suelo y la puerta cedió hacia atrás. El inspector sacó el arma y cruzó el pasillo. La inspectora sintió las pulsaciones en lo alto de la cabeza, como si esta le fuera a estallar. Empuñó su pistola y siguió los pasos del compañero.



La vivienda olía igual que el resto del edificio. El estado del apartamento era desastroso manchas oscuras de moho en las paredes, trozos de pintura desconchada en los tabiques y suciedad acumulada en el suelo.

Las puertas de las habitaciones estaban cerradas y un largo pasillo con esquina impedía ver más allá del final. Sempere respiraba hondo, midiendo los pasos, reteniendo el oxígeno y abriendo cada uno de los cuartos para asegurarse de que no había nadie. El baño estaba vacío y

mugriento. En la segunda habitación encontró una maleta a medio hacer y sospechó que habían estado allí antes.

Al pasar por la puerta del tercer dormitorio, desvió la cabeza hacia un lado.

—Dios… —lamentó y llamó a su compañera—. Avise a una ambulancia.

Agulló vislumbró a una anciana en la cama.

El olor dulzón y rancio indicaba su muerte. Estaba acostada y cubierta hasta la barbilla por una sábana blanca.

El inspector se acercó a la mujer y le tomó el pulso en el cuello.

—No servirá de nada. A saber, cuánto tiempo llevará ahí…

Entonces oyeron un ruido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella y reaccionó por instinto. Buscó el sonido y se dirigió a la cocina—. Es por aquí.

—¡Espere, inspectora!

En la ventana vio a un hombre colgando de los cables del tendido de la ropa. El otro lo ayudaba desde el interior de la vivienda enfrentada.

Eran ellos, no tenía dudas. Los hombres de las fotografías estaban allí, a escasos metros. La incertidumbre la paralizó. Sintió el peligro, la reacción a su presencia.

—¡Alto, Policía! —gritó.

Los ojos del más bajo la encontraron desde el otro apartamento.

Agulló sintió las uñas de un felino acariciando su garganta.

Empuñó el arma y apuntó hacia ellos.

—¡Alto, no se muevan!

Con el otro entre los cables, a punto de cruzar al apartamento, el más bajo reaccionó y apuntó a la inspectora con el revólver.

Se oyó un estrépito que retumbó por todo el edificio, dejando un zumbido ensordecedor en los tímpanos de la policía. El proyectil hizo volar dos azulejos de la cocina sin llegar a alcanzarla. La inspectora se agachó, retrocedió varios metros y se tumbó en el pegajoso suelo.

«¡Joder, joder, joder!».

Las manos le temblaban, el corazón se agitaba como si tuviera una coctelera dentro de ella.

Sempere abandonó el dormitorio, apuntó a la cocina y disparó dos veces al vacío. La segunda explosión ahuyentó a los delincuentes, que ya estaban a salvo.

—¡Mierda! —exclamó el inspector—. ¡Se escapan!

Ella no respondió. Tenía la boca seca, la saliva pastosa y la lengua rígida. Sempere se mostró tenso.

La inspectora se levantó del suelo, recuperó el aliento e intentó responder con coherencia. Pensó que aún existía una pequeña posibilidad de atraparlos. Había que dar la vuelta al edificio antes de que ellos lo abandonaran.

—Si nos damos prisa, los sorprenderemos —comentó, pero Sempere no la escuchó. Antes de que terminara la frase, el inspector calculaba la forma de cruzar el vacío que había entre los bloques de viviendas—. ¿Qué hace?

—¿Usted qué cree? ¡Ir tras ellos! —gritó, puso un pie en el alféizar de la ventana de la cocina y se agarró a uno de los hierros que sostenían los cables—. No se quede ahí quieta y ayúdeme ¡venga!

La inspectora accedió, le extendió la mano y le ayudó a cruzar.

Con un pie en la otra vivienda, Sempere le ofreció el brazo para que hiciera lo mismo.

—¿A qué espera, Agulló? —insistió con la mirada nerviosa.

Pero no podía hacerlo. Tenía una convicción y algo en su interior le decía que era lo correcto.

—¡No! Iré por el otro lado —respondió la mujer—. Cubriré la salida.

El inspector, harto de su indecisión, farfulló algo para sí mismo y le contestó con un gesto de desprecio.

—Como quiera…

Con el pulso en la garganta, Agulló abandonó la vivienda a toda prisa y bajó las escaleras sin poner atención a los peldaños.

La luz brillante de la calle la devolvió a la realidad.

Los hombres de la esquina habían desaparecido y ahora la calzada parecía un desierto. Los vecinos vigilaban tras las ventanas tapiadas, avisados por los disparos. Nadie quería lidiar con la policía.

Se sintió acosada por quienes se ocultaban tras los cristales sucios y las grietas de las paredes. Empuñó la pistola, miró hacia ambos lados y buscó la entrada del segundo edificio en aquel laberinto de hormigón y suciedad. No vaciló y entró sin pensar en las consecuencias. Esta vez no dudaría en abrir fuego antes que ellos. Apuntó hacia arriba, comprobó que estaba sola y subió hasta la primera planta.

—Sempere, ¿está ahí? —llamó en voz alta, pero su compañero no respondió.

Continuó hacia la segunda altura, vio una de las puertas abiertas y se acercó a ella apuntando con el cañón.

—¡Inspector! —exclamó con fuerza hacia el interior.

—Aquí, Agulló… Aquí… —dijo la voz cansada de su compañero—. ¡Oh! Dios…

Lo primero que vislumbró fueron varias manchas de sangre en el suelo. Avanzó desconcertada unos metros. Junto a la cocina, sorprendió al policía taponando la herida que le habían provocado en la cabeza. Encontró cristales en el suelo y un cuadro perforado por un impacto de bala.

El inspector seguía consciente, aunque pálido y exhausto.

No quedaba rastro de los otros dos.

—Los he tenido delante, pero uno de ellos me ha sorprendido por la espalda… —explicó avergonzado, desde el suelo—. Ayúdeme a ponerme en pie, por favor…

Ella se acercó y lo auxilió.

Con la ayuda de la inspectora, Sempere avanzó cojeando hasta la puerta del apartamento.

—Eran ellos, ¿verdad?

—Sí… —confirmó él, lamentando la pérdida—. Los tenía tan cerca…

—No sé cómo se lo va a tomar Peralta.

—¿Cree que me importa? Que le jodan a ese imbécil… Él debería estar aquí.

Agulló prefirió no continuar con la conversación.

—Será mejor que llame a una ambulancia.

—¿A qué espera, Agulló? —insistió con la mirada nerviosa.

Pero no podía hacerlo. Tenía una convicción y algo en su interior le decía que era lo correcto.

—¡No! Iré por el otro lado —respondió la mujer—. Cubriré la salida.

El inspector, harto de su indecisión, farfulló algo para sí mismo y le contestó con un gesto de desprecio.

—Como quiera…

Con el pulso en la garganta, Agulló abandonó la vivienda a toda prisa y bajó las escaleras sin poner atención a los peldaños.

La luz brillante de la calle la devolvió a la realidad.

Los hombres de la esquina habían desaparecido y ahora la calzada parecía un desierto. Los vecinos vigilaban tras las ventanas tapiadas, avisados por los disparos. Nadie quería lidiar con la policía.

Se sintió acosada por quienes se ocultaban tras los cristales sucios y las grietas de las paredes. Empuñó la pistola, miró hacia ambos lados y buscó la entrada del segundo edificio en aquel laberinto de hormigón y suciedad. No vaciló y entró sin pensar en las consecuencias. Esta vez, no dudaría en abrir fuego antes que ellos. Apuntó hacia arriba, comprobó que estaba sola y subió hasta la primera planta.

—Sempere, ¿está ahí? —llamó en voz alta, pero su compañero no respondió.

Continuó hacia la segunda altura, vio una de las puertas abiertas y se acercó a ella apuntando con el cañón.

—¡Inspector! —exclamó con fuerza hacia el interior.

—Aquí, Agulló… Aquí… —dijo la voz cansada de su compañero—. ¡Oh! Dios…

Lo primero que vislumbró fueron varias manchas de sangre en el suelo. Avanzó desconcertada unos metros. Junto a la cocina, sorprendió al policía taponando la herida que le habían provocado en la cabeza. Encontró cristales en el suelo y un cuadro perforado por un impacto de bala.

El inspector seguía consciente, aunque pálido y exhausto.

No quedaba rastro de los otros dos.

—Los he tenido delante, pero uno de ellos me ha sorprendido por la espalda… —explicó, avergonzado, desde el suelo—. Ayúdeme a ponerme en pie, por favor…

Ella se acercó y lo auxilió.

Con la ayuda de la inspectora, Sempere avanzó cojeando hasta la puerta del apartamento.

—Eran ellos, ¿verdad?

—Sí… —confirmó él, lamentando la pérdida—. Los tenía tan cerca…

—No sé cómo se lo va a tomar Peralta.

—¿Cree que me importa? Que le jodan a ese imbécil… Él debería estar aquí.

Agulló prefirió no continuar con la conversación.

—Será mejor que llame a una ambulancia.

39

Lunes, 11 de agosto de 2008.

Jefatura de la Policía Municipal. Barrio de Altabix, Elche.

Un cambio de planes. Un último favor y aquel entuerto habría terminado.

—Nosotros no somos hombres de negocios. Trabajamos para servir al público, para cuidar a pueblo —le confesó don Diego en el interior del vehículo patrulla—. Y si el pueblo no es capaz de comprender dónde están los buenos y dónde los malos, nuestros enemigos se encargarán de que entiendan que somos los malos.

Esas fueron las últimas palabras de don Diego antes de bajarse del todoterreno, frente a su propiedad de Los Arenales del Sol.

El alcalde había tenido tiempo para meditar sobre lo sucedido. Lo que en un principio se auguraba como tragedia personal, con el trascurso de las horas y de los acontecimientos evolucionó a una situación favorable para ambos. Pero antes tenían que remendar el roto.

Contaba con él desde el principio. Sabía que podía confiar en su lealtad, a pesar de que mantuviera el contacto con Manuel Coves para continuar al corriente de sus movimientos.

Este caso era diferente.

Aquel plan iba más lejos que la recompensa personal de cada uno.

Para Bernabéu, el éxito de la operación supondría el ocaso de una época gris en Elche. Don Diego rompería el oligopolio empresarial al que la ciudad vivía sometida desde hacía años. La crisis asiática había reforzado una unión que ahora se limitaba a exigir y no a negociar. Por su parte, el inspector sumaría los galones necesarios para tomar el relevo de la intendencia.

El conflicto entre familias terminaría en un derroche de sangre, sacando a la luz su verdadera naturaleza y obligando a las Fuerzas de Seguridad del Estado a actuar. No era lo idóneo para la ciudad, pero el político sabía que la gente olvidaba con el tiempo. Investigaciones, juicios y condenas. El asesinato de la chica tomaría el impulso mediático suficiente para que los medios revelaran los secretos más protegidos de los empresarios.

Pero antes de cantar victoria, debían dar un último ajuste para que todas las piezas encajaran.

Bernabéu había errado, pero todavía podía corregir su error.

—Aunque no lo parezca, cuando hacemos lo correcto por el bien común, Dios da segundas oportunidades.

—Pensaba que no era creyente.

El alcalde se frotó las manos.

—Y no lo soy, pero si ese dios da una segunda oportunidad, quiero creer que nos la dará a nosotros.

Esa misma noche del lunes, don Diego entregaría su último mensaje a través del policía.

Bernabéu los citó en una antigua finca de la vieja carretera que llevaba a Perleta, junto a los huertos que había a las espaldas del estadio de fútbol Martínez Valero.

El alcalde le entregó una bolsa de deporte con la suma de dinero prometida, repartida en fajos de billetes. El rumbo de la investigación cambiaría cuando la policía descubriera los dos cadáveres en medio de la nada.

Fin del caso.

Del resto se encargarían los diarios.

Primero, el romance entre la víctima y el nieto de los Navarro. Más tarde, un bulo sobre los asesinos y su relación con Navarro salpicaría al abuelo y a su banda de extorsionadores.

Lo primordial era silenciar a esos dos.

Para ello, un revólver Astra del 38, sin trazo y procedente del mercado negro portugués.

Tres horas antes de la medianoche, Bernabéu acabó su turno y se aseguró de que las patrullas garantizaran el civismo en los puntos más calientes de la ciudad. Hasta que concluyeran las festividades, cada noche se convertía en un hervidero de posibles agresiones en los lugares más concurridos.

Abandonó la Jefatura, en la otra punta de la ciudad, subió al todoterreno de la policía y puso rumbo a su domicilio del centro.

El inspector vivía en los Pisos Azules, un enclave de torres de color azul y rojo que poseía la terraza más alta de la ciudad. En el pasado, la nacional que cruzaba por su lado delimitaba los dos frentes sociales: a un costado vivían los pobres y al otro los que eran un poco menos pobres. De aquello ya no quedaba nada.

Regresó a su casa, en la décima planta de la torre encarnada, saludó sin mucho afecto a su mujer, que lo esperaba para cenar, y después a las pirañas de la pecera que tenía en la cocina.

A ella le extrañó que todavía llevara el uniforme puesto, pero pensó que se cambiaría de ropa tras la cena.

Estaban solos. Su hija había salido con los amigos.

Con la televisión encendida, cenaron pechugas de pollo bañadas en tomate y acompañadas de alcachofas fritas. Se sirvió un vaso de tinto de la Algueña, el pueblo de su padre. Aquel vino era el único resquicio que lo asociaba a su infancia, a sus raíces, un pasado que existía sobre papel. Quizá porque regresar a los sabores de la niñez era el único modo de olvidar el monstruo que era.

A pesar de la cercanía, llevaba décadas sin visitar el pueblo y también sin ir al cementerio. Compraba las botellas en una tienda de comestibles del Raval y las bebía para purgarse. Necesitaba llenar los vacíos de su vida y dotar de sentido y significado las cuestiones que carecían de importancia.

En toda la velada estuvo más callado de lo habitual.

La pasó pensando en lo larga que sería la madrugada, y también en su hija.

No le gustaba que anduviera hasta tarde por la calle. La situación se había vuelto peligrosa, y más siendo su hija. Pero no podía contarle la razón.

La cena, como ritual, no permitía los asuntos de trabajo, aunque esa noche hizo una excepción. Calculó que no le llevaría más de media hora ejecutar a esos dos.

Visualizó la secuencia en su cabeza: primero, les entregaría el botín. Cuando lo comprobaran apretaría el gatillo.

¡Pam! ¡Pam!

Uno, dos, fuera.

Después se desharía del arma tirándola al río.

Don Diego había sido muy claro con él. Ambos debían morir y tenía que asegurarse de ello No más errores. No más cabos sueltos.

Esa noche, para su sorpresa, el inspector estaba más hambriento de lo habitual y creyó qu sería una buena señal.

—Romu, ¿te vas a duchar antes de irnos? Las toallas están tendidas en la terraza.

—Hoy tengo que salir —comentó, luego agarró un pedazo de pan y lo bañó en la salsa d tomate que había quedado en el plato. Después se enjuagó la boca con el vino—. Volveré pronto

La mujer estiró el cuerpo.

—Me dijiste que esta noche la tendrías libre —expresó, irritada—. Le había dicho a m hermana que tomaríamos una copa con ellos.

—Pues la tomáis sin mí —contestó y se limpió el aceite de la barbilla con la servilleta de tel s—. ¿Por qué crees que llevo el uniforme? Es trabajo, mujer. Con lo de esa chica en boca d stodos… En fin, no voy a repetirlo. Ya lo hemos hablado.

—No pienso ir sola.

—La tomaremos mañana.

—¿Mañana? ¡Y un cuerno! —exclamó y puso los ojos en blanco—. Mañana vendrás con otr cuento.

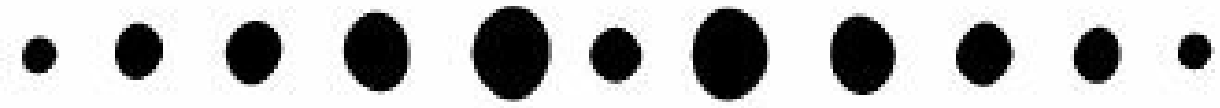
Bernabéu dio el último trago al vaso de vino y lo abandonó en la mesa. El golpe marcó e spunto final de la conversación. Dejó la servilleta sobre el mantel y desplazó la silla hacia atrás.

—¡Eso, vete! Toda la vida igual.

La miró de reojo. Su esposa estaba en lo cierto. Cuando no era trabajo, eran excusas qu ocultaba con el trabajo.

Le habría gustado decirle que lo de esa noche salvaría muchas vidas en el futuro, pero no l ahubiera creído. En el fondo, no le podía hacer ningún reproche. Nunca esperó de él nad extraordinario. Su trayectoria había sido lineal, mediocre, sin destacados.

Y había llegado la hora de cambiar eso.



Tras la cena, bajó hasta el aparcamiento subterráneo donde tenía su vehículo. Del maletero de viejo Audi 80 sacó la bolsa con el dinero.

Nadie lo vio entrar ni salir.

La noche tenía un matiz cobrizo debido a la luz de las farolas, las pisadas se perdían en el ec y una música lejana indicaba dónde se hallaba la diversión.

Comprobó la hora y calculó que contaba con tiempo de sobra para acudir al encuentro.

Subió al coche policial aparcado a dos manzanas de su propiedad, arrancó el todoterreno puso rumbo a la periferia. Se desvió por la nacional que cruzaba el puente de Barrachina, borde la ciudad y vislumbró la iluminación del estadio de fútbol. El tráfico era escaso, la radio estab

apagada y el inspector conducía con la confianza de quien mandaba en la ciudad. No era para menos. Pronto lo sería y durante muchos años. Todos le respetarían como a un héroe local.

Los alrededores del Martínez Valero se volvían más y más oscuros a medida que el camino se alejaba de los límites urbanísticos de la ciudad. La penumbra se tragaba una carretera de doble sentido que conectaba con el campo. Era un acceso viejo y peligroso. Quienes lo conocían reconducían a toda velocidad.

Miró el reloj del coche. Se había adelantado más de treinta minutos. No le importó ser el primero. Ansiaba terminar con aquello. Aparcó a la vera del camino y esperó pensando que desde allí advertiría su llegada.

«Todo llega, Romualdo, todo llega…», se dijo.

El teléfono privado sonó. Reconoció el número en la pantalla.

—Buenas noches, don Manuel… —comentó, sin ganas de alargar la conversación—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Alguna novedad, Romualdo?

—No. Seguimos en ello.

—Un inspector ha venido hoy al tanatorio a meter las narices.

El policía resopló.

Se le formaba un nudo en el estómago cada vez que mentía a ese hombre.

—¿Era Sempere?

—No, no me sonaba su rostro.

Aquellas eran malas noticias.

—No se preocupe —comentó, sin dar más explicaciones—. No será nada.

—¿Que no me preocupe? Me ha preguntado cosas muy raras… que si somos creyentes, que si Laura tenía un amante, que si alguien intenta hacerme daño…

Fue inevitable que Bernabéu recordara la muerte del sacerdote.

—Ya le he dicho que la policía está investigando qué clase de vínculo existía entre Laura y el anieto de Navarro.

—Yo te lo diré:¡ninguna!

—Siento llevarle la contraria, don Manuel. Las cámaras lo vieron… —aclaró, notando cómo la respiración del anciano se cortaba—. Es evidente que eran más que conocidos.

—¿La mató él?

—No puedo confirmarle nada.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó, alarmado.

—Confíe en el trabajo de mis compañeros… —dijo y su interlocutor se quedó callado—. La respuesta llegará.

—Romualdo, ¿qué piensas tú?

El policía tragó saliva.

—Mi juicio es imparcial, don Manuel —respondió—. A veces me imagino que, en lugar de Laura, podría haber sido mi hija Rebeca… y se me hunde el alma en impotencia. Comprendo su inquietud. Todos tenemos los nervios a flor de piel… pero entienda que hacemos lo posible por encontrar a los culpables. Hasta entonces, será mejor que no hagamos cábalas antes de hora.

—Está bien… Mantenme al tanto de lo que llegue a tus oídos.

—Así haré, don Manuel. Descanse.

Colgó y fijó los ojos en la pantalla durante unos segundos.

Oyó el latir de su corazón en el interior de aquel coche y el bombeo se volvió insoportable.

Encendió la radio, sintonizó una emisora aleatoria y la música machacona de radiofórmula llenó el interior del coche. Bajó la ventanilla, abrió la guantera y sacó una cajetilla de tabaco negro de la que quedaban tres cigarrillos. Cogió uno y lo encendió con el mechero del coche.

La bocanada de humo manchó el cielo negro que se veía al otro lado del cristal.

Respiró hondo. Las ramas de las palmeras se movían como brazos alargados y sintió una extraña relajación que atribuyó a los efectos de la nicotina.

No era fumador, pero don Diego lo había convertido en un adicto.

Y todo para reírle las gracias y ganar confianza, se dijo.

Era probable que su mujer lo hubiera notado en su ropa.

«Hay tantas cosas que ella nunca sabrá…».

Algunos cohetes iluminaban el cielo al otro lado de la ciudad.

La música de las barracas seguía sonando.

Apagó la radio, disfrutó del cigarrillo y esperó a que su momento llegara. Pronto pondría fin a su último turno de noche.

Encendió la radio, sintonizó una emisora aleatoria y la música machacona de radiofórmula llenó el interior del coche. Bajó la ventanilla, abrió la guantera y sacó una cajetilla de tabaco negro de la que quedaban tres cigarrillos. Cogió uno y lo encendió con el mechero del coche.

La bocanada de humo manchó el cielo negro que se veía al otro lado del cristal.

Respiró hondo. Las ramas de las palmeras se movían como brazos alargados y sintió una extraña relajación que atribuyó a los efectos de la nicotina.

No era fumador, pero don Diego lo había convertido en un adicto.

Y todo para reírle las gracias y ganar confianza, se dijo.

Era probable que su mujer lo hubiera notado en su ropa.

«Hay tantas cosas que ella nunca sabrá…».

Algunos cohetes iluminaban el cielo al otro lado de la ciudad.

La música de las barracas seguía sonando.

Apagó la radio, disfrutó del cigarrillo y esperó a que su momento llegara. Pronto pondría fin a su último turno de noche.

40

Después de una larga espera en las intendencias de Elche, el inspector Peralta recibió la llamada de su compañera desde el hospital. Le explicó que tardaría un buen rato en salir. Sempere todavía estaba débil tras el golpe. Y Peralta allí no tenía control alguno sobre la investigación.

El inspector colgó y suspiró. Agulló lo alcanzaría más tarde.

Con diferencia, era el peor equipo con el que había trabajado, se dijo.

«¿En qué estaría pensando?».

El botellazo fue lo mejor que le podría haber pasado a Sempere, consideró, dado el desastre.

Subió hasta el despacho del ilicitano y se paró frente a una máquina expendedora. Sacó varias monedas del bolsillo pequeño del pantalón, pero no eran suficientes para lo que quería. Entonces cruzó una palabra con uno de los agentes que encontró en su camino.

—¿Tiene una moneda de cincuenta céntimos? —preguntó frente a la máquina, antes de comprar el emparedado de atún.

La puerta del despacho estaba abierta y el departamento vacío, así que no dudó en pasar.

Abrió la ventana para que el aire rancio se renovara. Sacó el emparedado y le dio un bocado. Dejó el envoltorio en la montaña de plástico que cubría la papelera y se plantó frente al esquema que Sempere había elaborado.

—La *Costra Nostra*, ¿eh? —murmuró, estudiando la jerarquía de nombres y rostros.

Conocer el entorno de la chica era el primer paso.

Esta vez, la lista tenía más sentido para él.

Tomó un cuaderno prestado y anotó varios nombres.

Primero reconoció a los tres hombres que acompañaban a Coves en el tanatorio. Luego apuntó algunos datos que Sempere había reunido sobre las empresas familiares: COVEX S.L. estaba a nombre de Manuel Coves, poseyendo más de la mitad de las participaciones. El resto se repartía de forma equitativa entre los dos hijos.

José Coves era el dueño de INDEXA S.L., una constructora de la que poseía el cincuenta y uno por ciento de las participaciones.

Sus hijos Laura y Miguel, el resto, repartido a partes iguales.

—Es curioso… El sistema se repite.

Por último, Manuela Coves, hija del abuelo de la familia, tenía una consultoría inmobiliaria a su nombre, URBAN S.L., de la que era posesora del ochenta por ciento de las participaciones, y su padre Manuel, del restante.

Dedujo que el abuelo estaba en todas y que aquellos que no llevaban el apellido Coves, se quedaban fuera del negocio familiar.

La cabeza del inspector funcionaba a toda velocidad. Se dirigió a la única estantería que Sempere tenía en el despacho y comprobó los títulos de los archivadores. Si tanto tiempo había dedicado a esa gente, sospechó que aún conservaría la documentación.

Tardó menos de tres minutos en dar con un archivo que llevaba el apellido de la familia. La carpeta negra era pesada y estaba llena de documentos de distinto tamaño: facturas, informes, fotocopias de libros de cuentas, fotografías.

Peralta se sintió sorprendido. Era un trabajo de muchos años. Descubrió que Sempere había construido una radiografía de aquella gente. La carpeta mastodóntica confirmó su sospecha: la obsesión por el interés personal nublaría su juicio sobre el caso de Laura Coves.

Pensó que no había tiempo que perder. Puede que, entre tanto número, encontrara un vínculo con la víctima.

Peralta aprovechó para revisar las propiedades de la familia. Estas eran numerosas: desde varias residencias a lo largo de la provincia, tanto familiares como vacacionales, a dos huertos de palmeras, cercanos a la comisaría, que no lograban vender.

En cuanto a las compañías, COVEX S.L. tenía en propiedad las antiguas oficinas de la empresa, un bloque de tres pisos frente al ayuntamiento, en el corazón de la ciudad, que ahora alquilaban a otras firmas.

Revisar los libros de cuentas y las auditorias de las empresas le llevaría más trabajo y sospechó que no le serviría de gran ayuda. Una vista rápida le daría lo que necesitaba. Corrió las páginas con rapidez. Las copias de las cuentas dieron paso a recortes de prensa. Se detuvo ante una breve columna. La fecha databa de un año antes. El articulista mencionaba los problemas económicos del hijo varón de la familia, José Coves, y cómo sus sonados escándalos relacionados con sus adicciones habían provocado que URBAELX S.L. se quedara fuera de la candidatura al Casino Mediterráneo Alicante, el cual se inauguraría a finales de 2009. La razón: falta de credibilidad y rumores de insolvencia que rodeaban a la constructora.

Peralta anotó mentalmente:

«Problemas económicos. Escándalos familiares».

Continuó con el barrido visual.

De nuevo, ese hombre.

Don Severiano Robles recibe el apoyo de los empresarios locales para hacer frente a la conselleria

El párroco de la Basílica menor de Santa María de Elche presentará ante la conselleria el plan de reforma y presupuestos para renovar la fachada de la Basílica. Robles ha contado con el apoyo moral y económico de numerosos empresarios ilicitanos, que han aportado sus donaciones para mejorar y conservar el estado de la construcción.

«Una vez es coincidencia. Dos, una casualidad. Tres, no existe la menor duda», pensó señalando con el dedo a la fotografía del diario en la que aparecía el sacerdote junto al alcalde.

Que Sempere tuviera aquel recorte en sus archivos, confirmaba para él una relación entre el cura y Manuel Coves.

La puerta del despacho se abrió.

Peralta se levantó sobresaltado y entonces vio a la inspectora.

Antes de reprocharle no haber llamado, observó su rostro y se mordió la lengua. Agulló tenía la mirada agotada, débil y hambrienta. Pero lo que más expresaban sus ojos era una enorme

edecepción.

—¿Un día largo, inspectora?

e —Los he tenido mejores. ¿Interrumpo algo?

a Peralta miró la hora en su reloj.

—No, llega a tiempo —dijo y ella miró el recorte de prensa que intentaba ocultar— a¿Obsesionado con ese hombre?

, Peralta cerró el archivador de un golpe.

—¿Dónde está nuestro héroe?

a Ella lo lamentó moviendo la cabeza.

a —En el hospital. Sobrevivirá. ¿Nos vamos?

—¿A qué viene tanta prisa?

o —Sólo quiero que este día se acabe.

Peralta se levantó, dejó el archivo en su lugar y dio un último vistazo al organigrama. Sintió eque estaba acercándose a algo.

e —Está bien, pero antes debemos hacer una última visita.

a
a

y
s
e
s
s
a
:

1

l
n
s

,

l

a
e

decepción.

—¿Un día largo, inspectora?

—Los he tenido mejores. ¿Interrumpo algo?

Peralta miró la hora en su reloj.

—No, llega a tiempo —dijo y ella miró el recorte de prensa que intentaba ocultar—. ¿Obsesionado con ese hombre?

Peralta cerró el archivador de un golpe.

—¿Dónde está nuestro héroe?

Ella lo lamentó moviendo la cabeza.

—En el hospital. Sobrevivirá. ¿Nos vamos?

—¿A qué viene tanta prisa?

—Sólo quiero que este día se acabe.

Peralta se levantó, dejó el archivo en su lugar y dio un último vistazo al organigrama. Sintió que estaba acercándose a algo.

—Está bien, pero antes debemos hacer una última visita.

41

Lunes, 11 de agosto de 2008.

Zona residencial de Ciudad Jardín. Barrio de Altabix, Elche, Alicante.

Se acercaba la hora de la cena y Peralta no podía ocultar el fuerte rugido de sus tripas. La ciudad se vestía de oscuro y el alumbrado público pintaba con tonos amarillentos la soledad de las calles y de sus palmeras.

—Parece que alguien tiene hambre —comentó Agulló, sentada al volante y aguantando la risa.

—Lo siento, apenas he pegado bocado en todo el día —respondió, frotándose el abdomen— Si pudiera, me comería un buen bocata de calamares acompañado con una ensaladilla rusa…

—Y una ración de torreznos, ya puestos a subir el colesterol…

—¿Qué tiene de malo? Se llama dieta mediterránea —argumentó, ofendido—. Es mucho más saludable que una pizza.

—Si usted lo dice…

—Cuando acabe esto, Agulló, venga a Madrid y la llevaré a probar los mejores bocadillos de calamares. Le aseguro que cambiará de opinión.

—Por supuesto…

—¿Ha estado alguna vez en Madrid?

Ella se encogió de hombros.

—¿Y quién no? Fui de pequeña. A mi padre le encantaba.

—Entonces sabe de lo que hablo.

—Tengo recuerdos del Retiro, de la Gran Vía, pero no de la comida… Era una niña.

—Los mejores bocatas de calamares, Agulló, los mejores…

—No lo pongo en duda… —dijo y se adentró en el área acomodada de Ciudad Jardín. Los bloques de viviendas daban paso a los adosados y a las casas unifamiliares con jardín que ocupaban las manzanas—. ¿Qué se supone que vamos a hacer aquí? Empiezo a sentir el cansancio.

—Obtener respuestas —aclaró Peralta—. Aprovecharemos la ocasión, ahora que Semper está fuera de juego. Yo me encargaré de interrogar a la familia y usted dará un vistazo en el cuarto de la chica, ¿le parece?

—¿Y por qué no lo hacemos al revés?

—Se me dan bien las distancias cortas… Además, la pérdida está muy reciente, como para que sea yo quien meta la mano en el cajón de la ropa interior, ¿me sigue?

—¿En qué año dice que nació usted?

—Sea prudente y piense como si fuera esa chica, Agulló. Si colaboran, seguro que encuentra algún documento de valor.

—Precisamente, por eso preferiría que lo hiciera usted.

Bajaron del coche y se acercaron a la entrada de la propiedad. El jardín estaba vacío, pero detrás de las ventanas había luz. Supusieron que el matrimonio se encontraría dentro. Peralta se adelantó, tocó el timbre y se identificó. La puerta magnética se abrió, cruzaron el umbral y Montserrat Miralles los recibió en la entrada a la casa. La mujer observó a la pareja de policías.

—¿Qué hacen aquí?

—Le dije que vendría.

Antes de que ella respondiera, una silueta apareció por detrás. No estaba sola. De hecho, la acompañaba el resto de la familia, casi al completo.

—¿No han tenido suficiente? —preguntó José Coves, el padre de la víctima, colocándose a frente de la entrada—. Montse, ve para dentro…

La mujer obedeció sin rechistar y desapareció. Peralta avanzó unos metros y se rascó la áspera barba.

—Señor Coves, soy el inspector Peralta y estoy a cargo de la investigación que rodea la muerte de su hija.

—Sé de sobra quién es, lo he visto merodeando en el tanatorio.

—Pues nos ahorramos las presentaciones.

—¿Qué es lo que quiere? Le daré un minuto antes de echarlo de mi casa.

El inspector tragó con dureza y miró a su compañera.

—Veo que están todos reunidos… —señaló, apuntando con los ojos al interior de la vivienda —. Me gustaría hacerles unas preguntas sobre Laura, su entorno más cercano… Serán unos minutos y nos ahorraremos más molestias, tanto ustedes como nosotros.

José Coves meció la melena hacia atrás. Lucía el traje arrugado y la camisa desajustada. Miró al suelo, negó con la cabeza y abrió la puerta hacia dentro.

—Está bien, pero dense prisa. No me gustaría que mi padre los encontrara aquí.

Peralta asintió.

—Se lo agradezco.

Los dos policías entraron en el interior de la vivienda y la puerta se cerró.

Un largo pasillo los llevaba hasta el salón que daba a la parte trasera de la casa. A excepción de los abuelos, todo el clan esperaba sentado en los cómodos sofás de piel marrón que rodeaban las paredes de la habitación. Los Coves no escatimaban en gastos de decoración. La enorme televisión ocupaba un tercio del tamaño de la pared. Las esquinas estaban adornadas por excéntricas columnas que imitaban a la arquitectura romana. Sobre una de ellas, descansaba una Dama de Elche de imitación. Los tapices que adornaban las paredes también tenían relación con la ciudad.

—Pasen por aquí, por favor —indicó Montserrat Miralles, guiándolos al resto de los miembros de la familia.

Peralta se separó de la compañera, saludó a los miembros y le hizo un disimulado gesto a Agulló para que desapareciera.

La inspectora se dirigió a la mujer, que parecía la más afectada de todos, y la apartó unos

apasos del resto.

—¿Le importa si le hago algunas preguntas acerca de Laura?

—No, en absoluto. Lo que necesite.

a Agulló observó las escaleras que iban a la planta superior.

—¿Sería también posible ver el dormitorio de su hija?

La mujer asintió.

o —Claro, ¿por qué no? Sígame…

e Las dos mujeres tomaron los peldaños mientras Peralta distraía a los demás con su presencia.

y

a

l

a

a

a

s

ó

n

n

e

r

a

n

s

a

s

pasos del resto.

—¿Le importa si le hago algunas preguntas acerca de Laura?

—No, en absoluto. Lo que necesite.

Agulló observó las escaleras que iban a la planta superior.

—¿Sería también posible ver el dormitorio de su hija?

La mujer asintió.

—Claro, ¿por qué no? Sígame…

Las dos mujeres tomaron los peldaños mientras Peralta distraía a los demás con su presencia.

42

Peralta intentó ganarse la simpatía familiar, pero no obtuvo más que la indiferencia de los otros miembros de la familia. Tras una batería de preguntas generales, llegó a la conclusión de que nadie había notado nada extraño, ni siquiera Miguel Coves, el hermano de la víctima, quien había estado con ella en la misma barraca, horas antes de desaparecer.

Entre todos le confirmaron lo que más temía: habían elaborado un relato que no daba pie a la confusión. Laura no estuvo esa noche con ellos y cada uno de los miembros poseía una coartada que los ubicaba en diferentes lugares.

Insistente, el inspector lanzó algunas cuestiones sobre la relación de la víctima con los familiares, pero ninguno habló más de la cuenta. Cordial, amigable y muy trabajadora, eran algunos de los adjetivos que la definieron.

En cuanto al padre, el policía advirtió su nerviosismo.

Aquel aspecto desaliñado no era casual.

Pensó que quizá tuviera algún problema de mayor profundidad. Lo había visto antes en otros que eran cabeza de familia que no soportaban el estrés o lo gestionaban mal.

Peralta persistió sin éxito, preguntando por detalles de la vida privada de Laura, que ninguno parecía conocer, agotando el tiempo y la paciencia de los presentes hasta que José Coves recibió una llamada telefónica.

—Se acabaron las preguntas, tienen que marcharse ahora mismo —comentó, tajante y carente de amabilidad alguna—. ¿Dónde está mi mujer?

—No seré yo quien responda a esa pregunta.

—Muy gracioso —respondió y miró hacia las escaleras—. Ya me ha oído. Sabe dónde está la salida…

José Coves subió las escaleras y Peralta tomó el pasillo que lo dirigía a la puerta principal. La respiración ahogada de una mujer lo detuvo.

—Inspector… —dijo Lorena Brotons, la primera de Laura Coves y la única persona que había sido educada con él—. Espere…

—¿Sí?

—Si puedo ayudarles en algo…

—¡Lorena! —exclamó una voz socarrona desde el otro rincón del pasillo. Era su padre y no parecía dispuesto a dejarla hablar—. Deja que se marche.

Peralta abandonó la propiedad con un sabor amargo de aquel encuentro.

No era lo habitual recibir un trato tan hostil de parte de la familia de la víctima. Pensó qu algo olía a podrido allí dentro. Primero el padre, después el cuñado…

Se quedó apoyado en la puerta del vehículo, a la espera de su compañera. Rezó para qu Agulló hubiese tenido más suerte que él.

No era lo habitual recibir un trato tan hostil de parte de la familia de la víctima. Pensó que algo olía a podrido allí dentro. Primero el padre, después el cuñado…

Se quedó apoyado en la puerta del vehículo, a la espera de su compañera. Rezó para que Agulló hubiese tenido más suerte que él.

43

Agulló siguió los pasos de Montserrat Miralles hasta la puerta del cuarto. Vio que su espalda era delgada, huesuda, y presintió que lo sería todavía más en los días venideros. Con los brazos cruzados y la cabeza agachada, subía los peldaños con fuerza, como si su cuerpo se resistiera a hacerlo, pero supiera que no existía otra forma de afrontar el duelo.

La puerta de la habitación de Laura estaba cerrada. Miralles agarró la manivela con firmeza y la giró hacia abajo.

Un agradable olor a perfume las recibió. La madre de Laura aguantó la emoción, reprimiendo las lágrimas. Agulló dio un paso al frente y entró en el cuarto. Era la primera vez que visitaba la habitación de una víctima. La sensación le resultó escalofriante. Dio un vistazo alrededor y vio que el espacio no era más grande de lo que había imaginado. Primero vio el escritorio, el ordenador de sobremesa, el tablón de corcho donde colgaban las fotografías de sus viajes. Después se fijó en la cama, en la colcha de color rosa y blanco, en el osito de peluche que había sobre la almohada. Una colección de discos compactos ocupaba una de las baldas de la estantería flotante. A su lado, un montón de libros de literatura clásica y popular. Agulló caminó en círculos, rastreando el lugar con la mirada, en busca de una señal. Sus ojos se desviaron hacia una orla que colgaba de la pared. Pertenecía a la promoción del colegio. Luego se dirigió a un estante cargado de medallas y trofeos. Laura era una chica ejemplar, se dijo, y no dudó de que tanto éxito guardaría un secreto. Por último, revisó los portarretratos que había junto a la mesilla de noche. Uno era de su Primera Comunión. Laura, todavía una niña, salía vestida de blanco. El otro marco contenía una imagen familiar. Agulló se acercó a él y lo observó de cerca. En la imagen reconoció a sus padres, a sus abuelos, a su hermano y a un sacerdote que lo acompañaba.

—Es del día de su graduación —dijo la madre desde el marco de la puerta. No se atrevía a entrar—. Aquel día comprendí que Laura se había convertido en una mujer… Y ya no había vuelta atrás.

La nostalgia del buen recuerdo dibujó una sonrisa en el rostro apagado de Miralles.

Agulló se dio cuenta de un segundo detalle:Laura llevaba puesto un reloj de plata.

—¿Quién es él? —preguntó la inspectora—. Parece muy cercano a ustedes.

—¡Oh! Es don Severiano… Una desgracia lo que le ocurrió a ese hombre, parecía tan lúcido… Para Laura era como el padre que nunca llegó a tener.

Agulló captó el sarcasmo de su comentario y supuso que la relación conyugal no sería la mejor de todas.

—Entiendo que son muy devotos.

—La fe siempre nos ha mantenido unidos.

Agulló evitó la confrontación. Pensó que no había más que ver la relación que Miralles tenía con su marido.

—¿Me la podría prestar?

La mujer la miró sorprendida. Por suerte, ni Agulló era Peralta, ni Miralles una Coves. Ella parecía dispuesta a colaborar para que encontraran al asesino de su hija.

—Claro, adelante. Si le sirve de ayuda…

—Gracias —contestó y se acercó a la madre—. ¿Le habló alguna vez de sus planes de futuro?

—Supongo, como cualquier hija.

—Hasta donde sé, trabajaba en el gabinete de comunicación del Ayuntamiento de Elche ¿estaba contenta?

—Era algo temporal. A Laura sólo le interesaba el aspecto político de su trabajo.

—Ajá… ¿Aspiraba a hacer carrera en la política?

—No sé a dónde quiere parar… Era una chica muy curiosa, pero también muy joven. Estaba tanteando diferentes áreas. Tenía toda la vida por delante…

—¿Qué relación tenía Laura con ustedes? ¿Se llevaban bien?

La mujer arrugó el rostro.

—Inspectora, era mi hija, por supuesto que nos llevábamos bien… ¿Ha visto su habitación? ¿Usted que cree?

—Las dos hemos tenido su edad… —contestó, recordando a su padre—. En ocasiones, se nos exige demasiado y cumplimos para contentar y no herir a nadie, pero esa no es nuestra realidad. No digo que Laura no fuera así, simplemente intento…

—Sé a lo que se refiere —interrumpió, tocándole el antebrazo sin importarle que fuera la autoridad—, pero Laura era una chica risueña, amable, ambiciosa, pero, sobre todo transparente… Cuando tenía un día malo, no lo podía ocultar… Y cuando estaba feliz contagiaba su estado a los demás… Además, vivía tan ocupada que nunca tenía tiempo para esconderse… Estaba hecha de otra pasta.

—Comprendo —dijo la policía y retiró el brazo—. ¿Podría hablarme de la noche cuando desapareció?

—No tengo mucho que decir… Salió como cualquier otro día. Cenó con sus amigos en el centro y le dijimos que volviera a una hora prudente. Nunca trasnochaba.

—¿Le dijo con quién cenaría?

—No, no soy de esa clase de madres. No necesito saber a dónde y con quién va, para confiar en ella.

—¿Sabe si Laura poseía alguna clase de diario donde escribiera sus pensamientos?

—¿Qué? —pregunto, sorprendida—. No, no era tan infantil.

Agulló desacreditó el comentario. No le parecía que expresar sus emociones fuera un acto inmaduro.

—¿Le habló alguna vez de sus relaciones amorosas? ¿Algún novio conocido?

La mujer se rio.

—Tendría sus amores, como nosotras, pero nunca se comprometió con nadie.

—¿Y de alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó y se giró hacia los trofeos—. Tengo entendido que era una chica popular. La fama es odiosa. Con un expediente así, estoy segura de que sembraba mucha envidia entre las chicas de su edad.

—Yo también lo creo, pero Laura no era frágil, ¿sabe? Podía controlar la situación… —explicó y suspiró hastiada—. Verá, inspectora, sé que esto ha sido un accidente…

—¿A qué se refiere? —preguntó y sus ojos regresaron al escritorio.

Junto al teclado había una pequeña libreta con aspecto de agenda.

Se acercó a ella mientras la mujer seguía hablando.

—Es decir, Laura estaba en el lugar equivocado cuando la metieron en ese coche… Le tocó a ella, pero pudo pasarle a usted, o a mí… Y es horrible pensar en ello, saber que ninguna de las dos estamos a salvo… Tan sólo les pido que encuentren a quien lo hizo y que trabajen para que no vuelva a suceder.

Un escalofrío la agitó.

Las estremecedoras palabras de la mujer no iban ausentes de razón.

De manera inconsciente, recordó la noche del atraco, la misma que cambió su futuro.

Cuando la inspectora palpó la libreta con los dedos, unos pasos la alertaron.

Por las escaleras subía José, el marido de la mujer.

—Montserrat, ¿dónde estabas? —cuestionó, molesto. La inspectora se giró, ocultando el escritorio con su trasero. Con sutileza, guardó la libreta entre sus manos—. ¿Qué hace ella en el cuarto de Laura?

—Ha sido idea mía —respondió la esposa.

—No tiene derecho a estar ahí —indicó el hombre con hostilidad—. Salga ahora mismo del dormitorio de mi hija.

Para entonces, Agulló había logrado sujetar la pequeña libreta en el interior de la cintura de su pantalón. Levantó las manos para tranquilizarlo y abandonó el cuarto.

—Relájese, señor Coves —pidió—, sólo le hacía unas preguntas a su mujer.

—¡Se acabaron las entrevistas! —exclamó y señaló las escaleras—. Tienen que marcharse ahora mismo.

Montserrat Miralles la miró avergonzada por el comportamiento de su esposo.

—No se preocupe, así haremos… Gracias por su tiempo.

Cuando regresó a la planta inferior, vio que Peralta la esperaba en el exterior de la vivienda.

Subieron al coche sin cruzar una palabra hasta que arrancó el motor.

—¿Y bien?

Agulló le enseñó la libreta negra. Cuando él intentó cogerla, ella la retiró.

—¿Pretende jugar conmigo?

—Yo hago el trabajo sucio, yo me quedo con el cuaderno.

Antes de proseguir con la riña, unos faros los deslumbraron por detrás. Peralta reconoció el vehículo. Lo había visto antes en el aparcamiento del tanatorio.

—Arranque…

Agulló se alejó de la vivienda y los dos permanecieron atentos al vehículo que aparcaba en la plaza que ellos habían dejado libre.

Del interior salió Manuel Coves junto a su esposa y tres hombres más.

—Yo también lo creo, pero Laura no era frágil, ¿sabe? Podía controlar la situación… —explicó y suspiró hastiada—. Verá, inspectora, sé que esto ha sido un accidente…

—¿A qué se refiere? —preguntó y sus ojos regresaron al escritorio.

Junto al teclado había una pequeña libreta con aspecto de agenda.

Se acercó a ella mientras la mujer seguía hablando.

—Es decir, Laura estaba en el lugar equivocado cuando la metieron en ese coche… Le tocó a ella, pero pudo pasarle a usted, o a mí… Y es horrible pensar en ello, saber que ninguna de las dos estamos a salvo… Tan sólo les pido que encuentren a quien lo hizo y que trabajen para que no vuelva a suceder.

Un escalofrío la agitó.

Las estremecedoras palabras de la mujer no iban ausentes de razón.

De manera inconsciente, recordó la noche del atraco, la misma que cambió su futuro.

Cuando la inspectora palpó la libreta con los dedos, unos pasos la alertaron.

Por las escaleras subía José, el marido de la mujer.

—Montserrat, ¿dónde estabas? —cuestionó, molesto. La inspectora se giró, ocultando el escritorio con su trasero. Con sutileza, guardó la libreta entre sus manos—. ¿Qué hace ella en el cuarto de Laura?

—Ha sido idea mía —respondió la esposa.

—No tiene derecho a estar ahí —indicó el hombre con hostilidad—. Salga ahora mismo del dormitorio de mi hija.

Para entonces, Agulló había logrado sujetar la pequeña libreta en el interior de la cintura de su pantalón. Levantó las manos para tranquilizarlo y abandonó el cuarto.

—Relájese, señor Coves —pidió—, sólo le hacía unas preguntas a su mujer.

—¡Se acabaron las entrevistas! —exclamó y señaló las escaleras—. Tienen que marcharse ahora mismo.

Montserrat Miralles la miró avergonzada por el comportamiento de su esposo.

—No se preocupe, así haremos… Gracias por su tiempo.

Cuando regresó a la planta inferior, vio que Peralta la esperaba en el exterior de la vivienda.

Subieron al coche sin cruzar una palabra hasta que arrancó el motor.

—¿Y bien?

Agulló le enseñó la libreta negra. Cuando él intentó cogerla, ella la retiró.

—¿Pretende jugar conmigo?

—Yo hago el trabajo sucio, yo me quedo con el cuaderno.

Antes de proseguir con la riña, unos faros los deslumbraron por detrás. Peralta reconoció el vehículo. Lo había visto antes en el aparcamiento del tanatorio.

—Arranque…

Agulló se alejó de la vivienda y los dos permanecieron atentos al vehículo que aparcaba en la plaza que ellos habían dejado libre.

Del interior salió Manuel Coves junto a su esposa y tres hombres más.

44

Un Peugeot 205 de color blanco se detuvo en el cruce y dio el intermitente derecho para adentrarse en el camino. El inspector Romualdo Bernabéu comprobó la hora y reconoció el vehículo.

Eran ellos, se dijo y arrancó el motor para seguirlos.

Sintió un ligero cosquilleo en las piernas. La adrenalina del momento se contagió por el resto del cuerpo. Los había visto una vez en persona y no fue agradable. Pertenecían a esa clase de individuos de los que es difícil guardar una buena impresión.

«Yonquis, maleantes… Bastardos, hijos de puta… Eso es lo que sois».

Ganas por tirar del percutor no le faltaban.

Recortó la distancia con el vehículo sin permitir que lo vieran.

Al pasar el enorme olivo del cruce —la señal para girar—, aminoró, esperó a que se adentraran en el camino de tierra y los siguió.

El viejo Peugeot levantó una polvareda. Llegaron a la entrada de una propiedad privada. Una casa abandonada, sin vecinos ni alumbrado público. El lugar idóneo, perfecto para hacerlos desaparecer.

Detuvo el coche y bloqueó el camino. Los dos habían aparcado frente a la puerta de la finca. Agarró la bolsa y se guardó el revólver en la cintura.

«Confían demasiado en su destino».

Con la luz interior encendida, el más bajo salió del coche con un mondadientes en la boca y lo miró de reojo, desafiante. Su compañero hizo lo mismo. Bernabéu observó al grandullón, que era el que más problemas podía darle, aunque los tres sabían que el bajito era quien más leña repartía.

El inspector puso una bota sobre la tierra, dejó la luz interior encendida y cerró la puerta del todoterreno.

Los dos hombres aguardaban en silencio, a varios metros de distancia, esperando a que el municipal hiciera la entrega.

Bernabéu sintió las piernas pesadas, como dos barras de acero, y lo achacó a la cena.

Sin acercarse a ellos más de lo necesario, lanzó la bolsa de equipaje al centro, levantando un polvo que pronto desapareció.

—Podéis contarlo —indicó, sin moverse del sitio—, por si no os fiais.

El Macaco se acercó a la bolsa, la arrastró hacia él y abrió la cremallera. El otro vigilaba a la policía.

Era su oportunidad, pensó el municipal.

Las manos le sudaban, el corazón le golpeaba como un tambor tribal. Dos grandes gotas húmedas le caían por la sien.

—Cien, ciento cincuenta, doscientos, doscientos cincuenta… —contaba el maleante en voz alta.

«Que te den, cabronazo».

El inspector echó la mano a la cintura, sacó el revólver y estiró el brazo con fuerza hacia el más bajito.

—¡Cuidado! —gritó el alto—. ¡Lleva un arma!

El Macaco levantó la mirada, indefenso.

¡Pam!

La muerte cabalgó hacia su rostro. El disparo atravesó el ojo del delincuente, perforándole parte de la cara y empujándolo atrás.

La explosión dejó un fuerte olor a pólvora quemada en el ambiente.

Bernabéu disparó por segunda vez al cuerpo, que todavía seguía arrodillado, y aseguró su muerte. El Macaco se desplomó.

La incertidumbre reinó la oscuridad y el silencio por unos instantes.

Excitado, la adrenalina se apoderó del policía. Se giró hacia el grandullón para apuntarle, pero el enorme brazo del criminal lo despidió contra la puerta del todoterreno. Bernabéu cayó golpeado al suelo. El revolver quedó entre los bajos y la rueda delantera del coche.

Aturdido por la sacudida, buscó el arma. Reptó por el suelo para recuperarla y disparar de nuevo, pero una patada lo desplazó hacia el otro lado.

—¡Ah! —gritó, dando de bruces contra la tierra. El golpe lo confundió.

El Pecos se apropió del revólver, cogió la bolsa de deporte y la echó en el interior del Peugeot. Después arrancó el motor, dio marcha atrás y pasó por encima de su compañero.

Malherido, el policía sacó su pistola reglamentaria y disparó tres veces contra el vehículo pero el delincuente escapaba. Una sola bala alcanzó la carrocería trasera.

—¡No! ¡Mierda! —gritó, furioso, observando cómo huía por el cruce y se perdía en la oscuridad—. ¡Cabrón!

Atosigado, recuperó el aliento y comprobó el cadáver desfigurado.

Registró los bolsillos y sacó la billetera de piel sintética. En el interior no había nada más que un cupón de lotería, el documento de identidad y setenta euros en metálico.

Resopló en silencio.

Nadie le creería si decía que pasaba por allí.

—Joder… —lamentó en voz alta.

El plan había salido mal, pero debía seguir adelante.

«Siempre la tienes que joder», se dijo.

Si volvía con las manos vacías, don Diego no se lo perdonaría.

No tuvo otra opción que la de tomar una decisión complicada.

Y todo para proteger su plan.

Respiró hondo, se sentó en el suelo y se apoyó junto a la rueda del coche. Después sacó la pistola y se apuntó al pie izquierdo.

—Espero que valga la pena… —murmuró, con un ojo cerrado.

El estrépito retumbó por todo el campo, despertando los pájaros que dormían en los árboles.

—¡Ah! —bramó, sintiendo el dolor de la bala atravesando sus huesos.

Quiso llorar, pero no le salían las lágrimas.
Estaba podrido por dentro.
Gimoteó con fuerza, con la respiración entrecortada.
Y sacó el teléfono para marcar el número de la central.

Quiso llorar, pero no le salían las lágrimas.
Estaba podrido por dentro.
Gimoteó con fuerza, con la respiración entrecortada.
Y sacó el teléfono para marcar el número de la central.

45

No lograba conciliar el sueño.

A medianoche salió de la cama y se dirigió al cuaderno de notas que había sacado de domicilio de los Coves.

En un primer vistazo, no logró obtener nada que le resultara útil.

«Lunes, siete de julio, reunión con don Severiano para reunir la documentación», leyó.

«Miércoles, nueve de julio, revisión médica».

«Lunes, veintiocho de julio, reunión en el despacho de D.S., no olvides las fotografías».

Laura Coves llenaba los espacios vacíos con listas de la compra y notas al margen. La inspectora sintió una profunda decepción al comprobar que no había ningún mensaje que le pudiera servir.

Buscó el día en el que murió y encontró los renglones vacíos.

Revisó las semanas previas a la noche del sábado, en busca de algún detalle que hubiera pasado por alto. Laura parecía ser una chica ocupada. A los días les faltaban espacios para fijar las tareas.

No había rastro de Navarro, ni tampoco de su familia.

«Radio, sesión de fotografía, clase de pilates».

«Martes, cinco de agosto, D.S. lo sabe, llamar al abuelo».

Por las iniciales, sospechó que se refería a don Severiano.

Lo que más le sorprendió fue la frecuencia con la que visitaba a ese sacerdote.

«¿Iría su relación más allá de lo espiritual?», se planteó.

Lo mismo ocurría con el médico.

Era habitual que las mujeres visitaran al médico con más frecuencia que los hombres, pero notó una extraña relación entre el doctor y el párroco.

«¿Estaba Laura Coves embarazada? Y si era así, ¿de quién?», se cuestionó y entendió que la falta de sueño empezaba a formular preguntas estúpidas.

Se rio en silencio al imaginar la expresión de Sempere y Peralta oyendo su explicación.

Esos dos nunca la tomarían en serio, lamentó.

Antes de apresurarse, decidió que esperaría los resultados de los análisis para tener una respuesta.

l

a
e

a
r

ɔ

a

a

46

Martes, 12 de agosto de 2008.
Partida de Perleta. Elche, Alicante.

Poco antes de que amaneciera, en el cielo aún se podía contemplar el color azul. En menos d una hora, la claridad del sol lo iluminaría hasta perder su tonalidad.

Esa mañana, las caras de Peralta y Agulló reflejaban el cansancio que hacía mella en su cuerpos. Sempere le entregó el aviso a la inspectora y ésta se lo transmitió a su compañero Peralta no tardó en esperarla en las inmediaciones del Mercado Central. No había logrado dormi a causa de los ruidosos vecinos de la habitación contigua, que seguían fornicando como animale en celo. Por su parte, Agulló no logró quitarse de la cabeza la jornada anterior. Primero, su reacción. Después, la visita al dormitorio de la víctima.

Sentía que Laura Coves la acechaba de alguna manera en sus pensamientos.

El ilicitano fue el primero que llegó a la escena del crimen.

La policía cercó la entrada al camino con varios coches patrulla.

Junto a Sempere, los agentes de la Científica tomaban muestras de los restos cercanos a l víctima. El cadáver del Macaco apareció en el suelo, con los brazos abiertos, la cara desfigurad y un reguero de sangre reseca alrededor de la cabeza.

—Menuda sangría —comentó Peralta cuando aparcaron a escasos metros—. Lo han chafad como a una calabaza.

—Es el hombre que me disparó.

—Puede estar tranquila. No volverá a molestarla.

Ella no se rio del sórdido chiste.

El inspector Sempere se acercó a recibirlos. Una gasa cubría su cabeza.

—¿Tengo que hacer todo el trabajo?

—No le queda mal el disfraz de momia.

—Váyase al cuerno. No llevaría esto en la cabeza si…

Peralta lo ignoró y le dio la espalda.

Se acercó a dos de los agentes que recogían muestras.

—Agente, ¿tienen ya los dichosos análisis de la chica?

La mujer, de cuclillas, lo miró desde el suelo y negó con la cabeza.

—Estamos esperando el resultado de una muestra de tejido —explicó—. Si en Madrid no hicieran más caso…

—Excusas y más excusas… Dense brío, carajo, que estamos a martes… —espetó, después avanzó unos pasos y vio otra mancha púrpura sobre el camino de tierra—. Y ahora, ¿quién me explica lo que ha sucedido?

—Esa debe de ser la sangre de Bernabéu —señaló Sempere con el dedo—. El alto le metió una bala en el pie antes de irse.

—No me suena, ¿conocemos a ese hombre?

—Es un inspector de la Policía Municipal.

—Ajá —comentó, desconfiado—. ¿Y qué hacía un municipal a esas horas por aquí?

El ilicitano levantó los hombros.

—Patrullar… Esto es una pedanía que pertenece a la ciudad. Mucha gente vive aquí durante el año o tiene sus residencias de verano. Se denuncian robos a menudo.

—¿Hay registro de algún aviso de robo? —indagó Agulló.

Sempere exhaló por la boca.

—Supongo. No nos concierne a nosotros.

—Ya…

—Supuestamente, Bernabéu les dio el alto cuando los vio pasar a gran velocidad —explicó el ilicitano—. El vehículo tenía un aspecto sospechoso. Identificó a uno de ellos, así que los siguió cuando entraron en el camino. Insistió, pero hubo una refriega.

—¿No pidió refuerzos? —cuestionó Peralta.

—Todo pasó muy rápido. Los refuerzos llegaron tarde. Eduardo Martín disparó a su compañero y después al policía. Luego se dio a la fuga.

—Supuestamente.

—Supuestamente, ¿qué? Eso es todo lo que sé. Es lo que consta en el acta.

—¿Pueden parar, por favor? —rogó la inspectora—. Ayer tuve bastante con los dos.

Los dos hombres se miraron como niños cabreados.

—Hablando de actas, hay una novedad sobre Andrés Navarro —avisó Sempere—. Anoche sobre las diez, una chica apareció en comisaría para declarar voluntariamente a su favor.

—¿Así, sin más? —cuestionó Peralta con asombro—. ¿Tiene nombre?

—Asunción Mora. Aseguró haberse acostado con él la noche del sábado.

—Esto es una broma… Ahora me dirá que puede demostrarlo.

Sempere se dirigió a la inspectora.

—Los vecinos han confirmado su versión. Los oyeron a eso de las dos… ya me entienden… Uno de ellos vio al chico abandonar el edificio por la mañana.

—¿La atendió uno de sus hombres? —preguntó ella.

—Sí. Podemos citarla más tarde.

—Sería conveniente. ¿Qué dice Andrés Navarro?

—Se niega a hablar, aunque ha confirmado su versión.

—¿Nadie quiere un café? —preguntó Peralta, saturado—. Esto no hay quien lo digiera…

—¿Dónde está Eduardo Martín? —preguntó Agulló—. Eso es lo que nos preocupa ahora.

—Sigue en la provincia. Desde ayer, hay controles de tráfico en cada acceso a la ciudad.

—Cojonudo… Si es capaz de robar un coche, puede huir con otro —gruñó—. Dios mío, qué panda de lumbreras… Creo que necesito ese café.

—La gasolinera más cercana está a diez en minutos en coche, Peralta. ¿Por qué no se da una vuelta y nos deja trabajar?

—¿Qué hay del vehículo? —preguntó ella.

—Robado. Un Peugeot 205 blanco. He llamado a la DGT. No quedan muchos modelos eactivos en la provincia.

—¿Cuándo recibieron el aviso?

—De madrugada.

—¿Y el inspector?

—Se lo puede imaginar. Esto no es lo habitual.

—No hace falta que lo jure… —añadió Peralta.

El ruido de la radio del coche desvió la atención de los policías. El teléfono del ilicitano sonó y él atendió la llamada. Agulló aprovechó para acercarse a su compañero.

—¿Puede comportarse como un adulto? No es el único que ha dormido mal esta noche.

—Estamos perdiendo el tiempo, inspectora. Es posible que a ese tipo se lo haya tragado la tierra.

—Piénselo, Peralta. Cuanto antes lo encontremos, antes podrá marcharse.

—¿Ya se ha hartado de mí, inspectora?

Ella lo miró con frialdad, pero hubo algo en aquel gesto que generó una chispa. Tal vez fuera lcierto que los opuestos se atraían.

Sempere cortó la llamada y caminó agitado hacia su vehículo.

La pareja se dirigió a él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella, al ver su expresión inquieta.

—Lo tenemos —contestó, preocupado—. Dos hombres heridos de bala en el Blue Star y se ha llevado a Olga. Huido por la carretera del Altet.

—¿Hace cuánto? ¿Veinte horas?

—¿No va a por ese café, madrileño?

—Puedo esperar. Prefiero verlo en acción.

—Váyase al cuerno.

Los inspectores regresaron a sus vehículos.

—Por fin un poco de movimiento… —comentó Agulló, subiendo al vehículo.

—¿Vienen o se van a quedar ahí quietos? —insistió el ilicitano desde su asiento.

Peralta miró a la compañera.

—¿Me deja conducir?

Ella sonrió.

—No.

—Por favor.

—¿Está sordo?

Él dio un respingo.

—¿Es por lo que dije?

—Me llamó petarda, inspector.

Él meneó la cabeza.

—¡Ay, carajo! Es una rencorosa, Agulló.

—Robado. Un Peugeot 205 blanco. He llamado a la DGT. No quedan muchos modelos activos en la provincia.

—¿Cuándo recibieron el aviso?

—De madrugada.

—¿Y el inspector?

—Se lo puede imaginar. Esto no es lo habitual.

—No hace falta que lo jure… —añadió Peralta.

El ruido de la radio del coche desvió la atención de los policías. El teléfono del ilicitano sonó y él atendió la llamada. Agulló aprovechó para acercarse a su compañero.

—¿Puede comportarse como un adulto? No es el único que ha dormido mal esta noche.

—Estamos perdiendo el tiempo, inspectora. Es posible que a ese tipo se lo haya tragado la tierra.

—Piénselo, Peralta. Cuanto antes lo encontremos, antes podrá marcharse.

—¿Ya se ha hartado de mí, inspectora?

Ella lo miró con frialdad, pero hubo algo en aquel gesto que generó una chispa. Tal vez fuera cierto que los opuestos se atraían.

Sempere cortó la llamada y caminó agitado hacia su vehículo.

La pareja se dirigió a él.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella, al ver su expresión inquieta.

—Lo tenemos —contestó, preocupado—. Dos hombres heridos de bala en el Blue Star y se ha llevado a Olga. Huido por la carretera del Altet.

—¿Hace cuánto? ¿Veinte horas?

—¿No va a por ese café, madrileño?

—Puedo esperar. Prefiero verlo en acción.

—Váyase al cuerno.

Los inspectores regresaron a sus vehículos.

—Por fin un poco de movimiento… —comentó Agulló, subiendo al vehículo.

—¿Vienen o se van a quedar ahí quietos? —insistió el ilicitano desde su asiento.

Peralta miró a la compañera.

—¿Me deja conducir?

Ella sonrió.

—No.

—Por favor.

—¿Está sordo?

Él dio un respingo.

—¿Es por lo que dije?

—Me llamó petarda, inspector.

Él meneó la cabeza.

—¡Ay, carajo! Es una rencorosa, Agulló.

47

Unas horas antes.

Blue Star Club. Carretera de Santa Pola. Elche, Alicante.

Condujo de noche con los faros apagados hasta que se aseguró que nadie lo seguía Necesitaba ayuda. Estaba alterado. Sin su compañero, se sentía como un bebé: vivo pero inútil.

Lo suyo nunca fueron las decisiones. Se había metido en un grave problema. El pánico l nubló la mente y la única persona que podía ayudarlo estaba en ese club.

Necesitaba resguardarse en alguna parte durante unas horas, pero no podría quedarse hasta e amanecer.

Esa noche sería distinta a las demás, se dijo.

Aparcó en el recinto privado del club y entró por la gran puerta que llevaba al bar.

Como cada noche, Sherezade estaría esperándolo.

Se acercó a la barra y lo atendió una camarera nueva.

Pidió una ginebra con tónica y pensó que algo no iba bien. Bebió como un camello, ahogand el desasosiego en las burbujas y el alcohol.

Preguntó por ella dos veces, pero Sherezade se encontraba ocupada, a pesar de la escas clientela que se movía por allí. Los guardias de la puerta, que ya lo conocían de otras noches vigilaban sus movimientos. Eduardo Martín llamaba la atención con su comportamiento.

La ancha camisa disimulaba la culata del revólver.

—Hola, guapo —dijo una mujer de estatura media con un enorme escote y una peluca negr —. Veo que estás muy solo. Te vendría bien un poco de compañía.

—Estoy esperando a alguien —respondió sin mirarla a los ojos.

La mujer le echó el brazo por encima y el empalagoso perfume lo perturbó.

—Dime, cariño, ¿cómo te gusta que te lo hagan? —preguntó, acercándose y acariciándol con la mano.

—¿Hacer, el qué?

—¡Anda! Te gusta ir de inocente…

Los dedos juguetones de la mujer se deslizaron por lo alto de la camisa. Bajaron al pecho y después al ombligo para ir directos a la entrepierna.

—No sé de qué hablas.

—A mí me gusta casi todo.

El acoso lo incomodó. Lo estaba poniendo nervioso.

—Estoy bien, gracias. ¿Quieres una copa?

—No… —le susurró ella al oído, deslizando la mano hacia la cintura—. Te prefiero a ti.

De pronto, tocó algo rígido bajo la camisa. La empleada no se atrevió a descubrir lo que ocultaba la tela.

Él volteó el rostro, serio, y la miró con firmeza.

—Entonces, déjame tranquilo.

La muchacha de la peluca se alejó. Eduardo le dio el último trago a la copa y pidió otra. Empezaba a desesperarse. Si bebía a ese ritmo y ella no aparecía, acabaría borracho en ese club.

—Mi madre tenía razón… —empezó a hablar solo—. La bebida es uno de los males de esta vida…

Pero antes de que la camarera vertiera la ginebra sobre los hielos en el vaso de tubo, el ruido de unos tacones despertó su atención.

Le era familiar esa melodía al caminar.

—Mi príncipe azul… —murmuró Sherezade. Notó algo atípico en su sonrisa. Le costaba ser ella. Se había maquillado en exceso para disimular los golpes que el último cliente le había propinado. Un cliente especial, de los que pagaban el doble por abofetearla. Decidir no entraba en sus opciones. Lo abrazó con la naturalidad habitual y lo acarició con las dos manos—. Tienes que marcharte, Eduardo. Este ya no es un lugar seguro para ti.

—¿De qué hablas? —preguntó él, confundido y ebrio.

Miró su muñeca y comprobó que no llevaba puesto el reloj.

—Hazme caso y vete.

—Quiero un servicio.

—No, de verdad.

—Te pagaré el doble. Necesito hablar contigo esta noche.

—Eduardo, por favor.

—Será el último, te lo prometo —dijo y le mostró un fajo de billetes de cien que había cogido de la bolsa. El resto del botín seguía escondido en el interior del turismo.

Sus palabras sonaron tan sinceras que no puedo negarle la última voluntad. Parecía desesperado.

Lo tomó por los dedos y lo guio hacia las escaleras que llevaban a las habitaciones. Las luces de neón rojas marcaban el camino como si fuera un pasadizo al averno. La cortesana abrió la puerta de un dormitorio y lo invitó a pasar. El interior estaba oscuro, como un cuarto de revelado fotográfico.

A diferencia de otras veces, Eduardo no caminó directo a la cama, sino al baño. Abrió el grifo del lavabo y se enjuagó la cara con agua fresca.

Ella se fijó en el revólver que guardaba en el cinturón.

En el espejo, él la encontró con la mirada.

—¿Tú también? —preguntó en voz alta, secándose el rostro con una toalla.

—Ven aquí —ordenó.

Él accedió y se acercó al colchón.

Sherezade llevaba poca ropa y se insinuaba con movimientos de cadera. Tal vez fuese corta de entendederas, pero conocía lo más básico del ser humano: esa mujer tenía intenciones de acostarse con él.

No era lo propio de ella y despertó sus instintos más agresivos.

Sentado en el borde de la cama, la mujer abrió las piernas y se colocó frente a él, clavando su entrepierna con la del hombre y echándole los brazos por encima como si fuera un lazo. Sus

rostros nunca habían estado tan pegados. Eduardo no se movió y ella le ayudó a marcarle e ecamino. Sujetó sus manos y se las colocó en el trasero.

—¿Así, mejor? No soy de piedra.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, sintiendo cómo su naturaleza se apoderaba de él. Estab caliente. Sherezade era más lista y sabía que no existía trampa más segura para derribar l .defensa de un hombre—. ¿Por qué actúas así?

—Disfruta… —le susurró al oído, ganando tiempo y acercando su mano, con sumo cuidado ahacia el arma—. Hoy soy para ti.

—Tengo que hablar contigo, Sherezade…

o —Relájate, más tarde…

Sintió el gruñido de gozo saliendo por su boca y supo que lo tenía bajo su control.

Le acercó los diminutos pechos a la cara, aumentando el deseo, y le clavó las uñas en l respalda para que no sospechara.

a Eduardo era víctima de la carne y su corazón ahora latía de otra manera. Ella encontró l aocasión. Bajó la mano hasta la cintura y agarró la empuñadura del arma. De repente, el cuerp sdel hombre se volvió frío y firme como una roca.

Sherezade cometió el error de subestimar a aquel tipo con aspecto de idiota.

El hombre le estrujó la mano, provocándole un horrible dolor, y sus dedos soltaron la pistola.

Después la agarró del cuello y la levantó de la cama.

La mirada de Eduardo era oscura y profunda. Ella sintió miedo. No podía respirar. La iba matar.

Intentó gritar y defenderse con una débil pataleta, pero se quedaba sin aire. Tras la asfixia, l lanzó contra la pared y cayó arrodillada, tosiendo y escupiendo saliva al suelo.

—Me has engañado.

o —Eduardo… ¡puaj! —expresó la mujer, haciendo un esfuerzo por responder—. No sé de qu hablas… ¡aj!

a —¿Y el reloj?

Ella lo miró desde abajo. Temía por su vida.

s —No puedo… Sabes que no puedo aceptar regalos… De lo contrario… me los quitarían.

a —¿Te lo han robado tus jefes?

o —No, escucha…

El rostro del Pecos cambiaba de forma.

o —Te dije que te salvaría.

—Eduardo, por favor…

—Coge tus cosas. Nos vamos de aquí.

—¿Estás loco? Dices tonterías. Has bebido demasiado.

Él sacó el fajo de billetes y se lo mostró.

—Hay más, mucho más. Y todo es para nosotros —explicó—. Vamos, Sherezade.

Ella le dio la espalda y se acercó a un pequeño espejo rectangular.

o Parecía un payaso, con el maquillaje corrido a causa del sudor.

e Lamentó haber llegado tan lejos con aquel tipo. Sus compañeras se lo advirtieron, pero nunc creyó que sería así.

«Quizá lo puedas engañar tantas veces como quieras, pero te matará si descubre la verdad una sola vez», recordó las palabras de una compañera.

s —No iré contigo —dijo y se giró para enfrentarlo.

El cañón del revólver apuntaba al corazón de la mujer.

—Ya me has oído.

—No nos dejarán salir.

Por primera vez, los dedos de aquel hombre acariciaron su piel. Sintió el mismo asco que a acostarse con un cliente.

El rostro de Eduardo dibujó una sonrisa malvada.

—Vámonos. Mereces ser feliz.

El cañón del revólver apuntaba al corazón de la mujer.

—Ya me has oído.

—No nos dejarán salir.

Por primera vez, los dedos de aquel hombre acariciaron su piel. Sintió el mismo asco que al acostarse con un cliente.

El rostro de Eduardo dibujó una sonrisa malvada.

—Vámonos. Mereces ser feliz.

48

Unas horas antes.

Hospital General de Elche. Elche, Alicante.

La oscura madrugada cubría los alrededores del hospital. Una operación sencilla, pero no po ello menos urgente. El cirujano le extrajo la bala. Tenía dos falanges rotas y varios nervio dañados. Aunque no sufría el riesgo de perder el pie, era probable que tardara medio año e recuperar la movilidad total de los dedos. Su esposa esperó varias horas hasta que le permitiero entrar en la sala de Urgencias. La anestesia local lo había dejado con una sensación extraña en e cuerpo y no tenía ganas de hablar con ella. La mujer, preocupada, somnolienta y pálida com una hoja en blanco, no entendía una desgracia así.

—Soy policía, mujer. ¿Qué esperabas?

Ese era el problema.

Que nunca esperaba nada de él, ni siquiera lo malo.

Bernabéu tenía la expresión agotada e hinchada.

Ahora su problema era otro: deshacerse del proyectil. Alguien debía hacerlo desaparece antes de que cayera en las manos inapropiadas. De lo contrario, se metería en un callejón si salida.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el cirujano—. Ha tenido suerte. Podrá caminar co normalidad.

—Me alegra escuchar eso.

—Ha sido muy valiente por su parte.

—Hacía mi trabajo, como usted el suyo —comentó y carraspeó—. Doctor…

—¿Sí?

—¿Me podría enseñar la bala?

El hombre dio un soplido y sonrió.

—Lo siento, inspector. Han llamado de la Comisaría Provincial de Alicante…

—Pero estamos en Elche, doctor.

—Lo sé, ¿qué puedo decir?

— ¿Dónde estaban ellos cuando se les necesitaba?

—Verá, no quiero problemas. Sólo soy un médico.

—No se preocupe, doctor Pallarés —dijo una tercera voz, procedente de la puerta. Los do hombres miraron hacia el exterior—. Nadie tiene por qué enterarse de ello.

—Señor alcalde… —respondió, sorprendido. Diego Soler estaba a escasos metros de él impoluto, bien peinado y con una camisa blanca y unos pantalones de tela gris—. Yo…

—Tampoco su esposa tiene por qué enterarse del lío que esconde con esa enfermera de inmunología, ¿verdad?

—Mejor que no.

El médico se alejó del convaleciente.

—¿Nos deja un minuto a solas, doctor?

—Por supuesto… —respondió y se dirigió a la salida—. Volveré más tarde para comproba su estado.

—Gracias… —comentó el policía, decepcionado—. Don Diego, ¿qué hace usted aquí?

El político se acercó a la cama. Dio un vistazo al pie recién operado, cubierto por una gasa y suspendido en el aire, sujeto por un tendido de cables.

—No tiene buen aspecto, ¿eh? —observó y apartó la vista para dirigirse al policía—. He venido en cuanto he recibido la noticia.

—Se lo agradezco.

Diego Soler buscó una explicación en el rostro desencajado del inspector, el cual le recordaba a uno de esos cuadros del famoso pintor malagueño.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó con voz seria—. He oído que uno de ellos ha huido.

—Se ha adelantado.

—¿Y el arma?

El hombre no sabía dónde esconder la mirada.

—Se la ha llevado.

El alcalde apretó la mandíbula, haciendo un esfuerzo por disimular su enfado.

—Se ha llevado el revólver…

—Así es.

—Dime que, al menos, todavía guardas el dinero… —expresó y vio la negativa en las pupilas del siervo—. Eres un desastre, Bernabéu.

El policía resopló.

—El cirujano me ha dicho que tardaré seis meses en recuperar la movilidad.

El alcalde lo miró, sin sentir pena alguna, y señaló al pie.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad?

—No tenía elección.

—Y eres tan imbécil que disparas con tu arma… Brillante.

—Debería ver cómo ha quedado todo. No tenía elección.

El alcalde reflexionó unos instantes y clamó al cielo. Después chasqueó la lengua y regresó a diálogo.

—Yo me encargaré de la bala —comentó desinteresado—, pero tenemos un problema bien gordo.

—No se preocupe. Cogerán a ese cerdo. No puede ir muy lejos.

—Me refiero a ti. No me vas a servir de ayuda en los próximos meses.

—Está siendo injusto. No podré caminar bien, pero sigo activo.

—Ya… Descansa, Bernabéu, y recupérate. Tu familia te necesita.

—Don Diego…

El alcalde dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—¿Sí?

—Lo arreglaré, se lo prometo.
—Hablaremos más adelante. Ahora, recupérate. Ya has hecho suficiente por mí.

—Lo arreglaré, se lo prometo.
—Hablaremos más adelante. Ahora, recupérate. Ya has hecho suficiente por mí.

49

Su madre tenía razón: las armas las cargaba el Diablo. Y ahora el Diablo era él. Fuera de contro y de sí mismo, había perdido la cordura. Acto tras acto, se sentía invulnerable, libre y sin norma porque él era quien dictaba su destino.

Dos disparos a quemarropa a la salida del club, dos gorilas en el suelo y una bala en el tambo para quien se hiciera el valiente.

Sherezade lloró por uno de ellos, gritando el nombre de Sasha acompañado por palabras en ruso, que él no supo entender.

Una despedida digna de una película, pensó, excitado por la histeria del momento, que disimulaba el cansancio que manifestaban sus ojos.

Con una mano al volante y con la otra sujetando la pistola, Eduardo Martín conducía y pisaba el acelerador para aproximarse al túnel del Altet.

A su lado, aterrorizada y temblorosa, Sherezade miraba incrédula y llena de miedo al hombre que manejaba el volante.

El sol de las primeras horas de la mañana iluminaba la costa como un foco fulminante de luz. A ambos lados de las ventanillas no había más que asfalto, palmeras, terruños áridos y chatarra abandonada.

—Por favor, conduce más despacio, nos vamos a matar…

—En unas horas estaremos en Barcelona y después, rumbo a Italia, a disfrutar del mar y de unos buenos espagueti… *Dil mare*! ¡Ja,ja! Acomódate y busca algo de música.

—Eduardo, te lo suplico… Déjame marchar…

Las desacertadas palabras provocaron un arranque de furia.

—¡Cállate, zorra!

Le asestó un golpe en la cabeza con la mano que sujetaba el revólver.

Ella gritó y luego el silencio regresó al interior del vehículo.

—Pon la radio —ordenó y aumentó la velocidad.

Ahora que tenía todo el botín, huir sería más fácil. Seguirían en dirección norte hasta alcanzar Barcelona. Allí montarían en un ferry con destino a Génova. El soborno portuario le costaría parte de los ahorros, pero no le importaba. Tenía dinero de sobra. Conocía la ruta. Y aunque sonaba a leyenda, en el barrio todos habían escuchado la historia de Tonico «El Boig», que de loco no tenía un pelo y logró salir de España cuando aún existían las fronteras. Todos los años por Navidad, Tonico enviaba una postal sin remitente diciendo que se encontraba a salvo en el país mediterráneo. Para los vecinos era un héroe. Tonico se fue para evitar la cárcel después de

apuñalar a un traficante hasta matarlo, pero fue en defensa propia. Huyó en ferry hasta Italia y nc regresó jamás a Elche.

Tonico se convirtió en una leyenda en el barrio y algunos sospechaban que su existencia formara parte de una estafa, aunque eso no le importaba a nadie. Puede que Tonico estuviera loco, o ni siquiera existió, pero su leyenda plantó la semilla de la esperanza en quienes querían librarse de la cárcel.

Cruzaron el túnel, se incorporaron a la carretera secundaria que bordeaba la costa y dejaron el aeropuerto a un lado. Sherezade seguía triste y atemorizada por su presencia.

Le acercó la mano con la que sostenía el revólver y ella lo rechazó, volteando el rostro. Entonces la bajó hasta el muslo para tocar su piel y que así sintiera el frío metálico de la pistola. La mujer se quedó paralizada. El hombre al que creía conocer se estaba transformando en otra persona. Quizá estuviera poseído por Tonico, pensó, y aquel fuera su modo de sentir la libertad que siempre había ansiado. Una independencia sin ese idiota dándole órdenes y sin una madre moribunda de la que depender.

De pronto, sumergido en aquella nebulosa de genialidad, el fugitivo notó cómo su acompañante miraba con interés y de reojo por el espejo de la derecha.

Sin abrir la boca, fijó su atención en el retrovisor. Detectó dos vehículos que se incorporaban a la carretera a toda velocidad, acortando la distancia con él. Sin soltar el arma, se limpió el sudor del labio superior y apreció el sabor salado en la lengua.

—Ponte el cinturón, nena.

—¿Qué pasa?

—¡He dicho que te lo pongas! —bramó y dio un fuerte golpe contra el volante.

—Sí, sí…

Obedeció temblando y encajó el clip en el cierre.

Eduardo pisó el embrague y metió la quinta velocidad, arrimándose al camión que tenían delante.

Por el carril contrario, una caravana se dirigía hacia ellos.

apuñalar a un traficante hasta matarlo, pero fue en defensa propia. Huyó en ferry hasta Italia y no regresó jamás a Elche.

Tonico se convirtió en una leyenda en el barrio y algunos sospechaban que su existencia formara parte de una estafa, aunque eso no le importaba a nadie. Puede que Tonico estuviera loco, o ni siquiera existió, pero su leyenda plantó la semilla de la esperanza en quienes querían librarse de la cárcel.

Cruzaron el túnel, se incorporaron a la carretera secundaria que bordeaba la costa y dejaron el aeropuerto a un lado. Sherezade seguía triste y atemorizada por su presencia.

Le acercó la mano con la que sostenía el revólver y ella lo rechazó, volteando el rostro. Entonces la bajó hasta el muslo para tocar su piel y que así sintiera el frío metálico de la pistola. La mujer se quedó paralizada. El hombre al que creía conocer se estaba transformando en otra persona. Quizá estuviera poseído por Tonico, pensó, y aquel fuera su modo de sentir la libertad que siempre había ansiado. Una independencia sin ese idiota dándole órdenes y sin una madre moribunda de la que depender.

De pronto, sumergido en aquella nebulosa de genialidad, el fugitivo notó cómo su acompañante miraba con interés y de reojo por el espejo de la derecha.

Sin abrir la boca, fijó su atención en el retrovisor. Detectó dos vehículos que se incorporaban a la carretera a toda velocidad, acortando la distancia con él. Sin soltar el arma, se limpió el sudor del labio superior y apreció el sabor salado en la lengua.

—Ponte el cinturón, nena.

—¿Qué pasa?

—¡He dicho que te lo pongas! —bramó y dio un fuerte golpe contra el volante.

—Sí, sí…

Obedeció temblando y encajó el clip en el cierre.

Eduardo pisó el embrague y metió la quinta velocidad, arrimándose al camión que tenían delante.

Por el carril contrario, una caravana se dirigía hacia ellos.

50

La inspectora conducía a gran velocidad, siguiendo la trayectoria que marcaba el turismo de Sempere. Los vehículos se apartaban por su camino en cuanto notaban las luces azules.

Peralta observaba sorprendido. Aquellos dos sabían cómo moverse y Agulló ya no parecía la torpe que casi lo atropella varias noches atrás con la moto.

El aviso por radio confirmó la presencia del 205 blanco a la altura del túnel. Si no cambiaba de dirección, era probable que el sujeto continuara rumbo a la capital. Una decena de agentes desplegó controles de tráfico en las inmediaciones sur y este de la ciudad, así como en los accesos a las áreas residenciales de la costa.

Eduardo Martín no tenía salida.

—Está muy callado, Peralta —comentó la inspectora—. ¿Le asusta la velocidad?

—Pensaba en el caso.

—No hay mucho que pensar. Estamos detrás del asesino de esa chica.

—Suena convencida… Pensaría lo contrario si ayer hubiera visto lo que yo.

—Todo nos lleva a él.

—Yo no estoy tan seguro.

—Empieza a hablar como Sempere…

—Me refiero a que seguimos sin averiguar lo que sucedió desde el encuentro con Navarro hasta su muerte.

—Pero Navarro no pudo ser. Estaba con esa chica.

—En fin, olvídelo.

—No me hable como a él, ¿quiere? Intento ser objetiva. Tengo la misma prisa que usted por dar carpetazo a este caso.

—Y yo tengo la sensación de que alguien intenta encajar todas las piezas de golpe y a la fuerza.

—¿Lo dice por esa chica? —preguntó, curiosa.

—Me refiero a todos… La chica que declara sin que se lo pidan, el inspector que sorprende a los cacos porque pasaba por allí…

—No ha mencionado a la familia de la víctima. ¿Qué me dice de ellos?

—Otros que tal… Por cierto, ¿ha encontrado algo de interés en la agenda de la chica?

Agulló sopesó la respuesta. Algo en su interior le decía que debía guardarse aquello. Había pasado la noche dándole vueltas a los garabatos que Laura había dejado en su agenda. Garabatos

que, a simple vista, carecían de sentido. Pero Agulló sentía que tenían relación entre ellos: e sacerdote, el médico y la mujer que iba en el coche.

—Nada reseñable en una chica de su edad —comentó—. Reuniones, cumpleaños, trabajos… A excepción de una cosa. Tenía una cita con su abuelo en la notaría, un día después de su muerte. También había visto a su tío tres veces en las últimas dos semanas.

—¿El médico?

—El mismo. Un tipo escueto en palabras…

—Y todo eso sin contar sus frecuentes encuentros con el cura…

—El dichoso padre…

—Carajo, Agulló, dígame que no soy el único que ve algo raro en todo esto.

—Hay anotadas varias reuniones con el sacerdote a lo largo de los últimos dos meses. Se vieron a menudo en las últimas semanas antes de la muerte.

—Tal vez necesitara confesarse a menudo…

—No lo sé… Llámeme loca.

—Loca, ¿por qué?

—Dudo que necesitara un guía espiritual tan a menudo.

—Nunca se sabe, Agulló, nunca se sabe…

—Cuando le mostré la foto a esa mujer, vi que desviaba la mirada como si la conociera…

—¿La confidente de Sempere?

—Sí —dijo y giró la cara hacia su compañero—. Esa mirada de… culpa, de esconder la verdad, ¿sabe?

—Usted ve más que yo.

Él movió la cabeza a ambos lados. No la entendía del todo.

Agulló regresó con la mirada a la carretera.

—Déjelo, ¿quiere? Creo que es demasiado para un primer caso.

—¡Narices! Y para toda una carrera… Habrá que hablar con el tío, porque con el otro…

Ella sonrió con alivio.

—¿Puedo ser sincera?

—De eso se trata…

—La realidad supera la ficción en la mayoría de los casos. Si las pruebas son evidentes prefiero no darle vueltas.

Peralta se mordió el labio. Agulló adelantaba los coches sin pestañear.

—Siguiendo con el ejercicio de honestidad, ¿qué piensa del suicidio de ese sacerdote?

Agulló ni siquiera había tenido tiempo para pensar en lo ocurrido.

—No tengo una opinión formada.

—¿Cree que se quitó la vida?

—Es obvio que nadie lo empujó.

—A veces nos obligan a hacer cosas que no queremos… —comentó, recordando su episodio en el caso de La Vaguada—. Creemos que es la mejor solución.

—¿Por qué le da tanta importancia?

Porque eran las preguntas sin responder las que volvían loco al inspector.

—Tiene razón —dijo y olvidó el asunto—, no es momento de escuchar tonterías…

Agulló se sintió mal por su contestación. Su compañero tomaba en serio sus palabras, pero ella era incapaz de hacer lo mismo.

—Si puede esperar, estaré encantada de escucharlas más tarde.

—Cuente con ello… —comentó y la miró de reojo—. Vamos a atrapar a ese cabrón. Tengo ganas de acabar con esto.

En cuestión de minutos dejaron el aeropuerto a un costado y se incorporaron a una carretera de doble sentido que conectaba con Alicante. El coche de Sempere aceleró y a lo lejos vislumbraron la parte trasera de un vehículo con forma de huevo.

Era él, pensó la inspectora, agarrando el volante con firmeza.

Esa vez no se le escaparía.

—Cuente con ello… —comentó y la miró de reojo—. Vamos a atrapar a ese cabrón. Tengo ganas de acabar con esto.

En cuestión de minutos dejaron el aeropuerto a un costado y se incorporaron a una carretera de doble sentido que conectaba con Alicante. El coche de Sempere aceleró y a lo lejos vislumbraron la parte trasera de un vehículo con forma de huevo.

Era él, pensó la inspectora, agarrando el volante con firmeza.

Esa vez no se le escaparía.

51

La recta terminaba en un cruce en el que lo esperarían. Reconoció los vehículos que lo seguían Suspiró y pensó en cómo darles esquinazo.

Miró hacia ambos lados de la carretera. Adentrarse en el campo no era una buena idea Después volteó la vista al frente. El camión interrumpía su escapada.

—¡Uno, dos… y tres! —dijo en voz alta, giró a la izquierda y vislumbró la caravana a escasos metros, provocando el grito de la acompañante.

Dio un brusco revés para regresar al carril y las bocinas lo pusieron todavía más nervioso.

—¡Cállate, joder! —bramó, enfadado, viendo cómo se acercaban a él—. ¡Mierda!

Cuando la caravana los pasó, volvió a acelerar, pisando a fondo y adelantando hasta tres coches.

En el horizonte divisó un punto oscuro. Era el dispositivo policial.

Entonces oyeron las sirenas.

Eduardo miró a Sherezade de una manera tan distinta que provocó un llanto en ella.

—Lo he intentado… He querido salvarte, pero no he podido.

—¿Qué dices, Eduardo?

—Perdóname, Sherezade. Quise darte una vida mejor.

—No hagas ninguna tontería. ¡Déjame marchar, por favor!

—Las celdas me dan claustrofobia.

—¡No! Si me quieres de verdad… —suplicó entre lágrimas—. Para el coche y entrégate, por favor…

—Eres la única mujer a la que he amado —dijo, soltando la palanca de cambios y miró por el espejo izquierdo. No iba a desaprovechar la última bala—. Agarra el volante, por favor.

—¡No! —exclamó. Sus manos se sujetaron a la rueda por miedo a morir—. ¡Eduardo, no!

El hombre sacó medio cuerpo por la ventanilla, alargó el brazo y apuntó al coche de Sempere

«¡Púdrete, madero de mierda!».

El disparo fue tan sonoro que desvió la trayectoria del vehículo. La bala no lo alcanzó, pero lo obligó a frenar y regresar a su carril.

Contento, retomó el volante, cuando encontró los ojos de la dama.

El miedo en sus pupilas se transformó en una mancha siniestra y libre de temor. Las manos de la mujer seguían clavadas en la goma del volante. No parecía dispuesta a soltarlo.

Confundido, le agarró de las muñecas, pero la mujer se resistió con todo su empeño.

—¿Se puede saber qué haces?

—Adiós, Eduardo.

La rueda giró hacia la derecha, él frenó hasta el fondo y el vehículo atravesó el arcén que separaba el campo salvaje del asfalto.

El turismo perdió la dirección, moviéndose de un lado a otro con violencia hasta que una roca de gran tamaño se cruzó en su trayectoria. El coche se desestabilizó, quedó suspendido en el aire unos centímetros y rodó como un escarabajo arrastrado por un huracán.

—Adiós, Eduardo.

La rueda giró hacia la derecha, él frenó hasta el fondo y el vehículo atravesó el arcén que separaba el campo salvaje del asfalto.

El turismo perdió la dirección, moviéndose de un lado a otro con violencia hasta que una roca de gran tamaño se cruzó en su trayectoria. El coche se desestabilizó, quedó suspendido en el aire unos centímetros y rodó como un escarabajo arrastrado por un huracán.

52

El tráfico se detuvo tras el accidente. Los tres agentes bajaron de sus vehículos. Sempere fue e primero en salir y lo hizo como un cazador hacia su presa. El motor humeaba formando una nub en la parte delante. El claxon de los vehículos se convertía en una horrible melodía.

Peralta sacó el arma y fue tras el ilicitano, que estaba acercándose al coche. Desconfiado y precavido, se agachó en la distancia sin desviar el cañón de su pistola, y comprobó si algo s movía en el interior. La luna frontal estaba hecha añicos y los cristales habían llegado a lo pasajeros. Olga parecía inconsciente, con el rostro manchado de sangre. El humo entraba por e salpicadero, impidiendo ver el estado del piloto.

—Hay que sacarlos de ahí —dijo Peralta cuando lo alcanzó—. Morirán intoxicados.

Sempere rodeó el vehículo y comprobó de cerca la parte trasera. Oyó un gemido. Después vi cómo la cabeza de Eduardo Martín se movía con dificultad. Estaba malherido, pero seguía vivo La acompañante no había corrido la misma suerte.

—¡No se mueva! ¡Está rodeado! —exclamó, apuntando a la puerta del conductor—. Tire e arma y que yo lo vea.

—Ayuda… —balbuceó el delincuente, aturdido por el accidente y casi sin fuerzas—. M ahogo…

Peralta miró a Sempere y después a Agulló.

Se acercó al vehículo sin desviar el cañón.

—Como hagas una estupidez, te lleno la cabeza de plomo…

—Sherezade…

El inspector socorrió al criminal y lo sacó del vehículo a rastras. Sobreviviría, pensó. Parecí haber sufrido una fuerte contusión y varios cortes provocados por los cristales.

—Cerdo, miserable…

—Mi cabeza…

Le dobló los brazos y lo esposó por las muñecas.

—Tienes derecho a guardar silencio, así que más te vale aferrarte a él.

Agulló se acercó a Peralta con los ojos apagados.

—¿Y la mujer?

—Ha fallecido —respondió, afectada, y miró al detenido. Él no podía verla, pues seguí bocabajo, pero sabía que estaba cerca. Un sentimiento de rabia la invadió. Otra vida inocente qu se perdía. Otra chica muerta por culpa de ese desgraciado. Hubiese deseado aplastarle la cabez contra el suelo—. El golpe la ha matado.

Sempere se acercó a la pareja.

—El revólver está en el interior del vehículo. Pediré que lo analicen.

Conmovida, la inspectora se alejó unos pasos de los dos policías y se detuvo frente a detenido. Eduardo Martín levantó la mirada del suelo para ver su rostro.

—Tú…

—Espero que te pudras en la cárcel.

El homicida se rio con una tos atascada.

—Yo quería salvarla —confesó, gritando, entre el delirio y la tristeza—. ¿Y para qué? ¡Para nada! Ahora mi amada Sherezade está muerta…

Peralta agarró a su compañera y la apartó del detenido.

—Suba al coche, Agulló… Esto ha llegado a su fin… y no sabe cuánto me alegro.

Sempere se acercó a la pareja.

—El revólver está en el interior del vehículo. Pediré que lo analicen.

Conmovida, la inspectora se alejó unos pasos de los dos policías y se detuvo frente al detenido. Eduardo Martín levantó la mirada del suelo para ver su rostro.

—Tú…

—Espero que te pudras en la cárcel.

El homicida se rio con una tos atascada.

—Yo quería salvarla —confesó, gritando, entre el delirio y la tristeza—. ¿Y para qué? ¡Para nada! Ahora mi amada Sherezade está muerta…

Peralta agarró a su compañera y la apartó del detenido.

—Suba al coche, Agulló… Esto ha llegado a su fin… y no sabe cuánto me alegro.

53

Martes, 12 de agosto.

Comisaría Provincial de Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

Los dos vehículos acompañaron al furgón que transportaba al detenido hasta el edificio de la capital levantina.

Durante el trayecto, Peralta y Agulló apenas hablaron. Ninguno tenía nada que celebrar. La pérdida de esa mujer había dejado un poso amargo en el final de aquella mañana.

—Buen trabajo, inspectora —comentó y dio un largo suspiro, acomodándose en el asiento.

—Esa mujer…

—Se llaman daños colaterales.

—Es una víctima, no un daño colateral.

—No podemos hacer más por ella.

—¿Por qué cree que lo ha hecho?

Peralta arqueó una ceja.

—Estaba desesperada —opinó—. Vio su macabro final antes que nosotros. Sabía que la mataría.

Ella asintió, reflexionando sobre la explicación del compañero, aunque no le encajaba su argumento. A Peralta le importaba bien poco el caso. Sólo pensaba en regresar a Madrid.

—¿Así que eso es todo?

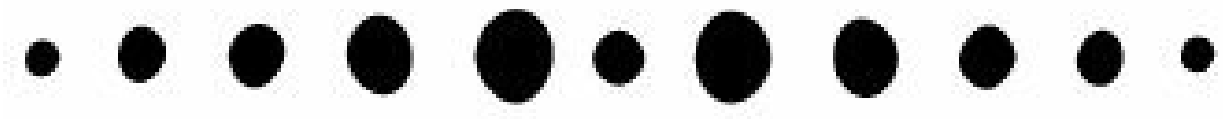
—Eso parece.

Él la miró de lado.

—Escuche, Agulló, no la conocía de nada, ¿vale?

—¿Qué importa eso?

—Bastante. He pasado por eso antes. Sólo conseguirá hacerse daño a sí misma —explicó y giró el rostro hacia la ventanilla—. No permita que los fantasmas la persigan.



En la comisaría, Eduardo Martín esperaba su turno, detenido en el interior de una sala.

—¿Y mi abogado? —fue lo único que preguntó.

Martín se negó a un reconocimiento médico. Un agente le informó de sus derechos y otro l fotografió la suela de los zapatos. Era su primera vez como detenido por un delito grave y desconocía el procedimiento.

El protocolo marcaría las pautas: un inspector frente al interrogado y otro en la puerta tomando notas y de espaldas a la sala.

Sempere observaría desde el cristal.

Para los tres, no había duda de que era el asesino de Laura. El tamaño y el molde de las suela de los zapatos coincidía con las huellas encontradas en el pantano.

Peralta se acercó a su compañera en el pasillo:

—¿Está preparada?

—He estudiado los métodos. Nunca los he puesto en práctica.

—Pues entre ahí y salga de dudas. No siempre se tiene una oportunidad así.

Ella aceptó, agradecida. Preguntas abiertas, preguntas concretas, apuntó mentalmente. Peralta analizaría las respuestas. Sintió los nervios de la primera vez. El inspector preparó las prueba que mostraría más tarde para desestabilizar a Martín. Sabía que la estarían vigilando, pero e apoyo del inspector le transmitió seguridad.

Cruzó el umbral de la sala con una carpeta en la mano y lo vio ahí sentado.

Martín tenía una actitud relajada e inexpresiva, pero su cuerpo hablaba por él. Su aspecto era el de un avestruz, con el alargado cuello y una amarillenta piel que contrastaba con el grosor d sus cejas. Mantenía una sórdida presencia.

Disponían de setenta y dos horas para que confesara el crimen. Dada su actitud, Agullo sospechó que alargaría el interrogatorio hasta el último segundo.

Por la puerta apareció el abogado de oficio. Llegó tarde y mal vestido, con una camisa arrugada y unos pantalones de tela. Se sentó junto al cliente y le susurró lo que debía o no decir.

—No se preocupe. No tengo miedo —comentó Eduardo, mostrándose tranquilo—. Esto n servirá de nada, soy inocente.

Agulló escuchó la respuesta.

La inspectora se sentó a la mesa y observó al detenido.

Deseó que hubiera sido él quien ahora estaba muerto.

—Su abogado le ha puesto al corriente de los cargos por los que se le acusa.

—Más o menos.

—Le haré algunas preguntas y tomaremos su declaración. Puede contestar o guardar silencio Está en su derecho de hacer lo que crea conveniente.

Él atendió sin mentar palabra.

Agulló respiró hondo. Abrió la carpeta y le mostró una fotografía de Laura Coves. Él acerc la vista y se retiró.

—Señor Martín, ¿conoce a esta chica?

—No.

—Su nombre es Laura Coves y desapareció l sábado pasado, de madrugada. Encontraron s cadáver el domingo, por la mañana, abandonado en el área del pantano.

—Una desgracia —respondió, antes de que diera paso al cuestionario.

—Esa noche —dijo y le mostró una segunda fotografía. Los ojos del detenido se movieron a verlo, pero el resto de sus facciones se quedaron estáticas—, Laura llevaba este reloj en s muñeca. Un bonito reloj de plata, un regalo familiar. Tampoco le suena, ¿verdad?

—¿Cuándo me va a preguntar por el accidente?

—Ayer, lunes, Olga Kasyanenko entregó el reloj a la policía y confesó que usted se lo había regalado el domingo, horas después de la muerte de Laura.

—No conozco a esa persona.

—Sherezade —dijo la inspectora, con un brillo en los ojos. El seudónimo despertó la impotencia del acusado—. ¿Le es más familiar? Lo ha repetido dos veces durante la detención… La señora Kasyanenko dijo textualmente que cuando usted lo vio, supo que era para ella.

—No tiene por qué responder —comentó el abogado.

—No he visto en mi vida ese reloj, ni a esa chica.

Peralta entró en la sala y le entregó una fotocopia. En ella estaban las huellas y la fotografía que habían tomado antes de entrar.

—¿Mantenía una relación sentimental con la señora Kasyanenko?

—Era una puta. No puedes confiar en ellas.

Agulló tragó saliva. La estaba provocando.

—Sin embargo, el mismo día que le regaló el reloj, le prometió que volvería para sacarla de allí… y así ha hecho.

La inspectora percibió un detalle. El párpado derecho del hombre temblaba. Sospechó que a interrogarle comenzaba a inquietarse.

—No sé de lo que me habla…

—Antes de entrar a esta sala, mis compañeros han tomado una fotografía de sus zapatos —dijo y le mostró el documento gráfico—. El tamaño y la forma coinciden con las huellas que encontramos alrededor del cadáver de Laura Coves. Las otras pisadas pertenecen a Antonio Montes.

—No responda.

—No sé de quién me habla.

—El Macaco. El hombre al que usted disparó dos veces a bocajarro, con el mismo revólver que hemos encontrado en su coche.

Martín no aguantó la presión.

—¡Eso no es cierto! ¡Yo no lo hice!

—¡No diga nada! —exclamó el abogado—. No tiene que responder si no quiere.

—Fue ese policía quien lo mató.

Peralta carraspeó.

—Explíquese mejor.

—Mi cliente no va a contestar a esa pregunta.

—¿Reconoce que usted y su compañero asesinaron a Laura Coves?

—Soy inocente. Yo no la toqué. Fue un accidente.

—¡Por Dios! ¿Está sordo? No responda…

Peralta anotaba en la puerta.

Eduardo Martín se movía y articulaba las palabras como un autómata.

—La noche del sábado obligaron a Laura Coves a subir a un Ford Fiesta y la llevaron a pantano. ¿Es eso cierto?

—Nosotros no la matamos.

—Inspectora, mi cliente no está en condiciones de hablar. Será mejor que aplacemos el interrogatorio hasta que se recupere…

—Eduardo, ¿la mató su compañero?

—Me llevé el reloj, pero no la maté —prosiguió, ignorando las palabras del letrado—. Esa chica estaba muerta cuando bajó del coche.

—¿A qué se refiere con muerta?

—Drogada, ida…

El abogado se levantó de la silla e intervino para detener el interrogatorio.

—Se acabó. Pido que se aplace la declaración.

—Su cliente tiene la última palabra.

—Sherezade me traicionó. Intentó matarme.

Peralta se acercó a la inspectora.

—Déjelo, tenemos suficiente. Regresaremos más tarde.

Dos agentes sacaron a Eduardo Martín de la sala con la cabeza gacha. El abogado acompañó al detenido y los cuatro desaparecieron por el pasillo.

Oyeron tres fuertes palmadas.

Era Sempere.

—Tenemos la declaración de ese tipejo.

—No tenemos nada. No sabemos si miente.

—El inspector está en lo cierto —comentó Peralta—. El arma, las huellas, el coche… La confesión de la noche del sábado complementa las pruebas. Lo tiene crudo.

—Es obvio que la secuestraron y la mataron.

Ella los miró perpleja.

—¿Se han puesto de acuerdo?

Sempere puso los brazos en jarra y la miró con lástima.

—Sé lo que está pensando, inspectora, pero no le busque tres pies al gato. Llevamos demasiadas horas seguidas trabajando —explicó el inspector—. Tómense un descanso.

—¿Un café? —preguntó Peralta. Los otros dos lo miraron—. Me lo deben.

El ilicitano rechazó con la cabeza.

—Paso… Tengo que regresar a Elche y poner al corriente al jefe… Javaloyes y Écija se alegrarán de la noticia. Los veré más tarde.

El inspector abandonó la sala y dejó a la pareja a solas.

—Usted sí, ¿verdad?

—¿Conseguiré que se calle?

—Lo dudo.

Ella dio un respingo.

—No me puedo creer que se ponga del lado de Sempere.

Peralta soltó una carcajada.

—Ni yo que a estas alturas todavía no me conozca —dijo y echó a caminar hacia la puerta— ¿Le dan miedo los cementerios, inspectora?

—Me llevé el reloj, pero no la maté —prosiguió, ignorando las palabras del letrado—. Esa chica estaba muerta cuando bajó del coche.

—¿A qué se refiere con muerta?

—Drogada, ida…

El abogado se levantó de la silla e intervino para detener el interrogatorio.

—Se acabó. Pido que se aplace la declaración.

—Su cliente tiene la última palabra.

—Sherezade me traicionó. Intentó matarme.

Peralta se acercó a la inspectora.

—Déjelo, tenemos suficiente. Regresaremos más tarde.

Dos agentes sacaron a Eduardo Martín de la sala con la cabeza gacha. El abogado acompañó al detenido y los cuatro desaparecieron por el pasillo.

Oyeron tres fuertes palmadas.

Era Sempere.

—Tenemos la declaración de ese tipejo.

—No tenemos nada. No sabemos si miente.

—El inspector está en lo cierto —comentó Peralta—. El arma, las huellas, el coche… La confesión de la noche del sábado complementa las pruebas. Lo tiene crudo.

—Es obvio que la secuestraron y la mataron.

Ella los miró perpleja.

—¿Se han puesto de acuerdo?

Sempere puso los brazos en jarra y la miró con lástima.

—Sé lo que está pensando, inspectora, pero no le busque tres pies al gato. Llevamos demasiadas horas seguidas trabajando —explicó el inspector—. Tómense un descanso.

—¿Un café? —preguntó Peralta. Los otros dos lo miraron—. Me lo deben.

El ilicitano rechazó con la cabeza.

—Paso… Tengo que regresar a Elche y poner al corriente al jefe… Javaloyes y Écija se alegrarán de la noticia. Los veré más tarde.

El inspector abandonó la sala y dejó a la pareja a solas.

—Usted sí, ¿verdad?

—¿Conseguiré que se calle?

—Lo dudo.

Ella dio un respingo.

—No me puedo creer que se ponga del lado de Sempere.

Peralta soltó una carcajada.

—Ni yo que a estas alturas todavía no me conozca —dijo y echó a caminar hacia la puerta—. ¿Le dan miedo los cementerios, inspectora?

54

Martes, 12 de agosto de 2008.

Cementerio Viejo de Elche. Elche, Alicante.

Tres berlinas alemanas acompañaron al coche fúnebre que transportaba el féretro de Laura Coves al panteón de la familia. En un acto íntimo y privado, los Coves daban el último adiós a la pequeña del clan.

Manuel Coves, débil por el desgaste emocional y físico de la noche anterior, viajó acompañado de su mujer en la parte trasera del Mercedes. Ximo Maciá y Arturo Miralles iban a frente. Toni Verdú, el tercer hombre de su círculo más cercano, servía de copiloto al conducto de la funeraria.

Un día trágico, en especial para el abuelo y para los padres de Laura. La recordarían como una de esas estrellas llenas de esperanza que desvían la atención de los problemas.

Llegaron al panteón, el enterrador abrió el nicho y colocó el ataúd de madera. No hubo palabras después de la misa, pues el silencio y las lágrimas fueron suficientes.

Lorena Brotons se acercó al abuelo y le apretó la mano para transmitirle su consuelo. Él le acarició los dedos como respuesta, manifestando su pesar.

—No existe mayor dolor que despedirse de un hijo o de un nieto… —comentó, mirando a nicho ya casi tapiado.

Manuel Coves aguantaba las lágrimas junto a su esposa, quien no se había desprendido de las gafas de sol.

Lorena dio un vistazo al resto.

José Coves seguía llorando, sintiéndose culpable, por la muerte de su hija, por su calidad como persona. Montserrat Miralles sufría sin consuelo, a pesar de que estuviera acompañada de su marido y de su hijo. Ninguno era capaz de entender lo que una madre podía sentir al perder a una hija.

Lorena miró a la suya, emocionada. Era una Coves hasta la médula y le tenía devoción a la sobrina. En cambio, su padre parecía indiferente, por mucho que se esforzara en aparentar lo contrario.

No le caía bien el abuelo. Lorena lo sabía. Los comentarios que hacía Coves a sus espaldas iban siempre cargados de inquina. Los Brotons eran de otra clase. Una muy reservada y hermética.

¿Y ella?, se cuestionó mientras enterraban a su prima.

Ni una cosa, ni la otra, afirmó en silencio. Detestaba la presión para elegir un bando. Cuando llegara el momento, encontraría su lugar.

Lorena Brotons tenía muy claro cuál era su próximo deseo.

Nunca odió a su prima, aunque debido a su existencia, ella fue como un fantasma durante todos aquellos años. No era Laura quien le hacía sombra, sino la propia familia.

Laura fue la primera en llegar a la familia y no hubo manera de rebatir aquello. Ella lo supo desde pequeña y se aprovechó de la situación.

Como persona, dejaba mucho que desear. Utilizaba al abuelo cuando lo creía conveniente, exprimía su billetera y se aprovechaba de los chicos con los que salía para que le pagaran su tren de vida. Laura había nacido con ciertos talentos físicos que ella no poseía. ¿Podía culparla por ser más hermosa que ella? Quizá envidiar lo que ella no tenía, como hacía la mayoría de las chicas de su edad, pero nunca odiarla por ello.

A Lorena también le incumbían los negocios de la familia, pero a los Coves no les interesaba lo que la muchacha tenía que decir. Las cuentas comenzaban a ser un tema recurrente a la hora de comer. Había pérdidas, escaseaban los ingresos y los negocios de sus hijos no iban bien.

En la ciudad sonaba aquello de «padre zapatero, hijo rico y nieto pordiosero».

Los Coves, sin el abuelo, estaban abocados a cumplir con el refrán. Y si su tío José y su madre habían liquidado la fortuna, los más jóvenes heredarían las sobras si no ponían remedio a los problemas económicos.

Tarde o temprano, necesitarían la opinión de una voz joven que entendiera los tiempos modernos que llegaban. Conscientes de que Miguel era un caso perdido, un cóctel de hormonas, el abuelo depositaba su fe en Laura.

Así que el asesinato de su prima fue un varapalo repentino.

Si es cierto que cuando se cierra una puerta, otra se abre, aquel golpe le dejó un puesto vacante.

Lorena se sintió culpable por las veces que deseó su muerte, aunque nunca lo dijera del todo en serio.

Tras el último adiós, la familia se retiró y regresó a los coches.

Lejos del panteón y entre los pasillos que separaban los nichos, Lorena notó una presencia que los observaba.

Los Coves se alejaron en silencio y lágrimas. Ella aguardó unos segundos, guiada por la curiosidad.

Viendo que no los seguía, el padre de la chica detuvo su andar.

—¿A qué esperas, hija? —preguntó, malhumorado—. ¿Te quedas ahí?

—Dame un minuto, papá —contestó.

Él frunció el ceño, pero desistió discutir.

El médico siguió el sendero hacia la salida del cementerio.

—Sé que estás ahí, ¿qué quieres? —preguntó al vacío.

Sorprendido, Andrés Navarro se quedó sin excusas y mostró su cara.

—¿Cómo te atreves, desgraciado?

—Lárgate. Te están esperando.

Lorena detestaba a ese chico.

—Dame una razón para que mi primo no te parta las piernas.

Andrés la miró de reojo.

—Tenía que despedirme de ella.

—¡Me das asco! —exclamó y escupió a sus pies—. ¡Puaj! Si mi prima te oyera…

—Yo no hice nada más que quererla.

—Mentira.

—Estaba enfadado. Laura me dejó esa noche.

—No me extraña que lo hiciera… Se avergonzaba de salir contigo —respondió y el chico preculó unos segundos, cuestionándose si hablaba en serio—. Eres una rata, tú y tu familia. Por eso nunca llegasteis a nada.

Andrés se acercó al panteón, pero ella se interpuso en su paso.

Cuando él procedió a apartarla con el brazo, Lorena Brotons lo amenazó señalándolo con el rdedo.

—¡Apártate! Si supieras lo que pensaba de tu persona… Me das pena.

Andrés Navarro la miró con desprecio y sonrió.

—Si te contara lo que me decía de ti… no la defenderías tanto —respondió y pasó por encima ade la saliva del suelo—. Lárgate, marginada. Eres patética.

El pecho de la muchacha ardió.

—¡Lorena! —gritó su padre a lo lejos—. ¿Vienes o regresas a casa andando?

El aviso suspendió la discusión.

Andrés Navarro no tenía intenciones de marcharse.

—Tu padre te llama. Corre y sé buena.

Ella le hizo un gesto con el pulgar sobre la garganta, a lo que él respondió mostrándole el ,dedo corazón.

Lorena se alejó llena de rabia del panteón familiar. Atravesó el sendero de grava y salió del cementerio. Los otros vehículos se alejaban por la carretera. Su madre esperaba en el interior del Jaguar y su padre aguardaba con la puerta abierta.

—¿Con quién hablabas ahí dentro?

—Con ella —respondió y entraron en el vehículo—. Tenía unas palabras pendientes.

—Ya… —dijo el médico y encendió el motor—. Si necesitas ayuda, que tu madre te recomiende su psiquiatra.

Lorena observó a la madre, angustiada, con la cara hundida.

—Me vendrá bien dormir. Eso es todo.

—Pues, tendrás que esperar —dijo la madre—. El abuelo quiere celebrar una última comida de despedida.

El marido dio un suspiró.

—Joder, con el abuelo…

—¿Qué has dicho?

—Nada —respondió y se recostó en el asiento trasero.

Abandonaron el cementerio por la carretera secundaria que los llevaba a la ciudad. Observó la montaña y los bloques de viviendas de la periferia.

Que Laura Coves fuera una pérfida prima, no era nuevo para Lorena.

Pero lo de Navarro se había convertido en un asunto personal.

Y estaba dispuesta a lidiar con ello.

55

Peralta y Agulló esperaron a que Lorena Brotons se alejara lo suficiente del cementerio. Habían llegado unos minutos antes para presenciar el funeral desde la distancia. La familia Coves no se percató de su presencia y ninguno de los dos agentes esperaba encontrar también al nieto de los Navarro.

Andrés sacó una cajetilla de tabaco y se encendió un cigarrillo frente al panteón familiar. Las pisadas sobre la grava lo inquietaron.

—¿Sabe tu abuelo que fumas? —preguntó Peralta abordándolo, por un lado. La silueta de la inspectora apareció por el otro. La presencia de ambos lo puso nervioso—. ¿También está borracho?

—¿Usted? Son policías… —dijo al reconocer a la inspectora—. Los puedo denunciar por acoso.

—Deja que me ría…

—Esa frase suena a tu abuelo —contestó Agulló—. A la familia Coves no le hará gracia saber que has estado aquí.

—¿Qué quieren? ¡Déjenme en paz! —exclamó y se alejó un metro—. No pienso hablar con nadie…

—Asunción Mora, ¿te suena de algo?

El muchacho se quedó paralizado.

—¿Y si lo hiciera?

—Ha declarado que pasó la noche del sábado contigo —respondió Agulló—. De no ser cierto, estaría cometiendo un delito.

—Pero dice la verdad —respondió, regresando a ellos—. Escuchen… Lo hice, ¿vale? Me acosté con ella, pero déjenla en paz. No la metan en esto.

—¿Podrías describirla físicamente?

—¿Está de broma?

Ella negó.

—Mi compañera quiere asegurarse de que no miente.

Andrés Navarro resopló.

—Está bien… —dijo y miró hacia arriba—. Es morena, tiene el pelo liso y le llega a la altura de los hombros. Es algo más baja que yo y…

Agulló carraspeó y lo interrumpió.

—Las cámaras de tráfico registraron su vehículo en una avenida del centro —dijo y Peralta l mostró una de las imágenes—. Entiendo que lo conducía usted, pero la chica rubia que l acompaña no encaja con la descripción que nos ha hecho…

—Eh, esto…

—¡Deja de mentir! ¿Qué pasó con Laura Coves? —preguntó Peralta, enfadado—. ¿Qu hiciste con ella?

—¡Nada! ¡Joder! —exclamó, dio una calada al cigarro y lo tiró al suelo con rabia—. ¡No l hice nada!

—¿Cómo llegó al pantano? —insistió Agulló.

—¿Y yo qué coño sé? Les estoy diciendo la verdad.

—Entonces confirmas que sois los de la foto.

—Sí.

—¿A dónde ibais?

—Maldita sea… Nos alejábamos del centro unas manzanas… Íbamos a hablar…

—¿Hablar, de qué?

—Es complicado…

—¿Teníais una relación? —preguntó la inspectora.

—No.

—No te hagas el listillo… —apostilló el policía.

—Teníamos un lío, ¿entendido? —aclaró—. Pero Laura puso fin esa misma noche.

—Algo harías… ¿Qué ocurrió después?

—Ella me dejó y se marchó.

—¿Estaba ebria?

—No, Laura no bebía apenas… y nunca se emborrachaba. Supongo que el hogar te marca…

—¿Y no hiciste nada para retenerla? —preguntó Agulló, furiosa—. ¿Permitiste que se fuera sin más, en una avenida desierta, a altas horas de la madrugada? ¿Ni siquiera un taxi?

Peralta la sujetó del hombro para frenarla.

—¿Todo en orden, inspectora?

—Lo siento…

El chico se encogió de hombros.

—Ese es el problema, que no sé qué hice mal, ¿a qué viene todo esto? —preguntó cuestionando la autoridad de la pareja—. Se supone que ya han detenido a ese cabrón, ¿qu intentan ahora conmigo?

—Mira, chaval, he hecho muchos kilómetros para estar aquí y no tengo ganas d enfadarme… —comentó Peralta, acercándose a él—, pero no te voy a negar que se me está hinchando las…

—¿Lo conoces a él? —intervino la compañera, mostrándole la fotografía de la graduación.

El chico la observó y asintió con la cabeza.

—Es don Severiano, el párroco de la Basílica… Estaba enamorado de ella.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó la inspectora—. Es una cosa muy seria..

El chico hizo un gesto de desprecio.

—Sé lo que veo. No soy estúpido… Ella nunca lo reconoció, pero ¿qué más da? Está muerto Nunca le puso la mano encima.

—¿Y qué hay de su padre? —quiso averiguar Peralta—. ¿Tenían una buena relación?

Navarro puso los ojos en blanco.

—El padre tiene otros problemas más graves como para pensar en sus hijos… —respondió con voz triste—. Son Coves, ¿qué se puede esperar de ellos? Laura se sentía sola y sin apoyo en la familia.

—El abuelo iba a poner el capital para que fundara su compañía. ¿Qué entendéis por apoyo a los jóvenes de hoy?

—¿Saben? En estos momentos, me da igual todo… —dijo, lento, enfatizando cada sílaba y alejándose de ellos—. Laura está muerta… ¿Lo entienden? Muerta… y me importan un cuerno las familias, los negocios, las amenazas y lo que planeara hacer con su abuelo… Lo que más me jode de todo este asunto es que, durante el resto de mi vida, pensaré que podría haberla salvado.

Andrés Navarro dio la espalda a los agentes y se perdió por el sendero que llevaba a la salida. Después, su silueta desapareció.

—Nos ha tomado el pelo y lo hemos dejado marchar… —reprochó Agulló, todavía exaltada—. Muy avispado, Peralta.

—Tómese una tila esta noche, inspectora… —dijo él y flexionó las rodillas—. Por suerte, el chico es menos espabilado que el abuelo.

Peralta cogió con la punta de los dedos la colilla aplastada.

—Si los de la Científica se esmeran un poco, tal vez averigüemos si nos cuenta la verdad.

—El padre tiene otros problemas más graves como para pensar en sus hijos… —respondió con voz triste—. Son Coves, ¿qué se puede esperar de ellos? Laura se sentía sola y sin apoyo en la familia.

—El abuelo iba a poner el capital para que fundara su compañía. ¿Qué entendéis por apoyo los jóvenes de hoy?

—¿Saben? En estos momentos, me da igual todo… —dijo, lento, enfatizando cada sílaba y alejándose de ellos—. Laura está muerta… ¿Lo entienden? Muerta… y me importan un cuerno las familias, los negocios, las amenazas y lo que planeara hacer con su abuelo… Lo que más me jode de todo este asunto es que, durante el resto de mi vida, pensaré que podría haberla salvado.

Andrés Navarro dio la espalda a los agentes y se perdió por el sendero que llevaba a la salida. Después, su silueta desapareció.

—Nos ha tomado el pelo y lo hemos dejado marchar… —reprochó Agulló, todavía exaltada —. Muy avispado, Peralta.

—Tómese una tila esta noche, inspectora… —dijo él y flexionó las rodillas—. Por suerte, el chico es menos espabilado que el abuelo.

Peralta cogió con la punta de los dedos la colilla aplastada.

—Si los de la Científica se esmeran un poco, tal vez averigüemos si nos cuenta la verdad.

56

Martes, 12 de agosto.

Santa Pola del Este. Santa Pola, Alicante.

La infancia de Manuel Coves estaba ligada al mar. Había conocido la bahía de Santa Pola cuando no era más que un desierto salvaje de arena, roca y hambrientos pescadores. Escenario de la Guerra Civil y lugar vacacional para los habitantes de la ciudad vecina, tras el desarrollo industrial, Santa Pola pasó de ser un pueblo pequeño a un invernadero de apartamentos estivales y adosados estrechos y blancos a los que llamaban gaviotas.

Como le transmitió su padre, Enrique Coves, cada verano Manuel se encargó de que su familia disfrutara de las vacaciones y del lujo que significa despertar cada mañana junto al mar.

El Llum fue el nombre con el que bautizó a los mil metros cuadrados de parcela en la avenida Armada Española. Un solar alejado del pueblo y rodeado de costa. Allí levantó una enorme vivienda de trescientos metros cuadrados. La llegada de la pequeña Laura y el primer verano junto a ella, le hizo pensar en aquello.

«El Llum, yayo», le decía en valenciano la pequeña a su abuelo, con apenas cinco años de edad.

La criatura repetía las frases que Manuel y Josefina intercambiaban cuando él olvidaba apagar el farol que alumbraba la parte alta de la fachada. Aquello le hizo tanta gracia al abuelo que encargó unos azulejos con las letras para colocarlos en la parte trasera de la casa.

La vivienda, rodeada de palmeras y de un jardín frondoso y fronterizo que evitaba las miradas de los que andaban por el paseo, estaba cubierta de teja árabe y tenía las paredes pintadas con gotelé blanco y adoquines de piedra que revestían la parte que daba a la playa.

La amplia terraza que conectaba con el salón permitía gozar de las cálidas y coloridas vistas del Mediterráneo y también de la isla de Tabarca. Para Coves, El Llum representó el resultado de su máximo esplendor económico. Se enorgullecía de haber erigido una casa como aquella, con el sudor de su trabajo.

Poco después, otros empresarios de fortuna poblaron la zona con chalés del mismo tamaño, o más grandes, creando una esencia social única, que poco tenía que ver con la original del pueblo de Santa Pola. En unos años, la zona del Este sería donde veranearían muchos de los acomodados de Elche.

Tras el funeral, Manuel Coves quiso celebrar una última comida en honor a su nieta. Se sentía vacío y apenado, pero no deseaba guardar un trágico recuerdo en esa casa. En momentos así

decía que la familia debía estar unida. Nunca se estaba preparado para una pérdida como esa pero la unión y la fuerza les ayudaría a aguantar el sufrimiento.

Después tendrían que aprender a manejar el vacío que Laura había dejado en sus vidas.

Encargaron el menú favorito de Laura: fideuá al estilo de Santa Pola, típica por el fideo grueso, y una ensalada de salazones con tomates frescos.

Para beber, vino tinto del bueno. Las despedidas son trágicas y más cuando se dice adiós a quien has visto nacer. Pero Coves, como muchos de su generación, había visto la muerte tan de cerca que ya no sentía miedo, sino respeto.

Mientras esperaban a que llegara la comida, Miguel Coves descansaba en una silla de mimbre de la terraza. Meditabundo, observaba el mar y a los bañistas que disfrutaban de la playa. La brisa ayudaba a sofocar el calor que se aproximaba a medida que entraban en la tarde.

Lorena se acercó a su primo y se sentó junto a él. Esperó un buen rato en silencio. Pensó que Miguel entraría en cólera si le contaba sobre su encuentro con Navarro.

Su sangre era la de un Coves y lo odiaba casi tanto como ella.

Miguel era un muchacho enérgico, impulsivo y poco asertivo.

Siempre tenía la razón y no se podía discutir con él.

Era igual que su padre y que su abuelo.

Los tres se dejaban llevar por el ímpetu y la lengua, aunque el abuelo había aprendido a moderarse con los años. Un carácter que arrastró a su padre a las adicciones y a las malas compañías. Y toda la familia sabía que Miguel no era diferente. Tal vez la experiencia del padre le sirviera de algo, pero los psicólogos a los que iba no lo tenían claro.

Lorena se descalzó y descansó los pies sobre una tumbona acolchada.

—Esa era su preferida —señaló él. Lorena retiró los pies—. Tranquila, no me importa.

—Nos llevará un tiempo aceptarlo.

Él la miró de soslayo.

—A unos más que a otros…

—¿Por qué dices eso?

—Porque sí.

Ella tragó saliva y cruzó los brazos.

—Era buena conmigo, a pesar de todo… —contestó y volteó la cara hacia el otro lado— Puede que Laura y yo no tuviéramos una relación ideal, pero nos queríamos. Éramos de la misma sangre.

—¿Te quedan cigarros?

—No —lamentó—. Manuel…

—¿Qué?

—Hay algo que no sé si contarte…

Él la miró y ella encontró sus ojos.

Era parte de la trampa.

—¿Quieres soltarlo ya? —insistió.

Lorena pestañeó dos veces y emitió un largo suspiro.

—Es sobre Andrés Navarro.

El vello de los brazos del primo se erizó.

—¿Qué le pasa?

—Prométeme que no montarás ninguna escena.

—Habla.

—Júramelo.

—¿Qué pasa con él?

La chica contó hasta tres.

—Estaba en el cementerio.

Miguel aguantó la reacción.

—Pues bien.

—Estaba despidiéndose de Laura.

—¿Eso era?

Como hermano mayor, Miguel era muy protector con su hermana pequeña. Vigilaba con quién salía y con quién se acostaba. Argumentaba que había mucho cafre suelto en la ciudad. Sin embargo, Laura era difícil de controlar. La lista de pretendientes era extensa. Protegerla era como jugar al gato y al ratón.

Una vez que cumplió la mayoría de edad, su hermano se desentendió de ella.

—La noche en la que mataron a Laura, yo los vi juntos.

El primo se rascó el cuello.

—Déjalo estar… y no te montes películas.

—Sé lo que vi. Tú lo viste.

Miguel apretó los puños.

—¿Por qué insistes?

—¿Por qué crees que estaba allí? Se ríe de nosotros.

Los ojos giraron hacia el cielo.

—No quiero escucharte.

—No te interesa oír que estaban juntos.

—Cállate, por favor… Me estás poniendo de mala leche.

—Lo viste. Lo vimos los dos —insistió, presionándolo—. Cuándo él regresó, ¿dónde estaba Laura?

—Lorena…

Ella pensó en su carta mágica. Su primo Miguel estaba alterado.

—¿Y si fue él?

—Joder, Lorena. Si fue él, ¿qué?

La chica acercó su rostro y susurró:

—¿Si fue él quien la mató?

El mundo se paralizó para Miguel Coves.

Podía tolerar cualquier escenario… menos aquel.

—¡Cállate la boca! —bramó con fuerza, asustándola y provocando la reacción del resto de familiares.

—¿Qué esto todo esto? —preguntó su padre—. ¿No puedes guardar las formas ni en el día que enterramos a tu hermana?

—¡Esta imbécil no para de soltar mierda por la boca!

—¡No le hables así a mi hija! —exclamó el médico.

Lorena aguantó la mirada de su primo, que ahora tenía los ojos encendidos como un lobo desdichado.

—Piénsalo, Miguel. Tú también lo viste. Laura no regresó.

Obtuvo lo que quería. Lorena lo manipuló y la bestia interior despertó a su hora.

Ante la presencia de los parientes, el chico se levantó y golpeó la silla contra el suelo con

violencia, demostrando su enfado y la cólera que había provocado en él. Corrió hacia la planta superior y nadie lo detuvo. Después regresó y abandonó el jardín.

José Coves se quedó expectante, clavando sus ojos en la sobrina, que seguía allí quieta sentada y con una mueca en su rostro.

violencia, demostrando su enfado y la cólera que había provocado en él. Corrió hacia la planta superior y nadie lo detuvo. Después regresó y abandonó el jardín.

José Coves se quedó expectante, clavando sus ojos en la sobrina, que seguía allí quieta, sentada y con una mueca en su rostro.

57

Martes, 12 de agosto.

Playa Lisa. Santa Pola, Alicante.

Como el toldo indicaba, el Quesada era más bar que restaurante. Uno con solera, de clientela fija, regencia familiar y con varias décadas de historia.

En invierno escaseaba la actividad y en verano no cabían los clientes en el interior de las dos terrazas. Tintos de verano, bañadores y chanclas y comensales sin camiseta.

Un bar de pescadores y de pescados, como la mayoría de los que bordeaban las playas de pueblo.

Para Ricardo Navarro, sin embargo, tenía su encanto. Cenaba allí con su esposa Paula cada aniversario y pedían el mismo menú: sepia al ajillo con perejil, mejillones al vapor y una botella bien fría de rosado.

Por otro lado, el bar Quesada era también su centro de operaciones.

La relación con los propietarios del lugar se remontaba al noviazgo de su hermana María Dolores con su difunto cuñado Mario Ruso.

Mario los llevó allí la primera vez. Comenzó como un sitio de encuentro entre las dos parejas y se convirtió en el punto de reunión para los cuñados. Mario era conocido en el pueblo y recibía buen trato, y a Navarro no le gustaba lo pomposo. El local era poco pretencioso, aislado de las multitudes y se encontraba cerca del puerto. Además, el servicio era decente.

Desde allí, Navarro controlaba «la franquicia» regentada por Ruso, que se encargaba de contrabando de tabaco, pescado y ropa, y de la protección a los cargueros que llegaban a puerto desde Santa Pola a la Vega Baja.

Tras el fallecimiento de Mario y a pesar de los cambios logísticos en el resto de los negocios Ricardo Navarro fue fiel al Quesada.

Tal vez no fuera lo mismo, pero le debía tanto a ese pueblo como se lo debía al difunto cuñado.

Aparcaron el BMW a escasos metros del bar. Esa mañana lucía un conjunto veraniego de polo de manga corta, bermudas caquis y sandalias menorquinas. Ródenas vestía un atuendo similar.

Navarro disfrutaba en la terraza peatonal de un café bien cargado, contemplando la playa aún vacía, y acompañado de una paloma, un combinado de tres cuartas partes de agua y una de anís seco.

El abogado se limitó al café con hielo y a una rebanada de pan tostado con queso curado.

Todavía era pronto en el pueblo y los viandantes que cruzaban la calzada se dirigían a la playa, al quiosco o a completar la lista de los recados. En verano, las horas en Santa Pola trascurrían más lentas, pero para Navarro, el tiempo corría siempre más rápido que él.

La visita no tardó en llegar.

Con una camisa de lino abierta hasta el pecho, el hombre se quitó el sombrero de paja y se sentó a la mesa con ellos.

—Don Ricardo, Roberto… —mencionó, estrechándoles la mano, y pidió en valenciano un café con un chorro de Magno. Después sacó del bolsillo un juego de llaves de coche y lo dejó en la mesa—. Un gusto verles de nuevo.

—¿Qué tal ha quedado?

—*Niquelao*[1] —sentenció, haciendo un círculo con los dedos para enfatizar la respuesta— Mano de artesano.

—Ya será menos, Vicent…

Navarro agarró las llaves del vehículo de su nieto y le hizo una seña al yerno. Roberto empujó el periódico doblado que había sobre la mesa y el hombre lo recogió sin demostrar alegría.

—¿Han vuelto a dar problemas los chinos?

—No. *Res de res*. Mis amigos están en deuda con usted.

Navarro negó con la cabeza.

—Un Ruso le demostró a mi familia que hay otra familia que se elige sin ser de la misma sangre —explicó—, y por eso tú y yo estamos aquí sentados, ¿no es así?

—Así es, don Ricardo.

—Un amigo de un Ruso es un amigo nuestro. Así que dígales que estamos para eso.

—Me encargaré de que les llegue el mensaje, don Ricardo… Por cierto, he recibido un soplo que le puede interesar.

—¿Y bien?

—Es acerca de un asunto delicado.

—¿A cambio de?

—De nada, don Ricardo. La amistad por delante.

—Tú dirás.

El hombre encogió la cabeza, juntó las gruesas manos y se acercó a los dos. La camarera sirvió el café y el combinado y se marchó antes de que empezara a hablar.

—Es sobre la nieta de Coves… —murmuró, mirando de reojo para que no le oyera nadie— Esta mañana han detenido al sospechoso. Al parecer, ha liado una gorda en el puticlub de la carretera de Elche y se ha dado a la fuga.

Navarro miró a su yerno. Este daba vueltas al café con la cucharilla.

—¿Es oficial?

—Me lo ha confirmado el intendente municipal de Santa Pola.

Navarro se mojó los labios en la copa de anís y los secó con la yema de los dedos.

—Buenas noticias, supongo… —comentó mirando a la playa—. Esa basura debe pudrirse entre rejas.

—Pensé que querría saberlo.

—Por supuesto… Me preocupa la inseguridad de la calle. La próxima podría ser mi nieta.

Ruso se frotó la nariz.

—Me refería al coche.

Navarro selló los labios y asintió.

—Agradezco tu preocupación —dijo, cortante, y cambió de tema—. Entonces el acuerdo sigue en pie, por el bien de todos… en el que os incluyo a vosotros.

—Eso es, don Ricardo, y se lo agradezco.

Navarro pidió dos palomas más a la camarera. Ella las sirvió y se retiró.

—Cuando las aguas se calmen, hablaremos de los detalles y lo celebraremos como Dios manda.

—Con un caldero en Tabarca —añadió el yerno.

—Faltaría más.

—Por ejemplo… —dijo Navarro y levantó la copa de anís para brindar—. Salud, señores.

Después de la tempestad llegaba la calma, pensó Ricardo al observar las tranquilas aguas de Playa Lisa.

Tal vez se hubiera excedido con la preocupación, pero la transacción no exigía menos.

Ahora que habían detenido al asesino Laura Coves, pensó que su nieto quedaría fuera de sospecha.

Eran buenas noticias para él.

La UTE con los Coves se mantenía en pie, a una semana de la publicación oficial. Nada podía fallar. Tenían un trato con Soler y con su equipo. Había mucho dinero en juego por parte de todos. Se imaginó en Tabarca, tranquilo y sin preocupaciones.

El descanso llegaría tan pronto como arrancara el proyecto para la obra del centro comercial.

Aquella sería su última operación, antes de entregar las riendas a su yerno.

N.d.A: Expresiones coloquiales como «Ha quedado niquelado» o «Está niquelao/do» se utilizan para indicar que el resultado de un trabajo ha sido un éxito.

—Me refería al coche.

Navarro selló los labios y asintió.

—Agradezco tu preocupación —dijo, cortante, y cambió de tema—. Entonces el acuerdo sigue en pie, por el bien de todos… en el que os incluyo a vosotros.

—Eso es, don Ricardo, y se lo agradezco.

Navarro pidió dos palomas más a la camarera. Ella las sirvió y se retiró.

—Cuando las aguas se calmen, hablaremos de los detalles y lo celebraremos como Dios manda.

—Con un caldero en Tabarca —añadió el yerno.

—Faltaría más.

—Por ejemplo… —dijo Navarro y levantó la copa de anís para brindar—. Salud, señores.

Después de la tempestad llegaba la calma, pensó Ricardo al observar las tranquilas aguas de Playa Lisa.

Tal vez se hubiera excedido con la preocupación, pero la transacción no exigía menos.

Ahora que habían detenido al asesino Laura Coves, pensó que su nieto quedaría fuera de sospecha.

Eran buenas noticias para él.

La UTE con los Coves se mantenía en pie, a una semana de la publicación oficial. Nada podía fallar. Tenían un trato con Soler y con su equipo. Había mucho dinero en juego por parte de todos. Se imaginó en Tabarca, tranquilo y sin preocupaciones.

El descanso llegaría tan pronto como arrancara el proyecto para la obra del centro comercial.

Aquella sería su última operación, antes de entregar las riendas a su yerno.

N.d.A: Expresiones coloquiales como «Ha quedado niquelado» o «Está niquelao/do» se utilizan para indicar que el resultado de un trabajo ha sido un éxito.

58

Martes, 12 de agosto.

Basílica menor de Santa María. Elche, Alicante.

Cada avance en el caso del asesinato de Laura Coves abría otra hipótesis sobre su muerte primero la escena del crimen, después la detención de Eduardo Martín y ahora el sospechos testimonio de Andrés Navarro. A pesar de haber detenido a Martín y tener evidencias para enviarlo a prisión, aún no había una explicación concluyente.

—Aunque se demuestre que es él, no significa que sea el culpable —remarcó Peralta, d camino a la Basílica.

La visita al domicilio de los Coves reforzó algunas ideas acerca de su vida privada. Laura era religiosa y practicante, como el resto de su familia, y no se esforzaba por ocultarlo. Según su amistades, era un orgullo para ella haber crecido en un seno familiar con tradiciones. Pero eran muy pocas las personas de su círculo más cercano que estaban al corriente de su actividad en la diócesis. Por desgracia para los policías, el padre don Severiano era el único conocido de la víctima al que no podrían entrevistar, y también el único que faltaba por acceder.

—¿Y no le parece extraño, inspectora? —preguntaba Peralta cada vez que el nombre de sacerdote salía en la conversación.

Por supuesto que se lo parecía, pensaba ella, intentando dar respuesta a su pregunta.

Sobre todo, después de encontrar aquella foto.

Los inspectores decidieron visitar la Basílica para cerrar el cerco de lugares por los que había pasado la víctima. Tenían la sensación de que se les escapaba algo.

Peralta, por su parte, estaba más interesado en las recientes noticias sobre el cambio d párroco. Le costaba creer que nadie se acordara del sacerdote en la ciudad.

—Me parece extraño que las dos muertes se produjeran con una pequeña diferencia de hora —explicó mientras paseaban por la enorme plaza del Congreso Eucarístico.

El ruido de los petardos los distrajo.

—Pero a él no lo mataron.

—Eso nunca lo sabremos, Peralta… —dijo y apuntó a la puerta con el dedo—. Será mejo que entremos… Puede que alguien nos ilumine el sendero.

—¿Es creyente, Agulló?

—Era una forma de hablar… ¿Y usted?

—Soy del *Atleti*.

—Claro, qué cosas tengo… Olvidaba que su cabeza no da para más.

—Tienen aquí un humor muy autóctono…

Los dos policías aguardaron en silencio a que la ceremonia terminara. Agulló observaba a los feligreses de rodillas sobre los bancos.

—Quiero pensar que el hecho de acudir a misa tiene algún refuerzo en las vidas de los devotos…

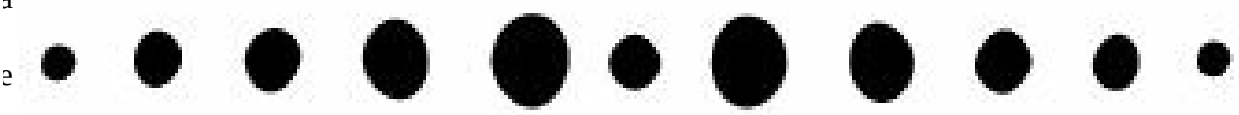
—Pues será parecido a ir al fútbol, inspectora… Un día el equipo gana, otra jornada pierde pero te pasas los noventa minutos rezando para que ocurra un milagro.

—Sí, hablamos de lo mismo…

La misa de la tarde llegaba a su fin.

Accedieron por uno de los laterales que daba a la plaza y esperaron a que salieran los feligreses. Ella alzó la mirada y observó la imponente escultura de la Virgen de la Asunción vestida de blanco, con una enorme corona dorada, un manto azul sobre los hombros y las palmas de las manos unidas. En voz baja y observando los últimos minutos del ritual, Peralta se acercó al hombro de la inspectora para susurrarle.

—¿Ve esa mirada? Seguro que ella nos dice lo que pasó aquí dentro.



El capellán de la Basílica los recibió en cuanto advirtió su presencia. La elección del nuevo párroco aún estaba en el aire, así que era él quien se encargaba de oficiar la misa hasta que la Diócesis tomara una decisión.

Tenía un aspecto inofensivo, delgado, de estatura baja y con una mirada apagada. Era la clase de persona que podía pasar sin llamar la atención en un grupo numeroso.

—Han tardado en venir, más de lo que esperábamos…

—Con todos mis respetos, padre… —dijo Peralta.

—Cristóbal Llopis.

—Señor Llopis, suelo frecuentar otros lugares…

El comentario no le agradó.

—Don Severiano merece más respeto por parte de las autoridades —explicó—. Cometió el error de quitarse la vida, pero eso no lo convierte en una mancha para esta ciudad. Todo el mundo se ha olvidado de él… y quien no, habla para soltar culebras en su ausencia.

—Todos, todos, no… —contestó Agulló—. Por eso estamos aquí.

El capellán arqueó una ceja, desconfiado, y asintió con la cabeza.

—¿En qué les puedo ayudar?

La inspectora le mostró la fotografía del párroco con la familia Coves.

—Tenían una buena relación, ¿verdad?

El hombre observó la imagen con detenimiento.

—Sí, los Coves, cómo no…

Peralta notó el tono agrio de sus palabras.

—Parece que hay algo que le moleste.

La mano del cura apartó la fotografía. Sus ojos se clavaron en el policía.

—En absoluto —aclaró—. La familia Coves se volcó mucho en la Basílica. ¿De qué manera? No me lo pregunte, sólo el Señor lo sabe… y don Severiano, claro… Ellos se volcaron en la reforma de la fachada y también convencieron a otras figuras importantes para que El Mister tuviera más proyección nacional, pero ya ve, no sé muy bien de lo que hablo…

—Para no saberlo, va directo al grano.

—¿Qué relación tenía don Severiano con Laura Coves? —preguntó Agulló.

El capellán no entendió la pregunta.

—La misma que podía tener con cualquiera. Don Severiano era un guía espiritual para muchos jóvenes. La fe se pierde en los tiempos que corren y es más necesaria que nunca para una sociedad sana.

—Tengo constancia de que se reunieron una o dos veces por semana, en los últimos meses.

El padre Llopis cogió aire. Parecía comprometido al hablar.

—¿Qué puedo decirle, inspectora?

—¿Aquí dentro? —intervino Peralta—, mejor que diga la verdad.

Necesitaban apurar todos los cartuchos. Ambos eran conscientes de que se les agotaban las horas. Agulló le mostró la fotografía del expediente de Olga Kasyanenko. Los párpados del religioso se levantaron.

—¿Ha visto a esta mujer antes?

El capellán los miró a ambos.

—¿A Olga? Claro que la he visto.

—Entonces, ¿la conoce? —insistió Peralta.

Llopis carraspeó.

—Era un asunto externo, secreto… —explicó, bajando el tono de voz.

—¿Cómo dice?

—Esa chica, Olga… Don Severiano intentaba ayudarla para que dejara la mala vida que le había tocado.

Peralta y Agulló cruzaron una mirada de complicidad.

—Siga, no se detenga…

—No sé si debería contar esto…

—Ya lo creo que sí —advirtió Peralta—. ¿Desde cuándo se reunían?

—Lo desconozco. Sé que ella se presentó aquí un día —contestó, recordando el momento—. No parecía una cortesana, aunque su presencia llamó la atención. Don Severiano se veía con ella para gestionar su situación y le pagaba para que creyeran que estaba visitando a un cliente.

—¿Tiene pruebas o es lo que el padre le contó?

—¡Peralta!

—Nunca se sabe, inspectora…

—Esa muchacha, Laura… Las vi juntas un día. Ella también le ayudaba con el asunto.

—¿Con qué frecuencia se reunía don Severiano con Olga?

—No lo sé… —dijo, confundido—. ¿Una o dos veces por semana?

«Las mismas que Laura Coves visitaba al sacerdote».

—Señor Llopis, es importante que recuerde con detalle… Su testimonio puede ser de gran ayuda… El párroco se suicidó poco después de la última misa del sábado.

—Y horas más tarde asesinaron a Laura Coves —dijo Peralta, aumentando la presión.

—¿Notó algo extraño ese día en él?

El cura agachó la mirada e intentó recordar.

? —No, nada fuera de lo habitual… ¿Creen que existe una relación entre Laura y el padre?

a —Intentamos llenar el vacío de incógnitas.

i —Entonces pregúntenle a Olga. Ella les sacará de dudas.

—La señora Kasyanenko ha fallecido en un accidente de tráfico.

—Dios Santo…

—¿Recuerda si don Severiano habló con alguien la noche del sábado, además de usted?

—No lo sé… Fue un sábado muy tranquilo, ya saben, con esto de las fiestas…

a De pronto, oyeron un fuerte golpe.

a —¿Qué ha sido eso? —preguntó Peralta, alarmado.

El eco procedía de uno de los laterales de la Basílica.

El capellán salió disparado con gesto de preocupación.

—¡Doña Angélica! —exclamó, acercándose a una mujer de cabello blanco y avanzada edad —. ¿Se encuentra bien?

La pareja de policías lo siguió.

s La señora había tropezado con uno de los bancos, pero no parecía haberse fracturado nada.

l —Doña Angélica es una habitual… ¿Cómo decirlo? Una mujer comprometida con la parroquia. Nos ayuda con las labores de mantenimiento.

—Pasar el cepillo y esas tareas, ¿no? —preguntó Peralta y sintió el impacto del codo de su compañera en las costillas—. ¡Uf! Cuidado, eso duele.

—El problema es que mis ojos ya no funcionan como antes —dijo la mujer—, y ahora me tropiezo con todo.

—No hace falta que lo jure… —comentó el inspector y la ayudaron a incorporarse del suelo —. ¿Está bien?

—Sí, gracias. ¿Son policías?

e —¿Pasa mucho tiempo aquí? —preguntó Agulló.

—Desde que me quedé viuda, vengo a diario.

—Así que también estuvo la noche del sábado.

—No me lo recuerde…

—¿Habló con don Severiano ese día?

La mujer aguantó la respiración unos segundos y dudó en contestar. Después se dirigió a la .representación de la Virgen que había frente a ella.

a —Yo no, pero sé quien sí lo hizo.

—¿A quién vio? —preguntó Peralta.

—No lo vi, estaba muy lejos, pero los oí en el confesionario… —explicó—. Era la única persona que asistió al turno de confesiones. Serían las siete o por ahí… No había nadie y pude apreciar el murmullo… No sé de lo que hablaron, pero Don Severiano parecía tenso y él…

—¿Reconoció la voz del hombre?

—Tenía una voz suave y confiada —explicó, intentando recordar—, pero me falla la vista de lejos… Sé que hablaron en voz baja. Aquello no era una confesión porque apenas tardaron unos minutos… Después el hombre se fue, don Severiano se marchó sin despedirse y el resto de la historia ya lo conocen.

—Una voz suave y confiada —comentó Peralta—, podría ser la suya, padre.

El capellán abrió los ojos de par en par.

—¿Yo?

—Estaba bromeando —comentó y miró a su compañera—. Por desgracia, esto puede significar algo, o no servirnos de nada.

—Entiendo que no hay cámaras de vigilancia, ¿verdad? —preguntó Agulló.

El capellán alzó la vista a lo alto de la cúpula.

—El único que vigila y nos protege es el Señor —señaló el capellán.

—¿Yo?

—Estaba bromeando —comentó y miró a su compañera—. Por desgracia, esto puede significar algo, o no servirnos de nada.

—Entiendo que no hay cámaras de vigilancia, ¿verdad? —preguntó Agulló.

El capellán alzó la vista a lo alto de la cúpula.

—El único que vigila y nos protege es el Señor —señaló el capellán.

59

Tras el primer interrogatorio fallido, los dos inspectores debían intentarlo de nuevo Abandonaron la ciudad de Elche y regresaron a la Comisaría Provincial de Alicante.

Antes de entrar, hicieron una pausa en el bar que había al otro lado de la calle.

La inspectora percibió el ambiente cambiado. Los agentes que almorzaban allí, ahora la miraban con aprobación y curiosidad. Él también notó cómo la observaban. Se aproximaron a la barra, pidieron dos cafés y un sándwich mixto para ella. Él se limitó a insistir en que el café estuviera bien cargado.

Por encima del hombro de Peralta, Agulló se fijó en la pareja de agentes vestidos de uniforme, que desayunaban a unos metros de ellos. La mujer de la pareja no paraba de observa mientras comentaba con el compañero.

La había visto antes por la comisaría.

—Te acostumbrarás —dijo él, saboreando el café de la taza como si hubiera esperado años para ese momento—. Es tu momento de gloria. Disfrútalo… Después vendrá otro y te lo arrebatará.

—No, no lo es.

—Bueno, ¿y qué importa? —cuestionó y terminó el café con el segundo trago—. Déjalos que piensen lo que quieran.

—Esa es la razón que explica por qué la justicia no siempre es justa, ¿verdad? No somos nosotros, es el sistema.

Peralta la miró curioso. Le sorprendió que llegara a esa conclusión. Muy pocos compañeros se atrevían a reflexionar en voz alta.

—No nos hicimos policías para cambiar el sistema —contestó y agarró una servilleta de papel —. ¿Le gusta el ajedrez, inspectora?

—No.

—¿Sabe cómo funciona?

—Más o menos.

El inspector cambió el tono de voz y la postura corporal para darle énfasis a lo que iba a contar:

—Pues entonces piense en ello como el brazo que mueve la justicia —explicó y dobló las puntas de la servilleta—. Nosotros representamos, ¿qué sé yo? Al alfil, por ejemplo, y otros compañeros representan al caballo, a la torre o al peón. Todos tenemos un mismo objetivo, pero estamos limitados por nuestras funciones.

—¿Y qué hay de los reyes?

—La reina representa a los cargos superiores capaces de todo, sin limitación de movimientos pero a merced de un rey inútil, limitado y dependiente. Un rey frágil que vive en una incongruencia constante: es quien nos defiende y ordena, y que a la vez depende de todos nosotros. Eso sí, sin el rey, no hay partida.

—¿Y ese monarca es?

—El ministro. Alguien puesto a dedo, fácil de sustituir, que entra y sale según sople el viento sin conocimiento sobre nuestro trabajo y quien sólo vela por sus intereses personales. No podría ser otro.

La inspectora se preguntó cuántas veces Peralta habría utilizado aquel discurso para mostrarse interesante y profundo frente a una mujer.

Le sostuvo la mirada durante unos segundos.

—¿Me lo está diciendo en serio?

El semblante de Peralta ni se inmutó.

—La verdad es que no.

Y ambos soltaron una carcajada.

—Será idiota…

—Pero sonaba interesante, ¿verdad?

—Es una pena, comenzaba a divertirme…

La diversión quedó suspendida en el aire hasta que la figura de Sempere irrumpió en el interior del bar. Su cara se mostraba enfadada. El caso no había terminado como a él le habría gustado.

—¿Qué es eso de que se llevan al detenido a la prisión de Fontcalent? —exclamó, atrayendo la atención de los clientes—. ¡Teníamos un trato!

—Ni siquiera hemos terminado con el interrogatorio…

—Eso digo yo, pero Écija no piensa lo mismo. Dice que Martín está listo para ingresar en la cárcel.

—Hable con Écija y con el juez —respondió la inspectora—. Ellos son quienes toman las decisiones, no nosotros.

Sempere se acercó a la inspectora.

—El caso no está cerrado, inspectora, y usted lo sabe. Le pido un poco de compañerismo, por favor.

—Los tres estamos igual, Sempere.

—Esto no es lo que acordamos… —respondió y se tocó la frente con preocupación—. ¿En que no lo ven? Esos dos estaban compinchados para cometer el crimen. Siempre hay un precio… Estamos a punto de saber con quién y ahora nos salen con esto…

—¿Por qué le preocupa tanto que duerma en la cárcel? —preguntó Peralta—. Es donde debe estar. Lo que ahora diga ese desgraciado, es irrelevante… Nos han encargado encontrar al culpable de la muerte de la chica, nada más.

—Creo que no es el lugar para discutir un asunto así…

—No creo que haya nada que discutir —dijo la inspectora.

El ilicitano los miró con desprecio.

—¿Y usted, Agulló, también está de su lado?

—Debería tomarse una tila, Sempere —contestó Peralta desde la barra metálica—. Tanta obsesión con esas familias lo va a dejar majara. Si no ha encontrado nada en los últimos diez

años, ¿no cree que ya es momento de pasar página? Su gran caso está por llegar.

—Váyase a tomar por saco, madrileño.

Esas palabras activaron el sistema nervioso del inspector.

Ordenadas de un modo preciso y ejecutadas con un tono de voz determinado, revivieron u sentimiento que llevaba oculto en su interior.

Su reacción fue la de un lince: rápida y voraz.

Sus brazos saltaron sobre el suéter de Sempere, que no se anticipó al movimiento. La furi ainterior los desató. Delante de todos, levantó el puño para golpearle la cara al otro policía, per una voz lo detuvo.

—¡Peralta, no! —exclamó la inspectora—. ¡Pare!

La mano de la mujer tiró de su camisa. Un café cayó al suelo varios metros de allí. Con e brazo en alto, listo para impactar en la cara de aquel hombre que ahora lo miraba firme y desafiante, lo empujó hacia atrás y descargó la rabia contra la barra de zinc.

El estruendo sacó al propietario del bar de la cocina y el silencio llegó hasta la televisió como una onda expansiva.

—Está chalado, Peralta. Debería buscar ayuda —dijo y suspiró—. Les veré dentro.

Sempere salió del bar como si nada hubiera ocurrido. Le gustaba la provocación y hab tenido su momento de gloria. No les extrañó que no fuera bien recibido por los empresarios de l ciudad.

—Si sigue dándole cuerda, terminará en el banquillo.

—Pero en el de los acusados. ¿Es que no ve lo que pretende?

—Puede que tenga parte de razón —explicó ella—. Hay algo que no me cuadra desde qu hemos hablado con el capellán.

—Hay tantas cosas que no encajan aquí… pero no nos pagan para armar un puzle. L recuerdo que trabajamos con un crimen.

—Durante el interrogatorio, Eduardo Martín ha asegurado que Laura no estaba consciente sino que estaba drogada. En contraste, Andrés Navarro ha dicho que la chica apenas bebía… N sestoy excusando a Martín. Es evidente que la secuestraron… pero, o uno de ellos miente, alguien interactuó con la víctima en la brecha que hay desde que bajó del coche de Navarro y subió al de Martín.

El rostro de Peralta era el reflejo de la decepción.

—Está consiguiendo lo que quiere.

—¿Quién?

—Sempere.

—Esto no tiene nada que ver con él. Empiezo a considerar la teoría de que la muerte d Laura, del sacerdote y de esa mujer no fueron casuales.

—No, Agulló, se equivoca —rectificó—, eso es lo que él quiere que nosotros pensemos… lSempere confía en que el asesinato le ayudará a reabrir la investigación que tiene a medias y, po supuesto, no descarto que toda esta gente esté involucrada en ella…

—Lo habría conseguido si no llego a detenerle —respondió, decepcionada con él—. ¿Qué s le ha cruzado por la cabeza para pegarle?

—¿Usted qué cree?

—De verdad, en ocasiones, no sé con quién trabajo… Será mejor que regresemos.

60

Martes, 12 de agosto.

Centro comercial L'Aljub. Elche, Alicante.

Andrés cumplía palabra y condena. Su abuelo le había marcado los límites de su libertad nada de salidas nocturnas ni encuentros multitudinarios. Por una vez, acató la advertencia. La muerte de Laura Coves seguía en boca de todos. Su nombre también.

Debía mantenerse al margen de la situación.

Con el tiempo, se olvidarían de los dos.

Sin embargo, la promesa no incluía las fiestas privadas en su casa. Durante los festejo municipales, los padres dormían en la villa. Así que su amigo Luis decidió organizar una fiesta en su nombre. Las normas eran claras: prohibido entrar a la casa y nada de invitado desconocidos.

En unas horas, un numeroso listín de contactos confirmó la asistencia. El verano podía se muy largo sin diversión.

Dado que aún no disponía del descapotable, su amigo Luis lo había recogido en la puerta de su casa para comprar las bebidas y los aperitivos.

Andrés necesitaba airearse, desconectar la mente por unas horas, reconciliarse consigo mismo.

Eso es lo que repetía el amigo al volante del Porsche Cayenne dorado de su padre.

Andrés comprobó el espejo retrovisor. No había rastro de ellos.

Pensó en el encuentro con la policía.

Si había demostrado su inocencia, ¿por qué lo seguían?, se preguntó.

No le podía contar nada a su amigo.

La ciudad estaba desierta. Un oasis de asfalto y ladrillo. La población descansaba a una hora de la tarde que se iba acercando al anochecer. Parte de los habitantes recuperaba las fuerzas gastadas en la noche anterior. Otros daban el último chapuzón en la playa, antes de viajar hasta la ciudad.

—Andrés, macho… con la de chavalas que hay detrás de ti… —comentó su amigo, detenido frente a un semáforo—. No te preocupes, que las vamos a invitar a todas.

—Cómo se nota que no es tu casa…

Bordearon la ciudad por el puente de Barrachina, adueñándose de la carretera que iba a parque de bomberos y que los llevaba directos a la entrada del único centro comercial de la

ciudad.

A un lado del asfalto se contemplaba la gran extensión de tierra virgen. Allí se construiría e último deseo del abuelo Navarro. Entendió su preocupación. Si todo marchaba según lo previsto su abuelo y Coves ganarían mucho dinero. Un centro con marcas de lujo, con productos *gourmet* con servicios de calidad y con un hipermercado de alta gama en el interior. Una garantía de éxito para el negocio y para el futuro de su herencia.

Entraron en el aparcamiento subterráneo del centro comercial. El movimiento de vehículos era escaso. Luis estacionó entre dos columnas de y bajaron del coche. Segundos después, un todoterreno de color verde pasó por delante de ellos, a varios metros de distancia.

—¿Todo bien? —preguntó Andrés a su amigo.

—Pues claro.

Dieron una vuelta por las tiendas de ropa, tomaron un tentempié en una franquicia de comida rápida y entraron al hipermercado.

El tránsito de clientes era más denso de lo habitual. Las cajas para pagar tenían largas colas de espera de jóvenes cargados de alcohol y refrescos. Nadie quería llegar a la noche con las manos vacías.

Cruzaron la sección de bebidas y pararon ante el estante de los licores. Las opciones eran limitadas.

—La gente arrasa con todo… —comentó Navarro, sorprendido ante la poca variedad de producto.

—No te entretengas y coge una de cada… menos de vodka —dijo el amigo, seleccionando las botellas de whisky, ron y ginebra—. No sé quién puede beber esa porquería.

—Laura solía tomarlo con limón.

—Ya, pero Laura no va a venir a la fiesta.

—Un poco pronto para tus chistes.

—Escucha… Sé que está todavía reciente, pero la olvidarás.

—¿Y si no quiero?

—No depende de ti. En unos meses conocerás a otra chica.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Se llama ciclo de la vida.

—No tienes ni idea. Eso es lo que pienso.

Al final del pasillo, Luis reconoció una figura que le resultó familiar.

La altura y la corpulencia lo delataba. Miguel Coves, con su particular mirada punzante cruzó vestido con vaqueros oscuros y una camisa azul abierta hasta el esternón. No iba solo. Dos más de aspecto similar lo siguieron.

—Pues venga, una de vodka, ¿qué más dará? El alcohol nunca sobra… —dijo y agarró a Navarro del hombro para que no los detectara—. Además, sé de uno que hoy va a beber con ganas…

—¿Lo dices por mí?

—Por los dos, campeón.

Aguardaron más de diez minutos en la cola. Intercambiaron mensajes de texto con las chicas que iban a la fiesta. El número de personas aumentó a quince, nueve de ellas mujeres. Andrés pensó que era una cifra suficiente.

—¿Vas a invitar a Asun?

—¿Eres tonto?

—Tienes razón.

Pagaron la compra, cargaron las bolsas por el pasillo del centro comercial y regresaron a aparcamiento subterráneo.

El amigo abrió la puerta trasera del vehículo y se detuvo cuando percibió que alguien los vigilaba.

—Luis, ¿te pasa algo? Empiezas a preocuparme.

—¿Eh? No, nada —dijo y metió las bolsas en el maletero—. Vámonos de aquí.

Antes de que la puerta se cerrara, un todoterreno los sorprendió por detrás con una fuerte frenada.

Cuando Andrés Navarro dio la vuelta, sintió cómo su cuerpo se desvanecía.

—Tienes razón.

Pagaron la compra, cargaron las bolsas por el pasillo del centro comercial y regresaron al aparcamiento subterráneo.

El amigo abrió la puerta trasera del vehículo y se detuvo cuando percibió que alguien los vigilaba.

—Luis, ¿te pasa algo? Empiezas a preocuparme.

—¿Eh? No, nada —dijo y metió las bolsas en el maletero—. Vámonos de aquí.

Antes de que la puerta se cerrara, un todoterreno los sorprendió por detrás con una fuerte frenada.

Cuando Andrés Navarro dio la vuelta, sintió cómo su cuerpo se desvanecía.

61

Unas horas antes…

Santa Pola del Este. Santa Pola, Alicante.

La rabia que acumulaba encontró la salida.

Abandonó la residencia familiar. El calor era insoportable a esa hora y el paseo de adoquine que bordeaba las calas estaba vacío.

Así y todo, optó por caminar.

Debía calmarse.

Quería romper cosas, destrozar algo hermoso. Era la única finalidad que tenía tal sentimiento.

Vestido con los vaqueros y con la camisa oscura, no le importó pasar calor.

A la altura de la playa del Carloti echó un vistazo a las sombrillas de la primera línea. Busc un rostro entre los grupitos de jóvenes que se reunían cerca de la red de vóleibol. No tuv fortuna. Siguió caminando y se dirigió a bloque de viviendas. Tocó un timbre, se presentó y l puerta se abrió. Avanzó unos metros y miró a la tercera planta.

—¡Ramón! —gritó a pleno pulmón—. ¡Ramón!

Los vecinos lo observaban desde los balcones.

—Miguel, ¿qué quieres? —preguntó a viva voz el otro chico.

—¡Baja!

—¡No puedo, voy a comer con mi familia!

—¡Es importante! ¡Vístete y baja!

Ramón pensó que tendría una buena explicación para presentarse de aquella guisa el día de entierro de su hermana.

Todos conocían a Miguel y también su desgracia. Era un muchacho conflictivo, chulo y excéntrico, pero leal a sus amistades más cercanas. Varios minutos después, Ramón apareció po la puerta del edificio.

—¿Estás bien, tío?

—Necesito tu ayuda.

—Claro, lo que sea —dijo y miró hacia el apartamento de su familia. Desde lo alto, su padres discutían por la actitud de su hijo—. Vamos fuera, antes de que bajen a por mí.

Los dos muchachos salieron de la propiedad y pasearon hacia la playa del Varadero. El air abrasador soplaba fuerte en sus rostros.

Ramón sacó un paquete de Lucky Strike y le ofreció un cigarrillo. Hicieron un alto en l avenida de Santiago Bernabéu y fumaron mirando a la playa.

—¿Cómo estás?
—Jodido.
—No sé ni para qué pregunto…
—Tienes que prometerme que confías en mí.
—Eso ni se menciona —dijo y lo agarró por el hombro—. Como un hermano.
La imagen de Laura seguía en su cabeza.
—Tu primo vive en La Portalada, ¿verdad?
Miguel guiñó un ojo.
—Sí, ¿por?
—Es vecino de la rata de Navarro.
—¿Por? —preguntó, dio una calada y recordó algo—. ¿Has recibido el mensaje?
—No, ¿qué pasa? —indagó con recelo.
—María Pastor me lo ha dicho antes en la playa… —explicó y sujetó el cigarrillo con los do
dedos—. Hace una fiesta esta noche en su casa, como si tuviéramos algo que celebrar…
Miguel entornó la mirada. Su cabello cobrizo brillaba bajo el sol.
—Llama a tu primo y pregúntale si Navarro está allí.
—¿Qué tramas?
—Quiero hablar con él.
—Ni hablar.
—Lo hago por mi hermana. ¿Te sirve o no?
Ramón negó con la cabeza.
Después rechistó.
Marcó el número y el primo confirmó que Andrés Navarro estaba en su casa. Lo había vist
al muchacho entrar a la propiedad, unas horas antes.
—¿Satisfecho?
—Ahora llama a Bernardo.
—Pero, Miguel, que es la hora de comer…
Miguel dio otra calada.
—¿Tú crees en eso de que hay otra vida después de esta?
—Bueno…
—Te lo pregunto en serio.
—¿Que si creo en Dios?
—Más o menos.
Ramón se frotó la nariz y meditó su respuesta.
—Pues algo habrá, ¿no? Yo qué sé…
—Puede ser… A ti siempre te gustó Laura, ¿verdad?
Ramón dio la última calada al cigarrillo y lo apagó en la arena. Tenía la boca reseca.
—Tío, era tu hermana.
—Lo sé, pero no me has respondido a la pregunta.
—¿A qué viene esto ahora?
—Avisa a Berni para que nos recoja en su coche —ordenó y suspiró mirando a la playa—
Créeme, Ramón, lo hago por ella, no por mí.

S

ɔ

.

62

Cuarenta minutos más tarde, Bernardo Sáez los recogió en el Land Rover de su padre, un todoterreno de color aceituna con una barra protectora delantera que parecía capaz de aguantar la embestida de un toro.

Berni, como le llamaban sus amigos, venía de la otra punta del pueblo, donde su familia poseía una gran mansión con piscina y pista de tenis que ocupaba una manzana entera. Era un muchacho con la cara redonda y la piel sensible, acomplejado por el sobrepeso y predispuesto a obedecer cuando se trataba de sus amigos. Para Miguel, su personalidad era fácil de manejar. Berni lo envidaba, ansiaba ser como él, relacionarse con las chicas que mostraban interés por el pequeño de los Coves. Sentía orgullo de formar parte de aquel grupo, aunque su círculo social los había juntadoo de bien pequeños. La familia de Bernardo se dedicaba a la venta de materiales de construcción desde los años cincuenta del siglo anterior, y el apellido Sáez tenía peso en la ciudad.

Miguel subió en la parte delantera del todoterreno y Ramón ocupó el asiento de detrás del conductor. El aire climatizado los espabiló del soporífero calor exterior.

—¿Y este coche? —preguntó Ramón, echando un vistazo a la tapicería—. ¿Cómo has engañado a tu padre?

—El A3 está en el taller. Le he dicho que volvía enseguida.

—Pues vas a tardar un poco en llegar —comentó Miguel.

El chico respondió extrañado.

—Pensaba que necesitabais una carrera.

Miguel le puso una mano en el hombro.

—Pero a Elche.

—Miguel…

—Es importante, Berni —insistió con seriedad y le dio una palmada—. Por mi hermana.

Bernardo tragó saliva. No iba a discutir con el líder.

—Sin problema.

—No esperaba menos de ti —dijo y se giró hacia atrás.

El vehículo se puso en marcha, tomó el primer desvío que llevaba a la parte trasera del pueblo y abandonó el municipio por la carretera nacional que iba a la ciudad vecina.

Ninguno habló durante el trayecto, a excepción de Berni que preguntaba en ocasiones por la temperatura interior. La tensión era palpable. Los tres sabían que la excursión no les traería nada divertido.

Miguel seguía obsesionado con su hermana.

Cuando entraron en la ciudad, el conductor preguntó:

—¿A dónde vamos ahora?

—Métete por ahí… Hacia La Portalada.

Berni obedeció y condujo calle abajo por el distrito residencial de chalés y casas privadas. La zona estaba desierta. Miguel le indicó que condujera despacio. Concentrados en cada vivienda se aproximaron a la residencia de Andrés Navarro.

—Párate tras el árbol —ordenó, observando cómo la puerta se abría—, y cierra la boca.

Vieron un Porsche Cayenne aparcado frente a la residencia de los Navarro. No reconocieron el vehículo. En silencio, aguardaron unos minutos.

Andrés Navarro salía acompañado de otro chico de su edad.

—Debe de ser del grupito de colegas —comentó Luis, sin quitar ojo a los otros dos—. Me suena de haberlo visto por la plaza blanca.

—No me extrañaría… —añadió Berni, mirándolos con inquina—. Tiene toda la pinta de ser un gilipollas, como Navarro.

—Un gilipollas con suerte —añadió Miguel, entre los dos asientos—. Con más suerte que otros… quiero decir.

Navarro subió al coche alemán y éste se alejó de la vivienda.

—Bernardo, síguelo —indicó Coves.

El Porsche se perdió por el final de calle. Bernardo arrancó y se puso en marcha, manteniendo la distancia para que no los vieran. A medida que avanzaban por la ciudad, sospecharon que se dirigirían al centro comercial.

Miguel se frotó las manos.

Lo hacía por su hermana.

Miguel seguía obsesionado con su hermana.

Cuando entraron en la ciudad, el conductor preguntó:

—¿A dónde vamos ahora?

—Métete por ahí… Hacia La Portalada.

Berni obedeció y condujo calle abajo por el distrito residencial de chalés y casas privadas. La zona estaba desierta. Miguel le indicó que condujera despacio. Concentrados en cada vivienda, se aproximaron a la residencia de Andrés Navarro.

—Párate tras el árbol —ordenó, observando cómo la puerta se abría—, y cierra la boca.

Vieron un Porsche Cayenne aparcado frente a la residencia de los Navarro. No reconocieron el vehículo. En silencio, aguardaron unos minutos.

Andrés Navarro salía acompañado de otro chico de su edad.

—Debe de ser del grupito de colegas —comentó Luis, sin quitar ojo a los otros dos—. Me suena de haberlo visto por la plaza blanca.

—No me extrañaría… —añadió Berni, mirándolos con inquina—. Tiene toda la pinta de ser un gilipollas, como Navarro.

—Un gilipollas con suerte —añadió Miguel, entre los dos asientos—. Con más suerte que otros… quiero decir.

Navarro subió al coche alemán y éste se alejó de la vivienda.

—Bernardo, síguelo —indicó Coves.

El Porsche se perdió por el final de calle. Bernardo arrancó y se puso en marcha, manteniendo la distancia para que no los vieran. A medida que avanzaban por la ciudad, sospecharon que se dirigirían al centro comercial.

Miguel se frotó las manos.

Lo hacía por su hermana.

63

Martes, 12 de agosto.

Comisaría de la Policía Nacional. Elche, Alicante.

Para el inspector Sempere, Elche no era una ciudad cualquiera. Había que sentirla. Elche era respirar su humedad cada mañana de verano. Elche era creer aun cuando no había fe. Elche era el olor a pólvora quemada suspendido en el ambiente tras una explosión.

Y Elche necesitaba un cambio de aires.

El interrogatorio con el detenido no había sido satisfactorio.

Sin los análisis, sin evidencias que lo culparan, le caerían menos años de los debidos, pensó.

Regresó a su despacho para redactar el informe que el comisario Javaloyes le había pedido. El comisario de Elche no quería perder detalle de los avances de la investigación, a pesar de que fuera Écija quien estuviera al mando. Nadie quería llegar tarde a la fiesta.

Suspiró agotado y miró al gotelé de las paredes.

Cuando entró, notó algo diferente. La ventana estaba abierta. Pensó que sería un descuido. Sus ojos fueron a la papelera y encontraron el envase de un sándwich de la máquina expendedora.

Aquello le extrañó todavía más.

Se acercó y lo analizó.

—¿Atún? Será *fill de puta*…

Alguien había estado en su despacho en su ausencia.

Y sólo conocía a una persona que comiera esos emparedados.

Estaba siendo un día largo. Reflexionó sobre las últimas horas sucedidas y pensó que necesitarían un milagro. Agulló no tenía la menor idea de la importancia del asunto. Peralta y él sólo deseaban encontrar al asesino. A diferencia de ellos, la vida de Sempere era aquel caso desde la última década. La pareja de delincuentes eran la entrada a la madriguera: el perfil, el modo de operar, el dinero y el testimonio. No era lo habitual en tipejos de su clase. Alguien debió contratarlos para cargarles el muerto.

«¿Y Bernabéu?», se cuestionó, rascándose el mentón con una mano y sosteniendo un bolígrafo con la otra.

Comprobó la hora. El segundero avanzaba y las setenta y dos horas se hacían más pequeñas. El asesinato de Laura Coves sería un escándalo. Primero a nivel provincial, después en ámbito nacional. Lo tenía todo para la televisión: verano, una chica joven, un crimen turbio y dinero de

por medio. ¿Cuánto tardarían los diarios en hablar de ello?, se cuestionó. Horas, puede que días para que los trapos sucios de los Coves aparecieran en los tabloides. La ciudad volvería a se noticia en las cadenas de televisión. El brazo político aprovecharía la promoción para mostrar su apoyo contra la injusticia. Manifestaciones, familias dolidas y un asesino culpable por la opinión pública, pero inocente gracias a la ley.

La Policía cargaría con el peso de la ineficacia y el comisario Javaloyes lo responsabilizaría a él.

Amargado, lanzó el bolígrafo contra el suelo.

No podía esperar otra década para destapar la trama corrupta de las familias que controlaban la ciudad. Para entonces, carecería de fuerzas y de ganas.

La enhorabuena que recibió por parte de sus compañeros, no le sirvió para apaciguar la ingobernable rabia que lo engullía por dentro.

Sentado, ahogado en sus pensamientos, notó cómo la puerta del despacho se abrió. No esperaba a nadie. Vio asomar la punta de un zapato oscuro y abrillantado. Levantó la vista del suelo y reconoció la presencia.

Dejó el bolígrafo, se puso en pie con torpeza e irguió la columna.

—¿Interrumpo, inspector?

—En absoluto, excelentísimo señor alcalde.

Diego Soler dibujó una mueca en su rostro y sus ojos se dirigieron al escritorio.

—Puede llamarme Diego, inspector —dijo y cerró la puerta—. ¿Le importa?

—No, en absoluto, don Diego.

—Mucho mejor… —contestó y se frotó las manos mientras estudiaba la disposición del despacho. Después dio una palmada al aire para distraer al policía—. Se preguntará qué hago aquí.

—Me ha leído el pensamiento.

—Venía a darle la enhorabuena —explicó y sin tomar asiento. El inspector lo invitó a que se acomodara, pero él negó con la cabeza—. Es una visita breve. No dispongo de mucho tiempo.

—Entiendo.

—¿Está satisfecho, inspector?

Los ojos de Sempere lo delataron.

—Supongo.

—¿Con su vida profesional también?

—No puedo quejarme.

Diego Soler agachó la cabeza y lo observó levantando los ojos por encima de las monturas.

—¿Sabe? Conozco esa mirada —dijo y echó a andar en círculos, pensativo—. Yo también he estado ahí y no es agradable.

—Están siendo unos días de mucho trabajo.

—Y las cosas no salen como usted planeó, ¿me equivoco?

—No va mal encaminado.

—Además, sé que Écija está presionando a esta comisaría… —dijo y se detuvo en seco. Luego se dirigió a él de frente—. Pero, desde el respeto, ¿qué sabrán en Alicante? Somos los de aquí quienes peleamos por hacer de esta ciudad un lugar mejor.

Sempere aguantó la palabra, expectante ante el discurso del político. Sabía de lo que hablaba. Aquella ciudad era suya. Aunque el CNP fuera independiente, el inspector sabía que, para algunas situaciones, la comisaría de Elche funcionaba ajena a las órdenes del comisario Écija.

—Es usted prudente —dijo y señaló al esquema que había en la pared—. Sé que no puedo decir mucho al respecto, pero quiero que sepa que estoy con usted. Yo también llevo años buscando la manera de acabar con esto.

El policía pestañeó dos veces, en silencio.

—¿Intenta decirme algo, don Diego?

—Sé que la muerte de esa chica es importante para usted, pero que también lo son sus familias.

—¿Y si le dijera que no es así?

El alcalde sonrió y se ocultó el gesto con la mano.

—Seamos claros, inspector… Es obvio que necesita algo más que astucia para encerrarlos—aclaró con voz paternal—. Juntos podemos limpiar esta ciudad de corrupción y de criminales.

El hombre dio media vuelta, dejando la contestación en el aire, y se dirigió hacia la puerta del despacho.

—¿Y qué ganaría yo con esto, señor alcalde?

Diego Soler rio por última vez.

Sempere había picado su cebo.

Giró el rostro sin llegar a mirar a la cara al policía.

—Reconocimiento. Lo que busca desde que entró en el Cuerpo.

—Es usted prudente —dijo y señaló al esquema que había en la pared—. Sé que no puede decir mucho al respecto, pero quiero que sepa que estoy con usted. Yo también llevo años buscando la manera de acabar con esto.

El policía pestañeó dos veces, en silencio.

—¿Intenta decirme algo, don Diego?

—Sé que la muerte de esa chica es importante para usted, pero que también lo son sus familias.

—¿Y si le dijera que no es así?

El alcalde sonrió y se ocultó el gesto con la mano.

—Seamos claros, inspector… Es obvio que necesita algo más que astucia para encerrarlos— aclaró con voz paternal—. Juntos podemos limpiar esta ciudad de corrupción y de criminales.

El hombre dio media vuelta, dejando la contestación en el aire, y se dirigió hacia la puerta del despacho.

—¿Y qué ganaría yo con esto, señor alcalde?

Diego Soler rio por última vez.

Sempere había picado su cebo.

Giró el rostro sin llegar a mirar a la cara al policía.

—Reconocimiento. Lo que busca desde que entró en el Cuerpo.

64

Martes, 12 de agosto.

Centro comercial L'Aljub. Elche, Alicante.

Los siguieron hasta el hipermercado que había en los grandes almacenes, cuando el amigo que acompañaba a Navarro los sorprendió.

Rápido, Miguel Coves ordenó al resto de la banda a que los siguiera al aparcamiento. Vio a los guardias de seguridad que vigilaban los comercios y las cajas registradoras. Había otros tantos por los pasillos del propio centro, sin contar con los que controlaban la entrada principal del hipermercado.

Una vez fuera, aguardaron en el interior del vehículo, junto a una de las bajadas subterráneas del aparcamiento.

—Cuando salgan, arrancas y los sorprendes por detrás —indicó a Berni, quien escuchaba atento y vigilaba las diferentes puertas—. Bajáis y entretenéis al amigo, ¿entendido?

—¿Y si no aparecen? Ese idiota te ha visto ahí dentro —le recordó el otro—. Lo más probable es que se acojonen…

—Pues esperamos —dijo y sacó la navaja que había cogido de su cuarto. Era una navaja de Albacete, un regalo de su abuelo por su décimo cumpleaños.

—¡Ostras! —comentó Berni, asustado—. No pensarás…

—Precauciones. Ya sabéis lo que dicen de los Navarro.

—Pero, tío…

—Es un chulo y un prepotente —comentó Ramón—. Las cosas como son… y algún día le callarán la boca.

«Pues ese día ha llegado», pensó Miguel para sus adentros.

—¡Chavales, ahí están! —señaló Berni hacia una de las salidas del centro comercial. Los tres se quedaron callados.

Andrés Navarro y su amigo cargaban con varias bolsas de la compra. Se acercaron al vehículo y el dueño abrió la puerta trasera.

—¡Ahora, dale! —exclamó Miguel.

Berni arrancó el motor, metió la marcha y se acercó directo al maletero del coche de la pareja. Ninguno de los dos pudo reaccionar a tiempo.

Berni frenó en seco.

Andrés Navarro tragó saliva cuando vio al hermano de Laura abalanzándose sobre él. Los otros dos empujaron al amigo, apartándolo unos metros para que no pudiera defender al objetivo.

Andrés y Miguel no cruzaron una sola palabra.

Con la navaja abierta, oculta tras el muslo, se acercó al torso de Navarro y le asestó tres puñaladas en el abdomen.

—¡Andrés! ¡No! —gritó el amigo. Berni lo agarró de los brazos y le propinó un puñetazo en la boca del estómago.

«¡Zap, zap, zap!».

La primera cuchillada se hundió con dureza, pero las siguientes entraron con suavidad. Todo sucedió a cámara rápida, en cuestión de segundos.

—Ahora estaremos en paz… —le susurró Miguel al oído, antes de despegarse de él y encontrar los ojos desnudos y sin alma de Andrés Navarro.

El cuerpo del muchacho se desplomó sobre el asfalto del aparcamiento.

Andrés tenía la mano manchada de sangre.

—¡Al coche, vamos, vamos! —gritó Ramón, advirtiéndoles de la llegada de los agentes de seguridad.

Se oyó un chillido provocado por la goma de las ruedas sobre la superficie y el vehículo abandonó el aparcamiento por una de las rampas.

Andrés agonizaba en el suelo y su amigo Luis lo socorría horrorizado.

—¡Llamad a una ambulancia, joder! —gritó con pavor—. ¡Andrés, aguanta, no te vayas!

El pequeño de los Navarro no respondió, pero aún respiraba.

Bajo aquellos ojos cerrados, su cuerpo se apagaba lentamente.

Andrés Navarro tragó saliva cuando vio al hermano de Laura abalanzándose sobre él. Los otros dos empujaron al amigo, apartándolo unos metros para que no pudiera defender al objetivo.

Andrés y Miguel no cruzaron una sola palabra.

Con la navaja abierta, oculta tras el muslo, se acercó al torso de Navarro y le asestó tres puñaladas en el abdomen.

—¡Andrés! ¡No! —gritó el amigo. Berni lo agarró de los brazos y le propinó un puñetazo en la boca del estómago.

«¡Zap, zap, zap!».

La primera cuchillada se hundió con dureza, pero las siguientes entraron con suavidad. Todo sucedió a cámara rápida, en cuestión de segundos.

—Ahora estaremos en paz… —le susurró Miguel al oído, antes de despegarse de él y encontrar los ojos desnudos y sin alma de Andrés Navarro.

El cuerpo del muchacho se desplomó sobre el asfalto del aparcamiento.

Andrés tenía la mano manchada de sangre.

—¡Al coche, vamos, vamos! —gritó Ramón, advirtiéndoles de la llegada de los agentes de seguridad.

Se oyó un chillido provocado por la goma de las ruedas sobre la superficie y el vehículo abandonó el aparcamiento por una de las rampas.

Andrés agonizaba en el suelo y su amigo Luis lo socorría horrorizado.

—¡Llamad a una ambulancia, joder! —gritó con pavor—. ¡Andrés, aguanta, no te vayas!

El pequeño de los Navarro no respondió, pero aún respiraba.

Bajo aquellos ojos cerrados, su cuerpo se apagaba lentamente.

65

Martes, 12 de agosto.

Comisaría Provincial de Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

El comisario Écija recibió con agrado el progreso del caso. Tras regresar de Elche, los convocó en su despacho para darles la enhorabuena. Écija se mostraba sorprendido. No esperaba demasiado de aquellos dos.

—¿Qué es eso de Fontcalent? —preguntó Agulló nada más iniciar la conversación—. ¿A qué viene tanta urgencia?

—Quién lo diría, ¿verdad? Cosa de jueces. La prensa presiona y dice que es mejor para que la opinión pública calme los ánimos… En fin, ¿qué diferencia hay? Pronto podremos poner fin a una historia, cuanto menos, rocambolesca… —comentó, hojeando el informe—. Por si fuera poco, el detenido ha manifestado que quiere cambiar su declaración.

Los inspectores se miraron.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—¿A santo de qué?

Peralta se limitó a callar con los brazos cruzados.

—Es lo que el abogado nos ha transmitido. Es probable que lo haya convencido para pedir una reducción de condena.

—Señor comisario, todavía disponemos de tiempo. No tenemos del todo claro que Eduardo Martín sea el principal asesino de la muerte de esa chica.

El hombre murmuró y revisó el informe.

—Yo creo que está todo en orden —dijo, leyendo para sí mismo el acta—. El detenido tiene antecedentes y su versión del secuestro y del asesinato concuerda con los resultados de la autopsia. Por desgracia, puede que no sepamos de quién fue la idea, si de Martín o de su compañero. El resultado de los análisis de las fibras encontradas en el cadáver nos dará la razón ¿O hay algo más que deba saber?

Ella tragó saliva y vaciló antes de hablar.

Peralta seguía mudo. Sabía por dónde iba la inspectora, pero prefirió guardar silencio.

—Encontramos una bolsa de dinero en el interior del coche robado.

—Poca cosa… —comentó y cerró la carpeta—. Si ha decidido confesar, inventará cualquier cosa y nos resultará imposible seguir el rastro de ese dinero… No se preocupe, Agulló. Usted ya ha hecho suficiente.

—¿Y qué hay de la mujer que iba con él?

El comisario sonrió.

—Inspectora… Estamos ante un violento homicida que ha matado a dos personas y disparad a tres, entre las que se encuentra un policía.

—Ya, pero…

—Eso también tendrá que explicárselo al juez —dijo, apartó la mirada y se dirigió a compañero—. Esa mujer tenía un pasado escabroso. Primero trabajó para una agencia holandes de modelos, después terminó como empleada en un burdel… No podemos conocer la relació que tenía con Martín sin las dos versiones.

—Él era su cliente.

—Peor me lo pone… —dijo y se dirigió al manchego—. Y usted, Peralta, ¿qué opinión tien al respecto?

El inspector frunció el ceño, sorprendido por cómo el comisario se había desentendido de la incómodas preguntas de la compañera.

—La inspectora tiene razón. Hay cabos sueltos, aunque parezca que hemos encontrado a culpable.

Écija se rascó el mentón.

—Ya veo cuál es su postura… pero esto es un juego de números y de evidencias, inspecto Como yo, usted sabrá que la mayoría de los casos de este tipo no tienen más profundidad.

—La presión pública tampoco ayuda a pensar con claridad.

Écija carraspeó y miró detrás de sus cabezas.

Cuando se giraron, vieron a Sempere, que había llegado a la comisaría.

—Ya… —respondió con una sonrisa falsa y se puso en pie para estrecharles la mano y despedirlos. Los dos inspectores se levantaron de las sillas—. Agulló, Peralta, les dejo que siga con su trabajo… Para serles sincero, tenía mis dudas sobre ustedes dos juntos, pero m equivoqué.

—¿Dudas? —cuestionó Peralta.

—Ya me entienden… —dijo y arqueó una ceja—. Cada uno con un bagaje distinto…

Un agente se acercó al despacho y avisó de que el detenido ya estaba en la sala d interrogatorios.

—En fin, me alegro de que se lleven bien. Expriman a ese tipo, sáquenle lo que puedan y avísenme cuando todo haya terminado… Informaré al comisario Balmes, estará contento de s regreso y de su buen hacer. En la capital le echarán de menos…

—Seguro que recibe la llamada dando brincos en la silla.

Eduardo Martín esperaba en el interior de la sala. Peralta le cedió la palabra a Agulló y fu directo a Sempere en cuanto lo vio tras el cristal. Antes de que ella lo detuviera, el inspector s disculpó con el ilicitano.

—Me he excedido —dijo y le estrechó la mano—. Estas cosas no deben suceder entre compañeros.

—Disculpas aceptadas —respondió sin énfasis, dio un bufido y miró a la inspectora— ¿Comenzamos?

Cuando Peralta se giró, levantó las cejas con indiferencia y caminó hacia la puerta.

—A por él, compañera.

La inspectora Agulló entró en la aséptica sala y encontró el rostro amarillento del detenido. Eduardo Martín se mostraba cansado. Su expresión había perdido fuerza y el estrés empezaba a hacer mella en su mirada. A su lado estaba el patán del abogado, expectante a las cuestiones aunque más relajado que en el primer encuentro. Ella sabía que no se lo pondría fácil para averiguar por qué había cambiado su testimonio. No era lo habitual. Dejó la carpeta sobre la mesa que los separaba y se sentó frente a él.

—¿Culpable? —preguntó, sin preámbulos.

Los ojos de la mujer se clavaron en los del sujeto.

Él no se molestó en apartarlos.

—Así es, inspectora. Me declaro culpable.

—No diga nada —comentó la defensa.

—Cierra el pico, idiota —contestó Martín y dio un respingo—. Yo la maté. Eso es lo que quiere oír, ¿verdad? Pues aquí lo tiene… ¿Cuándo me dejarán irme?

—Declarar falso testimonio también es un delito.

—Mi cliente ha dicho suficiente. ¿Cuándo lo dejarán marchar?

A Agulló le hubiese gustado responder lo mismo que el cliente, pero no tenía ese privilegio.

—En nuestro primer encuentro, usted ha dicho que Laura Coves parecía borracha cuando bajó del vehículo.

—No —contestó tajante—. Estaba muerta, no tenía pulso.

—¿Cómo subió al vehículo?

—No conteste a eso —intervino el abogado.

—Iba haciendo eses al caminar. No fue complicado —explicó, sin sentir un mínimo de pudor—. La sujetamos entre los dos y la empujamos a la parte trasera. Ni siquiera se resistió.

—¿No me oye?

—Que se calle de una vez…

Agulló procedió a mostrarle la fotografía familiar.

—¿Le habló Olga alguna vez de ese hombre? —preguntó, señalando al sacerdote. El detenido negó con la cabeza—. ¿Nunca lo ha visto?

Martín desvió la mirada hacia el techo y se mostró impaciente.

—Oiga, inspectora, estoy cansado y me quiero ir a mi celda —respondió, tranquilo—. Tienen mi confesión y estoy dispuesto a pagar por lo que he hecho. Ahora, déjenme en paz.

—¿Quién les pagó para que la secuestraran?

La pregunta llegó por sorpresa. El abogado miró a su cliente y Eduardo Martín comenzó a despertar.

—No sé de lo que me habla.

—No tiene por qué contestar.

—No la violaron y tampoco forcejearon con ella —dijo Agulló, sin quitarle ojo—. Su compañero era un tipo agresivo. Lo sé porque me disparó sin vacilar, además de que tenía mala

efama en el burdel por cómo abusaba de las chicas… pero ¿usted? Quítese la máscara… Es incapaz de matar una mosca… La señora Kasyanenko afirmó que nunca se acostó con ella.

—Usted no sabe nada… —dijo con dificultad. La mandíbula le rechinaba. Agulló había tocado una de sus fibras sensibles. El instinto le indicó que siguiera por ahí—. Así que cierre la boca. ¿Qué tengo que hacer para salir de aquí?

—Una joven tan hermosa como Laura, fuera de sí, en su coche… y le roban el reloj… N siquiera se aprovechan de la situación… ¿Tan importante era el acuerdo? Estoy convencida de aque su compañero habría actuado de otra manera, si no fuera así… Lo siento, pero no le creo… ¿Dígame una cosa, ¿lo mató por el dinero?

—¡Ya le he dicho que yo no lo maté!

—¡Será mejor que mantenga la boca cerrada, Eduardo! —recriminó la defensa.

—¡Estoy diciendo la verdad, joder!

—Inspectora, mi cliente no puede seguir hablando —dijo el abogado—. Está confesando bajo presión. Este procedimiento no es legal.

—¿Quién les pagó?

A Eduardo Martín le temblaba la rodilla. Agachó la mirada y la fijó en suelo.

—No voy a responder a más preguntas…

—¡Míreme a los ojos, cobarde! ¿Quién les encargó que la secuestraran?

—…

—Será mejor que lo dejemos aquí.

—¡Conteste!

—Abogado, no voy a declarar nada más…

—¡¿Quién les entregó el dinero?! —gritó y dio un golpe contra la mesa, pero Martín se había cerrado en sí mismo. Peralta entró para calmar a la inspectora, que ahora estaba exaltada—. ¿Es que no lo ve? ¡Está mintiendo!

Martín salió acompañado de dos agentes. El abogado se dirigió a la inspectora con un gesto amenazante.

—Quedará constancia de esto ante el juez —advirtió—. Mi cliente no merece ese trato.

—Piérdase, ¿quiere? —espetó Peralta y regresó a su compañera—. ¿Qué ha sido eso inspectora?

Simplemente, ella lo sabía, aunque no pudiera demostrarlo.

fama en el burdel por cómo abusaba de las chicas… pero ¿usted? Quítese la máscara… Es incapaz de matar una mosca… La señora Kasyanenko afirmó que nunca se acostó con ella.

—Usted no sabe nada… —dijo con dificultad. La mandíbula le rechinaba. Agulló había tocado una de sus fibras sensibles. El instinto le indicó que siguiera por ahí—. Así que cierre la boca. ¿Qué tengo que hacer para salir de aquí?

—Una joven tan hermosa como Laura, fuera de sí, en su coche… y le roban el reloj… Ni siquiera se aprovechan de la situación… ¿Tan importante era el acuerdo? Estoy convencida de que su compañero habría actuado de otra manera, si no fuera así… Lo siento, pero no le creo… Dígame una cosa, ¿lo mató por el dinero?

—¡Ya le he dicho que yo no lo maté!

—¡Será mejor que mantenga la boca cerrada, Eduardo! —recriminó la defensa.

—¡Estoy diciendo la verdad, joder!

—Inspectora, mi cliente no puede seguir hablando —dijo el abogado—. Está confesando bajo presión. Este procedimiento no es legal.

—¿Quién les pagó?

A Eduardo Martín le temblaba la rodilla. Agachó la mirada y la fijó en suelo.

—No voy a responder a más preguntas…

—¡Míreme a los ojos, cobarde! ¿Quién les encargó que la secuestraran?

—…

—Será mejor que lo dejemos aquí.

—¡Conteste!

—Abogado, no voy a declarar nada más…

—¡¿Quién les entregó el dinero?! —gritó y dio un golpe contra la mesa, pero Martín se había cerrado en sí mismo. Peralta entró para calmar a la inspectora, que ahora estaba exaltada—. ¿Es que no lo ve? ¡Está mintiendo!

Martín salió acompañado de dos agentes. El abogado se dirigió a la inspectora con un gesto amenazante.

—Quedará constancia de esto ante el juez —advirtió—. Mi cliente no merece ese trato.

—Piérdase, ¿quiere? —espetó Peralta y regresó a su compañera—. ¿Qué ha sido eso, inspectora?

Simplemente, ella lo sabía, aunque no pudiera demostrarlo.

66

Peralta abandonó la comisaría antes que sus compañeros. Pensó que Agulló necesitaría su espacio y su momento para explicarle a Écija lo ocurrido.

Aprovechó para guardar la colilla en una bolsita de plástico y dejarla en la recepción bajo aviso para los agentes de la Unidad Científica. Le recordó al agente de la entrada que era un asunto de máxima urgencia.

Salió a la calle, vio a Sempere caminar tras él y marcharse en su coche. Después entró en el bar que había al otro lado. Pidió un botellín de Estrella Levante y le sorprendió que el camarero no acompañara la cerveza ni con unas aceitunas.

Con tiempo en el bolsillo hasta que su compañera apareciera, aprovechó para llamar a la subinspectora García para saber cómo iban las cosas.

La subinspectora no atendió la llamada y Peralta se negó a insistir.

La clientela, a esas horas, en su mayoría eran agentes del turno de noche y trabajadores del barrio que habían terminado la jornada laboral. Por la televisión ponían los informativos nacionales. A pesar de que las portadas de los diarios ya eran agua pasada, agarró un periódico para entretenerse y pasó las páginas sin demasiado interés.

De nuevo, la cara del alcalde ilicitano, con sus bolsas en los ojos y esa papada arrugada como la de un pavo. La noticia era del día anterior y anunciaba el luto oficial de veinticuatro horas en la ciudad por la muerte de Laura Coves. Los vecinos habían organizado una manifestación que anulaba la mascletà del mediodía, pero que no renunciaba al espectáculo pirotécnico de la Nit de l'Albà, en la que se quemaban dos toneladas de pólvora en menos de una hora, y tampoco a la guerra de carretillas que se celebraba después.

«Nunca mejor dicho… No juegues con fuego, que te quemas».

Con la cerveza en la mano, pasó las páginas dejando atrás la actualidad local y le llamó la atención una noticia de carácter religioso.

La figura del obispo de Orihuela llenaba la media página.

Lo identificó por el pie de página y supuso que sería una personalidad importante en la provincia. Con la repentina muerte del párroco de la Basílica menor de Santa María, escasos días antes de las celebraciones litúrgicas más importantes de la ciudad, la diócesis de Orihuela debía encontrar un reemplazo en cuestión de horas que complaciera a la ciudad, a la facción política y a los feligreses.

No le extrañó que el capellán estuviera tan asustado.

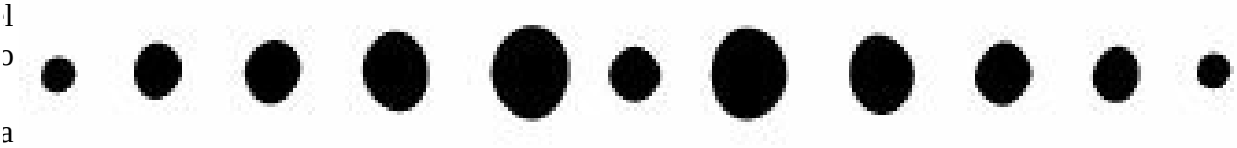
Curioso, siguió leyendo la entradilla, dando pequeños sorbos a la cerveza, intrigado por la historia del cura. El periodista de turno no había escrito mucho sobre él en aquellos párrafos. Se limitó a mencionar que había sido una buena persona y un luchador que consiguió la financiación de la *conselleria* para la reforma de la Basílica, varios años atrás. Un detalle que ya conocía Peralta. Ahora, la diócesis se enfrentaba al mismo problema.

Sin la fuerte personalidad ni la confianza que la clase política depositaba en el párroco don Severiano Robles, el futuro de la siguiente reforma estaba en peligro. Los más cercanos al párroco relacionaban el suicidio con una larga y profunda depresión que arrastraba desde hacía dos años.

El inspector cerró el diario, abonó la cuenta y abandonó el bar. No le abrumó la muerte de aquel hombre. No era el primero que saltaba por un puente.

La tragedia de aquel cura no era asunto suyo, se dijo. Habían encontrado al asesino de la chica y aquel era un motivo de celebración. Cuando salió a la calle, Agulló lo esperaba, mirando hacia ambos lados y con una melena oscura que resplandecía bajo el sol del atardecer.

Peralta la vio con otros ojos, con unos que eran libres de prejuicios… y le agradó lo que encontró.



La inspectora lo sorprendió llevándolo a uno de esos rincones de la ciudad poco conocidos por el turismo, que gozaba de la clientela habitual y recomendada por los alicantinos.

La Taberna del Pla era un mesón de gastronomía local, ambientado como la mayoría de los restaurantes españoles clásicos, con su barra alargada de madera, los jamones colgando, el marisco fresco tras la vitrina de cristal y colorido producto de la huerta sobre los estantes. El local estaba lleno a rebosar, pero lograron hacerse un hueco con dos taburetes en una esquina de la barra. Peralta se fijó en la gente, que le recordaba un poco a los caricaturescos perfiles que encontraba a veces por Chamberí. Se sentía extraño, pues su última cita con una mujer había sido un desastre, y se prometió no excederse con el alcohol para evitar mayores daños.

Agulló se mostraba meditabunda. Llevaba demasiado tiempo sin alegrías en su vida. Entendió que se acostumbraría a que las cosas no salieran como quería, a pesar de que fuese así como debían concluir.

Pidieron dos vinos. Él un ribera y ella un verdejo. El camarero los acompañó con unas almendras.

—¿Le gusta el sitio? —preguntó ella, expectante. Él la miró con cara de asombro.

—Me puede tutear…

—No quiero que se piense que esto es una cita.

—Las formalidades quedan en la comisaría.

—Será la costumbre…

—La mala costumbre.

Ambos rieron.

—He intentado optar por lo seguro —dijo ella, rompiendo el hielo—, pero desconozco s epreparan bocadillos de calamares…

—Está bien —dijo, complaciente, sin desviar los ojos de su rostro—. Has dado en el clavo.

Ella sonrió con timidez.

Después pidió una ración de zamburiñas y un poco de ensaladilla rusa para acompañar lo avinos.

Peralta levantó la copa y ldio un pequeño golpe en la de ella.

—¿Por qué brindamos? —preguntó intrigada.

Peralta sintió un *déjà vu*.

—Por tu primer caso —aclaró—. Siempre hay que celebrar las primeras veces y las pequeña victorias.

Brindaron y bebieron.

—Pero las primeras veces no siempre son agradables.

—Me preguntaba cuándo hablarías de tu intimidad…

—No seas cazurro… —dijo ella con picardía y bebió.

—Bromas aparte, la próxima vez saldrá mejor. Mi primer caso no fue tan extraño.

—Suena esperanzador… ¿Puedo preguntarte algo, Peralta?

—Sigue, ya lo estás haciendo.

—¿Qué se siente al ser el mejor de la comisaría?

Peralta cogió aire y llenó los pulmones. No esperaba hablar del tema. Agulló parecía vivir en la inopia. Dio un sorbo a la copa y vio cómo el plato de zamburiñas a la plancha aterrizaba en la barra.

—Sería una pena que se enfriaran… —dijo señalando a los moluscos y le cedió el turno para que ella cogiera uno—. No soy el mejor, ni de lejos.

—Écija no opina lo mismo.

—No se habrá enterado que Asuntos Internos me está investigando.

—¿Y por qué razón?

Peralta vaciló. Necesitaba desviar el tema. Podía contarle la verdad entera o hacerlo a medias.

—Le pegué a otro inspector.

Agulló abrió los ojos de par en par cuando sintió la quemazón del bivalvo en la lengua. Ante la negativa a escupir delante de él, agarró la copa y apaciguó el calor con el vino.

—Vaya, no sabía que te lo tomarías tan mal —comentó él.

—¡Quema! —respondió ella, finalmente, colorada como uno de los tomates que había sobre la barra—. ¡Uf! Lo siento…

—Fue culpa mía. Ahora estoy a punto de perder el puesto o de que me suspendan, qué caraj sé yo…

—¿Y por eso estás en Alicante? —preguntó y reculó, consciente de que podía excederse Peralta ya le había demostrado antes que no le gustaban los interrogatorios personales—. No hace falta que me lo cuentes, claro…

—Por hacer bulto, para qué te voy a engañar… Le estoy haciendo un favor a un amigo de Écija, a cambio de que convenza a los de Asuntos Internos de que no soy un hereje.

—¿Puedes ser sincero conmigo?

—Lo soy hasta que me hacen esa pregunta.

—¿Habrías indagado más si hubiese sido tu caso?

Él se quedó pensativo un buen rato, mirándola a los ojos y planteándose todas las pregunta

ique se había hecho hasta el momento. No podía ser sincero con ella por muchas razones. Agullo acababa de llegar a la sección y él estaba a punto de irse. El camino lo debía descubrir por s misma. Por otro lado, dar pie a una hipótesis solía terminar con una desgracia. No quería planta esa semilla porque no era necesaria. Ni ella tenía la experiencia para levantar el polvo de u sasunto tan turbio como el de esa ciudad, ni tampoco disponía del apoyo o de los recursos par abordar un caso de corrupción. Pensándolo bien, lo más sano era alejarse de los problemas.

Agulló chasqueó los dedos delante de su cara. Peralta se había abstraído varios segundos si decir nada.

—No lo sé, Marta, ya has visto que no depende de mí —dijo y ambos notaron que era l sprimera vez que pronunciaba en voz alta su nombre de pila. Algo tan insignificante para mucha personas, pero no para él—. No te puedo decir que sí, ni que no. Lo único que tengo claro es qu hemos cumplido con nuestra labor y ahora la familia de esa chica puede descansar tranquila.

—¿Tú crees?

Esperaba una respuesta que no iba a escuchar.

—La verdad es que no… pero, a estas alturas, ya no importa —respondió, alzó el mentó y l tocó el antebrazo con el índice—. ¿Qué hay de ti? Es hora de aparcar el trabajo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, desafiante.

A medida que el vino entraba en la sangre y pedían más copas, la tensión se distendió. L formalidad quedó atrás y la verborrea de los dos se disparó. Agulló se sinceró hablándole de s ıpasado, de lo estudiosa que era y de cómo había terminado en el Cuerpo.

a —De padre poli a hija poli —bromeó Peralta—. ¿No tuviste suficiente con las bromas en e colegio?

a También le habló de la mala o escasa relación que tenía con los compañeros en e departamento. Cada sorbo de verdejo le ayudaba a desempolvar los malos recuerdos.

Era la nueva, la más joven y la única que había llegado allí mediante una oposición. Y eso l estaba costando caro: desde las notas hasta las burlas en su presencia.

Agulló era consciente de su potencial, pero nadie estaba dispuesto a darle la oportunidad . Pensó que, con aquel caso cortaría más de una lengua.

—La gente puede ser muy estúpida —comentó él, recordándose a sí mismo en episodio eanteriores.

Peralta conocía el escenario, por eso intentó no juzgarla antes de hora. Había demostrado se una mujer valiente que no parecía vacilar en las situaciones críticas. En su lugar, otros policía ehabrían tirado la toalla antes de hora. Agulló le explicó lo duras que habían sido la oposición y las pruebas. Reconocía su falta de experiencia en el campo, pero había destacado en cada uno d olos exámenes físicos y tenía mejor forma que muchos de los veteranos. También estaba orgullos del talento intelectual con el que había nacido. Para ella, era un desperdicio que todo e .conocimiento que había adquirido se atascara haciendo guardias en una comisaría.

o —Así y todo, mi padre se murió antes.

—Tiene mérito, de verdad.

e —No sé si quiero oír lo que vas a decir.

—Creo que tienes parte de razón sobre el caso.

—Lo aceptaré como un cumplido.

—Siempre y cuando aprendas a disparar.

Ella reacción con un golpe en el brazo, un toque cercano y travieso. Peralta no hablaba e sserio, simplemente quería molestarla un poco.

La noche pasó en un suspiro, los vinos dieron lugar al postre y al orujo de hierbas. Los dos sintieron la nube etílica que los rodeaba, la misma que hace los chistes más graciosos, que provoca que los ojos tengan otro brillo y que hace que el tiempo se detenga y que a la vez pase más rápido. Pero ambos hacían un esfuerzo por mantener la compostura, antes de que el otro se diera cuenta de los cuerpos hablan por ellos.

Salieron del restaurante y notaron que el ambiente de la calle había cambiado. El clima era agradable y tranquilo. La brisa del mar acariciaba sus rostros con amabilidad y frescura, algo inesperado para el caluroso agosto que estaban sufriendo. Por otro lado, los inspectores se encontraban en esa hora en la que las calles aún estaban vacías porque los habitantes estaban todavía cenando. Y en Alicante, durante el verano, cuando se cenaba, el mundo se detenía por unas horas, hasta que las terrazas se llenaban de gente tomando combinados y la vida nocturna se reactivaba.

Peralta suspiró. No sabía qué era lo siguiente.

¿Seguía siendo una cita informal o había cambiado el carácter del encuentro?, se cuestionó echisporroteante.

La única verdad absoluta que guardaba era que volvería al hostal.

—¿Hacia dónde vas? —preguntó, como si conociera la ciudad.

Ella meditó su decisión unos segundos.

—Hacia Luceros… —dijo y observó su reacción—, pero como si te digo a la China, ¿verdad?

—Más o menos…

—Creo que pediré un taxi.

—¡Espera! —dijo, antes de alejarse hacia la avenida de Alfonso X El Sabio. De nuevo, se sintió bloqueado ante la presencia femenina.

«No seas patético, Peralta».

—¿Sí?

Avanzó unos pasos y se adelantó a ella. A lo lejos, a la derecha, vio el mercado de abastos. A la izquierda, la fuente y la gran glorieta que ella había mencionado. No estaba muy lejos de su habitación. Las distancias tenían otro significado en aquella ciudad.

—Te acompaño.

—No hace falta, de verdad.

Nervioso, le regaló una sonrisa.

—Créeme, no lo hago por ti, sino por mí —explicó, dándole a entender sus intenciones—. Me vendrá bien un paseo. No me gustaría despertar con un clavo en la cabeza.

Recorrieron el tramo intercambiando algunos comentarios banales, sin demasiada importancia.

—¿Cuándo te vas?

—No lo sé. Pronto, supongo…

Ella recibió la noticia con desagrado. Empezaba a gustarle su presencia. Era su primer compañero y el mejor que había tenido. Sin darse cuenta, Peralta le caía mejor que bien.

En cuanto a él, se mantenía callado, más de lo habitual. La cercanía de Agulló lo ponía muy tenso. El roce involuntario de sus cuerpos despertaba sus nervios. ¿En qué estás pensando tarado?, se preguntaba con cada paso. Desconocía a dónde se dirigían exactamente, pero calculó que el apartamento de Agulló no estaría muy lejos.

—Es aquí —dijo y señaló al portal de un bloque de viviendas.

La entrada era amplia, con una enorme puerta de hierro y un cristal que la cubría. Los

sescalones del interior se perdían en la oscuridad. Por los balcones, sospechó que la vivienda
edispondría de habitaciones amplias y de un gran salón. Nada que envidiar a su piso de Cuatro
eCaminos.

e Agulló se detuvo en seco, sin mirarlo de frente. Los dos pensaron que la situación era extraña pero ninguno quería ser el primero en despedirse. Demasiada tensión cuando existe la atracción aEn silencio, él lidiaba con sus problemas de expresión y ella con la falta de iniciativa por su oparte.

e «No lo pienses más, desgraciado».

ı Agulló se giró para hacer un último comentario.

r —Melchor… —dijo, pero no terminó la frase.

e Impulsivo, el inspector se acercó a ella, la agarró de la cintura y le dio un beso en los labios En un acto instintivo y de defensa, ella mostró un ligero rechazo, dando un paso atrás, pero la presión del policía la paralizó. La chispa prendió el fuego y fue Agulló quien abalanzó su cuerpo ,para besarlo con intensidad. Por unos segundos, la pasión resucitó en ellos una adolescencia tardía. Los corazones bombearon tan fuerte que casi los podían oír. La magia despertó sus instintos y los dos olvidaron por un momento el contexto que los unía. Después de unos segundos, ella abrió los ojos y él la siguió. Sus rostros se separaron, la luna se apagó y la esencia se esfumó como un haz de luz. Peralta retrocedió con torpeza.

? —Perdón… —dijo, sin palabras y avergonzado.

«¿Qué diablos haces, imbécil?».

—Escucha, yo…

e —Será mejor que me vaya —dijo y se dispuso a marcharse—. Gracias por la velada.

—¡Espera! —exclamó, aunque sin mucha fuerza. La sombra de Peralta desapareció tras la esquina—. ¡Melchor! ¡Mierda! Hombres…

Arrepentida, sacó las llaves del bolsillo de los vaqueros, abrió la puerta del portal y regresó a Asu apartamento.

ı

e

a

r

y

,

ó

s

escalones del interior se perdían en la oscuridad. Por los balcones, sospechó que la vivienda dispondría de habitaciones amplias y de un gran salón. Nada que envidiar a su piso de Cuatro Caminos.

Agulló se detuvo en seco, sin mirarlo de frente. Los dos pensaron que la situación era extraña, pero ninguno quería ser el primero en despedirse. Demasiada tensión cuando existe la atracción. En silencio, él lidiaba con sus problemas de expresión y ella con la falta de iniciativa por su parte.

«No lo pienses más, desgraciado».

Agulló se giró para hacer un último comentario.

—Melchor… —dijo, pero no terminó la frase.

Impulsivo, el inspector se acercó a ella, la agarró de la cintura y le dio un beso en los labios. En un acto instintivo y de defensa, ella mostró un ligero rechazo, dando un paso atrás, pero la presión del policía la paralizó. La chispa prendió el fuego y fue Agulló quien abalanzó su cuerpo para besarlo con intensidad. Por unos segundos, la pasión resucitó en ellos una adolescencia tardía. Los corazones bombearon tan fuerte que casi los podían oír. La magia despertó sus instintos y los dos olvidaron por un momento el contexto que los unía. Después de unos segundos, ella abrió los ojos y él la siguió. Sus rostros se separaron, la luna se apagó y la esencia se esfumó como un haz de luz. Peralta retrocedió con torpeza.

—Perdón… —dijo, sin palabras y avergonzado.

«¿Qué diablos haces, imbécil?».

—Escucha, yo…

—Será mejor que me vaya —dijo y se dispuso a marcharse—. Gracias por la velada.

—¡Espera! —exclamó, aunque sin mucha fuerza. La sombra de Peralta desapareció tras la esquina—. ¡Melchor! ¡Mierda! Hombres…

Arrepentida, sacó las llaves del bolsillo de los vaqueros, abrió la puerta del portal y regresó a su apartamento.

67

Miércoles, 13 de agosto.

Centro Penitenciario de Fontcalent. Alicante.

A primera hora de la mañana, dos funcionarios de prisiones encontraban el cadáver de Eduardo Martín en el interior de su celda del módulo cuatro de la cárcel de Fontcalent. Se había colgado de la litera.

Los médicos intentaron reanimarlo, pero sólo pudieron confirmar su muerte. Martín se había ahorcado con una tira de toalla, durante su primera noche en presión. Los funcionarios que hacían la ronda aseguraron no haber notado nada extraño. Nadie sabía cómo había conseguido Martín la pieza de tela.

Con Eduardo desaparecía otra vida, dejando un puñado de incógnitas en el aire.

Un hombre de cabello gris observaba cómo el personal médico se llevaba el cuerpo sin vida de Martín. En cuestión de minutos, el ruido se transformó de nuevo en un silencio. El eco de las pisadas era perturbador.

El hombre de cabello gris aspiró, viendo el desastre en el interior de la celda y ordenó a uno de los funcionarios que la desinfectaran.

Abandonó el módulo y salió al vestíbulo principal para respirar el aire libre del exterior y no ese viciado por el olor a defunción y pena que se respiraba entre las paredes del centro. A lo lejos quedaba la carretera y la garita de seguridad. Uno de los funcionarios se dirigió a él.

—¿Te has enterado ya de la noticia, Roche? —preguntó el compañero con mala cara— Desconozco a qué jefe de centro le correspondía.

—A mí, vengo de allí.

—Vaya, lo siento.

—Era un recién llegado. No ha durado ni la primera noche.

—El subdirector está que trina…

—Se le pasará. La vida es más fácil desde un despacho como el suyo —comentó, rieron y suspiró—. Voy a fumar, necesito un respiro.

—Te veo luego.

Se despidieron y el hombre de cabello gris abandonó el edificio. Buscó una sombra bajo el ladrillo y dio la primera calada.

El humo lo relajó. Se dijo que lo dejaría algún día, pero antes debía renunciar a aquel trabajo. Allí dentro, el tabaco era su excusa para oler la libertad.

Pronto, pronto llegaría, pensó.
Aquel favor le ayudaría a prosperar.
Después sacó el teléfono móvil y escribió un mensaje de texto.
«Todo en orden».
Esa misma mañana, la noticia llegó a las redacciones de los periódicos.

Pronto, pronto llegaría, pensó.
Aquel favor le ayudaría a prosperar.
Después sacó el teléfono móvil y escribió un mensaje de texto.
«Todo en orden».
Esa misma mañana, la noticia llegó a las redacciones de los periódicos.

68

Miércoles, 13 de agosto.

Comisaría Provincial de Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

«Eres un paquete, Peralta».

La voz de la conciencia hablaba por él esa mañana. Una voz sórdida y molesta que le recordaba las consecuencias de beber más orujo de la cuenta.

Ni una larga ducha lograba sacarlo de aquel pozo de amargura.

Sintió el calor húmedo y pegajoso adherido a su piel como una ventosa y recordó lo mucho que detestaba esa sensación. Le sirvieron el café doble y agarró el diario plegado que había en la barra.

«Mañana será el gran día de la pólvora», dictaba el titular mencionando el evento de esa noche. El diario era de la jornada anterior.

—¿No tenéis el de hoy?

La camarera lo miró de reojo.

—Hay un quiosco de prensa a dos manzanas.

—Y otro bar, también… —respondió con tirria.

Lo mejor que podía hacer, pensó, era centrarse en el caso y no darle más vueltas a la noche anterior. El bochorno del cierre de la velada aún pesaba sobre sus hombros. Por suerte, si todo iba bien, sería su último día. Podía visualizar la jornada: un informe burocrático, una reunión con el comisario Écija para firmar las actas y un torpe adiós de despedida. Con eso, cumpliría su condena en la capital.

Comprobó la hora en el reloj de la pared y decidió ponerse en movimiento. Sacó unas monedas del bolsillo para abonar la consumición, pero una moneda cayó al suelo. Cuando se agachó, reconoció las punteras de las botas y alzó la vista.

—Hola —dijo la inspectora Agulló con mejor aspecto que él.

El alcohol no le había causado tantos estragos.

—¿Madrugando? —preguntó él, sin pensarlo mucho.

—Es miércoles. No libro hasta el próximo lunes.

—En realidad, no libramos nunca.

Ella sonrió.

—¿Cómo te encuentras?

—Peor que tú, la verdad —dijo y la miró antes de pagar—. ¿Quieres algo?

—No, estoy bien. Escucha, Melchor…

—Sí, lo de ayer…

—Calla y déjame hablar —sentenció ella, quitándole la palabra—. Tan sólo quería darte las gracias.

—Gracias… ¿por qué?

—Eso es lo de menos —dijo y sonrió estirando los labios. Ella se guardaba demasiadas cosas en su interior, pero no era la ocasión de hacer un drama. Lo breve sabía mejor—. Supongo que hoy será tu despedida.

—Vamos a ver qué dice el jefe.

Ella se rio y él se despidió con la mano. Después le dio la espalda y caminó hacia el vagón que le correspondía.

De pronto, el repartidor entró en el bar y dejó la prensa. Los ojos de Peralta se lanzaron al diario y sus manos se hicieron con el periódico.

—¿A qué viene tanto interés? —preguntó ella.

—Ayer jugó el *Atleti* contra el Liverpool…

Pero una noticia interrumpió su lectura.

—No, esto tiene que ser un error… —dijo ella, observando el titular que cubría la página.

Las pulsaciones se le dispararon. Un sudor caliente y repentino emanó de su piel.

Peralta sujetó los extremos del ejemplar y leyeron detenidamente la noticia principal.

«El presunto asesino de Laura Coves se suicida durante su primera noche en Fontcalent»

—No, estoy bien. Escucha, Melchor…

—Sí, lo de ayer…

—Calla y déjame hablar —sentenció ella, quitándole la palabra—. Tan sólo quería darte las gracias.

—Gracias… ¿por qué?

—Eso es lo de menos —dijo y sonrió estirando los labios. Ella se guardaba demasiadas cosas en su interior, pero no era la ocasión de hacer un drama. Lo breve sabía mejor—. Supongo que hoy será tu despedida.

—Vamos a ver qué dice el jefe.

Ella se rio y él se despidió con la mano. Después le dio la espalda y caminó hacia el vagón que le correspondía.

De pronto, el repartidor entró en el bar y dejó la prensa. Los ojos de Peralta se lanzaron al diario y sus manos se hicieron con el periódico.

—¿A qué viene tanto interés? —preguntó ella.

—Ayer jugó el *Atleti* contra el Liverpool…

Pero una noticia interrumpió su lectura.

—No, esto tiene que ser un error… —dijo ella, observando el titular que cubría la página.

Las pulsaciones se le dispararon. Un sudor caliente y repentino emanó de su piel.

Peralta sujetó los extremos del ejemplar y leyeron detenidamente la noticia principal.

«El presunto asesino de Laura Coves se suicida durante su primera noche en Fontcalent»

69

La noche del martes, el inspector Sempere confirmó lo que Diego Soler ya sabía: estaba dispuesto a formar la alianza que le había ofrecido horas antes en su despacho.

No tardó en tomar la decisión.

Era una jugada peligrosa, pero también una oportunidad única para librarse de los tentáculos de corrupción que manejaban la ciudad. Más arriesgado era mirar hacia otro lado mientras que Coves y Navarro seguían haciendo de las suyas. Alguien debía pararlos.

El encuentro fue en un lugar discreto. Nadie los vería juntos. Diego Soler lo esperó tras la cena, sin compañía y en el salón reservado del Granaíno, un mesón andaluz de cocina tradicional. Sempere conocía bien el lugar. Esa noche quería dar una buena imagen sin uniforme: camisa blanca, pantalones chinos oscuros y mocasines de color burdeos.

Cuando llegó al restaurante, se acercó a uno de los empleados. Al verlo dubitativo, le preguntó si se había citado con alguien. El restaurante tenía dos puertas: la que daba a la barra y por la que se entraba al salón y llevaba a la planta inferior. Sempere asintió y el empleado le indicó el camino. Bajaron las escaleras, llegaron a la bodega y le pidió que esperara unos segundos.

El desconocido entró en el salón privado y entonces reconoció el susurro del político.

—Está bien. Puede pasar —dijo y se quedó a la espera de que reaccionara.

Sempere entendió que don Diego Soler tomara sus precauciones. Dedujo que no sería su primera vez allí y que contaría con la confianza necesaria para aquella clase de encuentros.

Vio al alcalde sentado a la mesa redonda, acompañado de una taza de café ya vacía, una botella de agua con gas, otra de Cardhu, un whisky con hielo y dos vasos vacíos para el inspector. Entre la vajilla había una carpeta de color verde protegida por una funda de plástico con forma de sobre. Los ojos del policía se fijaron en ella.

—Por favor, siéntese —dijo, indicándole la silla que había frente a él—. La bodega está cerrada para nosotros.

—¿Y ellos?

—El personal no bajará hasta que yo se lo indique. Nadie sabrá que hemos estado juntos.

—Comprendo.

—Inspector… —dijo y lo miró sin pestañear—, tiene mi palabra.

—Bien.

—¿Bebe?

—Sí, claro —contestó. El alcalde lo invitó a que se sirviera. Sempere roció un poco de whisky en el vaso y dejó la botella a un lado—. Gracias. Vayamos al grano, si no le importa.

Sempere fingía distancia, aunque se sentía expectante. Por el contrario, Diego Soler se comportaba como si estuviera acostumbrado a esa clase de encuentros. Su superioridad era notable.

—¿Quieres saber qué es? —comentó, señalando la documentación—. Imagino que tiene curiosidad por su contenido.

—Estoy intrigado desde que he cruzado la puerta.

—Descuide, no le haré esperar más —dijo el político con una sonrisa pícara y abrió la funda para mostrar el contenido. Después la empujó hacia el policía—. Ahí tiene el informe forense de Laura Coves. Todo lo que la Unidad Científica ha conseguido extraer de la escena del crimen y del vehículo carbonizado.

Sempere alargó el mentón, fascinado, y ojeó las páginas.

—Pero… Esto todavía no ha llegado a la comisaría —comentó. Soler sonrió—. Tiene amigos en todas partes, por lo que veo…

—Me gusta estar al corriente de lo que sucede en la ciudad —dijo y dio un sorbo al escocés. El inspector cerró la carpeta y la puso a un lado—. No tan rápido, no ha leído las últimas dos páginas.

Sempere recapacitó por pura complacencia.

—Me guste o no, Eduardo Martín ha confesado esta tarde la autoría y el juez lo va a procesar… —dijo, insatisfecho hasta que leyó el acta que le había indicado don Diego. Su semblante cambió—. ¿Qué es esto?

—Beba, beba… por favor —insistió y el policía dio un sorbo a la copa—. Es un borrador… Sé lo que piensa, pero igual que usted, yo tampoco me creo que ese hombre sea quien está detrás del asesinato. Por eso, cuando se puede, en ocasiones hay que dar un paso atrás.

—Entiendo que es un borrador de la orden judicial.

—Es decisión suya que deje de serlo.

—Pero esto daría un giro a la investigación… —comentó y leyó los resultados. Los análisis identificaron el ADN de Andrés Navarro en el cadáver de Laura Coves. La prueba determinante había sido una colilla de cigarrillo—. Estaríamos acusando al chico de algo que no hizo. Le recuerdo que tiene una coartada.

—Visto así, sí, aunque yo lo veo de otra forma —explicó—. Lo ponen bajo sospecha y consideran otras vías… ¿Por qué se niega a declarar? ¿Dice esa joven la verdad? ¿Es cierto que estuvo con ella durante las horas que Laura desapareció y murió? Sin ofender, inspector, existen muchos agujeros en su investigación.

Sempere se inquietó. El alcalde le proponía participar en aquello que había criticado durante tantos años.

—¿Y qué pasaría con Martín? ¿Quedaría absuelto? Sería un disparate dejar que pisara de nuevo la calle.

—No —contestó, rotundo—. Martín tendrá su juicio.

—No sé, don Diego…

—Relájese, inspector, lo está estudiando desde el prisma equivocado. Yo le estoy echando una mano para que usted y yo podamos maniobrar juntos.

—Se supone que… —rechistó.

—Se supone que esa orden es para que usted aporte pruebas y abra una nueva investigación

eindependiente, sin esos dos patanes —interrumpió, explayando su discurso—. Javaloyes l pondría a cargo del caso. Tiene hombres, una brigada a su servicio y cuenta con mi apoyo. N enecesita más para detener y echar de la ciudad a esas familias.

a La propuesta le resultó interesante. Visto así, sonaba convincente.

Tal vez fuera el escocés entrando en su cuerpo o la propia dialéctica del político, per eSempere había caído en el hechizo.

La presencia del alcalde le transmitía una seguridad inmensa. Si él era quien dictaba, ¿quié iba a detenerlo después de tantos años? Mantenerse al margen de él, no servía de nada. Aque ahombre le había mostrado el alcance de su influencia.

e —¿Por qué no lo ha hecho antes? No es su primer mandato.

y El alcalde se sirvió un poco de agua con gas y bebió.

—Le seré franco. Hasta ahora, no había encontrado una grieta por la que meterme.

—¿Y esa grieta es?

s —Navarro perdió a su hermano mayor en un accidente laboral. Éste trabajaba para Manue Coves en su fábrica. Le pudo buscar la ruina, pero supo escaquearse.

. —¿Nadie lo investigó? Abogados, policía, sindicatos…

s —Seis meses de paga y adiós. Eran otros tiempos y el Navarro de entonces no tenía nada qu ver con el hombre que conocemos hoy —explicó, observando el licor de su vaso—. Lo marcó d por vida. Nunca se supo qué ocurrió en aquella fábrica.

a —Trágica historia.

ı —Suficiente para mantener la llama encendida… Sé que se preguntará cómo es posible…

—¿Que hoy en día hagan negocios?

. —Navarro necesita a Coves porque representa a más de la mitad de los empresarios de l sciudad —aclaró—. Con la UTE, puede que no recupere a su hermano, pero tendrá lo que siempr ha querido.

—¿Y es?

—El poder absoluto —respondió y dio una palmada en la mesa—. Una vez construido e scentro comercial, las grandes firmas se irán a él. Tendrá a los comerciantes de su lado, a lo eproveedores, a los arrendadores y a todo el que entre y salga de la ciudad… Aunque supongo qu eesto ya lo sabía usted.

Sempere dio un trago para disimular el asombro.

y Dejó el vaso sobre la superficie y observó al alcalde como el paladín que se ofrece ante s erey.

ı —¿Qué propone? Le escucho.

Diego Soler llenó los pulmones.

e —Mañana los diarios hablarán de ese chico, de usted y de sus dos compañeros. En cuant Coves lo sepa, montará en cólera —dijo e hizo una pausa—. Una cosa es presagiarlo y otra qu esea público. En este caso, no podrá quedarse de brazos cruzados.

—¿Y sobre los dos inspectores?

Soler sonrió.

—No se preocupe por eso.

o A pesar de la confianza del político, el policía no se mostraba seguro.

—Regreso a lo mismo de antes… Los análisis no demuestran su culpa.

—¿Es que no lo entiende, Sempere? —preguntó, cuestionando su inteligencia—. Mi últim ıfin es juzgar a ese chico. Lo que ha ocurrido es una desgracia, pero no podemos perder la ocasió

oque tenemos para romper la UTE y debilitarlos.

o —Está bien, comprendo lo que dice, pero le recuerdo que esa opinión pública de la que habla exigirá un culpable…

El alcalde hizo un largo silencio.

o —Lo tendrán… Por si fuera poco, esta tarde han reportado un asalto en el aparcamiento de l'Aljub. La víctima ha recibido tres puñaladas en el abdomen y se encuentra en Urgencias, en nestado grave.

l —No estoy informado al respecto.

—Hablo de Andrés Navarro. Deben de estar todos con los nervios a flor de piel…

El inspector entornó los ojos.

—¿Algún detenido?

—Están en ello.

El silencio calmó el éxtasis de la conversación durante unos segundos. No había vuelta atrás lpara Sempere.

—Antes de que se vaya, hay algo que necesito de usted.

—Vaya, me preguntaba cuándo diría esto…

e —Es sobre el inspector Romualdo Bernabéu.

e —Sí, claro. Se enfrentó a Martín.

—Es peligroso, es el soplón de los Coves.

Sempere ató sus propios cabos.

Formaba parte de la trama.

Durante todos aquellos años, las familias siempre iban con ventaja sobre él. Nunca pensó que aotro policía cayera en sus sobornos, pero si no era él, alguien debía de serlo.

e Brindaron con whisky y sin palabras, terminaron el trago y el policía se levantó de la silla para despedir al político con un apretón de manos.

El alcalde hizo una llamada breve y colgó.

l —Buenas noches, don Diego —dijo Sempere, sujetando la carpeta con las dos manos.

s —*Bona nit*, inspector —respondió y lo detuvo antes de marcharse—. Cuando salga por esa epuerta, recuerde que esto lo hacemos por nuestro pueblo, pero también por nosotros.

ı

o

e

o

ı

que tenemos para romper la UTE y debilitarlos.

—Está bien, comprendo lo que dice, pero le recuerdo que esa opinión pública de la que habla exigirá un culpable…

El alcalde hizo un largo silencio.

—Lo tendrán… Por si fuera poco, esta tarde han reportado un asalto en el aparcamiento de l'Aljub. La víctima ha recibido tres puñaladas en el abdomen y se encuentra en Urgencias, en estado grave.

—No estoy informado al respecto.

—Hablo de Andrés Navarro. Deben de estar todos con los nervios a flor de piel…

El inspector entornó los ojos.

—¿Algún detenido?

—Están en ello.

El silencio calmó el éxtasis de la conversación durante unos segundos. No había vuelta atrás para Sempere.

—Antes de que se vaya, hay algo que necesito de usted.

—Vaya, me preguntaba cuándo diría esto…

—Es sobre el inspector Romualdo Bernabéu.

—Sí, claro. Se enfrentó a Martín.

—Es peligroso, es el soplón de los Coves.

Sempere ató sus propios cabos.

Formaba parte de la trama.

Durante todos aquellos años, las familias siempre iban con ventaja sobre él. Nunca pensó que otro policía cayera en sus sobornos, pero si no era él, alguien debía de serlo.

Brindaron con whisky y sin palabras, terminaron el trago y el policía se levantó de la silla para despedir al político con un apretón de manos.

El alcalde hizo una llamada breve y colgó.

—Buenas noches, don Diego —dijo Sempere, sujetando la carpeta con las dos manos.

—*Bona nit*, inspector —respondió y lo detuvo antes de marcharse—. Cuando salga por esa puerta, recuerde que esto lo hacemos por nuestro pueblo, pero también por nosotros.

70

Miércoles, 13 de agosto.

Comisaría Provincial Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

Agarró el periódico, corrió hacia los escalones y subió directa al despacho del comisario Écija. Peralta seguía sus pasos.

Sin llamar a la puerta, abrió con brusquedad y sorprendió al superior hablando por teléfono.

—Le telefoneo en unos minutos… —dijo y colgó al verla—. ¿Ha llamado? Porque no la he oído.

—¿Qué es esto? —preguntó, mostrándole la portada del diario—. ¿Una broma?

Écija frunció el ceño, apurado, y tres líneas arrugadas se formaron en su amplia frente. Con una mano se daba toques en el oído y con la otra le ofreció a la inspectora el asiento.

—No es una broma, no, por favor… —dijo y ella accedió a sentarse. Agulló seguía incrédula. No lograba comprender nada. Peralta entró después y cerró la puerta del despacho—. El subdirector de prisiones me ha confirmado lo ocurrido. La noticia es cierta.

—Pero… ¿un suicidio en la primera noche? ¿Cómo lo han permitido?

—Se ahogó con una toalla.

—Que alguien le dio.

—No es la peor de las noticias, inspectores.

—Sólo faltaría que Martín cambiara la confesión *post mortem.*

—Eso no tiene gracia.

—El caso ha tomado un giro de dirección —respondió el comisario, buscando las palabras adecuadas para no enfrentarlos—. Han aportado pruebas que cuestionan la culpabilidad de Eduardo Martín.

—¿Han aportado?

El corazón se le detuvo. Tenía la piel helada y notaba el sudor frío en las axilas.

—Le recuerdo que ayer estábamos aquí, en su despacho, y ese hombre se confesó culpable —contestó, apuntando de nuevo al diario—. Le dije que mentía y me respondió que no me preocupara.

—Inspectora… Esto no depende únicamente de mí. Le recuerdo que soy el comisario provincial, pero tengo que rendirle cuentas a Valencia. En estos momentos, ninguno de ustedes me lo está poniendo fácil.

Peralta carraspeó para que callara, pero ella prosiguió. Estaba perdiendo la paciencia y su tono de voz se volvía más hostil con cada palabra.

—Eduardo Martín fue detenido y trasladado a Fontcalent, cuando debió dormir en los calabozos. Se declaró inocente en un primer interrogatorio y, más tarde, confesó la autoría de los hechos sin dar un argumento sólido. Usted mismo leyó la declaración. Los tres comentamos las incongruencias de esta investigación.

—Comprendo su enfado, pero le advierto que no tolero que ningún subordinado me hable en ese tono —señaló con seriedad. Ella tomó aire y echó la cabeza hacia atrás—. Es cierto que iba a ser juzgado por lo que se le acusaba… pero quizá se apresuraron sin los análisis en la mano.

—Fue usted quien nos presionó —reprochó la inspectora.

—Le ofrecí ayuda. Es diferente.

—¿Ayuda? —preguntó, soberbia—. Esto es increíble.

—¿Perdone?

—¿Qué noticias tiene de los análisis? —preguntó Peralta, interviniendo antes de que sucediera una catástrofe.

—Ahí los tienen —dijo y les entregó una carpeta—. Han llegado esta mañana y los resultados son esclarecedores.

Peralta echó un vistazo al informe y después se lo entregó a su compañera.

Écija tenía razón, pero era algo que el inspector ya sabía.

El equipo de la Unidad Científica había encontrado muestras de tejidos bajo las uñas. El desgarro de piel pertenecía a Eduardo Martín y a Antonio Montes, los secuestradores de la chica. Lo que no esperaba el inspector era que también encontraran semen y saliva en el cuerpo de la víctima. El ADN de los fluidos encajaba con el que Peralta había obtenido de la colilla en el cementerio. Por último, la autopsia había encontrado restos de alcohol y benzodiazepina en la sangre.

Andrés Navarro les había mentido.

—Fui yo quien recogió las pruebas que relacionan a Navarro con la chica.

Écija cuestionó sus palabras.

—El comisario Javaloyes tiene otra opinión al respecto. ¿Qué quiere que le diga?

—Será hijo de perra…

—Escuche, si tienen problemas personales, soluciónenlos fuera de aquí.

—Déjeme hablar con el comisario, se lo pido —rogó Agulló—. Seguro que ha sido todo un malentendido.

—No, inspectora. Me temo que no podrá ser…

—¿Quién está al mando?

—Sabe de sobra quién está al mando… El caso se ha vuelto mediático y necesitamos coordinación. Entre todos, hemos alcanzado un acuerdo para que la brigada de Elche se haga cargo del caso y de sus gentes… —contestó, avergonzado, pero sin renunciar a su poder—. No hay discusión que valga. A veces hay que tomar decisiones drásticas por el bien común.

—¿Qué pasará con nosotros?

—Su tarea ha concluido —dijo y se dirigió al inspector—. En cuanto a usted, redacte el informe pertinente y podrá regresar a Madrid en cuanto lo desee. Balmes ya está al corriente de su traslado.

—Al menos díganos quién está a cargo —pidió ella.

—Sempere.

—Qué sorpresa…

Écija se removió en su asiento.

—Le guste o no, el inspector Sempere se hará cargo del caso y el comisario Javaloyes smediará conmigo. Esta situación no podía seguir creando discrepancias entre las dos comisarías s¿queda claro de una vez?

La inspectora enmudeció, paralizada en la silla y con la mirada fija en la expresión de lástima nde aquel hombre. Por dentro, su cuerpo era un cóctel de fuegos artificiales, de pólvora, rabia y abilis incandescente. Se preguntó si aquella era una de esas leyes universales en las que la vida te pone la zancadilla después de hacer el bien, para aprender algún tipo de lección. Pero algo le dijo desde las entrañas que no era así. En ese despacho no encontraría la solución al problema, ni tampoco lograría que la reincorporaran a la investigación. Ahora Sempere estaba al mando y Peralta estaba a punto de viajar en un tren de vuelta con el fin de saldar sus cuentas con Asuntos Internos.

De nuevo, sola.

—¿Agulló? ¿Sigue ahí?

Las noticias eran malas. Sentía cómo estaba tocando fondo.

Con la reapertura del caso, sus compañeros tendrían motivos suficientes para cebarse moralmente con ella. Podía atisbar el futuro oscuro que tenía por delante, un futuro que sólo cambiaría con un traslado, con una baja temporal, con una excedencia o con una renuncia.

El rostro de Laura Coves, el día que la vio por primera vez, apareció en su mente como un .destello, como una impronta de la retina. Después fue Olga, con los ojos manchados de sangre apor los cortes que le provocó el accidente de tráfico.

La inspectora se puso en pie y abandonó el despacho sin cruzar una palabra con el superior.

—¿Inspectora? ¿A dónde va? ¡Inspectora!

Las palabras del superior se suspendieron en el aire.

—Usted, quédese un minuto.

Peralta observó su rostro y entendió que era el momento de dar el parte.

—Qué sorpresa…

Écija se removió en su asiento.

—Le guste o no, el inspector Sempere se hará cargo del caso y el comisario Javaloyes mediará conmigo. Esta situación no podía seguir creando discrepancias entre las dos comisarías, ¿queda claro de una vez?

La inspectora enmudeció, paralizada en la silla y con la mirada fija en la expresión de lástima de aquel hombre. Por dentro, su cuerpo era un cóctel de fuegos artificiales, de pólvora, rabia y bilis incandescente. Se preguntó si aquella era una de esas leyes universales en las que la vida te pone la zancadilla después de hacer el bien, para aprender algún tipo de lección. Pero algo le dijo desde las entrañas que no era así. En ese despacho no encontraría la solución al problema, ni tampoco lograría que la reincorporaran a la investigación. Ahora Sempere estaba al mando y Peralta estaba a punto de viajar en un tren de vuelta con el fin de saldar sus cuentas con Asuntos Internos.

De nuevo, sola.

—¿Agulló? ¿Sigue ahí?

Las noticias eran malas. Sentía cómo estaba tocando fondo.

Con la reapertura del caso, sus compañeros tendrían motivos suficientes para cebarse moralmente con ella. Podía atisbar el futuro oscuro que tenía por delante, un futuro que sólo cambiaría con un traslado, con una baja temporal, con una excedencia o con una renuncia.

El rostro de Laura Coves, el día que la vio por primera vez, apareció en su mente como un destello, como una impronta de la retina. Después fue Olga, con los ojos manchados de sangre por los cortes que le provocó el accidente de tráfico.

La inspectora se puso en pie y abandonó el despacho sin cruzar una palabra con el superior.

—¿Inspectora? ¿A dónde va? ¡Inspectora!

Las palabras del superior se suspendieron en el aire.

—Usted, quédese un minuto.

Peralta observó su rostro y entendió que era el momento de dar el parte.

71

Un día antes.

Camino Viejo de Santa Pola. Elche, Alicante.

La noticia llegó poco después del asalto. No hubo detenidos ni testigos, pero las cámaras de vigilancia del aparcamiento registraron lo ocurrido. La Policía Nacional tardaría en comproba las grabaciones y determinar qué había sucedido.

Sofía Campello y Ricardo Navarro fueron los primeros en recibir el aviso de que su hijo se encontraba en Urgencias. Al escuchar la noticia, la madre sufrió una conmoción ante los agente en la puerta de su casa. La exclusiva corrió como la pólvora entre los vecinos. Las malas lengua comenzaron a hablar y pronto se extendió el rumor de que había sido un ajuste de cuentas Muchos pensaron que, tarde o temprano, ocurriría aquello. La sombra de los negocios de Ricardo Navarro seguía acechando al resto del clan.

El abuelo fue el siguiente en enterarse.

La policía no fue hasta la villa, pero sus informadores eran más rápidos que el propio Cuerpo Nacional.

Un Mercedes Clase A plateado tocó el claxon hasta tres veces frente a la enorme puerta que custodiaba Villa Castellana. En el interior del turismo, una mujer de setenta y cinco años esperaba a que le dieran paso.

Marcelina Rubio era una de las mejores amigas del matrimonio, en especial de Paula Soler y de su cuñada María Dolores Navarro, y también una de las informadoras de Ricardo. Era una señora de pueblo, con costumbres arraigadas, y muy elegante a la hora de vestir.

La relación con la familia se remontaba a cuando su marido Julián Peñalver, un guardamarenco de corta estatura, cuello ancho y seseo al hablar, había compartido servicio militar en Cartagena con Navarro. La amistad comenzó el día en el que Navarro salvó a Peñalver de recibir una somanta de palos de parte de otros soldados.

Desde entonces, fue su protector y Peñalver estuvo en deuda con él de por vida. Después llegaron las nupcias, los hijos y las ambiciones de cada uno. Navarro se centró en los negocios y Peñalver, que arrastraba un sentimiento de justicia muy fuerte, entregó su alma a la Benemérita. Tras varios años de mudanzas y de destinos inestables, Julián y María del Carmen regresaron a Guardamar del Segura para instalarse allí. El azar propició que los caminos de Ricardo y Julián se cruzaran de nuevo, a diferencia de que esa vez sería Ricardo quien pediría que le devolviera el favor de vuelta.

Peñalver se convirtió en su confidente oficial.

Con él, estaba informado de todo lo que se movía en el puerto de Guardamar, así como también el informe de las inspecciones y de los controles que la Guardia Civil realizaba a lo largo de la nacional que bordeaba toda la costa y conectaba Santa Pola con Cartagena.

Fueron años fructíferos para los dos.

Poco después, Julián y Marcelina tuvieron un hijo, Enrique, cercano a la edad de Ricardito Navarro y quien también se convirtió en guardia civil como su padre.

Pero Enrique Peñalver logró llegar mucho más lejos. Ahora era el coronel jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Alicante.

Con la inocencia de un hijo, a pesar de los galones, el coronel fue quien le habló a su madre de lo sucedido, como nota de color a una conversación rutinaria para conocer el estado de la viuda. La noticia le había llegado de casualidad, tras oír el apellido Navarro en una conversación entre compañeros.

Con el alma dolida, Paula Soler se echó a los brazos de la mujer en cuanto oyó la desgracia. Dolores, su cuñada, dejó el salón para avisar a su hermano.

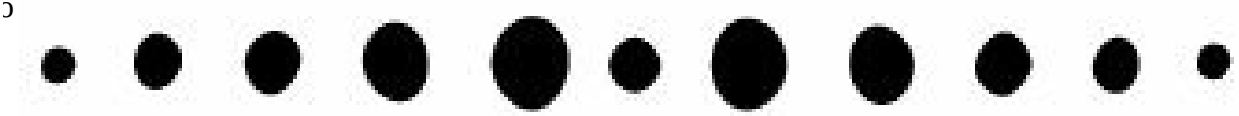
—Tenía que contároslo. La impotencia no me cabe en el pecho.

Con los ojos cubiertos de lágrimas, Paula Soler acarició el arrugado rostro de su amiga.

—¿Han detenido a quien lo ha hecho?

—Lo siento, Paula. Es todo lo que sé.

—Gracias, Marce. Es una muy mala noticia… Siento que el Señor nos está castigando por un pecado que no hemos cometido.



Ricardo Navarro regaba el jardín con una manguera, apoyando el pulgar en la boca de la goma para que el chorro saliera en forma de abanico.

Un día tranquilo. Uno menos para que se cerrara el acuerdo y también para que el verano llegara a su fin. Los perros jugaban con el agua, dando saltos alrededor de su dueño. El sol dejaba una estela rojiza en el cielo, entre las hojas de las palmeras. De pronto, los animales notaron la presencia de alguien que se acercaba ellos. Falsa alarma, pensó, cuando vio cómo los cánidos movían el rabo a ambos lados.

El hombre cerró el grifo y se giró.

A lo lejos, procedente de la casa, su hermana Dolores se acercaba con el rostro descolocado.

«Mal fario», pensó y echó a andar en su dirección.

—He visto el coche de Marcelina aparcado en la fuente.

—Ha ocurrido una desgracia, Ricardo —contestó la hermana. El tono de su voz era tan frío como el tacto de su piel cuando lo agarró por el antebrazo—. Es sobre el muchacho, Andrés.

—¿En qué lío se ha metido ahora?

—Espera… —dijo la mujer, apretándole con la mano. Conocía a su hermana y también esa mirada. Era la misma que vio cuando le comunicó que su hermano había fallecido—. Escúchame antes de hacer nada…

—Dolores, dime de una maldita vez qué ha pasado.

La mujer tragó saliva, angustiada.

—Lo han apuñalado en el centro comercial. Está ingresado en Urgencias.

No oyó lo que dijo después.

Sintió un leve mareo, una sacudida de aire caliente. Le aumentó la presión arterial. Notó cómo perdía el equilibrio por un instante. La mujer continuó hablando, pero Ricardo no entendía lo que decía. Respiró hondo varias veces para rebajar la tensión de su cuerpo. Recordó que tenían una promesa y había faltado a su palabra. Sintió un vivo escozor en su pecho, pero no era momento de reprender al muchacho por aquello.

—¿Sabemos quién le ha atacado? —preguntó y la hermana negó—. ¿Habéis llamado a Ricardo y a Sofía?

—Están todos avisados y de camino al hospital.

Sin darse cuenta, Ricardo todavía sujetaba la manguera en la mano.

—¿Te vas a quedar ahí quieto? —preguntó la hermana.

—No —contestó, seco, meditabundo.

Sólo tenía una idea en la cabeza. La UTE, el fin del pacto. Debía relajarse hasta que se aclarara el asunto. En las últimas horas, Sito había ganado puntos de sobra para llevarse una estocada. Aunque le doliera, no podía cambiar la situación. Había hecho todo lo posible para que eso no ocurriera, pero lo posible no siempre es suficiente. Había mucho en juego, además de la vida de su nieto.

Los Coves eran impulsivos e impredecibles y esas eran sus dos grandes debilidades, pero un ajuste de cuentas carecía de sentido.

Un hombre de negocios sabe que el corazón y el dinero no son buenos compañeros.

—Puedes seguir a lo tuyo, Marce nos llevará a verlo —comentó la hermana, viendo que no se movía.

—Id vosotras delante —dijo y soltó la manguera—. Tengo que darles de comer a los perros. Os veré allí.

—Claro… —dijo Dolores y caminó de regreso a la vivienda.

Un sentimiento de rabia se apoderó de él. Debía tomar precauciones. Una desgracia como aquella podía nublar su juicio. Se dirigió al garaje en el que almacenaba la comida de los animales. Allí estaba su flamante y anticuado BMW.

Agarró un saco de pienso y lo volcó sobre el cuenco metálico de los animales. Los perros se lanzaron hambrientos. Después le vino un pensamiento a la cabeza. Meditó durante varios segundos su siguiente paso. No quería molestar a su hijo. Era probable que algún agente nacional merodeara alrededor del entorno del muchacho.

Agarró el teléfono móvil y buscó en la agenda el número de su yerno.

—Supongo que ya te han informado —dijo, cuando el otro descolgó. Oyó el ruido de fondo. Había movimiento y una interferencia. Sospechó que iría en coche y acompañado de su familia—. Tranquilo, sé que no es un buen momento… Yo iré más tarde, pero hay algo que puedes hacer por mí.

—Claro, dígame.

—Entérate de con quién ha ido… Algún amigo, alguien cercano… Él nos llevará al resto.

—No hay problema —dijo y aguardó un segundo—. ¿Ha leído el periódico esta mañana?

—¿Algo que deba saber?

—Ya lo creo que sí.

La brevedad de sus palabras le transmitió el mensaje. Como perro viejo, captó la indirecta y

se despidió del yerno hasta más tarde.

Comprobó la hora. Los quioscos de prensa de Santa Pola ya estaban cerrados. Se acercó a los pesados sacos de alimento, apartó uno de ellos y se agachó hacia una baldosa que sobresalía ligeramente. De rodillas, la levantó con las yemas de los dedos y vio el falso telón de escayola. Lo rompió de un golpe seco y la lámina se agujereó como si fuera de papel. Introdujo la mano y extrajo un pequeño revólver del agujero.

Después suspiró.

La situación podía empeorar hasta ponerlo en un aprieto.

Enterrando aquel Astra 250, también enterraba su pasado. Manejable, discreto y con un tambor para cinco balas del 38. Fue el último regalo de Peñalver, poco antes de que el cáncer se lo llevara.

Traerlo de vuelta, acarrearía desgracias.

En el tambor había una bala con el nombre de aquel cretino, Manuel Coves, pero nunca la llegó a disparar.

Ocultó la pistola en el subsuelo, cubrió la baldosa y colocó encima los pesados sacos.

Después abrió la puerta del garaje, arrancó el vehículo y abandonó la villa por el camino de asfalto que la rodeaba. Cuando llegó a la fuente de la entrada, observó que el Mercedes de Marcelina ya no estaba allí.

se despidió del yerno hasta más tarde.

Comprobó la hora. Los quioscos de prensa de Santa Pola ya estaban cerrados. Se acercó a los pesados sacos de alimento, apartó uno de ellos y se agachó hacia una baldosa que sobresalía ligeramente. De rodillas, la levantó con las yemas de los dedos y vio el falso telón de escayola. Lo rompió de un golpe seco y la lámina se agujereó como si fuera de papel. Introdujo la mano y extrajo un pequeño revólver del agujero.

Después suspiró.

La situación podía empeorar hasta ponerlo en un aprieto.

Enterrando aquel Astra 250, también enterraba su pasado. Manejable, discreto y con un tambor para cinco balas del 38. Fue el último regalo de Peñalver, poco antes de que el cáncer se lo llevara.

Traerlo de vuelta, acarrearía desgracias.

En el tambor había una bala con el nombre de aquel cretino, Manuel Coves, pero nunca la llegó a disparar.

Ocultó la pistola en el subsuelo, cubrió la baldosa y colocó encima los pesados sacos.

Después abrió la puerta del garaje, arrancó el vehículo y abandonó la villa por el camino de asfalto que la rodeaba. Cuando llegó a la fuente de la entrada, observó que el Mercedes de Marcelina ya no estaba allí.

72

Miércoles, 13 de agosto.

Hospital General de Elche. Elche, Alicante.

Una decena de tubos y cables conectaban a Andrés Navarro a la máquina que lo mantenía con vida. Durante la operación quirúrgica, los médicos lograron frenar la hemorragia, pero la enorme pérdida de sangre había inducido a Andrés en un coma. Cada pitido del monitor cardíaco sonaba como un canto de esperanza a la vida.

La familia esperaba fuera.

El régimen de visitas era estricto y sólo la madre había tenido la oportunidad de verlo. El médico que atendió a la familia informó sobre la situación del muchacho: se encontraba en un estado grave, pero estable. No sabían cuando saldría del coma, así que todo dependía de las ganas de Andrés por seguir vivo. A diferencia del abuelo y del yerno, ninguno de ellos presagió aquello. Lo consideraban un buen muchacho, un poco rebelde y contestón, pero lejos de buscar problemas innecesarios. Un joven sin maldad ni enemigos. La familia, incluyendo a Ricardito Navarro, guardaba una imagen muy anodina del chico. Con las mujeres era un santo y con su padre tenía una relación superficial. No obstante, la que más lágrimas derramaba en el pasillo de la sala de Urgencias era su prima Alejandra Ródenas.

Dos policías interrogaron a los padres del chico cuando el resto de la familia se reunía dentro. Roberto Ródenas salió para enterarse de las preguntas mientras fumaba un cigarrillo. Los agentes recitaron el cuestionario como parte de su trabajo. El abogado apagó el cigarro en una papelera y se acercó a la pareja de uniformados.

—Disculpen —dijo, aclarándose la voz y dirigiéndose a ellos con altivez—. Soy Roberto Ródenas, el tío del chico y el abogado de la familia. ¿Cuándo van a detener al que ha hecho esto?

La pareja de agentes, formada por un hombre y una mujer, lo observó con distancia. Fuera de los juzgados, ningún abogado lograba intimidarlos.

—Lo sentimos —contestó la agente—. Informaremos a la familia cuando llegue el momento.

Ródenas soltó un soplido y se rio con desprecio. Merecía algo más de respeto por parte de ellos.

—¿Algún problema, señor? —preguntó el hombre.

—Nada. Olvídenlo.

Los dos agentes lo miraron de reojo con el desprecio habitual que recibía el abogado. Después se marcharon hacia el vehículo patrulla que habían aparcado en los aledaños del hospital.

De regreso al interior del edificio, vio a su hija recibiendo el consuelo de un muchacho.

No podía ser su novio, se dijo y pensó que su hija no saldría con un mentecato así.

Ella lloraba en su hombro y el chico la abrazaba con timidez.

Pasó por su lado y se detuvo ante ellos. Los ojos del abogado se clavaron en los de desconocido para que soltara a su hija.

—Este es Luis —explicó la chica, despegándose del joven—. Es uno de los amigos de la pandilla de Sito.

—Encantado —respondió y le ofreció la mano, pero Ródenas actuó indiferente ante el gesto.

—¿Cómo te has enterado, zagal?

Un sarpullido rojo apareció en su cara.

—Yo…

—Estaba con él —confesó la hija, delatando al testigo. De pronto, sintió que había metido a chico en un problema—, papá…

—Déjanos a solas un minuto, Alejandra. Ya has hablado suficiente.

—Escucha, papá…

Ródenas la ignoró y señaló al resto de familiares para que su hija fuera con ellos. Estaba enfadado y ella no rechistó.

Después agarró al chico por el codo.

—Vamos fuera, será un minuto.

—Le juro que no tengo nada que ver.

—Venga, zagal, caminando…

Salieron del edificio y Roberto lo guio a la parada de autobuses que había frente al hospital.

—¿Has hablado con la policía?

—Sí, pero…

Ródenas miró hacia ambos lados y se aseguró de que no lo escuchaba nadie. Sin dudarlo, le propinó una sonora colleja. Pensó que eso activaría el riego sanguíneo del chaval.

—¿Y tú te proclamas amigo de mi sobrino?

—No me haga daño, por favor…

El abogado lo agarró del cuello del polo y lo arrastró hacia él.

—¿Te crees que no he visto cómo tocabas a mi hija, marrano?

El chico se puso más nervioso.

—Lo siento…

—Te cuento hasta tres para que me digas quién atacó a mi sobrino.

—Nos pilló por sorpresa… No los vi bien…

—¡Que me importa un carajo! —exclamó y lo zarandeó—. ¡Habla, maldita sea!

—Irán a por mí…

—¡Iré yo y te volaré las tripas si no me lo dices!

—De verdad, por favor… No lo sabía… —balbuceó asustado—, se lo juro… Me di cuenta tarde e intenté evitarlos.

—¡Que quién fue, cojones!

—Coves, fue Miguel Coves, por favor, déjeme… —confesó y un extraño ruido desconcentró al abogado. Al agachar la mirada, vio un fino reguero de orín que bajaba por la pantorrilla del chico.

Lo soltó y lo apartó.

—¡Qué asco das, largo de aquí! ¡Y no vuelvas a acercarte a mi hija!

El joven se alejó y corrió hacia su coche. Se montó en él y salió acelerando hasta que dejó

atrás el hospital.

Roberto Ródenas cerró los ojos y respiró profundo hasta llenarse los pulmones de aire.

Una llamada.

Un giro de los acontecimientos.

«Virgen Santa… Se nos va todo al carajo».

atrás el hospital.

Roberto Ródenas cerró los ojos y respiró profundo hasta llenarse los pulmones de aire.

Una llamada.

Un giro de los acontecimientos.

«Virgen Santa… Se nos va todo al carajo».

73

Miércoles, 13 de agosto.

Santa Pola del Este. Santa Pola, Alicante.

Manuel Coves no se había recuperado de la pérdida de Laura cuando estaba a punto de recibi el siguiente varapalo. El día anterior, el enfado de su nieto arruinó la comida que pretendían celebrar después el entierro. El abuelo no quería que el muchacho cargara con las culpas. Era su forma de expresar la rabia que llevaba dentro. Había notado su extraño comportamiento desde que recibieron la noticia. Perder a una nieta era muy duro, pero también lo era perder a una hermana.

De manera indirecta, conocía las consecuencias.

El chico faltó a la mesa, al honor familiar y a la última voluntad de su abuelo. Pero lo cierto era que no pudo evitarlo.

Lo que Manuel Coves no imaginó, fue el desenlace de su rabieta.

Permitir que se marchara, les costaría un grave disgusto.

Tras el entierro, Manuel retomó las viejas costumbres de sus largos veranos en el chalet de Santa Pola del Este: madrugar antes del amanecer, conducir hasta el pueblo, comprar la prensa, tomar un café en el chiringuito de la playa de Levante y regresar a casa. Una rutina que a veces se hacía más larga, si encontraba a algún conocido por las calles del casco antiguo.

Pensó que debía mostrarse fuerte ante su familia y sobre todo ante su esposa. Josefina no parecía soportar el duelo. La había encontrado llorando en los rincones de la casa, escondida, y también mientras hacía otras tareas. En ocasiones, prefería evitarla para que se desahogara a gusto. A pesar del dolor, su esposa era quien lo llevaba con más dignidad. Después de que el chico desapareciera, su hijo, en lugar de traerlo de vuelta, intentó acaparar la atención del resto de la familia. Cada vez que José Coves abría la boca, que no era más que para soltar sandeces, Manuel se avergonzaba de no haberlo educado correctamente.

Pero un padre, antes que padre también es hombre, y en aquellos tiempos la prosperidad y la crianza no eran compatibles, pensaba el cabeza de familia. Para poder traer una a casa, debía delegar el trabajo de la otra, decía. Nunca juzgó a Josefina. Siempre estuvo a su lado. El chico era su responsabilidad y había fracasado con él.

Aquella mañana, el primer tropiezo lo tuvo en cuanto compró la prensa. La portada del diario le llamó la atención.

Cuando abandonó el quiosco, abrió el periódico y se detuvo en plena calle.

El corazón le dio un vuelco y después le apretó como si fuera a desgarrarse.

El titular le sacudió la temperatura.

¿Era verdad, o una broma de mal gusto?, se cuestionó.

El caso cambiaba de manos. El revuelo de los días anteriores, la desfachatez de los agentes y la crispación social que habían provocado a su familia y a su entorno, no había servido de nada. Ni siquiera sus intentos por agilizar el proceso para dar matarile a esos hombres.

Nada.

Laura volvía a la palestra, a ser carne de titular y la pesadilla continuaría hasta el final del verano.

Siguió leyendo, arrugando los labios. Las letras se hacían pequeñas a medida que pasaba al cuerpo de la noticia.

El texto era todavía más repugnante:

«Aunque la Policía aún no lo considera como autor principal del asesinato de la joven, la aportación de nuevas pruebas confirma que Laura Coves tuvo un encuentro sexual horas antes de morir. La Policía ha decidido abrir líneas paralelas de investigación, ya que el ADN encontrado no pertenece a Eduardo Martín, sospechoso principal y confesor del crimen, y su cambio de testimonio carece de cohesión».

Le temblaban las manos.

¿Qué demonios?, se cuestionó.

Se sentía ofendido. Esos periodistas habían faltado al honor del apellido. Su nieta, la pobre Laura, pensó y temió lo peor. El pueblo que tanto la había apoyado, comenzaría a hablar más de la cuenta. Los rumores de su relación con ese chico le restarían toda la credibilidad. Pronto olvidarían lo sucedido y lo anecdótico se convertiría en una cruz.

Conmocionado, cerró el periódico y meditó qué sería lo siguiente.

La exclusiva le había quitado las ganas de contemplar el mar en aquella terraza del paseo. No quería regresar a la casa. No aguantaría la mirada de vergüenza frente a su esposa. Ahora que lo sabía, ¿cómo iba a ocultárselo? Tarde o temprano, el escándalo llegaría a los oídos de Josefina. Manuel Coves sintió una pesadumbre que le resecaba la boca.

Regresó al Mercedes, que le esperaba mal aparcado y con las luces de emergencia encendidas en una zona de carga y descarga.

Entró en el vehículo, dejó la gaceta sobre el asiento del pasajero y se acordó de Andrés Navarro. A pesar de su fría relación, se preguntó qué pensaría al respecto. Manuel todavía le guardaba respeto por la muerte de su hermano. A lo largo de todos aquellos años de riñas y roces lejanos, le hubiese gustado explicarle que tuvo que elegir entre la mentira y la cárcel, que asumir la responsabilidad del accidente de su hermano tal vez lo hubiera hecho un ser más noble, pero le habría arruinado la vida. Tenía un negocio en boga, una familia que necesitaba a su padre, un próspero futuro y buenos amigos dispuestos a echarle una mano. Él habría hecho lo mismo, reflexionó. Nunca esperó que lo perdonara, pues la vida le dio la oportunidad de convertirse en quien siempre quiso.

Sin embargo, era consciente de que la muerte del hermano sí afectó a Navarro.

El hombre se transformó en bestia.

Y esa era la razón por la que tanto lo respetaba.

A partir de ahí, Navarro se hizo temible, imparable y rencoroso. Se personaba para dar las malas noticias y nadie quería estar delante cuando tocaba a la puerta. Decían las sucias lenguas

que Navarro había matado a punta de pistola. Su fama creció tan rápido, que el rumor se convirtió en un mito, uno de los que nadie demuestra.

Manuel arrancó el vehículo y condujo hacia el puerto marítimo.

Bordeó la playa de Levante y se detuvo en el semáforo de la avenida principal que conectaba con el pueblo. A un lado, las colmenas de edificios con vistas al puerto. Al otro, un enorme descampado que funcionaba como apartamento y dos de los restaurantes con más renombre de la localidad: el Miramar y el Batiste. Giró la glorieta, aparcó el vehículo en una de las plazas reservadas y paseó frente a los barcos.

Entonces, el teléfono sonó.

—¿Sí? —preguntó, sin comprobar el número—. ¿Quién es?

—Don Manuel, soy yo, Bernabéu… —dijo el inspector municipal con un trágico tono de voz

—Romualdo. Justo en ti pensaba ahora mismo.

—¿Y cuál es la razón?

—¿Qué clase de policía no lee las noticias? —preguntó, extrañado.

El municipal lo llamaba desde el sofá de su casa, aún con pijama, sin afeitar y con un aspecto deleznable.

Había vuelto a fumar por culpa del desasosiego. Pero ahora no se escondía. Su mujer prefirió no discutir con él. Le habían pegado un tiro en el pie y había visto morir a un hombre. Para ella no era el momento de tener esa conversación.

Con el pie escayolado y una taza de café sobre la mesa camilla del salón, encendió la televisión y buscó el canal local. El resplandor de la pantalla le iluminó la cara.

Comprendió que Coves no se había enterado del resto de las noticias de ese día.

Prefirió mantener en secreto su lesión. De lo contrario, ya no le sería de ayuda.

—Todavía no he tenido tiempo, don Manuel —dijo, sacó un cigarrillo del paquete blanquiazul y se lo puso entre los labios para prenderlo—. Han sido unas jornadas muy ocupadas y hay mucho papeleo… No se lo imagina.

Coves apretó los dientes para hablar de su nieta.

—¿Qué es eso de que la Policía ha abierto otras líneas de investigación? —exclamó sintentando no gritar. Se le marcaron los tendones del corto cuello que tenía. Coves apretaba más los dientes—. ¿Van a soltar al criminal que mató a mi nieta? ¡Eso no fue lo que hablamos!

Bernabéu dio una calada al cigarro y lo apoyó en el cenicero.

—La primera noticia que tengo… —comentó, sin desviar la atención de las imágenes— sNadie me ha informado al respecto…

—¿Y tú te haces llamar inspector? —cuestionó, con un despotismo nacido del malhumor— eMe decepcionas, Romualdo. Se supone que deberías estar con el ojo detrás de este asunto.

—Y lo estoy, don Manuel, lo estoy… —dijo y miró a la punta de su pie. Tenía un aspecto ,horrible—. Le llamo por otra razón, no menos importante.

—¿Otra razón? —preguntó Coves y tragó saliva.

Su postura cambió. Los barcos se movían ligeramente por el oleaje.

Pasó por delante de un grupo de turistas que esperaban a las embarcaciones para navegar hasta Tabarca y se dirigió a la zona de pescadores.

—Su nieto, don Manuel. Es por él que le he llamado.

—Espero que no me llames para algo que puedes solucionar tú.

—Ya me gustaría decirle eso, pero el motivo es otro. Llamo para avisarle de que han pedido una orden de detención para Miguel.

—¿Qué?

—Le hablo en serio.

El anciano comenzó a jadear.

—Espero que tengan una razón…

—Y tanto… Ha dejado al nieto de Navarro en coma. Le asestó tres puñaladas en el tórax en una emboscada.

El tiempo se detuvo otra vez para don Manuel.

Cerró los ojos, sintió el olor a alquitrán de los barcos, a pescado podrido y a agua marina.

Pensó que debía de ser una pesadilla.

—Ocurrió por la tarde, en el aparcamiento subterráneo del centro comercial —prosiguió aunque Coves no dijera palabra. Sentía cómo se hundía tras el aparato—. Las cámaras lo registraron todo y la policía ha identificado la matrícula del vehículo en el que viajaban.

—¿No lo hizo solo?

—Iba con dos más… Es probable que lo detengan en las próximas horas.

—¿Y por qué me llamas para decírmelo? ¡Haz algo!

Bernabéu dio una última calada y aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero de cristal. Después exhaló el humo por la nariz y se frotó la barbilla.

—No puedo hacer mucho, don Manuel —aclaró, desairado—. No es mi competencia… Supongo que sabrá que necesita un buen abogado.

—Le dije que se quedara quieto…

El municipal ignoró la rabia manifestada de su interlocutor.

—Haga lo que considere oportuno —comentó antes de colgar—. No está todo perdido todavía, pero conviene que el chico esté preparado cuando llegue la visita… A su favor, le digo que no había testigos y los que estaban, dicen no haber visto la agresión… Ni siquiera el samigo… Sólo las cámaras, pero no se aprecia del todo bien. Búsquele una defensa apropiada. Usted sabe cómo hacer las cosas. Ahora tengo que dejarle, don Manuel.

—Romualdo…

Después colgó.

El silencio regresó a él y aumentó el sonido de las olas contra las pequeñas embarcaciones de los pescadores. Su vida se tambaleaba como uno de esos barcos, a diferencia de que, en la suya, ningún muelle evitaría que se hundiera.

—¿Qué?

—Le hablo en serio.

El anciano comenzó a jadear.

—Espero que tengan una razón…

—Y tanto… Ha dejado al nieto de Navarro en coma. Le asestó tres puñaladas en el tórax en una emboscada.

El tiempo se detuvo otra vez para don Manuel.

Cerró los ojos, sintió el olor a alquitrán de los barcos, a pescado podrido y a agua marina.

Pensó que debía de ser una pesadilla.

—Ocurrió por la tarde, en el aparcamiento subterráneo del centro comercial —prosiguió, aunque Coves no dijera palabra. Sentía cómo se hundía tras el aparato—. Las cámaras lo registraron todo y la policía ha identificado la matrícula del vehículo en el que viajaban.

—¿No lo hizo solo?

—Iba con dos más… Es probable que lo detengan en las próximas horas.

—¿Y por qué me llamas para decírmelo? ¡Haz algo!

Bernabéu dio una última calada y aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero de cristal. Después exhaló el humo por la nariz y se frotó la barbilla.

—No puedo hacer mucho, don Manuel —aclaró, desairado—. No es mi competencia… Supongo que sabrá que necesita un buen abogado.

—Le dije que se quedara quieto…

El municipal ignoró la rabia manifestada de su interlocutor.

—Haga lo que considere oportuno —comentó antes de colgar—. No está todo perdido todavía, pero conviene que el chico esté preparado cuando llegue la visita… A su favor, le digo que no había testigos y los que estaban, dicen no haber visto la agresión… Ni siquiera el amigo… Sólo las cámaras, pero no se aprecia del todo bien. Búsquele una defensa apropiada. Usted sabe cómo hacer las cosas. Ahora tengo que dejarle, don Manuel.

—Romualdo…

Después colgó.

El silencio regresó a él y aumentó el sonido de las olas contra las pequeñas embarcaciones de los pescadores. Su vida se tambaleaba como uno de esos barcos, a diferencia de que, en la suya, ningún muelle evitaría que se hundiera.

74

Miércoles, 13 de agosto.

Comisaría Provincial de Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

A esas horas, las noticias sobre el caso habían corrido como un eco por la comisaría. La miradas hablaban por sí solas. La inspectora Agulló sentía el punzón de sus ojos atravesándole e cráneo. Se abrió paso, sin responder a las provocaciones del personal, y salió del edificio para evitar ahogarse.

Peralta apareció unos minutos más tarde y la encontró apoyada en el coche.

—Tiene que aprender a controlar tus emociones —dijo Peralta, subiendo al vehículo—. Po menos, te abren un expediente… ¿A dónde vamos?

—A Elche —respondió y arrancó—. Me debe una explicación.

—¿Quién? —preguntó, inquieto.

—Sempere —dijo ella y suspiró aliviado.

Después tomó la dirección que llevaba a la autovía.

—Nos la debe, mejor dicho —contestó y chasqueó la lengua—. ¿Puedes creer que tenga la cara tan dura de atribuirse el mérito?

—Al final ha conseguido lo que quería.

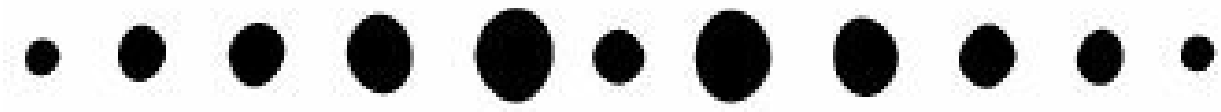
—¿Eres consciente de que no nos quedan más oportunidades? Esta es la última.

—Quiero pensar que encontraremos el modo de llegar al final de esto.

—Te dije que era un callejón sin salida.

—Espero no darte la razón otra vez.

—Y yo espero equivocarme.



Sempere oyó un ruido de motores que se frenó en seco frente a la comisaría. Se levantó de la silla del despacho y miró por la ventana. Cuando los vio salir del vehículo, supo por qué estaban

allí. Descolgó el teléfono y ordenó que no les permitieran el paso, pero Peralta no entendía de protocolos cuando estaba de mal humor.

—¡Sempere!

—No pueden estar aquí. Nadie les ha dado vela.

Agulló llegó detrás del inspector.

—¿Cómo es tan sinvergüenza? —cuestionó Peralta, rompiendo con las formalidades— Maldita rata rastrera.

—Eso lo debería preguntar yo, ¿no cree? —dijo y se dirigió a la compañera—. ¿O acaso le parece apropiado meter las narices en mi despacho?

Agulló lo miró extrañada.

Peralta no supo qué responder a eso.

—Esto no tiene ningún sentido —arguyó la inspectora—. Esta también es nuestra investigación.

—Escuchen, hablen con Écija. No puedo perder más el tiempo con esto…

—¡Será miserable! —exclamó Peralta.

—Le pido un poco de respeto.

—No le queda nada de eso.

—Miren, no lo tomen como algo personal —explicó—. Si han leído los análisis, me darán la razón. Sigo convencido de que el asesinato de Laura Coves está relacionado con las dos familias.

Peralta elevó la vista y vio que ya no quedaba nada de los organigramas. Un cambió que le pareció de lo más sospechoso.

—¿Qué ha pasado con el trabajo de una década?

—Está en un lugar seguro, ahora que sé que entran en mi despacho sin mi permiso.

—No toqué nada, ¿entendido?

Sempere lo miró de reojo.

—Eduardo Martín era un criminal, pero no el asesino de esa chica. No quisieron hacerme caso y tuve que tomar la iniciativa.

—¡Rata mentirosa! Yo conseguí esa colilla.

—¿Y a qué esperaba para entregarla?

—Ese es mi maldito problema.

—Pues mientras usted resolvía su problema, a Andrés Navarro le han metido tres cuchilladas en el tórax —dijo con enfado—. Ahora, el sospechoso está en coma. ¿Cómo se queda? ¿Podría haber evitado eso también?

La pareja de inspectores lo miró desconcertada.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó Agulló.

—Ayer, a última hora —aclaró desde su escritorio—. Los jóvenes saben algo y no nos lo quieren contar, pero no les importa tomar la justicia por su mano… ¿Ve lo que ha conseguido? Ese chico nos mintió a todos. Incluso puede que la coartada fuera falsa… Andrés Navarro estuvo con ella y es el único que sabe lo que ocurrió entre las horas que no logramos cubrir. Las pruebas no engañan, pero ahora tendremos que esperar a que despierte.

—¿Y si no lo hace?

—Fin del caso —dijo y sonrió—. Los muertos no confiesan.

—Váyase al carajo, Sempere…

—Su interés por la investigación va más allá de la muerte de esa chica. Esa es la única verdad que nos dijo desde el principio.

El ilicitano levantó los párpados y miró a los ojos de la mujer.

—En serio, en ningún momento tenía la intención de perjudicarles… Si tienen algún inconveniente, hablen con el comisario Javaloyes —contestó y juntó las manos. Para la pareja Sempere ya no era el mismo. Ahora gozaba de un poder que lo protegía—. Él se encargará de informar al comisario provincial Écija. Si lo ven conveniente, les reincorporarán a la brigada… y todos contentos, ¿verdad? Ahora, si me disculpan, les pediría que me dejaran trabajar… Tengo un informe que redactar y mucho trabajo por hacer.

Peralta se acercó a la mesa y lo desafió desde arriba.

—¿Sabes cuál es su problema, inspector?

—No, pero sé cuáles son los suyos. No se exceda, Peralta, que está la inspectora delante.

—Se crees más listo que el resto, pero su inteligencia siempre llega tarde. Ésta no será la excepción.

Los dos hombres aguantaron la mirada tensa durante varios segundos. La presencia de Peralta no le infundía ningún miedo.

—Tengo entendido que ya han solicitado su regreso… Buen viaje, inspector —dijo y apartó la mirada de los policías—. Ahora podré decir que trabajé con el número uno… y hablaré bien de usted, aunque no me crea.

—Su interés por la investigación va más allá de la muerte de esa chica. Esa es la única verdad que nos dijo desde el principio.

El ilicitano levantó los párpados y miró a los ojos de la mujer.

—En serio, en ningún momento tenía la intención de perjudicarles… Si tienen algún inconveniente, hablen con el comisario Javaloyes —contestó y juntó las manos. Para la pareja, Sempere ya no era el mismo. Ahora gozaba de un poder que lo protegía—. Él se encargará de informar al comisario provincial Écija. Si lo ven conveniente, les reincorporarán a la brigada… y todos contentos, ¿verdad? Ahora, si me disculpan, les pediría que me dejaran trabajar… Tengo un informe que redactar y mucho trabajo por hacer.

Peralta se acercó a la mesa y lo desafió desde arriba.

—¿Sabes cuál es su problema, inspector?

—No, pero sé cuáles son los suyos. No se exceda, Peralta, que está la inspectora delante.

—Se crees más listo que el resto, pero su inteligencia siempre llega tarde. Ésta no será la excepción.

Los dos hombres aguantaron la mirada tensa durante varios segundos. La presencia de Peralta no le infundía ningún miedo.

—Tengo entendido que ya han solicitado su regreso… Buen viaje, inspector —dijo y apartó la mirada de los policías—. Ahora podré decir que trabajé con el número uno… y hablaré bien de usted, aunque no me crea.

75

La inspectora no soportaba la idea de rendirse ante la falsa modestia de Sempere. Legalmente había poco que pudieran hacer. Si la decisión había sido tomada por los superiores, no debían entorpecer la investigación.

Pero su instinto le decía lo contrario.

Abandonaron la comisaría y decidieron llenar el estómago antes de que sus caminos se separaran.

El Extremeño era un mesón situado junto al famoso Huerto del Cura, el gran huerto de palmeras que servía como atractivo turístico para la ciudad. Peralta se dejó guiar por la intuición tabernera que llevaba dentro y no se equivocó.

El restaurante guardaba la esencia de una clase de restaurante que poco a poco desaparecía. Mantenía una estética parecida a la taberna en la que habían cenado anteriormente, aunque aquel sitio tenía más solera.

Las paredes amarillas estaban cubiertas de azulejos andaluces y decoración taurina. Una barra metálica llegaba hasta la mitad del local para dar paso a un salón privado, separado por una puerta de verja. Tras la barra, jamones, embutidos, botellas de vino y una gran bandera franjiverde con los colores y el escudo del equipo de fútbol local.

A esas horas, el restaurante empezaba a llenarse de comensales, de espontáneos y de fieles que ocupaban hasta los taburetes de la barra. La música era el bullicio de las conversaciones y el ruido de los vasos de cristal al chocar con la mesa. El propietario, un hombre calvo de complexión ancha, nariz aguileña y mirada penetrante, se acercó a la pareja llevando un delantal blanco.

—Dos, para pegar un bocado.

El hombre asintió y les señaló una esquina de la barra.

Peralta tenía más apetito que Agulló, que seguía enfadada por el giro de los acontecimientos. Pidieron dos cervezas, una ración de jamón ibérico y queso curado y una ensalada de tomate con cebolla, olivas y capellanes. Al inspector se le iban los ojos cada vez que veía los platos de arroz con conejo y de arroz con costra que salían de la cocina.

—¿De veras que no quieres probar el arroz?

—¿Esa es la famosa costra?

Agulló respondió con la cabeza.

—Para comer calamares, siempre estás a tiempo.

Peralta miró de nuevo el plato y lo rechazó.

—Sé que lo disfrutaría, pero soy de digestiones lentas… —respondió y encontró el rostro serio de la inspectora—. Así que la *Costra Nostra*, ¿eh? Hay que joderse… Quién nos iba a decir que Sempere sería un pedrusco en el zapato…

—Tengo la sensación de que se nos escapa algo… —dijo, meditabunda, y sus ojos alcanzaron un periódico que colgaba de la vitrina. Lo agarró y se lo mostró—. Sempere está acusando a ese muchacho sin pruebas.

—El chico parece que ha pagado su diezmo… —dijo, tras masticar un trozo de jamón y dar un trago a la cerveza para aclararse la boca—. Puede que se acostara con ella cuando se vieron en el coche, pero eso no lo convierte en asesino. Sin embargo, hay algo extraño en los análisis.

—Te refieres a la benzodiazepina.

—Sí. No sabemos si Laura Coves tomaba alguna clase de ansiolítico.

—O si la narcotizaron antes de que la secuestraran —contestó, recordando el interrogatorio —. Eduardo Martín dijo que, cuando bajó del coche, parecía que estuviera drogada.

—No podemos creernos lo que dijo ese lunático. Puede que la chica tuviera problemas.

—Ese hombre decía la verdad. Lo vi en sus ojos.

—Entonces, ¿cómo explicas lo de Navarro?

—No lo sé… Tal vez Laura regresara con sus amigos y alguien nos esté mintiendo con su versión.

—O quizá fue Navarro quien la drogó. En ese caso, Sempere estaría en lo cierto.

—Quizá debiéramos preguntarles a ellos —dijo, haciendo hincapié en la cabecera del diario —. Hemos descartado por completo su ambiente laboral.

Peralta escuchaba atento. Agulló se negaba a delegar su trabajo. La notaba desesperada. Conocía esa situación y era peligrosa. Él mismo había pasado por ahí en el caso de La Vaguada y ahora estaba pagando las consecuencias. Le habría gustado contarle aquello, pero temía que dejara de respetarlo.

Mientras ella exponía su hipótesis sobre Laura, el gabinete de comunicación y su relación con los medios locales, Peralta recordó los detalles de la muerte. Laura Coves había fallecido desangrada tras impactar su nuca contra una roca. No obstante, pensó que el golpe no había sido tan fuerte como para provocar una hemorragia tan severa.

Agulló chasqueó los dedos.

—¿Estás ahí?

Peralta regresó a la conversación por unos segundos.

Había pasado por alto a una persona.

—Sí, me parece bien.

—¿Te parece bien?

No sabía de qué estaba hablando con ella.

No podía quitarse de la cabeza el rostro de aquel tipo.

—Sí, ¿por qué no?

Ella negó con la cabeza.

—No me estabas prestando atención.

—Que sí, mujer…

Ella entornó los ojos.

—¿De qué estaba hablando?

Él tragó saliva y sintió un calor repentino.

—Del periódico.

La inspectora se rio. Le pareció la sonrisa más hermosa que había visto en mucho tiempo.

—En fin, no importa.

—Espera… —dijo él y la agarró del antebrazo. Los ojos de la policía se clavaron en su mano Después del primer beso, Peralta no había vuelto a rozarla. La soltó y habló—. Es probable que mañana tenga que entregar mi informe y regresar a Madrid… y he pensado en algo.

—Espero que tengas una buena razón para ignorarme.

—Dijiste que en esa agenda había varias citas con el sacerdote en las últimas semanas.

—Así es. Y que se reuniría con su abuelo y con el notario.

—Mencionaste que recurrió a la consulta de su tío en dos ocasiones.

—Sí… —dijo y notó el brillo en los ojos del compañero—. ¿Crees que Ródenas tiene alguna relación con la benzodiazepina?

—Es médico de cabecera, pero lo cierto es que se ha comportado muy extraño desde el primer momento…

—¿Qué sugieres?

Peralta apuró la cerveza y apoyó el vaso sobre la barra. Después pidió la cuenta.

—Visita el periódico… te alcanzaré más tarde.

La inspectora se rio. Le pareció la sonrisa más hermosa que había visto en mucho tiempo.

—En fin, no importa.

—Espera… —dijo él y la agarró del antebrazo. Los ojos de la policía se clavaron en su mano. Después del primer beso, Peralta no había vuelto a rozarla. La soltó y habló—. Es probable que mañana tenga que entregar mi informe y regresar a Madrid… y he pensado en algo.

—Espero que tengas una buena razón para ignorarme.

—Dijiste que en esa agenda había varias citas con el sacerdote en las últimas semanas.

—Así es. Y que se reuniría con su abuelo y con el notario.

—Mencionaste que recurrió a la consulta de su tío en dos ocasiones.

—Sí… —dijo y notó el brillo en los ojos del compañero—. ¿Crees que Ródenas tiene alguna relación con la benzodiazepina?

—Es médico de cabecera, pero lo cierto es que se ha comportado muy extraño desde el primer momento…

—¿Qué sugieres?

Peralta apuró la cerveza y apoyó el vaso sobre la barra. Después pidió la cuenta.

—Visita el periódico… te alcanzaré más tarde.

76

Miércoles, 13 de agosto.

Zona residencial de Ciudad Jardín. Barrio de Altabix. Elche, Alicante.

La amplia cocina americana le pareció más grande de lo habitual. Por la ventana observaba e jardín interior y los edificios que sobresalían por encima de la pintada que protegía las lamas d madera. Apoyada en un clásico taburete redondo, vertió un poco más de vino blanco sobre l copa de cristal. Era la segunda que tomaba tras el desayuno. Empezó a sentir el burbujeo de alcohol haciendo círculos en su cabeza. Con un poco de vino, el día cambiaba de color para ella Se decía que podía controlarlo. Una mentira habitual que repetía, convenciéndose de que no tení un problema, pero el desengaño llegaba con cada resaca.

Esa mañana, su marido había salido a trabajar y no volvería hasta entrada la tarde, si es que l hacía.

Le prometió que pasarían juntos la Alborada, el famoso espectáculo de fuegos artificiales qu todos los ilicitanos celebraban en familia, año tras años.

Para muchos, ese era el momento más esperado del verano. Un encuentro único con l pólvora. Para otros, una tradición sagrada que reunía a las familias en las terrazas de lo edificios.

Una noche atípica, especial y muy ilicitana. Las toneladas de pólvora alumbraban el cielo co truenos y palmeras de colores durante cuarenta minutos. A las doce de la noche se oscurecía l ciudad y la música del Misteri sonaba por los altavoces, desde lo alto del campanario de l Basílica menor de Santa María. Una enorme cohetada en forma de palmera, conocida como l Imperial por ser la más potente de todas, alumbraba la ciudad durante segundos, dejando u fuerte resplandor en el cielo. La noche se transformaba en día como el truco final del espectácul de un ilusionista.

Desde lo alto del campanario de la Basílica, una representación de la Virgen aparecí iluminada. De fondo, la acompañaba por el altavoz Aromas Ilicitanos, una habanera que cantab a los símbolos más importantes de los ilicitanos: su patrona, la Virgen de la Asunción; la Dam de Elche y a los dos objetos de Patrimonio de la Humanidad: el Misteri y la noche de la Nit d l'Albà. Y entre cánticos y abrazos, las familias partían una sandía y la acompañaban con u espumoso bien frío.

Pero esa velada no habría cava ni fruta que cortar. Esa noche no habría terraza, ni Jos llegaría a tiempo para celebrarlo con ella y con su hijo. Montserrat pensó que tal vez prefirier pasar la velada con alguna de sus amantes. Porque esa noche, como las siguientes del calendari

que estaban por llegar, faltaría la pieza más importante de su vida y la única capaz de unirlos a todos: su hija Laura.

Agarró la copa, se puso las gafas de sol y salió de casa.

Al caminar, notó un ligero mareo por el alcohol. Se dijo que le vendría bien un poco de aire para despejarse. El sol de la mañana golpeaba con fuerza en el agua de la piscina. Montserrat llevaba un vestido largo veraniego de color blanco en el que se transparentaba el biquini azul marino. Se acercó al borde de la piscina e intentó mantener el equilibrio para no caer en ella. Descalza, comprobó la temperatura del agua con los dedos del pie derecho.

«Todavía está fría», dijo, ante la posibilidad de darse un baño al sol. Decidió esperar un poco. Dejó la copa de vino sobre una baldosa cercana, para volver a ella más tarde, y se agachó con cuidado de no resbalar.

Con las rodillas flexionadas, primero introdujo una pierna en la piscina y después la otra. Poco a poco, el agua le llegó hasta las rodillas. Tenía razón, pensó y se rio. El agua estaba helada. Giró el cuerpo de cintura para arriba y estiró el brazo para recoger la copa, cuando un destello la sorprendió.

«¿Qué será?», se preguntó, mirando por encima de las monturas.

El sol golpeaba directo en una superficie brillante que provocaba un destello entre los setos. No obstante, era incapaz de ver con detalle qué producía el reflejo. Podía ser cualquier cosa, sospechó. Desde una moneda a un objeto de aluminio o de vidrio.

Se giró hacia el otro lado y miró a la ventana de la habitación de su hijo Miguel. El muchacho seguía dormido, o eso creía la madre. El día anterior había sido muy duro para él. Después de la escena durante la comida, por la noche tuvo que tragar con la violenta reprimenda de un padre desinhibido por los estupefacientes. En el fondo, pensó ella, su hijo la salvó de cometer una estupidez. Minutos antes de que apareciera en la casa, Montserrat inició la conversación que proponía el fin de su matrimonio. Pero ese diálogo no se celebró. El chico llegó, José lo agarró y volcó la rabia verbal y la vergüenza acumulada que contenía por la muerte de su hija.

Miguel se limitó a escuchar y a agachar la mirada. Cualquier intento de conciliación hubiera sido en vano. Su madre no pudo defenderlo. El padre iba colocado y ella estaba borracha y herida.

Prefirió ignorar el reflejo y centrarse en la tranquilidad de aquella enorme bañera. Chapoteó con los pies, formando un pequeño oleaje que no tardó en desaparecer sobre el agua azul.

Miró otra vez, atraída por la curiosidad.

El destello seguía ahí.

Cansada e intrigada, se incorporó con torpeza y se acercó a los setos laterales para salir de dudas.

«Seguro que es una tontería», se dijo. El calor de las baldosas comenzaba a ser molesto en la piel, a pesar de que tenía los pies recién mojados.

La mujer apartó varias ramas e introdujo la cabeza en la frondosidad de los pinos. La punta de un objeto era lo que provocaba que el rayo del sol generara aquel reflejo. Necesitaba salir de dudas.

Alargó el brazo, rozando la piel con las punzantes ramas de los pinos, y tocó con los dedos el principio de algo.

«Ya te tengo».

Metálico y liso.

«A saber cómo has llegado hasta aquí».

Con los dedos, agarró de la punta un objeto del tamaño de una lima de uñas. Retiró la mano para ver qué era.

«¿Y esto? Qué extraño», pensó al ver la navaja y se preguntó cómo habría llegado hasta allí. Hacía años que Miguel había abandonado aquel grupo de acampadas. Nunca le gustó asistir a ellos. Le parecían demasiado ñoños.

La abrió con sumo cuidado para no hacerse daño. El alcohol dramatizó la proeza, convirtiendo algo tan banal en una hazaña.

Pero su expresión de sorpresa se transformó en estupefacción.

La lámina metálica plana y punzante estaba cubierta de sangre reseca en su interior. La primera reacción fue soltarla. La navaja cayó abierta sobre las baldosas del jardín. No gritó, sólo retrocedió asustada.

El sonido seco del impacto bastó para llamar la atención de su hijo.

—¿Qué haces, mamá? —preguntó Miguel Coves, expectante, desde la puerta de la cocina que llevaba al jardín.

Y encontró los ojos aterrados y ebrios de la madre.

—¡Miguel!

Lamentó que ella presenciara aquello, pero no había tenido tiempo a esconderla en un lugar mejor desde la noche anterior. Tras el encuentro con Navarro, decidió deshacerse del arma, pero debía hacerlo bien, sin dejar rastro. Y pensó que allí, entre los setos, hasta que tuviera ocasión de salir de casa sin que lo vieran, como estaba a punto de hacer, nadie se daría cuenta.

Pero no fue así.

Esa mañana su madre tuvo que buscar en los setos, lamentó.

Montserrat no se había acercado a la arboleda desde que compraron la vivienda.

—¿Es tuya? —preguntó horrorizada. El hijo se lanzó sobre ella e intentó quitársela de las manos. La mujer se resistió—. ¡Para!

Pero la fuerza del muchacho la empujó atrás y le arrebató la navaja.

—¡Háblame, soy tu madre!

Alterado y sin mediar palabra, salió en dirección opuesta, hacia la entrada de la vivienda. Paralizada de pies y manos, no fue tras él. Todavía seguía agitada por el forcejo. Segundos más tarde, la puerta automática se abrió y Miguel abandonó la casa al volante del vehículo de su madre.

—¡No, Miguel! —gritó, corriendo en vano hacia el otro lado de la propiedad. Llegó a la calle, oyó el rugido del motor y supo que no lo detendría—. ¡Miguel! ¡Miguel!

El vehículo se perdió por la avenida y el grito llamó la atención de los vecinos. Descalza y todavía mareada, ni siquiera tuvo tiempo para comprender qué había hecho su hijo. Sólo sentía la angustia del abandono, la impotencia de la falta de autoridad y el miedo del peligro que representaba ese objeto. Desde las ventanas de algunas casas vecinas, la miraban como quien observa un drama que no le conviene.

Después se derrumbó, cayó de rodillas y rompió a llorar.

Con los dedos, agarró de la punta un objeto del tamaño de una lima de uñas. Retiró la mano para ver qué era.

«¿Y esto? Qué extraño», pensó al ver la navaja y se preguntó cómo habría llegado hasta allí. Hacía años que Miguel había abandonado aquel grupo de acampadas. Nunca le gustó asistir a ellos. Le parecían demasiado ñoños.

La abrió con sumo cuidado para no hacerse daño. El alcohol dramatizó la proeza, convirtiendo algo tan banal en una hazaña.

Pero su expresión de sorpresa se transformó en estupefacción.

La lámina metálica plana y punzante estaba cubierta de sangre reseca en su interior. La primera reacción fue soltarla. La navaja cayó abierta sobre las baldosas del jardín. No gritó, sólo retrocedió asustada.

El sonido seco del impacto bastó para llamar la atención de su hijo.

—¿Qué haces, mamá? —preguntó Miguel Coves, expectante, desde la puerta de la cocina que llevaba al jardín.

Y encontró los ojos aterrados y ebrios de la madre.

—¡Miguel!

Lamentó que ella presenciara aquello, pero no había tenido tiempo a esconderla en un lugar mejor desde la noche anterior. Tras el encuentro con Navarro, decidió deshacerse del arma, pero debía hacerlo bien, sin dejar rastro. Y pensó que allí, entre los setos, hasta que tuviera ocasión de salir de casa sin que lo vieran, como estaba a punto de hacer, nadie se daría cuenta.

Pero no fue así.

Esa mañana su madre tuvo que buscar en los setos, lamentó.

Montserrat no se había acercado a la arboleda desde que compraron la vivienda.

—¿Es tuya? —preguntó horrorizada. El hijo se lanzó sobre ella e intentó quitársela de las manos. La mujer se resistió—. ¡Para!

Pero la fuerza del muchacho la empujó atrás y le arrebató la navaja.

—¡Háblame, soy tu madre!

Alterado y sin mediar palabra, salió en dirección opuesta, hacia la entrada de la vivienda. Paralizada de pies y manos, no fue tras él. Todavía seguía agitada por el forcejo. Segundos más tarde, la puerta automática se abrió y Miguel abandonó la casa al volante del vehículo de su madre.

—¡No, Miguel! —gritó, corriendo en vano hacia el otro lado de la propiedad. Llegó a la calle, oyó el rugido del motor y supo que no lo detendría—. ¡Miguel! ¡Miguel!

El vehículo se perdió por la avenida y el grito llamó la atención de los vecinos. Descalza y todavía mareada, ni siquiera tuvo tiempo para comprender qué había hecho su hijo. Sólo sentía la angustia del abandono, la impotencia de la falta de autoridad y el miedo del peligro que representaba ese objeto. Desde las ventanas de algunas casas vecinas, la miraban como quien observa un drama que no le conviene.

Después se derrumbó, cayó de rodillas y rompió a llorar.

77

Miércoles, 13 de agosto.

Zona residencial de Ciudad Jardín. Barrio de Altabix. Elche, Alicante.

Alrededor de las siete de la tarde, el Mercedes de Manuel Coves aparcó frente al chalé de su hijo. Coves no viajaba solo. Del vehículo bajaron sus tres hombres de confianza: Ximo Macià Toni Verdú y Arturo Miralles.

Tres horas antes, su hijo José le telefoneó contándole lo ocurrido. El abuelo, que estaba a corriente de las últimas noticias gracias al soplo de Bernabéu, le transmitió calma, a la vez que pidió a la familia que no avisara a la policía.

Con esa edad y entre los chicos como él, que habían crecido sobre algodones, era muy comú aquello de marcharse dando un portazo y regresar a la hora de la cena como si no hubiera sucedido nada. En ocasiones era mejor eso que provocar un enfrentamiento familiar, reflexionó el abuelo. Pero lo de Miguel no era un berrinche. Más bien, pensó que estaría asustado.

Tocó el timbre de la propiedad, escoltado por sus hombres, y oyó cómo la puerta se abría. Su hijo José, que había regresado al domicilio antes de lo habitual, salió a recibirlo.

—¡Papá, menos mal que has venido! —exclamó desde la puerta de la casa y corrió hacia él con intención de abrazarlo. Manuel se desprendió del hijo con un gesto rápido. No estaba allí para consolarlo.

—¿Sabéis algo de él? ¿Ha dado señales?

—No… —respondió el hombre, despeinado, con una camisa llena de arrugas y azul como el color de la piscina. Manuel Coves le dio un vistazo. Tenía un aspecto deleznable—. Se ha llevado el coche de Montse.

—¿Y tú mujer? ¿Cómo se encuentra?

—Está… durmiendo —respondió, excusándose.

—Estoy despierta —dijo la voz femenina de la esposa, todavía frágil y perjudicada por el alcohol. José intentó ocultar su presencia, pero ella se adelantó a sus intenciones—. No mientas a tu padre delante de mí.

—Basta ya, los dos. Hay que encontrar al chico —intervino el abuelo y miró a sus acompañantes—. Vamos a buscarlo por la ciudad. Vosotros os quedáis aquí. ¿Alguna idea de dónde puede estar?

—No lo sé —respondió el hijo—. Supongo que en los sitios a los que va la gente de su edad ¿no?

Manuel Coves lo miró con desprecio.

—Inútil… A veces me cuestiono si tu madre me fue infiel.

Avergonzado, José se echó las manos a la cara. Manuel se acercó y le susurró al oído:

—Eres un maldito desastre. Hueles a perfume de fulana, tu hijo ha desaparecido y tu mujer tiene un problema con la bebida. ¿Cuántos años crees que vas a aguantar ignorando la situación? Arregla tu maldito matrimonio, ¡por el amor de Dios! ¡Es lo único que te va a quedar de herencia!

—Eso ya no tiene arreglo… —contestó Montserrat Miralles, bajando los peldaños de la entrada principal y acercándose a ellos. Con sus andares, delató el estado en el que se encontraba. Las piernas le fallaban y sus caderas se movían con gestos extraños. La mirada brillante, como si estuviera barnizada, y los ojos inyectados en sangre, advertían de su embriaguez—. Quiero el divorcio, José.

—¿Qué estás diciendo? ¡Cállate, Montserrat! ¡No es el momento!

Ella alargó el brazo para propinarle una bofetada, pero la lentitud de sus movimientos permitió que el marido la detuviera a tiempo. La agarró de la muñeca y la apartó a un lado. A consecuencia del rechazo, la mujer echó a llorar.

—¡Te odio, bastardo! ¡Ya no te amo! ¿Es que no lo ves?

—¡Estás haciendo el ridículo delante de mi padre!

—¿Crees que me importa una mierda, José? ¡Tu hija está muerta y tu otro hijo es un delincuente!

—¿Cómo dices? —preguntó, atónito.

Los ojos de Manuel Coves se iluminaron.

—Déjalo estar, Montserrat. Estas cosas se hablan en privado.

—¡Apuñaló a ese chico! ¿Crees que no lo sé?

—Estás borracha, vete al dormitorio…

—¡Te lo he intentado decir y no me has querido escuchar! ¿Puedes aceptar que tu hijo es una mala persona?

—Mierda… —comentó el marido.

—¿Lo ves? Ni siquiera lo conoces.

Harto de tanto espectáculo, el abuelo medió entre el matrimonio, poniendo fin a la situación.

—¡Basta, ya! *Collons*! —gritó, espantando una bandada de gorriones que posaba en un árbol—. No quiero volver a oír una mala palabra sobre nuestra familia, ¿entendido?

Los adultos respondieron como dos adolescentes bajo la reprimenda de una autoridad superior. Las personas crecen y envejecen, pero la mente llega a una edad cuando deja de madurar, o no lo hace si no experimenta nuevos episodios que marquen un cambio.

Furioso, se acercó a José y lo agarró por los hombros.

—¡Estoy avergonzado de ti, pero sigues siendo mi hijo! —exclamó, a escasos centímetros de su cara. Después lo soltó y se dirigió a ella—. Y tú, te guste o no, estás casada con un Coves. Te acogimos desde el primer día y no muestras ni un ápice de gratitud. Has perdido una hija y sé que te sientes dolida, pero con esa actitud vas a ver cómo tu hijo se pudre en la cárcel, ¡así que compórtate, che! ¡Y deja de beber como un inglés! ¡Dios! ¿Es que no entendéis que necesitamos estar unidos?

El hombre miró a su séquito, que contemplaba la escena sin despeinarse. Eran tipos duros arrugados, pero con tinieblas tras las pupilas.

—¿Qué podemos hacer, papá?

Manuel Coves cogió aire, se frotó las manos y carraspeó. Luego cambió el tono de voz a uno más tenue, pero no menos serio.

—Os vais a dar una ducha hasta que se os pase la borrachera y después iréis a recoger a rmamá —ordenó, siendo preciso con sus palabras—. Esta noche veréis la Alborada con ella, os ?guste o no… No es tanto lo que pido, ¿creéis que podréis cumplir con vuestra palabra?

e —Déjame ir con vosotros —rogó José.

—No. Tú te harás cargo de tu mujer —indicó y llenó los pulmones otra vez—. Nosotros asaldremos a buscar al chico. Es probable que no ande muy lejos.

e —Está bien…

a —¡Ah! Una cosa más… Mañana vendrá la policía a detenerlo —mencionó, provocando una ısegunda reacción de malestar en la pareja—. Si preguntan por el coche, decís que está en el taller. No hay por qué preocuparse. Se entregará y lo soltarán en unas horas. No tendrán nada contra él. Yo me encargaré de eso… como siempre… Vosotros limitaos a lo que os pido y sarreglad vuestros problemas… ¿Queda claro?

A —Sí.

Coves se giró y caminó hacia la puerta.

—*Ximo, posa el cotxe en martxa*[1]…

Los cuatro hombres abandonaron la vivienda, subieron al Mercedes y desaparecieron de la ıcalle.

José y Montserrat observaron la salida en silencio, pensativos. La visita del abuelo los había dejado helados y sin fuerzas para seguir luchando, pero debían cumplir con la promesa.

En un atisbo de flaqueza, José abrió los brazos y se acercó a su esposa para abrazarla, pero ella lo rechazó entre lágrimas, después se giró y entró en la vivienda.

N.d.T.: Ximo, pon el coche en marcha.

a

l

d
e

e
e
é
e
s

,

Manuel Coves cogió aire, se frotó las manos y carraspeó. Luego cambió el tono de voz a uno más tenue, pero no menos serio.

—Os vais a dar una ducha hasta que se os pase la borrachera y después iréis a recoger a mamá —ordenó, siendo preciso con sus palabras—. Esta noche veréis la Alborada con ella, os guste o no… No es tanto lo que pido, ¿creéis que podréis cumplir con vuestra palabra?

—Déjame ir con vosotros —rogó José.

—No. Tú te harás cargo de tu mujer —indicó y llenó los pulmones otra vez—. Nosotros saldremos a buscar al chico. Es probable que no ande muy lejos.

—Está bien…

—¡Ah! Una cosa más… Mañana vendrá la policía a detenerlo —mencionó, provocando una segunda reacción de malestar en la pareja—. Si preguntan por el coche, decís que está en el taller. No hay por qué preocuparse. Se entregará y lo soltarán en unas horas. No tendrán nada contra él. Yo me encargaré de eso… como siempre… Vosotros limitaos a lo que os pido y arreglad vuestros problemas… ¿Queda claro?

—Sí.

Coves se giró y caminó hacia la puerta.

—*Ximo, posa el cotxe en martxa*[1]…

Los cuatro hombres abandonaron la vivienda, subieron al Mercedes y desaparecieron de la calle.

José y Montserrat observaron la salida en silencio, pensativos. La visita del abuelo los había dejado helados y sin fuerzas para seguir luchando, pero debían cumplir con la promesa.

En un atisbo de flaqueza, José abrió los brazos y se acercó a su esposa para abrazarla, pero ella lo rechazó entre lágrimas, después se giró y entró en la vivienda.

N.d.T.: Ximo, pon el coche en marcha.

78

Tras la comida, Agulló y Peralta tomaron caminos separados. La inspectora aceptó los términos de su compañero. Ella visitaría la redacción del periódico, obcecada en que encontraría algo de valor. Por su parte, Peralta resolvería la incógnita relacionada con los problemas de salud de la joven Laura.

La consulta médica de Daniel Brotons se ubicaba cerca del mesón, junto a la entrada de un colegio de monjas. Recorrió la ciudad, vacía a esas horas, y se preguntó si el médico estaría de vacaciones.

Cuando pasaba por delante de una cervecería alemana situada en el chaflán de un edificio de viviendas, sintió una vibración en el bolsillo del vaquero.

—¿Sí? —preguntó al descolgar.

—Melchor, soy yo —dijo la subinspectora García. Su voz le sorprendió. Se había olvidado de ella—. ¿Cómo estás? He intentado hablar contigo en varias ocasiones, pero no respondías…

—Marta… —dijo e intentó recordar el registro de llamadas perdidas. Puede que tuviera razón. El caso lo había absorbido por completo—. Perdona, ni siquiera sé en qué día vivo.

—Por cierto, ya me he enterado de tu regreso. Balmes nos lo ha comunicado. No está muy contento.

—¿Sabes? No es un caso fácil.

—No me sorprende. ¿Qué tal con ella?

—¿Agulló? —preguntó y arqueó una ceja—. Bien, supongo.

—¿Bien?

—Sí. Es buena y tiene talento. ¿A qué viene este interrogatorio?

—Nada —dijo con sequedad.

—Ese nada suena a otra cosa.

—No te demores —respondió con voz monótona—. Te he llamado para avisarte. Los de Asuntos Internos han estado por aquí haciéndonos preguntas. Nos están pinchando para saber más sobre el caso de La Vaguada.

Un escalofrío erizó el vello de los brazos del inspector.

—¿Qué les has dicho?

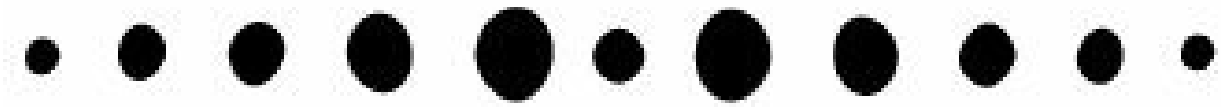
—¿Tú qué crees?

—Nada.

—Tu sitio está aquí, Melchor, en Chamberí. No pierdas más el tiempo.

La subinspectora colgó con desaire.

«Mierda…», lamentó Peralta con el teléfono en la mano. ¿Eran celos o un mero enfado?, se cuestionó, preocupado. En ocasiones no entendía las señales. Pensó que su compañera tenía razón. Su lugar no era aquel, entre palmeras y humedad, sino que estaba en Madrid, dentro de la M-30 y junto al Manzanares.



Una secretaria joven lo recibió en la entrada de la consulta. Primero reconoció no tener una cita con el médico y después le mostró la placa policial. Ante el desconocimiento, la empleada le pidió que esperara en una de las butacas de espera y llamó por teléfono al médico.

—El señor Brotons sabe de sobra quién soy —espetó Peralta mientras la secretaria descolgaba el teléfono—. Dígale que no me pienso marchar hasta que aparezca.

Por suerte para el policía, no tuvo que esperar demasiado. Media hora más tarde, Brotons cruzaba la puerta de su consulta. Peralta se puso en pie para recibirlo. El semblante serio y distante seguía marcado en él. Era un tipo extraño, se dijo el policía, pero no parecía tener problema en atenderlo.

—Me preguntaba cuándo aparecería uno de ustedes por aquí… —comentó y abrió la puerta de su despacho y se dirigió a la secretaria—. Ángela, no me pases a nadie hasta que se marche.

Peralta accedió a una oficina que estaba separada de la sala de consulta por una puerta. El despacho era amplio, decorado con muebles rococó, una lámpara verde de cristal y una biblioteca propia de un ávido lector. Por la cristalera se contemplaba el palmeral del patio del colegio que había al otro lado.

—Bonita consulta —dijo Peralta, observando la lámpara de lágrimas de cristal que colgaba del techo. No era lo que esperaba encontrar allí—. Cualquiera diría que es la de un médico.

—Gracias. Me gusta sentirme cómodo cuando trabajo —respondió y carraspeó—. ¿En qué le puedo ayudar?

Peralta observó los diplomas y los cuadros que colgaban de la pared. Brotons estaba orgulloso de la persona que era.

—¿Por qué ha dicho que esperaba nuestra visita?

El médico arqueó las cejas.

—Es una forma de hablar. Están investigando el asesinato de mi sobrina —explicó, sin alterar la voz—. Tarde o temprano me harían preguntas.

—Está bien, no le haré perder su preciado tiempo.

—Se lo agradezco. Cada cliente es dinero.

—Verá… —dijo y se frotó los ojos. No sabía por dónde comenzar—. La razón por la que estoy aquí es muy concreta… Durante la autopsia han encontrado restos de benzodiazepina en los análisis de sangre de Laura… En su agenda personal, Laura tuvo varias citas con usted aquí en la consulta. Eso es cierto, ¿verdad?

El hombre esbozó una mueca. Ni siquiera se acercaba a una sonrisa.

—¿Me está relacionando con su muerte, inspector?

—¿Podría comprobar su libro de citas?

—Me temo que no. Es información confidencial.

—Si no tiene nada que ocultar, no tiene por qué negarse. No me interesan los nombres de sus otros clientes.

—Se llama código deontológico.

—Yo lo llamo obstaculizar una investigación.

Brotons se rio por la nariz y dio varios pasos en círculo.

—Eso sí que tiene gracia.

—No para mí.

—Dígame, inspector, ¿quién entorpece la investigación de quién? —quiso saber, desafiante—. ¿Yo, la suya? ¿O usted, la de Sempere? Me pregunto qué pensará el inspector si le dijera que está aquí, haciendo su trabajo.

—Llame a la comisaría, no se corte.

Los ojos del médico se abrieron de par en par.

—No lo haré —sentenció—. Jamás le ofrecería la mano a ese miserable de Sempere, aunque mi vida dependiera de ello… Ese inspector lleva años detrás de toda mi familia. ¿Cómo quiera que actúe?

—Supongo que es mi día de suerte.

—No lo sé, pero seré sincero con usted —expresó y lo miró de frente—. No tengo la menor idea del origen de la benzodiazepina… Y sí, Laura estuvo aquí, pero no estoy al corriente de que se sometiera a ningún tratamiento psiquiátrico. De ser así, me lo habría contado.

—¿Confiaba en usted? No parece el miembro más cercano de la familia.

—Era su tío, pero también su médico.

—En ese caso…

—Qué hacía aquí, ¿verdad? Laura acudió a mí porque estaba perdida… Comenzó a sentirse fatigada, hambrienta… No sabía qué le ocurría. Tenía una vida activa y saludable, pero, de repente, adelgazó demasiado en los últimos meses… Por supuesto, nadie en su familia lo notó excepto yo, ya me entiende… Una de esas comidas familiares es la mejor representación de los problemas y traumas de cada uno.

—¿Y qué descubrió?

—Un principio de diabetes.

—Tiene sentido —pensó el policía en voz alta—. ¿Se lo comunicó?

El médico lo observó desconcertado.

—Quizá lo tenga para usted… pero, sí… Laura estaba asustada cuando se lo dije. La diabetes es algo que se puede tratar con normalidad, pero ella vivía bajo los cánones y las demandas de la sociedad.

—¿Qué le aconsejó?

—No soy un médico especialista y sus niveles de azúcar eran más altos de lo habitual, aunque no una barbaridad… Le receté Miglitol para disminuir la digestión del azúcar, pero le dije que se pusiera en manos de un especialista.

—Eso habría sido lo más apropiado desde el primer momento, ¿no cree?

—Tenía miedo a que la juzgaran, de que se preocuparan demasiado por ella. Quería parecer más fuerte de lo que ya era y eso le pasaba factura emocionalmente…

—Está bien, ¿lo sabe alguien más?

—No. Estoy casi convencido de ello.

—¿Cree que empezó a tomar alguna clase de tranquilizante a raíz de la noticia?

Brotons negó con un gesto.

—Aunque el tratamiento no afecta a la diabetes, necesita una receta médica. Según tengo entendido, Laura no fue al psiquiatra.

—¿Está seguro?

—Me lo habría contado. Tenía confianza conmigo… Además, lo habría notado. Sé cómo actúan esas pastillas sobre el organismo.

—Interesante…

—Mi esposa se medicó hace algún tiempo.

—Entiendo… No me malinterprete, pero cuando lo vi en el tanatorio, no parecía muy afectado por su pérdida.

—Tengo un carácter reservado. Reconozco que no soy tan expresivo como mi suegro, pero eso no me hace menos humano.

—¿Le habló alguna vez Laura sobre su vida privada?

—No. Tengo una hija, ¿sabe? Precisamente, Laura confiaba en mí porque no hacía más preguntas de las necesarias.

—¿Dónde estuvo la noche en la que Laura murió?

—Tomando una copa con mi señora y unos amigos. ¿Todavía sospecha de mí?

—Sospecho de quien tuviera razones para hacerle daño.

—Se equivoca conmigo, inspector… Aunque no haré yo su trabajo —señaló, distanciándose—. Mire, ella vino a mí y yo le ofrecí mi ayuda… Puede que ese chico la drogara a propósito… La juventud está enferma y no tiene límites. Una mezcla de pastillas y alcohol es una buena combinación para dejar a alguien fuera de juego… Si fue así, se merece lo que le ha ocurrido.

—¿Y si no fue él?

—Siento comunicarle que no tengo una opinión objetiva al respecto.

—¿Cree que empezó a tomar alguna clase de tranquilizante a raíz de la noticia?

Brotons negó con un gesto.

—Aunque el tratamiento no afecta a la diabetes, necesita una receta médica. Según tengo entendido, Laura no fue al psiquiatra.

—¿Está seguro?

—Me lo habría contado. Tenía confianza conmigo… Además, lo habría notado. Sé cómo actúan esas pastillas sobre el organismo.

—Interesante…

—Mi esposa se medicó hace algún tiempo.

—Entiendo… No me malinterprete, pero cuando lo vi en el tanatorio, no parecía muy afectado por su pérdida.

—Tengo un carácter reservado. Reconozco que no soy tan expresivo como mi suegro, pero eso no me hace menos humano.

—¿Le habló alguna vez Laura sobre su vida privada?

—No. Tengo una hija, ¿sabe? Precisamente, Laura confiaba en mí porque no hacía más preguntas de las necesarias.

—¿Dónde estuvo la noche en la que Laura murió?

—Tomando una copa con mi señora y unos amigos. ¿Todavía sospecha de mí?

—Sospecho de quien tuviera razones para hacerle daño.

—Se equivoca conmigo, inspector… Aunque no haré yo su trabajo —señaló, distanciándose —. Mire, ella vino a mí y yo le ofrecí mi ayuda… Puede que ese chico la drogara a propósito… La juventud está enferma y no tiene límites. Una mezcla de pastillas y alcohol es una buena combinación para dejar a alguien fuera de juego… Si fue así, se merece lo que le ha ocurrido.

—¿Y si no fue él?

—Siento comunicarle que no tengo una opinión objetiva al respecto.

79

Miércoles, 13 de agosto.

Glorieta de Elche. Elche, Alicante.

Cuando la inspectora Agulló cruzó la entrada de la redacción del Diario Información, supo que estaba en el lugar correcto. Su presencia no pasó desapercibida ante los ojos de los redactores. Reconoció algunas caras que había visto antes merodeando por la comisaría.

—Quiero hablar con el jefe de sección de sucesos —pidió en la recepción, antes de que la invitaran a marcharse. Su voz era tan confiada, que la recepcionista le pidió que aguardara unos minutos. A continuación, un hombre acudió a su reclamo. Era alto, tenía un aspecto cansado y bastante delgado. Lucía el pelo canoso y rizado, unas gafas de pasta negra que hacían sus ojos más grandes y una camisa de cuadros, arremangada. Agulló miró hacia arriba, dada su altura, y le ofreció la mano.

—Vicente Cremades. ¿Qué desea?

—Inspectora Agulló, de Homicidios de Alicante —explicó, presentando sus credenciales—. Me gustaría hablar con la persona que está filtrando el caso de Laura Coves.

—Ajá, es usted… —dijo y tragó saliva—. Si lo dice por la noticia de hoy…

—No, no se preocupe —respondió, restándole importancia—. A estas alturas, me es irrelevante lo que digan de mí… Tan sólo me gustaría hacerle unas preguntas a quien esté a cargo del tema.

—Tiene a esa persona delante… —dijo y le indicó el camino a su escritorio—, acompáñeme por aquí.

Cremades movía las piernas como un flamenco. Sus extremidades eran tan largas que parecían de goma. La redacción no era numerosa, pero tenía el ritmo propio de un diario de tirada media. Los redactores, jóvenes becarios en su mayoría, tecleaban a toda velocidad y entraban y salían como hormigas de un agujero. Cremades parecía indiferente a ellos, capaz de separar su fuero interno del ruido exterior. Agulló lo siguió hasta una oficina pequeña de cristal y aluminio. Cerró la puerta para evitar distracciones y encontró un escritorio desordenado, lleno de papeles y con una estantería plagada de libros.

—Acogedor —comentó ella.

—Es un periódico, no un museo. ¿Qué le puedo ofrecer, inspectora?

—Estoy bien, gracias —dijo y se quedó de pie, junto a la puerta—. Sé que no me va a decir quién le está filtrando la información del caso.

—En efecto, no lo voy a hacer.

—Pero quiero que sea consciente del daño que nos está haciendo a la Policía.

—Los lectores tienen derecho a estar informados. Llevan cuatro días sin encontrar al asesino de Laura Coves. Cada noche, hay miles de madres que velan por la seguridad de sus hijas. Si hay un cambio en la investigación, es importante que…

—Corte el rollo, ¿quiere? —pidió, tajante, y el periodista calló de golpe. Aprendía rápido de Peralta. Le mostró la fotografía de Laura Coves con su familia y el sacerdote—. ¿Los conoce?

—¿Quién no? Eran dos rostros de la ciudad.

Después le mostró la segunda fotografía.

—¿Y a ella? —preguntó, señalando a Olga Kasyanenko. Agulló estudió el rostro de aquel hombre, que vacilaba en su respuesta—. Es importante.

—No.

—¿Nunca ha visto a esta mujer?

Él la miró con atención.

Intentaba recordar.

La inspectora quería guardar su carta hasta el final. Esperaba que el redactor confesara la verdad. Cremades se rascó la cabeza y se acercó a una balda de la estantería. Después sacó un archivador enorme, lleno de fotocopias en blanco y negro. Todas eran recortes de prensa de años anteriores. Lo abrió con énfasis y buscó con rapidez. Por último, lo giró y se lo mostró a la policía.

—¿Es ella?

El parecido era asombroso, aunque su nombre no aparecía en ninguna parte. En la fotografía Olga aparecía con mejor aspecto, el cabello más largo y algo más de peso. La mujer aparecía abrazada por un extraño—. Nunca olvido una cara.

—¿Quién es él? —preguntó la inspectora. El dedo de la inspectora señalaba el rostro de un hombre alto de pelo cobrizo. Bajo la imagen, leyó el pie de foto—. Fabian Dekker, magnate de la construcción… ¿Eran novios?

—A saber… ¿No lo conoce?

—¿Debería?

—No lo sé… —dijo y observó la imagen—. Dekker es un turbio empresario holandés que opera desde hace años en la Costa Blanca… Participó en el proyecto del Casino Mediterráneo de Alicante, posee varias constructoras en Benidorm y Torrevieja… y, aunque no tiene nada que ganar, una de sus empresas se ha presentado al proyecto del centro comercial.

—¿Por qué dice eso?

La inspectora fingió ingenuidad para que él hablara.

El redactor se rio.

—La otra candidatura la han presentado con una Unión Temporal de Empresas. Una de las familias es la de Laura Coves.

—Entiendo…

—Además, este tipo apareció de la nada… y aquí nos conocemos todos, ya me entiende —dijo y carraspeó—. Es poco probable que el Ayuntamiento confíe en una firma extranjera.

—Y más si el principal competidor es la alianza de Manuel Coves y Andrés Navarro…

—¿Qué es lo que ha venido a buscar, inspectora? Me tengo que marchar en breve…

Agulló volvió a mirar la fotografía. El titular anunciaba la construcción de un complejo de viviendas de lujo en Torrevieja.

Olga, Dekker y el centro comercial, pensó.

—Esta mujer murió en un accidente de tráfico, a manos del principal sospechoso de asesinato de Laura Coves… —comentó, sin desviar la vista de la imagen—. Su nombre era Olga Kasyanenko, trabajaba en el burdel de la carretera de Santa Pola y conocía a don Severiano Robles, el párroco de la Basílica de Santa María, y también a Laura Coves… Me está diciendo que este hombre se presenta como candidato para la construcción del nuevo centro comercial… y casualmente Olga Kasyanenko, don Severiano Robles y Laura Coves mueren con diferencia de varios días.

—Esas conjeturas son suyas.

El descubrimiento la sobrepasó. Había encontrado la conexión que unía a Olga con Dekker y por tanto, con el alcalde.

Laura Coves conocía los planes del alcalde y tenía intención de sabotearlo.

—Gracias por su ayuda —dijo, entrecortada—. Tengo que marcharme.

—Un momento, ¿por qué pone esa cara? ¿Qué ha descubierto?

—Lo siento… —dijo, dio media vuelta y abrió la puerta—. No vuelva a confiar en sus fuentes.

—¿Qué? ¡Oiga, espere!

Olga, Dekker y el centro comercial, pensó.

—Esta mujer murió en un accidente de tráfico, a manos del principal sospechoso del asesinato de Laura Coves… —comentó, sin desviar la vista de la imagen—. Su nombre era Olga Kasyanenko, trabajaba en el burdel de la carretera de Santa Pola y conocía a don Severiano Robles, el párroco de la Basílica de Santa María, y también a Laura Coves… Me está diciendo que este hombre se presenta como candidato para la construcción del nuevo centro comercial… y casualmente Olga Kasyanenko, don Severiano Robles y Laura Coves mueren con diferencia de varios días.

—Esas conjeturas son suyas.

El descubrimiento la sobrepasó. Había encontrado la conexión que unía a Olga con Dekker y, por tanto, con el alcalde.

Laura Coves conocía los planes del alcalde y tenía intención de sabotearlo.

—Gracias por su ayuda —dijo, entrecortada—. Tengo que marcharme.

—Un momento, ¿por qué pone esa cara? ¿Qué ha descubierto?

—Lo siento… —dijo, dio media vuelta y abrió la puerta—. No vuelva a confiar en sus fuentes.

—¿Qué? ¡Oiga, espere!

80

Miércoles, 13 de agosto.

Carrer Empedrat. Elche, Alicante.

Los más impacientes comenzaban a lanzar cohetes antes del anochecer. Los callejones de centro rebosaban de actividad en las horas previas a la Alborada. Los agentes municipales controlaban el tránsito de la ciudad, evitando que se produjeran accidentes. Las explosiones de los petardos llegaban desde los parques, desde los callejones y desde las plazas. No había rincón en Elche que se salvara de un fogonazo de pólvora. Pese a todo, los ciudadanos se movían con la calma de un día veraniego. Los comercios echaban el cierre y los bares bajaban la persiana antes de su hora habitual. Sólo algunos restaurantes ofrecían cenas hasta las once de la noche, pero encontrar una mesa libre sin reserva, era una misión imposible.

Dada la ocasión e iniciando los primeros movimientos de su contienda, Diego Soler celebró su habitual almuerzo, aunque aquello fuera una merienda. Invitó a varias personalidades de la ciudad a un encuentro informal y cercano para debatir los problemas de los habitantes. Era una práctica habitual, una tradición en la alcaldía.

Entre los personajes, en su mayoría hombres, a excepción de una conocida pintora local había desde empresarios a periodistas o expresidentes del Elche C.F. El lugar que los acogía siempre era el mismo: el histórico bar Casa Villalobos, una taberna nacida a principios del siglo XX y que había servido bocadillos de atún, tomate y anchoas y olivas partidas, a varias generaciones de ilicitanos.

El peculiar interior del local, con sus adornos de antaño, las latas de encurtidos sobre los mostradores, las mesas de Railite y una pared decorada con camisetas y bufandas del equipo local, sirvió de emplazamiento para que Diego Soler celebrara un brindis excepcional.

La ciudad seguía conmocionada por el suceso de la última semana y debían unir fuerzas para que los ilicitanos recuperaran el ánimo.

Aquel encuentro también sirvió de excusa para invitar a algunos concejales, a representantes del gremio de la prensa local y a varios miembros del Misteri d’Elx. Las últimas portadas de los diarios habían despertado cierta crispación en la opinión de los ciudadanos. Las noticias publicadas esa misma mañana, generaron un clima de escepticismo respecto a la labor de Cuerpo Policial. La inseguridad era razonable, pero no podían dejarse arrastrar por una ola de pesimismo.

Para más inri, cuando parecía que el asesino de Laura Coves cumpliría la condena, la reapertura del caso confundió a la población.

Pero, en el fondo, todo era parte de su estrategia.

El alcalde era consciente de que la transición sería dolorosa. Necesitaba contar con el apoyo de los presentes, antes de que Coves y Navarro se declararan la guerra.

Por su parte, ahora que tenía a Sempere a su lado y la confianza del comisario Javaloyes, los avances de la investigación pasarían por sus oídos. La situación era favorable para Soler.

Pensaba que el ingenuo de Sempere, obcecado por su venganza personal, nunca descubriría que él había provocado todo aquello. Y si lo hiciera, sería demasiado tarde.

Los invitados aparecieron con la excusa de que no dispondrían de mucho tiempo a causa de las reuniones familiares.

El alcalde prometió un evento breve, distendido y sin compromiso. Entendía que todos tenían cosas que hacer y él también. Le importaba hablar con algunas de las personas, pero debía maquillar sus intereses si incluía a la prensa entre los invitados.

Los presentes se conocían y las conversaciones se cruzaban, saltando de un tema a otro sin sentido alguno. El político aprovechó para calmar los ánimos cuando le preguntaron por la ausencia de don Severiano y el trágico episodio ocurrido días atrás.

Los dos miembros de la Capilla, el grupo adulto de cantores del Misteri, le transmitieron los rumores que corrían sobre la imposición de un nuevo párroco, al parecer, foráneo y poco interesado en pactar con políticos. La pérdida de don Severiano había sido un duro golpe para todos y dejaba huérfana a la Basílica y a la ciudad. Diego Soler le restó importancia a la preocupación, asegurando que encontraría la manera de llegar a un acuerdo con el futuro sacerdote y que las reformas del edificio no entendían de matices ideológicos.

Por otro lado, la prensa le atosigó sobre el caso de Laura Coves. El político aseguró no saber más que ellos. Su único deseo era que la Policía no tardara en esclarecer el asunto. Cada día que pasaba, la mancha de la desgracia empañaba a la ciudad. Y Elche era una localidad alegre repetía. Por último, cuando atendió las demandas de quienes se acercaron a él en busca de un titular, Diego Soler se dirigió a Vicente Cremades, el jefe de redacción del Información, que también estaba allí y a quien no había prestado mucha atención hasta el momento. Cremades, a pesar de su condición de periodista, era un hombre reservado con los poderes políticos. Para molestar, ya tenía a los cachorros. Su larga trayectoria al mando de la sección local del diario, le permitía ver y saber de todo. Guardaba tantos secretos como Soler y había cubierto sus campañas hasta la fecha. El único problema que tenía con Cremades era su relación. Cinco años atrás, cuando Vicente aspiró a un salario —y a un horario— más digno que el del periódico, le pidió a Soler el puesto de jefe del gabinete de comunicación del Ayuntamiento.

Soler se lo negó.

Era un paso muy arriesgado, casi como meter un Caballo de Troya en casa.

Desde entonces, ambos se distanciaron. Cremades dejó de ser complaciente con él, pero Diego Soler seguía filtrando información a través de terceros.

—¿Cómo va, Vicente? —preguntó, alzó los hombros y le sonrió—. ¿Todo bien?

—Como cada año, señor alcalde —dijo y dio un sorbo al botellín de cerveza—. Estos días, en los que parece que se generan menos noticias, es cuando más trabajo hay en el periódico.

—Ya… —comentó y se aclaró la boca con la cerveza—. Supongo que te refieres al caso de Laura Coves. Una desgracia y, sin restarle gravedad al asunto, en qué fechas…

—Es la primera vez que sucede algo tan díscolo en la ciudad —respondió el jefe de la

aredacción—. He revisado los archivos de los años anteriores y esto es lo más parecido a una campaña mediática. Nunca ha habido tantas noticias solapadas tan seguidas… Hasta la Policía está encima.

o El alcalde carraspeó.

—¿La Policía?

s —Una inspectora ha venido a hacer preguntas. Ni siquiera ellos saben lo que está pasando.

Diego Soler imaginó quién sería esa inspectora.

a —¿Y qué quería?

Cremades notó un exceso de interés por su parte.

e —Nada. Preguntas sobre Laura Coves y don Severiano.

—Entiendo… Ha sido un golpe muy duro. De no ser por las fiestas, te diría que nos nencontramos ante una crisis.

a —No es buena publicidad para su última legislatura.

Soler lo miró de reojo.

n —¿Quién te ha dicho que no me vaya a presentar a las siguientes elecciones? Acabo de ganar alas últimas. Son las segundas que alcanzamos la mayoría. No te adelantes…

—Cuelgan demasiados rumores a sus espaldas, alcalde. La oposición está lista para jugar sduro y todos los gobiernos, por muy sólidos que sean, acaban deteriorándose. ¿Confía en los que ovienen detrás de usted? ¿O cree que nadie más aspira a ser alcalde?

a Cremades estaba siendo un poco cínico con él, pero sus palabras eran contundentes. No lo aasustó, aunque tampoco le hizo gracia el comentario sobre la inspectora. Puede que estuviera olanzando un farol, sospechó. Soler tenía el poder suficiente para hacerlo desaparecer como había logrado con el sacerdote. Y lo mejor era que no necesitaba tocarlo para que eso ocurriera. Por rsupuesto que estaba al corriente de la sangre procedente de las juventudes del partido. Él también ehabía sido una de esas cabezas pensantes que aspiró a ser alcalde y lo logró. Pero llegar a lo alto ,tenía un gran coste, al menos si querías asegurar el ascenso: zancadillas, trampas, traiciones y nmentiras. No era muy diferente a trabajar en un banco. En cualquier caso, pensó que aquel sería eel problema de quien viniera detrás. Su sucesor, Antonio Parres, tragaría con la crisis de la que aCremades hablaba. Soler abandonaría el partido antes de su fractura. Parres ganaría las aelecciones pactando con las agrupaciones residuales y los siguientes cuatro años de mandato eserían un desastre. Un periodo necesario para la regeneración. La oposición tendría una soportunidad en el Ayuntamiento y también la perdería. Era de esperar de un partido que nunca ,había gobernado. Soler conocía bien los peligros del trono.

a Su último cometido era restablecer el orden, marcharse de la política habiendo limpiado la ciudad de sus rémoras más peligrosas y, por supuesto, cerrar el proyecto con Dekker. Después llegarían otros, también hambrientos y ambiciosos, ocuparían su puesto y la historia se repetiría.

—¿Qué hay de ti? ¿Sigues interesado en el trabajo?

o La pregunta alcanzó al periodista por sorpresa. No esperaba que el alcalde le mencionara aquello.

—¿Se refiere al gabinete?

n Diego Soler se acercó a él con complicidad.

—Verás, Vicente, no te voy a mentir… Tienes razón y es probable que no vuelva a epresentarme —murmuró por lo bajo mientras el resto seguía en sus conversaciones—. No es por falta de ganas. Este trabajo es mi vocación, pero siento que la vida me pide un poco de calma…

a

—Ambos sabemos cómo funciona la política y cuando llega otro alcalde, pone al que más le conviene. Tal vez, aquel no fuera tu momento, o no lo creía así… pero hoy opino lo contrario.

El discurso ruborizó a su acompañante. Era la mejor noticia que podía recibir ese día. Cremades se mostraba agotado del puesto que ocupaba en la redacción. El periodismo era un trabajo exigente y mal pagado. Un binomio difícil de emparejar cuando existía una familia a la que atender. Cremades había vivido las diferentes fases que atraviesa un redactor y estaba apurando la última.

—No sé qué decir, alcalde… —comentó con voz nerviosa—. No lo esperaba.

Diego Soler le apoyó la mano en el hombro para que callara antes de cometer una equivocación.

—Piénsalo, no hace falta que respondas ahora —dijo, sonriente—, aunque entiendo que, de rechazarme, ya me habrías dado la negativa.

—Se lo agradezco, de verdad.

—No tienes que hacerlo, Vicente. Todos merecemos una segunda oportunidad… o una primera. En ocasiones, deseamos algo con tanta fuerza, que nos aleja más de ello… y sin embargo, cuando lo apartamos de nuestro camino, viene a nosotros con suma facilidad. Es curiosa la contradicción que nos rodea.

Con el puesto de Cremades, el alcalde se aseguró el último silencio que necesitaba. Mejor pronto que tarde, se dijo. Una vez que se incorporara al gabinete, no podría comentar nada que no fuera a favor del Ayuntamiento.

Diego Soler elogió en silencio su inteligencia innata, su dialéctica y su agudeza para la toma de decisiones. El amor propio que se tenía, no le cabía en el pecho.

El siguiente paso era quitarse de encima a esos dos inspectores de Alicante. Ya se habían entrometido demasiado, se dijo. Esta vez no lo haría él, sino que Sempere se encargaría de corre la voz.

Por desgracia, siempre había alguien que arruinaba todo momento de gloria, algún aguafiestas que llegaba para romper la armonía de un encuentro feliz.

Aquel era Bernabéu, el inspector de la Policía Municipal.

Demacrado, con el cabello apelmazado y sin afeitar, apareció apoyado en una muleta y con la pierna escayolada.

El policía se detuvo frente a la puerta del bar, pasando desapercibido ante los asistentes al evento.

El alcalde notó su presencia. Las miradas se cruzaron en la distancia como las bolas de acero que protegen cada extremo de un Péndulo de Newton.

«¿Qué diablos haces aquí? ¡Lárgate, Bernabéu!», ordenó para sus adentros, expectante y deseando que se marchara.

El policía sacó un cigarrillo de un paquete aplastado y lo encendió sin quitarle ojo. El corazón del alcalde se agitó. No quería tener que dar una explicación de por qué no lo había invitado. El brillo de sus ojos le transmitió la desconfianza que lo envenenaba. El policía dio una calada, echó el humo al aire y continuó su camino.

Soler tenía que reunirse con Sempere lo antes posible. Esa misma noche sería una buena ocasión. Bernabéu pronto se convertiría en un problema para él y para los demás.

Sabía demasiado, mucho más que Cremades, y eso lo hacía peligroso.

Si Sempere quería ganarse su confianza, debía cumplir con su palabra.

e

.
n
a
a

a

e

a
n
s

r
e

a

n
r

s

a

l

o

y

n
l
ó

a

81

Miércoles 13 de agosto.

Hospital General de Elche. Elche, Alicante.

Ricardo Navarro llegó cuando no quedaba nadie, excepto su hijo Ricardo, su nuera Sofía y para sorpresa de él, su nieta Alejandra. Ante la negativa de dejarlo solo, el abuelo dio un descanso al matrimonio. El estado de Andrés era grave, pero se mantenía estable. La sangre de los Navarro corría por sus venas. Saldría del coma, afirmó. Eso esperaba el abuelo, por su bien y por el de todos. No soportaría perder a otro Navarro en vida. Los padres del chico tampoco lo superarían.

Antes de aparecer por el hospital, Ricardo Navarro tuvo tiempo para ponerse al día con las noticias de última hora. No le preocupaba en exceso lo que dijera la prensa o lo que investigara la policía. El mal ya había sido cometido y nadie movería a Sito de la cama hasta que despertara. Para más precaución, y con la ayuda del yerno, se molestó en blindar los alrededores del hospital con siete hombres.

Insistió a su hijo en que regresara a casa con su esposa y que volviera al día siguiente por allí. El médico les informó de que pronto subirían a Andrés a planta. Hasta ese momento, ninguno de los cuatro podría acompañarlo.

El matrimonio se doblegó ante el ofrecimiento del abuelo y le pidieron que llamara en caso de emergencia. La pareja desapareció de allí con el miedo de no volver a ver con vida a su hijo. Pero para Ricardo padre no había demasiada diferencia entre esa sala y la morgue.

Cuando se deshizo de ellos, observó que su nieta todavía seguía allí, sentada en uno de los bancos del pasillo, esperando con la nariz enrojecida y los ojos llenos de lágrimas.

—Se cabreará si entras con esa cara —le dijo el abuelo, limpiándole las finas gotas que le caían por los mofletes.

—Sólo permiten a una persona y es el último turno —mencionó.

Comprendió que su nieta ya no era una niña, aunque él no pudiera verla de otra manera.

Alejandra se había convertido en una hermosa mujer, como su madre y su abuela, pensó mientras la observaba. Sospechó que le lloverían los pretendientes y que, siendo una Navarro, lo mantendría a raya. Por fortuna, había heredado lo mejor de cada parte: la belleza de su esposa y la inteligencia de su estirpe.

—Pasa tú, no te preocupes.

—Gracias, abuelo —dijo, se levantó y le dio un abrazo acompañado de un beso en la mejilla Después esperó a que la enfermera le permitiera cruzar el umbral de la puerta y desapareció tra él.

El abrazo había humedecido el rostro del abuelo.

Sacó un pañuelo de tela con las iniciales bordadas y se secó la cara. Entonces comprendió e significado de aquellas lágrimas tan gruesas. La oyó hablar al otro lado de la habitación. S acercó a la puerta con disimulo y prestó atención a lo que decía.

«Andrés, por favor, no te vayas, te lo pido… Me muero si te pasa algo, de verdad».

Ricardo lamentó escuchar aquello.

¿Merecía alguien sufrir de esa manera?, se cuestionó, recordando a su hermano.

«A veces olvidamos que una gota sobre un estanque puede provocar una marea».

Dado que no podía seguir escuchando aquello, optó por abandonar la sala y tomar un poco d aire fresco. Ricardo esperaba la llamada de su yerno. Desde la mañana no había podid comunicarse con él en condiciones. Ya en el exterior, el teléfono móvil vibró en su mano.

—Roberto, por fin… Tu hija está aquí en el hospital, conmigo, si es por lo que llamas.

—No, Ricardo… —dijo con la voz apurada y cansada por el largo día—. Lamento no habe podido contactar antes.

—Has hecho lo correcto. Eres un buen hombre. ¿Has descubierto algo nuevo? He leído la noticias y no dicen más que mentiras. Empiezo a sospechar que alguien busca hacernos daño. Ta vez sea ese fardacho de Sempere. Sé lo que intenta desde la policía.

—La información que tengo está relacionada con el agresor de su nieto.

—¿Y a qué esperas para decirme su nombre?

—No le va a gustar oírlo, pero debe ser el primero en saberlo.

Una de las cosas que admiraba de Roberto era su honestidad. Sin embargo, aquel día parecía lanzarle una advertencia.

—Hoy puedo esperar cualquier cosa de este mundo, Roberto.

—El muchacho que lo apuñaló es Miguel Coves, el nieto de Manuel —explicó y notó por e auricular cómo el hombre soltaba un graznido—. Andrés se escapó de casa porque un amig pasó a recogerlo en su coche. Hasta donde sé, el chico no pretendía saltarse el aviso. Tenía pensado organizar una fiesta… Pero el nieto de Coves iba con dos más. Los siguieron hasta e centro comercial y les prepararon una emboscada en el aparcamiento. Coves agredió a Sito y lo otros se encargaron del amigo. Después desaparecieron.

—Ratas cobardes… Esto sucedió ayer, antes de que se publicara la noticia, ¿verdad?

—Así es.

Ricardo Navarro reaccionó como su yerno esperaba. A diferencia de otros hombres co poder, era un ser reflexivo. Sabía que la emoción, sin distinción de color o edad, era la única cos capaz de tumbar a una persona y nublar su juicio. La noticia no le gustó, pero no por ello iba descargar su impotencia por el terminal. Ahora su mente trabajaba a toda velocidad. Sabía que l historia se repetiría en algún momento.

—¿Lo han detenido ya? —preguntó tras una larga pausa de silencio.

—No, hasta donde sé. Imagino que estarán dilatando el momento. No descarte que ya teng un buen abogado.

—Lo sé y lograrán que quede libre.

—Haré lo que esté en mi mano para que lo juzguen. Encontraré a esos testigos, aunque teng que pagarles. Que no le quepa la menor duda.

—Lo sé, Roberto, y te lo agradezco… —dijo y lamentó lo que estaba sucediendo—. Mi nieto ses inocente y ahora se encuentra en el lecho de muerte, enfrentándose a ella casi sin fuerzas… Tres puñadas por la espalda. Sólo un miserable puede cometer algo así.

—No diga eso, Ricardo. Sito se recuperará.

—Ya ocurrió una vez y no volverá a pasar. Si me dices que el chico la mató y es cierto ecomprendería la respuesta. Pero se han equivocado, Roberto. Van a pagar por ello.

—¿Qué necesita?

Los cohetes seguían alumbrando el cielo con ruido y resplandor.

Esa noche, todo el mundo estaría en las terrazas de los edificios contemplando el espectáculo Habría preferido no tener que dar aquel paso, pero una ocasión como aquella era digna de aprovechar.

—Llama a los del sindicato. Esta noche tendrán faena. Por primera vez, el cielo de la ciudad ose iluminará y la tierra arderá como en el infierno.

—Lo sé, Roberto, y te lo agradezco… —dijo y lamentó lo que estaba sucediendo—. Mi nieto es inocente y ahora se encuentra en el lecho de muerte, enfrentándose a ella casi sin fuerzas… Tres puñadas por la espalda. Sólo un miserable puede cometer algo así.

—No diga eso, Ricardo. Sito se recuperará.

—Ya ocurrió una vez y no volverá a pasar. Si me dices que el chico la mató y es cierto, comprendería la respuesta. Pero se han equivocado, Roberto. Van a pagar por ello.

—¿Qué necesita?

Los cohetes seguían alumbrando el cielo con ruido y resplandor.

Esa noche, todo el mundo estaría en las terrazas de los edificios contemplando el espectáculo. Habría preferido no tener que dar aquel paso, pero una ocasión como aquella era digna de aprovechar.

—Llama a los del sindicato. Esta noche tendrán faena. Por primera vez, el cielo de la ciudad se iluminará y la tierra arderá como en el infierno.

82

Miércoles, 13 de agosto.

Comisaría de la Policía Nacional. Elche, Alicante.

El inspector Sempere era un ser solitario. Soltero y sin hijos, pasaría la Alborada en e despacho por voluntad propia.

La oficina era lo único que le ayudaba a desconectar de la realidad.

A sus cuarenta y tantos, la familia ya se había cansado de preguntarle si se casaría algún día Con el paso de los años, se escudó en que servir al Estado era un empleo muy sacrificado que nc daba pie a la vida social, mientras veía cómo sus compañeros formaban familias, celebraban la llegada de sus hijos y disfrutaban de las vacaciones de Navidad.

Esa noche se encontraba en la comisaría, oyendo de fondo el ruido de los cohetes. En su manos, el informe de los análisis que el alcalde le había entregado. Frente a él, el ordenador de escritorio encendido, con el gestor de correo interno abierto.

No podía quitarse de la mente la reunión del restaurante.

¿Cuál era su precio?, se cuestionó. ¿Quién mordería la manzana de quién?

Podía denunciarlo por tráfico de influencias, pero perdería un aliado y Soler quedaría impune Le había demostrado que sus tentáculos llegaban más allá del centro de la ciudad.

Podía quedarse al margen, olvidar lo que ya sabía y aceptar la realidad.

Suspiró profundamente.

Y podía tomar la ayuda del político, solucionando así el problema de Coves y Navarro, perc se convertiría en un policía corrupto, todo aquello que se negaba a ser. Una vez aceptara su mano, sería un peón más del alcalde.

Y ya no podría destaparlo.

La impotencia lo levantó de la silla. Se acercó a los tableros y contempló con odio el trabajo de una década.

El ruido del fax lo distrajo.

Comprobó el recibo.

Eran los nombres de los registros de llamadas de la víctima.

Conforme salió el folio, lo arrugó en una bola y lo tiró a la papelera.

—Total… para nada —murmuró y, en un arrebato de rabia, tiró por el suelo todos los informes que guardaba en el escritorio.

De pronto, oyó un sonido procedente de la pantalla.

Un correo electrónico entró en su bandeja de entrada.

A esas horas no esperaba que nadie le escribiera.

Entre el desorden de los papeles, regresó al escritorio.

«¿Qué será ahora?».

La dirección era falsa y el remitente anónimo. No lo habría abierto, si no fuera porque e nombre de Melchor Peralta iba en el asunto.

Pulsó el botón del ratón y encontró una frase y un archivo adjunto.

«Saludos desde Madrid», decía.

Hizo clic en el icono y en la pantalla se desplegó un documento confidencial.

Ante sus ojos tenía el historial de Melchor Peralta. No lo podía creer. Para un policí resultaba digno de admirar. Sin embargo, su carta de presentación estaba plagada de claroscuros Victorias y derrotas, que lo llamaría Sempere. Fiel al Cuerpo desde hacía muchos años, Peralt había escalado la jerarquía poco a poco, como antaño, ganándose el respeto de los demás. Pero l carrera se torció cuando llegó a inspector de la Brigada de Homicidios de Chamberí. Once caso cerrados con éxito en tiempo récord. Todos marcaban un patrón: las víctimas eran mujere jóvenes en una franja de edad que iba desde los veinte a los treinta años. Todas asesinadas po hombres mayores que ellas. Peralta había detenido a diez de los once homicidas en plazos d veinticuatro a setenta y dos horas, algo inusual para una investigación policial. La excepción er un malagueño de cincuenta años, afincado en Madrid desde finales de la década de los año ochenta. Divorciado y con dos hijos mayores de edad, había sido detenido y condenado po haber matado a su compañera sentimental, quince años menor que él. El acusado se confes inocente durante la detención y el juicio, pero las evidencias presentadas concluyeron l sentencia del juez.

Cinco años más tarde, el caso se reabrió con nuevas pruebas, demostrando que el presunt asesino era inocente, ya que la cámara de seguridad de un cajero automático lo grabó en e momento en el que se producía el crimen. El comisario le encargó la investigación a otr inspector, quien detuvo a dos hombres cercanos a la víctima: un exnovio y un amigo de éste. Lo registros bancarios, las facturas telefónicas y los objetos personales de la mujer confirmaron l relación.

El asesinato fue la consecuencia por negarse a un chantaje económico.

La segunda detención generó el debate en las comisarías y supuso un duro golpe moral par Melchor Peralta. Aquel error lo adentró en una espiral de destrucción. Convirtió el fallo en un cuestión personal y buscó la forma de remendar el fracaso.

A partir de entonces, comenzó su calvario.

Dada la presión mediática, a Peralta lo apartaron del foco social y le asignaron otros casos d menor importancia. Su autoestima se derrumbaba. Llegaron las primeras sanciones por mal actitud. Siguió operando con tenacidad y resolvía los casos en plazos cada vez más cortos. E asunto se le fue de las manos.

Era un adicto al trabajo, pero también un dependiente del éxito.

Y finalmente el comisario Balmes le dio una segunda oportunidad.

El caso de La Vaguada no era un crimen como los anteriores, pero sí un homicidio con arm blanca que había sembrado el miedo social.

Un ajuste de cuentas entre toxicómanos en el barrio de El Pilar. Algo fácil para recuperar l moral, un asesinato que no trascendería en la prensa. Era como si hubieran repartido las carta

descubiertas: tenía un sospechoso principal y sólo necesitaba encontrar el arma homicida que demostrara su culpa. Pero a Peralta seguía fastidiándole el tiempo.

Sabía que podía recuperar su honor, volver a ser un héroe.

Pero la ambición lo dominó.

Aportó pruebas falsas en la escena del crimen, que demostraron más tarde la culpabilidad del principal sospechoso. El detenido se confesó culpable y lo condenaron por robo y homicidio. Sin embargo, también confesó no reconocer los objetos presentados como evidencias definitivas que llevaban su ADN. La defensa no consiguió nada y el hombre entró en prisión. Peralta recuperó la confianza y el secreto quedó entre los informes.

Seis años más tarde, Asuntos Internos abrió una investigación a Melchor Peralta tras agredir a un inspector de la comisaría Centro.

Un pómulo y una nariz rota. El afectado estaría de baja durante dos meses. La razón había sido emocional. El agredido no tenía relación con Peralta, pero sí con la que entonces era su pareja sentimental.

Asuntos Internos investigó lo sucedido y, poco más tarde, durante los interrogatorios, salió el caso de La Vaguada.

Los cocodrilos se saciaron con él.

—*Mare meua*… Esto es oro —murmuró Sempere, iluminado por el monitor del ordenador. Movió el ratón y encendió la impresora. El siguiente paso era dejarlo en la bandeja del periódico. A la mañana siguiente, Peralta no volvería a ser un obstáculo.

La máquina expulsaba las hojas en blanco y negro. Mientras esperaba a que el proceso terminara, sonó el teléfono móvil que había junto al teclado.

—¿Sí? —preguntó, intrigado.

—Inspector, ¿está ocupado?

Reconoció el amable tono de voz de aquel hombre. Ahora lo trataba con formalidad, respetando la distancia, por lo que supuso que se encontraría acompañado. Su timbre era particular, como la melodía de una conocida marca de refrescos. Y lo utilizaba a su antojo para influir en el estado de las personas.

—Don Diego, ¿cómo le va? Ahora mismo, me encuentro en la oficina.

—¡Oh! ¿Trabajando? Es una noche mágica para que un inspector la pase en la comisaría. Debería estar con su familia, ¿no cree?

—No soy el único aquí. La Policía no descansa, ¿en qué le puedo ayudar?

El alcalde contó hasta tres antes de hablar.

—¿Sería un abuso solicitar su presencia en la terraza de mi edificio? —preguntó con voz afable—. Las vistas desde aquí son increíbles… Imagine ver la Nit de l'Albà en un ático, frente al Vinalopó y al puente del Ferrocarril. Hasta se ve el campanario.

La invitación era tentadora, pero alguien como Soler no llamaba para agasajar a sus amistades. Detrás de su voz había un interés latente.

—Agradezco su invitación, aunque sería una indiscreción, ¿no le parece?

—Descuide, ¿hay lugar más seguro que mi propia casa? —respondió, bajo el ruido de los cohetes de fondo—. Le enviaré la dirección. Venga y desconecte por un rato. Después podrá regresar al trabajo si lo desea.

—Entiendo.

—Gracias, inspector.

—A usted, don Diego.

—Le veré en un rato.

—Le veré en un rato.

83

Alrededor de las once de la noche, el inspector Sempere llegó a la dirección que el alcalde le envió en un mensaje de texto. Se sintió halagado por el gesto. Era la primera vez que lo invitaban al domicilio de una eminencia como Soler.

El portal era espacioso, mucho más que el de su edificio. El brillante suelo de mármol rojo denotaba la riqueza del inmueble. Esperó a que llegara el ascensor, entró y pulsó el botón de ático.

Cuando salió del elevador, el bullicio de la gente lo confundió.

Las visitas trascurrían entre las plantas adyacentes. Los vecinos entraban y salían de las viviendas, recibiendo a sus familiares y amigos.

Sempere dio un respingo, estiró la camisa para eliminar las arrugas y pulsó el timbre. La puerta se abrió y el ruido de los cohetes se amplificó. La esposa del alcalde lo recibió. Era una mujer de aspecto agradable, pensó el policía, con la cara redonda y los ojos verdes como las hojas de las palmeras. Lo que más le llamó la atención en ella fueron aquellos rizos pasados de moda, que le daban un aire de señora de otra década.

—Adelante, por favor. Es usted Sempere, ¿verdad? —preguntó la mujer con amabilidad— Llega a tiempo. Mi marido le espera en la terraza. ¿Quiere algo de beber?

—Estoy bien, gracias.

—¿Ha cenado? Hay aperitivos en la mesa grande.

—Muy amable —dijo, cruzó el pasillo y llegó al salón. Era un piso enorme. Sempere calculó que alcanzaría los doscientos metros cuadrados.

En el salón había más personas de las que esperaba encontrar. No entendía cómo el alcalde iba a dar con un descuido para hablar de aquello que era tan importante.

Reconoció algunas caras.

Allí estaba Miguel Boix, el arquitecto municipal, junto a su esposa. También José Miguel Castaño, el número dos del partido político y el futuro secretario, acompañado de su compañera. Al otro extremo de la terraza vio a unas chicas. Una de ellas tenía la misma cara que Diego Soler así que supuso que sería su hija o una pariente cercana. La muchacha no tendría más de veinticinco años. La acompañaba un pequeño grupo de jóvenes de su edad, formado por dos parejas. Las chicas tenían un parecido similar a Laura Coves, como si fueran réplicas que no alcanzaban la calidad del original. Verlas allí, le hizo pensar en ella cuando la encontró en el pantano.

«Una pena», recordó.

—No se quede ahí plantado —le dijo la voz del alcalde, acercándose por la espalda. En su mano llevaba dos copas de espumoso bien frías. Le ofreció una al policía—. Tome, que hay que mitigar este calor de alguna manera.

—Pensaba que la botella se descorchaba después, con la sandía…

—Esto es cava, Sempere, para ir abriendo boca —dijo y se rio—. Después abriremos el champán francés.

Diego Soler parecía estar de buen humor.

Le ofreció un brindis por un futuro todavía incierto para el inspector, pero que confiaba en que solucionaría la mayoría de sus problemas.

—Me parece bien.

—¿Estaba trabajando en la investigación?

—Bueno… no exactamente. La filtración en las noticias me ha mantenido ocupado todo el día.

—Lo puedo imaginar… pero no se relaje.

—No quiero ser desagradecido, don Diego… Pensaba que quería comentarme algo urgente —dijo, viendo que la visita se alargaba y se acercaban los quince minutos más esperados de la noche.

—Todo a su tiempo, Sempere. Vamos a la terraza. Seguro que es la primera vez que ves la Nit de l'Albà tan de cerca.

Era cierto. El inspector era un devoto de las fiestas de su ciudad y Soler sabía cómo ganarse su tiempo. Sin embargo, esa noche, el policía tenía la cabeza en otra parte.

El arranque final dio lugar a una batería pirotécnica de cohetes que llenaban el puente de Altamira.

Uno detrás de otro, como en un conflicto bélico, explotaban en el cielo formando una nube de humo gris que cubría la oscuridad.

Sempere observó la figura de un varón alto y de cabello cobrizo que se acercó a los dos. Era uno de los invitados del alcalde, aunque no lo había visto antes. El hombre también sujetaba una copa de cava. Lo saludó con una sonrisa, alzando la bebida y dirigió la atención a lo alto del campanario.

Las luces se apagaron, la noche se detuvo y la fuerte llamarada, como si saliera de la boca de un dragón, incendió lo alto de la torre, lanzando al cielo la gran Palmera Imperial. Se escuchó una ovación procedente de todas las terrazas del municipio. El bombardeo de cohetes llenó de luz el cielo, obrando el milagro. Llegaron los aplausos, la celebración y los viva la mare de Deu. Después sonó la esperada habanera y los cánticos se unieron al unísono. Sempere miró al alcalde, que no cantaba, pero sí vivía el momento con sentimiento, como si hubiese sido posible gracias a él.

El policía se preguntó que se sentiría al tener tanto poder durante un periodo de tiempo tan largo.

Cuando terminó la canción, la luz regresó a la ciudad y la normalidad volvió a la vida de los ilicitanos.

No muy lejos de allí, daba comienzo la segunda parte del espectáculo, que era la famosa guerra urbana de carretillas.

Pero ni a Sempere ni al Soler les afectaba aquello.

Los municipales se encargarían de tener la ciudad bajo control.

La esposa del alcalde, con la ayuda de otros invitados, sacó una mesa con ruedas en la que

ıhabía sandía cortada y una decena de copas finas para beber el espumoso.

e —Diego, saca el champán.

El alcalde se disculpó, entró en la casa y se dirigió a la cocina.

El desconocido, que iba acompañado de una mujer igual de alta que él, con el cabello rubio y llos ojos claros, se acercó al inspector. La presencia de ambos lo intimidó. Al lado de la pareja parecía un gnomo de jardín.

—Bonito espectáculo —comentó el tipo, con un perfecto español y un marcado acento ıforastero. No le sorprendió que lo hablara, pues muchos de los extranjeros que vivían en la provincia, aprendían el idioma y cedían ante la imposibilidad de comunicarse en inglés—. ¿Su primera vez también?

Sempere sonrió.

l Le resultó gracioso el comentario. Era un hombre de poco mundo.

—No, para nada. Soy de aquí —respondió.

—Entiendo.

e La mujer no parecía prestar atención a la conversación. Sempere se fijó en ella sin se ademasiado atrevido. Le sonaba de algo aquella cara, pero no sabía muy bien dónde la había vist antes.

a Desinteresada, la mujer terminó la copa de cava de un trago y sacó un cigarrillo fino. Luego le comentó algo a su pareja al oído.

r Antes de que el policía retomara la conversación, Diego Soler apareció con dos copas d champán para los invitados.

e —Ahora le traigo la suya, Sempere —dijo, cambiando otra vez las formas. El policía sospechó que el otro invitado sería importante para el alcalde—. ¿Ya se conocen?

e —Estábamos en ello.

Al su lado, el político parecía una marioneta.

a —Sempere, le presento a Fabian Dekker.

a —¿Alemán? —preguntó el policía, disparando al cielo.

l —No, holandés —contestó el hombre—. De Róterdam, para ser más preciso. ¿Y usted?

—De aquí, de Elche... y del Elche.

e El holandés no entendió el chiste y el alcalde no pareció encontrarle la gracia.

ó —¿De vacaciones?

e Intentaba salir del paso.

. —Verá, Dekker es un buen amigo mío —señaló—. Y cuando digo amigo, me refiero a lamistad de verdad…

e —Entiendo.

—Nos conocemos desde hace años y se dedica al negocio inmobiliario en la costa.

ı —¿Apartamentos de playa?

—No, no… Cosas más grandes —matizó, enfatizando el holandés con las manos—. Nuestra sfirma se encarga de construir proyectos de mayor envergadura como centros comerciales casinos, grandes almacenes… Ocio para ciudades medianas.

a —Comprendo… —murmuró el policía, entendiendo la razón de su presencia. El alcalde observó su copa, casi vacía, y se la quitó de las manos para llenarla de nuevo con champán. E inspector aprovechó la ausencia y continuó con la conversación—. Construcciones que mueven mucho dinero.

e —Así es… muchísimo. A mayor dinero, mayor responsabilidad. La gente sólo mira lo que l

interesa.

Diego Soler regresó con la copa llena y se la entregó para que bebiera. El policía dio un sorbo al burbujeante espumoso francés y puso mala cara. No era aficionado a esa clase de brebajes.

—La compañía de Dekker ha presentado su oferta al proyecto público del nuevo centro comercial del Pla de Sant Josep —comentó el alcalde.

Los ojos de ambos hombres se fijaron en la reacción de Sempere. El inspector giró la cabeza hacia un lado y observó a la mujer que acompañaba al holandés. Intentaba recordar por qué le resonaba. No parecía ser su pareja.

A escasos metros de ella, separado de su esposa, sorprendió al arquitecto municipal buscándola con la mirada.

—Le deseo suerte. Hay muchas empresas interesadas en adquirir el proyecto y algunos han dejado las rencillas a un lado para unir fuerzas.

—Incluso la vida… —agregó el alcalde con sorna.

A pesar de sus llanas maneras y de los intereses que lo movían, Sempere seguía siendo un inspector de policía y pensaba como tal.

—Bueno, todo es relativo —comentó Dekker—. Una Unión Temporal de Empresas no es más que eso… algo temporal. Igual que se hace, se deshace, ¿no?

—Esta es una situación particular.

—¿Es usted creyente, Sempere?

—Lo justo para no temer a la muerte y lo insuficiente para confesarme.

El holandés preguntaba con ingenuidad y disparaba como un francotirador. Sempere sintió un ligero presentimiento en la boca del estómago.

Olía la encerrona.

El alcalde lo había dirigido, como el flautista encantador, a un callejón sin salida. Si participaba en aquel juego, tendría que hacerlo con todas las consecuencias.

—Yo no, pero en mi país hay muchas supersticiones. A lo largo de la historia, la brujería de unos se ha convertido en la religión de otros. En nuestro caso, creemos que algo malo sucederá cuando se alían dos personas que desconfían entre sí y sólo velan por su propio interés…

—Lo siento, pero no comprendo…

—Cuando un hombre se apura, el diablo sonríe —aclaró—. Algo me dice que esa unión no va a durar demasiado.

El inspector observó la panorámica de la ciudad que tenía ante sus ojos.

El alcalde era un privilegiado por vivir allí, pensó y entendió que aquel apartamento no se compraba con el salario de un funcionario público.

Miró al arquitecto, después a Soler y por último a Dekker.

Las piezas de su rompecabezas eran los dos primeros. Sin ellos, ni Coves, ni Navarro habrían movido un dedo.

Lamentó pasar una década buscando el detalle, en lugar de observar la panorámica.

Cuando se dio cuenta, la sonrisa del holandés seguía fijada en él.

Notó una ligera presión en el codo y olió el aliento amargo del cigarrillo que el político acababa de encender.

—¿Fumas? —preguntó, ofreciéndole uno.

Soler cambiaba a la cercanía.

Sempere supuso que llegaba la hora de hablar.

Rechazó el cigarrillo.

El holandés regresó a su acompañante, quien parecía nerviosa por abandonar la casa.

—Bonita vista, ¿verdad? —preguntó Soler, acariciando el palmeral en el aire, con la mano que sujetaba el cigarrillo—. Merece la pena vivir aquí. Cuando no me siento con fuerzas, salgo al balcón y observo este paisaje tan hermoso. Elche es más que una ciudad y… tener algo así presente cada día, le cambia a uno la mentalidad a la hora de afrontar la jornada…

—No todos podemos decir lo mismo —comentó Sempere, áspero, y fue directo a la razón de su vista—. ¿Es buen momento ahora para hablar?

—Sí —dijo, dio una calada al cigarrillo y regresó al tono formal—. Verá, me resulta difícil explicarle esto, y más entre compañeros.

—Usted es bueno con las palabras, don Diego. Elija bien.

—Es sobre Romualdo Bernabéu.

—El inspector de la Policía Municipal.

—¿Recuerda lo que le dije? —preguntó, esperando una respuesta afirmativa. Sempere asintió en silencio—. Me ha estado siguiendo.

—Pero, si está inválido…

—¿Desde cuándo es un impedimento? Hoy mismo lo he sorprendido vigilándome. Presiento que intuye algo y eso pone en riesgo nuestro plan.

—Nuestro plan incluye al señor Dekker, ¿verdad?

Un proyecto que era más del alcalde que suyo, pensó el inspector.

Tal vez ya no tuviera opciones de renunciar, después de las conversaciones que habían mantenido. Él seguía interesado en echar a esas familias de la ciudad. Sin embargo, no iba a hacer la vista gorda ante el negocio que el alcalde, Boix y Dekker llevaban entre manos.

Soler dibujó una risa tímida.

—Es rápido.

—Son muchos años ya, señor alcalde.

—Le escucho…

El policía vaciló. Lo siguiente que dijera, cambiará el rumbo de la historia.

Pero no dudó en hacerlo.

Dio un largo suspiro, bebió de la copa y habló:

—Si voy a poner en riesgo mi carrera, exijo algunas concesiones.

Soler le dio una palmada en el bíceps.

—Descuide, contaba con ello. No pensaba dejarlo fuera de la operación, pero no se preocupe por eso ahora, lo hablaremos más adelante. Habrá pastel de sobra.

—Precisamente, no quiero ser el que se coma las sobras…

—No sea así, Sempere… Esa parte va para callar a los medios.

—Me quedo mucho más tranquilo…

—Sabía que no me fallaría.

—Ahora, dígame, ¿qué hay que hacer con Bernabéu?

El político giró el rostro y lo miró a los ojos.

El resplandor de las luces iluminaba la mitad de su cara.

—Poca cosa… Haz que desaparezca.

84

Esa noche se excusó con que le dolía la herida del pie y se negó a subir con su mujer a la terraza para contemplar el espectáculo. Mientras los fuegos artificiales resplandecían en los cristales de las ventanas, el inspector Bernabéu apuraba la copa de Magno frente al televisor, con un cigarrillo en la mano. La pantalla estaba encendida, pero no prestaba atención a lo que retransmitían en ella. Había perdido peso tras la operación y su aspecto no hacía más que empeorar: llevaba el cabello aplastado y sucio, como si se hubiera levantado de una larga siesta. Tampoco se había molestado en afeitarse la barba espesa y oscura. Su mujer lo obligaba a ducharse, aunque fuera a medias, pues debía proteger la pierna con una bolsa de plástico.

Agarró el mando y pulsó el botón, pasando los canales a toda velocidad hasta que llegó a Tele Elx. Lo vio ahí, en una retransmisión en diferido, sentado en una butaca y hablando de los problemas de la ciudad.

—Hijo de puta… —espetó frente al televisor. Se enjuagó la lengua en coñac y dio una segunda calada—. Traidor, hijo de la gran puta… Lo di todo por ti y me has arruinado la vida.

Estaba enfadado con Diego Soler, tanto que no podía reprimir los insultos delante de él aunque éste fuera una proyección televisiva.

Apartó la mirada, aplastó el resto del cigarro en la montaña de colillas del cenicero y buscó el teléfono móvil en el sofá. Comprobó la pantalla por enésima vez, pero no vio ninguna llamada perdida, ningún mensaje de texto sin abrir.

Esa noche, Bernabéu y su esposa tendrían que haber estado juntos, sonrientes, agarrados de la mano y presenciando la Alborada en el balcón de Diego Soler, como habían hecho durante los últimos casi diez años.

Esa noche, él no tendría que estar en el sofá de su casa, con las persianas bajadas y el ánimo apagado, derrotado, esperando una llamada que no llegaría. Esa noche, Bernabéu había tocado fondo y comenzaba a ver las tinieblas en unas aguas que, más pronto que tarde, lo ahogarían hasta dejarlo sin oxígeno. Casi una década era mucho tiempo para nadar sin salvavidas. Pensó que don Diego se creería el más listo, pero él no era ningún idiota que iba a permitir que lo humillaran.

Le dolió que traicionara su amistad, así como todas las promesas que había hecho para los dos. Pero lo que más le molestó, fue que lo barriera de su camino como a una rata muerta.

Bernabéu conocía muchos de los secretos que el alcalde guardaba, pero no todos. Por otro lado, servir de soplón a Manuel Coves también le había ayudado a cubrirse las espaldas y, sobre todo, a proteger a los suyos. El golpe planeado con Soler le iba a costar el empleo de su esposa

Ella trabajaba para la familia como aparadora en una fábrica de calzado. Coves le ofreció e empleo a cambio de nada, antes de que su carrera tomara velocidad. En esa maldita ciudad nadi daba algo a cambio de nada, pensó. Después llegó Soler, con sus cantos de sirena y lo convenci para que trabajara espiando a Manuel Coves. Como compensación, llegaría a Intendente e cuanto el actual decidiera retirarse. De haber pertenecido a otro Cuerpo, las palabras se las habrí llevado el viento, pero la Policía Municipal era su guardia pretoriana, y Soler sólo aceptaba en s séquito a aquellos que demostraban lealtad y respeto.

Bernabéu se sintió en una encrucijada por la que pagaría un alto precio al salir. Si no actuab antes de tiempo, Soler cuestionaría su autoridad hasta anularlo. Su plan, que ahora pertenecía a alcalde, carecía de interés para los medios. La prensa, la política, la oposición, los juzgado locales, la propia Policía Municipal, incluso el comisario Javaloyes del CNP, todos estaba comprados.

Se puso en pie con dificultad, agarró la muleta y caminó por el pasillo hacia su despacho antes de que su esposa regresara.

El viejo cuarto olía a cerrado y había servido de sala de estar durante años, hasta qu decidieron darle uso al salón y convertir la habitación en una oficina. En el centro de la sala pegado a la pared, había un buró de madera de teca, heredado de la vieja vivienda de sus padres El escritorio artesanal que utilizaba como mesa, permanecía cerrado con llave. Nadie más que é podía abrirlo. Bernabéu era un dinosaurio tecnológico y no poseía un ordenador personal en s casa. En aquel mueble almacenaba su tesoro más preciado. A medida que la relación con e alcalde se fortalecía, Bernabéu guardó copias de cada informe en sus archivos personales. Tod aquel registro no podía salir de la comisaría, pero lo hizo. Buscó entre las cajas ordenadas po año y sacó diversos archivos de fotocopias.

Cuando lo destapó, vio la antigua máquina de escribir de su juventud. Junto a ella, en vario montones estaban los fajos de billetes que había escondido de la entrega. No era mucho dinero treinta mil euros repartidos en paquetes de doscientos. Un precio insuficiente por pegarse un tir ’en el pie y defender a ese malnacido, pensó, recordando el momento con amargura.

Sabía que con esa cantidad no conseguiría mucho. Por suerte, había terminado de pagar l hipoteca y, si desaparecía, su esposa cobraría la pensión de viudedad que le correspondía. Aque pellizco le serviría para parchear una mala racha, en caso de que los Coves decidieran prescindi de sus servicios.

Llevaba varios días sopesando la decisión. El desencuentro con esos dos hombres derrumb los pilares de su existencia. Jamás había visto un cañón apuntándole a la cara desde tan cerca. E aquel momento sintió que su vida terminaba ahí, apoyado en el todoterreno. Recordó a su famili y el resto careció de valor.

La noche de la entrega, la suerte estuvo de su lado y no de parte del compañero. Pero sabí que a nadie le tocaba la lotería en dos ocasiones seguidas.

Tras la operación y sin el apoyo de su amo, despertó del letargo y descubrió el lado má horroroso de la realidad: se había convertido en un monstruo. Soler lo manipuló y él accedió, cambio de gloria, para cometer una atrocidad. Ahora se sentía culpable por la muerte de es muchacha y no había manera de remediar lo ocurrido.

O quizá sí, reflexionó.

Esa pareja de inspectores no era santo de su devoción, pero sí las únicas dos personas qu podrían detener la sangría que estaba por llegar. Ahora, la situación era más complicada qu unos días atrás. Con la nueva asignación del caso, Sempere estaba en primera línea de acción. A

lBernabéu no le extrañó que Soler influyera en la decisión de Javaloyes. Una vez más, usaba su
epoder para una cuestión personal.

ó El inspector confió en que su tesoro, de ser entregado a tiempo, aportara valor a esos dos
npolicías.

a Ordenó la documentación útil en una caja de cartón y escribió el apellido de Agulló para no
uolvidarla. Después, se sentó frente al buró, agarró un folio y lo colocó en la vieja Hispano
Olivetti de color crema. Enrolló la página y se dispuso a redactar una nota para su esposa.
aBernabéu era consciente de que peligraba su vida. Tan sólo deseó que encontrara esa carta
lcuando ya no hiciera falta.

s Él siempre había sido un hombre parco en palabras, así que la nota fue breve. Con esmero, se
ndisculpó a su esposa por la ausencia de todos aquellos años de matrimonio. Confesó su amor por
ella y le prometió que había sido muy feliz a su lado, aunque no siempre lo pareciera. Por último
o,se arrepintió de los pecados que había cometido. No se los podía confesar todos, pues no era
justo que cargara con ellos. Su vida había sido el fruto de su propio hacer, y no podía culpar a
enadie más que a sí mismo por los errores. Antes de despedirse, le pidió que le recordaran por
,quién fue, no por lo que hizo.

. Extrajo la hoja del rodillo, la dobló y la guardó junto a los billetes. Después cerró el escritorio
lcon llave y buscó su teléfono móvil. En los primeros contactos de la agenda de su segundo
uteléfono, ordenados por orden alfabético, encontró el de la inspectora Agulló. Sonrió en la
lhabitación y recordó lo fácil que fue conseguirlo.

o ¿Quién sospecharía de él en la Comisaría Provincial de Alicante?, se preguntó.

r Cuando lo registró, esperó no tener que utilizarlo.

La vida era un pañuelo, pensó.

s Al otro de la pared, oyó los últimos cohetes antes del apagón.

: Segundos después llegó la ovación del público.

o Tecleó un mensaje de texto breve y lo envió.

a
l
r

ó
n
a

a

s
a
a

e
e
A

Bernabéu no le extrañó que Soler influyera en la decisión de Javaloyes. Una vez más, usaba su poder para una cuestión personal.

El inspector confió en que su tesoro, de ser entregado a tiempo, aportara valor a esos dos policías.

Ordenó la documentación útil en una caja de cartón y escribió el apellido de Agulló para no olvidarla. Después, se sentó frente al buró, agarró un folio y lo colocó en la vieja Hispano Olivetti de color crema. Enrolló la página y se dispuso a redactar una nota para su esposa. Bernabéu era consciente de que peligraba su vida. Tan sólo deseó que encontrara esa carta cuando ya no hiciera falta.

Él siempre había sido un hombre parco en palabras, así que la nota fue breve. Con esmero, se disculpó a su esposa por la ausencia de todos aquellos años de matrimonio. Confesó su amor por ella y le prometió que había sido muy feliz a su lado, aunque no siempre lo pareciera. Por último, se arrepintió de los pecados que había cometido. No se los podía confesar todos, pues no era justo que cargara con ellos. Su vida había sido el fruto de su propio hacer, y no podía culpar a nadie más que a sí mismo por los errores. Antes de despedirse, le pidió que le recordaran por quién fue, no por lo que hizo.

Extrajo la hoja del rodillo, la dobló y la guardó junto a los billetes. Después cerró el escritorio con llave y buscó su teléfono móvil. En los primeros contactos de la agenda de su segundo teléfono, ordenados por orden alfabético, encontró el de la inspectora Agulló. Sonrió en la habitación y recordó lo fácil que fue conseguirlo.

¿Quién sospecharía de él en la Comisaría Provincial de Alicante?, se preguntó.

Cuando lo registró, esperó no tener que utilizarlo.

La vida era un pañuelo, pensó.

Al otro de la pared, oyó los últimos cohetes antes del apagón.

Segundos después llegó la ovación del público.

Tecleó un mensaje de texto breve y lo envió.

85

Miércoles, 13 de agosto.
Plaza de Luceros. Alicante.

Abandonaron la ciudad antes de que la pirotecnia los cercara.

Agulló le ofreció cenar en su apartamento a cambio de pasar la noche trabajando. Peralta aceptó. Estaba cansado, pero prefería aquello a regresar al hostal de mala muerte.

Pensó que tendría una oportunidad para arreglar el malentendido de la noche anterior y aclarar su conciencia. Después de la cena, se prometió que se marcharía.

La inspectora lo llevó hasta su casa. No era demasiado grande, pero le explicó que el alquiler era justo y que el sueldo de inspectora le permitía pagar por un sitio así. Comparado con su piso de Cuatro Caminos, Peralta pensó que aquello era la suite del Ritz.

—Está todo hecho un asco, lo siento —se excusó la inspectora, ordenando el salón conforme entraron—. No esperaba visitas.

—Lo tienes todo muy organizado.

—Me gusta el orden —dijo ella, lo miró fijamente y se dirigió a la cocina—. ¿Quieres algo de beber?

—¿Tienes cerveza? —preguntó, extrañado. Desconocía el tiempo que la compañera habitaba en ese piso, pero sospechó que la mudanza había sido reciente: no había fotografías enmarcadas ni exceso de decoración.

Tampoco había libros en las baldas ni cuadros colgados de las paredes.

Al menos, olía a ambientador de lavanda y había un televisor frente al sofá.

—Toma —dijo y le dio una botella de cerveza—. Lo que no tengo es comida. Tendremos que pedir a domicilio.

—Está bien.

Ella sonrió.

—Buscaré algo en las Páginas Amarillas —respondió y buscó la guía telefónica—. Mientras tanto, ¿por qué no enciendes el ordenador? Quién sabe si sacaremos algo en claro…

—Claro… —contestó, obediente.

El inspector era consciente de que debían andarse con mucho cuidado. Agulló estaba llevando su obsesión al límite y la ceguera siempre conducía al error. Por desgracia, temió que Semper estuviera pendiente de sus movimientos.

No era para menos, pensó.

Existía un procedimiento, un protocolo y una toma de decisiones en las que, la mayoría de las veces, incluso los inspectores eran los últimos en opinar. En su caso, los dos habían quedado fuera del caso. Eso los hacía vulnerables. Dio un trago de cerveza y conectó el ordenador portátil a la corriente. Después lo encendió y pegó un segundo sorbo. La miró de reojo y se fijó en ella. Le resultó más atractiva al natural, cuando se quitaba la coraza de policía correcta y se convertía en una mujer normal y corriente. Todas las personas lo eran cuando se mostraban relajadas y en su zona de confort.

Peralta abrió la ventana del salón, que tenía un pequeño balcón, para que la brisa nocturna entrara en la vivienda. Era noche cálida, húmeda y sofocante, como casi todas las que había sufrido allí. Ansiaba por volver a Madrid y sentir el aire seco y castellano. Allí, al menos, la cerveza fría no le hacía sudar.

Agulló buscó varios restaurantes de comida a domicilio.

—¿Chino?

—¿No hay otra cosa más sana?

—Comida india.

—¡Uf! Mi estómago…

—¿No te hartas de comer siempre lo mismo?

—Muy graciosa… Me conformaré con un plato de arroz.

La inspectora se burló de él y marcó el teléfono del restaurante para hacer el pedido. Le agradó la idea de tener a Peralta en su casa, aunque fuese por unas horas. Ella no se había olvidado del beso de la noche anterior, pero no estaba convencida de que volviera a lanzarse. Para ello, había que generar una atmósfera, un clima especial y el inspector no parecía estar por la labor. Su mente tampoco cooperaba.

Ahora que Peralta le había contado sobre su visita a Daniel Brotons, no podía quitarse de la cabeza el caso de esa chica, ni tampoco el trágico final de la mujer. Laura Coves había muerto desangrada. La diabetes aceleró la hemorragia. La desagradable imagen del cadáver se apareció en su mente.

Volvió a procesar toda la información que habían recopilado a lo largo del día. Dar un paso atrás y tomar una visión panorámica de las cuestiones más importantes. Con suerte, conseguirían encontrar una explicación al asesinato de Laura.

—Ya está —dijo, guardando el teléfono.

—¿Cómo se conecta esto a la Red? —preguntó Peralta, sentado a la mesa del salón.

—¿Es la primera vez que utilizas uno?

—No pienso discutir contigo —respondió y ella rio—. Hoy, no.

Agulló abrió el navegador.

—Todo tuyo, Steve Jobs.

Peralta abrió el buscador y tecleó el nombre de Fabian Dekker. Un listín de resultados apareció en la pantalla, pero en ninguna de las imágenes aparecía Olga.

Construcciones, proyectos urbanísticos y una madeja de noticias pagadas ocupaba las primeras posiciones de los resultados. El número de páginas alcanzaba la veintena. La mayoría de los enlaces procedían de agencias de publicidad, de notas de prensa y de páginas fantasma que habían sido traducidas de otros idiomas, pero que no contenían información. Una práctica empleada para colapsar el algoritmo de búsqueda y mostrar lo que realmente quiere el interesado.

—Aquí no hay más que basura —se quejó Peralta.

Pero aquel obstáculo no los detendría.

El inspector se alegró que su compañera estableciera la primera hipótesis. Ni es sus tiempos más gloriosos habría sido capaz de ver la panorámica. Por primera vez desde que iniciaron la investigación, con independencia del asesinato de Laura, existía la posibilidad de que el autor intelectual del crimen fuera otra persona.

¿Qué relación existía entre Kasyanenko y Martín?, se preguntaron, más allá del vínculo entre cliente y prostituta. Eduardo Martín estaba obsesionado con ella. ¿Había sido un encuentro casual o intencionado?

El timbre sonó.

El repartidor de comida hizo la entrega y el olor a pollo, arroz y tallarines entró en la habitación.

Peralta se mostró complacido por la cena. Echaba de menos cenar acompañado.

Entre cajas de cartón, tallarines y arroz, Agulló hizo una pausa y le transmitió la cadena de pensamientos e hipótesis que barajaba en su cabeza.

—No quiero desilusionarte, pero no es el primer caso de un cliente que se enamora de una empleada —dijo él—. Sé que suena triste.

—Sé lo que he visto en esa foto esta mañana.

Peralta, por su parte, no tuvo reparo en seguir con la conversación mientras masticaba.

—Ya sabes cómo funciona el negocio.

—No, no lo sé.

—Te prometen un trabajo, luego no es lo que creías, te quedas sin ahorros, terminas aceptando.

—¿Y cómo explicas la relación con Laura Coves y el sacerdote? —preguntó, enrollando los palillos en el montón de fideos—. Una chica como Laura no frecuenta esos ambientes.

—El cura…

—Olga confesó que tenía unos clientes de lujo a los que visitaba fuera del club.

—Puede que trabajara como *escort* de lujo… Quizá se refiriera a eso, pero no hay manera de corroborarlo.

—La foto con Dekker —dijo ella.

—¿Así es como conoció al sacerdote? No te sigo…

—Antes de ir a casa de Montserrat Miralles, cuando te sorprendí en el despacho de Sempere estabas revisando una noticia…

—Sí, pero estaba relacionada con Manuel Coves y Robles.

—Te equivocas —respondió, dibujando una sonrisa en su cara—. La noticia hablaba sobre las ayudas para la Basílica, pero, piensa un poco, ¿quién aparecía junto a don Severiano?

—Eh… Creo que Diego Soler, el alcalde la ciudad, si no me falla la memoria…

—¿Y qué persona es la única capaz de conectar al mismo tiempo con Laura Coves, el sacerdote de la Basílica y un hombre como Fabian Dekker?

Peralta la vio desde el asiento.

—Conozco esa mirada.

—Creo que Laura lo sabía, Melchor.

—Ahora soy yo quien no sé de qué hablas…

La inspectora fue a su habitación, abrió el armario y buscó el cuaderno escondido. Después regresó al salón y se lo mostró.

—Laura Coves descubrió el plan del alcalde para que Dekker se hiciera con el proyecto de centro comercial —explicó y abrió las páginas de la agenda—. Para ello, tenía que desmontar la

sUTE que Navarro y Coves iban a pactar…

a —¿En qué te basas para llegar a esa conclusión?

r —El centro comercial es un gran negocio, como explicó Sempere —argumentó—. Es la última legislatura de Soler, ha desgastado su carrera política y Dekker es una buena alternativa a edominio de Coves y Navarro… No sólo es una cuestión de dinero, sino también de hegemonía… ɔAmbos están viejos y su influencia se debilita. De este modo, a cambio de una comisión porcentual, Dekker controla el centro comercial y éste seguirá generando al alcalde ganancias en el futuro.

a —Ya, pero…

—Laura trabajaba en el gabinete de comunicación del Ayuntamiento. Conocía lo que ocurría dentro y se dio cuenta de que Soler iba a deshacerse de su abuelo.

e —¿De dónde has sacado eso?

—Pon atención, estas son algunas notas de su agenda… —dijo y leyó en voz alta—. «Lunes asiete de julio, reunión con don Severiano para reunir la documentación», «miércoles, nueve de julio, revisión médica», «lunes, veintiocho de julio, reunión en el despacho de D.S., no olvides las fotografías», «lunes, cuatro de agosto, revisión médica, llevar análisis», «martes, cinco de agosto, D.S. lo sabe, llamar al abuelo», «lunes, once de agosto, reunión con el abuelo y su abogado»… En un principio, pensé que D.S. eran las iniciales don Severiano, así que relacioné los encuentros con otra razón… Quizá la chica estuviera embarazada o tuviera alguna clase de sconflicto espiritual… La pobre no sabía que ella sería la causa que provocaría el problema.

—¿Y estás segura de que D.S. significa Diego Soler?

s —Escucha, «viernes, veintisiete de junio, redactar comunicado de D.S.». Es evidente que se refiere a él. «Miércoles, veinticinco de junio, D.S. se reúne con el alcalde de Alicante. Llamar a fotógrafo del Información».

—Espera… —dijo Peralta y tecleó el encuentro en el buscador. Acto seguido, apareció la eimagen de la noticia. Comprobaron diversas citas aleatorias y todas concordaban con la noticia.

—Es él. No hay duda.

—El cinco de agosto supo que la habían descubierto.

—Dos días antes de que la asesinaran… No podía imaginar que ocurriera así.

, —Esto es increíble, ¿por qué has esperado hasta este momento para decírmelo?

—No estaba segura.

—No confiabas en mí, puedes decírmelo.

s —Pensé que te reirías…

—Eso es absurdo… —respondió y se acercó a ella para comprobar las notas de la agenda— El problema es que no podemos contrastar esto de ninguna manera, legalmente hablando… N lsiquiera Sempere nos hará caso… ¡Carajo! Menudo disparate… A Eduardo Martín lo engañaron de ahí la muerte de su compañero, el disparo de Bernabéu, el interés del comisario Javaloyes… Todos formaban parte de una enorme muñeca rusa… Esa chica estaba predestinada a morir desde el primer momento y nosotros hemos caído en su juego como idiotas.

—Esa señora dijo que estaba en el confesionario Diego Soler… —añadió la inspectora—. E sacerdote sabía que Laura moriría esa noche… y pensó que él sería el siguiente.

s —Alguien debe investigarlo. Sempere perderá el tiempo como hemos hecho nosotros durante estos días. Tenemos que hablar directamente con el comisario Écija.

l —Eso no servirá de nada, Melchor —replicó—. ¿No lo ves? Consciente o no, Sempere va a acompletar el trabajo legal que Soler no puede hacer… Ahora tiene pruebas, razones y apoyo para

dar fin a la investigación en la que trabaja desde hace diez años. Acabará con Coves y con Navarro.

—¿Y qué nos queda? —preguntó él, cada vez más cerca de ella—. No quiero desanimarte pero mi tiempo se agota, Marta… Écija es el único que puede poner fin a esto.

Ella lo miró con ternura. Sus cuerpos se rozaron. Los ojos de la inspectora se clavaron en los del hombre que tenía delante. Esta vez, no existían las excusas, ni el alcohol podía nublarles el juicio. Esta vez, el deseo era puro y tan potente como la atracción de sus miradas.

—Lo único que sé es que nos tenemos el uno al otro…

Peralta dio un paso al frente, la agarró por el cuello y ella cerró los ojos, sujetándolo con fuerza. Primero sintió la presión de su pecho encima de él. Después la agarró con firmeza de la cintura, arrastrándola hacia sí mismo. Agulló se dejó llevar por el torrente de emociones haciéndolo todavía más poderoso. Como dos asteroides ardiendo en el cielo, los labios se fundieron en un apasionado beso que rompió la tensión, desnudó sus cuerpos y dio lugar a una larga noche de pasión.

dar fin a la investigación en la que trabaja desde hace diez años. Acabará con Coves y con Navarro.

—¿Y qué nos queda? —preguntó él, cada vez más cerca de ella—. No quiero desanimarte, pero mi tiempo se agota, Marta… Écija es el único que puede poner fin a esto.

Ella lo miró con ternura. Sus cuerpos se rozaron. Los ojos de la inspectora se clavaron en los del hombre que tenía delante. Esta vez, no existían las excusas, ni el alcohol podía nublarles el juicio. Esta vez, el deseo era puro y tan potente como la atracción de sus miradas.

—Lo único que sé es que nos tenemos el uno al otro…

Peralta dio un paso al frente, la agarró por el cuello y ella cerró los ojos, sujetándolo con fuerza. Primero sintió la presión de su pecho encima de él. Después la agarró con firmeza de la cintura, arrastrándola hacia sí mismo. Agulló se dejó llevar por el torrente de emociones, haciéndolo todavía más poderoso. Como dos asteroides ardiendo en el cielo, los labios se fundieron en un apasionado beso que rompió la tensión, desnudó sus cuerpos y dio lugar a una larga noche de pasión.

86

«Un día matan a tu hermana y te conviertes en uno de ellos. Crees que no existe otro remedio que la venganza. Ojo por ojo, diente por diente, y te dicen que eso no solucionará nada. Confías en ellos, en la justicia, pero el cadáver de tu hermana se pudre mientras el verdadero asesino anda fuera. Entonces reflexionas. No te duele que haya muerto, podría haber fallecido por cientos de causas. Cada día muere un montón de gente por hambre, por tristeza, porque sí. Y tu hermana podría haber sido uno de esos números que llenan las estadísticas. No te duele por eso. Te duele que un cabrón abusara de ella. Te duele ver cómo otros han hecho con ello lo que a ti te enseñaron que no estaba bien.

Si no hubiese sido Laura, tal vez hubieras mirado a otro lado, pero estaríamos hablando de otro caso, de otra situación, de otra vida. Laura era indomable, el tipo de chica que nunca habrías tenido a tu lado, pero era tu hermana, al fin y al cabo, y tu abuelo se encargaba de recordártelo a diario.

Ella era una auténtica Coves.

Tú, no.

Ella era la favorita del abuelo.

Y tú, no.

Sabías que Laura era un foco de problemas, como una bombilla encendida en la oscuridad atrayendo a todos los insectos que buscan la luz. Al principio, les daba calor para atraerlos. Después los quemaba hasta morir. ¿Cuántos hombres duros habían caído bajo el hechizo de tu hermana? Más de los que podías contar. Te preguntabas cuál era su secreto, por qué las chicas con las que te besabas querían parecerse a ella. A veces la odiabas, detestabas que se colara en todas las conversaciones sin estar presente. Laura era devota a una catedral, pero tenía muchas capillas. No sabías cómo lo hacía, pero se las ingeniaba para que su imagen pública fuera intachable. Y siempre le salía bien. Laura era hermosa, inteligente y peligrosa como el abuelo y estaba dispuesta a todo porque había aprendido que el único límite era el que marcaba ella. ¿Cuál era su secreto? Nunca te lo contó, aunque estás convencido de que guardaba uno. Todos lo hacemos. Laura tenía un plan y no quisiste escucharlo. Laura te dijo que había encontrado la forma de liberarnos a todos, pero tú la ignoraste sin tomar en serio sus palabras. Pero Laura nunca aspirará a ser lo que soñó porque ahora está muerta… y tú no estabas para impedir que eso ocurriera, para protegerla de los buscones que pretendían herirla de verdad.

Porque ella, a pesar de todo, no era perfecta. Y para eso estabas tú.

Se lo prometiste la primera vez que la encontraste llorando en el cuarto de baño.

Y también cuando aquel idiota de Alicante rompió con ella, le dio un bofetón y la llamó puta y tú fuiste a buscarlo y le rompiste la nariz en plena calle y a la luz del día.

Le prometiste que nunca nadie volvería a tocarla para hacerle daño.

Pero esa noche fallaste a tu palabra.

Necesitabas justificar tu ira, centrar toda esa rabia en un culpable y un titular fue suficiente para darte la razón. Saliste, lo buscaste como un perro de caza y lo apuñalaste sin miedo, a sangre fría, como quien le corta el cuello a un cerdo en un matadero.

Se lo merecía, pensaste.

No habría consecuencias a corto plazo, más que el placer de verlo postrado en una cama para siempre. Ojalá te mueras, le dijiste al oído mientras veías cómo se apagaba. Una satisfacción instantánea, un momento breve que es impagable. Sentiste placer, pero la sensación de poder se esfumó.

Luego vino la culpa y eso es lo que más te aterra. Piensas demasiado, te confundes, la ansiedad te ahoga, recapacitas por lo que has hecho y te das cuenta de que eres un Coves, pero no eres como ellos… Nunca lo has sido, tú has crecido en otra época, con otros valores, con otras preocupaciones.

Tú no eres tu abuelo, ni siquiera tu padre. No puedes cargar a tus espaldas con tanta culpa ni pasar el resto de tus días en una prisión. Entrar allí te cambiará de por vida y cuando salgas serás un apestado para la sociedad.

¿Quién te amará con un pasado así? Nadie.

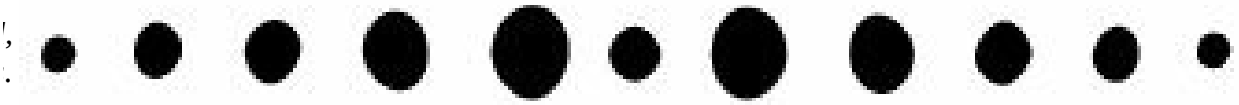
Esto es Elche.

La gente perdona, pero no olvida.

Podrás huir, aunque algún día tendrás que regresar.

Ni siquiera tu familia podrá sentir el orgullo de tenerte cerca.

La has pifiado y vas a sufrir el resto de tu vida, te guste o no. De ti depende que el sufrimiento sea tuyo o de que también le arruines la existencia a quienes te rodean».



Condujo toda la tarde sin rumbo, alejándose de la ciudad y evitando a los coches de policía que realizaban controles de tráfico en las entradas al centro urbano. No sabía a quién acudir. No podía regresar a casa, tampoco ir a la de sus abuelos. Sus amigos habían dejado de responder a las llamadas de teléfono. Estaba confundido. Sabía que la policía no tardaría en detenerlo. Era probable que ya lo estuvieran buscando porque alguno de sus amigos lo habría delatado o estaría cerca de hacerlo.

A su lado, en el asiento del copiloto estaba la caja negra de su padre. La miró de reojo y tragó saliva. No podía creer que estuviera ocurriendo aquello.

Cuando la situación se complicaba, la valentía y el honor desaparecía, lamentó en silencio.

Atravesó las pedanías que rodeaban al camino viejo que llevaba a Santa Pola. Imaginó su futuro entre rejas, en un mundo hostil y muy diferente al suyo. No estaba preparado para dar ese paso. Él no era como la clase de personas que ingresaban en prisión. Aquel no era su sitio.

La noche se le echó encima con tanta divagación. Se alejó de la ciudad y tomó un camino pedregoso de bancales vacíos y casas abandonadas. Tenía un buen recuerdo de aquella zona. El abuelo lo había llevado por allí de pequeño, ya que le recordaba a su infancia, cuando no tenían nada más que la libertad del campo y de la simplicidad de la vida. Una infancia en la que el reloj corría más despacio y el dinero, un bien necesario, era escaso pero suficiente.

Aminoró al llegar a una vieja casa de campo en ruinas. La finca estaba abandonada y tenía un cartel que anunciaba la venta, aunque descolorido con el paso de los años. Entró en la propiedad y se detuvo frente a la fachada de los restos de la vivienda: una casa de dos plantas con un balcón superior y un techo cubierto de teja árabe. Era muy similar a las que había por la provincia. En la parte inferior tenía una arcada que daba lugar a un pequeño porche para resguardarse del sol.

Bajó del coche y sintió el aire fresco de la noche mezclado con la humedad que salía del ruinoso interior.

Rodeado de palmeras y de matorrales, alzó la vista y observó las estrellas en un instante de tranquilidad. No muy lejos de los astros, el cielo se iluminaba por los primeros cohetes que encendían la noche. Después se acercó a la construcción, alumbrado por los faros del vehículo. El instinto lo había llevado allí en busca de respuestas y no estaba del todo seguro si las encontraría.

Miguel Coves acudió a la casa donde se había criado su abuelo. El hogar donde los Coves empezaron desde cero. Intuyó que allí podría comprender la duda que llevaba dentro. Regresó al vehículo, comprobó el asiento del acompañante y tomó el pequeño cofre rectangular que había cogido prestado de la caja fuerte de su padre. Cuando la abrió, vio el arma, limpia y protegida por el terciopelo.

Una máquina perfecta de acero.

Buscó entre sus pertenencias, pero no encontró ningún cigarrillo. Le hubiese gustado fumarse el último antes de marcharse.

No tenía planeado dejar una carta para los suyos, ni un mensaje de despedida.

Era mejor así, pensó.

Empuñó el arma, le quitó el seguro y empezó a temblar en cuanto sintió el frío metálico de la pistola. Estaba ocurriendo. Las lágrimas se condensaron en sus ojos. Su cuerpo reaccionó por él descontrolado e independiente a sus pensamientos. Un segundo y todo habría llegado a su fin. Descansaría junto a ella y no tendría que preocuparse por lo demás.

—Lo siento… —dijo y rompió a llorar.

El sollozo le provocó un espasmo por todo el cuerpo. La mano le temblaba y no lograba enderezarla para situar la punta del cañón contra su garganta.

—Yo no soy como tú… Yo nunca quise ser como tú, Laura… —lamentó, empapado de lágrimas, y descubrió lo sanador que era llorar solo, sin la presencia de otra persona.

Los truenos aumentaron su frecuencia.

Una batería de proyectiles impactaba en el oscuro cielo, dejando una nube de humo con su paso. Encendió la radio y sintonizó una emisora de éxitos de música pop. Se relajó con la distracción y las lágrimas cesaron. Tomó aire y decidió intentarlo de nuevo. Empuñó con fuerza el arma, la levantó hacia su garganta y presionó la mandíbula con la punta del cañón.

El frío tacto del acero le ponía la piel de gallina. Sintió cómo el corazón se le aceleraba

Ejerció presión con la mano y los espasmos regresaron.

Esta vez no iba a detenerse, se dijo, cerrando los ojos.

Apretó los dientes y acarició el gatillo con el índice.

Soltó todo el aire y vació los pulmones.

A lo lejos, notó un ruido que se acercaba con gran velocidad.

Abrió los ojos y los faros de un vehículo lo deslumbraron.

—Os echaré de menos… —pensó, instantes antes de accionar el percutor.

Ejerció presión con la mano y los espasmos regresaron.

Esta vez no iba a detenerse, se dijo, cerrando los ojos.

Apretó los dientes y acarició el gatillo con el índice.

Soltó todo el aire y vació los pulmones.

A lo lejos, notó un ruido que se acercaba con gran velocidad.

Abrió los ojos y los faros de un vehículo lo deslumbraron.

—Os echaré de menos… —pensó, instantes antes de accionar el percutor.

87

El Mercedes entró en la finca a toda velocidad cuando reconoció el vehículo. Después de habe pasado la tarde peinando el territorio, desesperado, Manuel Coves tuvo la inesperada idea d inspeccionar la zona rural de la ciudad. No conocía a su nieto tan bien como le habría gustado pero guardaba muy buenos recuerdos con él en aquella zona. Por cómo se refería a ella y po todas las anécdotas que siempre recordaba cuando estaban juntos, pensó que, tal vez, hubier decidido buscar cobijo en las raíces familiares. Fue un pensamiento absurdo, repentino, per había agotado todas las vías que quedaban.

A lo lejos, primero vieron los pilotos rojos de las luces de posición del vehículo. Después, lo faros que alumbraban a la fachada de la vieja casa de la familia Coves, en la que se había criad junto a sus padres.

No tuvo la menor duda de que allí estaría Miguel, así que ordenó a Macià que acelerara tod lo que pudiera. No debían olvidar que el chico iba armado. Una vez dentro del camino, Maci alertó a su acompañante de lo que el muchacho estaba a punto de hacer.

—¡Acelera! —ordenó, de tal modo que parecía que lo iba a arrollar.

Miguel Coves sostenía el arma entre sus dedos cuando vio la berlina dirigiéndose hacia él como un ferrocarril a punto de arrollarlo.

El miedo instintivo se apoderó del chico, que dejó el arma, arrancó el coche y se desplaz para evitar el accidente.

El Mercedes se detuvo con una fuerte frenada. Los dos hombres que ocupaban la parte trase del coche salieron a por él. Manuel los siguió. Toni Verdú, con sus brazos de boxeador retirado abrió la puerta del conductor, agarró al muchacho del cuello de la camisa y lo lanzó contra l tierra. El arma quedó fuera de su alcance y Miralles se hizo cargo de ella.

—¡Parad!

El chico estaba a salvo. Verdú esperó a que Miralles retirara el cargador y ayudó al muchach a levantarse del suelo. Manuel Coves se aproximó a él con gesto de preocupación.

—¡Yayo! —exclamó el nieto y recibió un guantazo de respuesta. La mano de Manuel Cove lo desplazó hacia un lado—. ¡Joder!

—¿Estás chiflado? —preguntó en voz alta. Los tres hombres observaban el enfrentamient con expectación. El chico se cubrió la cara y caminó hacia un lado, pero el abuelo lo retuvo sujetándolo de la cabeza y después lo abrazó con fuerza—. ¡Maldita sea, Miguel! ¿En qu diablos estabas pensando?

El nieto comprendió que su abuelo no iba a castigarlo más. Las lágrimas emergieron de sus ojos y abrazó con fuerza a su abuelo.

—Yayo…

—Ya pasó, Miguel, ya está… —dijo, dándole una palmada en la espalda, sintiendo cómo el caos se convertía en equilibrio, aunque fuese por unas horas—. Escucha, chico, no vuelvas a hacer eso, ¿me oyes? ¿Qué absurda razón te lleva a cometer algo así? Eres mi único nieto, el único que tengo… Ni se te ocurra intentar otra estupidez como esta…

—No quiero ir a la cárcel, yayo… He cometido un error, pero no quiero acabar en prisión ¡No sobreviviré!

—Tranquilo, chico, no te pasará nada… —le consoló y miró a sus hombres con complicidad. La situación les resultó familiar.

—Miralles, el contacto —señaló Coves al arquitecto para que se hiciera cargo del vehículo del nieto. Después regresó a éste—. Miguel, la policía te está buscando y voy a tener que entregarte, pero te prometo que no vas a ir a ninguna parte.

—No, yayo…

—Serán unas horas, tendrás un buen abogado y saldrás de ahí —explicó, con voz reconciliadora—. Antes de que te des cuenta, estarás de regreso a casa… pero debes escuchar con atención lo que te voy a decir, tienes que obedecer al pie de la letra.

—Claro, yayo, lo que sea… —dijo, aspiró la mucosa y se limpió las lágrimas de los ojos con los dedos—. Haré lo que me pidas, te lo juro.

—Bien… No te preocupes por nada, tu abuelo se encargará de ayudarte… Ahora, haz lo que te digo…

La exhibición pirotécnica aumentaba a medida que se acercaba la medianoche. Debían regresar antes de que el tráfico volviera a fluir por Elche y se reactivaran los controles de policía en las rotondas de acceso a la ciudad.

De pronto, sonó un teléfono móvil. Era el de Ximo Macià.

El hombre se retiró en la oscuridad y atendió la llamada. Segundos después, regresó con el semblante tieso.

—Ximo, llévanos a casa.

—Don Manuel, ha ocurrido una desgracia —dijo y se detuvo ante la presencia del chico.

Coves entendió la señal.

—Habla delante de él, no pasa nada.

Los otros esperaban ansiosos por escuchar las noticias.

—Han llamado del polígono. Ha habido un incendio en dos de sus naves. Los bomberos están en camino.

El rostro de Manuel Coves enrojeció.

—*Malparit*, *desgraciat*! —exclamó a viva voz y le pegó una patada al neumático delantero de su coche—. ¡Ha sido cosa del cerdo de Navarro!

Los tres sabían a quién se refería.

La regla de oro era no hablar de negocios delante de ningún miembro de las familias, incluso en una situación delicada.

—Ximo, acompaña a don Manuel y al chico —sugirió Miralles—. Nosotros iremos a comprobar qué ha pasado.

Coves descargó toda su rabia gritando al cielo, provocando que las aves salieran despedidas en una bandada.

—Gracias, Arturo —contestó con los pulmones vacíos, recuperando el aliento. Después se dirigió a su nieto—. Ya has oído, ve al coche…

—Yayo —dijo, sin moverse del lugar.

—¡Que te metas en el coche, joder! —bramó y esperó a que Miguel entrara en la parte trasera de la berlina.

Después, los cuatro hombres se reunieron en un círculo.

—Esto es una vergüenza… Una prueba, necesito una prueba que demuestre su autoría… y le daremos a ese fardacho lo que busca.

El arquitecto carraspeó.

—¿Y el pacto del centro comercial, don Manuel? —preguntó, cuestionando su validez— Pondremos en riesgo los acuerdos que tenemos con los empresarios que nos apoyan.

Manuel Coves miró desafiante a Arturo Miralles.

El arquitecto, como los otros dos, pensaba en la cantidad de dinero que había en juego en ese momento. No obstante, para Coves, el acuerdo entre empresas comenzaba a carecer de importancia.

El pelo blanco y ondulado de Miralles se movió a causa de la brisa nocturna. Coves, más corpulento que él debido a su anchura, adelantó la cabeza.

—Ayer enterré a mi nieta y mañana entregaré a mi nieto a la Policía —respondió, con voz rasgada y llena de odio—. Navarro aprovecha para atacarnos, sin respetar el dolor ni el duelo de mi familia. ¿Tú crees que es de fiar un socio así?

—Le digo que lo piense en frío. El seguro cubrirá el incendio. Lo grave es que empiece una guerra.

—Las cosas son como son, Miralles —contestó, moviendo la mano hacia dentro y fuera— Ahora mismo, me importa un bledo el concurso y lo que piensen de mí… Cometí un error, pero aprendí de él y le he dado pista a ese mamarracho durante muchos años… Hace tiempo que alguien debe pararle los pies a ese cacique de tres al cuarto… y si no estás de acuerdo, tienes la libertad de marcharte, Arturo… y vosotros, ídem.

Desde la ciudad, la Palmera Imperial salió disparada hacia la oscuridad e iluminó gran parte del cielo. Por unos segundos, los rostros de aquellos cuatro hombres se deslumbraron bajo el manto de brillo que dejaba la explosión de pólvora. Cuatro hombres que habían compartido tanto los buenos tiempos como los más duros de sus vidas.

—Cuente conmigo, don Manuel —dijo Ximo Macià, fiel a su lealtad.

—Me sumo —añadió Toni Verdú, con su peculiar voz de ultratumba.

Coves observó al hombre que tenía enfrente.

—No te voy a presionar, Arturo. No soy Navarro.

Miralles comprobó a los otros dos, que esperaban su respuesta.

—¡Che, arrea! Pero ¿qué manera de insultarme es esta? —cuestionó, rascándose la barbilla— Ni que fuera un Navarro… Contad conmigo.

—Gracias, Arturo —contestó con los pulmones vacíos, recuperando el aliento. Después se dirigió a su nieto—. Ya has oído, ve al coche…

—Yayo —dijo, sin moverse del lugar.

—¡Que te metas en el coche, joder! —bramó y esperó a que Miguel entrara en la parte trasera de la berlina.

Después, los cuatro hombres se reunieron en un círculo.

—Esto es una vergüenza… Una prueba, necesito una prueba que demuestre su autoría… y le daremos a ese fardacho lo que busca.

El arquitecto carraspeó.

—¿Y el pacto del centro comercial, don Manuel? —preguntó, cuestionando su validez—. Pondremos en riesgo los acuerdos que tenemos con los empresarios que nos apoyan.

Manuel Coves miró desafiante a Arturo Miralles.

El arquitecto, como los otros dos, pensaba en la cantidad de dinero que había en juego en ese momento. No obstante, para Coves, el acuerdo entre empresas comenzaba a carecer de importancia.

El pelo blanco y ondulado de Miralles se movió a causa de la brisa nocturna. Coves, más corpulento que él debido a su anchura, adelantó la cabeza.

—Ayer enterré a mi nieta y mañana entregaré a mi nieto a la Policía —respondió, con voz rasgada y llena de odio—. Navarro aprovecha para atacarnos, sin respetar el dolor ni el duelo de mi familia. ¿Tú crees que es de fiar un socio así?

—Le digo que lo piense en frío. El seguro cubrirá el incendio. Lo grave es que empiece una guerra.

—Las cosas son como son, Miralles —contestó, moviendo la mano hacia dentro y fuera—. Ahora mismo, me importa un bledo el concurso y lo que piensen de mí… Cometí un error, pero aprendí de él y le he dado pista a ese mamarracho durante muchos años… Hace tiempo que alguien debe pararle los pies a ese cacique de tres al cuarto… y si no estás de acuerdo, tienes la libertad de marcharte, Arturo… y vosotros, ídem.

Desde la ciudad, la Palmera Imperial salió disparada hacia la oscuridad e iluminó gran parte del cielo. Por unos segundos, los rostros de aquellos cuatro hombres se deslumbraron bajo el manto de brillo que dejaba la explosión de pólvora. Cuatro hombres que habían compartido tanto los buenos tiempos como los más duros de sus vidas.

—Cuente conmigo, don Manuel —dijo Ximo Macià, fiel a su lealtad.

—Me sumo —añadió Toni Verdú, con su peculiar voz de ultratumba.

Coves observó al hombre que tenía enfrente.

—No te voy a presionar, Arturo. No soy Navarro.

Miralles comprobó a los otros dos, que esperaban su respuesta.

—¡Che, arrea! Pero ¿qué manera de insultarme es esta? —cuestionó, rascándose la barbilla—. Ni que fuera un Navarro… Contad conmigo.

88

Jueves, 14 de agosto.

Plaza de Luceros. Alicante.

El aire fresco del amanecer entraba por la ventana a primera hora de la mañana. Sintió frío y se tapó la pierna con la fina sábana blanca. De pronto, entendió dónde estaba. Abrió el ojo izquierdo y la vio a su lado, dormida, desnuda, cubierta con la misma sábana y con el pelo alborotado cubriéndole la cara. Peralta llenó los pulmones y dio un largo suspiro, cuidando de no despertarla. Había ocurrido, se dijo.

La observó en silencio y aprovechó el momento de calma para gozar de un momento tan hermoso. Agulló, sin la placa ni la coraza policial. Un bello lienzo para la vista.

Contempló su fina y pálida piel, el oscuro y brillante pelo que tenía y las curvas que formaban la silueta de su cuerpo. Le retiró un mechón oscuro que le cubría los ojos. Respiró y disfrutó del aroma de su cabello. El olor frutal del champú lo llevó a divagar sobre otros temas. Se preguntó si aquel sería el famoso Edén de Adán y Eva, y la manzana significaría el instante en el que las personas pasaban de ser inocentes, frágiles, a tomar consciencia de su vulnerabilidad. Comprendió que aquel momento duraría poco, como una instantánea, y se esfumaría en cuanto ella abriera los ojos, recordaran la noche anterior y entonces los dos se convirtieran en las personas complejas que solían ser.

Después pensó en él.

Acostarse con Agulló no fue un error, pero debía regresar a Madrid. Su lugar no era Alicante.

Con delicadeza, se desprendió de la sábana para salir de la cama. Desplazó una pierna después la otra y logró levantarse sin despertarla.

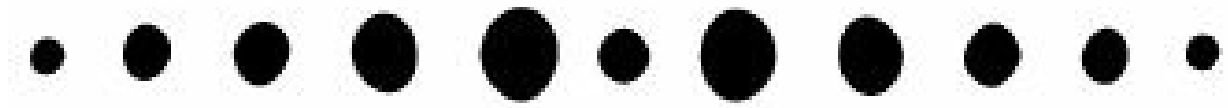
La inspectora fingió seguir dormida, a pesar de que llevaba un buen rato despierta.

Peralta se puso los vaqueros, la camisa y los zapatos. Echó un vistazo sobre la silla donde había dejado sus pertenencias, agarró el cinto, la billetera y salió al pasillo para evitar hacer más ruido.

Cuando llegó al salón, comprobó su teléfono móvil. La subinspectora le había llamado sin éxito y le había dejado un mensaje en contestador.

Lo escuchó.

«Melchor, te han sacado en los diarios. Es sobre Asuntos Internos. ¿Qué haces, que no estás aquí? Llámame pronto, por favor. Es urgente».



Ella esperó unos minutos en la cama.

«Será cobarde».

Peralta entornó la puerta del dormitorio y cruzó el pasillo hasta el salón. Una vez que despareció de su vista, Agulló se giró, agarró una de las camisetas que utilizaba para dormir y se levantó. En un acto instintivo, comprobó la pantalla de su teléfono móvil. Tenía un mensaje de texto. Lo abrió y leyó el contenido.

Al otro lado del pasillo, Peralta comprobaba las noticias en el ordenador portátil y sujetaba un bolígrafo azul y un cuaderno de notas. Intentó buscar una frase ingeniosa, una de las que diría Bogart para despedirse, pensó, pero lo suyo nunca fueron las palabras, ni siquiera al hablar.

Antes de que le diera tiempo a escribir, Agulló lo sorprendió.

—No quería despertarte… —dijo, avergonzado de que lo encontrara en esa situación. La observó y se reafirmó en lo hermosa que era. Agulló tenía un aspecto sensual, despeinada, sin maquillar, con aquella camiseta vieja de dos tallas más grandes y con las largas piernas al descubierto. Pero su mirada no era la misma en la que se fundieron sus ojos la noche anterior. Había dejado de ser Marta para adoptar el rol de inspectora Agulló.

Ella le mostró el teléfono, preocupada por el contenido del mensaje.

—Bernabéu me contactó anoche, parece importante. Quiere reunirse con nosotros. Dice que tiene información delicada.

Peralta se frotó los ojos con las manos. No sabía cómo decirle que su viaje había terminado allí.

—Deberás ir sola. Tengo que marcharme. He de regresar a Madrid.

A ella no le gustó la respuesta.

—¿Y qué pasa con esto?

Él vaciló. No sabía muy bien a qué se refería.

Le señaló la pantalla.

Agulló se acercó al ordenador y comprobó la noticia que había abierta en el navegador.

El asesinato de Elche investigado por un policía expedientado

Fuentes cercanas al Cuerpo Nacional de Policía filtran un informe que demuestra que el inspector a cargo del asesinato de Laura Coves estaba siendo investigado por Asuntos Internos. Además de la falta de pruebas que justificaran la culpa de Eduardo Martín, el inspector a cargo del caso era investigado por amañar las pruebas de otra investigación en Madrid, varios años atrás.

—¿Qué significa esta noticia, Melchor?

Agulló estaba preocupada por la investigación y por ellos dos.

—Quería contártelo… cuando llegara el momento.

—¿Amañaste un caso?

—Es una larga historia. Me tenían contra las cuerdas y pagué por ello. Yo sólo quería ser recordado como un buen poliíca.

El desconcierto atrapó a la inspectora.

—Con lo que averiguamos anoche, seguro que Écija entra en razón.

Él dibujó una sonrisa falsa en su rostro. Ante todo, quería evitar la confrontación.

—No lo entiendes —dijo, regresando a la distancia que los separaba profesionalmente— Vine para hacer un trabajo y lo he terminado. Ahora debo regresar y enfrentarme a mis problemas.

—Me estás diciendo que te importa una mierda todo esto, ¿verdad?

—Sabes que no es cierto.

—Sólo sé que te largas cuando más cerca estamos.

«Cuando más necesitamos estar juntos».

—Es un error. Ya he cometido bastantes a lo largo de mi carrera y puedo verlos de lejos.

—Esta vez te equivocas.

—Será mejor que me vaya. Tengo que entregarle el informe a Écija y despedirme. Con un poco de suerte, lograré subirme al primer tren de la tarde que salga para Madrid.

Impotente, Agulló temblaba por dentro. No quería que el inspector saliera por la puerta. Si lo hacía, lo perdería. Y no quería porque lo necesitaba a su lado. El problema no era Peralta, pues lidiaría con sus sentimientos más adelante. El inspector le había dado lo que no tenía en el Cuerpo: un apoyo moral, una razón que daba sentido al caso.

Pero no podía retenerlo. No iba a ser ella quien le rogara que se quedara. Peralta debía decidir.

Él dio un largo suspiro, agarró sus pertenencias y echó a andar. Agulló se detuvo en el marco de la puerta del salón, para que no saliera de la habitación sin pasar por su lado.

Peralta se acercó a ella, pero la inspectora no se apartó. Con cada paso, sentía más presión en su cuerpo. Su interior era un cóctel de emociones.

Las dos miradas se encontraron. Tenían tanto que decirse, que no fueron necesarias las palabras. Les costaba resistirse al campo magnético de sus cuerpos.

Agulló se quedó quieta y fría, como una escultura de mármol. Él vaciló en besarla en la mejilla como gesto de despedida, pero no tuvo las agallas suficientes para hacerlo. Estaba en lo correcto. Toda la intimidad de unas horas atrás se había esfumado al salir del dormitorio.

Ella se echó a un lado y él caminó hacia la entrada del apartamento.

Abrió, le dijo adiós y cerró.

La inspectora oyó el golpe de la puerta.

Seguía de espaldas, paralizada, odiándose a sí misma por ser tan estúpida.

El desconcierto atrapó a la inspectora.

—Con lo que averiguamos anoche, seguro que Écija entra en razón.

Él dibujó una sonrisa falsa en su rostro. Ante todo, quería evitar la confrontación.

—No lo entiendes —dijo, regresando a la distancia que los separaba profesionalmente—. Vine para hacer un trabajo y lo he terminado. Ahora debo regresar y enfrentarme a mis problemas.

—Me estás diciendo que te importa una mierda todo esto, ¿verdad?

—Sabes que no es cierto.

—Sólo sé que te largas cuando más cerca estamos.

«Cuando más necesitamos estar juntos».

—Es un error. Ya he cometido bastantes a lo largo de mi carrera y puedo verlos de lejos.

—Esta vez te equivocas.

—Será mejor que me vaya. Tengo que entregarle el informe a Écija y despedirme. Con un poco de suerte, lograré subirme al primer tren de la tarde que salga para Madrid.

Impotente, Agulló temblaba por dentro. No quería que el inspector saliera por la puerta. Si lo hacía, lo perdería. Y no quería porque lo necesitaba a su lado. El problema no era Peralta, pues lidiaría con sus sentimientos más adelante. El inspector le había dado lo que no tenía en el Cuerpo: un apoyo moral, una razón que daba sentido al caso.

Pero no podía retenerlo. No iba a ser ella quien le rogara que se quedara. Peralta debía decidir.

Él dio un largo suspiro, agarró sus pertenencias y echó a andar. Agulló se detuvo en el marco de la puerta del salón, para que no saliera de la habitación sin pasar por su lado.

Peralta se acercó a ella, pero la inspectora no se apartó. Con cada paso, sentía más presión en su cuerpo. Su interior era un cóctel de emociones.

Las dos miradas se encontraron. Tenían tanto que decirse, que no fueron necesarias las palabras. Les costaba resistirse al campo magnético de sus cuerpos.

Agulló se quedó quieta y fría, como una escultura de mármol. Él vaciló en besarla en la mejilla como gesto de despedida, pero no tuvo las agallas suficientes para hacerlo. Estaba en lo correcto. Toda la intimidad de unas horas atrás se había esfumado al salir del dormitorio.

Ella se echó a un lado y él caminó hacia la entrada del apartamento.

Abrió, le dijo adiós y cerró.

La inspectora oyó el golpe de la puerta.

Seguía de espaldas, paralizada, odiándose a sí misma por ser tan estúpida.

89

Durante el viaje, no pudo pensar en otra cosa que no fuera ella. Una vez más, se había comportado como un patán. La inspectora Agulló no merecía un trato como ese por su parte Pensó que tendría que haberle hablado del asunto de La Vaguada desde el principio. Quizá así hubiera sabido con quién trataba. Pero no pudo hacerlo. Llegar nuevo a un lugar y que no te juzguen por tu pasado, es como una segunda oportunidad. Y todos merecemos una, se decía.

El taxi lo dejó frente a la comisaría. El recorrido comenzaba a resultarle familiar. Caminó hacia el despacho que le habían asignado. En unas horas, no quedaría rastro de él.

Encendió el ordenador, se sentó en la silla y pensó en el informe que estaba a punto de redactar. Las imágenes mentales regresaron a él como una bandada de estorninos. Habían sido jornadas muy intensas. Demasiada información para procesarla en un par de párrafos. A medida que tecleaba, sentía que se dejaba algo en el tintero. Pensó con detenimiento en cada una de las caras que había conocido a lo largo de su estancia. El extraño mensaje del inspector Bernabéu a la inspectora lo había desconcertado.

Los había tanteado a todos.

A todos, menos a uno.

Apresurado, imprimió el informe y se dirigió al despacho del comisario.

Tocó a la puerta y escuchó su voz en el interior.

—Inspector, adelante…

Peralta abrió y entró.

—He venido a despedirme.

—Es una lástima que todo haya quedado así —dijo y ambos vieron cómo la inspectora Agulló cruzaba el pasillo que había al otro lado. Peralta cerró la puerta—. ¿Todo bien entre ustedes?

—De eso quería hablarle.

Écija lo miró intrigado.

—¿Recuerda lo que me dijo cuando pisé su despacho por primera vez?

—Tengo buena memoria. No ha pasado tanto tiempo.

—¿Mantiene su palabra?

El comisario provincial echó un vistazo al informe en la distancia y sonrió.

—Sin duda alguna… Cuando le pedí a Balmes que me enviara a su mejor hombre, me advirtió de lo que hoy publica la prensa. Asumí el riesgo.

—¿Puedo pedirle un último favor?

—No sé si podré dárselo. Ya no depende de mí.

—Lea esto, piense en nuestra conversación y hable con Balmes para que alargue mi salida unas horas… Es todo lo que necesito.

—No sé si podré dárselo. Ya no depende de mí.

—Lea esto, piense en nuestra conversación y hable con Balmes para que alargue mi salida unas horas… Es todo lo que necesito.

90

Jueves, 14 de agosto.

Bahía de Benidorm. Benidorm, Alicante.

Los veinticuatro metros de eslora eran suficientes para tener una conversación privada. La tripulación no los podría oír, a pesar de que la brisa marítima arrastraba las palabras. Por unos instantes, se quedó a solas con su conciencia, saboreando aquel momento como algo excepcional. Incluso con los contratiempos, todo estaba saliendo tal y como había previsto, se dijo.

Diego Soler, con gafas de sol Carrera, un polo de color salmón y un bañador de rayas blancas y azules, había recibido una llamada telefónica informándole del incendio de la noche anterior en una de las tres naves industriales más grandes del polígono de Torrellano, y en propiedad de COVEX S.L., había sido incendiada de forma accidental mientras se celebraba la Alborada. La Policía y el Cuerpo de Bomberos todavía estaban averiguando qué había provocado el accidente. El interior había quedado calcinado y los bomberos tardaron varias horas en sofocar el fuego. En resumen: tres personas heridas por quemaduras graves e intoxicación de humo y ningún fallecido.

«El fin sí justifica los medios y lo que importa es llegar a la meta».

Desde la proa del Octopus contempló la Sierra Helada alzándose por detrás del monstruo de ladrillo y altas torres en el que se había convertido Benidorm. Otra época, una apuesta arriesgada, mucho dinero de por medio y grandes inversores interesados en transformar un pueblo pesquero en una urbe turística, construida únicamente para generar ganancias. En pleno 2008, Benidorm era como Las Vegas, pero más pequeño y situado en la provincia de Alicante. Lo tenía todo: casinos, burdeles, bares, discotecas, hoteles, residencias de verano, crimen, bandas organizadas, extranjeros de toda clase y de todo tipo de país… Todo lo necesario para convertirse en un lugar conocido internacionalmente. Incluso poseía el rascacielos más alto de Europa, el edificio Intempo, que había comenzado su construcción un año antes.

Con el paso de los años, fueron muchos los que denunciaron haber llegado a esa situación tan extrema, donde la belleza de la bahía se había convertido en un parque de atracciones veraniego regado por el alcohol, la fiesta y el turismo de masas. Cuando la temporada estival moría, lo hacían también las terrazas y las calles del municipio, quedándose huérfanas, tristes y sin vida.

Pero eso nunca le pasaría a Elche, reflexionó, ni tampoco a sus pedanías, como era el caso de La Marina del Pinet.

Se recostó sobre la toalla y cerró los ojos, disfrutando de la calma, del olor a aceite de coco y sal marina, y pensó que aquello era lo más parecido a estar en el cielo.

De pronto, se acercó una sombra que le cubrió el sol. Olía a crema solar y a champú de limón. Abrió un ojo bajo las lentes y el contraluz le impidió verle el rostro, aunque reconoció la silueta de una mujer. En las manos sujetaba dos copas alargadas y triangulares.

Él le regaló una sonrisa y se incorporó para sentarse. La había visto antes merodeando por el interior del barco. No conocía su nombre, pero era irrelevante. Tenía una mirada cautivadora, una piel tostada por el sol y un cuerpo de infarto. Sus ojos eran como dos piedras preciosas extraídas de una isla secreta. Todo en ella era natural, incluida la sonrisa.

Accedió al agasajo y brindó en silencio. Después le acarició un muslo. El tacto de su piel era un deleite y ella miró con deseo de animarlo.

Él se rio en alto, pues el deseo era lo único que no se podía fingir, por muy profesional que fuera. A lo largo de sus años, había conocido la mirada de la pasión, del ansia por conseguir algo. Esa chica, que podría ser su hija, no tenía ningún brillo especial en los ojos, al menos, para regalárselo a él, pero hacía bien su trabajo.

En el fondo, los dos sabían que la mentira era un acuerdo de dos: de quien la ejecutaba y de quien estaba dispuesto a creerla.

—¿Y mi amigo? —preguntó Diego Soler, clavándole los ojos en las pupilas—. ¿Se divierte?

—¿Y tú? ¿No quieres pasar conmigo al camarote?

Él volvió a reír y le acarició la barbilla.

—Más tarde, cariño, más tarde —dijo, dio un sorbo a la copa y desvió la mirada hacia la proa. Allí, en la cubierta, reconoció la silueta de su aliado—. Hazme un favor, ¿quieres? ¿Por qué no vas y le dices al señor Dekker que me gustaría hablar con él?

Ella aceptó y levantó una ceja como respuesta, incrédula ante el rechazo. Su estilizada figura se alejó lentamente e intercambió unas palabras con el holandés. Segundos más tarde, la imponente presencia de Fabian Dekker se ponía bajo el sol, formando una sombra alrededor del político.

—Hay que disfrutar la vida, hombre… —respondió, dio un sorbo a su copa y miró a la costa —. Es curioso, ¿verdad?

—¿El qué?

—Toda esa gente… —dijo y señaló a la playa—, de vacaciones, creyendo estar donde se merece… y es que está donde se merece… Yo también fui como uno de ellos, sé qué se siente… y sólo deseo no volver jamás. Para esa gente, nosotros somos parte de su decorado, algo tan lejano en sus vidas como viajar algún día a la Luna.

—Lo más difícil es aceptar que no perteneces a ese lado, sino a éste.

El holandés soltó una carcajada y se dirigió al alcalde.

—No, amigo Diego… Lo más difícil es aceptar que puedes regresar a ese lado en cualquier momento. Nuestra supervivencia no es muy distinta a la suya. Tan sólo tenemos otras necesidades.

El alcalde sopesó la respuesta. Dekker hablaba desde su experiencia, que era mayor a la de Soler. En ciertas esferas, la clase social importaba menos: podía ser alcalde y recibir la pleitesía del pueblo, de los concejales, de muchos empresarios, de la Policía Local e incluso de algunos altos cargos de la Nacional. Por el contrario, para los hombres como Dekker, él no era más que un lamebotas, un contacto con aspiraciones y una ficha más del engranaje.

A pesar de su mentalidad laica, el alcalde consideraba algunas cuestiones religiosas como

yparte del imaginario humano. Para él no existía otra vida, sino que el cielo y el infierno convivían sobre el mismo plano. Para diferenciarlos, uno no se encargaba de machacar al otro.

A veces, la ignorancia eludía el mal y en otras ocasiones pagaban justos por pecadores. En ese ainfierno al que se refería, un lugar de más penumbra y frío que llamaradas y calor, habitaban los tipos como Fabian Dekker, figuras herméticas y sospechosas que, inmunes al dolor ajeno y a lpropio, transitaban por el mundo como una sombra poderosa e invisible.

—¿Y Boix? ¿Se divierte? —preguntó, cambiando la dirección de la conversación—. Sera smejor que no regrese borracho. Esta noche es La Roà.

El holandés se rio.

—Tu amigo es un *bon vivant*. ¿Cómo le decís aquí? Esto…

—*La bona vida*.

—¡Eso es! *La bona vida*.

El Octopus se había convertido en la sala de negocios desde unos años atrás. Sopesó la apregunta con pesadumbre y recordó al difunto don Severiano, la primera vez que conoció a Olga dos veranos atrás, en aquel mismo barco. Dekker los invitaba al barco, llevaba a las chicas y allí ecerraban la transacción.

Lo de Severiano fue una encerrona de la que no estaba orgulloso, pero que puso de rodillas a sacerdote. Lamentó su pérdida. No era una mala persona, sólo tenía problemas con el voto de castidad, como cualquier mortal. Nunca pensó que llegaría tan lejos.

En el caso de Boix, el arquitecto municipal, no le preocupaba lo mínimo. Lo veía más como un premio que como una excusa para chantajearlo más tarde. Y el divorcio, pensó, hasta le daría una alegría.

Así y todo, no tenía dudas de que Dekker los estaría vigilando. Supuso que tendría las cámaras de seguridad activadas en el interior del camarote y a los fotógrafos disparando con sus cañones desde algún punto invisible.

—No tardarán en deshacer la UTE y hacerlo oficial —comentó el alcalde, después de un largo silencio. Los agasajos del holandés no eran sino una excusa para que el político lo mantuviera informado. Las noticias importantes tardaban en llegar—. Es una cuestión de días.

—Eso espero, Diego. No me gustaría que fuéramos nosotros quienes rompiéramos el acuerdo.

—Ni hablar —respondió, se puso en pie y se apoyó en la barandilla. Después dio un trago para terminar la bebida y aclararse la boca—. Llevamos dos años cocinando esto. Está bajo control.

—Sé que lo está —dijo el hombre y le dio una palmada en el hombro para demostrarle su confianza—. Confío en tu palabra.

—Gracias.

—¿Y ese policía patoso? Sabe más de lo que debería y no quiero que sea una carga. Nos rpodría chantajear.

—Tranquilo. No creo que lo haga.

—Tengo hombres que podrían hacerlo desaparecer. Sólo tienes que pedírmelo.

—No. Eso lo complicaría aún más. Te dije que yo me encargaría y tengo a la persona perfecta apara que hable con él.

—Como prefieras, pero no me gustaría presenciar un escándalo y tener que rematar el trabajo eque no has hecho bien.

—¿Y qué más da, Dekker? —cuestionó, desafiante—. El pueblo olvida, siempre lo hace. Sólo ohay que ponerle una zanahoria delante para que la siga.

—Tú sabrás, tú eres el político. Después de todo, yo sólo soy un hombre de negocios.

—Tú sabrás, tú eres el político. Después de todo, yo sólo soy un hombre de negocios.

91

Se sentía decepcionada con él, pero entendió que tendría sus motivos para marcharse. Ese era uno de sus mayores defectos, se dijo, ser incapaz de manifestar en voz alta lo que pensaba.

Cuando llegó a la comisaría, lo vio hablando con Écija, pero prefirió ignorarlos y seguir con su tarea. Entro en el despacho provisional que pronto desmantelarían. Agulló tenía claro que ni Peralta ni Sempere iban a detener su trabajo. Si no lo hacía ella, nadie esclarecería qué había ocurrido la noche de la muerte de Laura.

Laura Coves había sido víctima de un horrible plan y merecía justicia.

Esa noche fue Laura, pero podía ser otra chica.

Podía haber sido ella, la noche que fue asaltada.

Revisó la documentación, las declaraciones de los testigos, los testimonios de las personas citadas y la confesión de Eduardo Martín. Si la víctima no bebía alcohol y tampoco consumía ninguna clase de narcótico, alguien se encargó de que lo hiciera. Comprobó la coartada de Asunción Mora, la chica que había dormido esa noche con Navarro. Creyó que encontraría algún detalle que había pasado por alto. Recordó la conversación que habían tenido en el cementerio con el chico. Las cámaras de tráfico de la ciudad registraron el vehículo de Navarro cerca de la medianoche. Según los análisis, Laura había fallecido entre la una y las dos de la madrugada. Los vecinos de Asunción Mora declararon que oyeron el ruido en el apartamento sobre la una y media.

«Piensa, Marta, piensa».

Varios conocidos de Navarro aseguraron verlo en la barraca con aquella chica, pero nadie confirmó la presencia de Laura.

Él regresó, ella no lo hizo.

Pero si Laura abandonó el vehículo estando sobria y regresó caminando, tuvo que encontrarse con alguien antes de que la secuestraran, dedujo.

Agulló marcó una línea temporal sobre un cuaderno. Comprender aquella brecha de dos horas era lo que resolvería el enigma. Eso le había dicho también Peralta.

«Alguien conocido, alguien de su entorno».

Pensó en el registro telefónico de la muchacha.

Cerró la puerta del despacho y abrió el archivo de papeles de Peralta. Allí estaba toda la documentación que había guardado sobre la investigación.

—Aquí está… —murmuró, rescatando el registro. Recordó a Sempere, días atrás, pero nadie envió el resultado de la búsqueda.

«El resto son números aleatorios».

—Maldito desgraciado… —dijo en voz alta y descolgó el teléfono. Marcó el último número de teléfono con la esperanza de que alguien le respondiera. Aquel pertenecía a la última persona con la que había hablado, pero saltó el contestador de la compañía telefónica—. Mierda…

Debía intentarlo todo. No había más tiempo que perder.

Anotó el nombre de la compañía de telefonía y buscó sus tiendas en el navegador de ordenador.

—Bingo… —dijo al comprobar que sólo había una sucursal en Elche.

Se levantó de la silla y abandonó el despacho.

Peralta y Écija habían desaparecido, pero no le importó.

Sola o acompañada, pronto sabría quién había narcotizado a esa chica.

«El resto son números aleatorios».

—Maldito desgraciado… —dijo en voz alta y descolgó el teléfono. Marcó el último número de teléfono con la esperanza de que alguien le respondiera. Aquel pertenecía a la última persona con la que había hablado, pero saltó el contestador de la compañía telefónica—. Mierda…

Debía intentarlo todo. No había más tiempo que perder.

Anotó el nombre de la compañía de telefonía y buscó sus tiendas en el navegador del ordenador.

—Bingo… —dijo al comprobar que sólo había una sucursal en Elche.

Se levantó de la silla y abandonó el despacho.

Peralta y Écija habían desaparecido, pero no le importó.

Sola o acompañada, pronto sabría quién había narcotizado a esa chica.

92

Jueves, 14 de agosto.
Elche, Alicante.

Por los altavoces del estéreo, que ponían el hilo musical al establecimiento, la trompeta de Miles Davis interpretaba *Soleá*. Ricardo Navarro se miró al espejo. Tras él y sobre su cabeza colgaba un cuadro del músico de jazz, acompañado de discos de vinilo. Sentado en el sillón de la barbería, comprobó lo poco que le había crecido la barba en la última semana. No era un hombre velludo, nunca lo había sido y había perdido gran parte del vello de las extremidades en la vejez.

Pero Ricardo Navarro era un hombre social y de costumbres. Una vez al mes, como mínimo y desde hacía más de veinte años, Navarro reservaba turno en el número cuarenta y cuatro de la calle Pedro Juan Perpiñán, para que Jerónimo Colomina lo afeitara y le cortara el cabello. La afinidad entre el barbero y el empresario iba más allá de la clásica relación entre cliente y comerciante. Colomina era oriolano, como doña Paula, y había servido de oficial de barbería en Cartagena, la misma ciudad donde Navarro había hecho el servicio militar. El respeto del barbero y el buen saber a la hora de tratar con un hombre como Navarro, fortaleció con los años la amistad que había entre ellos. Además de Navarro, entre la clientela de Colomina pasaban empresarios locales, futbolistas, políticos y artistas. Un punto de encuentro que Navarro solía aprovechar para ponerse al día del clima local y para ampliar su red de contactos.

El paso del tiempo jubiló al barbero, pero el negocio continuó con la misma suerte en manos de Jerónimo, su hijo, un muchacho con el talento del padre, el conocimiento de los tiempos modernos que llegaban con el nuevo siglo, y el fiero comportamiento de una persona astuta y comedida. A Navarro le caía bien el hijo, al que conocía desde pequeño. Jero, que así era como le llamaba el empresario, era un tipo leído, con una amplia curiosidad musical, aficionado a la motor, al buen whisky y a la cultura anglófila en general. Compartía con el cliente un sinfín de anécdotas, como hacía su padre, y escuchaba con atención las vivencias que Navarro le contaba.

Por su parte, el empresario sabía que Jero no era un chivato y que sus labios quedaban sellados cuando el cliente abandonaba el local.

Una mañana de abril, igual que con el padre, Navarro tomó sus precauciones y lo sometió a la primera prueba. Poco después de llegar, el empresario se reunió con dos hombres en la barbería. No había más clientes cuando estos llegaron. Los tres fingieron una conversación sobre la muerte de un cuarto. Uno de ellos confesó haberlo matado a golpes. Navarro asumía lo ocurrido como autor intelectual. El chico lo escuchó todo, mostrando la incomodidad de cualquier persona ajena

a lo sucedido. No se metió en los asuntos y tampoco vaciló cuando dos desconocidos regresaron horas más tarde, preguntando por Navarro y por los hombres que había con él.

Todo era un montaje del empresario, pero parecía de lo más real. El joven barbero negó haber visto a Navarro desde hacía semanas y, a pesar de las amenazas, hizo frente a los desconocidos invitándolos a marcharse de su local si no querían buscarse un problema. Aquel día, Jero se ganó su respeto, como había hecho el padre muchos años atrás y, desde entonces, la barbería se convirtió en un lugar más seguro para el abuelo.

Esa noche se celebraba la Roà, la tradicional procesión en honor a la Virgen de la Asunción en la que participaban miles de ilicitanos. La procesión era una de las tradiciones más antiguas de la ciudad, remontándose al siglo XVII. Los devotos recorrían las calles del casco antiguo de la ciudad, con cirios encendidos en las manos hasta que amanecía, haciendo el mismo recorrido que la procesión del día siguiente, en honor al entierro de la Virgen. Una noche en la que los creyentes se acercaban a la Virgen en el interior de la Basílica, para pedir y también para cumplir las promesas hechas anteriormente.

Pero la Roà tenía otro significado para los no tan creyentes y más jóvenes de la ciudad. Mientras miles de ciudadanos velaban por la madre de Cristo, los bares de los alrededores abrían sus barras hasta que salía el sol. Multitudes de jóvenes se reunían en los parques para celebrar la noche más fuerte de las fiestas locales. Las patrullas de policía controlaban cada esquina evitando peleas, robos y altercados propios del alcohol y de las grandes aglomeraciones. En las barracas populares no cabía más gente y en las calles se sentía el tránsito hasta entrada la mañana del día siguiente.

En lo que respectaba a Ricardo Navarro, le traía sin cuidado la tradición local, así como sus devotos. Esa mañana alentó a su esposa y a su hermana para que se quedaran en casa. Las promesas a la Virgen podían esperar un verano más. La situación lo requería. El chico seguía en el hospital, custodiado por la decena de hombres que hacían guardia en los alrededores del edificio. La noche anterior había dado el primer aviso a Coves. Un mensaje claro y directo por los daños que había cometido. Ahora necesitaba una contestación. La respuesta de Coves reflejaría su actitud ante él: si continuaba con la UTE, aceptaría el error y todo seguiría tal y como estaba. Navarro no tenía intenciones de agitar más la situación. De lo contrario, si Coves intentaba responder de la misma manera, Ricardo estaba dispuesto a aplastarlo como a una cucaracha. Algo que, según él, debía de haber hecho mucho tiempo atrás.

Esa mañana, su visita a la barbería tendría un cometido particular.

Cuando Jerónimo le ajustó el cuello de la bata, antes de embadurnarle el rostro de crema de afeitar, Navarro vio el diario de la mesita de espera, a través del espejo.

—¿Es el de hoy? —preguntó, señalando con el índice por debajo de la bata negra.

—¿El qué, don Ricardo?

—El periódico, si es el de esta mañana…

—Sí, ¿lo quiere?

—Muéstrame la portada, por favor —dijo, el barbero dejó la brocha y agarró el diario. Impresionado, notó cómo los ojos del hombre —que ya no era un muchacho— se movían por debajo de los cristales de las gafas de pasta.

—Vaya. Anoche tiraron algo más que carretillas.

—¿A ver? —preguntó, haciéndose el sorprendido. En primera plana aparecía la foto de la nave industrial carbonizada. Sonrió para sus adentros, sin que se notara demasiado—. Lo cubrirá el seguro.

—Es de los Coves. Tiene mala pinta el asunto.

—No son de fiar, Jero. Ya lo sabes.

El barbero no contestó, cerró el periódico y lo dejó plegado sobre la mesa. Él también estaba al corriente de lo que había pasado con el nieto del cliente. Todavía no habían publicado la noticia, pero el rumor se había esparcido como una carga vírica.

—¿Cómo está su nieto? —preguntó, respetuoso, mostrándole aprecio.

—Mal, no te voy a engañar. Lo han convertido en un desgraciado.

El barbero mojó la brocha y le restregó la loción por la cara. Poco a poco, el rostro de Navarro se parecía más al de Papá Noel.

—¿Se sabe ya quién ha sido?

Navarro buscó su mirada en el espejo y guardó silencio. El láser de sus ojos tuvo que rebotar sen el reflejo para que el barbero sintiera su presión. La pregunta había sido un desacierto, pero Navarro nunca evitaba una cuestión.

—No. Tendremos que confiar en la Policía. Es así como funciona la justicia, ¿no, Jero?

. Con la hoja de la navaja cerca de su cuello, el barbero asintió con la cabeza y procedió a nafeitado. De haber sido otra persona, de haberse vendido a cualquiera, habría tenido la ocasión aperfecta para rebanarle la garganta sin ninguna clase de impedimento. Por esa razón, Navarro ,estaba allí sentado, a escasos centímetros de la afilada hoja, en manos de aquel hombre y con la sconciencia tranquila de que no le haría daño.

La cuchilla rasgó la piel y afeitó la barba seca y blanquecina del hombre. Con un gesto de muñeca, el barbero limpió la cuchilla antes de proceder.

—Espero que no tarden en cazarlos. Si fuera por mí, los enterraba vivos.

—Los gusanos no tienen culpa alguna.

—Ya me entiende, don Ricardo. Es un decir… Estas injusticias me hierven la sangre.

—Lo sé, Jerónimo, lo sé. No te preocupes… Si algo he aprendido es que a todo cerdo le llega rsu San Martín…

—A todos, todos… no, por desgracia.

—Sí, hombre. Es cuestión de marcarlo en el calendario para que no se olvide… —dijo y le shizo un gesto para que el barbero se detuviera—. Por cierto, Jero…

—¿Sí, don Ricardo?

—Arturo Miralles, el arquitecto…

—¿Sí?

—Es cliente tuyo, ¿verdad?

—Sí —dijo, tragando con fuerza. Retiró la navaja y la cerró, adoptando una posición defensiva. No quería mostrarse reticente ante el cliente, pero temía que la conversación tomara una dirección equivocada—. ¿Qué hay con él?

—Verás, tengo que pedirte un pequeño favor.

El barbero tragó de nuevo.

—Usted dirá.

—Me gustaría que lo citaras en la barbería para reunirme con él.

—Don Ricardo, me pone en un compromiso. ¿Por qué no lo hace usted, directamente? Puedo darle su teléfono.

La respuesta no le gustó al cliente.

—Las cosas no funcionan así, Jero —explicó—. No pasará nada, si lo que te preocupa es el local. Tan sólo quiero hablar con él, nada más. ¿Crees que sería posible que accediera?

—Es un buen cliente, lleva muchos años viniendo a la barbería y no creo que sospeche, perc le estaría haciendo una encerrona. Usted sabe que, como mi padre, he sido siempre imparcial. No aquiero buscarme problemas ajenos a este negocio.

a —Bueno… —dijo Navarro con un tono de voz decepcionado—, ya eres adulto, gestionas tus propias decisiones y creo que es hora de que te posiciones. Tarde o temprano, tendrás que hacerlo, como todo el mundo en esta santa ciudad. Si hoy estoy aquí, algún día vendrán a por t por haberme dado servicio. Y si es al revés, pagarás del mismo modo. No te estoy exigiendo que ele niegues la entrada o que desatiendas a la mitad de tus clientes. Sólo te pido un pequeño favor A cambio, prometo protegerte de cara al futuro, si es lo que necesitas oír.

—Don Ricardo, sabe que le admiro y le respeto desde que tengo uso de razón, pero me esta rponiendo en un aprieto.

o —Me pregunto qué pensará tu padre de todo esto…

El barbero cambió el semblante.

—Le ruego que no lo meta en la conversación.

l Ricardo Navarro echó la cabeza hacia atrás y encontró la mirada tensa de aquel hombre.

ı —Esta tarde, antes de la procesión, aquí, a última hora —dijo, serio y convencido de que lo oharía—. Si es necesario, dile que te lo he pedido yo, pero que no venga cargado, ni con amachacas. Estará a la vista de todos.

e

a

e

ı
a

o

l

—Es un buen cliente, lleva muchos años viniendo a la barbería y no creo que sospeche, pero le estaría haciendo una encerrona. Usted sabe que, como mi padre, he sido siempre imparcial. No quiero buscarme problemas ajenos a este negocio.

—Bueno… —dijo Navarro con un tono de voz decepcionado—, ya eres adulto, gestionas tus propias decisiones y creo que es hora de que te posiciones. Tarde o temprano, tendrás que hacerlo, como todo el mundo en esta santa ciudad. Si hoy estoy aquí, algún día vendrán a por ti por haberme dado servicio. Y si es al revés, pagarás del mismo modo. No te estoy exigiendo que le niegues la entrada o que desatiendas a la mitad de tus clientes. Sólo te pido un pequeño favor. A cambio, prometo protegerte de cara al futuro, si es lo que necesitas oír.

—Don Ricardo, sabe que le admiro y le respeto desde que tengo uso de razón, pero me está poniendo en un aprieto.

—Me pregunto qué pensará tu padre de todo esto…

El barbero cambió el semblante.

—Le ruego que no lo meta en la conversación.

Ricardo Navarro echó la cabeza hacia atrás y encontró la mirada tensa de aquel hombre.

—Esta tarde, antes de la procesión, aquí, a última hora —dijo, serio y convencido de que lo haría—. Si es necesario, dile que te lo he pedido yo, pero que no venga cargado, ni con machacas. Estará a la vista de todos.

93

Jueves, 14 de agosto.

Zona residencial de Ciudad Jardín. Barrio de Altabix. Elche, Alicante.

Entrada la mañana, Manuel Coves esperaba en el sofá del amplio salón de la vivienda acompañado de su hijo José y de su nieto Miguel. Su nuera le sirvió un café descafeinado con dos gotas de leche en una pequeña taza de porcelana. Esa noche era una velada especial para todos. Nunca imaginó que tendría que ser él quien entregara un nieto a la policía. Sus hombres habían hecho un buen trabajo encargándose de averiguar quién había provocado el fuego. Prefirió no hablar de ello delante de la familia. El drama ya era suficiente entre aquellas paredes. Cuando su hijo José le preguntó por el arma, le recordó que tendrían esa conversación más tarde. Todavía seguía horrorizado por la idea de que Miguel hubiera apuñalado con saña a ese muchacho. Parecía que el nieto no había aprendido nada a lo largo de tantos años. Después pensó que no le sorprendió que hubiera actuado de esa manera como consecuencia. El memo de su hijo José había adquirido una pistola sin consultárselo. Se sentía desbordado. Su familia nunca se había manchado las manos de sangre.

Era incapaz de reconocerlos.

Para evitar más sorpresas, Ximo Macià se encargó de destruir la única prueba que podía culpar al muchacho. Respecto a la pistola, Coves le pidió que la custodiara para que estuviera a salvo todo el tiempo que fuera oportuno. Si a los agentes se les ocurría registrar la casa y daban con ella, tendrían mucho que explicar.

¿A qué venía aquello?, se preguntaba.

Lo peor de todo era que su descuido podía haberle salido muy caro: la pérdida de dos hijos en cuestión de días.

Se sentía decepcionado, pero debía mantener la compostura ante los suyos. Si él se derrumbaba, no tendrían en quien apoyarse. Era como el payaso triste, que sonreía por fuera y lloraba por dentro.

El nieto estaba vestido y sentado en un extremo del sofá. Habían recibido la llamada de la comisaría para confirmar la presencia del muchacho. Manuel Coves aseguró a su familia que se encargaría de gestionar aquello.

—No te preocupes, muchacho. No respondas a ninguna de las preguntas hasta que llegue el abogado. Si te presionan, ignóralos —explicó el abuelo con serenidad, como si estuviera hablando de un examen universitario—. No pueden acusarte de nada, guarda eso en tu sesera.

—¿Y las cámaras? —preguntó el hijo—. Seguro que tienen algo y más, como está el patio…

El abuelo giró el rostro hacia su hijo.

—¿Quieres hacer el favor y cerrar la maldita boca?

—Papá, las cosas son como son… Hay que ser realista.

—Hay que ser un gilipollas para decir eso delante de tu hijo.

—*Mare meua*…

—¿Desde cuándo he faltado a mi palabra? ¿Eh?

—*Res*, papá, *res*.

—¿Quién te ha sacado las castañas del fuego cada vez que lo necesitabas?

—Tú, papá, tú… —dijo, agachando la cabeza.

—¿Y por qué no iba a hacer lo mismo o más por mi nieto?

—Que no he dicho nada. Mejor me callo.

—A la próxima, piensa antes de hablar.

El incómodo silencio invadió el salón. Manuel Coves dio el último sorbo a la taza cuando oyó el ruido de una puerta de vehículo al cerrarse.

—Ya están aquí —dijo la nuera, acercándose al umbral de la puerta.

En calma, terminó el café, dejó la taza sobre la mesilla del salón y se puso en pie. Manuel se quitó las arrugas del pantalón del traje, se colocó la chaqueta y esperó a que su nieto tomara la iniciativa.

—Es la hora, chico. Todo saldrá bien, confía en mí.

Miguel Coves cruzó el pasillo que unía la parte delantera de la vivienda con el salón. Por primera vez, sintió que el recorrido no terminaba nunca. Junto a él, su padre lo sujetaba por el hombro y con gesto afligido. La madre esperaba fuera, atendiendo a los agentes de la policía, que no parecían nerviosos ante el arresto. Las condiciones habían sido claras: el chico se entregaría sin oposición, siempre y cuando no hicieran una escena delante de los vecinos. Dada la complejidad de la situación y la fama de la familia, los agentes accedieron al ruego y actuaron con normalidad. Por último, el abuelo salió de la casa y se acercó a la pareja de policías que esperaban al muchacho.

Miguel Coves lo miró y el abuelo se despidió dándole una palmada en el brazo.

—Recuerda, eres inocente.

El chico, desconfiado y asustado por su porvenir, acompañó a los agentes al vehículo y subió en la parte de atrás. El coche patrulla arrancó el motor y aceleró hasta perderse por la avenida que cruzaba por delante de la casa. Antes de dar la vuelta, el teléfono sonó. Era Miralles y le informó del encuentro que Navarro le había propuesto.

—Ya sabes cuál es mi opinión. Si han sido ellos, pueden darse por muertos.

Después colgó.

El abuelo se fijó en las miradas de los curiosos que observaban la escena desde sus ventanas. Cerró la puerta de la propiedad, miró al matrimonio y dio una palmada al aire.

—El muchacho será libre en unas horas. Ahora debo marcharme.

—¿Y las cámaras? —preguntó el hijo—. Seguro que tienen algo y más, como está el patio…

El abuelo giró el rostro hacia su hijo.

—¿Quieres hacer el favor y cerrar la maldita boca?

—Papá, las cosas son como son… Hay que ser realista.

—Hay que ser un gilipollas para decir eso delante de tu hijo.

—*Mare meua*…

—¿Desde cuándo he faltado a mi palabra? ¿Eh?

—*Res*, papá, *res*.

—¿Quién te ha sacado las castañas del fuego cada vez que lo necesitabas?

—Tú, papá, tú… —dijo, agachando la cabeza.

—¿Y por qué no iba a hacer lo mismo o más por mi nieto?

—Que no he dicho nada. Mejor me callo.

—A la próxima, piensa antes de hablar.

El incómodo silencio invadió el salón. Manuel Coves dio el último sorbo a la taza cuando oyó el ruido de una puerta de vehículo al cerrarse.

—Ya están aquí —dijo la nuera, acercándose al umbral de la puerta.

En calma, terminó el café, dejó la taza sobre la mesilla del salón y se puso en pie. Manuel se quitó las arrugas del pantalón del traje, se colocó la chaqueta y esperó a que su nieto tomara la iniciativa.

—Es la hora, chico. Todo saldrá bien, confía en mí.

Miguel Coves cruzó el pasillo que unía la parte delantera de la vivienda con el salón. Por primera vez, sintió que el recorrido no terminaba nunca. Junto a él, su padre lo sujetaba por el hombro y con gesto afligido. La madre esperaba fuera, atendiendo a los agentes de la policía, que no parecían nerviosos ante el arresto. Las condiciones habían sido claras: el chico se entregaría sin oposición, siempre y cuando no hicieran una escena delante de los vecinos. Dada la complejidad de la situación y la fama de la familia, los agentes accedieron al ruego y actuaron con normalidad. Por último, el abuelo salió de la casa y se acercó a la pareja de policías que esperaban al muchacho.

Miguel Coves lo miró y el abuelo se despidió dándole una palmada en el brazo.

—Recuerda, eres inocente.

El chico, desconfiado y asustado por su porvenir, acompañó a los agentes al vehículo y subió en la parte de atrás. El coche patrulla arrancó el motor y aceleró hasta perderse por la avenida que cruzaba por delante de la casa. Antes de dar la vuelta, el teléfono sonó. Era Miralles y le informó del encuentro que Navarro le había propuesto.

—Ya sabes cuál es mi opinión. Si han sido ellos, pueden darse por muertos.

Después colgó.

El abuelo se fijó en las miradas de los curiosos que observaban la escena desde sus ventanas. Cerró la puerta de la propiedad, miró al matrimonio y dio una palmada al aire.

—El muchacho será libre en unas horas. Ahora debo marcharme.

94

Jueves, 14 de agosto.

Calle de Reina Victoria. Elche, Alicante.

La dependiente de la tienda de teléfonos la atendió con recelo.

—Tengo que hablar con la encargada —explicó, intimidada por la coacción de la inspectora—. No sé si puedo facilitarle lo que busca.

—Sólo me tiene que decir a quién pertenece este número —insistió—. Forma parte de una investigación policial.

Los ojos de la empleada intentaban esconderse en otro lugar, pero Agulló estaba siendo firme

—¿Puede esperar a que mi superior regrese del almuerzo?

La inspectora negó con la cabeza.

—Mire en su base de datos.

—Pero…

—Hágalo.

No se reconocía, pero estaba desesperada. Jamás tuvo la intención de abusar de su posición pero pensó que aquella torpe no le estaba dando otra salida.

Temblorosa, la empleada accedió y buscó el número en el registro del ordenador.

—Es una línea de prepago —dijo—. Está registrada a nombre de Ángela Martínez Ruiz.

—¿Ángela? —preguntó en alto la inspectora. Era la primera vez que ese nombre aparecía en la investigación.

—Sí… —contestó la chica, mirándola de reojo—. Lo adquirió en mayo, hace tres meses, más o menos…

—¿Cuál es la dirección asociada?

—Verá, creo que ya le he dicho demasiado… No quiero perder el trabajo.

—No me haga perder más tiempo, se lo ruego.

Los clientes esperaban su turno alrededor de la inspectora.

La empleada suspiró y anotó la dirección en una tarjeta de visita.

Agulló salió de allí y regresó al vehículo, dándole vueltas al nombre de esa mujer. ¿Quién era Ángela?, se preguntaba, ¿y por qué Laura Coves la había llamado antes de morir?

Introdujo la dirección en el navegador y siguió las indicaciones. Diez minutos después, la inspectora aparcaba en los alrededores de la plaza de España, frente a la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, una enorme iglesia que ocupaba toda la plaza. Bordeó el templo en busca de

número del edificio hasta que se detuvo frente a un portal. Tocó al timbre hasta tres veces. La voz de una mujer contestó a la llamada.

—¿Quién es?

—¿Ángela Martínez?

—¿Quién lo pregunta?

—La Policía Nacional.

La puerta se abrió al oír las palabras.

Sorprendida, la inspectora empujó el portón de hierro y accedió al interior del edificio.

número del edificio hasta que se detuvo frente a un portal. Tocó al timbre hasta tres veces. La voz de una mujer contestó a la llamada.

—¿Quién es?

—¿Ángela Martínez?

—¿Quién lo pregunta?

—La Policía Nacional.

La puerta se abrió al oír las palabras.

Sorprendida, la inspectora empujó el portón de hierro y accedió al interior del edificio.

95

Jueves 14 de agosto.

Elche Parque Empresarial. Torrellano, Elche, Alicante.

A esa hora de la mañana, los bomberos habían desaparecido del área del incendio. Un fuert olor a chamuscado lo recibió en cuanto bajó del coche. Se sentía cansado, no había logrado pega ojo tras el encuentro con el alcalde.

Se acercó al polígono industrial guiado por la curiosidad. Aquel no era asunto suyo, pero s excusó en que podría encontrar alguna relación con la investigación. Desde que el comisari Javaloyes había depositado toda su fe en él, tenía carta blanca para entrar y salir de la comisarí sin dar explicaciones. Lo cierto era que no había avanzado en el caso, pero tampoco le importab demasiado. Sentía que los hechos estaban marcados por una agenda ajena a él. Señalar a André Navarro como el homicida de Laura Coves, no parecía imposible. Tenía los análisis en su pode que demostraban la relación, las fotografías de las cámaras de tráfico y los dos testimonios. L único que necesitaba era un móvil, unir el espacio difuso entre la hora de la muerte y el moment en el que Laura Coves abandonaba el vehículo.

Debía seguir dándole vueltas a ese asunto. Pensó que el alcalde podría echarle una mano par tomar una decisión sobre la coartada de Navarro.

Una pareja de compañeros interrogaba a varios de los guardias de seguridad de los almacene contiguos, en busca de respuestas a lo ocurrido. Sempere se aproximó con curiosidad, aunqu con la certeza de que aquel desastre no había sido accidental.

—No sé, yo estaba durmiendo cuando pasó todo… —explicó uno de ellos, sin demasiad énfasis—. Desperté sobresaltado, el humo negro salía por las grietas y el fuego devoraba e edificio.

—¿No vieron ningún coche merodeando a esas horas por los alrededores? —preguntó e inspector, interviniendo en el interrogatorio. Los dos agentes se giraron hacia él y se identific —. ¿Ni siquiera antes? ¿Para qué les pagan?

—Nos pagan, pero no lo suficiente para estar pendiente del zumbido de un mosquito — respondió el otro operario—. Si tiene tanta curiosidad, compruebe las cámaras de seguridad. Ha sistemas de alarma instalados en cada nave. Eso les será más útil.

—¿Lo han hecho ya?

—Tapadas con aerosol. Conocían su localización y las bloquearon horas antes del incendio.

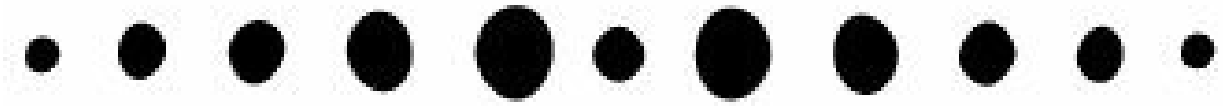
—¿Qué hay de las alarmas?

Los agentes se encogieron de hombros.

Sempere asintió.

La escena le resultaba familiar. Recordó la primera vez que asistió a un accidente provocad por los esbirros de Navarro: sin testigos, sin cámaras y sin sospechosos. No había ocasión en l que una posibilidad remota no fuera la causante del desastre.

Sin embargo, ya no le era posible creer aquello.



A la hora del mediodía, regresó a la comisaría, no sin antes estacionar en la ciudad para e almuerzo. Le gustaba El Palmeral y la Dama, un bar clásico que servía raciones desde los año setenta y que mantenía la estética de entonces. Un bar español que se negaba al paso del tiempo ra las modas y en una ubicación privilegiada. El local tenía una barra de zinc con forma de U qu daba la vuelta al interior y los camareros gritaban las comandas a pleno pulmón. El turno d mañana era más relajado y la ausencia de extractor de olores hacía que el tufo a aceite frito s apegara a la ropa. Le recordaba a su juventud, a su padre y a unos tiempos mejores que quedaba ya en el olvido.

Pidió una cerveza y unos zepelines de merluza, que era el plato estrella de la casa: una fritur de pescado rebozado. Después terminó el tentempié con un café cortado y tomó rumbo a despacho.

De regreso a la comisaría, le dio otra vuelta al caso.

La opinión popular cargaba contra la eficacia del Cuerpo y eso repercutía en el estado d ánimo del comisario. Los periodistas todavía no molestaban lo suficiente, pero no tardarían e llegar.

La primera manifestación puso a la población en alerta. La muerte de Laura Coves dejaba un tristeza profunda en la sociedad. ¿Estaban las jóvenes a salvo?, se preguntaban los diarios. Po suerte, poco a poco, los días festivos la habían diluido entre celebraciones. El alcalde tenía razón Había que trabajar para que no olvidaran la desgracia de aquel verano.

Esa noche era la Roà y miles de ilicitanos iban a velar por la muerte de esa chica, com símbolo de su queja contra la violencia de la calle.

Por eso, Sempere pensó que todo debía estar bien atado antes de presentar el informe final.

Los ilicitanos exigían un culpable, una razón para conciliar el sueño y seguir con sus vidas Andrés Navarro era el candidato ideal.

¿Y si no lograba demostrar que él la había matado?, se preguntó otra vez.

El temor al fracaso lo atemorizaba.

La idea le erizó el vello de los brazos. El desenlace podía ser trágico. Nadie le aseguraba qu no corriera la misma suerte que Agulló y Peralta, pero tenía más a su favor que esa pareja d inexpertos e ignorantes. Ahora que podía contemplar la situación con perspectiva, debía anda

con ojo si no quería el mismo final para él. Era su última oportunidad para liberar a una población de sus caciques.

A media tarde y tras el segundo café en el cuerpo, el segundo teléfono móvil sonó en su oficina.

Supuso de dónde procedería la llamada.

—¿Sí?

—Tiene que ser hoy.

—¿Cómo dice? —preguntó y se aseguró de que la puerta del despacho estaba bien cerrada y nadie podía oír una palabra de la conversación—. ¿Esta noche?

—Lamento avisarle con tan poca antelación, pero se nos acaba el tiempo.

Sempere se mostraba confundido.

—¿Cómo lo voy a hacer?

—Tengo un plan —dijo y tosió. Diego Soler fumaba relajado e intentaba no pronunciar el nombre de Bernabéu—. Navarro y Coves tendrán un encuentro privado para solucionar sus diferencias.

—¿Cómo ha obtenido esta información?

—Me la ha dado él —aclaró, incómodo—. Coves le ha solicitado protección, por si Navarro le hace una encerrona. Debe evitar que suceda. Si Navarro descubre que los están vigilando eludirá la cita y enfriará las negociaciones. Tal vez acabe con la UTE, pero perderemos la oportunidad de quitárnoslos de encima.

—¿Lo hace por mí o por usted?

—Soy el primero que los quiere bien lejos de esta ciudad.

—¿Qué es lo que tengo que hacer con Bernabéu?

—Ya se lo dije el otro día.

—¿Así que hablaba en serio?

—Para lograr grandes cosas, hay que realizar grandes sacrificios.

—Lo que me exige es más que un sacrificio.

—No, por desgracia no lo es —respondió con carácter—. Este es el pasaporte que siempre ha reclamado. Puede subir al barco o quedarse en tierra, pero ambas decisiones tienen consecuencias… Haga lo que haga, piénselo bien, para no arrepentirse cuando sea tarde… y decida pronto, no disponemos de mucho tiempo.

Soler colgó y dejó al policía con la respuesta en los labios.

Comprendió la magnitud de la influencia del alcalde y del oscuro poder de sus amistades. Se había unido a un bando para eliminar otro, pero era cómplice de la misma calaña.

Esa noche, uno de los dos policías tendría que desaparecer.

con ojo si no quería el mismo final para él. Era su última oportunidad para liberar a una población de sus caciques.

A media tarde y tras el segundo café en el cuerpo, el segundo teléfono móvil sonó en su oficina.

Supuso de dónde procedería la llamada.

—¿Sí?

—Tiene que ser hoy.

—¿Cómo dice? —preguntó y se aseguró de que la puerta del despacho estaba bien cerrada y nadie podía oír una palabra de la conversación—. ¿Esta noche?

—Lamento avisarle con tan poca antelación, pero se nos acaba el tiempo.

Sempere se mostraba confundido.

—¿Cómo lo voy a hacer?

—Tengo un plan —dijo y tosió. Diego Soler fumaba relajado e intentaba no pronunciar el nombre de Bernabéu—. Navarro y Coves tendrán un encuentro privado para solucionar sus diferencias.

—¿Cómo ha obtenido esta información?

—Me la ha dado él —aclaró, incómodo—. Coves le ha solicitado protección, por si Navarro le hace una encerrona. Debe evitar que suceda. Si Navarro descubre que los están vigilando, eludirá la cita y enfriará las negociaciones. Tal vez acabe con la UTE, pero perderemos la oportunidad de quitárnoslos de encima.

—¿Lo hace por mí o por usted?

—Soy el primero que los quiere bien lejos de esta ciudad.

—¿Qué es lo que tengo que hacer con Bernabéu?

—Ya se lo dije el otro día.

—¿Así que hablaba en serio?

—Para lograr grandes cosas, hay que realizar grandes sacrificios.

—Lo que me exige es más que un sacrificio.

—No, por desgracia no lo es —respondió con carácter—. Este es el pasaporte que siempre ha reclamado. Puede subir al barco o quedarse en tierra, pero ambas decisiones tienen consecuencias… Haga lo que haga, piénselo bien, para no arrepentirse cuando sea tarde… y decida pronto, no disponemos de mucho tiempo.

Soler colgó y dejó al policía con la respuesta en los labios.

Comprendió la magnitud de la influencia del alcalde y del oscuro poder de sus amistades. Se había unido a un bando para eliminar otro, pero era cómplice de la misma calaña.

Esa noche, uno de los dos policías tendría que desaparecer.

96

Se estaba quedando sin uñas de tanto morderlas. Fumar ya no lo tranquilizaba. Se le agriaba e carácter y comenzaba a perder los nervios con facilidad. Estar encerrado en su apartamento consciente de la situación que había fuera, lo estaba matando.

¿Por qué nadie atiende a mis llamadas?, se preguntaba.

La noche anterior envió un mensaje a esa inspectora y no obtuvo respuesta. Ni siquiera ella lo tomaba en serio, lamentó, apagado en el sofá de su casa. El reloj corría en su contra. El alcalde lo apartaba cada vez más de su lado. Notaba cómo la relación se enfriaba, a pesar de no habe tenido contacto con él durante las últimas horas. Estaba perdiendo la cordura.

Con el segundo café, recibió una noticia que levantó su estado de ánimo. No comprendió po qué tardó tanto en dar señales de vida, pero la inspectora Agulló accedió a reunirse con él en privado. Era su única salida: entregarle todos los documentos guardados a lo largo del tiempo y asegurarse de que llegarían a las manos correctas. No quería una investigación de Asuntos Internos sobre los comisarios, ni tampoco que le abrieran un expediente a Sempere. Ellos eran figuras secundarias, incluso terciarias, en la trama que rodeaba a Diego Soler y sus acólitos comenzando con Miguel Boix y terminando con Fabian Dekker, la guinda del pastel. Entre la lista de nombres también figuraban Manuel Coves, su círculo cercano y el amplio grupo de empresarios ilicitanos con los que mantenía su oligopolio personal. Tampoco faltaba Ricardo Navarro y la red de extorsionadores y contrabandistas que trabajaban para él. Desde sindicatos obreros a controladores portuarios, todos en una lista interminable de nombres y apellidos que se repartía por la provincia.

A cambio de su colaboración, Bernabéu pedía protección para su familia. Era el único requisito, consciente de que en ese dosier también iba incluido su nombre.

La cita no podía demorarse. El contenido de la carpeta era demasiado importante como para no ser destruida. En cualquier momento, alguien podía tocar a la puerta: un policía con una orden de detención o, mucho peor, un amigo de Fabian Dekker.

Conocía bien a Diego Soler. Eran demasiados años de servidumbre, demasiados momentos mirando hacia otra parte y demasiadas situaciones en las que su talante se convertía en pura maldad. Bernabéu conocía los horribles pensamientos que aparecían en la cabeza del alcalde cuando no dormía tranquilo. La indiferencia no era su peor castigo. Más bien, el inspector sabía que la utilizaba como adelanto del correctivo final.

Y eso era lo que más le asustaba.

Mientras la documentación siguiera en el interior del buró, su vivienda no era un lugar seguro.

Esa noche, como cada año, su mujer asistiría a la procesión de la Roà para cumplir con la tradición ilicitana, con las promesas que había hecho y así rendir su homenaje a la patrona de la ciudad. Pero esa noche, el inspector no la acompañaría y se quedaría a solas en el apartamento mirando de frente al peligro.

Los nervios minaban su moral y el café que tenía en las manos le supo a poco.

Se levantó y con la ayuda de la muleta, caminó hacia la cocina. Abrió el armario, agarró la botella de Soberano y regresó a la sala de estar. Después rellenó la taza de café con el coñac. El primer trago siempre entraba como si fuera gasolina, pero la garganta se acostumbraba enseguida. Salir de casa era un riesgo y más en su estado físico.

Agarró el teléfono y respondió al mensaje de texto con torpeza, adjuntando la dirección de su vivienda.

«Diez y media. Es urgente. No tarde», puntualizó, asegurándose de que su mujer no estaría en la casa.

Presintió que las siguientes horas se le harían eternas. Y así fue.

Junto a su esposa, comió con desgana el puchero con pelotas que había preparado, una variación regional de las albóndigas y el cocido de carne y legumbres que se cocinaba por toda la Península.

—¿Qué te pasa, Romualdo? ¿Otra vez estamos así? —preguntó ella, impotente al ver cómo su marido se apagaba—. Tienes que alimentarte, no puedes seguir…

—No tengo apetito.

—Ni lo tendrás mientras te pases el día dándole vueltas a la cabeza, pero tu cuerpo necesita energía.

—¡Que estoy bien, che! —exclamó, de mala gana—. Ya se me pasará.

—Me preocupas. He pensado en llamar a un médico.

—Son las pastillas para el dolor, ¿es que no lo entiendes, mujer?

—No son las pastillas, Romualdo. A ti te duele el alma y no el pie.

Él se detuvo un instante, con la cuchara en la mano y la mirada fija en el caldo del plato que tenía delante.

—Romualdo.

Pero él no respondió, absorto en sus pensamientos.

—¡Romualdo!

—¡Qué!

—La cuchara… —dijo y señaló al cubierto—. Estás derramando todo el caldo sobre el mantel.

El inspector no soportaba más la situación.

Tal vez su mujer supiera algo o quizá no tuviera la menor idea de cómo había sido su vida durante los últimos años, pero le dijo una gran verdad. Don Diego no volvería, aunque no se molestara en hacerle daño. Nada de lo que tuvo antes del errático disparo, regresaría a su vida. Por lo tanto, Romualdo Bernabéu tampoco volvería a ser el mismo que un día fue y que aspiró a conseguirlo todo.

Estaba acabado.

Él, su matrimonio y su carrera personal.

Y lo más grave era que no podía contárselo a nadie.

r

a
a
',

a
l
a

ı

ı

a
a

ı

a

e

l

a
e
.
a

97

Una mujer de unos cuarenta años la recibió en la puerta del domicilio. No parecía esperar su visita y tampoco manifestó hostilidad ante la inspectora.

—¿Es usted Ángela Martínez? —preguntó Agulló, identificándose ante la mujer—. Tan sólo serán unos minutos.

—¿Puedo ayudarle con algo?

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Desea pasar?

—No, gracias —dijo, reticente a la invitación. No sabía quién era esa mujer, ni tampoco el secreto que guardaba—. Es sobre una compra que hizo hace unos meses… Una línea telefónica de prepago que contrató en mayo, para ser más precisa, ¿me equivoco?

—No, ¿qué problema hay?

—Entonces me confirma que la adquirió.

—Sí, así es. De veras, no entiendo nada, inspectora…

Algo no cuadraba para Agulló. La naturalidad con la que se explicaba no era la habitual en una persona culpable.

—¿Puede explicar la llamada que recibió el pasado sábado después de la medianoche?

—¿Yo? ¡Oh! Ahora entiendo… —expresó. Agulló la miró confundida—. Perdone, tendría que haberlo aclarado antes… El teléfono está a mi nombre, pero no soy la usuaria… Mi jefe me pidió que contratara una línea temporal para el trabajo y, ya sabe… La puse a mi nombre pasaron los meses y nunca encuentro un momento para cambiar los poderes.

—¿Me permite ver el terminal?

—Lo siento. Está en la oficina. Rara vez lo utilizo.

—¿Para quién trabaja?

La mujer empalideció. Sabía que todo cambiaría en cuanto pronunciara las palabras, pero lo último que quería era buscarse un problema.

—Trabajo en la consulta del doctor Brotons.

—¿Se refiere a Daniel Brotons?

—Sí, ¿se ha metido en algún problema?

El mundo se detuvo para la inspectora. Daniel Brotons había sido la última persona en hablar con Laura Coves y la misma que la había drogado.

—¿Sabría decirme dónde puedo localizarlo?

—Puedo llamarlo, si quiere… —dijo, titubeante—. Hoy es festivo, pero es probable que est en la ciudad. Esta noche es la Roà.

La mujer, apurada, sacó el teléfono móvil del bolsillo y buscó en su agenda.

Después marcó el número y Agulló escuchó lo temido.

El teléfono estaba fuera de cobertura.

—Es extraño… —comentó la secretaria.

—No, no lo es.

Entonces lo vio en su mente y recordó su semblante indiferente durante el entierro, distant cuando los visitaron en el domicilio familiar. Todo ese tiempo, el enemigo había estado junto Manuel Coves y su familia.

Se preguntó qué clase de hombre sería capaz de traicionar a su propia familia de esa manera.

—Puedo llamarlo, si quiere… —dijo, titubeante—. Hoy es festivo, pero es probable que esté en la ciudad. Esta noche es la Roà.

La mujer, apurada, sacó el teléfono móvil del bolsillo y buscó en su agenda.

Después marcó el número y Agulló escuchó lo temido.

El teléfono estaba fuera de cobertura.

—Es extraño… —comentó la secretaria.

—No, no lo es.

Entonces lo vio en su mente y recordó su semblante indiferente durante el entierro, distante cuando los visitaron en el domicilio familiar. Todo ese tiempo, el enemigo había estado junto a Manuel Coves y su familia.

Se preguntó qué clase de hombre sería capaz de traicionar a su propia familia de esa manera.

98

Empezaba a estar harto de hacer guardia en el coche.

No lo vio salir del edificio en toda la tarde.

Había estado allí antes, aunque nunca llegó a entrar.

Después de hablar con Diego Soler, entendió por qué siempre había sido tan cercano a él y tan distante con el Cuerpo de la Nacional.

La espera se le hizo eterna y se sentía confundido respecto al plan. Le pareció raro, pues Soler le había entregado unas instrucciones muy claras, aunque le sorprendió que el inspector acudiera a la cita con la pierna herida. Pero esa noche estaba dispuesto a deshacerse de él. Y si debía ser en su domicilio, allí moriría.

Sabía de buena mano que la esposa de Bernabéu acudiría a la procesión nocturna. También lo hacía la mujer del comisario Javaloyes y ambas eran amigas. Elche podía ser una ciudad grande pero seguía manteniendo la convivencia de un pueblo.

Apuró el paquete de cigarrillos Fortuna que llevaba encima y sintió cómo las tripas le rugían por la falta de alimento. Los bares de la plaza que había en los pisos azules estaban abarrotados de gente. Esa noche, además del velatorio, muchos ciudadanos se reunían para cenar antes de salir de fiesta. Pegar bocado sería cometer un grave y estúpido error, se dijo, apurando el último cigarrillo. Nadie podía verlo.

Cerca de las diez menos cuarto, la esposa del inspector Bernabéu abandonaba el portal de largo edificio y tomaba dirección a la calle de Reina Victoria. Se escondió para que no lo reconociera y vigiló sus movimientos por el espejo retrovisor del coche. Cuando la mujer dobló la esquina y se incorporó a la conocida calle, salió del vehículo, bordeó los edificios y se aseguró de que nadie lo reconocía. Caminó hacia el portal, subió los peldaños y vio a un grupo de jóvenes que salía del edificio. En un bloque de viviendas tan grande como aquel, el tránsito era habitual.

Se giró ocultando su rostro, aguantó la puerta y esperó a que se alejaran.

Después entró, buscó la décima planta y suspiró.

El momento se acercaba. Las tripas le rugieron otra vez, pero no fue hambre lo que sintió.

«Acabamos con esto».

Salió del ascensor. Vislumbró un pasillo oscuro y rodeado de puertas de madera con un número en lo alto. Miró a ambos lados y no escuchó ruidos, a excepción del follón procedente de la calle.

Avanzó hasta la puerta y tocó al timbre. Los latidos del corazón le retumbaron en la cabeza.

«Abre, cerdo».

No obtuvo respuesta, así que insistió.

Esa vez sí que oyó el paso arrastrado del inspector. Notó cómo se acercaba a la mirilla y finalmente abrió.

—¿Sempere? —preguntó, confundido—. ¿Qué hace aquí?

—Necesito hablar con usted, inspector. Es importante.

—No tengo nada que decir.

—De compañero a compañero, creo que he descubierto algo y muy gordo.

—¿Acerca del caso?

—No, sobre Soler —explicó con apuro. La expresión del municipal cambió al oír su nombre —. Usted lo conoce mejor que yo. Creo que está metido en un serio problema.

A Bernabéu le sorprendió la respuesta.

Si Sempere había descubierto algo, debía saber el qué.

Algo en su interior le decía que podía recuperar la confianza de Diego Soler, demostrándole que era una pieza útil.

El fervor que sentía por el alcalde era superior a sus fuerzas.

De golpe olvidó su plan de venganza.

Aquella era una señal.

Comprobó la hora en su reloj de pulsera.

Eran cerca de las diez y sospechó que la inspectora Agulló aparecía por allí en un rato.

—Está bien, pase —dijo y lo invitó a pasar—. Pero sólo tengo diez minutos. Estoy esperando la visita de un familiar.

—No se preocupe —contestó Sempere y cerró la puerta—. Me marcharé antes.

La vivienda olía a estofado y a cigarrillos.

A pesar del desastroso aspecto que presentaba el municipal, el piso estaba limpio. A Bernabéu le costaba andar y esa era una buena señal para Sempere. Apoyado en la muleta, avanzó con torpeza por el pasillo hasta que llegaron a la cocina. A diferencia de otros pisos, en aquella cocina había ventanas que daban al exterior y por donde se contemplaba toda la ciudad. Era una vista única y se podían mirar las estrellas en el cielo.

—Espero que no le importe que lo reciba aquí —dijo y preparó una cafetera—. Me cuesta desplazarme. ¿Café?

—Sí, ¿por qué no?

—Puede fumar si quiere. Mi esposa no me deja, pero la casa la pagamos entre los dos.

Rechazó los Ducados de Bernabéu y sacó su arrugado paquete de rubios. Era el último cigarrillo que le quedaba y pensó en la poesía del momento.

—¿Cómo va su pie? —quiso saber y fumó.

Bernabéu lo miró con desgana y puso dos tazas sobre la mesa.

—¿Qué ha venido a contarme, Sempere? —preguntó, llenando el filtro de café y cerrando la máquina—. Siéntese, por favor.

El inspector necesitaba ganar tiempo.

Tomó asiento junto a la mesa de la cocina.

Bernabéu era también policía y no tenía un ápice de estúpido, pensó.

Se fijó en su cuerpo, pesado y tosco. Puede que no poseyera la movilidad habitual, pero sus brazos seguían funcionando. No sabía si iría armado o si le estaría tendiendo una trampa; si era cierto o no que esperaba a alguien y si esa visita podría comprometer la suya. Debía pensar con rapidez y actuar antes de que la situación se descontrolara.

—El alcalde me ha llamado hoy con cierta preocupación. Es sobre el caso relacionado con la muerte de Laura Coves —improvisó. Hablar de más siempre se le había dado bien—. Teme que haya un segundo asesinato.

Bernabéu encendió el fuego y colocó la cafetera moka.

Luego se sentó frente a él.

—¿Y ha venido hasta aquí para decirme esto?

La mirada de Bernabéu cambió por completo. Había sido un ingenuo, lamentó. Podía ver la huella de Soler a lo lejos, pero nunca imaginó que lo haría con él. El alcalde había enviado a Sempere para matarlo.

—Pues, verá… No sé a quién acudir.

Bernabéu enmudeció unos segundos.

Sin que Sempere se diera cuenta, sacó el arma reglamentaria y le apuntó al estómago por debajo de la mesa.

—Si te mueves, te reviento a balazos —dijo, clavándole los ojos en la cara—. Sé a lo que ha venido, ¿te crees que soy tan imbécil?

Sempere tragó saliva.

No pensó que la situación diera un vuelco como aquel.

Los ojos de Bernabéu no parecían estar dispuestos a darle una tregua. Debía distraerlo si quería salir de la cocina con vida, pero tenía movimientos limitados. Levantó las manos de la mesa para calmar al policía.

—No sé de qué cojones me habla pero no cometa ninguna tontería, por el amor de Dios… —dijo con voz temblorosa y un sudor repentino que le caía por la sien—. Se equivocas conmigo.

—Escucha, te voy a hacer unas preguntas y quiero que me las contestes rápido —ordenó, con voz firme y lineal—. Si mientes, primero te volaré las pelotas para que sepas lo que se siente. Después te perforaré los intestinos, ¿me oyes? No tengo nada que perder.

—De verdad, Bernabéu, relájese…

—Estoy muy tranquilo… —dijo y suspiró—. Te ha enviado él, ¿verdad?

No supo qué responder. Se sentía en una encrucijada.

Las probabilidades de salir de la vivienda con vida eran bajas. Sólo uno sobreviviría y si no era él, de nada importaba que Diego Soler terminara pagando por sus errores.

Tomó aire y lo miró a los ojos.

—Oiga—dijo, fumando, apurando la colilla.

—No temblaré al disparar.

—Sí… Ha sido él.

—¿Ves? No era tan difícil… Lo siento por ti. No debiste caer en su juego.

Sempere se fijó en la cafetera.

—Me ha pedido que hable con usted, nada más. ¿Por qué actúa así?

—No me tomes por imbécil —advirtió y dio un golpe con el arma bajo la mesa, recordándole que seguía apuntando a su entrepierna—. El que hace las preguntas soy yo…

—Perdón…

—Entiendo que también te ha hablado del centro comercial, ¿verdad?

—Escuche, Bernabéu, necesito su ayuda.

—No hay ayuda que valga, ya. A mí me lo ha quitado todo y hará lo mismo contigo cuando ya no le seas útil —dijo y chasqueó la lengua—, hablando en el hipotético caso en el que saliera con vida de mi casa.

Por encima del hombro de Bernabéu, el inspector vio cómo las primeras burbujas de café se derramaban por la cafetera de aluminio. El líquido oscuro salía con fuerza de la máquina.

—¿Puedo preguntarle algo?

—¿Es tu última voluntad?

—Lo del pie, se lo hizo usted, ¿verdad?

Bernabéu se incomodó.

—¡Cierra la boca o te la cierro yo!

El café bullía dentro de la máquina, que gorgoteaba con más y más fuerza.

—¡Inspector!

—¡¿Qué?!

—¡El café!

—¿Qué?

El líquido hirviendo, al entrar en contacto con el fuego, provocó una llamarada en la cocina.

Cuando Bernabéu sintió el calor, Sempere aprovechó la ocasión, levantó la mesa con las manos y la empujó contra el inspector. Bernabéu cayó desplazado hacia atrás y la cafetera volcó en el suelo, derramando el café sobre su rostro. El policía gritó por el dolor de la quemadura. Antes de que el verdugo se acercara, Bernabéu levantó el brazo para apuntarle, pero la bota de Sempere le aplastó la mano y desplazó el arma varias baldosas.

—¡Ah! —gritó, sufriendo de dolor.

Después, el inspector le pisó la escayola del pie.

—¡Cabrón! —bramó con rabia, pero tuvo la fuerza suficiente para recuperar el arma. El tiempo se les agotó.

Como una bestia, Sempere se agachó, le agarró de los brazos y forcejó para quitarle la pistola. Las cuatro manos movían con pulsión el arma. Bernabéu se resistía a morir y ponía su empeño en lograr que el cañón apuntara al hombre que tenía detrás.

Sempere, por su parte, sacó toda la fuerza acumulada en las entrañas y redirigió la pistola hacia la garganta de su contrincante. Poco a poco, el cañón se acercaba más a su mandíbula y una sonrisa incipiente se dibujaba en el rostro acalorado del policía.

Tenía a Bernabéu encima de él, podía sentir sus pulsaciones, el calor que emanaba su cuerpo, el pestilente olor a tabaco negro y el corazón a punto de estallar.

—En el hipotético caso de que salga con vida… ¡Púdrase en el infierno, Bernabéu!

—¡Cerdo! —gritó el municipal.

El cañón se clavó en su papada, Sempere metió el dedo y tiró del gatillo.

El estrépito los desplazó hacia atrás y la cabeza del municipal quedó colgando como una marioneta de cartón.

Un fuerte zumbido dejó sordo al policía.

De pronto, la paz regresó a la cocina, el silencio llenó la vivienda y el ruido de la calle desapareció.

Se apartó del cadáver y tomó consciencia de la situación. Lo había matado. Ahora era su corazón el que latía con una fuerza descomunal.

Sabía que no podría volver a ese apartamento y que debía abandonarlo lo antes posible.

Contempló la escena. Bernabéu había muerto con los ojos abiertos. El disparo le había alcanzado la cabeza, matándolo al instante.

Apagó el fuego de la cocina, arrastró el cuerpo hasta apoyarlo en el mueble y buscó un paño para limpiar las huellas del arma.

Después, se acercó al cadáver, le agarró la mano y le colocó la pistola en ella. Con un poco de suerte, él se encargaría de investigar aquel crimen, pero antes debía parecer un suicidio.

Uno de los dos moriría esa noche.

Salió de allí y abandonó el edificio por las escaleras.

Después, se acercó al cadáver, le agarró la mano y le colocó la pistola en ella. Con un poco de suerte, él se encargaría de investigar aquel crimen, pero antes debía parecer un suicidio.

Uno de los dos moriría esa noche.

Salió de allí y abandonó el edificio por las escaleras.

99

Unas horas antes.

A falta de hora y media para que diera comienzo la procesión en honor a la Virgen de la Asunción, un Mercedes de color azul marino se detuvo frente a la barbería de la calle Pedro Juan Perpiñán.

De un lateral de la parte trasera de un Volvo bajó Arturo Miralles, vestido de traje negro, camisa blanca, corbata granate y zapatos burdeos. En la mano llevaba un fedora del mismo color que el traje, que no dudó en ponérselo en cuanto abandonó el coche. Por el otro lateral se apeó un hombre más joven y fornido que él, vestido con americana oscura, camisa celeste y pantalones de color crema. El acompañante comprobó el interior del local y le dio la señal a Miralles para que entrara.

Sentado en el sillón de peluquería aguardaba tranquilo Roberto Ródenas. Junto a él, Jerónimo, el barbero, fingía preparar el afeitado.

El acompañante de Miralles esperó en la calle y le indicó al conductor que diera una vuelta. El encuentro debía ser breve. Ninguno de esos hombres podía ser visto junto a los otros.

Miralles saludó a ambos y se sentó en una de las sillas de espera.

Ródenas estudiaba el lenguaje corporal de su adversario por el reflejo del espejo. No se estrecharon la mano, ni se dirigieron la palabra en un tono formal. Era una reunión hostil, forzada y necesaria.

—Agradezco que hayas venido —dijo Ródenas.

—¿Tenía elección?

—Vivimos en una democracia. Siempre hay opciones y todas tienen un coste.

—Al grano, murciano —dijo, pero Ródenas no se ofendió—. Esta reunión es innecesaria. Después de lo que hicisteis anoche, Coves ya ha tomado una decisión y es inamovible.

—Mañana cambiará de parecer —comentó el abogado, escuchando al arquitecto, pero ignorando la inquina que desprendía su tono de voz—. Vamos a renegociar el acuerdo. Nosotros nos quedaremos con el setenta y cinco por cierto y el contrato de excavación.

—¿Es una broma? ¿O es que estás sordo?

—No, no lo es, y estoy siendo generoso. Por culpa del gen impulsivo del nieto de vuestro jefe, mi sobrino está en coma. Navarro quiere mantener la paz y está siendo benévolo con nosotros.

—Se puede meter la benevolencia por el *forat*[1] del culo. No hay negociación. Se queda como está.

—¿Has oído, Jero? —preguntó el abogado al barbero. Este asintió, sin decir más. Conocía la peligrosidad de ambos sujetos—. Toda la vida tragando con la altanería de esta gente, con sus ofensas y con su incapacidad para disculparse por los errores que cometen. Les tiendes la mano y no sólo te la cogen, sino que te la muerden… Parece que no captan las indirectas.

—Lo sabía.

—Hay cosas que se podrían evitar.

—Miserable…

—Lo peor que le puede pasar a esta ciudad es que ambas partes estén enemistadas, pero la paz tiene un precio. Setenta y excavaciones. El nieto de Coves se ha pasado de la raya y su abuelo debe pagar por ello.

—¿Esperas que nos quedemos de brazos cruzados?

—Lo justo debe ser equitativo para las dos partes.

—Escucha lo que te voy a decir, mamarracho… porque ya me he cansado de oír tus sandeces —arrancó, apostillando con el índice—. Te lo diré una sola vez, porque es posible que la próxima que te vea, salgas corriendo… Cincuenta y cincuenta, y las obras de excavaciones son nuestras… Bastante es que estáis en esto… y si no te agrada, ya sabes.

Los ojos de Ródenas miraban atentos la respuesta del ilicitano. Su actitud hostil no favorecía el trato que tenían las dos partes. Conocía esa postura. A los locales les costaba mucho entrar en razón cuando los negocios afectaban a su territorio. Eran incapaces de separar el dinero del orgullo y eso les pasaba factura. Pero no era su problema. Concluyó que estaba todo dicho. El mensaje de Navarro no fructificó.

Roberto Ródenas se bajó del sillón de peluquería y esperó a que Jerónimo le devolviera la chaqueta gris del traje. Le agradeció el gesto y caminó hacia la salida, deteniéndose ante Miralles, que esperaba sentado en su butaca.

—¿Sabes, Miralles? Te consideraba el más listo de los tres, por eso pensaba que podrías razonar, pero veo que tu cerebro es del tamaño de un dátil… —explicó, con una tranquilidad que aterraba—. Días de mucho y vísperas de *ná*… Aquí termina nuestro acuerdo.

—Caput, sea dicho.

Ródenas asintió con una leve sonrisa, se despidió de los dos hombres y salió a la calle. El protector de Miralles lo observó de reojo, pero no se acercó a él. El abogado continuó su paseo hasta una esquina y subió al BMW de color negro. Luego arrancó y se alejó por el puente de la Generalitat.

N.d.T.: agujero.

—Se puede meter la benevolencia por el *forat*[1] del culo. No hay negociación. Se queda como está.

—¿Has oído, Jero? —preguntó el abogado al barbero. Este asintió, sin decir más. Conocía la peligrosidad de ambos sujetos—. Toda la vida tragando con la altanería de esta gente, con sus ofensas y con su incapacidad para disculparse por los errores que cometen. Les tiendes la mano y no sólo te la cogen, sino que te la muerden… Parece que no captan las indirectas.

—Lo sabía.

—Hay cosas que se podrían evitar.

—Miserable…

—Lo peor que le puede pasar a esta ciudad es que ambas partes estén enemistadas, pero la paz tiene un precio. Setenta y excavaciones. El nieto de Coves se ha pasado de la raya y su abuelo debe pagar por ello.

—¿Esperas que nos quedemos de brazos cruzados?

—Lo justo debe ser equitativo para las dos partes.

—Escucha lo que te voy a decir, mamarracho… porque ya me he cansado de oír tus sandeces —arrancó, apostillando con el índice—. Te lo diré una sola vez, porque es posible que la próxima que te vea, salgas corriendo… Cincuenta y cincuenta, y las obras de excavaciones son nuestras… Bastante es que estáis en esto… y si no te agrada, ya sabes.

Los ojos de Ródenas miraban atentos la respuesta del ilicitano. Su actitud hostil no favorecía el trato que tenían las dos partes. Conocía esa postura. A los locales les costaba mucho entrar en razón cuando los negocios afectaban a su territorio. Eran incapaces de separar el dinero del orgullo y eso les pasaba factura. Pero no era su problema. Concluyó que estaba todo dicho. El mensaje de Navarro no fructificó.

Roberto Ródenas se bajó del sillón de peluquería y esperó a que Jerónimo le devolviera la chaqueta gris del traje. Le agradeció el gesto y caminó hacia la salida, deteniéndose ante Miralles, que esperaba sentado en su butaca.

—¿Sabes, Miralles? Te consideraba el más listo de los tres, por eso pensaba que podrías razonar, pero veo que tu cerebro es del tamaño de un dátil… —explicó, con una tranquilidad que aterraba—. Días de mucho y vísperas de *ná*… Aquí termina nuestro acuerdo.

—Caput, sea dicho.

Ródenas asintió con una leve sonrisa, se despidió de los dos hombres y salió a la calle. El protector de Miralles lo observó de reojo, pero no se acercó a él. El abogado continuó su paso hasta una esquina y subió al BMW de color negro. Luego arrancó y se alejó por el puente de la Generalitat.

N.d.T.: agujero.

100

Un desfase de varios minutos evitó que Agulló y Sempere se cruzaran.

La alicantina siguió las coordenadas que el inspector municipal le había entregado. Atravesó la plaza, subió las escaleras exteriores y timbró hasta tres veces, sin recibir respuesta. Cuando un vecino salió del edificio, aprovechó para entrar en él. Tomó el ascensor, pulsó el botón número diez y esperó en el interior hasta que llegó a lo más alto. Desde el elevador escuchó cómo alguien utilizaba las escaleras para alcanzar la calle.

Al salir, observó las diferentes puertas de la planta. Se aproximó a la del inspector Bernabéu y pulsó el timbre. La melodía de campanas no provocó ninguna reacción. Lo intentó otra vez, pero no obtuvo respuesta.

Agulló tenía un mal presentimiento de aquello. Insistió hasta que oyó el cerrojo de la una de las viviendas contiguas.

—¿Está mal de la cabeza? —preguntó la señora que vivía al lado—. ¿Qué cree que hace?

La inspectora le mostró la placa policial.

—¿Conoce a su vecino?

—Sí, claro. ¿Ocurre algo con ellos?

—No responde —dijo, cada vez más nerviosa.

—Estarán fuera de casa. Es la Roà.

—Me he citado aquí con él.

—Es extraño… Hace un rato hemos oído una explosión, pero hemos supuesto que procedía de la calle, algún cohete, ya sabe…

—¿Una explosión?

—Sí, como una olla a presión. Tal vez no era un cohete…

—Maldita sea… —murmuró, sacó el arma y comprobó la cerradura. Era débil. Una carga la abriría. Después se dirigió a la vecina—. Quédese en su casa, ¿me oye?

—¿Pasa algo?

—¡Haga lo que le digo! —contestó y esperó a que cerrara.

Tomó impulso y dio una fuerte patada a la puerta. La cerradura saltó y la puerta se abrió hacia dentro. La luz del final del pasillo estaba encendida. Olía a café, a cigarrillos y a pólvora quemada. Tuvo un mal presentimiento. Los pulmones se le cerraron y el corazón se le encogió.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó al ver el cadáver de Bernabéu en el suelo, con la garganta ensangrentada y la mirada en el cielo. Le tomó el pulso en el brazo y notó el débil latido bajo sus venas. Por desgracia, perdía demasiada sangre. Prefirió no pensar en su futuro

Bernabéu la había citado allí por una razón, pero alguien se había adelantado a ella. En un barrido visual, analizó lo sucedido.

Parecía un suicidio voluntario, pero las piezas no encajaban con una secuencia lógica.

Dio un barrido visual, incrédula de que el inspector hubiera tenido una idea tan macabra.

Los ojos estudiaron cada detalle de la sala.

El café derramado, la mirada de pánico, el último cigarrillo.

Y entonces se fijó en algo.

Una de las colillas era amarilla, diferente al resto, que era de color blanco.

La cogió con los dedos y leyó las letras grabadas en el papel.

Demasiada casualidad, pensó, recordando las palabras de Peralta.

Sólo conocía a un hombre que fumara esa marca de cigarrillos.

Cuando giró la mirada, volvió a ver a la señora.

—¿Qué hace ahí? ¡Llame a una ambulancia! —ordenó, a pesar de que Bernabéu no sobreviviría.

La ambulancia tardó en aparecer más de lo que le hubiera gustado a la inspectora. Bernabéu no lo logró y Agulló se quedó con él hasta que llegó una pareja de agentes de la comisaría de Elche.

A las doce y cinco de la madrugada, la esposa del inspector entró en su vivienda y el choque emocional le provocó un ataque de pánico. Los médicos la asistieron hasta que recuperó la consciencia.

No podía creer lo que su marido había hecho.

Bernabéu la había citado allí por una razón, pero alguien se había adelantado a ella. En un barrido visual, analizó lo sucedido.

Parecía un suicidio voluntario, pero las piezas no encajaban con una secuencia lógica.

Dio un barrido visual, incrédula de que el inspector hubiera tenido una idea tan macabra.

Los ojos estudiaron cada detalle de la sala.

El café derramado, la mirada de pánico, el último cigarrillo.

Y entonces se fijó en algo.

Una de las colillas era amarilla, diferente al resto, que era de color blanco.

La cogió con los dedos y leyó las letras grabadas en el papel.

Demasiada casualidad, pensó, recordando las palabras de Peralta.

Sólo conocía a un hombre que fumara esa marca de cigarrillos.

Cuando giró la mirada, volvió a ver a la señora.

—¿Qué hace ahí? ¡Llame a una ambulancia! —ordenó, a pesar de que Bernabéu no sobreviviría.

La ambulancia tardó en aparecer más de lo que le hubiera gustado a la inspectora. Bernabéu no lo logró y Agulló se quedó con él hasta que llegó una pareja de agentes de la comisaría de Elche.

A las doce y cinco de la madrugada, la esposa del inspector entró en su vivienda y el choque emocional le provocó un ataque de pánico. Los médicos la asistieron hasta que recuperó la consciencia.

No podía creer lo que su marido había hecho.

101

Jueves, 14 de agosto.

Hospital General de Elche. Elche, Alicante.

La salud de Andrés Navarro no mejoraba, pero sus constantes vitales lograron estabilizarse Los médicos decidieron que debían trasladarlo a planta para que abandonara la zona de Urgencias. Allí podría recibir las visitas y el cariño de los familiares.

Pese a las buenas noticias, el ejército de Navarro seguía custodiando los alrededores de edificio. Ahora, cinco hombres vigilaban el interior del hospital, controlando quién accedía a la planta en la que se encontraba el nieto y quién salía de ella. Navarro pensó que debía aumenta las precauciones después del incendio. La respuesta de Coves no tardaría en llegar. Los ilicitanos tenían fama de impulsivos.

En esta ocasión, Coves contaba con el apoyo del resto de empresarios que iban a lucrarse con la obra del centro comercial. Aunque no se había enfrentado a ellos todavía, desconocía cuá sería la magnitud de su ataque.

Por su parte, él y Ródenas debían tomar una alternativa. Sin un aliado fuerte, el proyecto de centro comercial podía caer en manos de cualquier empresa con un mínimo de competencia. E tiempo se les acababa. En menos de una semana, el Ayuntamiento presentaría la resolución fina del concurso.

Esa noche, Ricardo Navarro no se encontraba en el hospital.

Después del incendio, se resguardó en su finca, junto a su esposa, su hermana y sus hijos. All dentro nadie podría hacerles daño. Y si alguien osaba intentarlo, se vería envuelto en una sangrienta escaramuza.

Pero no todos los miembros de la familia estaban de acuerdo con la decisión del abuelo.

Alejandra Ródenas se negó a abandonar a Andrés en el hospital, solo y sin compañía. Su padre acordó dejarla allí hasta que terminara sus reuniones en la ciudad. Ella aceptó. Sabía que no podía discutir con él. Puede que fuera demasiado tajante con sus decisiones, pero siempre intentaba protegerla.

Mientras Ricardo Ródenas preparaba el encuentro con Arturo Miralles en la barbería Alejandra acompañaba a su primo en una habitación de hospital fría y vacía. Andrés seguía inmerso en el coma. Ella ya no lloraba, aunque se estremecía al verlo así. No podía evitar pensa en que no despertaría de nuevo y eso la demolía por dentro.

La enfermera le sugirió que le hablara de anécdotas del pasado, como si estuviera despierto Según decía, Andrés era capaz de escucharla, pero estaba atrapado en su cuerpo.

Al principio le costó realizar el ejercicio.

Era extraño, conociendo a su primo, conversar sin obtener respuesta. Ni siquiera un insulto para que lo dejara en paz.

Se animó a hablarle seguido, primero sobre banalidades y después acerca de cuestiones personales. Andrés no reaccionaba ni se movía. Su pulso seguía constante y parecía que todas esas emociones que ella revivía quedaban suspendidas en el aire. Llegó a la conclusión de que se sentía como si le hablara a una pared.

En uno de los incisos en la que la enfermera necesitaba asear a Andrés, Alejandra los dejó a solas y salió a tomar aire.

El sol seguía fuera, el hospital estaba poco concurrido de visitas y el tráfico de los coches iba en la misma dirección: al centro de la ciudad. Esa iba a ser una noche especial, una velada mágica por lo que representaba. La joven reflexionó sobre cómo había cambiado su vida de un verano a otro.

Dio un paseo por los alrededores del hospital y comprobó la hora para asegurarse de que la enfermera había salido. Percibió cómo la miraban aquellos hombres, invisibles para el resto, pero presentes para ella. Sabía que trabajaban con su abuelo y con su padre. No era estúpida y tenía una ligera idea sobre la clase de negocios que manejaban. Sus amistades hacían comentarios a respecto. Las amigas de su madre también.

Todo el mundo estaba al corriente, pero nadie se atrevía a mencionarlo en voz alta. Ella había aprendido a vivir protegida de aquellos comentarios, como si no tuvieran que ver con su familia. Cuando le preguntaba al respecto, su padre respondía que sólo los mediocres tenían tiempo para criticar a otros. En lo que refería a su madre, prefería no hablar de los negocios familiares porque no entendía el funcionamiento. Era una actitud propia de las mujeres de su familia, quienes estaban al corriente pero que se mantenían en la ley del silencio. O eso aparentaban. Por su parte al abuelo se le llenaba la boca cada vez que hablaba del esfuerzo, de la honradez y de trabajo duro, pero lo que tenían lo habían construido bajo la amenaza, la extorsión, la usura, los favores y las apuestas.

Pese a ello, Alejandra no renunciaba a su familia ni renegaba de ella. Sentía orgullo por lo que habían conseguido. Los Navarro eran una familia unida, fuerte y con unos valores que no encontraba fuera de casa. Quizá esa era la razón que los hacía tan especiales. Para ella, era difícil abandonar aquel ambiente cuando no se conocía otro mejor.

Antes de entrar en el hospital, notó cómo alguien se acercaba por detrás. No dio importancia a las pisadas, pues reconoció el sonido de unas sandalias de verano de mujer. El tacto de unos dedos acarició su hombro. Sorprendida, se giró y la encontró a escasos centímetros de ella.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí? —preguntó, dando un paso atrás, alertando a los vigilantes de su presencia—. Lárgate, zorra, antes de que monte un escándalo…

Lorena Brotons, la prima de Laura y de Miguel Coves, la observaba a un metro de distancia. Era más alta que Alejandra, aunque no tan hermosa. Ambas se conocían, pero nunca habían mantenido una conversación. Pertenecían a grupos de amigas diferentes con ciertas amistades en común. Ser una Coves la convertía en objetivo de las envidias de muchas chicas. Por el contrario, a Alejandra la consideraban de una clase inferior, ya fuera por el apellido o por la fama que arrastraba.

Lorena llevaba un vestido veraniego que estilizaba su figura y resaltaba sus rasgos más

favorecedores. Su presencia incomodó a Alejandra que, audaz como el abuelo, sospechó que su visita no sería gratuita.

—Sé que no nos conocemos, pero eres la única persona a la que puedo acudir —explicó Brotons, sacando fuerzas del interior de su estómago. Presentarse allí era una jugada arriesgada. Había escuchado tantas cosas sobre los Navarro que no fue fácil dar el paso. Sin embargo, esa chica podía enderezar la situación, convencer a su abuelo para que no iniciara una guerra y convertirse en su aliada.

Pensó que Laura habría actuado de la misma manera.

—Eres muy valiente presentándote aquí, después de lo que ha hecho tu primo.

Alejandra se giró y le dio la espalda.

Lorena la agarró del brazo.

—¡No me toques!

De pronto, las dos notaron el movimiento de los esbirros. Lorena la soltó y retrocedió. Alejandra les hizo un gesto con la mano para que no se metieran en la discusión.

—¿Cómo está Andrés?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Han detenido ya a tu primo o no?

—Escucha, Alejandra, tenemos que ayudarnos.

Pero esta se rio.

—Pierdes el tiempo, nena. Vuelve por donde has venido.

—Nuestras familias van a iniciar una guerra que vamos a pagar nosotras.

—Preocúpate de tus asuntos, yo me ocuparé de los míos y ojalá que ni los tuyos, ni los míos se vean perjudicados.

—¿No estás cansada de vivir con miedo? —preguntó, pero Ródenas la ignoró y siguió recaminando—. ¿Harta de que pongan nuestras vidas en peligro?

Alejandra se detuvo en seco.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta. No le importamos una mierda a nuestras familias.

—Estás chiflada.

—Lo estaba hasta que he visto lo que le ha pasado a Laura.

A Alejandra le hirvió la sangre cuando mencionó a Laura Coves.

—Tu prima fue muy mala persona en vida… Le hizo daño a mucha gente. Algunas personas perdonan, pero nunca llegan a olvidar… Muchas de las lágrimas que verás, no serán derramadas por su pérdida.

—Laura no sabía lo que hacía… Creía que no le ocurriría nada…

—¿Y cómo sabes que no te pasará lo mismo?

Lorena se mordió la lengua.

—Yo no soy como ella.

Alejandra arqueó una ceja.

—Eso me hace pensar que puedes ser mucho peor… —dijo y negó con la cabeza—. Mira guapa, mi primo necesita ayuda. Por culpa del tuyo, ahora está en una cama…

—Puedes ignorar la situación, pero eso no cambiará nada… —respondió, observando cómo la chica se alejaba hacia el ascensor—, tarde o temprano, nos tocará a nosotras.

ı

ó

.

a

y

'.

',

ó

s

s

',

ɔ

102

Unas horas. Eso fue todo lo que pidió. Sabía de lo que Agulló era capaz y no la dejaría sola. La inspectora había sufrido una transformación desde el primer día en el que se conocieron. La agente de manual, de cumplir con el protocolo, había despertado su rabia interna que la guio hasta convertirla en policía. Peralta pensó que tal vez se debiera a la muerte de esa joven o a infausto final de Olga. La razón era lo de menos para él. Los días en Madrid como inspecto tenían fecha de caducidad, así que decidió que su destino podía esperar.

Esa mañana le entregó a Écija dos informes sobre el caso. Uno de ellos era el oficial, e inválido, el burocrático. En él explicaba las razones por las que había actuado de aquella manera junto a sus compañeros, aportando las pruebas necesarias y concluyendo que Eduardo Martín era el asesino de Laura Coves. Peralta se hacía responsable de las decisiones tomadas. Esa era la causa por la que lo habían enviado hasta allí. Lo que descubrieron después, quedaba fuera de sumario.

El segundo informe era extraoficial y para Écija. Lo tituló la Costra Nostra y significaba su último intento. Una bala en el tambor para poner fin a una historia. Una carta a su favor, aunque la partida estuviera casi terminada. Allí detallaba todo lo que había resuelto por cuenta propia y con la ayuda de su compañera. No escatimó en palabras para resaltar la astucia de la inspectora. Sin ella, no habrían llegado tan lejos. No obstante, descubrió tarde el cepo que había bajo sus pies. Confió en que sus palabras no quedaran en el aire. Écija era buen amigo de Balmes y, a pesar de sus discrepancias con el comisario madrileño, pensó que tal vez tuviera razón mandándolo a Alicante. Écija conocía la tela de araña que cubría el cielo de la provincia, los entresijos y las manos que intentaban dominarla. Y confiaba en que Peralta se diera cuenta de ello. Ni siquiera tenía la seguridad para depositar tanta responsabilidad en Agulló. ¿Quién iba a fiarse de una novata?, se cuestionó. Sempere había sido su obstáculo desde el principio. Écija había estudiado la situación, como también las posibilidades de que el asunto saltara a la parrilla mediática. Sin embargo, un comisario provincial incapaz de gestionar un crimen local tumbaba la confianza entre los altos mandos, sospechó Peralta.

El inspector dejó los informes en el escritorio del superior y abandonó la comisaría provincial. Después disfrutó de un pincho de tortilla de patatas, media tostada con jamón y un café bien cargado. Tenía presente que sería una jornada agitada.

Un taxi lo llevó a la estación de ferrocarril, donde alquiló un turismo con la excusa de su regreso. Antes de poner rumbo a Madrid, tomó la salida de la autovía que lo llevaba a Elche. Nadie estaba al corriente de aquello, ni siquiera el comisario provincial. Para Peralta, Agulló

había hecho una gran labor hilando las conexiones que llevaban al asesino de Laura Coves, pero olvidaba un elemento crucial en aquella trama: el propio Cuerpo. Por algún motivo, Agullo confiaba a ciegas en sus compañeros.

El mensaje de texto de Bernabéu encendió su instinto de supervivencia. Era probable que el municipal supiera demasiado y estuviera dispuesto a tenderle una trampa, se dijo. También existía la posibilidad de que sólo quisiera tantearla.

«Lo único que sé es que nos tenemos el uno al otro».

No podía olvidar sus palabras, el roce de sus besos, el cariño desinteresado de la inspectora.

«Cuando se infringe la norma por segunda vez, el peso de la conciencia es más ligero».

Estaba convencido de lo que haría.

Si antes había actuado por orgullo, ahora lo hacía por principios.

A pesar de las diferencias, Sempere aún podía serle de ayuda. No pretendía razonar, ni tampoco aclarar sus roces, pero pensó que alcanzaría un acuerdo con tal de que se apartara de su camino.

Cuando llegó a la ciudad y bordeó la comisaría, vio a lo lejos el coche del ilicitano abandonando el edificio policial. Optó por seguirlo, esperó a que se distanciara y condujo hasta el parque industrial de Torrellano. Para su sorpresa, Peralta se quedó perplejo cuando vislumbró el camión de bomberos frente a una fábrica carbonizada. El escenario era desastroso. El rótulo plastificado de COVEX se doblaba en lo alto de la nave a causa del incendio. El edificio entero estaba negro. El inspector aguardó sin quitarle ojo al ilicitano, que se limitó a interrogar a los presentes y regresó a su coche.

Peralta supuso que habría sido obra de Navarro.

Cuando Sempere tomó rumbo de vuelta a la ciudad, Peralta marcó un número en su teléfono.

—Melchor…

—Lo siento, no he podido llamar antes. Necesito que me hagas un favor, Sonia.

—¿Has leído los diarios? La noticia ha llegado a Madrid.

—Sí —respondió, sin despegar la mano del volante, vigilando los movimientos del inspector ilicitano—. No leas la prensa ni atiendas a los medios. Me han engañado.

—No quiero saber lo que has hecho esta vez. Eras consciente de que este día podía llegar.

—He cumplido con las reglas, Sonia… Tienes que creerme. El asesinato de la chica era la primera capa… Nos han tomado el pelo… El asunto es aún más grave.

—Pero no es tu asunto.

—Ahora sí.

La subinspectora rechistó al seguir con la conversación.

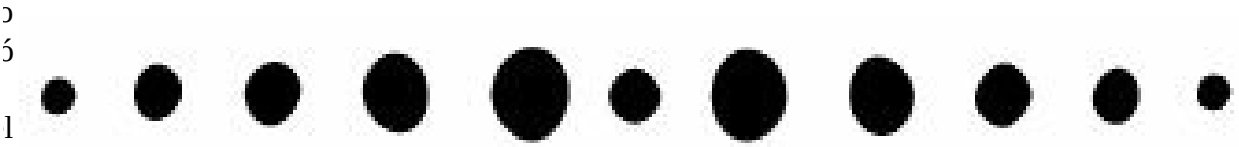
—¿Qué es lo que quieres?

—Averigua quién ha solicitado una copia de mi expediente en la última semana.

—Me estás pidiendo algo imposible.

—No te lo pediría si no fuera importante —dijo y vio cómo el ilicitano aparcaba en una estrecha calle en la que había un bar—. La filtración a la prensa ha llegado desde dentro… Mañana estaré allí, te lo aseguro.

—No prometas lo que no puedes cumplir —respondió ella, secante—. Te llamaré más tarde.



Sempere mantenía una rutina aburrida. Tan soporífera como la de un policía desocupado.

Tras el almuerzo, decidió abordarlo. No aguantaba más ahí metido.

Al quitarse el cinturón, una pareja de municipales le obligó a mover el vehículo.

«¿Tiene que ser ahora?».

Reticente, obedeció.

Salió de la calle y rodeó la manzana para regresar a su posición, pero el ilicitano ya no estaba en el bar.

«Mierda».

Transitó por las calles cercanas en busca de su coche. No había rastro de él. La noche se acercaba y el ambiente de la ciudad volvía a resucitar. Atravesó los huertos colindantes a las intendencias, pero Sempere no aparecía. Se preguntó dónde diablos se habría metido y sospechó que lo hubiese descubierto. En un último intento, regresó a la comisaría en su búsqueda, con la sensación de haber desperdiciado el día cuando, de pronto, lo vio.

Sempere abandonaba la comisaría y regresaba a su vehículo. El ruido se amplificaba en el centro urbano. La ciudad cobraba vida en su noche más importante. En el último intento por sorprenderlo, lo siguió por un puente, atravesó una avenida poco concurrida y subió hasta una plaza con varias torres de edificios de viviendas. Una de ellas era la más alta de todas y también parecía ser la construcción más alta de la ciudad. Intuyó que buscaba a alguien en particular. El ilicitano aparcó junto a la plaza y se quedó en el interior del coche.

El teléfono sonó.

—Demonios, ¿quién será ahora? —murmuró en voz alta y buscó el terminal.

El nombre de la subinspectora García apareció en la pantalla.

Descolgó.

—¿Y bien?

—Tenías razón —comentó, apurada—. Alguien solicitó el informe hace unos días.

—Dame más detalles.

Sempere bajó del turismo y se perdió en el interior del portal del gran edificio.

«¿A dónde carajo irá?».

La subinspectora aguardó en silencio unos segundos, como si evitara que la escucharan.

—Desde Elche, el comisario Román Javaloyes solicitó un informe de tu situación a la Jefatura Superior.

—No será cierto…

—Alegó que el comisario provincial de Alicante se había negado a ello —aclaró y se detuvo—, y que habían llegado rumores de la ineficacia de la brigada asignada al crimen local… ¿Qué diablos pasa, Melchor?

Peralta ató el primero de los cabos sueltos.

Javaloyes era el títere de Diego Soler y quien les había hecho la vida imposible desde el principio.

—¿Qué más?

—Nada… No dejaron registro, a excepción de una dirección de correo interna asignada a un tal Sempere. Sin embargo, no existe constancia de que se aprobara la solicitud.

—Maldito bastardo… —murmuró, apretando los puños—. ¿No existe constancia? El informe llegó anoche al diario local.

—No lo sé, Melchor, no entiendo nada. ¿Me vas a explicar qué está ocurriendo?

—No, no puedo, es demasiado… —dijo y se mordió la lengua. La palabra que apareció en su cabeza fue inverosímil. La subinspectora no creería su historia. Ni tampoco la de Agulló. Peralta comprendió que ya habían fracasado—. Escucha, lo siento…

Un segundo vehículo apareció en los alrededores de la plaza.

—Puedes confiar en mí.

Peralta reconoció la matrícula.

«Un momento… ¿Ese es el coche de Agulló?».

—Lo sé, por eso te he llamado.

—Sea lo que sea, estoy contigo…

Pero él había dejado de escuchar.

La inspectora Agulló bajó del vehículo y se dirigió en la misma dirección que Sempere. La bombilla se encendió en su cabeza. Entendió dónde se encontraba. El ilicitano lo había llevado a domicilio de Bernabéu.

«¿Casualidad? Ni en broma».

—¿Estás ahí, Melchor?

«Tienes que hacer algo, está en peligro».

—Tengo que colgar, es Agulló.

—¿Qué?

—Te llamaré mañana —dijo y cortó la conversación, dejando la última palabra en la boca de su compañera. La noche cubría el cielo de la ciudad y el juego de sombras del alumbrado daba un aspecto sórdido a la calle. A lo lejos se oía el jolgorio de la procesión, de los bares y de la fiesta prematura que comenzaba en la ciudad.

Marcó el número de su compañera.

—Vamos, contesta…

Pero el teléfono de Agulló parecía apagado.

Peralta se desabrochó el cinturón sin desviar la atención de la puerta.

Los segundos avanzaron en su mente como un cronómetro atascado. Harto de esperar, sacó las llaves del contacto y abrió la puerta del vehículo. Entonces, notó el frío metálico acariciando su sien.

—Vuelve adentro, valiente.

—Nada… No dejaron registro, a excepción de una dirección de correo interna asignada a un tal Sempere. Sin embargo, no existe constancia de que se aprobara la solicitud.

—Maldito bastardo… —murmuró, apretando los puños—. ¿No existe constancia? El informe llegó anoche al diario local.

—No lo sé, Melchor, no entiendo nada. ¿Me vas a explicar qué está ocurriendo?

—No, no puedo, es demasiado… —dijo y se mordió la lengua. La palabra que apareció en su cabeza fue inverosímil. La subinspectora no creería su historia. Ni tampoco la de Agulló. Peralta comprendió que ya habían fracasado—. Escucha, lo siento…

Un segundo vehículo apareció en los alrededores de la plaza.

—Puedes confiar en mí.

Peralta reconoció la matrícula.

«Un momento… ¿Ese es el coche de Agulló?».

—Lo sé, por eso te he llamado.

—Sea lo que sea, estoy contigo…

Pero él había dejado de escuchar.

La inspectora Agulló bajó del vehículo y se dirigió en la misma dirección que Sempere. La bombilla se encendió en su cabeza. Entendió dónde se encontraba. El ilicitano lo había llevado al domicilio de Bernabéu.

«¿Casualidad? Ni en broma».

—¿Estás ahí, Melchor?

«Tienes que hacer algo, está en peligro».

—Tengo que colgar, es Agulló.

—¿Qué?

—Te llamaré mañana —dijo y cortó la conversación, dejando la última palabra en la boca de su compañera. La noche cubría el cielo de la ciudad y el juego de sombras del alumbrado daba un aspecto sórdido a la calle. A lo lejos se oía el jolgorio de la procesión, de los bares y de la fiesta prematura que comenzaba en la ciudad.

Marcó el número de su compañera.

—Vamos, contesta…

Pero el teléfono de Agulló parecía apagado.

Peralta se desabrochó el cinturón sin desviar la atención de la puerta.

Los segundos avanzaron en su mente como un cronómetro atascado. Harto de esperar, sacó las llaves del contacto y abrió la puerta del vehículo. Entonces, notó el frío metálico acariciando su sien.

—Vuelve adentro, valiente.

103

Peralta no opuso resistencia.

Con el cañón en su espalda, Sempere le obligó a meterse en la parte trasera.

Primero lo desarmó. Después, lo esposó y, por último, le asestó una sacudida que lo dejó aturdido.

Nadie se enteró. El ruido de ambulancias y de coches de policía rodeaba las inmediaciones de la vivienda de Romualdo Bernabéu.

Sempere estaba rabioso y tenso. La adrenalina golpeaba en su pecho. Peralta respiraba con dificultad, desarmado, con las muñecas bloqueadas y un fuerte dolor de cabeza que le impedía razonar con claridad. Había subestimado el carácter del inspector.

El ilicitano regresó a la larga avenida que llevaba al puente. Aceleró y adelantó a un autobús urbano, provocando a los conductores que iban detrás.

—Lo sabía… cabronazo… Eres tú el que está detrás de todo… maldito traidor… —balbuceó Peralta, con el labio roto y apoyado en la parte trasera del coche. El aire con olor a nicotina lo asfixiaba en el interior del vehículo. Ni siquiera se sentía con fuerzas para patearlo desde atrás. Intentaba provocarle para que sufriera un accidente. En el mejor de los casos, la policía se haría cargo de los dos. Pero los bandazos que Sempere daba con el volante acentuaban las náuseas y lo provocaban ganas de vomitar—. Estás acabado, Sempere… Agulló lo sabe, Écija también… Cuando rueden cabezas, la tuya será la primera…

—Cierra la boca, estúpido ignorante —dijo y frenó ante un semáforo para que Peralta se diera de bruces—. Nadie te creerá porque nadie escuchará lo que tienes que decir.

—Eres un pedazo de mierda… comido por la ambición… Sólo los idiotas como tú… creen en los políticos.

—Fuiste tú, madrileño, quien dijo que mi gran caso estaba por llegar —comentó, pisó el embrague y metió la primera marcha—. No te faltaba razón.

El semáforo cambió de color.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Borrarme del mapa, como hicieron con esa chica?

Sempere marcó un número de teléfono y miró por el espejo retrovisor.

Sonó el primer tono de llamada.

—No tendrás tanta suerte como ella… A ti no te encontrarán.

104

Madrugada del viernes, 15 de agosto.
Residencia de Romualdo Bernabéu. Elche, Alicante.

Su esposa sufrió una crisis nerviosa cuando lo vio en la cocina. Los médicos no pudieron hacer nada por el inspector. Agulló guardó silencio. El cigarrillo delató a Sempere y ahora sabía de qué lado estaba.

Se preguntó si Romualdo también lo esperaría.

Comprobó el resto de las habitaciones en busca de la información que Bernabéu tenía para ella, pero no encontró nada que llamara la atención. A diferencia de Sempere, Agulló no subestimó su inteligencia. Nadie, con una información tan valiosa, sería capaz de dejarla a la vista de cualquiera… o puede que sí, pensó, y esa era la clave.

«Debe de haberlo escondido en alguna parte».

Revisó el estudio, los viejos muebles y los cajones de las cómodas.

Entonces vio el buró cerrado con llave.

Intentó abrirlo con las manos, pero resultó inútil. Aquellos viejos escritorios estaban construidos a prueba de golpes. Agulló no vaciló en intentarlo de nuevo. Sacó el arma y apuntó a la cerradura. Se oyó un estrépito. El olor a pólvora quemada llenó la habitación. Los engranajes saltaron por el aire, hundiendo la madera del mueble.

Cuando abrió la puerta del buró, allí vio el archivador que llevaba su nombre.

Nerviosa, ojeó los documentos. Las páginas contenían informes en los que aparecían Laura Coves, Diego Soler, Miguel Boix, Ricardo Navarro, Roberto Ródenas, Manuel Coves, Fabian Dekker y un sinfín de apellidos relacionados con la trama en la que Sempere había trabajado aquellos años: facturas, expedientes, fotografías comprometedoras, conversaciones transcritas, registros de llamadas… Allí estaba todo lo que habían buscado, incluidas las conversaciones telefónicas que el alcalde había mantenido con el inspector municipal para quitarse de encima a Laura Coves.

Pasó las páginas con ahínco en busca de un único apellido, pero no lo encontró.

No había rastro del médico en aquellos documentos.

Lamentó que Peralta ya no estuviera con ella. Le habría gustado ver su expresión al descubrir aquello.

Las manos de la inspectora temblaban del asombro. Aquel archivo debía llegar a las manos de Écija, pero no podía precipitarse, ni llamar la atención entre sus compañeros. Ahora que sabía

que Sempere también era cómplice del plan, no confiaba en ninguno de los policías que tenía a su alrededor.

Abandonó el domicilio en cuanto una pareja de agentes tomó el relevo.

Al salir a la calle, la aparente normalidad le resultó abrumadora. Debía tomar una decisión regresar a Alicante, encontrar a Écija y poner el archivo a buen recaudo, o dar con el paradero d Miguel Brotons.

Comprobó la hora y sospechó que la secretaria lo hubiera puesto al corriente de su visita.

Caminó en silencio por la plaza que rodeaba las torres de ladrillo cuando un zeta con la sirenas encendidas la deslumbró con los faros. Agulló paró en seco y echó la vista a un lado. De vehículo salieron dos agentes uniformados que se dirigieron a ella.

—¿Inspectora? ¿Está bien? —preguntó uno de ellos y reconoció su voz.

Agulló retrocedió unos pasos.

Jamás olvidaba una voz.

«Montes y Vizcaíno, como para olvidarlos».

—¿Quién les ha dado el aviso? —preguntó, notando cómo se aproximaban a ella.

—Acompáñenos a comisaría, es importante…

El instinto de supervivencia se apoderó de ella. Echó un vistazo a su alrededor. Su vehículo estaba aparcado al otro lado de la plaza. Las cafeterías estaban vacías, las calles oscuras y desiertas y el bullicio procedía del centro de la ciudad.

«Corre todo lo que puedas, Marta».

Sin pensarlo, les dio la espalda y salió disparada con el corazón en la garganta.

—¡Que no se largue! —gritó uno de ellos.

Corrió en dirección al ruido, en busca de la aglomeración, pero los dos agentes eran jóvenes y demostraban mantener una buena forma física. Agulló daba zancadas como una gacela, cruzando las calles, escuchando el eco de sus pisadas, sintiendo el aliento de los dos hombres en su espalda, cada vez más cerca de ella.

Una mala pisada le hizo dar un tropiezo inesperado. Su cuerpo salió despedido hacia delante Los documentos cayeron al suelo. Abrió los brazos para no chocar con la cabeza en el suelo y avanzó varios metros planeando, recuperando el equilibrio. El accidente favoreció a los do agentes, que se echaron sobre ella, agarrándola de los brazos.

—¡Soltadme, ayuda! —exclamó, sin que nadie la oyera. El griterío quedaba lejos, al otro lado del puente, ensordecido por la música de los bares, que esa noche servían bebidas en la calle— ¡Es una orden!

El más alto de los dos la agarró por las muñecas y le colocó las esposas para bloquearle los brazos.

—Quédate calladita, maja… —dijo el más alto.

Agulló reaccionó propinándole una patada en la entrepierna que lo tiró hacia atrás. E compañero respondió con un puñetazo en la cara que la lanzó al suelo. De pronto, un fuerte zumbido en el oído derecho la desorientó. Sentía algo frío y líquido en su nariz.

—Será zorra… —comentó el que la había golpeado—. Te vas a enterar…

Agulló esquivó el primer golpe, pero no el segundo que fue directo a su estómago.

Se encorvó dolorida y sin aliento, rindiéndose ante ellos.

—Ponle las jodidas esposas y vámonos —ordenó el más alto.

Uno la agarró de pelo y tiró con fuerza. El otro sacó la porra y la levantó para atizarle en l pierna.

Agulló veía cómo el archivo de Bernabéu quedaba abandonado en la calle.

De repente, las sirenas de la policía retumbaron por las calles de los alrededores. Los agentes se miraron con desconcierto. Tres zetas los acorralaron, frenando en seco frente a ellos. El que la sujetaba, hizo un gesto con la mano para que no se preocuparan por ellos, pero no surtió efecto.

—¿Qué demonios? —preguntó en voz alta.

Seis policías salieron de los turismos, apuntando a la pareja de hombres. En cuestión de segundos, los redujeron contra la pared, los detuvieron y los metieron en los zeta. Una mujer se acercó ella.

—¿Está bien, inspectora? —preguntó, preocupada, sujetándola por la espalda y ayudándola a caminar.

Primero, desconfió. Al levantar la vista, encontró su mirada y reconoció el rostro de aquella chica. Era ella, la compañera de Alicante, la subordinada que rechazaba su ascenso.

No la juzgó, ni siquiera se lo reprochó.

Agulló sonrió al verla.

—Me pondré bien, no ha sido nada… —comentó y volteó el rostro hacia los detenidos— ¿Qué están haciendo aquí?

—El comisario Écija se lo explicará todo. Ha sido él quien ha dado la orden para encontrarla.

—¿Orden?

—La operación Costra Nostra…

Aquello la hizo sonreír.

—Los archivos… —dijo y señaló hacia la carpeta de documentos.

El teléfono de la inspectora vibró. Sacó el aparato y comprobó el número.

«Peralta».

—¿Sí?

Pero se escuchó un ruido de fondo, como si estuviera en movimiento.

—¿Peralta, eres tú?

—…

—Es el inspector —explicó a la compañera y activó el altavoz de manos libres—, pero no logro oír nada…

Las dos mujeres prestaron atención hasta que oyeron una voz.

«…al puerto de Santa Pola en media hora».

—¡Es Sempere y tiene a Peralta! —exclamó la inspectora, esforzándose para ponerse en pie—. El inspector está en peligro…

—¡Espere! ¿A dónde cree que va? Debe regresar a Alicante. Tiene que verla un médico.

—No… Tenemos que ir a Santa Pola… —dijo y la miró fijamente—. Ese hombre me ha salvado la vida… y ahora tengo que salvar la suya.

Agulló veía cómo el archivo de Bernabéu quedaba abandonado en la calle.

De repente, las sirenas de la policía retumbaron por las calles de los alrededores. Los agentes se miraron con desconcierto. Tres zetas los acorralaron, frenando en seco frente a ellos. El que la sujetaba, hizo un gesto con la mano para que no se preocuparan por ellos, pero no surtió efecto.

—¿Qué demonios? —preguntó en voz alta.

Seis policías salieron de los turismos, apuntando a la pareja de hombres. En cuestión de segundos, los redujeron contra la pared, los detuvieron y los metieron en los zeta. Una mujer se acercó ella.

—¿Está bien, inspectora? —preguntó, preocupada, sujetándola por la espalda y ayudándola a caminar.

Primero, desconfió. Al levantar la vista, encontró su mirada y reconoció el rostro de aquella chica. Era ella, la compañera de Alicante, la subordinada que rechazaba su ascenso.

No la juzgó, ni siquiera se lo reprochó.

Agulló sonrió al verla.

—Me pondré bien, no ha sido nada… —comentó y volteó el rostro hacia los detenidos—. ¿Qué están haciendo aquí?

—El comisario Écija se lo explicará todo. Ha sido él quien ha dado la orden para encontrarla.

—¿Orden?

—La operación Costra Nostra…

Aquello la hizo sonreír.

—Los archivos… —dijo y señaló hacia la carpeta de documentos.

El teléfono de la inspectora vibró. Sacó el aparato y comprobó el número.

«Peralta».

—¿Sí?

Pero se escuchó un ruido de fondo, como si estuviera en movimiento.

—¿Peralta, eres tú?

—…

—Es el inspector —explicó a la compañera y activó el altavoz de manos libres—, pero no logro oír nada…

Las dos mujeres prestaron atención hasta que oyeron una voz.

«…al puerto de Santa Pola en media hora».

—¡Es Sempere y tiene a Peralta! —exclamó la inspectora, esforzándose para ponerse en pie —. El inspector está en peligro…

—¡Espere! ¿A dónde cree que va? Debe regresar a Alicante. Tiene que verla un médico.

—No… Tenemos que ir a Santa Pola… —dijo y la miró fijamente—. Ese hombre me ha salvado la vida… y ahora tengo que salvar la suya.

105

Madrugada del viernes, 15 de agosto.
Camino de Perleta. Elche, Alicante.

Era la última noche de las fiestas municipales y la última semana antes de que se resolviera e concurso del centro comercial. En sus años como político había aprendido a celebrar la pequeñas victorias en su justa medida. Aquel no era el fin de la guerra, pero sí un gran avance en su contienda personal.

La noticia del incendio lo alegró.

Por fin, las familias resolvían sus problemas del modo que mejor conocían. Ricardo Navarro no esperó ni veinticuatro horas en actuar y el rumor de la inminente quiebra de la UTE ya era noticia.

El metre sirvió las dos copas de Perrier-Jouët en la magnífica terraza de La Finca, un exclusivo restaurante ubicado entre Elche y Santa Pola, construido sobre una casa centenaria y con una estrella Michelin a sus espaldas. Debido a la hora que era y a la particularidad de la noche, el salón se mantenía a medio gas en un ambiente silencioso y apacible. Desde su asiento podía contemplar los almendros, los olivos, las palmeras y los granados que rodeaban el exterior bajo la sombra de la velada.

En unas horas, tendría que regresar a la ciudad para dar la cara y participar en la esperada procesión nocturna. Después de todo, la Virgen de la Asunción había obrado el milagro.

No temía que los vieran juntos, pues ya no había nada que ocultar. Con la caída de la unión de Coves y Navarro, la empresa de Dekker se convertía en la única candidata a optar por el proyecto del centro comercial… y nadie ponía rostro a su propietario.

—¡Salud! —dijo Fabian Dekker, vestido con americana oscura y camisa celeste. El holandés rebosaba de felicidad al comprobar que el político había cumplido con su palabra. Soler entendió que los magnates también sonreían—. Por el futuro de la ciudad.

—¡Salud, Dekker! —respondió y probó el espumoso francés.

Después llegó el caviar beluga acompañado de la torta rusa.

—Auténticos *blini* rusos… —comentó Dekker—. Es difícil encontrarlos por aquí.

—No será porque no hay eslavos en la provincia, ¿verdad?

Dekker se sirvió el caviar y dio un bocado.

—¿Sabía que pasé parte de la infancia en San Petersburgo? Una gran ciudad, muy fría, pero donde se cierran buenos negocios.

Diego Soler lo miró de soslayo, comprendiendo las intenciones de Dekker. Al contrario de su acompañante, él era más comedido. Ya se había arriesgado suficiente con el proyecto.

—Como decimos por aquí, *piano, piano*…

—El caviar es fantástico… —comentó el holandés, aceptando la retirada—. Le hablaré de mi juventud en otro momento.

Antes de que se llevaran los entrantes, el teléfono móvil del político vibró en el bolsillo de su pantalón. No esperaba ninguna llamada a esa hora. Sacó el aparato, comprobó el número y se disculpó ante el holandés. Se alejó unos metros de la mesa, hasta el otro extremo de la terraza y descolgó. Pensó que llamaría para confirmar el éxito de su trabajo.

—¿Sí?

El ruido del vehículo lo confundió. Notó que algo no iba bien. La voz del policía parecía insegura.

—Tenemos un problema y hay que solucionarlo ahora mismo.

Soler agachó la cabeza para hablar más bajo.

—¿No me puedes llamar en otro momento? —preguntó, irritado—. Estoy ocupado.

—Tengo a Peralta esposado en la parte trasera —explicó, sin rodeos—. Lo saben todo…

—¿Todo? Es imposible. El único que podía molestarnos era Bernabéu…

—Escuche, no disponemos de tiempo para discutir —contestó con voz tensa—. Hay que hacerlo desaparecer… Hable con su amigo Dekker para que nos consiga un barco. Puedo llegar al puerto de Santa Pola en media hora.

—¿Estás loco, Sempere? Hablamos de un inspector de Madrid… Además, ¿qué pasa con su compañera?

—Ya me he encargado de eso, no se preocupe. Cumpla con su palabra, por el bien de los tres y nadie los echará de menos.

—Lo intentaré… Pero no me vuelvas a llamar, ¿entendido?

—No tarde, don Diego.

Sobrecogido por la noticia, el alcalde colgó y regresó pensativo a la mesa.

—¿Y esa cara? —preguntó el holandés, disfrutando de los restos de caviar—. ¿Le ha sentado mal el esturión?

Diego Soler levantó la vista del mantel y la clavó en el rostro del acompañante.

—Hay un último favor que tengo que pedirle.

Dekker se limpió la boca con la servilleta de tela y mostró interés por sus palabras.

—Usted dirá.

—¿Recuerda cuando me ofreció a sus hombres para un favor personal?

Fabian Dekker entendió a qué se refería.

—Sí.

—Espero que disponga de algún carguero en Santa Pola.

Diego Soler lo miró de soslayo, comprendiendo las intenciones de Dekker. Al contrario de su acompañante, él era más comedido. Ya se había arriesgado suficiente con el proyecto.

—Como decimos por aquí, *piano, piano*…

—El caviar es fantástico… —comentó el holandés, aceptando la retirada—. Le hablaré de mi juventud en otro momento.

Antes de que se llevaran los entrantes, el teléfono móvil del político vibró en el bolsillo de su pantalón. No esperaba ninguna llamada a esa hora. Sacó el aparato, comprobó el número y se disculpó ante el holandés. Se alejó unos metros de la mesa, hasta el otro extremo de la terraza y descolgó. Pensó que llamaría para confirmar el éxito de su trabajo.

—¿Sí?

El ruido del vehículo lo confundió. Notó que algo no iba bien. La voz del policía parecía insegura.

—Tenemos un problema y hay que solucionarlo ahora mismo.

Soler agachó la cabeza para hablar más bajo.

—¿No me puedes llamar en otro momento? —preguntó, irritado—. Estoy ocupado.

—Tengo a Peralta esposado en la parte trasera —explicó, sin rodeos—. Lo saben todo…

—¿Todo? Es imposible. El único que podía molestarnos era Bernabéu…

—Escuche, no disponemos de tiempo para discutir —contestó con voz tensa—. Hay que hacerlo desaparecer… Hable con su amigo Dekker para que nos consiga un barco. Puedo llegar al puerto de Santa Pola en media hora.

—¿Estás loco, Sempere? Hablamos de un inspector de Madrid… Además, ¿qué pasa con su compañera?

—Ya me he encargado de eso, no se preocupe. Cumpla con su palabra, por el bien de los tres, y nadie los echará de menos.

—Lo intentaré… Pero no me vuelvas a llamar, ¿entendido?

—No tarde, don Diego.

Sobrecogido por la noticia, el alcalde colgó y regresó pensativo a la mesa.

—¿Y esa cara? —preguntó el holandés, disfrutando de los restos de caviar—. ¿Le ha sentado mal el esturión?

Diego Soler levantó la vista del mantel y la clavó en el rostro del acompañante.

—Hay un último favor que tengo que pedirle.

Dekker se limpió la boca con la servilleta de tela y mostró interés por sus palabras.

—Usted dirá.

—¿Recuerda cuando me ofreció a sus hombres para un favor personal?

Fabian Dekker entendió a qué se refería.

—Sí.

—Espero que disponga de algún carguero en Santa Pola.

106

Madrugada del viernes, 15 de agosto.

Camino viejo de Santa Pola. Elche, Alicante.

Esa fue la primera vez en muchos años, que la familia Navarro se refugiaba en una noche tan especial. Ricardo Navarro les prohibió a los suyos salir de la finca que utilizaban como fuerte. Acompañada de Vicent Ruso, la numerosa familia terminaba la sobremesa de una triste y silenciosa cena en la terraza. Nadie se atrevía a preguntarle al abuelo por qué estaban allí y qué hacía Vicent Ruso con ellos, aunque todos conocían la respuesta.

La noche era tranquila. El ruido de la ciudad resultaba inapreciable. La mayoría de los vecinos de las fincas de los alrededores había abandonado sus propiedades por unas horas. Todos estaban disfrutando de la velada o participando en la procesión.

Todos, excepto el abuelo, quien estaba más callado de lo habitual.

Dolores, la hermana de Ricardo, echó un vistazo a la mesa.

—Nena, trae la botella de mistela que hay en la cocina —indicó a la nieta de su hermano.

—No, mejor la de whisky —dijo Ricardo, contemplando las estrellas que cubrían el cielo esa noche—. Hay una de Ballantine's en el armario.

La joven Alejandra se puso en pie, fue hasta la cocina y regresó con la botella de cristal marrón que Ricardo le había pedido.

—Abuelo, ¿seguro que Andrés estará bien? —preguntó, dejando la botella sobre la mesa— Me preocupa que no haya nadie con él.

—¿Por qué no lo iba a estar? Sito está más protegido que el Papa.

Sofía Campello hizo un gesto de desaprobación. Desconfiaba de las palabras del suegro, pero confiaba en que supiera lo que estaba haciendo.

Dio un trago al vaso de agua.

—La vida de mi hijo no es una moneda de cambio —respondió.

Ricardo levantó la barbilla y miró a la mujer. Después observó a su esposa, impasible juzgándolo en silencio.

Ricardo arrugó la servilleta y la dejó sobre la mesa. Se sirvió dos dedos de whisky en el vaso de cristal y dio un sorbo al destilado.

Ródenas sacó un purito de una caja metálica y le ofreció otro a Ruso.

—No creáis que no sé lo que pensáis de mí —dijo Navarro, con la mirada fija en el escocés —. Mi vida ya no tiene cura… Os he arrastrado siempre conmigo, con mis decisiones, como la

marea que se lleva por delante un coral… Sois mi familia, lo único que tengo y lo más valioso que he tenido nunca, pero dudo que estéis cerca de comprender lo que quiero decir.

Ricardito Navarro dio un trago a su copa de ginebra y suspiró.

—Ya empezamos…

—Algún día recordarás el valor de los pequeños momentos como éste, hijo —respondió el padre—, y la mierda te aplastará como una roca hasta dejarte sin aliento.

—¡Ricardo, por favor! —exclamó su esposa.

—Eso, papá, suéltalo ya… Di lo que piensas.

—No estaré presente para verlo con mis ojos —contestó, levantó el vaso y se bebió el whisky —. Quiero que sepáis que, cuando nos dejen en paz, Roberto me tomará el relevo en los negocios familiares.

—¿Cómo? —preguntó el hijo, sorprendido—. ¿Es un chiste de mal gusto?

El rostro de su madre anunció la decepción.

Sofía Campello se levantó de la silla y abandonó la mesa.

Paula Soler, Dolores Navarro y María del Carmen acompañaron a Sofía al interior de la casa.

Alejandra Ródenas observaba la discusión con gran expectación.

—¿Que se lo vas a dejar todo a él? —inquirió, ofendido—. ¿A tu yerno?

Ródenas fumaba el puro con parsimonia, como si el asunto no fuera con él. Llevaba demasiados años al lado de Navarro. Nunca interfería en sus decisiones.

—Durante años, ha demostrado respeto y responsabilidad por los negocios familiares, cosa que tú…

—No te engañes. Roberto ha demostrado ser un cacique como tú…

Pero el abogado no se inmutó.

Vicent Ruso se giró hacia una esquina cuando sintió un ligero olor a quemado.

Los tres hombres se fijaron en él.

—¿Qué pasa, Vicent? —preguntó Navarro.

El hombre retiró el purito de la boca y buscó el origen del humo.

—Huele a quemado y procede del jardín.

Ricardo miró a su yerno. Los cuatro hombres caminaron hacia la fuente de la entrada de la finca. Alejandra los seguía por detrás.

A medida que se acercaban, el humo era más intenso.

Entonces vieron las llamas que prendían los setos que ocultaban la finca en el exterior.

El brillo iluminó los ojos horrorizados de la muchacha.

—Miserables… —dijo Navarro, se volteó para dirigirse a su hijo y la vio tras él— ¡Alejandra! ¡Corre con tu madre!

—Abuelo…

—¡Ya me has oído! —exclamó, enfadado y serio—. Ricardo, toma las llaves de mi coche sácalas por la puerta trasera y ponlas a salvo.

—No, papá, yo me quedo.

—¡Haz por una vez lo que te digo!

—No discutan, yo lo haré —dijo Vicent Ruso y miró al hijo de Navarro—. No se preocupe don Ricardo, estarán protegidas.

—Llévala a ella también, Vicent.

Alejandra se resistió, pero la fuerza de Ruso la arrastró con el resto de la familia.

El padre miró al hijo con desconfianza.

—Jodamos a esos cabrones de una vez —dijo Ricardito.

Ródenas apagó el puro en el suelo con la punta de su zapato.

—Esta familia lo es todo para mí y sin ella no tengo nada por lo que vivir… —comentó Navarro y les hizo una señal para que los siguieran al garaje—. Ya perdí a un familiar. No pienso cometer dos veces el mismo error.

—Jodamos a esos cabrones de una vez —dijo Ricardito.

Ródenas apagó el puro en el suelo con la punta de su zapato.

—Esta familia lo es todo para mí y sin ella no tengo nada por lo que vivir… —comentó Navarro y les hizo una señal para que los siguieran al garaje—. Ya perdí a un familiar. No pienso cometer dos veces el mismo error.

107

Madrugada del viernes, 15 de agosto.
Puerto de Santa Pola. Santa Pola, Alicante.

A la altura de la calle del Muelle, el inspector Sempere pidió que levantaran el paso para que el coche accediera a las inmediaciones. Peralta continuaba aturdido e inmovilizado en la parte trasera del vehículo. El muelle estaba tranquilo, casi desierto, y la presencia humana era inexistente.

Sempere apagó las luces y continuó por la parte trasera del puerto pesquero, en busca de una confirmación. Al final de la carretera, encontró una grúa en la oscuridad y una pequeña gasolinera que indicaba el fin del trayecto. Unas luces lo alumbraron a varios metros de allí desde la plataforma del espigón.

Primero vislumbró el barco. Era un buque de color blanco con la cubierta llena de redes y boyas. El ilicitano devolvió la señal con las luces de larga distancia y detuvo el coche antes de llegar a la embarcación. Un hombre se acercó a la ventanilla.

—No puede aparcar aquí… —dijo un hombre fornido, de barba frondosa y con acento extranjero. El desconocido comprobó la parte trasera.

Sempere asintió con la cabeza.

—Es un regalo de Dekker.

—Entendido —respondió y se dirigió a los otros miembros de la tripulación. Sempere calculó que serían unos diez hombres a bordo de aquel barco.

El tipo se alejó e intercambió unas palabras con quien parecía estar al mando de la tripulación.

—No saldrás airoso… de ésta…

El ilicitano agarró la barra antirrobo que llevaba a su lado y le golpeó con saña.

—Espero que no tengas miedo a los tiburones.

—Hijo de puta…

El tripulante regresó a la ventanilla del vehículo.

—Tiene que venir con nosotros.

—Todo vuestro —dijo, señalando hacia su compañero.

—No, usted también viene.

El inspector lo miró extrañado. Peralta echó a reír sin fuerza.

—¿Es una broma? De ningún modo.

—Son órdenes —enfatizó—. Si usted no viene, el regalo tampoco.

Sempere fijó la mirada varios segundos en la cara de aquel tipo, que no parecía dispuesto a discutir. Dio un largo suspiro y se preguntó qué tramaría Dekker.

Miró por el retrovisor a Peralta, que se reía con la boca ensangrentada.

—Te la han jugado, gilipollas…

Sempere negó con la cabeza. Estaba harto de él.

No tenía alternativa, pensó.

Podía subir al buque y deshacerse de Peralta o eliminarlo por cuenta propia. Su problema era que no disponía de mucho tiempo para eliminar las pruebas.

Miró a la guantera y vio el arma de Peralta. No supondría un estorbo en ese buque y pensó que sus minutos estaban contados. Sospechó que Dekker lo estaba utilizando como seguro. En el fondo, también era su dinero.

Apoyó la espalda contra el asiento y sintió la pistola en el interior del cinto.

«¿No puede salir mal, verdad?», pensó y se liberó del cinturón de seguridad.

—Está bien, iré… pero necesitaréis dos hombres para trasladarlo.

e
e
a

a
a
,

y
e

o

ó

a

—Son órdenes —enfatizó—. Si usted no viene, el regalo tampoco.

Sempere fijó la mirada varios segundos en la cara de aquel tipo, que no parecía dispuesto a discutir. Dio un largo suspiro y se preguntó qué tramaría Dekker.

Miró por el retrovisor a Peralta, que se reía con la boca ensangrentada.

—Te la han jugado, gilipollas…

Sempere negó con la cabeza. Estaba harto de él.

No tenía alternativa, pensó.

Podía subir al buque y deshacerse de Peralta o eliminarlo por cuenta propia. Su problema era que no disponía de mucho tiempo para eliminar las pruebas.

Miró a la guantera y vio el arma de Peralta. No supondría un estorbo en ese buque y pensó que sus minutos estaban contados. Sospechó que Dekker lo estaba utilizando como seguro. En el fondo, también era su dinero.

Apoyó la espalda contra el asiento y sintió la pistola en el interior del cinto.

«¿No puede salir mal, verdad?», pensó y se liberó del cinturón de seguridad.

—Está bien, iré… pero necesitaréis dos hombres para trasladarlo.

108

Madrugada del viernes, 15 de agosto.

Camino viejo de Santa Pola. Elche, Alicante.

El BMW de Navarro abandonó la finca a manos de Vicent Ruso, llevando dentro las mujere de la familia. Los tres hombres se acercaron al salón para comprobar las cámaras de seguridad Tal y como temían, Manuel Coves había decidido poner fin al asunto, presentándose con su hombres de confianza.

Navarro sospechó que el ilicitano no era capaz de encomendar tal faena a terceros. Sabía qu la única forma de acabar con él era haciéndolo con sus manos. De lo contrario, el contragolp sería devastador.

—Mira, el gordo, cómo se atreve a venir a tu casa… —comentó el hijo.

—Hasta los fenicios entienden que ciertos negocios hay que cerrarlos en persona.

Los hombres se armaron con barras de hierro para hacer frente a la visita.

Ricardo Navarro se acercó a los sacos de comida de perro, los desplazó y se agachó par recoger el revólver.

Los ojos de su hijo se abrieron.

—Papá…

—En esta vida, cada uno se crea su propia suerte —dijo y comprobó el tambor. La bal seguía ahí dentro, esperando a ser disparada—. Vamos, no perdamos más tiempo.

El trío regresó a la parte delantera de la finca.

Oyeron el ruido de los coches al otro lado del muro y entendieron que los estaban esperando El fuego se extendía por el jardín, arrasando con las plantas más secas y acercándose a la cas familiar. El humo dispararía la alarma, la central alertaría a los bomberos y el seguro cubriría lo desperfectos.

Para entonces, Navarro y su familia ya se habrían encargado de la visita.

La enorme y maciza puerta de hierro se desplazó hacia un lado.

Tras las llamas, Manuel Coves, Macià, Miralles y Verdú esperaban su aparición.

A diferencia de Navarro, los ilicitanos se habían vestido para la ocasión.

Una pena, pensó Navarro, augurando el destino final de aquellos trajes italianos.

Los ojos de Ricardo Navarro se cruzaron con los de Manuel Coves. Había pasado más de un década desde su último encuentro. Se habían evitado durante años para prevenir l confrontación. Pero ese verano, ambos habían cruzado las líneas rojas.

Los hombres de Coves retrocedieron al ver las armas que portaban los Navarro.

Manuel Coves se quedó al frente de su séquito.

—Tan propio de ti, Navarro —comentó decepcionado Manuel Coves, sin desviar la mirada de su rostro—. Si vas a pelear, hazlo como un hombre.

—Haberlo pensando antes de incendiar mi casa.

—No será una gran pérdida. Necesitaba llamar tu atención.

—Pues lo has conseguido. ¿A qué has venido?

—Quiero la paz.

Navarro miró a su hijo y después a su yerno.

Los hombres de Coves observaban expectantes.

—Dormiré tranquilo cuando escuche el crujido de cada uno de tus huesos.

—Teníamos un acuerdo y tú lo has roto —reprochó—. ¿Qué *collons* quieres?

—Un acuerdo no es una garantía, Coves.

—¡Mi nieta está muerta!

—¡Hablas como si mi familia tuviera algo que ver! —gritó, furioso—. ¿Crees que no lo sé? ¡Mi nieto está en el coma por culpa del tuyo!

—Ahora comprendo lo que has sentido todos estos años…

—Créeme… No tienes ni la más remota idea.

—No pienso pelear… Estoy aquí para terminar con esta locura, Navarro… —explicó Coves adelantándose unos pasos, sudoroso a causa del traje y del calor del fuego—. Puede que no seamos perfectos, pero regimos nuestras vidas con valores y buena voluntad… Los hombres como nosotros, en ocasiones, necesitan aguantarse y perdonar.

Navarro asintió con la cabeza y soltó aire por la nariz.

—¿Sabes cuál es mi problema, Coves? —cuestionó y respondió antes de que el otro lo hiciera —. Que yo nunca seré como tú. Los tipos como yo pueden cambiar de opinión, pero nunca cambiarán lo que quieren.

—¿Y qué es lo que quieres?

—La justicia que me quitaste.

Ni Navarro ni su yerno entrarían en el juego de Manuel Coves.

Fuera cierto o no, no iban a confiar en su palabra. Los años les habían demostrado que las culebras sólo buscaban su propio interés.

Tan pronto como terminó la frase, Ródenas corrió hacia Ximo Macià y le asestó un porrazo que lo dejó inconsciente.

Ricardito Ródenas no se quedó atrás y avanzó contra Miralles, quien le propinó un puñetazo antes de que sus dientes probaran el hierro de Navarro.

Las armas marcaron la diferencia, a pesar de que Coves y sus hombres eran uno más. A Navarro no le interesaba una pelea equilibrada, sino que el enfrentamiento fuera justo. Y Manuel Coves no vaciló en dar un primer gancho que Navarro logró esquivar.

La presencia física de Ricardo era superior a la de Coves, que se ahogaba con los movimientos. Tras varios puñetazos fallidos, Navarro le golpeó de lleno en la mandíbula provocándole un fuerte dolor en la cara.

—Lo tuyo nunca ha sido el deporte… ni el cuerpo a cuerpo —comentó, jactándose—. No sabes cuánto he esperado el momento de acabar contigo.

Coves se dio la vuelta para mirar a los suyos, que se defendían con dificultad de la sacudida que Ricardo hijo y su cuñado les daban a los otros tres.

De pronto, notó cómo Navarro lo embestía por detrás y le colocaba el cañón de una pistola en la yugular. Coves se asustó. El encuentro iba demasiado lejos. Navarro no vacilaría en tirar del gatillo.

—¿Qué estás haciendo, Ricardo? ¡No te hagas el valiente!

El brazo de Navarro le apretó el cuello contra el cañón.

—Los valientes son los que llegan hasta el final —dijo, ahogándolo con la pistola—. Hasta el último segundo de tu existencia, demostrarás que eres un gusano, Coves… Lo que hiciste con mi hermano, no tiene perdón…

—¡No tenía salida!

—Sí que la tuviste, pero renunciaste a ella para no pagar tu error…

—Era mi familia o la tuya, ¡tú habrías hecho lo mismo!

—¡Tan creyente que eres, maldito farsante, arderás en el infierno!

Desesperado, Coves le propinó un codazo en el estómago y después le mordió el brazo con el que apretaba su cuello. El dolor debilitó a Navarro por unos segundos y el brazo liberó al empresario ilicitano. Antes de que escapara, Navarro se recompuso y le apuntó a la espalda con el revólver.

—¡No te muevas!

Manuel Coves se quedó congelado.

A lo lejos, por la carretera, el resplandor de las luces se acercaba a la finca.

—¡Hazlo, Ricardo! —bramó de espaldas, con el cuello enrojecido—. ¡Dispara si es lo que quieres!

Los hombres de Coves contemplaban la derrota desde el suelo.

Ródenas, con el rostro sudado, apoyaba su barra contra la espalda de Macià, y Ricardito a Navarro hacía lo mismo con Miralles y Verdú.

—¡Dispara o te mataré con mis propias manos! —exclamó el ilicitano, que se dio la vuelta y se abalanzó contra el arma. Navarro retrocedió, las manos de Coves apartaron la pistola con una fuerte sacudida y el arma voló unos metros.

De repente, Navarro estaba en el suelo y Coves le golpeaba con saña la cara.

—*Fill de puta!*

La mano de Ricardo Navarro intentaba clavarse en los ojos del ilicitano, pero éste seguía manchando sus nudillos de sangre.

Ricardito vio la pistola y a su padre sufriendo en el suelo. El dolor que sintió lo obligó a desatender a los dos hombres y se dirigió hacia el arma.

Dos vehículos de la policía levantaron una polvareda con su llegada.

El hijo de Navarro empuñó la pistola, le dio una patada al empresario y liberó a su padre del peso.

Coves estaba tan desquiciado que no esperó tal respuesta.

—¡Alto, policía! —gritó un agente desde el coche—. ¡No dispare y baje el arma!

—No pienso cometer dos veces el mismo error… —respondió el hijo, observando el rostro enfermizo del ilicitano.

—¡No lo hagas, Ricardo!

El tiempo se detuvo para Navarro. Ahora podía ver la realidad.

Entendió que su hijo no debía pagar por los errores que él había cometido.

Había tenido la oportunidad de disparar a Manuel Coves y no lo hizo. Ahora era demasiado tarde. Ricardo no debía cargar con ese peso, arruinando el futuro de su mujer y de Sito. Con el

ntiempo y con sus decisiones, él sembraría su propia suerte.

—¡Es tu deseo, era tu hermano!

—¡Te lo ruego!

Una mirada cómplice bastó para que Ricardo Navarro bajara el arma y la lanzara al suelo. Los agentes abandonaron los vehículos y fueron hacia los hombres.

Manuel Coves respiró profundamente y el resto fueron reducidos contra el asfalto.

Un camión de bomberos se aproximó a la finca para sofocar el fuego.

tiempo y con sus decisiones, él sembraría su propia suerte.

—¡Es tu deseo, era tu hermano!

—¡Te lo ruego!

Una mirada cómplice bastó para que Ricardo Navarro bajara el arma y la lanzara al suelo.

Los agentes abandonaron los vehículos y fueron hacia los hombres.

Manuel Coves respiró profundamente y el resto fueron reducidos contra el asfalto.

Un camión de bomberos se aproximó a la finca para sofocar el fuego.

109

Madrugada del viernes, 15 de agosto.
Reina Victoria. Elche, Alicante.

Todos sus amigos disfrutaban de una velada que terminaría al amanecer, pero Lorena Broton no se sentía con ánimos para celebrar nada.

Su prima Laura había sido enterrada unos días atrás, su primo Miguel pasaba la noche en la dependencias policiales y Andrés Navarro luchaba en el hospital por sobrevivir.

Para ella, lo peor de todo era que no tenía a nadie con quien compartir el dolor que arrastraba En su círculo de amistades, Laura ya no era el tema central de la conversación. Parecían haberl olvidado en cuestión de horas. Sin aprensión, ahora juzgaban a Miguel con la misma frivolida de quien comenta un suceso ajeno en televisión. Laura y Miguel eran su familia y los habían desplazado. Pronto harían lo mismo con ella.

Regresó a casa agotada, deseando tumbarse en la cama para así cerrar los ojos y pode olvidarse de todo. Cuando llegó, le sorprendió que hubiera alguien en ella. Sus padres habían salido a cenar, como la mayoría de los matrimonios, para después unirse a la procesión qu duraba toda la noche. Le extrañó que la luz del salón estuviera encendida, pues su madre, com su abuela, era una gran devota de la patrona de la ciudad.

Abrió la puerta sin causar ruido y cerró con delicadeza. El salón estaba vacío y la televisió apagada. Vio el resplandor de la luz en el dormitorio de sus padres, al final del pasillo, y camin hacia él. Cuando llegó al umbral de la puerta, lo vio alterado, moviéndose con rapidez.

—¿A dónde vas? —preguntó, desconcertada. Su padre tenía una maleta abierta sobre la cam y lo había sorprendido preparando el equipaje—. ¿Y mamá?

Daniel Brotons la miró de reojo.

—Tengo que salir de viaje. Es por trabajo.

—¿A estas horas?

—Mamá te lo explicará más tarde —dijo y volvió a mirarla, esperando a que se fuera—. ¿Qu haces aquí? ¿Por qué no estás con tus amigos? Todavía es pronto para volver a casa.

—Ya no son mis amigos —respondió y se fijó en el equipaje. Bajo la ropa interior destacab un bote de cápsulas—. ¿Por qué te llevas las pastillas de mamá?

Brotons detuvo sus movimientos y colocó una camisa encima del frasco. Después se acercó su hija y le acarició el rostro.

—Vete a la cama, Lorena. Tienes cara de cansada.

Ella le apartó la mano.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Unos días. Es una reunión en Barcelona.

—¿Por qué no has dicho nada hasta ahora?

Brotons cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Te quieres ir a la cama, por favor? —pidió, irritado—. Tengo prisa, Lorena.

Insistente, la chica se acercó a la maleta, metió la mano y sacó el frasco de pastillas.

Junto a este, encontró un broche dorado para el pelo. Lo reconoció al instante. Era el broche preferido de Laura.

—¿Qué hace eso ahí en tu maleta, papá?

El médico se acaloró y su rostro enrojeció. Las palabras se le entrecortaron.

—No lo sé, hija… Tu madre lo habrá dejado aquí.

Lorena retrocedió asustada. La noche en la que Laura murió, llevaba puesto ese broche. La policía no había logrado averiguar el paradero de Laura antes de que la secuestraran.

—Papá…

—¿Qué ocurre?

—No es de mamá…

Brotons se mostró acalorado.

—No es lo que piensas, Lorena.

—Ese broche… Dime que no es verdad.

—No lo es, yo no sé cómo ha llegado hasta aquí, te lo juro.

—No jures en vano, por favor… Dime que no la mataste.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Explícame qué hace ese broche en tu maleta y por qué lo llevas en tu viaje.

—Lorena, tienes que creerme, por favor… Soy tu padre.

El timbre de la vivienda sonó. Los dos giraron el rostro hacia la puerta.

Lorena Brotons miró fijamente a su padre.

—Dime que no le hiciste daño.

—No abras, Lorena.

—Papá, por favor… Sé sincero, por una vez en la vida.

—Jamás pensé que ocurriría algo así, de verdad —explicó, inquieto, y el timbre sonó de nuevo. La policía se manifestó al otro lado—. ¿Es que no lo entiendes? Lo hice por ti, por cómo te tratan, por el poco respeto que la familia de tu madre siente por nosotros… Debes creerme Lorena, debes proteger a tu padre. Nosotros no somos como ellos, no miramos sólo por el bolsillo… Yo sólo quería que fueras feliz, que tuvieras una vida plena y no a la sombra de nadie…

—Esto me demuestra que mi familia sigue sin saber quién soy, pero tampoco le importa. Te equivocaste, papá, con Laura y conmigo… Yo no soy como ellos, ni tampoco como tú.

—¡Abra, policía! —exclamó una voz y golpeó a la puerta—. Sabemos que está ahí dentro.

—Por favor, Lorena —suplicó—. Diles que se marchen.

—La mataste… no sé cómo, pero lo hiciste… Por tu culpa, Laura está muerta. ¡Podría haber sido yo!

—Si abres esa puerta, arruinarás el futuro de esta familia.

—Demasiado tarde… Esta familia hace tiempo que está arruinada.

La chica le dio la espalda y atravesó el pasillo.

—¡Lorena, no abras! ¡Te lo ordeno!

La chica abrió la puerta, vio a los agentes y se apartó para que detuvieran a su padre Segundos después la policía lo sacaba de su domicilio. No sintió pena por él, ni tampoco dolo por cómo había actuado. Por una vez, escuchó sus sentimientos y se dejó llevar por sus propia decisiones. Para ella, nadie merecía tener un final como el de Laura.

—¡Lorena, no abras! ¡Te lo ordeno!

La chica abrió la puerta, vio a los agentes y se apartó para que detuvieran a su padre. Segundos después la policía lo sacaba de su domicilio. No sintió pena por él, ni tampoco dolor por cómo había actuado. Por una vez, escuchó sus sentimientos y se dejó llevar por sus propias decisiones. Para ella, nadie merecía tener un final como el de Laura.

110

Tres coches de policía pasaron a toda velocidad la carretera que unía Elche con Santa Pola. Las sirenas apartaban a los vehículos que encontraban por el camino y Agulló acompañaba a los dos policías en la parte trasera de uno de los zeta.

Los agentes irrumpieron en el puerto, siguiendo las indicaciones que la inspectora les había dado.

—¡Es allí! —exclamó entre los asientos, señalando a las luces del único barco que demostraba actividad—. Es Sempere.

El vehículo se movió con fuerza hasta la entrada del muelle.

—Inspectora, quédese aquí. Iremos nosotros.

—Ni hablar.

Los tres coches cruzaron el paso de seguridad y rodearon el puerto por la parte trasera hasta que vislumbraron la presencia de la tripulación. Las sirenas se activaron y el resplandor azul llegó a los pies del buque. El corazón se le encogió cuando vio a dos hombres que arrastraban a Peralta.

Los zeta frenaron frente al buque.

El ruido de las sirenas cesó y el movimiento de los tripulantes se detuvo.

—Parece que los hemos sorprendido —dijo el agente que iba al volante.

«10-0. Solicito permiso para mediar».

«10-4. Lleve cuidado, puede haber más».

Agulló saltó entre los asientos y se comunicó por radio.

—Atención. No salgan del coche todavía. Sempere está en el barco y tienen a un compañero retenido.

—Relájese, inspectora —recomendó la subordinada—. No parece que estén dispuestos a resistirse… Hoy nadie quiere resultar herido.

Antes de que terminara la frase, tres estruendos atravesaron el cristal delantero.

«10-10, 10-10. ¡Nos disparan!».

Los tres impactos alcanzaron la carrocería del coche patrulla.

Uno de ellos dio de lleno en el cuerpo del agente que lo conducía.

Agulló se agachó en la parte trasera y abrió una de las puertas. Aterrorizada, la subinspectora intentaba abandonar el vehículo.

—¡Se ha atascado el seguro!

Agulló fue la primera en salir y abrió la puerta de su compañera. Agachadas, sintieron el roce de las balas que procedían de la embarcación. El motor del buque rugía con más fuerza. Si no los detenían, los dejarían marchar.

La segunda ráfaga de balazos no las alcanzó. Las dos agentes se protegieron en la parte trasera del vehículo, sintiendo la metralla perforando la chapa. Agulló miró a su compañera y sacó el arma del cinto. Los otros agentes desplegaron las puertas y dispararon a la tripulación desde su posición.

«Central, 10-15 en el puerto de Santa Pola. Necesitamos refuerzos, ¡ya!».

«¡10-00! ¡10-00!».

Otro policía abatido.

Agulló agarró el arma y apuntó a la cubierta del barco. Desde allí sólo podía disparar para disuadir. Necesitaba acercarse un poco más.

—Quédese aquí. Voy a avanzar unos metros —le dijo a la compañera.

—¡Ni hablar! ¡Voy con usted! ¡Le haré de cobertura!

Las dos agentes esperaron el momento oportuno y aprovecharon la distracción para colocarse tras una furgoneta que servía de protección entre el buque y los otros policías.

De nuevo, aquel sentimiento la enfrió por dentro.

Miedo a disparar.

Miedo al fracaso.

El pulso se le aceleró, pero no podía marcharse de allí.

«Proporcionalidad, oportunidad y congruencia», escuchó en su mente.

«¡Al infierno con eso!», gritó en silencio, recordando a Peralta.

«Tan sólo espero que, si tiene que disparar, no lo piense demasiado».

Agulló llenó los pulmones, aguantó la respiración y apuntó a uno de los hombres que disparaba a sus compañeros.

La subinspectora abrió fuego para acompañarla.

El primer disparo levantó la madera de la cubierta. El segundo atravesó la rodilla del atacante y éste cayó al agua.

—Bendita puntería, inspectora —dijo la agente, con una sonrisa nerviosa—. Ya casi los tenemos.

Agulló observó su mano.

Le temblaba al sujetar el arma, pero veía cómo los compañeros avanzaban, acercándose cada vez más al barco. A lo lejos se podían oír las sirenas de los refuerzos. Sólo tenía que persistir un poco más para salvar al inspector.

El cruce de fuego no se detenía. Los mensajes de radio eran imperceptibles a causa de las explosiones. Agulló se acercó a la parte delantera de la furgoneta y efectuó dos disparos contra un grandullón con barba que no parecía temer a los agentes.

—¡Joder! —lamentó al fallar y sintió un impacto a escasos metros que la obligó a retroceder.

Al levantar la vista, descubrió que había sido Sempere.

Agulló intentó responder, pero había vaciado el cargador.

No logró anticipar el segundo fogonazo, que abatió a su compañera, al otro lado del vehículo. La subinspectora dio un paso atrás y se derrumbó en el suelo.

La inspectora sintió el agudo grito de dolor en sus tímpanos. La bala le había llegado a su compañera en el hombro. Se agachó para apoyarla contra el vehículo, comprobó la herida y después tomó su pistola.

—No se mueva y sobrevivirá.

—Un compañero nunca dispara a una compañera…

—Ese cabronazo no es nuestro compañero —contestó, se puso en pie y disparó contra Sempere. El ilicitano retrocedió para cubrirse. Los otros agentes debían aguantar un poco más y aunque se mostraban cansados y apurando los cargadores. La refriega cesó. Los momentos de silencio entre disparos eran más amplios. A oscuras, no podían ver dónde se escondían.

—¡Están acorralados! ¡Ríndanse! —gritó uno de los policías que había al otro lado—. ¡Cesen el fuego y no les pasará nada!

La tripulación respondió con silencio. Tres vehículos de refuerzo se acercaron al muelle. El motor del barco seguía encendido.

—¡Paren el motor! —insistió el policía.

La maquinaria se detuvo.

—¡Suelten al rehén! —gritó Agulló.

—¡No pararemos hasta que nos dejen marchar! —dijo la voz del ilicitano.

—¡No tienes escapatoria, Sempere! ¡Libera a Peralta!

Tres tripulantes aparecieron armados, con los brazos en alto, dispuestos a entregarse.

Antes de que llegaran a la tierra, un movimiento los desconcertó a todos.

El inspector Peralta salió del interior como un animal salvaje y corrió hacia la superficie, con las muñecas esposadas.

Los agentes apuntaron al objetivo.

—¡No disparen! —gritó Agulló—. ¡Es un policía!

Tras él, apareció la figura de Sempere, apuntándole a la espalda.

Agulló sintió de nuevo el miedo a disparar.

Miedo a que alcanzara a su compañero.

Peralta saltó de la cubierta.

La inspectora alargó los brazos y descargó el cargador contra el ilicitano. Las balas agujerearon su cuerpo, desplazándolo hacia atrás como una marioneta de cartón, pero Sempere aún sacó fuerzas para tirar una última vez del gatillo.

Un último estruendo atravesó el aire por un instante.

Peralta cayó de repente contra el cemento del muelle. El grupo de policías asaltó el buque y Agulló corrió hacia su compañero para auxiliarlo.

—¡Melchor! —exclamó ella, al tenerlo entre sus brazos. El inspector tenía el rostro ensangrentado, las extremidades magulladas y una profunda hemorragia en el costado— ¡Llamad a una ambulancia, por favor!

—No te molestes… Marta… —dijo, con los ojos iluminados por el resplandor de la luna. Le acostaba respirar y la sangre empapaba toda su ropa—. No iba a dejar que ese cerdo me matara… No le iba a dar… ese placer…

—Guárdate las palabras para después, Melchor.

—Lo has logrado… inspectora…

—Estás perdiendo mucha sangre. Aguanta, por favor.

—Cuando vayas a Madrid… no olvides pasar por El Brillante… y probar sus bocadillos… de calamares…

—¡No, cállate! Me vas a llevar tú… Además, esto no termina aquí. Todavía tenemos que y detener a Brotons. Él fue quien drogó a Laura…

Peralta sonrió.

—¿Ves? Lo sabía… Confié desde el principio en tu instinto… y no me equivoqué…

—¿De qué estás hablando?

—Estos días… me he dado cuenta de que… el miedo es nuestro verdadero enemigo… Nunca tengas miedo a equivocarte, inspectora… siempre y cuando estés convencida de que haces lo correcto…

—Hoy estás demasiado hablador. Esfuérzate por respirar, por favor…

—Marta, escucha…

—¿Qué, Melchor? —preguntó con voz aterciopelada, acariciándole el rostro para que no se durmiera.

—Cuando pregunten por mí… —dijo y sonrió al verla en su regazo. Los ojos del inspector se iluminaron como dos estrellas—, diles que… siempre fui… un buen policía…

—¿Estás tonto, Melchor? —preguntó y notó cómo su respiración menguaba—. ¡Oye, no ¡Melchor! ¡No, aguanta, no me dejes! ¡Peralta, por favor! ¡No te vayas! ¡Melchor, no!

El inspector Peralta se apagó en sus brazos, rodeado del resplandor azulado de las sirenas, de movimiento de los agentes armados y del brillo de una luna que lloraría por su pérdida.

—¿Ves? Lo sabía… Confié desde el principio en tu instinto… y no me equivoqué…

—¿De qué estás hablando?

—Estos días… me he dado cuenta de que… el miedo es nuestro verdadero enemigo… Nunca tengas miedo a equivocarte, inspectora… siempre y cuando estés convencida de que haces lo correcto…

—Hoy estás demasiado hablador. Esfuérzate por respirar, por favor…

—Marta, escucha…

—¿Qué, Melchor? —preguntó con voz aterciopelada, acariciándole el rostro para que no se durmiera.

—Cuando pregunten por mí… —dijo y sonrió al verla en su regazo. Los ojos del inspector se iluminaron como dos estrellas—, diles que… siempre fui… un buen policía…

—¿Estás tonto, Melchor? —preguntó y notó cómo su respiración menguaba—. ¡Oye, no! ¡Melchor! ¡No, aguanta, no me dejes! ¡Peralta, por favor! ¡No te vayas! ¡Melchor, no!

El inspector Peralta se apagó en sus brazos, rodeado del resplandor azulado de las sirenas, del movimiento de los agentes armados y del brillo de una luna que lloraría por su pérdida.

111

Madrugada del viernes, 15 de agosto.
Camino de Perleta. Elche, Alicante.

La llamada de Sempere no había sido de su agrado, pero no se opuso al favor. En un momento de lucidez, Diego Soler pensó que no tendría otra oportunidad para liquidar a dos policías por el mismo precio. De ese modo, el círculo se cerraría y nadie podría acusarlo.

Sempere le había sido útil, pero el comisario Javaloyes seguía siendo el superior.

Dekker entregó la orden y quedó a la espera de la confirmación. Pero algo se torció. Una llamada inesperada lo obligó a levantarse de la mesa de un modo abrupto.

Cuando Soler pidió la cuenta, notó que su acompañante estaba más pendiente del teléfono móvil que de la conversación.

—Si me disculpa un momento…

—Tómese su tiempo.

El restaurante estaba vacío. Los últimos comensales habían abandonado el salón, dejándolo en la más solemne intimidad.

El empleado regresó con una carta de piel en la que incluía el recibo.

—¿Pagará con tarjeta o en efectivo?

Soler miró a su alrededor. Dekker se demoraba.

—Efectivo, si no es molestia.

—Por supuesto —comentó, dejó la cuenta sobre el mantel y se inclinó al alcalde—. A la casa le gustaría invitarles a un licor. ¿Desean algo en especial?

Diego Soler sacó la cartera de piel marrón, contó los billetes de cien euros y añadió una generosa propina junto a la cuenta.

—Sí, por favor —dijo en voz baja y buscó su paquete de tabaco negro—. Un Cardhu con hielo y una botella de agua con gas. ¿Le importa si fumo?

La expresión del empleado lo puso en entredicho.

—Por la normativa vigente, bien sabe usted que no está permitido fumar en interiores.

Diego Soler sonrió.

—Lo entiendo —respondió y le entregó la cuenta—. No quiero causar ninguna molestia.

El empleado cedió.

—Está bien, qué demonios… Fume si lo desea, pero sólo esta vez.

—No se preocupe, no habrá próxima vez.

El empleado le sirvió el whisky con hielo, la botella de agua con gas, un cenicero de cristal y se retiró.

A esas alturas, aceptó que Dekker no regresaría.

La lujosa lámpara del techo iluminaba la mesa. El salón estaba vacío y Diego Soler se encontraba a solas. Como parte de la coreografía de un musical, el político prendió el cigarrillo y le pegó una fuerte calada.

La nicotina lo relajó lentamente.

Suspiró hasta vaciar los pulmones, con los ojos clavados en un limonero que había en la terraza. La tranquilidad del momento le pareció tan celestial, que creyó que hasta entonces, todo había sido un maravilloso sueño.

Después oyó un traqueteo acercándose a él por el otro lateral de la casa.

Soler dio la segunda calada al cigarrillo, formando una nube de humo frente a su rostro. Lo apagó en el cenicero, se enjuagó la boca con whisky y dio un último trago al agua con gas. Por último, levantó las manos.

—¡Alto, policía! —gritó uno de los diez agentes que irrumpieron en el salón, armados hasta los dientes, para proceder a la detención.

Los agentes lo rodearon, le leyeron los derechos y la lista de crímenes por los que estaba acusado. Soler no prestó atención.

Se sentía relajado, con la conciencia tranquila, estático como el limonero que tenía delante.

Se cuestionó cuál había sido su error, recordando los últimos días como una secuencia de ajedrez.

«El pueblo olvida, siempre lo hace. Sólo hay que cambiar la zanahoria de dirección».

«Tú sabrás, tú eres el político. Después de todo, yo sólo soy un hombre de negocios».

Y dio con el fallo.

Dekker tenía razón.

Él era un político… y no sabía nada sobre los hombres de negocios.

Por desgracia para el holandés, tampoco sabía nada sobre él.

El empleado le sirvió el whisky con hielo, la botella de agua con gas, un cenicero de cristal y se retiró.

A esas alturas, aceptó que Dekker no regresaría.

La lujosa lámpara del techo iluminaba la mesa. El salón estaba vacío y Diego Soler se encontraba a solas. Como parte de la coreografía de un musical, el político prendió el cigarrillo y le pegó una fuerte calada.

La nicotina lo relajó lentamente.

Suspiró hasta vaciar los pulmones, con los ojos clavados en un limonero que había en la terraza. La tranquilidad del momento le pareció tan celestial, que creyó que hasta entonces, todo había sido un maravilloso sueño.

Después oyó un traqueteo acercándose a él por el otro lateral de la casa.

Soler dio la segunda calada al cigarrillo, formando una nube de humo frente a su rostro. Lo apagó en el cenicero, se enjuagó la boca con whisky y dio un último trago al agua con gas. Por último, levantó las manos.

—¡Alto, policía! —gritó uno de los diez agentes que irrumpieron en el salón, armados hasta los dientes, para proceder a la detención.

Los agentes lo rodearon, le leyeron los derechos y la lista de crímenes por los que estaba acusado. Soler no prestó atención.

Se sentía relajado, con la conciencia tranquila, estático como el limonero que tenía delante.

Se cuestionó cuál había sido su error, recordando los últimos días como una secuencia de ajedrez.

«El pueblo olvida, siempre lo hace. Sólo hay que cambiar la zanahoria de dirección».

«Tú sabrás, tú eres el político. Después de todo, yo sólo soy un hombre de negocios».

Y dio con el fallo.

Dekker tenía razón.

Él era un político… y no sabía nada sobre los hombres de negocios.

Por desgracia para el holandés, tampoco sabía nada sobre él.

112

Madrugada del viernes, 15 de agosto.
Comisaría Provincial de Alicante. Barrio de Benalúa, Alicante.

Brotons no confesó hasta que le explicó a su abogado el problema. Con toda seguridad, la defensa le prometió que no iría a la cárcel por lo que había hecho.

El agente que lo interrogó, le mostró el teléfono móvil de prepago.

—¿Reconoce el terminal?

—¿Quién sabe?

—¿Está seguro?

—No del todo…

El agente aguardó en silencio unos segundos.

—Laura Coves llamó a esta línea la noche del sábado, una hora antes de que la secuestraran —indicó el policía—. El teléfono estaba operativo, ya que la conversación registrada tuvo la duración de treinta y cinco segundos. Su secretaria nos ha confirmado que usted poseía esa noche el aparato, ya que lo utiliza como línea de emergencias.

Brotons suspiraba nervioso.

—Tal vez sea cierto.

—Lo es, señor Brotons. Hay un registro de llamadas. Podemos confirmarlo.

—Si usted lo dice…

—¿De qué hablaron?

Los ojos del médico se movían por la sala.

El abogado le hizo un ademán para que cediera.

—Le repetiré la pregunta…

—Lo primero que quiero dejar claro es que yo no la maté, soy inocente…

—Todavía no se le acusa de nada.

—Entonces, ¿qué hago aquí?

—Conteste a mi pregunta.

—Estaba nerviosa —dijo, finalmente—. Más de lo habitual… Lo había dejado con ese chico y me pidió ayuda.

—¿Ayuda, para qué?

Brotons tragó saliva.

—Laura estaba sufriendo mucho estrés entre el trabajo y la diabetes. A veces me pedía algunas pastillas para calmar la ansiedad.

—¿Estaba medicando a su sobrina sin prescripción médica?

—Era algo circunstancial.

—Y también ilegal.

—¿Qué sabrá usted de medicina?

—¿A dónde fueron?

El médico miró a su abogado y este asintió para que prosiguiera.

—La cité en mi consulta privada.

—A esas horas… un poco extraño, ¿no le parece?

—Está en el centro. Siempre llevo las llaves encima por si hay alguna urgencia.

—¿Notó algo raro en ella?

—No. Ya se lo he dicho. Estaba nerviosa, nada más.

—¿Había testigos?

—¿Usted qué cree?

—¿Tomaron algo?

—Una copa.

—¿También guarda alcohol en su consulta?

—He tenido mis episodios. No somos de acero, ¿comprende?

—¿Ella también bebió?

—Un poco de whisky. Le dije que le sentaría bien.

—¿Sólo un poco?

—Bueno, puede que un vaso… o dos… ¿Importa eso ahora?

—Y supongo que le dio algo para calmar los nervios.

—Lo de siempre… Un comprimido de Diazepam, veinticinco miligramos, nada más, se lo juro. Eso no le haría daño, pero le dije que lo guardara para otro momento.

—¿Mantenía una relación sentimental con su sobrina?

Los ojos del médico se abrieron.

—¿Qué? No, ni hablar.

—¿Sentía una atracción hacia ella?

El hombre se mostró ofendido.

—Laura era una chica muy atractiva, pero no soy de esa clase de hombres.

—Claro, nadie lo es.

El agente, cansado de las mentiras del médico, suspiró y colocó los brazos abiertos frente a él

—Verá, señor Brotons… —arrancó, mirándolo a los ojos—. La noche del pasado sábado Laura ingirió casi un gramo y medio de benzodiazepina que, mezclado con el alcohol, provocó una sobredosis que desencadenó en una depresión cardiorrespiratoria.

—¿También es médico?

—Laura pudo salir de la consulta por su propio pie.

—Sólo le di un comprimido, tal vez dos…

—Poco después, Laura desapareció en los alrededores del huerto de palmeras que hay junto a su consulta.

—Fue ella quien vino a mí. ¡Ni la toqué!

—¿La acompañó a la calle?

Brotons vaciló al responder.

—No.

—Así que la dejó marchar… en ese estado.

—No tengo nada más que decir.

—Ya ha oído a mi cliente, agente. Aquí termina la declaración.

—Usted sabía que Eduardo Martín y Antonio Montes la subirían a un coche poco más tarde.

—¡Está pasándose conmigo, agente! —exclamó, señalándolo con el índice—. ¡Me acusa de algo muy grave!

—Entonces explíqueme esto… —dijo, cogió el teléfono móvil de la víctima y abrió una nota de la grabadora de voz.

«Usted la conoce, puede ayudarme, ¿verdad? Creo que sabe algo que no nos beneficia a ninguno».

«El sábado, sí, es una idea estupenda. Nadie sospechará… Yo me encargaré de acercarla».

El agente paró la grabación.

—Laura Coves grabó esta nota de voz el pasado martes, cinco de agosto —explicó. El rostro de Brotons empalidecía por segundos—. En su agenda anotó que Diego Soler la había descubierto, por eso se iba a reunir con Manuel Coves para contarle la situación y evitar que el proyecto del centro comercial siguiera adelante. Su abuelo era uno de los pocos que podía frenar al alcalde.

—Eso… eso es… mentira… ¡Eso es una mentira! ¡Además, yo no necesito el dinero sucio de mi suegro!

—Lo que Laura no sospechó era que usted iba a ser su verdugo —respondió, confiado observando cómo el médico se derrumbaba—. Acudió a usted porque sabía que esa noche alguien de su entorno intentaría hacerle daño… Tal vez fuera Andrés Navarro o quizá alguien de su círculo de amigos… ¿Cómo iba a sospechar de su tío? Laura no le pidió ninguna pastilla. Más bien, fue usted quien la animó a beber la mezcla para desinhibirla y evitar que montara un escándalo cuando Martín y Montes la secuestraran.

—Eso no fue así exactamente…

—A esas horas y dada la situación, nadie sospecharía de ustedes dos —explicó el agente—. Al fin y al cabo, podía ser un padre llevando a su hija ebria de vuelta a casa… Cuando la arrastró al huerto, tropezó y se le cayó el broche que llevaba puesto… el mismo que guardaba en su equipaje para hacerlo desaparecer con usted.

—Dios… yo sólo quería que le dieran un susto… ¡Está bien! Reconozco que la acompañé hasta ese coche, tal y como acordamos, pero no la toqué... ¡Lo juro! ¡Nunca pensé que llegarían tan lejos! ¡Esa chica era una víbora y esa familia estaba arruinando mi vida y la de mi hija ¡Nunca me respetaron! ¡Necesitaban un escarmiento!

—¡Mi cliente ya ha dicho suficiente! ¡Lo está presionando para que hable!

—La confesión ha concluido —dijo el policía, satisfecho y abandonó el cuarto—. Suerte en el juicio, doctor.

Brotons sudaba, con el rostro pálido y los ojos inyectados en sangre.

El abogado se rascaba la cabeza, consciente de que poco podría hacer por el médico.

Nadie sintió pena por él.

Se sintió miserable y desgraciado. Pensó en su mujer y en su hija y un agujero lo arrastró hacia la miseria. El pueblo se horrorizaría ante tal monstruosidad. Lo perdería todo, hasta el prestigio, y nunca nadie volvería a tratarlo con el respeto que pensaba que merecía.

e

a

s

ɘ

ɔ
a
l
r

e

,
e
e
s
n

.
ó
ɹ

é
ɹ
!

l

ó
l

113

La Operación Costra Nostra culminó con la detención de más de cincuenta personas, desde empresarios a sindicalistas, pasando por políticos, funcionarios públicos y altos mandos de las Fuerzas de Seguridad del Estado, que habían formado parte de la trama de usura, corrupción, tráfico de influencia, contrabando, extorsión, asesinato y malversación de fondos entre otros delitos, a la que pertenecía Ricardo Navarro, Manuel Coves y Diego Soler.

El asesinato de Laura Coves fue el polvorín que lanzó el nombre de la ciudad de Elche a la palestra mediática. La falta de una resolución del caso convirtió la investigación en un tema de debate en las televisiones privadas. Con el cierre de la operación supervisada por el comisario provincial Écija, el país entero se volcó en el desarrollo de uno de los episodios nacionales más oscuros desde los comienzos del nuevo siglo.

Dado que el juicio arrastraría la presión política y social de todo un país, Manuel Coves, Ximo Macià, Toni Verdú, Antonio Miralles, Ricardo Navarro, Vicent Ruso, Roberto Ródenas y Diego Soler ingresaron la prisión de Fontcalent de manera preventiva tras su detención, por miedo a un intento inminente de fuga.

La mayoría de ellos no volvería a ver el sol.

Durante los meses siguientes se celebrarían largas y tediosas sesiones, con numerosos testimonios y confesiones que no se asemejaban a los hechos, con pruebas que desmontaban las acusaciones, replanteando en diferentes ocasiones las sesiones y alargando más de lo necesario la sentencia final del juicio.

Pese a todo, el proyecto del centro comercial siguió adelante, aunque fue asignado a una empresa valenciana de construcción.

Días después de la detención de Diego Soler, el cadáver de Fabian Dekker apareció en el arcén de una carretera secundaria que conectaba Guardamar del Segura con La Mata. La policía encontró al holandés desnudo y con un disparo en la cabeza.

La familia Navarro se recluyó en la Villa Castellana durante los meses posteriores a la detención del abuelo. Nadie los volvió a ver en la ciudad, ni siquiera en las ocasiones que acudieron a los juzgados para declarar. Pese a todo, los negocios de Navarro siguieron operando en la provincia, aunque con menos fuerza. El ingreso en prisión de Ricardo Navarro, Roberto Ródenas y Vicent Ruso, debilitó su presencia profesional. Ricardo hijo tomó las riendas sin demasiado éxito, incapaz de hacer frente a los desafíos que la ciudad le planteaba y, meses más tarde fue detenido en una operación de contrabando.

El declive de los Navarro no había hecho más que comenzar.

Y Andrés Navarro seguía sin despertar del coma.

Por otra parte, la familia Coves vendió la sociedad principal fundada por el padre, COVEX S.L., dado que ninguno de los miembros quiso hacerse cargo de ella. José Coves, su hijo, utilizó el dinero para pagar las deudas pendientes que tenía su constructora, tramitar la separación con su mujer y apoyar a su hijo Miguel, quien cumplía condena por intento de asesinato con arma blanca.

En cuanto a María Dolores, se divorció de Manuel Brotons durante su estancia en prisión y se mudó a vivir a Valencia con su hija Lorena.

Seis meses después de su ingreso en prisión, Manuel Brotons murió apuñalado brutalmente por dos reclusos el patio de la peninteciaría. Su presencia nunca fue bien recibida en cuanto las noticias se airearon por los pasillos de la institución.

Y Andrés Navarro seguía sin despertar del coma.

Por otra parte, la familia Coves vendió la sociedad principal fundada por el padre, COVEX S.L., dado que ninguno de los miembros quiso hacerse cargo de ella. José Coves, su hijo, utilizó el dinero para pagar las deudas pendientes que tenía su constructora, tramitar la separación con su mujer y apoyar a su hijo Miguel, quien cumplía condena por intento de asesinato con arma blanca.

En cuanto a María Dolores, se divorció de Manuel Brotons durante su estancia en prisión y se mudó a vivir a Valencia con su hija Lorena.

Seis meses después de su ingreso en prisión, Manuel Brotons murió apuñalado brutalmente por dos reclusos el patio de la peninteciaría. Su presencia nunca fue bien recibida en cuanto las noticias se airearon por los pasillos de la institución.

114

Lunes, 1 de septiembre de 2008.

Estación de trenes Atocha-Madrid, Madrid.

El revuelo mediático la obligó a tomarse unos días de vacaciones. Écija le rogó que estuviera alejada de los focos. El caso tardaría meses en desaparecer de los tabloides y la Jefatura necesitaba purgar la crisis a la que se enfrentaba. Agulló y Peralta obtuvieron la Cruz Roja de Orden del Mérito Policial y el inspector recibió, en un homenaje póstumo, la Medalla de Oro po su servicio al Cuerpo. La prensa olvidó los rumores sobre su batalla con Asuntos Internos y los problemas que arrastraba, simplemente, desaparecieron.

Peralta se convirtió en el héroe y en el mártir que la sociedad alicantina necesitaba en ese momento para poner fin a uno de los episodios sociales más desagradables de su historia.

Se abrieron numerosas investigaciones. Más de veinte policías presentaron su renuncia. Nadie quedó a salvo de la lupa de Asuntos Internos. Existía el miedo a que la corrupción volviera a manchar el nombre del Cuerpo.

Después de una semana de desconexión, deporte y noches sin dormir, Agulló logró vender la casa del pueblo a una joven pareja de profesores de escuela. Era como si la marcha de Peralta también hubiera cerrado un capítulo en su vida.

Tras el último trámite, visitó a su padre en el cementerio de Sant Vicent del Raspeig. Esa mañana llevaba una corona de flores y la condecoración que le habían entregado por su misión. Pensó que su padre, allá donde estuviera, se sentiría orgulloso de ella.

Poco después de la visita, esa misma mañana recibió una invitación desde la comisaría de Chamberí. En un primer momento, pensó que sería del comisario Balmes, el amigo de Écija y quien había enviado a su compañero al litoral, pero se equivocó.

La invitación procedía de una mujer.

Se tomó unos días para responder.

La muerte de Peralta seguía reciente, y su estado emocional era vulnerable.

Finalmente, aceptó.

El tren la dejó en la estación de Atocha el primer día de septiembre. No era la primera vez que la inspectora visitaba la capital, pero sí la primera que lo hacía con los nervios a flor de piel. De algún modo, podía sentirlo cerca de ella.

Recorrió el andén, subió las escaleras mecánicas y salió del laberinto de pasillos. La estación era un hervidero de actividad humana constante. El inicio del mes suponía el fin de las

vacaciones para muchos. El tráfico que bajaba por el paseo del Prado se mezclaba con los turismos que bloqueaban la plaza de Carlos V al mediodía.

Miró a un lado, perdida, desorientada, y después al otro, en busca de un taxi que llevara su nombre. Y entonces lo vio.

Al otro lado de la enorme calle, los tubos de luz de El Brillante, ahora apagados, le recordaron la cuenta pendiente que tenía con el inspector.

Cruzó el paso de peatones y se acercó con curiosidad al establecimiento.

El bar, un amplio local con su barra de zinc, las fotografías de las raciones y reclamos sobre los mejores bocatas de calamares. Sonrió con nostalgia, recordando al inspector y cómo se le hacía la boca agua, cada vez que mencionaba aquello. No le sorprendió. La vida del policía de Madrid poco se parecía a la del de Alicante. La gran ciudad impresionaba a sus visitantes, así como a quienes la habitaban. Y Peralta, pensó, vivía en un mundo suyo, ajeno al del resto. La hostilidad de la calle y la brutalidad de la urbe que no descansa, le habían forjado aquella capa protectora que respondía con monosílabos y sarcasmo. Una burbuja que le permitía seguir adelante, a pesar de las adversidades del entorno.

Agulló se preguntó en cuántas barras habría comido, antes de cerrar el turno de noche cuántos bares habría cerrado, para no pensar en la siguiente jornada de trabajo. Los sitios como aquel eran el refugio donde se sentía seguro, donde podía ser él mismo, sin tener que vigilar su espalda, aunque fuera por un rato.

Como una turista más, se presentó en la barra y pidió un bocadillo de calamares y una cerveza. No era la primera vez que lo comía, pero el primer bocado le provocó un mar de sensaciones. Después llegó la decepción. De alguna manera, Peralta había puesto el listón muy alto.

Tras el almuerzo, disfrutó de un largo camino que la llevó desde el Prado hasta Colón. El otoño se acercaba a la capital. Los árboles de la Castellana llenaban el paseo de hojarasca marrón y amarilla. Cuando llegó a la comisaría de Chamberí, observó la construcción de cemento manchada por la contaminación del tráfico y envejecida por el paso de los años. Era un edificio austero y anticuado. Agulló se identificó al entrar y un agente le pidió que esperara unos minutos a que la recibieran. Poco después, una mujer algo más alta que ella apareció con una sonrisa en el rostro.

Agulló la estudió de un vistazo.

Era mayor que ella y tenía una forma física envidiable. Se podía ver en sus fibrosos brazos y en el torso definido que se marcaba bajo la camiseta de algodón.

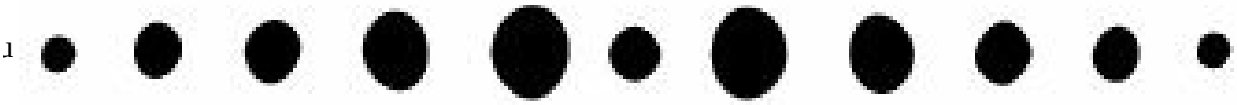
Vestida con unos vaqueros ajustados y unas botas de piel, la mujer se aproximó a ella para estrecharle la mano.

—Agulló, ¿verdad? —preguntó, intrigada al verla—. Soy la subinspectora Cristina García.

—Encantada —respondió la alicantina, sorprendida por el recibimiento. En su cabeza había imaginado un encuentro más formal.

—¿Le apetece un café? Tenemos mucho de lo que hablar.

—Claro, ¿por qué no?



Desde la barra de La Zaguina, Agulló podía leer la placa policial que la comisaría había regalado al bar. Al lado de esta, reluciente, encontró una segunda placa en honor a Peralta.

«Un amigo, un protector, un fiel compañero», citaba la placa.

La alicantina dio un sorbo al café.

—¿Es su primera vez en Madrid? —preguntó la subinspectora, sentada frente a ella en un taburete.

Agulló sentía una madeja de nervios en su interior.

—No, pero es extraño estar aquí.

—Melchor me habló muy bien de usted —dijo y sonrió con pena.

—Puedes tutearme. Estoy de vacaciones.

García asintió.

—Aunque no lo creas… Me dijo que tenías mucho talento.

—La brisa marina le nubló el pensamiento —contestó Agulló y las dos mujeres rieron—. No estuvimos mucho tiempo para conocernos.

—¿No?

La pregunta denotó demasiado interés. Agulló temió herir sus sentimientos.

—Era un gruñón, pero confió en mí desde el principio. A veces, lo único que necesitamos es saber que alguien nos sujetará al caer…

—Eso suena a él.

—Era mi primer caso… Otros se habrían apartado al ver la situación. Sin él, no habría sido posible.

—Ha sido un trabajo impecable.

—Que no se lo recomendaría a un recién llegado de la oposición…

Las dos rieron otra vez. Después, un profundo suspiro de nostalgia las atrapó.

—Supongo que querrás saber más cosas sobre él.

Agulló meditó sus palabras.

—¿Tan problemático era?

García dio un soplido y pidió un vaso de agua. Le pesaba hablar de ello.

—No, no lo creo.

—Me comentó algo de Asuntos Internos…

—Melchor siempre fue un buen policía, pero los cambios, en general, minaron su autoestima —explicó—. Lo que pasó en el caso de La Vaguada fue un error que cualquiera de nosotros podría haber cometido. No somos perfectos, somos policías. A veces, nos precipitamos en la toma de decisiones por terminar el trabajo antes de hora.

—Supongo que tendría sus motivos para hacer algo así.

—Presión. Eso era todo. La vanidad lo había devorado.

—¿Vanidad? He conocido a otros que, a su lado…

—El mundo espera cosas de ti —siguió—. Unos quieren que te mantengas, otros prefieren verte caer…

—Tarde o temprano, siempre habrá alguien mejor que tú.

—Pero lo cierto es que todo es mentira. A nadie le importa lo que hagas, tanto si triunfas como si fracasas… Es una idea de tu cabeza… es tu realidad. El mundo está ocupado mirándose el ombligo.

Agulló sonrió.

—Nunca tengas miedo a equivocarte, siempre y cuando estés convencida de que haces lo correcto.

García reaccionó sorprendida.

—Es curioso… Eso es lo que habría dicho Peralta —respondió, con el ceño fruncido— ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Cómo murió?

Los ojos de Agulló se fueron a la taza de café.

Las imágenes del buque, del tiroteo y de Peralta sobre sus brazos, la estremecieron.

Vio sus ojos por última vez, brillantes como el destello de la placa que tenía delante. Un fuerte nudo le apretó el estómago.

—Tal como fue… Como un buen policía.

—El mundo espera cosas de ti —siguió—. Unos quieren que te mantengas, otros prefieren verte caer…

—Tarde o temprano, siempre habrá alguien mejor que tú.

—Pero lo cierto es que todo es mentira. A nadie le importa lo que hagas, tanto si triunfas como si fracasas… Es una idea de tu cabeza… es tu realidad. El mundo está ocupado mirándose el ombligo.

Agulló sonrió.

—Nunca tengas miedo a equivocarte, siempre y cuando estés convencida de que haces lo correcto.

García reaccionó sorprendida.

—Es curioso… Eso es lo que habría dicho Peralta —respondió, con el ceño fruncido—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro.

—¿Cómo murió?

Los ojos de Agulló se fueron a la taza de café.

Las imágenes del buque, del tiroteo y de Peralta sobre sus brazos, la estremecieron.

Vio sus ojos por última vez, brillantes como el destello de la placa que tenía delante. Un fuerte nudo le apretó el estómago.

—Tal como fue… Como un buen policía.

¿Te ha gustado?

Si has disfrutado con este libro, te animo a que descubras Caballero, la primera entrega de m serie de misterio más conocida. Ahora de manera gratuita por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo y nadie quiere sabe por qué. Todo apunta a un homicidio, pero Gabriel tendrá que averiguar la verdad: su vida y trabajo dependen de ello, aunque no lo tendrá nada fácil.

Suscríbete a mi lista de lectores para conocerme un poco mejor y recibir todas las novedade que lanzo. Además, llévate este libro totalmente GRATIS.

DESCARGAR CABALLERO

¿Te ha gustado?

Si has disfrutado con este libro, te animo a que descubras Caballero, la primera entrega de mi serie de misterio más conocida. Ahora de manera gratuita por tiempo limitado.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo y nadie quiere saber por qué. Todo apunta a un homicidio, pero Gabriel tendrá que averiguar la verdad: su vida y trabajo dependen de ello, aunque no lo tendrá nada fácil.

Suscríbete a mi lista de lectores para conocerme un poco mejor y recibir todas las novedades que lanzo. Además, llévate este libro totalmente GRATIS.

DESCARGAR CABALLERO

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y E Misterio de la Familia Fonseca.

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y E Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Instagram: @elescritorfantasma
Facebook: facebook.com/elescritorfant

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como la serie Caballero, Rojo o Don. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com
Página web: elescritorfantasma.com
Instagram: @elescritorfantasma
Facebook: facebook.com/elescritorfant

Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero
La Isla del Silencio
La Maldición del Cangrejo
La Noche del Fuego
Los Crímenes del Misteri
Medianoche en Lisboa
El Doble
La Idea del Millón
La Dama del Museo
Los Cuatro Sellos
El Último Adiós

Serie Don

Odio
Don
Miedo
Furia
Silencio
Rescate
Invisible
Origen

Serie Dana Laine

Falsa Identidad
Asalto Internacional
Matar o Morir

Serie Rojo

Rojo
Traición
Venganza
Desparecido
Secuestrada

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal
Un Crimen Brillante

Trilogía El Profesor
El Profesor
El Aprendiz
El Maestro

Otros:
¿Quién mató a Laura Coves?
El misterio de la familia Fonseca
Perseguido
Motel Malibu
Sangre de Pepperoni
La Chica de las canciones
El Círculo

Una Apuesta Mortal
Un Crimen Brillante

Trilogía El Profesor
El Profesor
El Aprendiz
El Maestro

Otros:
¿Quién mató a Laura Coves?
El misterio de la familia Fonseca
Perseguido
Motel Malibu
Sangre de Pepperoni
La Chica de las canciones
El Círculo